

«Un intenso y verosímil *thriller* psicológico en el que nadie es lo que parece... ni siquiera los buenos. Adictivo y sorprendente.» **TONI HILL**

SIN RETORNO

Susana
Rodríguez
Lezaun

DEBOLSILLO

Copyrighted material

«Un intenso y verosímil *thriller* psicológico en el que nadie es lo que parece... ni siquiera los buenos. Adictivo y sorprendente.» **TONI HILL**



SIN RETORNO

Susana
Rodríguez
Lezaun

DEBOLSILLO

**SUSANA RODRÍGUEZ
LEZAUN**

Sin retorno

DEBOLSILLO

*Para Eva e Iker,
la luz que guía mis pasos.*

1

La luz del sol se filtraba a raudales entre las cortinas del salón. Sobre los rayos, apenas tamizados por la fina tela de los estores, miles de diminutas motas de polvo interpretaban una danza alocada. Ajena a todo lo que le rodeaba, Irene se frotaba nerviosa las manos, sentada en el borde del sofá, intentando poner un poco de orden en sus pensamientos. Apretaba los labios con fuerza, sobreponiéndose al intenso temblor que sacudía su cuerpo y provocaba el rítmico castañeteo de sus dientes, hueso contra hueso, en una enloquecedora sintonía que parecía no tener fin. No sintió el golpe de aire fresco que le llegó desde la ventana entreabierta, ni el lejano piar de una bandada de pájaros que regresaba al Norte, huyendo del calor extremo del Sur. Tenía que ser hoy, decidió. Mañana sería demasiado tarde. Marcos no solía emborracharse tanto hasta el fin de semana; pero hoy, a pesar de ser miércoles, había llegado a casa tambaleándose, con una botella de ron mal disimulada en el interior de su ajado maletín negro. Apestaba a alcohol y a sudor. Sin duda, algo había ido mal en el bufete.

Como tantas otras veces, ni siquiera la miró con sus ojos de borracho,

empaños en alcohol, abiertos lo suficiente para distinguir, entre el vaho, la realidad que lo rodeaba. La esquivó en la cocina, de donde salió con un vaso en la mano, y caminó zigzagueando por el pasillo, intentando enfocar las esquinas y las puertas, hasta que consiguió llegar al dormitorio. Se tumbó sobre la cama sin quitarse los zapatos, encendió el televisor con el mando a distancia y se sirvió el primer vaso de ron, sin hielo ni cola, nada que amortiguara el anhelado efecto anestésico que necesitaban sus sentidos.

Irene lo observó unos instantes desde la puerta, con la mano crispada sobre el marco de madera. Fueron muy pocos segundos, apenas un aleteo, pero los necesarios para que él sintiera su presencia. En el hombre que exudaba bilis y alcohol por todos sus poros no quedaba nada de aquel otro que la volvía loca con sus besos; nada del joven abogado, atractivo y osado, una promesa del derecho, que consiguió llevarla hasta el altar a pesar de todas sus reticencias respecto al matrimonio. El sujeto que la miraba ahora desde la cama no tenía nada que ver con Marcos.

-¿Qué miras, imbécil? Ni siquiera tendrías que estar aquí. Deberías estar muerta. -A duras penas fue capaz de balbucear las palabras, pero el mensaje era claro. Cada sílaba destilaba odio, cada gota de saliva escupida hacia su cuerpo era un insulto, una amenaza apenas disimulada.

Tras este saludo, Marcos volvió a concentrar su atención en la pantalla y siguió bebiendo del vaso que colgaba de su mano mientras ella daba un rápido paso hacia atrás, apartándose inmediatamente de su vista. Respiró hondo apoyada en la pared del pasillo, recuperando el latido y el aliento. Escuchó el tintinear de la botella contra el vaso de cristal cuando Marcos se sirvió un nuevo trago, y sintió en el silencio que siguió cómo el alcohol se abría camino desde su garganta hasta su estómago.

Refugiada en la cocina, Irene supo que no tenía más opción que actuar. Sus brazos todavía guardaban, morado sobre blanco, las marcas que le habían dejado los dedos de Marcos cuando la zarandó. Tenía grabadas en la memoria las imágenes de la última paliza. Volvió a sentir los nudillos de su marido contra su vientre; la punta de su zapato lacerando de nuevo la piel de su espalda, y la mano que antes la acariciaba, agarrándola con violencia del pelo, arrastrándola por el suelo y obligándola a gatear tras él, a suplicar que la soltara, que la dejara vivir. Cerró fuerte los ojos y sacudió la cabeza para

alejarse de ella los golpes, los gritos y los insultos. No era momento para las lágrimas. Apartó de un manotazo las gotas saladas que escapaban de sus ojos y apretó los puños. Conocía perfectamente los hábitos de su marido. Continuaría bebiendo hasta caer en un sueño semiinconsciente, con la mente perdida entre los vapores del alcohol. La tranquilidad duraría tres o cuatro horas y, después, despertaría hambriento y malhumorado. Si la encontraba en casa, le pegaría para desahogarse. Y si no estaba, su enfado iría en aumento por cada segundo de ausencia, para estallar más tarde en una sonora bofetada en la misma puerta, a la que seguirían decenas de golpes más en cuanto hubiera cruzado el umbral de su casa.

Marcos no siempre había sido así. La «mala racha» comenzó cuando el bufete para el que trabajaba perdió varios clientes importantes y lo acusaron de no haber sabido manejar adecuadamente las cuestiones legales que debía controlar. Un par de malos consejos en el peor de los momentos y se convirtió en poco más que un pasante en el despacho. Los que hasta ese momento habían sido sus compañeros del alma, colegas en los éxitos, amigos en los buenos tiempos hicieron leña del árbol caído. Las bromas de dudoso gusto y las insinuaciones de incapacidad pronto dejaron paso a las acusaciones directas. No tardaron en repartirse su cartera de clientes y encomendarle los casos administrativos que podría resolver incluso un estudiante de segundo curso. El alcohol apareció entonces ante sus ojos como el asidero perfecto para soportar las constantes humillaciones, un endeble bastón en el que apoyarse y mantener el tipo hasta que saliera del bache. Cada vez eran más frecuentes las tardes en las que llegaba a casa con media botella de ron oculta en el maletín. Abandonaba el despacho cabizbajo, con el corazón hecho un guiñapo y un enorme agujero negro en el estómago. Sentado al volante de su coche, se calentaba el espíritu con un primer trago. La botella menguaba rápidamente al cerrar tras de sí el portón del garaje de su casa. Bebía solo y en silencio, oculto entre las sombras del aparcamiento, madurando la ira que sentía hacia sus compañeros para descargarla más tarde sobre la espalda de su mujer. Aun así, nunca nadie le vio dando tumbos por la calle. «La dignidad» pensaba, «es lo único que me queda». Y cada día entraba en casa borracho, pero con la cabeza alta.

Irene se sentía impotente para ayudar a un marido que no deseaba ser ayudado. Al principio, Marcos ignoraba sus súplicas y reproches. Después,

comenzó a responderle airado cada vez que ella le pedía que dejase de beber y le hacía ver su deterioro personal. Pronto llegaron los insultos y algún empujón en el pasillo cuando ella se interponía en su camino entre la cocina y el dormitorio. Un día, Marcos dejó que la ira se apoderase definitivamente de él y le propinó una sonora bofetada, un golpe seco que todavía resonaba en su cabeza. Lejos de arrepentirse, descubrió con satisfacción que se sentía mejor. A ese primer golpe le siguieron muchos otros. Cientos. Pero hoy todo iba a terminar.

Esperó paciente y en silencio a que el ron surtiera su efecto aletargador. El ruido del mando a distancia al caer al suelo le indicó que ya estaba profundamente dormido. Nada sería capaz de despertarlo ahora.

Se dirigió rápidamente hasta su habitación y abrió la puerta con cautela. El aire apestaba a alcohol. Comprobó que, efectivamente, su marido tenía los ojos cerrados. No percibió en él otro movimiento que el lento subir y bajar de su pecho. El traje gris, impecable por la mañana, estaba sucio y arrugado. Se había aflojado el nudo de la corbata, que caía flácida sobre la pechera de su camisa blanca. En las axilas y en los puños pudo ver amplias manchas de sudor, cercos oscuros que vulgarizaban el caro tejido. Como en otras ocasiones, ni siquiera se había molestado en quitarse los zapatos. El betún negro con el que siempre lustraba el calzado había dejado la huella de un zarpazo oscuro sobre la colcha.

Irene cerró la ventana y bajó la persiana. La luz procedente del pasillo era más que suficiente para ver con claridad en el interior del dormitorio sin tener que encender las lámparas. Eran poco más de las seis de una preciosa tarde del mes de junio y el sol todavía brillaba con fuerza. Con cuidado de no hacer ruido, aunque estaba segura de que ni un terremoto sería capaz de despertarlo ahora, sacó del cajón de su mesita de noche un cenicero, un paquete de tabaco rubio y un mechero. Abrió el paquete con mano temblorosa, se deshizo del celofán y el papel plateado, y extrajo un cigarrillo. La llama del mechero osciló temblorosa. Succionó el filtro con fuerza, como le había visto hacer mil veces a su padre, y le dio varias caladas, intentando contener las náuseas que le producía el humo al atravesarle la garganta. Consumido medio cigarrillo, colocó el cenicero sobre la cama, al alcance de la mano de Marcos, que continuaba roncando ajeno a todo. Después, dejó el pitillo directamente encima de la colcha. Esperó unos instantes, hasta ver

cómo unas chispas anaranjadas comenzaban a extenderse poco a poco en círculo sobre la tela, alrededor de la colilla encendida, produciendo un denso humo negro. Sin embargo, temía que la llama, tan pequeña en ese momento, se consumiese antes de prender toda la cama, o que Marcos se despertara por el calor y el humo y consiguiera salir de la habitación. Eso sería su fin. Presa de un pánico momentáneo, y a pesar de que su marido seguía inmóvil y roncaba cada vez más intensamente, Irene decidió ayudar a las chispas del cigarrillo prendiendo con el mechero la esquina de la colcha en el lado en el que ella dormía.

Marcos, sumido en su sueño etílico, arrugó levemente la nariz, movió la cabeza de un lado a otro y volvió a dormirse con la boca abierta. Varios mechones de pelo, empapados en grasa y sudor, se movieron sobre su frente hasta rozarle un párpado. Levantó una mano e intentó apartarse el pelo de la cara, pero el brazo volvió a caer laxo sobre su cuerpo, con la mano en la cadera, como si buscara algo en el bolsillo del pantalón. La colcha continuaba quemándose sin producir llamas, pero el humo llenaba ya la mitad de la habitación y comenzaba a rodear el cuerpo inerte de su marido. La nube negra trepaba por sus piernas despacio, en bocanadas redondas y amenazantes que cada vez llegaban un poco más arriba, robándole el oxígeno, engullendo su vida.

Durante un segundo pasó ante los ojos de Irene la imagen de un Marcos sonriente y feliz. Recordó los largos paseos cogidos de la mano, sintió sobre su piel el calor de su mirada, la pasión de sus caricias. Luego lo contempló, tumbado sobre la cama, inconsciente, borracho y sucio. Miró sus largos y cuidados dedos y la sombra de una sonrisa asomó a sus labios al acordarse de la incomodidad de su marido la primera vez que ella insistió en arreglarle las uñas, una costumbre íntima que repetían con asiduidad: él sentado sobre el taburete del baño, apenas tapado con una toalla, húmedo y caliente después de una ducha, y ella sentada frente a él, limándole las uñas, apartándole las cutículas, extendiendo la crema sobre la palma de su mano, en el dorso, dedo a dedo. Pensó en sacarlo de allí, llamar a los bomberos y, simplemente, pedir el divorcio. Pero el dolor de sus moratones la devolvió a la realidad. Él la mataría antes que permitirle marcharse. Sus palabras no dejaron lugar a dudas. Fue la última vez que la miró a los ojos, fijamente, sin pestañear. Le dijo que no podía irse, que la mataría si lo intentaba. Eso fue todo. Y ella le

creyó. La decisión era fácil; «Es mi vida o la suya», decidió.

Una bofetada de calor la sacó de su ensimismamiento. El humo la envolvía. Salió rápidamente de la habitación sin volver la vista atrás. Ya no había lugar para el arrepentimiento. Cerró la puerta con decisión y corrió al baño a por unas toallas. Las colocó en el suelo, tapando la rendija de la puerta, impidiendo al humo cualquier vía de escape, y esperó con la mano firmemente asida al pomo, atenta a cualquier sonido procedente del interior de la habitación. Aunque el olor era cada vez más fuerte, no se oía nada. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar hasta estar segura de que Marcos no se levantaría nunca más? ¿Cinco minutos?, ¿diez?

La puerta emanaba un intenso calor y apenas era ya capaz de sostener la manilla. Retiró la mano, sobresaltada, y comenzó a actuar con rapidez. Recogió las toallas y las volvió a dejar en el baño. Cuando pasó de nuevo ante la puerta de su habitación vio cómo el humo escapaba por la rendija en densas oleadas, como si fuera agua derramada, para volver a entrar de nuevo en el cuarto, absorbida por el vacío. Le dio la sensación de que la muerte le sacaba la lengua, burlándose de ella. Mientras corría hacia el salón escuchó extraños sonidos procedentes de su dormitorio, secos crujidos sin eco que hacían tambalearse las paredes. Cogió su bolso de encima del sofá y se apresuró a salir a la calle. El pequeño jardín delantero de su vivienda unifamiliar estaba rodeado por un alto seto. Marcos y ella lo plantaron poco después de casarse para poder salir desnudos al jardín y tumbarse en el césped a tomar el sol, hablar en voz baja y acariciarse mirándose a los ojos hasta que la urgencia los llevaba a la habitación, donde podían pasarse la tarde entera haciendo el amor. Ahora, el seto servía para ocultar su miedo, su humillación, la sangre, los moratones y las borracheras de su marido.

Se detuvo un momento para respirar y calmarse. Comprobó que desde fuera nada hacía sospechar lo que estaba ocurriendo dentro. Afortunadamente, su casa era la última de una hilera de viviendas adosadas. No tenía vecinos a la izquierda, y a la derecha vivía una familia cuyos hijos tenían una agenda de actividades extraescolares tan apretada que nunca llegaban a casa antes de las nueve de la noche.

Echó un rápido vistazo a la calle. No había nadie en las aceras y las casas colindantes permanecían silenciosas. El sol la cegó durante unos

segundos, deslumbrándola con un fogonazo de luz inesperado después de la oscura agonía que dejaba a su espalda. Un vibrante siseo alcanzó sus oídos, seguido por el inconfundible crujido sordo que había escuchado un momento antes, procedente del interior de la habitación. Tras un instante de silencio, una fuerte explosión estuvo a punto de tirarla al suelo. La onda expansiva la golpeó por la espalda y le hizo errar en su intento de abrir la puerta del jardín. Se agachó instintivamente, cubriéndose la cabeza con las manos. Una enorme humareda negra ascendió por encima de la casa, llevándose consigo cualquier retazo de vida que quedara en el que había sido su hogar. Escuchó el inconfundible sonido de los cristales de las ventanas haciéndose pedazos contra el suelo. Una fina lluvia de vidrios afilados siguió a la espeluznante humareda, que se dirigía ya, suavemente empujada por la brisa, hacia el exterior de la urbanización. La calma con la que el humo, denso y oscuro, se paseaba por el cielo contrastaba con lo que sucedía unos metros más abajo. Las llamas, hasta entonces atrapadas entre las cuatro paredes de su habitación, habían encontrado una vía de escape y campaban ahora a sus anchas por la vivienda, alimentándose voraces con todo lo que había significado algo para ella.

Se rehízo rápidamente y salió a la calle. En dos pasos alcanzó la portezuela de su coche. Subió sin vacilar, encendió el motor y se incorporó al centro de la calzada. No pudo evitar una mueca que quiso ser una sonrisa al recordar el día en que el dolor de los golpes y las humillaciones la hicieron gritar. Marcos le recordó entonces que lo bueno que tienen los barrios residenciales es que permanecen prácticamente desiertos en las horas centrales del día, así que nadie podía oír sus gritos. Fue bueno para él entonces, y lo sería ahora para ella.

Estaba fuera, cada vez más lejos, en un punto sin retorno, y por un momento el estómago se le encogió de miedo. Tenía los nudillos blancos por la fuerza con que agarraba el volante. Una curva, otra un poco más adelante y se encontró con los primeros edificios de la ciudad. Aparcó junto a la acera, apagó el motor y se obligó a sí misma a respirar profundamente. Cuando dejó de sentir el corazón golpeándole con violencia dentro del pecho giró el espejo retrovisor hacia su cara. El rostro que le devolvía la mirada se parecía al suyo, pero en realidad ya no era ella. Sin darse cuenta, en lo que duraba un parpadeo, todo había cambiado para siempre. No encontró la mirada torva de

los psicópatas, ni de las comisuras de sus labios se escapaban furiosos espumarajos, pero la mujer del espejo era, sin duda, una asesina. Se retiró el pelo de la cara, recolocándolo detrás de la oreja, y observó las profundas ojeras que se dibujaban bajo sus ojos oscuros. Era una mujer muy atractiva, a pesar de que no atravesaba por el mejor momento de su vida. Bastante más alta que sus amigas -superaba los 175 centímetros-, se conservaba delgada y en forma. Su piel clara no se bronceaba nunca, apenas se sonrojaba un poco en verano, y le confería un aspecto frágil que quedaba inmediatamente desmentido por la determinación de sus actos. Lo que no logró encontrar en el reflejo que le devolvía el espejo fue miedo. «Solo sienten miedo quienes tienen algo que perder», pensó, «Y yo ya lo he perdido todo». Ni miedo, ni esperanza. En sus ojos solo había una profunda tristeza.

Mientras buscaba en su interior un motivo para seguir viviendo, escuchó a lo lejos el aullido de un camión de bomberos.

2

Jorge Azcona paseaba todos los días con su perro por los parques que rodean la urbanización de Gorraiz. El paseo no tenía un horario fijo, dependía de sus turnos de trabajo en la enorme factoría automovilística que ocupaba decenas de kilómetros cuadrados a las afueras de Pamplona. Esta semana tenía el de noche, así que por la mañana fue su mujer la que se encargó de sacar a Rober y ahora, a media tarde, le tocaba a él. Avanzaba con paso lento, permitiendo a su perro entretenerse con las piedras y las hierbas altas. Le lanzaba de vez en cuando una arrugada lata de refresco que había encontrado unos metros más atrás y el perro salía corriendo en pos de su improvisado juguete, que cazaba con sus afilados colmillos y entregaba satisfecho a su dueño, sacudiendo con fuerza la cola en un gesto con el que animaba al apático ser humano a seguir jugando. Jorge caminaba con la correa sujeta en una mano y el teléfono móvil en la otra, intentando no pisar las deposiciones de otros canes. Aunque nunca se imaginó a sí mismo recogiendo con una bolsita la mierda de un animal, odiaba a quienes no lo hacían por exponer sus caras zapatillas a un resbalón

de lo más asqueroso. El móvil emitía un incesante repiqueteo avisando de que tenía varios mensajes de whatsapp sin leer. El grupo de sus amigos de toda la vida estaba especialmente activo esa tarde. La discusión en el chat versaba sobre la hora y el lugar en que iban a almorzar el próximo seis de julio. Había que llegar al chupinazo, a las doce del mediodía, con la tripa llena de magras con tomate y el alcohol necesario para soportar las impresionantes apreturas de la plaza del Ayuntamiento. Aunque Jorge era partidario de apartarse un poco del corazón de la fiesta, él no sería el primero en proponer semejante deserción, a pesar de que los años comenzaban a pesarle más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Un intenso olor a quemado le hizo detenerse. Esperaba ver alguna hoguera encendida por los chavales que salían a jugar al descampado. Giró sobre sí mismo hasta que se detuvo, horrorizado, al descubrir la densa humareda que salía del último adosado de la calle Itaroa. Sin pensarlo, soltó la correa del animal para coger el móvil con las dos manos, convencido de que se le caería al suelo si no lo hacía así. Marcó el 112, esperó la señal y habló lo más claro y rápido que pudo en cuanto contestó la operadora. Esta, con voz profesional, carente de cualquier emoción, le aseguró que los bomberos estarían allí en pocos minutos, le pidió unos cuantos detalles sobre la localización del fuego y le preguntó si había alguien en el interior de la casa.

-No lo sé -respondió -. Ni siquiera sé quién vive ahí.

La operadora de Emergencias le recomendó que no se acercara al lugar del incendio, él le aseguró que no tenía intención de hacerlo y cortó la comunicación.

No podía apartar los ojos del denso humo y de las brillantes llamas que escapaban por las ventanas sin cristales. Pensó en la posibilidad de que hubiera alguien dentro, pero decidió que, en caso afirmativo, seguramente a esas alturas ya estaría muerto, por lo que no sería muy inteligente por su parte arriesgar la vida por nada.

Tuvo los reflejos justos para pisar la correa de su perro cuando el animal comenzaba a alejarse del lugar, olisqueando la hierba y dando pequeños saltos. Con Rober bajo control, Jorge siguió contemplando el

incendio. Las llamas, cada vez más altas, habían alcanzado ya el primer piso de la vivienda. La planta baja estaba completamente calcinada, como lo estarían las puertas del mismísimo infierno. Una pequeña explosión precedió a una inesperada lluvia de cristales que, expulsados por el calor concentrado en el interior de la casa, cayeron a varios metros de distancia. A pesar de encontrarse lejos del alcance de las esquirlas incandescentes, que brillaban al caer por efecto del sol y del fuego, Jorge no pudo evitar dar un paso atrás, colocándose lo más lejos que pudo del infierno desatado ante sus ojos, aunque sin perder de vista el baile hipnótico de las llamas, que asomaban sus largos y sinuosos brazos anaranjados a través de las ventanas.

La gente había comenzado a arremolinarse a ambos lados de la calle, al mismo tiempo que se escuchaba, cada vez más cerca, el rítmico ulular de las sirenas de los bomberos. «Doce minutos, pensó, «no está nada mal». Dos camiones de extinción de incendios frenaron bruscamente al llegar a la vivienda en llamas. Le seguían dos coches de la Policía Nacional, otros dos de la policía municipal del Valle de Egüés, al que pertenecía la urbanización de Gorraiz, y una ambulancia, que llegó pocos minutos después. Los efectivos se desplegaron con eficacia y seguridad y, en poco tiempo, el agua y la espuma comenzaron a salir a gran presión por cuatro mangueras casi simultáneamente. Varios bomberos, provistos de máscaras antigás, se acercaron al jardín de la vivienda e iniciaron una lenta aproximación hacia la puerta principal. Sus compañeros continuaban lanzando líquido hacia las ventanas y pronto el humo pareció perder densidad.

Cuando las llamas desaparecieron de las ventanas delanteras y las de la planta superior dejaron paso a una espesa nube gris, tres bomberos se dirigieron a la puerta principal, que derribaron tras un par de sólidos golpes con las manos antes de acceder al interior despacio, atentos al fuego que todavía seguía activo en las diferentes estancias. Los efectivos del exterior se dividieron en dos grupos: mientras uno continuaba lanzando espuma hacia las ventanas, el otro atacó el fuego desde el lateral del adosado. La vivienda contigua a la del foco principal también estaba en llamas, aunque parecía que el fuego todavía no la había consumido por completo. Jorge pensó que seguramente no estaría tan afectada para tener que derribarla, aunque no creía que se pudiera decir lo mismo de la primera. Había visto incendios parecidos en los telediarios y al final los técnicos decretaban la ruina del edificio, que

era derribado poco después. Unos minutos más tarde las llamas desaparecieron por completo, dejando tras de sí un humo cada vez más claro.

Jorge Azcona miró su reloj, preocupado porque había perdido la noción del tiempo. Faltaban veinte minutos para las ocho de la tarde. Todavía podía quedarse un rato más antes de tener que irse a trabajar.

Sobre la acera, un nutrido y variopinto grupo de vecinos comentaba en voz baja lo que estaban viendo, curiosos, alarmados y preocupados por la posibilidad que hubiera alguien en el interior de alguna de las dos viviendas afectadas. Esta última cuestión se despejó cuando, tras un brusco frenazo, se presentaron ante el cordón policial los habitantes del segundo adosado. Se bajaron del todoterreno atropelladamente y, mientras contemplaban atónitos las vaharadas de humo que todavía salían de su casa, comenzaron a recibir las primeras muestras de solidaridad de sus vecinos en forma de pequeñas palmadas en la espalda del padre y breves abrazos para arropar a la madre y a los dos chicos, que lloraban desconsolados sin saber qué iba a ser ahora de ellos.

El cabo Eric Gil llevaba más de quince años en el Cuerpo de Bomberos de Navarra, y desde luego este no era el peor incendio que había tenido que sofocar. Tampoco el de Marcos era el primer cadáver carbonizado que veía, así que apenas sintió un leve escalofrío cuando abrió la puerta del dormitorio de la planta baja y consiguió despejar mínimamente el denso humo que se había concentrado en un espacio tan reducido.

Lo vio enseguida, antes incluso que sus compañeros. El cadáver había quedado reducido a un amasijo irreconocible de carne negruzca en el que buena parte de los huesos más pequeños se habían vaporizado por efecto del fuego y las altísimas temperaturas. El hecho de que los restos permanecieran sobre la cama, y no en el suelo o cerca de la puerta, le llevó a aventurar que el humo lo había asfixiado antes de que las llamas se cebaran con su cuerpo. «Afortunadamente», pensó. La cama apenas era una mezcla informe de hierros ennegrecidos y retorcidos. La pintura del elegante cabecero se había

derretido por efecto del intenso calor, escurriéndose hasta formar un denso charco pardusco. Las patas todavía sostenían el somier, que aparecía desnudo, con los muelles expulsados en todas las direcciones igual que las finas patas de una enorme y peligrosa araña, relamiéndose satisfecha ante la víctima que acababa de atrapar. Ni rastro del colchón, las sábanas o las cortinas. Todo había desaparecido, engullido por el voraz incendio. El humo ascendía desde el candente suelo, donde tuvieron que esforzarse por apagar los rescoldos que continuaban activos.

Dos bomberos más recorrieron rápidamente el resto de la casa en busca de otras posibles víctimas, pero la vivienda estaba vacía. «De nuevo, una suerte.» El cuerpo mantenía la posición inerte de quien no ha intentado huir, ni siquiera poner un pie en el suelo, lo que confirmaría su idea de que, o bien ya estaba muerto cuando comenzó el fuego, o bien se había asfixiado con el humo. Los forenses tendrían que esforzarse para encontrar lo que quedara de su sistema respiratorio y buscar los estragos que produce la inhalación de aire excesivamente caliente.

Dejó a sus compañeros apagando las exiguas brasas y salió al exterior para informar de su hallazgo. Ahora, la policía debería averiguar quién era la persona que yacía sobre la cama. Inexplicablemente, los zapatos parecían haber sobrevivido a la voracidad del fuego, sobresaliendo desafiantes de entre el colchón arrasado, demasiado grandes en comparación con la esquelética pierna que los sujetaba. Por lo demás, las llamas habían devorado cualquier signo que pudiera servir para poner nombre y apellidos a la persona tumbada sobre los restos de la cama. El rostro, al igual que cualquier otro signo identificativo, se había consumido en el infierno.

Una vez fuera de la casa, Eric se quitó la máscara antigás y llenó sus pulmones de aire fresco antes de dirigirse hacia los sanitarios que esperaban junto a la ambulancia. Uno de los enfermeros atendía a varias personas, muy nerviosas y afectadas, junto al cordón policial. Una mujer yacía tumbada en el suelo, respirando a través de una mascarilla de oxígeno mientras la enfermera le tomaba la tensión. A su lado, un hombre, sentado en la acera caldeada por el sol y el fuego, le palmeaba suavemente la mano.

-Hay un cadáver en la habitación principal -dijo dirigiéndose a la doctora al mando de la Unidad Medicalizada-, así que voy a informar a la

policía. ¿Sabes quién ha venido?

-Creo que Vázquez -contestó la sanitaria-. Está junto a la carretera, revisando los alrededores.

-¿Quiénes son esos? -Su mirada se dirigió a la pareja que se lamentaba sobre la acera. La mujer lloraba desconsoladamente, sin intentar siquiera limpiarse la cara de lágrimas y mocos, que se mezclaban con su propio sudor al deslizarse por la barbilla hacia el cuello.

-La familia del chalé de al lado, el que también se ha quemado -respondió la doctora-. Estaban haciendo la compra en el hipermercado cuando un vecino les ha llamado al móvil para avisarles de que su casa estaba ardiendo. El padre está en shock -añadió- y su mujer está a punto de tener un ataque de ansiedad pensando en lo que hubiera pasado de haber estado en casa, o si el incendio se hubiera producido por la noche. Le hemos dado un calmante, pero de momento no parece servir de mucho.

-Tiene que ser duro ver cómo se quema tu casa, aunque, bueno, ellos podrán volver dentro de unas semanas. No se puede decir lo mismo del pobre desgraciado del otro adosado.

Miró de nuevo en dirección a la familia, que seguía siendo el foco de atención de los sanitarios. Los dos chicos, vestidos con uniforme colegial, observaban a sus padres a unos pasos de distancia. Habían colocado las mochilas pulcramente apoyadas contra la pared, junto a sus piernas, como si temieran perder los libros en medio del tumulto. Ninguno de los dos decía una sola palabra. No se quejaban, ni lloraban, ni siquiera se sacudían con la habitual risita nerviosa propia de los adolescentes. Simplemente miraban a sus padres y esperaban.

Eric se alejó en dirección al inspector de policía que estaba al mando. David Vázquez era un hombre de porte atlético, alto y delgado, de hombros anchos y brazos musculosos, aficionado al footing y al fútbol, deportes que practicaba menos de lo que le gustaría, el primero por falta de tiempo y el segundo por falta de equipo. Unas semanas atrás le ofrecieron formar parte de un grupo de veteranos y participar en alguna competición local, pero la perspectiva de correr detrás de un balón rodeado de barrigas prominentes,

cabezas relucientes y resoplidos agónicos no le entusiasmó en absoluto. A pesar de lo que pudiera parecer, a Vázquez no le importaba aparentar los cuarenta y tres años que estaba a punto de cumplir, lo que significaba que no intentaba ocultarlos detrás de tatuajes, *piercings* o ropa ridículamente juvenil. Su vestuario se componía de pantalones vaqueros y jerséis de cuello vuelto para el invierno, y vaqueros y camisas holgadas para el verano. En el incierto junio navarro había optado por unos vaqueros azules y una camiseta negra de manga larga. Se notaba a la legua que estaba pasando mucho calor.

-Hay una persona ahí dentro -dijo el bombero a modo de saludo.

-Vaya, confiaba en que tampoco hubiera nadie en esa vivienda. - Vázquez arrugó la nariz, como si le molestara el intenso olor a quemado, aunque lo cierto era que el humo hacía rato que le había anestesiado la pituitaria-. ¿Puedes decirme algo más?

-Poca cosa -respondió Eric, sacudiendo lentamente la cabeza de un lado a otro-. Solo he realizado una primera inspección visual. El cadáver está en la habitación principal, en la planta baja. Está muy dañada, prácticamente carbonizada, lo que me lleva a pensar que puede ser el punto de origen del incendio, pero ya sabes que tengo que hacer un estudio más exhaustivo.

-Sí, sí. -Vázquez cabeceó-. ¿Algo más?

-No hemos encontrado a nadie más. Por la posición del cuerpo, tumbado sobre la cama, creo que estaba muerto cuando le alcanzaron las llamas, que murió asfixiado, o que incluso pudo fallecer antes de iniciarse el incendio, pero...

-Sí, sí -le cortó de nuevo el policía-, eso ya me lo dirán cuando le practiquen la autopsia. Gracias, Eric, tan amable como siempre.

-De nada. Y vete a la sombra, o tendré que enviar a un bombero a que te vigile por si ardes tú también.

Eric se alejó con una sonrisa, de nuevo hacia la casa y el humo. David Vázquez permaneció en el mismo lugar, observando el asolador escenario que se abría ante él. No le gustaba el fuego, lo temía profundamente y ni

siquiera sentía la fascinación que las llamas falsamente domesticadas que cimbrean en una chimenea producen en muchas personas, capaces de permanecer horas y horas contemplando extasiadas cómo la lumbre consume los ardientes troncos. El fuego es un ser traicionero, que espera el menor descuido para abandonar su encierro y apoderarse de todo lo que le rodea, como un depredador hambriento y nunca saciado. Inspiró profundamente, superando la intensa aversión que le embargaba, y se dirigió hacia uno de los agentes, interesándose por la persona que descubrió el incendio y dio aviso a Emergencias. Siguiendo sus indicaciones llegó hasta un hombre más o menos de su misma edad, vestido con ropa deportiva, que así la correa de un perro visiblemente nervioso.

-¿Señor Azcona? ¿Jorge?

-Sí, soy yo. -Apenas había curiosidad en los ojos de Jorge Azcona, seguro como estaba de que su interlocutor era un policía a pesar de la ausencia de un uniforme-. No me entretendrá mucho rato, ¿verdad? Entro a trabajar a las diez de la noche y antes tengo que cambiarme de ropa, cenar algo y prepararme el bocadillo.

-No se preocupe, solo serán unos minutos. Si más adelante necesito hablar con usted de nuevo, le llamaré con antelación.

-Gracias. -Jorge consultó dos veces el reloj en menos de un minuto. «Las ocho» pensó. «Tengo como mucho una hora. Espero que sea suficiente.»

Vázquez miró fijamente al testigo, en un intento por descubrir el tipo de persona que tenía enfrente. Estaba acostumbrado a las miradas hostiles y desconfiadas de la gente, pero en este caso intuyó que no tendría problemas con él. Evaluó de un rápido vistazo su atuendo -chándal oscuro, de marca, zapatillas deportivas y gafas de sol sobre la cabeza- y al animal que lo acompañaba, un indefinido chucho que no parecía adecuado para el barrio en el que se encontraban.

-Me lo regaló mi hermana Sofía, que es voluntaria en una ONG de animales abandonados, y no pude decir que no -explicó Jorge, como si le hubiera leído el pensamiento-. Y ahora no me arrepiento: es un perro

estupendo, tiene mucho aguante con los niños, y créame si le digo que tengo en casa dos auténticos animales, pero de los de dos patas. David sonrió antes de dirigir la conversación hacia el incendio.

-¿Pasea por aquí todos los días a esta hora? -comenzó.

-Dos semanas sí y una no, la que trabajo de tarde. Como le he dicho, hoy tengo turno de noche y no entro hasta las diez.

-¿Sobre qué hora descubrió el incendio? Jorge Azcona cerró los ojos, procurando concentrarse en sus recuerdos.

-Poco antes de las siete de la tarde -contestó al fin . Cuando llegaron los bomberos eran las siete y cinco, y recuerdo que calculé que habían tardado doce minutos en llegar.

-¿Vio salir a alguien de la casa en el tiempo que estuvo aquí, antes o después de llamar a Emergencias, o algún vehículo alejándose del lugar? - Vázquez tomaba nota rápidamente, con el cuaderno negro apoyado sobre la ancha palma de su mano.

-No, nada. -Esta vez no hubo vacilación en la respuesta-. Ni siquiera había vecinos en el parque. Con el calor que hace hoy, muchos estarán en sus jardines con piscina, a la sombra de las pérgolas, y todavía es pronto para que los que trabajan en el centro regresen a casa.

-Es cierto. -David reflexionó un momento, observando de nuevo la zona, buscando algo que le llamara la atención por encontrarse fuera de lugar, pero tuvo que reconocer que todo parecía absurdamente tranquilo. A pesar de la tragedia que acababa de ocurrir allí mismo, justo al lado, el aire a normalidad cotidiana se había adueñado de nuevo de la urbanización. Dejando a un lado el olor a quemado, la calle estaba limpia y tranquila. La voz de su testigo interrumpió el discurso de sus pensamientos.

-¿Había alguien ahí dentro?

-Me temo que han encontrado un cuerpo. ¿Sabe quién vivía ahí?

-No, ni idea, pero seguro que sus vecinos de al lado, los que están junto

a la ambulancia, pueden decírselo.

-Seguro. Muchas gracias por todo. Déjele al agente que está junto al coche un número de teléfono en el que pueda encontrarle si le necesitamos.

-De acuerdo. -El hombre se llevó la mano a la frente, despidiéndose con un cinematográfico saludo militar, tiró de la correa del animal y dio media vuelta.

David contempló cómo se alejaban Jorge Azcona y su perro, que se había cansado de saltar y trotar y ahora caminaba cabizbajo detrás de su amo. A pesar de haber mucha gente por allí, nadie parecía dispuesto a jugar con él.

Llamó con un gesto a uno de los agentes, que se acercó con paso rápido. -¿Sabemos el nombre de los dueños de la casa?

-Sí: Marcos Bilbao, abogado, e Irene Ochoa, su mujer, promotora turística. Los vecinos nos han contado que él trabaja para un bufete en el centro y que ella tiene un despacho en el casco antiguo. Sin hijos. Se instalaron aquí hace unos cinco años y parece que son una pareja de lo más normal. He llamado a jefatura y no han encontrado nada a su nombre, ni multas, ni trifulcas, ni denuncias de ningún tipo.

-Hay que intentar localizarlos a los dos, es muy posible que el cadáver de ahí dentro sea el de uno de ellos. No creo que un desconocido se cuele en una casa para tumbarse en la cama a echar la siesta, aunque cosas más raras se han visto.

David echó una rápida ojeada a la casa. Los bomberos continuaban con su trabajo, ocupados en extinguir los exiguos rescoldos que todavía respiraban en la planta baja. El agente se alejó para cumplir con el encargo encomendado. De nuevo solo, David reflexionó unos segundos sobre lo inapropiado que resulta morir de ese modo. «No ves venir la muerte, no puedes dejar nada en orden, ni despedirte de los que amas... Simplemente, todo se apaga y el mundo sigue sin ti.»

3

Cuando el sonido de las sirenas se apagó en sus oídos, Irene volvió a poner en marcha el coche y se dirigió al aparcamiento subterráneo de la plaza del Castillo. Serpenteó entre las estrechas calles del ensanche de Pamplona, atenta al intenso tráfico de última hora de la tarde, hasta que por fin enfiló la rampa del aparcamiento. Salió al exterior y se detuvo en seco, sorprendida por la algarabía de gente que iba y venía por la calle cargada con bolsas de todos los tamaños, charlando en voz alta y riendo con estridencia. El buen tiempo tenía ese efecto en los pamploneses. Después de un largo invierno, los cálidos rayos del sol parecían reactivar su esencia vital, lanzándoles a la calle con cualquier excusa y llenando las terrazas de los bares hasta altas horas de la madrugada incluso entre semana. Se sentía completamente fuera de lugar. La gente la esquivaba sin prestarle atención, caminando a su alrededor e interrumpiendo por un instante su cháchara hasta que la sobrepasaban definitivamente. Se obligó a mover las piernas, que sentía rígidas como dos estacas de madera, y se dirigió hacia las escaleras del Pasadizo de la Jacoba. El frescor del casco viejo la envolvió con dulzura y le permitió el respiro que tanto necesitaba. Observó las estrechas calles, resguardadas del inclemente

sol, y sus oídos se llenaron con los dulces acordes del Canon de Pachelbel que en esos momentos interpretaba desde una de las esquinas del cruce de caminos un cuarteto de cámara, cuatro jóvenes de apenas veinte años que intentaban con su arte ganarse unas monedas. Compró un café para llevar en la cafetería de la esquina. Un breve saludo y una sonrisa bastaron para que la camarera le preparase el mismo pedido de siempre. Con la bolsita de azúcar en el bolsillo y el café en la mano, se dirigió al portal de la calle Zapatería en el que tenía su despacho.

El palacio de los Navarro Tafalla era un antiguo edificio del siglo XVIII, mandado construir en 1752 por el capitán, caballero de Santiago y comerciante en Indias don Juan Francisco Adán y Pérez, rehabilitado recientemente para convertirlo en oficinas y viviendas particulares. El arquitecto encargado de la obra había tenido la sensatez y el buen gusto necesarios para respetar la construcción barroca original, las elegantes escaleras, los blasones de la fachada rococó y la dura piedra, acondicionando al mismo tiempo espacios de unos doscientos metros cuadrados dotados de todas las comodidades de la vida moderna.

El despacho de Irene Ochoa, en la tercera planta, no era de los más grandes, pero desde luego más que suficiente para albergar su empresa turística. Dos amplias oficinas, una sala de reuniones, un pequeño salón con equipo de audio y de vídeo, un baño con ducha y una pequeña cocina que podía ocultarse tras un panel corredizo de madera componían su refugio. Este era su hogar, más que la casa de Gorraiz. Aquí había paz, orden, silencio... y no estaba Marcos. Los dedos le temblaban levemente y no conseguía recuperar el ritmo normal de su respiración. Inspiraba el aire con rápidas bocanadas que apenas rozaban sus pulmones antes de volver a salir entre los labios. Estaba comenzando a marearse.

Se sentó tras su mesa y comenzó a pensar en el modo que debía actuar. Por su cabeza pasó, una vez más, la imagen de Marcos tumbado en la cama, rodeado de humo. En su mente ideó varias maneras de acabar también con su vida, pero le faltaba valor para intentarlo. Se imaginó entonces a sí misma fugitiva de la justicia, huyendo hasta ser detenida, expuesta al escarnio público en un juicio y condenada a pasar muchos años en prisión. Sintió en los huesos la frialdad de la celda, los afilados muelles del angosto camastro, la soledad del resto de su vida. Cerró los ojos con fuerza y se concentró en

ralentizar su respiración, aspirando largas bocanadas de aire fresco que poco a poco disolvieron las angustiosas imágenes.

Esperar, decidió, era lo único que podía hacer. Esperar y actuar con normalidad. Revisó su correo electrónico, abrió varios documentos y leyó por encima un proyecto que tenía que presentar en la Diputación Provincial la semana siguiente. Con la mesa llena de papeles, consiguió, por un minuto, aparentar que todo era normal. Su mente impuso una cierta distancia entre ella y la realidad, permitiéndole recuperar el pulso y el aliento.

Irene Ochoa había fundado su empresa de promociones turísticas hacía ya siete años. Desde el principio, sus rutas culturales, deportivas y festivas por todos los rincones de Navarra habían sido muy bien acogidas en el sector, especialmente entre los turistas extranjeros más pudientes, que gustaban de disfrutar de la pesca en cotos privados, resollaban ascendiendo las escarpadas pendientes de los Pirineos hasta la Mesa de los Tres Reyes -calzados, eso sí, con las botas más caras del mercado y pertrechados como si fueran a escalar el Everest-, y que suspiraban por el exclusivo placer de abrir la ventana en la habitación de su hotel cinco minutos antes de las ocho de la mañana del 7 de julio y tener a sus pies el mágico espectáculo del encierro. Su seriedad y la exclusividad de sus servicios corrieron de boca en boca hasta convertirse en una de las operadoras más demandadas de la zona norte. En ese momento contaba con cinco empleados encargados de recibir, atender y guiar a sus clientes, que llegaban de todos los rincones del mundo.

Terminó el café cuando ya estaba frío. Todavía con el vaso vacío en la mano, se paseó a lo largo y ancho de la estancia. Los tacones de sus zapatos repiqueteaban sobre la madera del suelo, un vigorizante sonido que quedaba amortiguado cuando llegaba a la elegante alfombra que cubría casi por completo su despacho. Caminaba arriba y abajo del pasillo, de una habitación a otra, pensando en lo que había sucedido, recapacitando sobre lo que estaba a punto de suceder. Al llegar a los amplios ventanales, desde los que podía ver cómo el sol se despedía de la jornada arrancando brillantes reflejos de los tejados más antiguos de Pamplona, esperaba descubrir el destello azul de las sirenas policiales reflejarse en el edificio. Desde su oficina, las ventanas se abrían a la fachada del hotel Maisonnave. La proximidad del mes de julio y de las fiestas de San Fermín provocaba cada año un aumento considerable del número de turistas, y esa tarde había un revuelo importante a la entrada del

hotel, sobre todo de hombres y mujeres vestidos con pantalones cortos y sandalias. «Piensan que toda España es Marbella», reflexionó Irene, sonriendo para sus adentros, «Y cuando vienen al norte se quedan congelados con su calzado de franciscano».

A las ocho y diez el teléfono de su despacho la sacó abruptamente de sus ensoñaciones. El irritante timbre le taladró los tímpanos y la obligó a correr hasta su mesa. Se detuvo, apoyando las manos sobre la pulida madera para mantener el equilibrio, respiró profundamente y descolgó cuando arrancaba el cuarto tono de llamada.

-Promociones Turísticas Iruña, ¿qué desea?

-Hola -respondió una voz masculina al otro lado del teléfono-, quisiera hablar con Irene Ochoa.

-Soy yo, ¿puedo ayudarle en algo? -Intentaba con todas sus fuerzas que su voz sonara normal, incluso animada, imprimiendo toda su capacidad de concentración en cada palabra, pero no pudo evitar un ligero temblor al terminar la frase, tan sutil sin embargo que su interlocutor no se dio cuenta de su vacilación.

-Le llamo de la Comisaría de Policía de Pamplona, señora. ¿Vive usted en el número veintitrés de la calle Itaroa, en la urbanización de Gorraiz?

-Sí, ¿ha pasado algo?

-Me temo que se ha producido un incendio, señora. ¿Su marido está con usted?

-No. Marcos suele llegar a casa sobre las cinco y yo no vuelvo hasta la hora de cenar. -Su voz temblaba ahora libremente-. ¿Le ha ocurrido algo?

-Estamos intentando localizarle. Sería conveniente que se personase en su domicilio. Junto a la casa hay varios agentes que la esperan para ayudarle en lo que necesite. ¿Puede intentar localizar a su marido?

-Sí, sí, ahora mismo le llamo al móvil. Voy a casa enseguida, adiós.

Apenas terminó de pronunciar la despedida cuando, todavía con el auricular en la mano, comenzó a llorar. Los espasmos de su cuerpo y el llanto incontrolable se prolongaron durante varios minutos. Después, sintiéndose al borde del agotamiento, cogió el móvil de su bolso y pulsó una sola tecla, la de marcación rápida del número de Marcos. El mensaje grabado le informó de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. «Fuera de cobertura», pensó, «qué ironía».

Con la chaqueta y el bolso en la mano, Irene se lanzó escaleras abajo, hacia el aparcamiento, hacia el coche y de nuevo hacia casa, a enfrentarse con la realidad, una vida diferente que en esos momentos era una completa incógnita. Ni siquiera sabía muy bien cómo iba a ser capaz de vivir con las consecuencias de sus actos.

Cuando el Audi A3 negro de Irene Ochoa aparcó bruscamente en la calle colindante a su casa, el inspector David Vázquez hablaba de nuevo con el jefe de los bomberos. Hacía unos minutos que los conmocionados vecinos del segundo chalet se habían marchado a casa de unos familiares, que les acogerían hasta que la inspección determinase qué iba a suceder con las dos viviendas afectadas por el fuego. Al darse cuenta de que Eric Gil había dejado de prestarle atención, se volvió para comprobar qué era más importante que su conversación. Vio entonces a una mujer alta, pálida y nerviosa que hablaba con uno de los agentes uniformados. El policía la dejó esperando junto al coche y se dirigió hacia Vázquez.

-Es Irene Ochoa, la dueña de la casa -le informó-. La han llamado de comisaría para notificarle lo que ha sucedido. Dice que no sabe dónde está su marido.

-Bien, voy a hablar con ella. Eric, por favor, avisa a los sanitarios y diles que estén atentos, por si fuera necesaria su intervención. No va a ser fácil.

-Nunca lo es -contestó el bombero antes de alejarse.

Apenas diez pasos lo separaban de la mujer que temblaba junto al coche patrulla. Ese espacio fue suficiente para percibir su belleza, un pensamiento que le pareció del todo inadecuado teniendo en cuenta que iba a comunicarle que seguramente no volvería a ver a su marido. Se detuvo frente a ella y la miró a los ojos antes de saludarla. Ella le sostuvo la mirada, pero David no pudo traspasar la negrura de su iris.

-Señora, soy el inspector David Vázquez.

-Irene Ochoa. Vivo en esa casa. Mi marido no contesta al móvil y en el bufete me han dicho que se marchó poco después de las cinco. ¿Qué ha pasado? -Habló muy deprisa, apretando los labios y soltando las palabras desde detrás de los dientes. Vázquez sintió el miedo en el tono de su voz, el temor que provoca la certeza de que la noticia que estás a punto de escuchar te va a destrozar la vida.

-Lo lamento mucho, pero me temo que no tengo buenas noticias. Se ha producido un incendio en la vivienda. De momento desconocemos cuál ha sido su origen. Cuando los bomberos han controlado el fuego y han accedido al interior, han encontrado un cuerpo en el dormitorio de la planta baja.

-Ese es mi dormitorio, el de mi marido y el mío. ¿Qué quiere decir «un cuerpo»?

La voz le temblaba de nuevo incontroladamente, aunque confiaba en que el policía viera dolor en sus palabras y no el pánico que la inundaba en esos momentos.

-Había una persona tumbada sobre la cama. La encontraron sin vida. Todavía no sabemos quién es, aunque lo más probable es que se trate de alguien relacionado con la casa.

-Marcos solía tumbarse a descansar un rato al volver del trabajo. A veces encendía la televisión y se quedaba traspuesto. No era raro que me lo encontrara dormido cuando yo llegaba a la hora de la cena.

-Entonces no sería extraño que hoy también estuviera durmiendo cuando comenzó el incendio. ¿Tomaba algún tipo de somnífero? -David

buscaba la respuesta a una pregunta que llevaba un rato rondándole: cómo una persona dormía tan profundamente a media tarde sin que se despertase con el calor y el humo de un virulento incendio desatado a su alrededor. El fallecido no había intentado huir, seguramente ni siquiera llegó a levantarse. Pudo ver en los ojos de Irene que había algo que no le había contado-. ¿Y bien? -insistió, animándola.

-Bueno... En ocasiones, Marcos bebe un poco al llegar a casa si el día ha sido especialmente duro en el trabajo. Le gusta tomar una o dos copas de ron, dice que le relaja.

Es una mala costumbre que siempre le reprocho, pero para él es una especie de vía de escape. A veces se queda dormido hasta el día siguiente, sin ni siquiera quitarse los zapatos, y no se entera de cuando regreso o cuando me acuesto a su lado. Nada lo mueve hasta que suena el despertador.

-Bien. Todavía queda por identificar a la persona que hemos encontrado en su casa, pero me temo que tendrá que esperar lo peor, dadas las circunstancias. -Vázquez habló en voz baja, intentando que sus palabras la hirieran lo menos posible.

Un temblor recorrió la espalda de Irene, un espasmo tan violento que el inspector pensó que se iba a desmayar, pero finalmente se recompuso, irguió la espalda y ralentizó de nuevo su respiración. David admiró el coraje y el autocontrol demostrado por aquella mujer que le sostenía la mirada sin apenas titubear.

-¿Qué puedo hacer?

-No es necesario que se quede aquí mientras dura el procedimiento. El juez y el secretario todavía no han llegado y esto puede alargarse todavía varias horas más. Necesito saber, eso sí, dónde se encuentra, pero basta con que me deje un número de móvil en el que esté localizable a cualquier hora.

-Tendré que hablar con la madre de Marcos...

-Bueno, insisto en que todavía no hay nada confirmado, pero quizá no sea mala idea que le informe en persona de lo sucedido. En una ciudad

pequeña como esta las noticias vuelan, sobre todo las malas.

Irene sacó de su bolso un bolígrafo y una tarjeta de visita en cuyo dorso anotó un número de teléfono móvil.

-Creo que ahora iré a ver a mi suegra, vive en la Vuelta del Castillo, y después me quedaré en mi despacho, en esta dirección -dijo al tiempo que le entregaba la tarjeta. El temblor de las manos había desaparecido-. Tengo allí un sofá cama en el que puedo pasar la noche.

-De acuerdo, la llamaré cuando tenga algo más que contarle, o si surgen dudas que creo que usted puede despejar.

Mientras Irene se alejaba hacia su coche, David pensó que había algo extraño en ella, aunque desechó pronto la idea. Las mujeres guapas tenían el poder de disminuirle la sensatez, y esta era muy hermosa.

Permaneció solo y meditabundo durante un buen rato. Vio venir al juez de guardia, que entró en la casa después de cambiarse los zapatos por unas botas altas de agua. Iba acompañado por el forense encargado de certificar el fallecimiento y por el secretario del juzgado, un joven que se debatía entre anotar lo que el juez le indicaba e intentar esquivar los enormes charcos de agua provocados por la intervención de los bomberos. En menos de media hora el juez abandonó la casa sudoroso, cubierto de hollín y con la ropa empapada por el agua que caía de la planta superior de la casa, y ordenó el levantamiento del cadáver. David pudo entonces reunirse de nuevo con Eric Gil para establecer la forma en que iban a acceder a la vivienda para comenzar la investigación sobre las causas del incendio.

-Iremos nosotros dos delante. Será suficiente con que detrás entren un par más de bomberos y uno de tus agentes. No creo que haya peligro de derrumbe, el hormigón absorbe las altas temperaturas sin apenas deteriorarse y estas casas las hicieron con materiales de primera. Sin embargo, sí que es posible que parte de la estructura interna esté afectada, sobre todo tabiques, revestimientos de escayola o azulejos. Te traeré un anorak y un casco.

-¿Tienes unas botas del cuarenta y tres para prestarme? -Miraba la puerta de la vivienda, tan negra como su interior, y deseó fervientemente

encontrarse en otro lugar.

-Siempre llevamos varios pares, pero no sé de qué número son. Espera un momento.

Mientras Eric buscaba las botas, David se lamentó por enésima vez aquella tarde del atuendo que había elegido. Estaba acalorado, sentía la camiseta pegada al cuerpo y ahora, además, tenía que meterse en una casa que estaría a más de cuarenta grados. «Genial», se lamentó.

Una vez se hubo protegido y pertrechado convenientemente, siguió a Eric al interior del adosado. Caminaban detrás dos bomberos, y un policía, Andrés Lorea, cuya misión sería recoger, embolsar y etiquetar las muestras que Eric y David le indicasen y que después serían analizadas por los técnicos del Cuerpo Nacional de Policía. El cometido de los dos bomberos era velar por su seguridad, un trabajo nada sencillo teniendo en cuenta el panorama desolador que encontraron al entrar.

El fuego había carbonizado prácticamente todos los muebles, que yacían hechos pedazos, destrozados primero por las llamas y después por la acción devastadora del líquido eyectado a gran presión por las mangueras de los bomberos. En un rincón, un mueble de metacrilato había quedado convertido en un informe bloque negruzco. El mismo aspecto tenían las paredes e incluso el techo, donde las lenguas de fuego habían lamido la escayola hasta dejar a la vista el encofrado de la obra. Una lámpara todavía colgaba, obstinada y desnuda, atada a un casquillo vacío, incapaz ya de iluminar nada con vida en medio de ese infierno.

Con cuidado, midiendo cada paso, se dirigieron al dormitorio principal, donde habían encontrado el cadáver. Al entrar, David observó en primer lugar los restos de la gran cama de dos metros de ancho. Era una de esas camas con canapé. Recordaba que un colega había comprado una de esas, bastante cara, por cierto, y que dentro guardaba los esquís y la ropa de montaña. Fuera lo que fuese lo que el matrimonio tuviera dentro de ese espacio, ahora ya no existía. A los pies de la cama, junto a la pared, había una pequeña mesa y un televisor de veinticinco pulgadas prácticamente derretido como consecuencia del extremo calor. Se fijó también en las dos mesitas de noche, una a cada lado de la cama, que mantenían un precario equilibrio

apoyadas contra la pared, ladeadas sobre las escuálidas patas que todavía las sostenían a pesar de estar completamente resquebrajadas. El armario empotrado, ennegrecido de arriba abajo, parecía haber resistido mejor que el resto de la habitación el embate de las llamas, aunque nada de lo que hubiera en su interior podría volver a utilizarse jamás. Un intenso olor a pelo y carne quemada les golpeó al cruzar el umbral. El agente Lorea, novato en estas lides, empezó a recular despacio hacia el pasillo, aguantando a duras penas las arcadas, hasta que al final tuvo que abandonar precipitadamente la casa para salir a la calle, justo a tiempo de devolver todo lo que su estómago albergaba. Tardó varios minutos en regresar, disculpándose por su comportamiento mientras se limpiaba la boca con un pañuelo. Sudaba copiosamente, pero juró una y otra vez que se encontraba en perfectas condiciones para trabajar.

-¿Por dónde empezamos, Eric? -preguntó David una vez restablecido el grupo-. Tú eres el experto aquí.

-Por todo lo que esté fuera de lugar. Como esos cristales que hay en el suelo, junto a la cama.

El cabo se dirigió con cautela hacia el espacio más alejado de la puerta. Se agachó sobre los escombros y recogió lo que parecía ser la gruesa parte inferior de un vaso de vidrio, totalmente negro, y unos cuantos cristales más finos y fragmentados en diversos tamaños. En algunos todavía se adivinaba el elegante dibujo esmerilado. Otros pedazos de cristal, sin embargo, parecían pertenecer a una botella oscura, posiblemente marrón o ámbar.

-Yo diría que son los restos de un vaso y una botella -aventuró Eric-, aunque no sé qué líquido contenían. El calor lo ha evaporado todo y el olor a humo es demasiado intenso para identificar cualquier otro aroma, aunque seguro que, una vez limpios, los pedazos que quedan pueden montarse como un puzle y sabremos qué tipo de botella es.

-Apuesto por alguna bebida alcohólica. La mujer dice que el marido solía beber tumbado en la cama. -Vázquez alargó la mano hasta el vaso, girándolo ante sus ojos y aspirando el olor de su interior. Miles de diminutas partículas de hollín se colaron en sus fosas nasales, provocándole un incómodo cosquilleo que le hizo estornudar ruidosamente. Cuando terminó,

se limpió la nariz con un pañuelo y entregó el vaso al agente que les acompañaba.

-Si estaba borracho, no es extraño que no percibiese el humo y el calor.

Eric continuó agachado junto a los restos de la cama mientras la atención de David se centraba en algo que había sobre ella.

-¿Qué es eso? -preguntó, señalando un objeto retorcido, de aspecto metálico, que yacía a un lado de la cama. Observaron el pequeño cuenco que había quedado encajado entre los retorcidos hierros que sobresalían por doquier.

Eric lo recogió con cuidado y le dio un par de vueltas antes de pasárselo a David, que ya se había puesto unos guantes ignífugos. Todo estaba muy caliente todavía.

-Parece un cenicero -señaló Vázquez.

-Estoy de acuerdo. Una combinación mortal -apuntó el bombero-: alcohol, tabaco y sueño. Un cigarrillo podría haber incendiado el colchón. Los nuevos materiales de seguridad que se utilizan en los colchones hacen que estos ardan más despacio, dando tiempo a las víctimas a despertarse y huir, pero desprenden un humo denso y tóxico que puede asfixiar a una persona en menos de quince minutos si no es capaz de alejarse lo suficiente. Y pasado este tiempo llegan las llamas, por supuesto, que no tardan en alcanzar todo lo que rodea al colchón. Los materiales del interior de una casa son como la gasolina, realmente no somos conscientes de lo peligrosas que pueden llegar a ser unas cortinas o una colcha sintética.

David escuchaba a Eric y asentía ante las reflexiones del bombero. De hecho, una vez iniciado el fuego, era muy difícil controlar el incendio en una vivienda. Todo ardía como la paja seca y las llamas se alimentaban ávidas y raudas con todo el plástico, el nailon, el papel, la madera y los disolventes que encontraban a su paso.

-Es muy posible que haya pasado como dices.

Embolsaron como pruebas los restos de cristal, el cenicero y varias muestras del hollín acumulado en diferentes rincones de la habitación, por si en ellos encontraban trazas de algún acelerante del fuego, aunque el experto olfato de Eric no había detectado la presencia de combustible. Revisaron después los enchufes en busca de un posible cortocircuito, pero fue en vano. Todo parecía en orden. Carbonizado, pero en orden.

Dedicaron más de treinta minutos a analizar el dormitorio y el baño contiguo. No vieron nada que les llamara la atención. Costaba respirar en el interior de la casa. El aire estaba tan caliente que la garganta les quemaba como si se hubieran tragado un ascua ardiendo. Vázquez se asomó en un par de ocasiones a las ventanas, destrozadas por el calor del incendio, para respirar un poco de aire fresco.

Siguieron avanzando despacio por el resto de la vivienda. El fuego no había respetado nada. La casa estaba completamente quemada y crujía amenazadora. Por la mañana, los técnicos municipales decidirían si se podía reconstruir o si, por el contrario, lo mejor era derribarla. Eric había visto tirar casas con menos daños que esta, por lo que, en su opinión, el futuro del adosado era poco esperanzador.

No vieron nada fuera de lugar en la cocina, excepto los azulejos que habían saltado de las paredes como consecuencia de las extremas temperaturas. Los muebles prácticamente habían desaparecido, y apenas podían adivinar entre los restos lo que unas horas antes eran una mesa o unas sillas de respaldo alto. Tanto la caldera de gas como la instalación de la calefacción estaban en orden. A continuación recorrieron el salón y el piso superior, donde hallaron otras dos habitaciones y un baño. En la buhardilla, la parte menos afectada de la casa, encontraron lo que quedaba de un enorme televisor, un fútbolín, dos sofás y una librería que cubría toda una pared. También había un ordenador portátil y un equipo de música en uno de los rincones, junto a lo que parecía haber sido una mesa de trabajo o de estudio. Desde luego, nada de todo eso volvería a funcionar jamás.

La tarea fue lenta y minuciosa, pero todos los indicios que encontraban a su paso no hacían sino reafirmar su impresión de que el incendio se había originado en la habitación de la planta baja. David estaba prácticamente convencido de que se trataba de un accidente, pero la experiencia le había

enseñado que nunca se puede dar nada por sentado, y menos cuando hay un cadáver de por medio. Así lo haría también en esta ocasión. Al día siguiente, analizaría los datos reunidos hasta ese momento y decidiría los pasos que habría que dar en función de los resultados. Confiaba en dar carpetazo al caso rápidamente. Era mucho ya el trabajo atrasado esperándole en su escritorio como para entretenerse con accidentes; no obstante nunca había dejado que las prisas guiaran su comportamiento, ni en lo personal, ni en lo profesional.

4

La visita a la familia de Marcos fue todo lo terrible que cabía esperar. Su padre, Armando, había fallecido como consecuencia de un aneurisma cerebral hacía varios años, y la mente de Ana, la madre, navegaba a la deriva desde entonces. La hermana menor de Marcos, Marta, de veinticinco años, llevaba las riendas de la menguada familia. Apenas había tíos y primos con los que contar.

Irene llegó al domicilio de los Bilbao pasadas las nueve y media de la noche. Se detuvo brevemente en el descansillo para reunir las pocas fuerzas que le quedaban antes de llamar. Se abrazó el cuerpo con los brazos, rozando al hacerlo una de las magulladuras de su costado. Reprimió un gemido y recompuso el gesto con el dedo en el timbre. Al abrir la puerta, Marta Bilbao no pudo disimular su sorpresa y desagrado al encontrarse de frente con su cuñada. Miró anhelante detrás de Irene, buscando a su hermano.

-¿Vienes sola? -preguntó sin soltar la puerta, ocupando con su cuerpo todo el espacio libre.

-Sí, ¿puedo pasar? -La voz de Irene era un susurro apenas audible. Incapaz de mirar a la joven a los ojos, mantuvo la vista fija en el suelo.

Marta se retiró unos centímetros del umbral, lo suficiente para permitirle el paso y cerrar la puerta tras ella. Irene volvió a sentir escalofríos, a pesar de que la temperatura en la casa rondaría los veinticinco grados.

-Tengo que hablar con vosotras, ha sucedido algo horrible -dijo sin rodeos.

Una sombra de temor se instaló en los ojos azules de Marta. Se parecía tanto a Marcos, al Marcos de los buenos tiempos, que le dolía mirarla.

-Mi madre está en el salón viendo la tele.

-Marta... -El modo en que pronunció su nombre hizo que la joven intuyera lo que venía a continuación.

-¿Marcos? Todavía de pie en el recibidor, Irene le explicó lo que había sucedido.

-Ha habido un incendio en casa esta tarde. Han encontrado un cuerpo en el dormitorio. Todavía no lo han identificado, pero creen que puede ser Marcos.

-¿Marcos? -Al repetir el nombre de su hermano, la voz de Marta tembló y se convirtió en un grave lamento que procedía directamente de su corazón destrozado-. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Y mamá?

La certeza de que esa noticia sería la gota que desbordaría el vaso de la cordura de la mujer no hizo sino agudizar la angustia de Marta. Sin embargo, no intentó buscar consuelo en su cuñada, ni se acercó a ella un solo centímetro.

-¿Prefieres que hable yo con ella? Encontraré las palabras...

-Sí, tú siempre le has caído bien.

Irene escuchó una vez más el desprecio mal disimulado que Marta

sentía hacia ella. Ni siquiera las lágrimas y el dolor que le atenazaban el alma conseguían maquillar sus sentimientos. Su animosidad comenzó el mismo día en que Marcos dejó de ver a Irene como una amiga para convertirla en el objetivo de su amor. Entonces Marta dejó de sonreírle, no la invitaba a las celebraciones familiares, olvidaba comprarle un regalo por su cumpleaños y fingía no verla si por casualidad se cruzaban en la calle.

Con una mano cubriéndole la boca y la otra en el tembloroso pecho, Marta se alejó, dejando sola a Irene ante la puerta del salón. Abrió espacio para no sobresaltar a la madre de Marcos. Ana Martelo era una señora de los pies a la cabeza. A sus sesenta y siete años lucía con orgullo la elegancia de la madurez. Había dejado atrás la juventud sin dolor, al contrario que otras mujeres de su edad, que se lanzaban a una loca carrera en pos de conservar su belleza, aun a costa de dolorosas intervenciones quirúrgicas, dietas draconianas y un vestuario indescriptible. Ana Martelo, por el contrario, había crecido como persona al mismo ritmo que celebraba sus cumpleaños, lo que le confería un halo de belleza y dignidad muy difícil de alcanzar para todas esas lolitas de sesenta años. Sin embargo, el dolor que le produjo la repentina e inesperada muerte de su marido la sumió en una depresión que intentaba superar con un sinfín de fármacos y visitas periódicas al psiquiatra. La pena seguía instalada en su alma, pero ahora el eco rebotaba en un colchón de pastillas.

A lo largo del día, la atención de Ana fluctuaba en función de la medicación que tomaba por la mañana, a mediodía y por la noche. Irene sabía que su suegra pasaba largos ratos dormitando en el sofá, a veces en un duermevela sonriente en el que, según sospechaba, su mente viajaba hacia tiempos mejores.

Esa tarde la encontró, una vez más, sentada en el mullido sillón, rodeada de cojines, aunque parecía despierta y siguiendo con atención un programa de televisión en el que el presentador formulaba preguntas absurdas a un atónito invitado, que se prestaba al juego a cambio de promocionar su última película.

Ana Martelo levantó la vista al oír la puerta y sonrió cuando vio a su nuera en el umbral.

-¡Irene, cariño, qué sorpresa! ¡Pasa, por favor! ¿Ha venido Marcos contigo? Hace por lo menos una semana que no sé nada de ese mal hijo. Ni de ti, por cierto -añadió con una sonrisa.

-¿Me vas a poner falta? -preguntó Irene al tiempo que acercaba una silla y se sentaba junto a su suegra-. Siento mucho tenerte tan abandonada.

Ana la miró a los ojos y cogió sus manos, que temblaban como hojas.

-¿Qué sucede, Irene?

-Ana, tengo malas noticias, las peores, pero no podía permitir que otras personas te lo dijeran antes que yo. Marcos... -Por un momento fue incapaz de enfocar el rostro de la anciana. Las lágrimas, a duras penas contenidas durante las últimas horas, cubrieron sus ojos por completo, convirtiendo lo que la rodeaba en una mancha acuosa. Era tan inmensa la pena que sentía que deseó con todas sus fuerzas ser ella el cadáver carbonizado de la casa.

-No...

-Ha habido un incendio en casa -relató una vez más-, yo estaba trabajando, pero Marcos estaba descansando en la cama, viendo la tele, y le ha sorprendido el fuego.

-No, no, no...

La calma de Ana desapareció de un plumazo. Un rictus de terror le atravesó el rostro como un rayo, apagando a su paso la escasa luz que mantenía vivos sus ojos, tremendamente azules, y que ahora giraban enloquecidos en busca de alguien que le dijera que todo aquello no era más que una broma macabra. Su cuerpo se sacudía con espasmos incontrolados mientras un intenso y agudo dolor se cernía en torno a su garganta, impidiéndole respirar. La presión en el pecho y el estómago era cada vez más fuerte. Sentía como si una fiera le arrancara las entrañas a mordiscos, mientras unas manos invisibles la agarraban con fuerza por el cuello. Quería morir, quería acompañar a su hijo, que no estuviera solo. Una madre siempre tiene que estar con sus hijos, siempre. Ana veía que la boca de Irene se movía, pero no podía entender lo que le estaba diciendo. ¿Por qué tardaba

tanto la muerte en llegar? ¿Para qué alargar esta agonía? Estaba segura de que este tormento solo podía significar que el final se hallaba cerca y lo esperaba ansiosa, igual que cuando sintió los dolores del parto de Marcos, su primer hijo. Aquel dolor indescriptible, que no parecía terminar nunca, eterno y ultrajante, que la redujo hasta convertirla en un amasijo de carne lloroso y trémulo, le trajo sin embargo el mejor regalo de toda su vida. Esperaba ahora que esta tortura la llevase de nuevo junto a su niño.

Irene soltó las manos de su suegra y corrió al teléfono. Marcó el 112 y, mientras explicaba la situación y facilitaba la dirección a la operadora, vio que Marta entraba en el salón y se arrojaba, llorando, en el regazo de su madre, incapaz en ese momento de reaccionar ante cualquier estímulo externo. Tenía la mirada perdida, los ojos fijos en algún punto muy lejos de allí. Marta, de rodillas ante su madre, le acariciaba la cara y la llamaba, sin obtener respuesta.

Irene se quedó al margen de la escena, llorando también, retorciéndose las manos y pensando, una vez más, que no iba a poder vivir con esa carga sobre su conciencia.

Los quince minutos que tardaron los efectivos de Emergencias en llegar a la vivienda le parecieron una eternidad. Marta lloraba con estridencia y Ana continuaba con la mirada perdida cuando los sanitarios llamaron a la puerta. Irene les abrió, indicándoles el camino hacia el salón. Explicó brevemente al médico lo que había sucedido y este se hizo cargo al momento de la situación. Diligente, indicó a los dos enfermeros lo que tenían que hacer y apartó, con suavidad y firmeza, a Marta del regazo de su madre. Un enfermero condujo a la joven hasta uno de los sillones y le colocó el tensiómetro en el brazo mientras auscultaba su ritmo cardíaco. Respiraba con dificultad, con inspiraciones cortas y rápidas. El doctor ordenó al sanitario que le inyectara un tranquilizante mientras él intentaba que Ana reaccionara de algún modo. Le puso una mascarilla de oxígeno y le administró también un sedante, pero Ana seguía perdida en su mundo, azotada por un dolor infinito. Se había rendido incondicionalmente y nadie podía hacer nada por evitarlo.

El médico decidió trasladarlas al hospital y ordenó que subieran una camilla y una silla de ruedas de la ambulancia. El revuelo de sirenas y

sanitarios, junto con los gritos de madre e hija, atrajeron hasta la puerta de la casa a varios vecinos. Un par de ellos, los más osados, entraron sigilosamente fingiendo ofrecerse para ayudar mientras fisgoneaban por el recibidor, de donde fueron despedidos por uno de los enfermeros tras comprobar que no eran familiares, insistiendo en que allí no hacían sino estorbar.

Irene, refugiada en un rincón, detrás de una mesa, observaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos como si de una película se tratara. Uno de los enfermeros se acercó hasta ella y comenzó a hablarle, pero Irene no reaccionó hasta que sintió una fría mano sobre su brazo.

-... nos las vamos a llevar -estaba diciéndole cuando fue capaz de centrar su atención-. Nos vendría bien saber qué ha pasado exactamente.

La joven dice que su hermano ha muerto.

-Su hermano, mi marido... -balbuceó Irene-. Ha habido un incendio en casa... -¿cuántas veces tendría que repetir la misma historia? Comenzaba a parecerle tan irreal como el drama que continuaba desarrollándose en el salón-. Mi marido, su hijo, Marcos, estaba dentro. Ya no está. Ha muerto.

El dolor que sus palabras le causaban la sorprendió y aturdió al mismo tiempo. No esperaba estar tan afectada. Había recreado muchas veces la muerte de Marcos en su mente y jamás imaginó que los acontecimientos discudiesen hasta el caos actual. En esos momentos se sentía una actriz más en el drama, no la directora de la obra.

El enfermero seguía hablando e Irene se esforzó por volver a prestarle atención. -Quizá necesite también usted atención médica, permítame que la examine...

-No, no, yo estoy bien. Por favor, ocúpense de ellas. Ana está destrozada. Ayúdenle a ella, yo estoy bien, por favor...

Sus súplicas se mezclaron de pronto con un profundo sollozo, que se esforzó por contener. No quería tener a nadie cerca, necesitaba salir de allí en ese instante, no podía permitirse perder el control.

-¿Dónde las van a llevar? Yo iré enseguida. -Las trasladamos al hospital Virgen del Camino. Seguramente pasarán allí la noche.

Irene no intentó acercarse a las mujeres, que continuaban siendo atendidas por los sanitarios. Marta respiraba ansiosamente a través de una mascarilla conectada a una pequeña botella de oxígeno. Ana seguía lejos, dejando que las lágrimas discurrieran por sus mejillas sin hacer nada por evitarlo. Las profundas arrugas de su piel servían de cauce al torrente salado, que mojaba ya los pliegues de su cuello. Irene contuvo el impulso de enjugárselas con un pañuelo y salió a la calle, quedando expuesta durante unos instantes a las miradas y preguntas de los vecinos y curiosos.

Incapaz de hablar, parapetada detrás de sus gafas negras a pesar de que la noche ya se había apoderado de la ciudad, subió al coche y se dirigió a su despacho. Por segunda vez ese día, aparcó el Audi en el subterráneo y atravesó las calles del casco viejo de Pamplona hasta llegar a su oficina. Caminó arrastrando los pies sobre el suave pavimento, apenas consciente de las voces que la rodeaban, avanzando como una autómatas, sin guía ni dirección. Una vez dentro, ya no hubo nada que pudiera contener sus emociones. Se derrumbó sobre un sillón, recogió las piernas sobre el pecho, abrazándose con fuerza, y se esforzó por respirar despacio. Mantuvo la cabeza pegada a las rodillas durante unos minutos, hasta que dejó de sentir el pulso martilleándole en las sienes. Estiró entonces las piernas y bajó los pies al suelo. Recluyó la angustia y el miedo en un rincón de su cerebro y se obligó a pensar con calma. Decidió, primero, llamar a comisaría para conocer los detalles de la investigación y saber si habían identificado el cuerpo de Marcos. Después, podría visitar a Ana y Marta en el hospital.

Marcó el número de la policía y pidió que le pasaran con el inspector Vázquez. Unos minutos más tarde escuchó su voz al otro lado de la línea.

-Inspector Vázquez, ¿con quién hablo?

-Soy Irene Ochoa, inspector, la propietaria de la vivienda...

-La recuerdo, señora Ochoa, ¿cómo se encuentra? -La voz del policía bajó varios tonos al reconocer a su interlocutora. Ante sus ojos se formó la imagen de una mujer hermosa, pálida y de pelo oscuro, que lo miraba con el

miedo y el dolor pintados en sus ojos.

-No estoy segura -admitió-. Me siento un poco perdida, no sé qué se supone que debo hacer ahora. No tengo adónde ir, no sé cuándo podré enterrar a mi marido, ni qué debo hacer respecto a la casa. He estado con mi suegra y ha sido horrible... -Irene se sorprendió a sí misma por ese ataque de sinceridad y guardó silencio al instante-. Lo siento, no pretendo hacerle perder el tiempo con mis problemas. Solo quería saber qué han averiguado ustedes sobre el incendio y qué debo hacer yo.

-No se preocupe, no me molesta en absoluto. Lo que tiene que hacer ahora es descansar y, mañana, estaría bien que pudiéramos hablar un rato tranquilamente. El forense practicará la autopsia a primera hora y espero tener alguna respuesta después de comer. Si le parece bien, podemos reunirnos sobre las cuatro de la tarde.

-Está bien. Mi única intención por el momento es visitar a mi suegra en el hospital. Tengo que hacer alguna pequeña compra, todas mis cosas estaban en la casa.

-Si está en mi mano ayudarla de alguna forma...

-No se preocupe. Nos vemos mañana a las cuatro.

Cuando colgó el teléfono estalló en su cabeza una intensa jaqueca. Llevaba todo el día sin comer y necesitaba reponerse antes de ir al hospital. Buscó un ibuprofeno en el armario del baño y se lo tomó con un poco de agua que bebió directamente del grifo del lavabo. Observó el reflejo que le devolvía el espejo. La mujer que la miraba fijamente no tenía nada que ver con ella, a pesar de que repetía sus gestos con exactitud. La extraña se arregló el pelo, aplicó bálsamo hidratante sobre sus agrietados labios, se lavó concienzudamente las manos y las secó con igual cuidado. Poco después, salió de nuevo a la calle. La noche era cálida y agradable. Una suave brisa le alborotó el pelo, como si unos dedos invisibles la acariciasen. Cerró los ojos y aspiró el relajante aire, llenando sus pulmones y su cerebro de vivificante oxígeno. Decidió dar un paseo hasta el hospital. Le vendría bien estirar las piernas y de este modo recomponer su espíritu y prepararse para lo que estaba por venir.

Se dirigió por la calle Mayor hacia el Bosquecillo y a la avenida de Pío XII, y en menos de veinte minutos llegó a la zona hospitalaria. Aunque escasos, los minutos de silencio y tranquilidad actuaron como un bálsamo sobre ella. Preguntó por la habitación de Ana Martelo a la auxiliar de recepción y se dirigió a la 412. Pronto la calma que la inundó durante el breve paseo se vio sustituida por un electrizante nerviosismo. Un cáustico olor a desinfectante la envolvió de inmediato. Los suelos relucientes reflejaban una sombra sinuosa, que se movía ondulante como una serpiente, a derecha e izquierda, resbalando hacia los ascensores. Cuando llegó a la habitación, las sienas le palpitaban de nuevo al ritmo de su desenfrenado corazón. Encontró a su suegra profundamente dormida, es muy posible que ayudada por potentes sedantes, y en la cama de al lado, a Marta, descansando en posición fetal y acunándose levemente con un suave impulso de las piernas. La luz del techo estaba apagada, y la única iluminación procedía de las pequeñas lámparas ubicadas sobre las camas, que apenas manchaban la superficie de la pared con una pálida claridad anaranjada. El resto de la habitación permanecía en penumbra, con los contornos de los escasos muebles apenas dibujados, y el silencio de las sombras propiciaba que el dolor campara a sus anchas entre los cuerpos postrados.

Cerró la puerta a sus espaldas, dejando fuera el bullir de las enfermeras que iban y venían por el pasillo, el trajín de visitantes que se despedían de los enfermos, que se preparaban para otra larga noche en soledad, y el incisivo olor a detergente que a duras penas conseguía disimular el hedor de la enfermedad. Irene caminó despacio hacia su cuñada para no hacer ningún ruido que pudiera sobresaltada. Tenía los ojos cerrados, pero su acelerada respiración le indicó que no estaba dormida.

-Marta. -La llamó en voz baja, sin atreverse a tocarla, apoyando la mano suavemente sobre la manta de la cama. Poco después, la joven abrió los ojos y posó en su cuñada una mirada nublada y enrojecida, fruto de las lágrimas y los tranquilizantes a partes iguales-. ¿Cómo estás? ¿Y tu madre?

-Mamá está mal. No habla, y aunque parece que te mira, en realidad tampoco te ve. El médico dice que está en estado de shock y que tardará un tiempo en encontrarse mejor. Mañana nos iremos a casa. -Marta tenía la voz ronca. Los gritos de dolor y el llanto constante habían convertido sus palabras en sonidos fríos, ásperos y cortantes.

-¿Y tú? -insistió Irene.

-Estoy cansada. Todavía no me creo del todo que Marcos haya muerto. Pienso si no podría ser otra persona la que estaba en su casa.

-Eso es muy improbable...

-Lo sé. -Marta se sentó sobre la cama y se abrazó las rodillas, sin dejar de balancearse adelante y atrás. Parecía mucho más joven de lo que era en realidad-. Tenemos que pensar en el funeral -añadió.

-Sí. Acabo de hablar con la policía, mañana tengo que ir a comisaría. Entonces me darán todos los detalles y podremos pensar... en todo. -Mamá no podrá soportarlo. -Su voz rota se quebró una vez más. -No, será mejor que se quede en casa con alguien que la cuide.

-Yo me encargaré de eso.

-Gracias, Marta. Tenía miedo de tener que afrontarlo sola.

-Era mi hermano, no lo hago por ti. -Las palabras escaparon entre sus dientes apretados. Levantó la cabeza y miró fijamente a Irene. Sus ojos parecían haber empequeñecido, pero en ellos brillaba una furia que Irene no conocía-. Al final perdemos todos -escupió.

-Esto nunca ha sido una competición...

-Oh, sí, sí que lo ha sido. -Marta dibujó una mueca en su cara, una sonrisa torcida tras la que se alineaban una hilera de blanquísimos dientes afilados-. Llamadas para avisar de que no veníais a comer con nosotras porque preferíais pasar el día en el campo, mensajes excusando vuestra presencia en mi cumpleaños... Siempre ganabas. Todo para ti, nada para nosotras... Pero ahora tú también pierdes.

Marta la miró una vez más antes de tumbarse en la cama y taparse con la manta hasta la barbilla. Retomó el rítmico balanceo y cerró los ojos. Irene dio media vuelta y se dispuso a marcharse. No había nada más que pudiera hacer allí. Apenas había dado un par de pasos cuando se detuvo al escuchar de nuevo a su cuñada.

-Es muy tarde -susurró con su voz ronca-, deberías irte a dormir. Si quieres quedarte en mi casa, tengo las llaves en el bolso.

-Gracias, Marta, pero iré a mi oficina. -Desde donde estaba, su cuñada era poco más que un bulto informe bajo la manta. Aun así, estiró la mano hacia ella, dibujando en el aire la silueta de su espalda-. Marta... lo he perdido todo. Lo siento tanto...

Irene salió del hospital sin que su cuñada le dirigiera ni una palabra más. El viento, antes placentero y reconfortante, había refrescado bastante y la recibió tras las puertas de vidrio como una bofetada heladora. El frío y el profundo cansancio la hicieron desistir de volver caminando. Se dirigió a uno de los taxis estacionados en el aparcamiento del hospital. El taxista la llevó en silencio hasta la puerta del palacio de los Navarro Tafalla y, tras pagar, se apeó y subió despacio los tres pisos que la separaban de su refugio. Se preparó un sándwich con el pan y el jamón que encontró en la nevera. Siempre tenía algo de comida por si se le hacía tarde en el trabajo y no podía salir a comer. A pesar de que sentía el estómago completamente cerrado y el olor de la comida le producía cierta repulsión, sabía por experiencia que no comer sería un error aún mayor. Necesitaba toda su energía para seguir caminando. Picoteó el sándwich con los dedos, llevándose a la boca pequeñas porciones de comida que tragaba ayudada por largos sorbos de agua. Se conformó con la mitad del bocadillo. El cansancio se apoderaba de ella por momentos. Sentía los brazos pesados y las piernas se negaban a continuar sosteniéndola. Estiró el sofá cama, sacó un edredón del armario y ahuecó dos cojines. Se tumbó sobre el mullido colchón, convencida de que no conseguiría dormir, pero un sueño poblado de pesadillas, humo y gritos se apoderó de ella en pocos minutos, zarandeando su mente durante toda la noche.

Como de costumbre, el inspector David Vázquez llegó temprano a la comisaría. Al contrario que la mayoría de sus compañeros, él no tenía obligaciones familiares que atender por la mañana y acostumbraba a tomar en su despacho el primer café del día cuando todavía no eran las ocho, acompañado por la prensa local, que hojeaba con desidia, comparando los titulares de uno y otro periódico y demorándose unos minutos en la sección de deportes. Permanecía soltero a pesar de haber estado comprometido en dos ocasiones. Una vez fue la novia, una joven de su mismo pueblo, quien se arrepintió y dio marcha atrás cuando comenzaron a hablar de matrimonio. La segunda vez, hacía solo dos años, fue David quien puso fin a una relación de casi un lustro en la que era evidente que ninguno de los dos era feliz. Desde entonces, dejando aparte algún escaqueo esporádico y un par de relaciones fugaces, su corazón y su vida permanecían deshabitados. El no tener a nadie de quien preocuparse, a quien dedicar su atención, su cariño, incluso su amor, no era una sensación extraña para él. Hijo único de una pareja que ya no esperaba convertirse en padres cuando él nació, creció sin hermanos ni primos, casi solo en un pequeño pueblo perdido en los montes leoneses, muy

cerca de los Picos de Europa, a orillas de un río en cuyo rápido caudal pescadores venidos de todo el mundo pugnaban cada nueva temporada por capturar el salmón más grande. Sus únicas relaciones con otros niños tenían lugar en el colegio al que se desplazaba cada día en un autobús renqueante, con los libros en la mochila y la comida en un termo portátil que su madre compró en un viaje a la capital. Sin duda, los mejores recuerdos de su vida correspondían a aquel colegio, aunque si una visión le hacía feliz era la de su madre, esperándole cada tarde en la parada del autobús con una amplia sonrisa y los brazos extendidos para recibirle cuando saltaba desde el escalón más alto. Su padre, un ganadero que era capaz de vaticinar la llegada de una tormenta con varias horas de antelación y cuidaba de sus animales con mimo y dedicación, murió cuando David era solo un adolescente, mientras estudiaba bachillerato en Ponferrada. A pesar de que insistió una y otra vez en regresar al pueblo con su madre y ocuparse de las tierras y el ganado, la mujer se empeñó en que continuara con sus estudios. «Esto no es vida para ti», repetía una y otra vez. Y quizá tuviera razón, pero David la echaba mucho de menos. Con más de ochenta años, la mujer continuaba viviendo en la misma casa que compartió con su marido. Una vecina más joven la ayudaba en las tareas más pesadas y ella misma se preparaba la frugal comida que la alimentaba. David y su madre discutían periódicamente sobre la conveniencia de que se trasladara a vivir con él, pero la anciana daba siempre por concluido el debate con una sonrisa, un cariñoso pellizco en la mejilla de su hijo y la rotunda afirmación de que eso era «una soberana tontería». Cerró los ojos para fijar en su mente la imagen de su madre y se dispuso a afrontar un nuevo día de trabajo.

Sobre la mesa encontró el informe preliminar del incendio de Gorraiz, además de algunas carpetas con casos sobre los que tenía que prestar declaración en el juzgado en los próximos días. Le había pedido a la responsable del archivo que se los subiera para poder repasar los detalles y ser eficaz y claro en sus respuestas ante el juez. No le gustaba dudar ni equivocarse por no estar preparado, le parecía una actitud muy poco profesional. Vio que la primera de las tres comparencias previstas tendría lugar el martes siguiente, así que contaba con cinco días para repasar. Decidió entonces apartar las carpetas y centrarse en el informe del incendio.

El archivador que descansaba sobre su mesa contenía unos cuantos

folios mecanografiados y un buen número de fotografías que recreaban fielmente, sin dejar ni un resquicio a la imaginación, el amasijo oscuro al que el fuego había reducido la vivienda y la vida de al menos dos personas, la que quedó atrapada por el incendio y la que había sobrevivido, que tendría que aprender a vivir con el alma mutilada. Tanto los técnicos policiales como los bomberos coincidían en que la causa del incendio había sido, con toda probabilidad, un cigarrillo encendido sobre la cama. No encontraron restos de acelerantes en la habitación ni en ningún otro lugar de la vivienda. Tampoco había disolventes ni combustible, ni en la casa ni en el garaje. Todo parecía indicar que se trataba de un accidente, una negligencia por parte de una persona que había pagado el descuido con su vida. Si el forense confirmaba la causa de la muerte podría dar el caso por cerrado muy pronto. Telefonó al Instituto Anatómico Forense solo para asegurarse de que el doctor Alcalde llevaba al día las autopsias y podría facilitarle un informe preliminar a la hora prevista.

-No es muy inteligente por su parte distraerme con llamadas absurdas e injustificadas si lo que pretende es precisamente que sea puntual. -El tono del forense era seco y cortante. Sin embargo, Vázquez conocía de sobra el talante de un hombre que compensaba su baja estatura con un genio de mil demonios, al parecer la mejor manera que había encontrado para que el resto del mundo le tomara en serio cuando solicitaba que bajaran la altura de la camilla a la hora de realizar la autopsia, obligando a sus ayudantes a encorvarse sobre el cadáver hasta padecer agudas lumbalgias. El inspector sabía que el doctor Alcalde era un hombre concienzudo en su trabajo y de trato afable fuera del Instituto. En cambio, una vez vestido con su diminuta bata blanca, se convertía en un ser intratable, de lengua afilada y respuestas rápidas, pero con fama de ofrecer siempre una solución a los enigmas que se presentaban sobre su mesa.

-No es mi intención importunarle -le respondió el inspector-. Sé que están escasos de personal por los recortes y que trabajan a contrarreloj, pero la viuda vendrá a verme esta tarde y me gustaría ofrecerle alguna respuesta. Ya sabe lo importante que es en estos casos conocer lo sucedido para poder iniciar el duelo. -Vázquez bajó un poco la voz, buscando la comprensión del forense.

-Si yo tengo respuestas, usted tendrá respuestas y la viuda también las

tendrá. Así es como funciona esto. Y ahora, si es tan amable de dejarme trabajar...

Se despidieron con fría educación, intercambiando rápidamente las fórmulas de cortesía obligatorias, aunque no antes de que Vázquez consiguiera arrancarle al doctor Alcalde el compromiso de llamarle personalmente en cuanto obtuviera algún resultado. Colgó el teléfono y continuó pasando despacio las fotos del siniestro. No pudo evitar que sus fosas nasales se llenaran de nuevo con el olor a carne quemada y a humo. Sintió el acuciante calor del interior de la vivienda y sus axilas se humedecieron con indecorosas gotas de sudor. A pesar de todos sus años de servicio, de los cursos de psicología y de las charlas con expertos en todas las materias, David era incapaz de alejarse emocionalmente de los casos en los que trabajaba. Los consejos sobre no empatizar en exceso con las víctimas caían siempre en saco roto. Cuando estaba inmerso en un caso, Vázquez vivía con los hechos, desayunaba, comía y cenaba con datos, fotografías y entrevistas, dormía repasando los interrogatorios, y sufría con las lágrimas de los demás. Su misión era conseguirles un consuelo deteniendo a los criminales y ofreciéndoles una explicación sobre lo que había ocurrido, aunque en demasiadas ocasiones sus palabras abrían la puerta a una realidad que la familia desconocía.

Esperaba también el informe de los técnicos municipales sobre el estado en el que había quedado el edificio, aunque en ese caso se trataba solo de un trámite para completar la documentación y archivarla toda junta. Con un cadáver sobre la mesa siempre había que cumplimentar un montón de trámites y formularios. En este caso confiaba en que el análisis del forense fuera concluyente.

La mañana pasó sin pena ni gloria, entre la interminable burocracia a la que se veía sometido con demasiada frecuencia para su gusto y las breves visitas de varios compañeros, que le ayudaron a sobrellevar el aburrimiento que le suponía el engorroso papeleo. Comió el menú del día en un bar cercano y regresó a la comisaría con el último bocado todavía en la garganta. Cruzó el umbral de su despacho justo en el momento en que el teléfono emitía su intermitente pitido. Descolgó y sonrió al reconocer el tono austero del forense. Escuchó atentamente mientras tomaba notas en su cuaderno. Se despidieron con mayor cordialidad que unas horas antes, aunque el doctor

mantuvo su frío tono profesional.

Poco después de las cuatro, el recepcionista le anunció que Irene Ochoa preguntaba por él. David le pidió que la acompañara hasta su oficina y aprovechó ese breve lapso de tiempo para poner un poco de orden en el caos que reinaba sobre su mesa. Un suave golpe en la puerta precedió a la entrada del agente uniformado, que se limitó a saludar con un severo movimiento de cabeza y hacerse a un lado para dejar paso a la visitante.

David la esperaba de pie, delante de su escritorio. Cuando la vio entrar se sorprendió por no recordar que fuera tan hermosa; no solían escapársele esos detalles. Vestía un sencillo pantalón negro y una blusa del mismo color, de manga corta, con unos ligeros toques blancos en los botones. Calzada con unos zapatos bajos, David también comprobó que no la recordaba tan alta. «Estoy perdiendo facultades de observación», pensó.

Estaba muy pálida, en contraste con el azul de sus ojeras, el profundo negro de sus ojos y el castaño oscuro de su pelo.

-Buenas tardes, le agradezco mucho que haya venido, dadas las circunstancias. Intentaré ser breve. -David le tendió la mano, que ella aceptó con un apretón breve y firme. Tenía las manos frías y los dedos largos y finos. Las retiró con rapidez y las escondió detrás de los brazos cruzados.

-Gracias a usted por su paciencia y comprensión, inspector. -La voz de Irene Ochoa sonó grave y cálida. Parecía un tanto sobrecogida y asustada. Sus ojos viajaban de un lado a otro, buscando un punto reconfortante en el que detenerse. Nadie se encontraba cómodo en una comisaría mirando frente a frente a un inspector de policía. David estaba acostumbrado a esas reacciones e intentó ser lo más amable posible. Sonrió, se sentaron uno a cada lado de la mesa y, una vez acomodados, el inspector extrajo varios papeles de una de las carpetas, tomándose unos segundos para hojearlos.

-El forense ha confirmado lo que nos temíamos. La persona fallecida en el incendio es su marido, Marcos Bilbao. Su ficha dental y los análisis de ADN no dejan lugar a dudas. Lo siento mucho. -El silencio de Irene le obligó a continuar-. Los bomberos y nuestros técnicos coinciden en señalar que el origen del fuego estuvo en un cigarrillo encendido sobre la cama. Un

descuido demasiado frecuente, me temo.

-¿Marcos sufrió? -Lanzó la pregunta en un susurro, sin levantar la mirada, temiendo la respuesta.

-No lo creo. Su nivel de alcohol en sangre era muy alto en el momento de la muerte. Seguramente se quedó inconsciente con el cigarrillo encendido y en ningún momento se percató de lo que sucedía. El humo lo mató antes de que las llamas lo alcanzaran.

-Es un consuelo...

-Lo entiendo. Si me permite -continuó tras un breve inciso para que la mujer volviera a centrar la atención en sus palabras-, me veo obligado a hacerle algunas preguntas más. Si se ve con ánimos, claro..., pero es bastante importante.

-Por supuesto.

-Ayer ya me dijo que su marido solía beber al volver a casa, pero los niveles encontrados en su sangre no son los de un bebedor ocasional.

Irene pareció dudar durante unos instantes antes de contestar. Bajó la cabeza y se estiró una arruga inexistente en los pantalones.

Después de respirar profundamente, se irguió y miró de frente a su interlocutor.

-Marcos no era un bebedor ocasional. Bebía casi a diario, mucho, normalmente ron. -Las palabras salían serenas de su boca, pero se fueron cubriendo de un halo de amargura mientras su mente recreaba los últimos meses de la vida de Marcos-. No le iba bien en el trabajo. Podríamos decir que le habían... degradado. Cometió un error y no se lo perdonaron.

-¿El «error» se debió a su adicción al alcohol?

-No, fue un terrible descuido, un exceso de confianza. No vigiló adecuadamente una serie de actuaciones legales muy delicadas y varias operaciones de un cliente importante salieron mal. El bufete tuvo que

indemnizar a la empresa afectada para evitar una demanda judicial por negligencia profesional.

-¿Y no despidieron a su marido? -David tomaba notas con rapidez, sin apartar la vista de Irene.

-Los dos pensábamos que iban a hacerlo, y de hecho pasamos varias semanas angustiados, esperando la llamada decisiva, pero, no sé por qué, prefirieron humillarlo. Desde ese momento era poco más que el mozo de los recados. Aunque estoy convencida de que habrían acabado por despedirlo antes o después, seguramente muy pronto. Comenzó a beber entonces -añadió Irene-, pero solo bebía en casa. Creo que nadie, excepto yo, lo ha visto nunca borracho.

-Entiendo... El informe del forense descarta que hubiera cualquier otra sustancia tóxica en el cuerpo del fallecido. Aparte del alcohol, claro. Y los bomberos tampoco han encontrado nada que indique que el fuego haya sido intencionado. Nos tememos que se trata de un desgraciado accidente. Todavía tardaremos unos días en cerrar el expediente, los análisis de todos los restos recogidos nos llevarán un par de semanas y los bomberos también han de enviarme su informe definitivo. Tienen previsto volver mañana a la casa para completar la inspección una vez estén apagados y fríos todos los rescoldos. Dadas las circunstancias, pueden preparar el funeral de su marido cuando quieran a partir de mañana. Puedo facilitarle el número de un par de empresas funerarias que le ayudarán con todos los trámites. -Hurgó entre sus papeles hasta encontrar dos tarjetas de visita.

-Gracias, inspector. Esto me será de gran ayuda. -Una fugaz sonrisa recorrió brevemente sus labios.

-Me temo que tengo un par de preguntas más, un tanto personales y desagradables. -Irene parecía expectante, pero no dijo nada-. ¿Cómo queda a partir de ahora su situación económica?

David observó la reacción de la mujer, que lo miraba desconcertada. Después, en un segundo, recuperó la compostura y contestó:

-Yo tengo mi propio dinero, siempre lo he tenido. Heredé una

importante cantidad de mis padres cuando murieron. Además, cuento con un negocio que no va mal. Mi marido controlaba su propio dinero, así lo acordamos antes de casarnos. No había hecho testamento, que yo supiera; por tanto, no sé qué pasará ahora. La casa estaba a nombre de los dos, la pagamos juntos cuando la compramos.

-¿Tenía algún seguro de vida?

-No, me consta. Hace un par de años los dos suscribimos unos planes de pensiones. Tampoco sé qué ocurrirá con ese dinero, tendré que consultarlo todo con un abogado, supongo. Pero si lo que le interesa saber es si yo gano algo con la muerte de mi marido... -David le sostuvo la mirada con esfuerzo-, la verdad es que no. Lo que me pueda reportar económicamente la herencia que me corresponda no va a variar ni un ápice mi situación actual.

-Gracias por su sinceridad. Comprendo que no es agradable.

-No, no lo es -reconoció Irene, de nuevo con la voz calmada-. ¿Hay algo más que necesite saber?

-¿Le pegaba su marido? -La pregunta fue lanzada a bocajarro, como una pelota con efecto, e impactó directamente en el cerebro de Irene. Abrió los ojos y la boca, y una mano rápida voló hasta su brazo para cubrir la esquina del morado que asomaba por debajo de la blusa. Los dedos largos, finos y blancos buscaron el borde de la tela y tiraron de ella con fuerza, ocultando la piel-. Me fijé en ese hematoma ayer, y también en otro que tiene en la espalda, cerca del cuello.

Irene se maldijo a sí misma en silencio. Apretó los dientes y cerró los ojos, buscando una respuesta. No la encontró.

-A veces... -comenzó con un hilo de voz yo le seguía por la casa, pidiéndole que no bebiera, rogándole que dejara el bufete y buscara otro trabajo. Le prometía que me iría con él a otra ciudad, a otro país, para empezar de nuevo. A veces -continuó con la voz rota me empujaba con fuerza. También me pegó. Hace tres días me golpeó con el puño cerrado en el pecho. Caí hacia atrás y choqué contra el quicio de una puerta. Por eso tengo estos morados. También tengo las marcas de sus dedos en el brazo. Me los

hizo cuando me ayudó a levantarme. -Las mentiras salían de su boca con naturalidad. Una tras otra, las situaciones inventadas se convertían para ella en la única realidad.

Se subió un poco la manga de la blusa y dejó al descubierto cuatro marcas azuladas sobre su delgado bíceps.

-Tengo la piel muy sensible -añadió como una excusa-, cualquier pequeño golpe me produce un hematoma.

-¿Cuándo comenzaron los malos tratos?

-Cuando comenzó a beber demasiado.

-¿La agredía con frecuencia?

-No -mintió.

-¿Cuándo lo hacía?

-Cuando bebía. Si se emborrachaba podían pasar dos cosas: que se quedara inconsciente y durmiera hasta el día siguiente, o que se pusiera violento. Entonces, si me encontraba en casa, me golpeaba con mayor o menor intensidad, dependiendo de cuántas copas se hubiera tomado. En ocasiones era incapaz de controlar su cuerpo y se desplomaba al intentar alcanzarme. Pero lo habitual era que se desmayara cuando llevaba casi una botella de ron en el cuerpo. Además, yo pasaba cada vez más tiempo fuera de casa, trabajando o simplemente dejando pasar las horas en mi despacho. Así evitaba encontrarme con él en sus accesos de violencia.

-¿Cómo describiría su relación con Marcos?

-¿Usted qué cree? Yo quería a mi marido, pero no era fácil vivir con él. El hombre con el que compartía mi vida se estaba convirtiendo en un desconocido. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que terminaría por darse cuenta del pozo en el que se estaba metiendo y pondría los medios para salir de él. Ya sabe lo que se dice: cuando tocas fondo, solo puedes ir hacia arriba. Pero quizá Marcos todavía no había llegado a lo más hondo y por eso no conseguía salir del pozo.

-Entiendo lo que me dice, de verdad. Lamento mucho hacerle pasar por esto.

Irene estaba temblando. Tenía frío y un terrible dolor le taladraba de nuevo la cabeza. David se dio cuenta de su malestar y se ofreció a acompañarla para que la viera un médico.

-No, gracias, es usted muy amable. Tengo que ir a casa de mi suegra. Ella no se encuentra bien y debo acordar con mi cuñada los detalles del funeral. Tomaré un analgésico cuando llegue, eso me aliviará.

-Claro. Déjeme al menos acompañarla un poco. ¿Ha venido en coche?

-Lo dejé en el aparcamiento de la plaza del Castillo. He venido andando, tengo el despacho muy cerca de aquí y el domicilio de mi suegra tampoco está lejos. Cogeré un taxi para volver.

-La acompañaré de todos modos. No quiero que se desmaye en mitad de la calle por mi culpa. A mí también me vendrá bien tomar un poco de aire fresco, prácticamente no he salido de aquí en todo el día.

-Como quiera. -Irene se obligó a sonreír. No le apetecía pasear por Pamplona con aquel hombre, pero creyó que rechazarlo con demasiada firmeza podría despertar sus sospechas.

Se pusieron de pie y David se apresuró a abrirla la puerta mientras ella cogía su bolso. Dijo a la recepcionista que estaría fuera una media hora y que podían llamarle al móvil si le necesitaban. Salieron de la comisaría y giraron a la izquierda, hacia la plaza del Baluarte y la Ciudadela. Decidieron cruzar la calle y atravesar el antiguo fortín. Las dependencias que en el siglo XIX guarecieron a los soldados que defendían la ciudad del ataque de los franceses, y en las que estos se refugiaron cuando las tropas inglesas y españolas vinieron a liberar Pamplona durante la guerra de Independencia, eran hoy salas que acogían exposiciones de arte moderno. Charlaron despreocupadamente sobre la primavera tan benévola que estaban teniendo este año, lo que, en opinión de ambos, atraería aún a más gente de lo habitual a Pamplona, a pesar de que todavía faltaban tres semanas para las fiestas.

-¿Se quedará en San Fermín? -quiso saber David.

-No, este año no. Mi casa está destruida, no hay plazas en los hoteles y mi despacho está en pleno casco antiguo. No sobreviviría a las fiestas. Buscaré algo cerca para pasar una semana, quizá en la costa, en Cantabria o en Vizcaya, no lo sé. ¿Y usted?

-Bueno, a mí también me gustaría desaparecer, pero tenemos mucho trabajo esos días. No hay vacaciones en San Fermín, solo carteristas, robos, asaltos y agresiones.

-Vaya panorama; yo no recuerdo las fiestas así, más bien pienso en música, toros, amigos, vino...

-Esa parte siempre me la pierdo.

Sonrieron los dos abiertamente. David vio una hilera de dientes perfectos en medio de unos labios rosados y sintió un involuntario retortijón en el estómago. Ella seguía sonriendo cuando le indicó que habían llegado a su destino.

-Le dije que estaba cerca, pero ha sido muy amable acompañándome. Me encuentro mucho mejor, gracias.

-Ha sido un placer. Llevaba todo el día encerrado en el despacho y usted me ha brindado una excusa para oxigenarme. Ha sido un paseo estupendo.

-Por cierto -dijo Irene cuando ya se disponía a entrar en el portal-. La próxima vez que nos veamos, le agradecería que me tuteara.

-Lo haré si usted hace lo mismo.

-Trato hecho.

Sacó de su bolso las llaves del portal y permitió al inspector que le sostuviera la puerta mientras entraba. Sintió sus ojos claros clavados en la espalda mientras se dirigía al ascensor. Se obligó a seguir avanzando, a pesar de que se moría por volver la cabeza y echarle un último vistazo. Estaba

segura de que él la estaba mirando. Cuando entró en el ascensor se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Suspiró profundamente y pulsó el botón. Subió con los ojos cerrados. Cuando el ascensor se detuvo se sorprendió al comprobar que estaba sonriendo.

6

Walenty Poznan no se encontraba muy bien esa mañana. Estaba un poco harto de la aventura en la que se había embarcado con Karolina y no le hacía feliz en absoluto la idea de pasarse las próximas tres semanas caminando más de setecientos kilómetros de una punta a otra de España. Unos días atrás, justo antes de que un avión los trasladara desde la capital de Polonia hasta Bilbao, estaba convencido de que Karolina sabría apreciar el esfuerzo que había hecho al pedir un permiso sin sueldo en su empresa de Varsovia para hacer con ella el Camino de Santiago; en su opinión, una proeza absurda e innecesaria pero que parecía emocionar sobremanera a la chica. Así que allí estaba, a las nueve y media de la mañana, en los baños del albergue para peregrinos de Roncesvalles, preguntándose a sí mismo cómo podía haber sido tan tonto. El día anterior, Karolina frenó en seco sus insinuaciones amorosas y se escondió, disgustada y llorosa, en su litera, asegurando que ella nunca le había infundido vanas esperanzas y que nunca, nunca, nunca podría darle lo que él pretendía porque no le atraía lo más mínimo como hombre.

Walenty salió cabizbajo del albergue después de cenar, sintiéndose

como un perro apaleado, y se refugió en el bar, donde se unió a un grupo de ruidosos holandeses y bebió hasta que no pudo sostener el vaso en la mano. Los holandeses, divertidos con la borrachera de su nuevo amigo, lo llevaron casi en volandas hasta su cama, justo encima de la de Karolina, que fingió dormir a pesar del alboroto que estaban armando. A las diez en punto se cerraron las puertas del albergue y allí quedaron todos, un borracho y desolado Walenty, la desilusionada Karolina y un centenar de peregrinos más que charlaban en voz baja, haciendo cábalas sobre lo que les esperaba en los días siguientes.

A primera hora de la mañana, Karolina lo despertó cuando ella ya estaba completamente vestida y le dijo que, al menos de momento, necesitaba estar sola, por lo que había decidido salir temprano y hacer en solitario el camino hasta Zubiri, donde se reuniría con él y hablarían con calma sobre lo que había pasado. El resto de los peregrinos, de todas las edades, sexos y condiciones, fueron abandonando poco a poco el enorme dormitorio, de forma que antes de las ocho de la mañana apenas quedaban unos pocos rezagados en el albergue.

Y ahí estaba él, un hombre hecho y derecho, abandonado por una chiquilla caprichosa. En esos momentos, en medio de una resaca extraordinaria, aparentaba todos y cada uno de los cincuenta años que tenía. Las canas habían ganado hacía muchos años la batalla a su pelo castaño, del que ya no quedaba ni rastro. «Al menos, no me estoy quedando calvo», pensó. Cuidaba con mimo su espeso bigote, igual de gris que su cabello. Estaba convencido de que le otorgaba un aire serio y distinguido. Todos los grandes hombres de la historia llevaban bigote, contestaba siempre que se lo preguntaban. No era un gran bigote, de puntas retorcidas hacia el cielo. Más bien se trataba de un bigote señorial, ni fino ni grueso, recortado lo justo para que no ocultara el labio superior y que se extendía bajo su nariz hasta superar en un centímetro exacto a cada lado las comisuras de la boca.

Se lavó los dientes y la cara para despejarse. Decidió que lo mejor tras el malentendido de la noche pasada sería ir a Zubiri y, una vez allí, despedirse de Karolina y volver a Polonia. A no ser que ella se lo hubiera pensado mejor, claro.

Walenty no se volvió al oír la puerta del baño. Pensó que se trataría de

otro peregrino que se había dormido. Lo siguiente que sintió fue un golpe tan fuerte como la coxa de un caballo. La imagen que le devolvía el espejo se convirtió en una mancha borrosa con una nube roja alrededor de la cabeza. Antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que estaba ocurriendo, recibió un nuevo golpe que lo derribó al suelo. Unas luces blancas comenzaron a brillar ante sus ojos. Pequeñas descargas eléctricas, sumamente dolorosas, recorrían todo su cuerpo hasta escapar por la punta de los dedos, que se sacudían en incontrolados espasmos. El dolor se extendía en oleadas, como la marea golpeando contra las rocas, cada vez más fuerte, cada vez más arriba. En un momento dado, cuando había transcurrido una eternidad desde el primer impacto, el sufrimiento se diluyó un poco, aunque sabía que el desconocido continuaba descargando golpes sobre su cuerpo con una furia indescriptible. Le pareció escuchar una voz que le hablaba. Nunca supo que era su propia voz suplicando por su vida y, al final, simplemente pronunciando palabras inconexas. Las luces blancas que lanzaban destellos detrás de sus ojos se hicieron más brillantes para, inmediatamente después, apagarse para siempre. El corazón de Walenty dejó de bombear sangre, aunque el líquido rojo continuó manando por las enormes heridas de su cabeza durante muchos minutos. El suelo del baño se convirtió en una balsa roja. El desconocido dejó de golpear el bulto inerte, buscó algo en uno de sus bolsillos y lo arrojó sobre el cadáver. La puerta volvió a abrirse y a cerrarse con sigilo, y Walenty se quedó solo en el suelo de baldosas, sin un hálito de vida en su cuerpo, y sin que nadie supiera que, en el fondo, estaba profundamente enamorado de Karolina.

Vázquez recibió el aviso pocos minutos después de las diez de la mañana. En una provincia tan tranquila como Navarra, una muerte violenta era un acontecimiento absolutamente fuera de lo habitual y se estaba produciendo un tremendo alboroto en la comisaría. Hacía un par de años, una mafia latinoamericana intentó imponer su ley en Pamplona como si de Tijuana se tratara. Murieron dos personas, un hombre y una mujer, por temas relacionados con las drogas, pero las fuerzas de seguridad consiguieron detenerlos a todos y hoy cumplen una larga condena en diferentes prisiones del país. Desde entonces, la suerte o las circunstancias habían conseguido mantener alejadas de la zona a las grandes bandas del crimen organizado.

Cuando le notificaron el hallazgo del cadáver de un hombre en el Albergue Itzandegia de Roncesvalles, un leve escalofrío recorrió su espina dorsal, aunque todavía no había llegado el temblor a su cabeza cuando ya estaba convocando a su equipo para comenzar a trabajar de inmediato. En menos de cinco minutos se presentaron en su despacho cuatro personas, todos ellos policías con una amplia experiencia de campo y que contaban con la

plena confianza del inspector. Mario Torres era un hombre alto que rondaba los cuarenta años. Había perdido un poco de pelo, aunque el que conservaba servía para cubrir las carencias, repartiendo con estilo sus rizos en todas las direcciones. Le gustaba mantenerse en forma, como al propio Vázquez, y solían salir a correr juntos de vez en cuando. Se trataba de un policía agudo y concienzudo que nunca emitía un juicio de valor sin estar seguro del todo y que consideraba que las pruebas eran poco menos que palabra de Dios. «Si un abogado puede refutar una prueba, es que esa prueba es una auténtica cagada», solía afirmar con rotundidad.

Ismael Machado, por su parte, era un hombre de escasas palabras y hechos contundentes. Hablaba poco, pero era un observador implacable. Intimidaba su mirada profunda y la brevedad de sus frases, pronunciadas con tono tajante y muchas veces cargadas de palabras malsonantes, y acostumbraba a sorprender a los presentes con unos chistes bastante malos que siempre contaba sin variar ni un ápice la expresión de su cara. Sus frases mordaces habían servido en más de una ocasión para aliviar un momento de máxima tensión.

Apareció en el despacho acariciándose la barbilla, ocultando con la mano la papada que había ido en aumento los últimos meses. El exceso de carne en el cuello iba en paralelo al de su tripa, redondeada hasta el punto de hacer temer a los presentes que los botones de la camisa podían salir disparados en cualquier momento.

Dos mujeres completaban el grupo de investigación convocado esa mañana por Vázquez. A Elena Isabel María Ruiz le gustaba que la llamaran simplemente Helen, aspirando la «h» para que sonara como en inglés. Sin embargo, Helen era lo más opuesto que podía imaginarse a la típica anglosajona. Nacida en Ecuador hacía veintiocho años, sus padres la trajeron a España con apenas tres, por lo que se consideraba una navarra de Ecuador, o una ecuatoriana de Navarra, dependiendo de a quién se lo contara. De baja estatura, muy morena, con un abundante pelo negro eternamente recogido en una coleta, solía vestir pantalones anchos y camisas holgadas para disimular su redondeada silueta. Consideraba que marcar las caderas y el pecho era poco profesional y criticaba con dureza a los policías, tanto hombres como mujeres, que acudían a la comisaría con ropa ceñida o haciendo alarde de sus músculos.

Por último, Teresa Mateo era experta en nuevas tecnologías. Nunca acudía al escenario de un delito sin acarrear una abultada bolsa en la que guardaba un ordenador portátil de pequeño tamaño, al menos dos baterías de repuesto, un teléfono móvil con conexión por satélite y lo último en cámaras fotográficas de alta definición. Teresa llevaba el pelo muy corto en la nuca y bastante más largo en la frente, de forma que un mechón teñido de rubio le cubría media cara cuando inclinaba la cabeza hacia delante. Rondaba los treinta años y se había casado el verano pasado, hacía ya casi un año. Se le iluminaba la cara cuando hablaba de su marido, un hombre que no tenía nada que ver con la policía pero que había sabido entender y respetar la vocación de su mujer. Aseguraba que no quería saber nada de niños, pero lucía una discreta sonrisilla cuando escuchaba a sus compañeras narrar las últimas hazañas de sus hijos pequeños.

Los cuatro entraron en el despacho de David Vázquez casi al mismo tiempo. Se saludaron con la cabeza y dirigieron toda su atención al inspector, que les devolvió el lacónico saludo mientras se levantaba de su silla y se preparaba para salir de inmediato.

-Han encontrado un hombre muerto en el baño del Albergue de Peregrinos Itzandegia, en Roncesvalles. -Vázquez hablaba mientras sus manos revolvían los papeles que cubrían la mesa. Encontró su cuaderno negro y lo guardó en una cartera de cuero marrón, ajada por el uso y oscurecida por el tiempo. Levantó la vista y repasó los rostros que le miraban en silencio antes de continuar hablando -. El médico que acudió a la llamada de los responsables del albergue, y que ha sido quien nos dio el aviso, ha comentado que le golpearon salvajemente en la cabeza y que seguramente murió como consecuencia de esos golpes. No parece tener heridas en otras partes del cuerpo, aunque el reconocimiento que ha efectuado ha sido superficial, solo para comprobar que ya estaba muerto. El forense y el juez de guardia ya están avisados y llegarán en cuanto puedan. Dos vigilantes de seguridad de la Colegiata, con los que hablé en cuanto me llamaron, se han encargado de precintar la litera y el equipaje del fallecido. La Guardia Civil también está alertada, se encargarán de acordonar el albergue y controlar el paso de la gente.

Mientras se dirigían al garaje comprobaron que los agentes de la policía científica, cargados con tres enormes maletas negras y dos maletines, también

se habían puesto en marcha rumbo a Roncesvalles. En la calle les saludó una mañana radiante y una calle repleta de gente que se apartaba precipitadamente al escuchar el aullido de las sirenas de los coches policiales. David condujo el primero de los vehículos, con Mario Torres como copiloto y Teresa Mateo cómodamente instalada en el asiento de atrás. Ismael se puso al volante del segundo, acompañado por Helen. Todavía no habían dejado atrás las calles del centro de Pamplona cuando comenzaron a escuchar el golpeteo intermitente de Teresa sobre el teclado del ordenador. A las pulsaciones frenéticas les seguían instantes de silencio mientras esperaba que aparecieran en la pantalla los resultados de la búsqueda efectuada.

Recorrieron el camino con el habitual despliegue lumínico y sonoro, frenando bruscamente en las cerradas curvas del puerto de Erro y resoplando con impaciencia cada vez que un camión ralentizaba su marcha. En la estrecha carretera sin arcén apenas había espacio para apartarse y permitirles el paso, así que no tenían más remedio que esperar a que el conductor les hiciera señas con los intermitentes de que tenían vía libre. David levantaba la mano para mostrar su agradecimiento al camionero, aunque imaginaba que el chófer estaría realmente aliviado de quitarse de en medio el molesto ulular de las sirenas y la presión de tener dos coches de policía pegados al guardabarros.

Apenas hablaron por el camino, y la escasa charla terminó cuando salieron de Burguete y alcanzaron las primeras edificaciones de Roncesvalles. El pueblo era pequeño, con apenas veinticinco habitantes fijos, a los que había que sumar los más de cincuenta y dos mil peregrinos que pasaban por allí cada año. En realidad, más que pasar, los caminantes iniciaban aquí su peregrinaje, por encima de los mil metros de altitud, en el corazón de los Pirineos, en medio de un paisaje que sobrecogía incluso al corazón más templado. Roncesvalles, llamado Orreaga en euskera, se levantaba en una suave hondonada al abrigo del puerto de Ibañeta, que protegía la localidad de los rigores más extremos del invierno. Histórico paso de entrada a la península Ibérica para amigos y enemigos, allí los sarracenos derrotaron al ejército de Carlomagno, después de que estos fueran traicionados por uno de los suyos. El pueblo había crecido de la mano de las rutas jacobeanas. Los distintos reyes y obispos de la Edad Media mandaron construir hospitales, albergues e iglesias, y los primeros canónigos que se trasladaron a esta tierra

tan inhóspita tenían como única misión la de cuidar y proteger a los peregrinos.

La carretera que atravesaba el pueblo en una leve pero constante pendiente hacia el puerto de Ibañeta mostraba en el asfalto los petachos de brea con los que las brigadas de la Diputación cubrían los profundos baches que, cada invierno, el inmisericorde hielo, la nieve y las tormentas provocaban en el suelo, que llegaba a la primavera cuarteado y malherido. El alquitrán recién extendido brillaba bajo el sol, llenando sus pulmones de un penetrante olor a petróleo. Dejaron a la derecha una pequeña área de recreo, con bancos de piedra rodeados de una hierba verde y frondosa que pedía a gritos un arreglo, y tres filas de árboles que cubrían de sombra la zona de juegos de un grupo de niños. Detrás del enorme caserón de muros de piedra y paredes blancas, convertido desde hacía muchos años en hostel, bar y restaurante, la iglesia de Santiago y la capilla del Sancti Spiritu parecían pequeñas, casi escondidas entre los coches aparcados en la calzada, las hordas de turistas y peregrinos y las verdes faldas de la cercana montaña, que extendía sus frondosos dedos hasta la misma puerta del recinto religioso. Enfrente, justo al otro lado de un cuidado prado esmeralda, se alzaba majestuosa y brillante la Colegiata de Roncesvalles. Ante ellos se abrían las decenas de ventanas del edificio que albergaba el museo, la biblioteca y la casa del prior. Las pesadas persianas de madera se habían apartado a un lado para recibir al generoso sol de junio, que caldeaba el interior de las frescas estancias de la abadía. Detrás, apenas insinuada, la iglesia de Santa María de Orreaga, de la que desde la carretera tan solo se adivinaba la veleta que coronaba su puntiaguda torre.

La noticia del asesinato había corrido como la pólvora por la zona y un puñado de personas, sobre todo jubilados y algún turista, rondaban por los alrededores de la Colegiata y el albergue, separados apenas un centenar de metros. Varias patrullas de la Guardia Civil vigilaban los accesos al edificio e impedían el paso de vehículos al aparcamiento, que se llenaría con los coches policiales, la ambulancia y el resto de los vehículos que llegarían en las horas siguientes. Un asesinato siempre movilizaba un número ingente de recursos.

Varios agentes se hicieron visibles en la carretera al escuchar el alarido de los coches patrulla. Con la mano en alto, les indicaron que giraran a la izquierda, frenando en el amplio aparcamiento del albergue. A pesar de todo

el despliegue con el que se presentaron en el lugar, fue necesario que mostraran sus identificaciones para que les permitieran acceder al recinto. Una vez fuera de los coches y habituados sus ojos al fuerte sol del mediodía, Vázquez solicitó a los agentes de la Benemérita que le acompañaran ante el oficial al mando. Le condujeron en presencia de un hombre alto y delgado, impecablemente vestido con el uniforme de campo de la Guardia Civil. La única nota discordante eran sus botas, cubiertas de un barro reseco que debía de llevar semanas pegado al cuero negro, ya que hacía casi un mes que no llovía y los caminos estaban libres de fango desde los primeros días de primavera. El oficial parecía totalmente ajeno a su aspecto, por lo demás, impoluto. Se volvió al oír las fuertes pisadas de los hombres y miró de frente a los extraños que se aproximaban. Vázquez se adelantó un poco y extendió la mano derecha antes de hablar.

-Inspector David Vázquez -saludó al hombre que se cuadró ante él.

-Sargento López. -El taconeo con el que acompañó el saludo marcial hizo que pequeños cascotes de barro se desprendieran de sus botas, mezclándose con la gravilla grisácea del aparcamiento. Cuando bajó la mano de la visera de la gorra, la adelantó con decisión hasta alcanzar la que David le ofrecía, sacudiéndola con fuerza y determinación-. Hemos llegado hace una hora aproximadamente. Como ve, hemos acordonado la zona y desplegado la habitual Operación jaula en las carreteras de entrada y salida del pueblo, pero como nos han informado de que venía la Policía Nacional, hemos preferido no entrar y esperarles.

-Agradezco mucho su colaboración, como siempre. ¿Tienen prisa por marcharse o nos pueden echar una mano? -Vázquez sabía que las relaciones entre los distintos cuerpos policiales eran habitualmente tensas y distantes, por lo que su pregunta podía ser recibida como una ofensa por el sargento. Sin embargo, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

-Estamos a su disposición -contestó para su sorpresa-. Mantendré a mis efectivos en el aparcamiento de momento. Si necesita cualquier cosa, puede avisarme por radio o por teléfono móvil.

-Nos hemos desplazado cinco efectivos, además de los miembros de la científica, pero es posible que no sea suficiente si el escenario es muy amplio.

Lo importante, de momento, es que nadie entre en el albergue. ¿Dónde está el cadáver?

-En los aseos de la planta baja. Es un baño grande, colectivo. Tengo a uno de mis agentes en la puerta. Nadie ha entrado desde que el médico verificó que el hombre estaba muerto.

Otro agente ha relevado a los vigilantes jurados y está en la sala de las literas, con lo que nos han dicho que es el equipaje del muerto.

-¿Ha denunciado alguien una desaparición?

-No, nadie. Es posible que viajara solo, muchos lo hacen.

-Bien. Vamos a entrar. -David se volvió hacia el lugar donde su equipo aguardaba su señal. Inmediatamente, los cuatro se dirigieron hacia él-. Le tendré informado en todo momento. Gracias, sargento.

El guardia civil se cuadró de nuevo y se despidió bruscamente, y sin demora, centró su atención en los hombres que impedían que los vehículos que llegaban a la explanada accedieran al aparcamiento. Por fortuna, ningún conductor protesta cuando la Guardia Civil le dice que no puede hacer algo. Simplemente, dan media vuelta y se van.

El inspector Vázquez encabezó la comitiva que se dirigió a la entrada del albergue. La yedra cubría casi por completo el muro lateral del edificio, dotando de vida a las frías piedras, que en las zonas umbrías todavía se sacudían los restos de la escarcha nocturna. La puerta parecía ridículamente pequeña en comparación con la majestuosidad del conjunto. Con casi medio centenar de metros de longitud, la fachada principal del albergue, al igual que la trasera, estaba reforzada con robustos contrafuertes. Ni una sola ventana rompía la armonía del enorme muro, ideado como albergue y hospital en un tiempo en el que no todos los visitantes llegaban en son de paz. En la parte posterior, donde el edificio se asomaba a los inmensos pastos que alimentaban al ganado de la zona, seis estrechas ventanas de arpillera proveían de aire fresco al interior del inmueble.

Se identificaron ante los agentes que custodiaban la puerta y uno de

ellos les acompañó a través de la recepción y las impresionantes salas del refugio. El albergue, que depende directamente de la Colegiata de Roncesvalles, se instaló en un antiguo edificio del siglo XII. Construido en los primeros años del estilo gótico, nadie queda indiferente ante sus gruesos muros de piedra, la altísima bóveda con arcos acodados y el oscuro artesonado de madera de sus angulosos techos. Las lámparas circulares, en las que parecen alumbrar velas en lugar de bombillas, trasladan a los visitantes más soñadores a la Edad Media, y les deja allí hasta que las comodidades instaladas en los años noventa del siglo pasado, como la calefacción, las duchas y los baños, les traen de vuelta a la realidad. Al fondo de la enorme sala, una gran puerta rompe la monotonía de las piedras. Utilizada en sus orígenes como acceso para los carros que transportaban los víveres y a los peregrinos enfermos o heridos, permitía hoy el paso de los grandes carros de lavandería que suministraban ropa limpia al albergue.

Los agentes también quedaron sobrecogidos al entrar en la enorme sala en la que se acomodaban ciento veinte literas, además de un buen número de pequeños armarios y estanterías para las botas y las mochilas de los peregrinos. El agente que los guiaba no se detuvo, sino que se dirigió hacia el final del amplio pasillo, donde una puerta cerrada y custodiada por otro guardia indicaba claramente el lugar en el que se había cometido el crimen. Saludaron a este agente y se prepararon para entrar. Se colocaron guantes en las manos y calzas de plástico en los pies. Helen se recogió el pelo debajo de un pequeño gorro blanco con la rapidez que da la práctica. Perfectamente pertrechados, los policías entraron en el baño y lo primero que percibieron fue el olor dulzón de la sangre.

El espectáculo que se mostró ante sus ojos era espeluznante. En el suelo de immaculadas baldosas blancas, cerca de la hilera de lavabos, un hombre parecía nadar en un enorme charco rojo oscuro. Uno de los brazos había quedado atrapado debajo del cuerpo, mientras que el otro aparecía extendido hacia la pared, con los dedos estirados, casi rozando la base del lavabo, en un gesto similar al de quien se despide de un amigo agitando la mano. Las piernas, ocultas bajo un amplio pantalón de algodón de color arena, ocupaban todo el ancho del baño, de forma que para pasar al otro lado era necesario saltar por encima del cadáver. La sangre se había extendido desde la cabeza del hombre en todas las direcciones, aprovechando el camino marcado por las

baldosas del suelo. Apenas podía distinguirse el pelo gris de la masa encefálica que había quedado al descubierto, mezclado con fragmentos del cráneo hecho añicos por el efecto de unos golpes brutales.

Todos los agentes se percataron de inmediato de la presencia de un objeto que desentonaba con el conjunto: una concha blanca, el habitual emblema que portan los peregrinos, descansaba ladeada sobre el cadáver.

-No está manchada -observó David-, a pesar de la cantidad de sangre que hay por todas partes, por encima y alrededor del cuerpo; esto significa que, quien la dejara ahí, lo hizo cuando el hombre ya estaba muerto. Además, por la posición de la concha, en un equilibrio precario sobre la cadera, cualquier mínimo movimiento del hombre la habría tirado al suelo.

-Tendremos que preguntarle al médico si ya estaba aquí cuando lo llamaron y si ha tocado algo -añadió Teresa-. Quizá la llevaba en un bolsillo y la perdió con la excitación del momento.

David encargó a la joven que buscara al doctor y consiguiera toda la información necesaria. Mientras tanto, el resto del equipo comenzó la inspección del lugar. Sobre el primero de los lavabos, cuidadosamente colocado en la parte más ancha, junto al grifo, encontraron un neceser marrón con útiles de afeitado, un peine, hilo dental, unas pequeñas tijeras, tiritas y unas cuantas pastillas azuladas sin caja ni prospecto que las identificara. A su lado, fuera del neceser, había un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica, así como una pequeña toalla de un solo uso. La mueca de Mario al ver el paño completamente empapado hizo sonreír a Helen.

-Los peregrinos no pueden cargar con un juego de toallas en sus mochilas -le explicó-. Por eso, en la mayoría de los albergues las venden de un solo uso para la higiene diaria.

Las toallas de verdad, para la ducha, se alquilan por un euro o poco más.

Ismael estaba centrado en el cuerpo del hombre. Registró cuidadosamente los bolsillos del pantalón sin encontrar otra cosa que un pañuelo doblado con pulcritud con las iniciales WP bordadas con hilo blanco

en una de las esquinas. Ni cartera, ni ninguna identificación. Se puso de pie con esfuerzo, recolocándose la camisa sobre la prominente barriga, y abrió una a una las puertas de los excusados. Todos estaban vacíos.

El móvil de David aulló con estridencia en el silencio que guardaban todos, a medio camino entre el respeto y la profesionalidad. Los técnicos del laboratorio hacía un rato que habían llegado, se estaban cociendo en el aparcamiento y querían saber cuándo podrían entrar para comenzar su trabajo.

-Será mejor que salgamos y que pasen los técnicos. Vamos al dormitorio para registrar el equipaje y hablar con los responsables del albergue. Volveremos cuando se hayan llevado el cadáver e inspeccionaremos el resto del lugar.

Una vez fuera, David respiró varias veces, en un intento por absorber nuevos olores que borrarán la impronta del aroma de la sangre, que había colapsado sus pituitarias una vez más. Recordaba con nitidez la primera vez que se había sentido así. Fue durante su primer año en el Cuerpo, una vez superadas las prácticas en la Academia de Policía de Ávila. Acompañó a un agente veterano en una llamada de auxilio efectuada desde un domicilio particular. Al llegar, encontraron a una mujer salvajemente asesinada. Un hombre, una piltrafa humana que apenas podía tenerse en pie, encontró fuerzas en un último chute para asestarle más de veinte puñaladas. Había llamado a su casa buscando una limosna, unos céntimos con los que costearse la siguiente dosis. La mujer, compasiva, le ofreció algo de comer y dejó la puerta entreabierta mientras regresaba a la cocina, lo que él aprovechó para colarse en el interior y, amenazándola con una navaja, exigirle todo el dinero que hubiera en la vivienda. La violencia se desató cuando la mujer alargó su mano temblorosa con poco más de quince euros, todo lo que llevaba en la cartera. Frustrado y envalentonado por el miedo que percibía en sus ojos, se abalanzó sobre ella y la apuñaló repetidas veces, mientras pensaba en la manera más rápida de arrancarle las joyas que llevaba puestas. El hijo de la mujer, un niño de apenas doce años, llegó cuando su madre expiraba. Recogió el cuchillo del suelo y, sin pensárselo dos veces, se lo clavó al intruso en el cuello. Había sangre por todas partes, pero lo que a David le impresionó de verdad no fueron los cadáveres, ni la sangre en sí misma, sino su olor. Nunca imaginó que la sangre olera a nada, era algo en lo que nunca

se había parado a pensar. Y ahora se veía rodeado por un aroma empalagoso que olía a una vida extinguida. Hoy, en el albergue de Roncesvalles, ese olor se había vuelto a adueñar de él y le trajo a la memoria los rostros de la mujer asesinada, del hombre muerto y del hijo con la mirada llena de dolor por haber tardado demasiado en acabar con el verdugo de su madre.

Con esos rostros todavía en la retina, David y el resto del grupo regresaron al gran dormitorio del albergue. Un guardia civil custodiaba el equipaje de la víctima, colocado con cuidado sobre una de las literas. Dos personas que no habían visto hasta ese momento esperaban sentados en otras tantas sillas de madera junto a la puerta del dormitorio. Se trataba de dos hombres de avanzada edad, vestidos con pantalón y chaqueta gris sobre una camisa blanca. Los zapatos, negros, brillaban sobre el immaculado suelo. Su aspecto, su pose y el crucifijo de metal que ambos llevaban colgado del cuello con un sencillo cordón negro les hicieron suponer que se trataba de clérigos de la Colegiata.

David pidió a Mario y a Helen que se ocuparan del equipaje. Era prioritario conocer la identidad del cadáver y saber si viajaba solo o acompañado. Helen regresó casi de inmediato con una abultada cartera en la mano. Se trataba de una billetera marrón de aspecto gastado, deformada por la cantidad de papeles y tarjetas de todo tipo que contenía. El inspector Vázquez abrió la cartera y husmeó entre la documentación hasta dar con el nombre de la víctima.

-Walenty Poznan -murmuró David, que tenía tres tarjetas diferentes en la mano, además del pasaporte-, de nacionalidad polaca, conductor de autobús, cincuenta años. ¿Has encontrado algo más? -preguntó dirigiéndose a Helen.

-Sí, su credencial. Es el documento que deben llevar todos los peregrinos para poder dormir en los albergues del Camino de Santiago. Cuando llegas al final de cada etapa, el hospitalero te pone un sello certificando que has llegado a pie o en bicicleta, indica la fecha y te proporciona alojamiento por un precio muy bajo, unos seis euros de media. Sin la credencial no puedes quedarte en los albergues y tienes que buscar otro lugar en el que pasar la noche.

La credencial de Walenty Poznan tenía un solo sello, el del albergue Itzandegia de Roncesvalles. Escrito a mano, constaba la fecha de llegada, el día anterior, pero nada más. Seguían sin saber si venía acompañado o si peregrinaba en solitario. Con el pasaporte en la mano, Ismael y David se dirigieron hacia los dos ancianos que esperaban pacientemente. Tras las presentaciones formales y las muestras de pesar por lo sucedido, David quiso saber si alguno de ellos conocía al fallecido. Los dos hombres, que se presentaron como el padre Ramírez y el padre Cano, ambos septuagenarios, lucían a pesar de su edad una mirada vivaz y una tez sin apenas arrugas. El pelo blanco y las manchas de la piel, sobre todo en las manos, daban una pista de su edad. Por lo demás, nadie hubiera dicho que tuvieran más de cincuenta años.

El padre Andrés Ramírez tomó la iniciativa en la conversación desde el primer momento. La altivez de sus modales y la seguridad de sus palabras indicaban claramente que estaba al menos un escalón por encima del padre Cano en el escalafón eclesiástico. Manuel Cano, mientras tanto, observaba lo que ocurría sin perder detalle, pero en un respetuoso segundo plano. Sus ojos vivaces se posaban con rapidez ahora en su superior, ahora en el inspector, y regresaban con la misma presteza de nuevo al sacerdote, que miraba atentamente la fotografía del pasaporte que Vázquez le mostraba, sacudiendo ligeramente la cabeza de derecha a izquierda. El interrogatorio se inició con una pregunta de ida y vuelta.

-¿Conocían ustedes a la persona fallecida?

-¿Sabe usted cuántas personas pasan por aquí cada día entre marzo y octubre? Cientos, cerca del millar cuando llegan los meses de verano. Es casi imposible para nosotros retener un nombre o una cara.

-Lo comprendo. Sin embargo, es muy importante conocer todos los detalles que podamos sobre esta persona y sobre lo que ocurrió mientras estuvo aquí.

El padre Ramírez le pasó el documento de identidad a Manuel Cano, que miró la fotografía y, al contrario que su superior, realizó un movimiento afirmativo con la cabeza.

-¿Lo reconoce?

-Creo que sí. Vino ayer a primera hora de la tarde con una mujer joven. Lo recuerdo porque en ese momento yo estaba en la recepción del albergue para ver cómo se las arreglaban los voluntarios. Llevan pocos días entre nosotros, nos falta gente y a veces los peregrinos se acumulan en la puerta. ¡Llegan todos a la misma hora! Eso, en ocasiones, ha hecho que se cometan errores en la inscripción. Cuando llegué a la entrada, este hombre y la mujer acababan de inscribirse. Ella parecía disgustada, apenas miraba a su compañero, y él estaba muy serio. A pesar de la distancia que mantenían, era evidente que viajaban juntos. Además, hablaban el mismo idioma. No sé nada más. No volví a ver a ninguno de los dos. Abandoné la sala y me dirigí a mis ocupaciones habituales, que no son pocas.

-No lo dudo. ¿Sabe dónde está ahora esa mujer?

-No tengo ni idea.

-¿Venían con más gente?

-Tampoco lo sé, yo solo les vi a ellos dos, pero podían tener más acompañantes fuera, o bien que ya hubieran entrado. Lo siento, no estoy siendo de mucha ayuda. -El padre Cano levantó las manos con las palmas hacia arriba, mostrando su pesar, antes de unir las de nuevo bajo su barbilla con los dedos entrelazados.

-No se preocupe. Le agradecería que me acompañara para poder hablar con las personas que estaban en la recepción ayer por la tarde; quizá ellos recuerden algo más.

Los dos hombres se levantaron al mismo tiempo con notable agilidad y precedieron a los policías hacia su siguiente destino. Mientras se dirigían a la entrada, David se entretuvo en admirar los enormes muros del edificio. Al contrario de lo que cabría esperar, la piedra no parecía fría, sino que sus vetas grises rezumaban el calor desprendido a lo largo de los siglos por los cuerpos cansados de miles de peregrinos.

-No se extrañe por el aspecto de fortificación que tiene el albergue -dijo

el padre Cano, que parecía haberle leído el pensamiento-, aunque lo cierto es que el nombre del edificio, Itzandegia, significa «lugar para guardar los bueyes», así que es más que posible que en el siglo XII esto fuera un enorme establo, eso sí, bien protegido contra los animales de dos y cuatro patas. Tenga en cuenta que estamos en un pueblo fronterizo y que, además de los lobos y los osos, los habitantes del lugar han tenido que defenderse de multitud de invasores, sin olvidar a los grupos de bandidos que han asolado estas tierras, claro. Cuando comenzó a utilizarse este edificio como hospital y albergue de peregrinos, los hospitaleros pasaban muchas horas tocando la campana de la Colegiata para orientar a los caminantes, sobre todo en las noches sin luna y cuando la niebla era espesa. También se organizaban grupos de voluntarios que salían a los caminos para recoger a los caminantes desorientados. Nuestra misión sigue siendo velar por ellos.

-Muy interesante -se limitó a decir David, aunque lo cierto es que escuchaba con atención al padre Cano, que no parecía tener prisa por llegar a la zona de recepción.

Cuando entraron en la pequeña sala a la que accedían los peregrinos que llegaban a Roncesvalles, el padre Ramírez se adelantó a la escueta comitiva y asumió su papel de superior de la orden de un modo casi imperceptible, pero sumamente eficaz. Las voces de los presentes se suavizaron poco a poco, hasta quedar reducidas a apenas un murmullo. Varias personas se levantaron de sus sillas para saludar a los recién llegados. La noticia de la muerte de una persona en el albergue y la presencia policial en la puerta, que impedía la entrada al recinto, había transformado la recepción en un lugar muy poco concurrido. El padre Ramírez habló en voz baja con uno de los jóvenes, un hombre alto y fornido, con unas espesas patillas que le ocultaban buena parte de la cara. Tenía el pelo castaño salpicado por numerosas hebras blancas que sobresalían con pequeños brillos entre la maraña oscura; la parte inferior de su cara estaba cubierta por una incipiente barba del mismo tono que el cabello, aunque también aquí las canas estaban ganando la batalla, lanzándose fuertes y obstinadas en sentido contrario al domesticado pelo castaño. Su aspecto primitivo se completaba con la espesa mata de vello que asomaba hirsuto por el cuello de la camiseta, pugnando por unirse con la parte inferior de su barba. La salvaje primera impresión que ofrecía el joven quedaba pronto contrarrestada por una voz

suave y atiplada, casi de tenor. Hablaba despacio, pronunciando cada sílaba de forma que su interlocutor no se perdiera ni una sola letra. A David le recordó a un profesor que tuvo en el instituto. Don Juan Muñoz hablaba siempre como si estuviera dictando una importantísima lección, moviendo mucho los labios para formar cada una de las sílabas y observando fijamente a sus alumnos para comprobar que todos habían comprendido lo que estaba diciendo. En este caso, el interés era mutuo. El joven observó a Vázquez con la misma atención con que el policía le analizaba a él.

-Inspector, este es Unax Goizueta. -Las presentaciones corrieron por cuenta del padre Ramírez-. Era el responsable de la recepción en la tarde de ayer. Sin duda, es la persona más indicada para resolver sus dudas.

-Buenos días -saludó David-. Imagino que conoce de sobra el motivo de nuestra presencia aquí. Un hombre, Walenty Poznan, ha sido hallado muerto en los lavabos del albergue hace menos de dos horas. El médico que acudió en su auxilio calcula que murió entre las nueve y las diez de la mañana, hora en la que encontraron su cuerpo. Para empezar, necesito que me confirme que el señor Poznan llegó ayer a Roncesvalles. Me interesa cualquier detalle que tenga relación con él.

No hubo ni un momento de duda en los ojos de Unax Goizueta.

-Efectivamente -respondió con rapidez y claridad-. Coincidió con el momento de mayor afluencia de peregrinos, pero lo recuerdo porque la mujer que le acompañaba estaba a punto de echarse a llorar en cualquier momento. Aguardó a su lado a que se inscribiera, hizo ella lo mismo y lo rechazó con brusquedad cuando se ofreció a ayudarla con la mochila. La cogió ella misma y avanzó hacia el dormitorio.

-¿Sabe a qué se debía el enfado de la mujer?

-La verdad es que no, ni siquiera sé qué relación había entre ellos... - Unax pareció reflexionar durante unos instantes, para después continuar:- Bueno... los dos eran polacos, y creo que en Polonia la mujer adopta el apellido del marido al casarse. Ella no se apellidaba Poznan, así que deduzco que no estaban casados. Pero podían ser novios, o pareja...

-Me gustaría ver la inscripción de ambos.

-Por supuesto.

A pesar de ser Unax quien contestó, fue el padre Ramírez quien se levantó y cogió de encima de la mesa el libro de registro. Pasó las páginas hacia atrás hasta que encontró la entrada con el nombre que buscaban. Entonces se lo entregó a Unax para que informara al inspector.

-La mujer se llama Karolina Lis. Como le dije, también es polaca. Tengo aquí una fotocopia de su pasaporte, siempre lo pedimos.

Entregó a David un papel con la copia de la identificación de Karolina Lis. En él pudo comprobar que la mujer tenía veintiocho años, demasiado joven para un cincuentón como Poznan. Bien parecida, sin llegar a ser guapa; el documento incluía una dirección de Varsovia.

-¿La han vuelto a ver después de su llegada?

-A ella no, pero él salió del albergue sobre las seis de la tarde. Iba solo, sin mochila, así que pensé que iría a dar un paseo por el pueblo.

Volvió casi a las diez, la hora de cierre, en un estado lamentable. Lo traían casi a rastras unos peregrinos holandeses. Era evidente que habían estado bebiendo -comentó con una mueca de desagrado-. Lo acompañaron hasta el dormitorio e imagino que, una vez allí, cada uno se dirigió a su litera. No sé nada más. Esta mañana no los he visto salir, pero la verdad es que presto poca atención a los que se van; mi prioridad son los que llegan.

-¿Tienen cámaras de seguridad dentro o fuera del albergue?

-No, señor. -El padre Ramírez parecía ofendido cuando respondió -. Aquí solo vienen peregrinos, y aunque en ocasiones es cierto que se ha denunciado algún pequeño hurto, nunca hemos barajado siquiera la posibilidad de instalar cámaras de vigilancia.

Rendido ante la falta de imágenes, David pensó que sería buena idea seguir los pasos de Walenty Poznan por Roncesvalles en la tarde del día anterior. De momento, el rastro le llevaba hasta un bar y unos peregrinos

holandeses que ya no estaban allí. Sin olvidar a la mujer, por supuesto. Tenían que encontrarla cuanto antes.

Telefonó al sargento López y le pidió que sus hombres rastrearán los alrededores de la Colegiata y del pueblo en busca de la mujer. No podían descartar que también hubiera sido atacada. Envío después a Ismael al exterior del albergue para que entregara a los agentes de la Guardia Civil las fotografías de Walenty y Karolina, con la intención de que buscaran a cualquier persona que pudiera darles información sobre los peregrinos polacos.

Mientras los guardias comenzaban el rastreo, David agradeció a Unax Goizueta su colaboración y se volvió de nuevo hacia el padre Ramírez, con quien caminó de regreso al dormitorio. Quedaban algunas cosas que quería comentar con el clérigo.

-Me gustaría conocer cómo se desarrolla un día normal en el albergue, cuál es su rutina diaria. Me interesa especialmente cuánta gente pasa por aquí a primera hora de la mañana y cuál es su cometido. -Libreta en mano, Vázquez esperó a que el anciano se acomodara la chaqueta antes de contestar.

-La verdad es que mi responsabilidad principal es la Colegiata, la iglesia y todo el recinto religioso. Del albergue y de la atención a los peregrinos se ocupan sobre todo los hermanos hospitalarios y los voluntarios que cada verano se turnan para trabajar desinteresadamente. No sé si lo sabrá, pero la mayor parte de los voluntarios pertenecen a una asociación jacobea de hospitalarios holandeses. Es una asociación muy activa que nos envía tres o cuatro personas cada quince días. Ellos son los que mantienen el albergue en perfecto funcionamiento. El padre Cano y yo nos turnamos para celebrar cada tarde, a las ocho, la misa del peregrino. Hablamos de la santidad del Camino, de la importancia de conseguir el perdón de nuestros pecados al llegar a Santiago. Vienen de todo el mundo, es emocionante ver su devoción, su humildad... Tendría que verlo. Leemos en voz alta los nombres de cada uno de los peregrinos y su lugar de procedencia, les bendecimos, cantamos salmos maravillosos y estoy convencido de que todos y cada uno de los hombres y mujeres que cada tarde llenan la iglesia de la Colegiata, sienten en su interior la paz que transmite el lugar. En las tardes de verano, los últimos rayos de sol todavía alcanzan la enorme vidriera y llenan el suelo de reflejos

de colores. Parece mágico, pero no es magia, es el espíritu de Dios, dispuesto a guiar los pasos de sus fieles. ¿Le gustaría visitar la iglesia?

-Quizá otro día, gracias. -Vio en los ojos del sacerdote una mirada decepcionada, pero no se dejó amedrentar y continuó adelante-. Entonces, los voluntarios que están hoy aquí...

-Son los mismos que ayer, el cambio de turno no será hasta el día 15 o 16 de junio. Unax es uno de los pocos voluntarios nacionales que tenemos. Nos viene bien porque es un genio con los idiomas, no sé cuántas lenguas habla.

-¿Incluido el polaco?

-No lo sé con seguridad, pero no me sorprendería. De todas formas, aquí, como en todo el mundo, el inglés es el idioma más extendido, junto con el castellano, claro. Todos los voluntarios holandeses hablan español. Respecto a lo que me preguntaba, tenemos una persona encargada de coordinar a todos los voluntarios que van y vienen. Es el hermano Luis Gómez. Ha ido a Burguete a comprar algunas cosas, aunque imagino que no tardará en volver. Ya le hemos avisado de lo sucedido y regresará en cualquier momento.

-Me gustaría hablar con él cuando esté aquí.

-Por supuesto, le avisaré en cuanto le vea.

-Esto es todo por el momento, padre. Le agradecería que estuviera disponible durante las próximas horas. Es posible que necesite hablar de nuevo con usted en función de cómo se desarrolle la investigación.

-No voy a moverme del pueblo, inspector; me encontrará aquí a cualquier hora del día o de la noche.

Tras despedirse con un breve apretón de manos, David centró su atención al resto del equipo. Mario y Helen estaban de pie junto a unas literas. Sobre una de las camas descansaba una mochila y, a su alrededor, los agentes habían distribuido su contenido. A primera vista distinguió un par de

pantalones, tres camisetas, un jersey grueso, unos cuantos pares de calcetines, tres calzoncillos y otras tantas camisetas interiores. Además, había un rollo de papel higiénico, cuatro paquetes de pañuelos desechables, una cámara fotográfica en su correspondiente funda, unas cuantas pilas, un cuaderno, varios bolígrafos, dos postales de Roncesvalles, una cartera con cuatrocientos euros en billetes y monedas, y una concha blanca de peregrino con una pequeña cruz de Santiago grabada en rojo.

-O era un fanático de las vieiras -comentó Mario cuando captó la mirada de su jefe-, o la que encontramos sobre el cuerpo no era suya.

-Me inclino por esa última posibilidad. Ahora necesitamos saber a quién pertenecía.

Teresa se adelantó un paso. Acababa de regresar del exterior y su cara brillaba por el sudor. Tenía el pelo aplastado sobre la frente y sus mejillas habían adoptado un tono sonrosado.

-El médico me ha confirmado que la concha ya estaba sobre el cadáver cuando le avisaron y que tuvo mucho cuidado de no moverla. También a él le pareció un elemento discordante, incluso teniendo en cuenta lo inusual del escenario que encontró.

-Quiero discreción absoluta sobre este elemento, no necesitamos que los medios de comunicación se lancen a especular sobre el significado de ese símbolo y comiencen a aparecer imitadores o pintadas en todos los rincones, ¿entendido? -Esperó a que todo el grupo diera su conformidad antes de continuar-. Que le quede claro también al médico, a los vigilantes que han custodiado la puerta y a la Guardia Civil. Las filtraciones se pagarán caras.

-Claro como el agua, jefe. -Mario hizo un gesto hermético sobre sus labios y simuló guardarse una llave en el bolsillo del pantalón.

-¿Qué habéis averiguado sobre la mujer que acompañaba a Poznan?

-No demasiado -continuó Torres-. Hemos hablado con un par de peregrinos que todavía no habían iniciado el camino. Se trata de una pareja de madrileños que no esperaban que las etapas fueran tan duras y decidieron

tomárselo con calma. La verdad es que los peregrinos suelen ser bastante madrugadores, el albergue se queda vacío antes de las ocho de la mañana, salvo que haya alguien lesionado o enfermo. Como digo -continuó el subinspector-, la joven se dejó ver poco, apenas la recordaban entre tanta gente, aunque parece que estuvo hablando por el móvil bastante alterada. Iba y venía haciendo aspavientos con las manos y gritando con voz aguda. El problema es que lo hacía en un idioma que no era ni inglés ni español, por lo que no entendieron una sola palabra de lo que decía.

-Habría en polaco. ¿Recuerdan haberla visto esta mañana?

-La mujer dice que la vio en el baño de señoras, que se estaba lavando y que ya estaba vestida. Serían las siete y media de la mañana. No la vio abandonar el albergue, pero dio por hecho que se fue. A él no lo vieron, ni siquiera lo recuerdan.

Los técnicos del laboratorio tardaron más de dos horas en realizar su minucioso trabajo. Rastrearon cada centímetro de las brillantes superficies y recogieron decenas de huellas dactilares, nada extraño teniendo en cuenta que por aquel servicio habían pasado en una sola mañana casi medio centenar de personas. Fotografiaron cada salpicadura de sangre y buscaron posibles incongruencias en la posición de las pequeñas gotas rojas. Registraron palmo a palmo la zona común y los urinarios, metieron sus manos enguantadas en los desagües, clasificaron restos de pelo y embolsaron el contenido de las papeleras. El cuerpo de Walenty Poznan fue también objeto de su meticulosa atención. Registraron sus bolsillos, inspeccionaron sus blancos cabellos e incluso le atusaron el bigote, recogiendo sobre sus labios las diminutas motas que saltaron desde las hebras canas. Cuando consideraron que no había nada más que pudieran hacer allí, el responsable del grupo, un agente al que le faltaban apenas dos años para jubilarse y que presumía de que nada podía sorprenderle a estas alturas de su vida, telefoneó al juez de guardia para comunicarle que, por él, podía ordenar el levantamiento del cadáver cuando le pareciera bien. El magistrado llevaba más de una hora sentado en una litera del dormitorio común con la espalda encorvada y las piernas encogidas. Se

levantó de un salto y cruzó en dos zancadas el espacio que le separaba del cadáver, ansioso por instruir las diligencias oportunas y dar por finalizada su misión en Roncesvalles por esa mañana.

Un silencio sepulcral se apropió del lugar cuando los operarios de la funeraria se llevaban el cadáver del cuarto de baño y, tras ellos, los técnicos del laboratorio, que recogieron sus útiles de trabajo con el mismo cuidado con que desarrollaban su tarea. David se detuvo bajo el umbral de la puerta, a pocos centímetros del lugar donde habían encontrado el cuerpo del peregrino polaco. Avanzó despacio, como si temiera que su presencia rompiera el encantamiento que parecía haberse adueñado del lugar. Sorteó la sangre reseca y evitó tocar los polvos oscuros esparcidos por los técnicos. Contempló ensimismado su propio reflejo en el pulido espejo, salpicado de sangre y pequeñas gotas de pasta de dientes, intentando imaginar lo que había sucedido allí unas pocas horas antes. A pesar de las evidencias de una muerte violenta que cubrían el lugar, la brillante luz fluorescente, reflejada y multiplicada por las blancas baldosas, se empeñaba en borrar cualquier rastro de dolor que se ocultara en las rendijas.

El timbre del móvil cortó en seco el hilo de sus cavilaciones. La Guardia Civil le informaba de que habían encontrado a la mujer polaca que acompañaba al fallecido. La habían retenido en Erro y querían saber qué debían hacer con ella.

-Tráiganla de vuelta a Roncesvalles, nos será muy útil que identifique las pertenencias de su compañero y nos cuente qué pasó entre ellos. ¿Qué hay de los peregrinos holandeses?

-Todavía no los hemos encontrado -respondió el sargento López-, no tenemos sus fotos, pero mis hombres siguen rastreando el camino y no creo que tarden en dar con ellos, no pueden ir mucho más atrás que la mujer. Le llamaré en cuanto tenga noticias.

El sargento colgó sin darle tiempo a Vázquez a despedirse. Este informó a su equipo de que habían dado con la mujer y acordaron reunirse a la entrada del albergue para poner en común la información de la que disponían. El sol de junio calentaba la fachada, pero era un calor agradable, todavía no urgía buscar las sombras, como ocurriría en unas pocas semanas.

-No hemos encontrado nada que indique claramente la identidad del autor del asesinato -comentó Ismael, rompiendo el hielo-; no sabemos si asesino y víctima se conocían o si se trata de un acto de violencia completamente aleatoria.

-La elección de la víctima nunca es casual -le cortó David-. Es posible que no se conocieran, pero el asesino tenía un motivo para matar a este hombre. Es importante saber por qué lo eligió a él y no a ningún otro.

-Pero si no se conocían, si nunca se habían visto, es muy improbable que la víctima pudiera agraviar al asesino hasta hacerse merecedor de la muerte.

-Es posible, pero tanto si se conocían como si no, algo en la víctima despertó la agresividad de una persona. Quizá le recordara a alguien, o se trate de una fobia hacia las personas de una determinada hechura... Todo es importante en un asesinato: la víctima, el lugar, el arma... Se arriesgó mucho atacando a Poznan en el interior del albergue, cualquiera podía haberle descubierto. ¿Por qué no esperó a agredirlo en cualquier recoveco del camino?

-Cuando Walenty murió -continuó Helen no quedaban peregrinos en el albergue y todavía no habían llegado los equipos de limpieza, que empiezan a trabajar sobre las once de la mañana. Apuesto a que el asesino conocía bien estas circunstancias y los horarios de todo el mundo.

-La verdad, no me imagino a ninguno de estos frailes asesinando a un peregrino a sangre fría. -El tono jocoso de Ismael hizo que los ojos de Helen brillaran de furia.

-¿No? ¿Y por qué no? ¿Acaso una sotana les hace diferentes de los demás?

-¡Vale, vale! Te estás yendo por las ramas, Helen; no lo decía por su condición de religiosos, sino por su edad. ¡Tienen más de setenta años! ¿Crees que el padre Ramírez es capaz de golpear con tanta fuerza como para derribar a un fornido polaco veinte años más joven? Yo no, la verdad. ¡Al de más edad, el superior, incluso le cuesta andar! ¿No le has visto cuando se ha

marchado? Avanzaba dando saltitos, parecía un gorrión.

Ismael dio unos pasos fuera del círculo formado por sus compañeros, dando por concluida la discusión. Helen continuó refunfuñando unos instantes más, pero pronto dirigió de nuevo toda su atención a la investigación que tenían entre manos. Su familia la había acusado muchas veces de ser más terca que una mula y, aunque ella había llegado a reconocer este defecto, no podía hacer nada por evitar empeñarse en una idea cuando creía que tenía razón.

David retomó la dirección del equipo. No era momento de divagaciones ni de peleas.

-Es prioritario ponerse en contacto con la Interpol para que nos envíe urgentemente un informe completo sobre Walenty Poznan. Quién era, a qué se dedicaba, sus antecedentes, filiaciones políticas y sindicales, estado civil, aficiones y vicios... Todo. No podemos descartar que alguien le haya seguido desde Polonia y decidiera saldar sus cuentas en Roncesvalles.

Teresa se levantó con el teléfono ya en la mano, dispuesta a cumplir las órdenes de su jefe. Se alejó unos metros, hacia la carretera, para no interrumpir con su conversación, y regresó pocos minutos después. Hizo un signo afirmativo con la cabeza al inspector Vázquez y se colocó a un lado, en silencio. Siguieron calibrando las posibilidades que tenían para seguir avanzando, pero pronto se quedaron sin nada que añadir. El chirriar de los frenos de dos potentes todoterrenos de la Guardia Civil rompió el silencio. Aparcaron en el arcén, levantando una densa polvareda que cubrió casi por completo a los curiosos que se agolpaban en ese lado de la carretera, y cuatro agentes pusieron de inmediato pie a tierra. Uno de ellos abrió la puerta trasera del primer vehículo y ayudó a salir a una joven rubia que temblaba como una hoja azotada por el viento. Miraba inquieta a su alrededor, buscando sin duda un rostro familiar, un punto de referencia al que agarrarse. Un segundo agente extrajo una enorme mochila y se la colgó al hombro. Juntos se dirigieron hacia la puerta del albergue, donde el equipo de Vázquez ya se había adelantado unos pasos para recibir a la comitiva. Uno de los agentes se aproximó mientras sus compañeros se detenían a unos metros de distancia.

-Es Karolina Lis. No le hemos informado de los detalles de lo que ha

ocurrido, pero no se espera nada bueno. Ha venido todo el camino haciendo preguntas. Habla bastante bien el castellano y, cuando no conoce alguna expresión, continúa en inglés. Nos quedaremos aquí fuera por si nos necesitan. El sargento López nos ha dicho que estamos a su disposición, señor.

-Muchas gracias...

-Soy el cabo Íñigo Garzón, inspector, a sus órdenes.

-Gracias, cabo. Estamos esperando que localicen a un grupo de holandeses con los que supuestamente estuvo bebiendo la víctima. Le agradecería que me avisara si se entera de que los han encontrado.

-Por supuesto, señor.

El cabo dio media vuelta e indicó a sus compañeros que podían entrar en el albergue con la mujer. Dos agentes la sujetaban por los brazos, pero era más un modo de sostenerla para que no se cayera al suelo que de retenerla ante una hipotética huida. La acompañaron hasta el dormitorio principal, al lugar en el que esperaban los efectos personales de Walenty. Karolina sabía, más que intuía, que algo malo había ocurrido. No hacía falta ser muy perspicaz para llegar a esa conclusión: nadie envía a la policía a buscar a una persona si no ha ocurrido algo terrible. Se dirigieron a ella por su nombre y conocían también el de Walenty. Quizá hubiera sufrido un infarto...

El inspector Vázquez acomodó su paso al de la joven. Ofrecía un aspecto frágil, con su piel clara y su cabello rubio, pero tenía unas manos robustas y enrojecidas, propias de quien trabaja con ellas de manera habitual. Llevaba el pelo suelto, cortado a la altura de los hombros, con un flequillo corto y recto que dejaba a la vista una frente amplia y tersa. Delgada y fibrosa, la joven parecía perfectamente capaz de cargar con la enorme mochila que el agente acababa de dejar en el suelo, apoyada contra la pared. De uno de los bolsillos laterales, atada con un cordel negro, colgaba una immaculada concha de peregrino. Se sentaron uno frente al otro en dos pequeños bancos de madera colocados junto a la litera que ella misma había ocupado horas antes.

-¿Pueden decirme qué ha pasado? -Su castellano era bastante bueno, en efecto, con un marcado acento que alargaba las erres y cerraba demasiado las vocales.

-Me temo que no tenemos buenas noticias, señorita Lis. -David sabía por experiencia que no es conveniente dar rodeos para anunciar las malas noticias. Divagar en momentos de tensión es como alargar innecesariamente un dolor latente que está a punto de explotar-. Esta mañana han encontrado el cadáver de Walenty Poznan en los baños del albergue. Alguien le ha golpeado con fuerza en la cabeza, provocándole la muerte.

-¿Lo han matado? ¿Quién ha sido? ¿Por qué querría alguien...?

-Es algo que no sabemos de momento, pero que no tardaremos en descubrir. Necesitamos su ayuda para conocer los movimientos del señor Poznan en el día de ayer. Dónde fue, con quién estuvo... Todo lo que pueda recordar, desde el principio. De hecho -añadió David-, me gustaría que me explicara por qué estaban enfadados cuando llegaron al albergue.

-Parece tan lejano todo ahora... Me temo que Walenty confundió nuestra... relación. Él pensaba que me gustaba... como hombre. Para mí era solo un amigo. Antes de llegar a Roncesvalles, él me declaró su amor. ¡Fue tan violento! Me cogió de la mano, intentó besarme y me dijo que me amaba... ¡Tenía cincuenta años!

-Cuando dice que fue violento, ¿se refiere a que intentó propasarse con usted? ¿Fue brusco o agresivo? A nadie le gusta ser rechazado...

-¡No! -La joven abrió desmesuradamente los ojos y levantó las manos, remarcando con los dedos crispados la contundencia de sus palabras-. La situación fue violenta, no Walenty. Él fue correcto, se quedó horrorizado cuando vio mi cara. No me lo esperaba, quizá no reaccioné bien, no debí ser tan brusca...

David decidió seguir adelante antes de que las lágrimas impidieran a la chica continuar su relato.

-¿Cómo llegó él a albergar esos sentimientos?

Karolina suspiró largamente antes de contestar. Cerró los ojos con fuerza, formándose una serie de finas arrugas alrededor de los párpados, y se masajeó las sienes con los dedos.

-Nos conocimos de un club de motorismo, en Polonia. A los dos nos gustan las motos potentes, pero es un capricho que yo no me puedo permitir. Walenty tiene... tenía una moto estupenda, preciosa, y de vez en cuando se ofrecía a llevarme a dar una vuelta. Cada vez lo hacía con más frecuencia, pero yo pensaba que solo teníamos eso en común. Mi amiga Sonja solía burlarse, diciéndome que el abuelo se había enamorado, pero yo nunca la creí, en serio, siempre pensé que eran tonterías suyas. Éramos camaradas, compañeros... Tenía edad para ser mi padre.

Se tapó los ojos con las manos y sollozó brevemente, apenas un gemido entrecortado procedente de su garganta seca. David le ofreció uno de los botellines de agua que les habían traído los voluntarios del albergue. Karolina aceptó sin dudarle y dio un largo trago con los ojos cerrados, permitiendo que un pequeño reguero de agua escapara por la comisura de los labios. La joven terminó de beber y se secó la boca con el dorso de la mano, todavía con los párpados cubriendo sus iris azules. Descansó unos segundos más antes de mirar de nuevo al inspector, que esperaba paciente.

-¿Cuándo planearon hacer el Camino de Santiago?

-Hace dos meses, más o menos. La verdad es que el viaje lo preparamos mi amiga Sonja y yo, pero ella enfermó hace tres semanas y estaba demasiado débil para hacer el Camino. Walenty se ofreció a acompañarme, me aseguró que siempre había querido venir. Pagó la parte de Sonia y aquí estamos.

La repentina certeza de que nunca más podría utilizar el plural para hablar de Walenty hizo que, finalmente, la joven se derrumbara y comenzara a sollozar. Los hombros le temblaban con unas suaves sacudidas. Lloró durante unos minutos, enjugando con la manga de la camisa las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Las apartaba con fuerza, provocando que su piel enrojeciera cada vez que la tela barría las gotas saladas. Cuando se repuso, Karolina levantó de nuevo la cabeza y pidió disculpas.

-No se preocupe -la tranquilizó David-, entiendo que es difícil hablar en estos momentos de tanta tensión y tristeza. Si se encuentra ya bien... - Karolina asintió con la cabeza, invitándole a seguir con las preguntas-. Nos han dicho que Walenty salió del albergue por la tarde.

-Es cierto. Me enfadé mucho cuando comprendí sus intenciones. Pensé que me había engañado, yo confiaba en él y él solo quería... lo mismo que todos. No me lo esperaba. No recuerdo a qué hora llegamos al albergue, pero busqué mi litera, saqué ropa limpia y me fui a las duchas. Cuando volví, él ya se había marchado. Regresó bastante más tarde, casi a la hora de cerrar, completamente borracho. Unos jóvenes lo dejaron en la litera de abajo y se fueron. Estaban muy borrachos, se reían a carcajadas y algunas personas les pidieron que se callaran. Recuerdo que Walenty me dijo algo, pero yo fingí estar dormida. Lo lamento tanto ahora... Tardé mucho en dormirme. Él empezó a roncar enseguida, primero muy bajito, pero luego sonaba como el motor de un coche.

Karolina hizo una pequeña pausa que aprovechó para beber agua de nuevo. Su mirada permaneció perdida durante unos segundos, pero pronto volvió a enfocarla en su interlocutor.

-Por la mañana yo me levanté temprano, poco después de las siete. Me lavé, me vestí e hice la mochila. Walenty no se movía. Decidí despertarle y decirle que quería seguir sola, al menos ese día. Podríamos hablar por la noche. No esperé su respuesta, cogí la mochila y me marché. No miré atrás. No volví a verlo. No volveré a verlo...

Nuevas lágrimas inundaron los ojos claros de Karolina, que hacía un visible esfuerzo por contenerse, aunque sin conseguirlo. De pronto, sus ojos se quedaron en blanco y comenzó a deslizarse peligrosamente hacia el suelo. Sus hombros se relajaron y la cabeza se balanceó hacia delante, sin que los músculos del cuello, totalmente laxos, pudieran detener la caída. David y Mario reaccionaron inmediatamente, sujetándola cada uno de un lado para evitar que se golpeará contra el suelo. La llevaron en volandas a la litera más cercana y la tumbaron de lado. La respiración de la joven parecía agitada, y le temblaban las manos. Teresa llamó por teléfono al médico de Roncesvalles, el mismo que horas antes había confirmado la muerte de Walenty, y que tardó menos de cinco minutos en llegar al albergue. Se arrodilló ante

Karolina, la auscultó y le examinó las pupilas. Mientras sacaba de su maletín una jeringuilla y un pequeño frasco transparente, explicó a los agentes que la joven había sufrido un descenso brusco de la presión arterial, causado probablemente por el enorme estrés al que estaba sometida y por la tragedia de la que, sin quererlo, era protagonista. Le limpió un fragmento de piel con un algodón impregnado en alcohol y le inyectó el líquido incoloro.

-¿Cree que podremos seguir hablando con ella cuando se recupere? - David estaba ansioso por continuar, necesitaba avanzar, escarbar, preguntar. Sabía que cada minuto era importante en la fase inicial de una investigación.

-No lo creo, sinceramente. Está muy afectada. Debería descansar un buen rato.

Tenga en cuenta que lleva varias horas caminando por puertos de montaña y caminos pedregosos y que, cuando estaba a punto de llegar a su destino, la ha interceptado la Guardia Civil y acaba de enterarse de que su compañero de viaje ha sido asesinado. Cualquiera necesitaría una tregua, ¿no le parece? No sería mala idea que pasara la noche en observación, tiene la tensión extremadamente baja. Además, podría sufrir un colapso en cualquier momento. El cerebro tiene formas muy curiosas, y a veces extremadamente peligrosas, de protegernos del dolor. Cuando cree que no vamos a ser capaces de soportar el daño, físico o psicológico, tiene la capacidad de desconectarse. ¡Paf! Las luces se apagan y ya no sufrimos más, pero las consecuencias pueden ser catastróficas si no se controla adecuadamente.

-Puedo pedir que una ambulancia la traslade a Pamplona y que pase la noche en la habitación de un hospital, bajo vigilancia policial.

-Me parece una idea excelente -concluyó el médico mientras daba suaves palmaditas en la mano a Karolina, que había recuperado el conocimiento y lloraba de nuevo.

David Vázquez habló por teléfono con los sanitarios del puesto de emergencias de Burguete, que se comprometieron a enviar una ambulancia en pocos minutos. Después, llamó a la Comisaría de Pamplona para organizar la vigilancia de la joven en el hospital. Desconocían si el asesino buscaba solo a

Walenty o si esperaba encontrarlos a los dos. En ese caso, no podía darle la oportunidad de acabar el trabajo. El comisario Tous le garantizó que todo estaría organizado para cuando llegara la joven. David se lo agradeció sinceramente. No era trabajo del comisario establecer turnos de vigilancia, pero Tous ocupaba el puesto desde hacía pocos meses y todavía no había olvidado sus años como inspector. Aún se sentía más cerca de los agentes que de los altos mandos y las esferas políticas, aunque Vázquez estaba convencido de que, como siempre ocurría, solo sería cuestión de tiempo que Tous terminara también doblando la cerviz ante el poder. «Torres más altas han caído», pensó, no sin cierto pesar ante esa certeza.

Hacía mucho tiempo que había pasado la hora de comer, pero nadie había siquiera insinuado la posibilidad de abandonar el albergue y la investigación. Sin embargo, consciente de que un estómago vacío es incompatible con una mente despierta, David envió a Ismael a uno de los restaurantes del pueblo con el encargo de que volviera con algo para comer, refrescos y café. Mientras Ismael se encaminaba hacia el enorme caserón blanco que ocupaba el restaurante Irati, una nueva ambulancia, la segunda en pocas horas, llegó hasta Itzandegia. Los sanitarios descargaron la camilla y se dirigieron hacia la litera en la que el doctor vigilaba el inquieto dormitar de Karolina, que había sucumbido a los potentes sedantes que le habían inyectado. La joven apenas movió un músculo mientras dos hombres la sacaban del estrecho camastro, la tumbaban sobre la camilla y después abrochaban sobre su pecho unas amplias correas de seguridad. Cuando el ulular de la ambulancia se extinguió y se despidieron por segunda vez del doctor, quien ya iba con paso cansino a su consulta, esperaron a la sombra el regreso de Ismael. La rechoncha figura del policía se recortó bajo el sol pocos minutos después. Traía dos bolsas blancas fuertemente asidas con sus grandes manos. La primera desprendía un embriagador aroma a pan caliente, carne, pimientos y ajo, una combinación que provocó un inesperado gruñido procedente del estómago de Torres. La segunda bolsa estaba llena de latas de refrescos, cervezas sin alcohol y botellines de agua casi helada.

-No he conseguido que me preste un termo con café, cree que no se lo

vamos a devolver después y ha insistido en pedirme una fianza a cambio. Le he dicho que somos policías, pero casi ha sido peor. ¡Qué gente!

Ismael repartió los bocadillos entre sus compañeros, que dieron buena cuenta de ellos en un tiempo récord. Cuando desaparecieron también la mitad de las bebidas, David se puso en pie despacio, sacudiéndose las migas de pan que se habían quedado prendidas del pantalón.

-Va siendo hora de volver al trabajo. -Miró a sus agentes, que se levantaron despacio de sus bancos a la sombra. Mario y Helen recogieron las latas vacías y las servilletas sucias, guardaron todo en una de las bolsas de plástico y lo depositaron después en una enorme papelería negra del aparcamiento-. La Guardia Civil está peinando los alrededores en busca de algún rastro, y tenemos patrullas entrevistando a los peregrinos que han salido esta mañana de Roncesvalles. A esta hora estarán a punto de llegar a Zubiri. Dos de vosotros os trasladaréis al pueblo y recogeréis la información de primera mano. El resto registraremos de nuevo los alrededores del albergue. Si el asesino no ha pasado la noche en Itzandegia, ha necesitado un lugar por el que entrar y salir sin ser visto. Quiero el listado de todas las personas que trabajan en el albergue, su horario y sus días libres. Teresa, consigue el libro de registro, el original. Puede que quien lo mató se inscribiera como un peregrino más. Pide ayuda en Pamplona para cotejar todos los nombres de la lista. Si salta una alarma en el sistema, por pequeña que sea, avísame.

El perfecto engranaje del equipo se puso en marcha de inmediato. Teresa, Mario y Helen ocuparon uno de los coches y se dirigieron a Zubiri, donde los dos últimos participarían en los interrogatorios a los peregrinos. Teresa continuaría el viaje hasta Pamplona para iniciar el rastreo de las personas inscritas en el registro del albergue. Hicieron copias ampliadas de la fotografía del pasaporte de Walenty y se dirigieron hacia el coche. David e Ismael recorrieron con paso lento los alrededores del enorme edificio, aunque sabían que los agentes de la policía científica no habían tenido éxito en su rastreo. No encontraron señales de arañazos en las puertas de acceso, las cerraduras estaban como nuevas y era imposible que una persona de complexión normal atravesara las estrechas ventanas de arpillera. Además, estaban demasiado altas como para descender hasta el suelo sin utilizar una cuerda, lo que sin duda habría llamado la atención de los peregrinos.

Observaron con detenimiento los amplios prados que nacían en la parte trasera de la edificación, centenares de metros de hierba verde que ondeaba perezosa al ritmo de la suave brisa. Marciales hileras de árboles delimitaban y separaban las parcelas. En uno de los rectángulos, un rebaño de ovejas pastaba sin prisa, ajenas a todo el alboroto que estallaba a su alrededor. Los animales lucían todavía su espeso abrigo invernal, que sin duda desaparecería en pocos días bajo las expertas manos del esquilador. David recordó la algarabía del pretil de su padre durante los meses de mayo y junio, cuando entre los dos esquilaban a más de un centenar de ovejas. Las rudas tijeras metálicas, que David era incapaz de manejar cuando era solo un niño, pronto dejaron paso a las esquiladoras eléctricas, que, en opinión de su padre, era uno de los mejores inventos de los tiempos modernos.

Estaban a punto de marcharse cuando un coche llegó al aparcamiento, realizando un rápido giro sobre la gravilla y lanzando algunas piedras hacia la carretera. Milagrosamente, consiguió aparcar entre otros dos vehículos sin rozarlos. Dos agentes de la Guardia Civil se aproximaron al recién llegado, que los saludó cordialmente. Charló unos instantes con los dos guardias antes de dirigirse hacia la parte trasera del vehículo y abrir el maletero, del que comenzaron a aparecer bolsas y paquetes con los logotipos de conocidos supermercados. Vestido con pantalón y chaqueta gris claro, del mismo color que sus cabellos, el tipo del coche era casi tan alto como el inspector Vázquez, a quien sin embargo duplicaba en envergadura. De hombros anchos y brazos largos y musculosos, el hombre cruzó el aparcamiento en dos zancadas y pasó junto a los agentes portando las bolsas sin aparente esfuerzo. Les obsequió con una fugaz sonrisa y continuó su camino hacia la puerta del albergue, que abrió con un pequeño empujón de la cadera. David e Ismael le siguieron de inmediato, entrando por la misma puerta que el desconocido. Lo encontraron, poco después, en la sala de recepción, hablando en voz baja con el padre Ramírez. El sacerdote se percató de la presencia de los policías e hizo un gesto a su interlocutor, que giró sobre sí mismo para recibirles.

-Agentes, este es el hermano Luis Gómez, ya les había hablado de él. Es el coordinador y responsable de los voluntarios que trabajan en Roncesvalles, tanto de los jóvenes de recepción como de los hospitaleros holandeses que nos ayudan durante el verano.

El hermano Gómez avanzó un metro para saludar personalmente a cada

uno de los agentes con un sólido apretón de manos. Había dejado las bolsas de plástico apoyadas contra la pared y un paquete de pan de molde amenazaba con caer al suelo de un momento a otro. Se agachó para recolocar todos los artículos y se irguió sobre sus rodillas con evidente esfuerzo, levantando muy despacio la enorme mole de su cuerpo. Sonrió de nuevo a los policías antes de comenzar a hablar.

-El padre Ramírez me contaba los detalles de lo ocurrido. Es una enorme tragedia, nunca había sucedido algo semejante en Roncesvalles. Nosotros somos gente de paz. Con frecuencia atendemos a peregrinos con problemas de salud o que han sufrido un accidente; son habituales las caídas, los desmayos y las crisis cardíacas, pero un asesinato... Eso supera con mucho todo lo que hemos visto hasta el momento, que no es poco. Si puedo serles de alguna utilidad, estoy a su completa disposición.

-Se lo agradecemos, señor Gómez. -David pidió a Ismael que enseñara al clérigo una fotografía de la víctima; Luis Gómez casi la hizo desaparecer al cogerla con su enorme mano.

-Lo reconozco. Aunque la fotografía no se parece mucho al original, el bigote es inconfundible. Lo recuerdo por el lamentable espectáculo que ofrecieron él y otras cuatro o cinco personas ayer por la noche, aunque esté mal criticar a los muertos. Estaban completamente borrachos cuando llegaron al dormitorio general. Cantaban, gritaban y decían obscenidades en inglés. Les pedí que guardaran silencio o que abandonaran el edificio, hay otros lugares en los que podrían alojarse más permisivos que nosotros en cuanto a la conducta de sus clientes. El hombre de la foto era el único que no hablaba, pero era porque no podía. Lo traían a rastras, casi no podía poner un pie detrás del otro.

-¿Sucede esto con frecuencia?

-La verdad es que no, aunque en un lugar por el que pasa tanta gente como este, lo cierto es que nos ha tocado ver de todo. Los peregrinos suelen ser gente muy respetuosa con los demás. Charlan en voz baja, se cuentan sus anécdotas y se van a dormir. Por la mañana hay algo más de jaleo, lógicamente, pero lo normal es que todos hayan salido ordenadamente antes de las nueve.

-¿Volvió a ver a Walenty Poznan más tarde?

-Vi cómo le acostaban en su litera y cómo el resto de los borrachos se dirigían a las suyas. Yo apagué la luz a las diez y media en punto y parece que no todos habían conseguido llegar a su cama. Me consta que alguno chocó contra algo en el pasillo, porque escuché un par de exclamaciones de dolor y lo que imagino que serían palabrotas en holandés. -Gómez no pudo esconder una sonrisa divertida al recordar las imprecaciones de los jóvenes en su camino a tuntas hasta sus literas-. Los meses en los que está abierto el albergue yo paso la noche en un pequeño dormitorio que hay pegado a la gran sala general. Por lo demás, utilizo los servicios de la Colegiata; allí lavo la ropa, como y rezo todos los días.

-¿Volvió a ver a la víctima por la mañana?

-No lo recuerdo. Yo me levanto muy temprano, a las cinco de la mañana, incluso antes cuando tengo mucho trabajo pendiente. Rezo mis oraciones y después compruebo que todo está listo para cuando se levanten los peregrinos. Enciendo las luces de los pasillos y de los baños, preparo las pilas de toallas desechables y, por último, abro las puertas del albergue. Los más madrugadores se levantan sobre las seis, y media hora más tarde ya salen los primeros, preparados para afrontar la siguiente etapa. A partir de las ocho de la mañana, si he terminado con mis obligaciones, me gusta sentarme junto a la puerta principal del albergue para despedir a los caminantes. Salen en silencio, abrigados y todavía entumecidos, con el sueño en los ojos. Miran al cielo para ver qué les espera en los primeros kilómetros, pero yo siempre les digo que el cielo es engañoso en Roncesvalles, que las brumas matinales dejarán paso al sol en poco tiempo. Y así suele ser. -Luis Gómez hablaba con una sonrisa amplia y sincera en los labios-. Rezo por ellos en esas horas tempranas, para que tengan buen camino. Algunos me preguntan por lo que les espera más adelante, si la ruta es dura hasta Zubiri, sobre los pueblos, los monumentos o la dureza de los puertos de montaña, pero lo normal es que salgan en silencio, meditando, mirándose a sí mismos por dentro.

-Como verán -intervino el padre Ramírez-, el hermano Luis es un místico.

-No, no, nada de eso -repuso el interpelado, visiblemente azorado.

Sobre sus blancas mejillas aparecieron inesperadamente dos nubes sonrosadas-. Lo siento si me he dejado llevar. Hoy ha sido un día normal, hasta ahora, claro. He salido a despedir a algunos peregrinos y después, sobre las nueve, he puesto rumbo a Burguete. No merece la pena ir antes porque están todos los comercios cerrados hasta esa hora. Cuando he terminado en Burguete, he seguido camino hasta Pamplona, necesitaba algunos artículos que no he podido encontrar aquí. He pasado toda la mañana dando vueltas por un centro comercial de las afueras. Soy incapaz de orientarme entre tanta gente...

-Entonces, no recuerda haber visto al señor Poznan esta mañana.

-No, lo siento. He coincidido con los peregrinos que han salido a primera hora, pero no recuerdo haber visto al fallecido ni a quienes le acompañaban por la noche.

-Muchas gracias por su tiempo, hermano. Le dejamos para que continúe con sus tareas y pueda recoger la compra. -Vázquez señaló el paquete de pan de molde, que se inclinaba de nuevo peligrosamente sobre el borde de la bolsa, como un suicida comprobando la distancia que separa el halcón del suelo.

-Estoy a su disposición para lo que necesiten. ¿Cuándo creen que podremos volver a abrir el albergue con normalidad?

-Eso depende de la policía científica, pero me consta que su trabajo está muy avanzado. Les pondré en contacto con el inspector encargado del caso y él les informará sobre cuándo tienen previsto terminar.

-Gracias de nuevo, inspector.

El padre Ramírez, que había permanecido en un discreto segundo plano durante toda la conversación, se levantó para despedirse de los policías. Les explicó que uno de los hoteles de Roncesvalles, que en siglos pasados funcionaba como hospedería para los peregrinos, había decidido hacer honor a sus orígenes cediéndoles parte de la planta baja como alojamiento provisional para los viajeros que ya habían comenzado a llegar.

-Tenemos mucho trabajo por delante, aunque los voluntarios ya llevan unas horas despejando la estancia de mesas y sillas para colocar los colchones que trasladaremos del albergue. El problema serán los servicios, ya que en el hotel solo nos permiten utilizar los de la planta baja, uno de señoras y otro de caballeros, sin duchas y muy estrechos... Bueno, tendrán que apañarse así por unos días... Inspector, agentes, quedo yo también a su disposición. Si me permiten...

-Por supuesto, padre. Le llamaremos si necesitamos algo. Su ayuda ha sido inestimable. Hermano Gómez, adiós.

Los dos religiosos salieron del albergue y subieron la corta y empinada cuesta hasta la carretera para dirigirse después al hotel reconvertido en albergue provisional de peregrinos. Efectivamente, en la puerta lateral del edificio ya se habían congregado más de veinte personas que esperaban su turno para inscribirse, reservar una cama, dejar la mochila y disfrutar de un paseo por los alrededores. La alargada sombra de las montañas cercanas se cernía ya sobre las calles del pueblo, refrescando el ambiente y permitiendo un agradable respiro a los paseantes, que habían comenzado a ocupar las terrazas instaladas en las fachadas de bares y restaurantes.

El inspector Vázquez regresó al interior del albergue y charló brevemente con el responsable de la Policía Científica, ocupado en ese momento en inspeccionar minuciosamente la litera que había ocupado Walenty Poznan. Ya se habían llevado las pertenencias de la víctima y un buen número de cajas con bolsas llenas de rastros y muestras. El cadáver estaría a esas horas en el Instituto Anatómico Forense, aunque no se le realizaría la autopsia hasta el día siguiente. Confiaba en poder seguir hablando con Karolina por la mañana, cuando se hubiera calmado, y esperaba que las pesquisas de la Guardia Civil a lo largo del Camino dieran algún fruto. Mientras tanto, poco más podían hacer.

Eran casi las ocho de la tarde. El día era apenas una luz incierta que teñía de naranja y violeta el cielo pirenaico. La luna esperaba tímida su turno junto al tejado de la Colegiata, y las estrellas todavía no habían ocupado sus puestos, permitiendo que el sol se señoreara unos minutos más, robando cada día un ratito más a la oscuridad en su camino al inminente solsticio de verano. Sobre el arcén de la carretera, pequeños grupos de personas se

encaminaban a un mismo lugar. Cansados pero decididos, hombres y mujeres disfrutaban del aire fresco mientras dirigían sus pasos hacia la discreta entrada de la iglesia de Santa María de Roncesvalles, venerada por sus vecinos como Nuestra Señora de Orreaga. La curiosidad, un rasgo innato en él, empujó a David a seguir a aquella gente. Se detuvo ante la sencilla puerta apuntada que en ese momento atravesaban los últimos fieles. Sintió sobre su cabeza la penetrante mirada de un Cristo pétreo, un niño Jesús sentado sobre las rodillas de su madre y rodeado por dos ángeles de enormes alas, alzado sobre las esbeltas y delgadas columnas, invitándolo a entrar. Apenas quedaban huecos en los bancos de la iglesia, repletos de feligreses de todas las edades. Eligió un rincón en la nave de la derecha desde la que podía ver la preciosa imagen de la Virgen de Orreaga, patrona del lugar y a la que muchos peregrinos se encomendaban en este punto inicial del Camino. La figura, recubierta por láminas de plata, brillaba por efecto de las grandes lámparas y las titilantes velas votivas. La bóveda, los arcos, las columnas, los capiteles, la tenue luz que se colaba por las vidrieras góticas... Todo ello, junto con la cantarina voz del sacerdote, le llevó a sumirse en una especie de trance en el que sus ojos dejaron de ver lo que tenía delante para mirar por un momento en su interior, oscuro al principio pero más claro según su mente se abría a su corazón. Acostumbrado como estaba a ver cada día el lado más perverso del ser humano, a David Vázquez le costaba ser benevolente con sus semejantes, a quienes consideraba, sin excepción, capaces de las mayores tropelías si de ello podían obtener algún beneficio. Reconocía, sin embargo, que la mayor parte de la humanidad era capaz de sofocar sus pasiones más oscuras y vivir en paz con los demás, aunque en ocasiones las pequeñas pantallas de los televisores se llenaran de imágenes terribles de hombres y mujeres torturando y matando a sus vecinos, dejándose arrastrar por la muchedumbre y convirtiendo las calles, las casas y los países en enormes mares de sangre, dolor y desolación. Despertó de su ensoñación al sentir el suave roce de una mano en su brazo. Al enfocar la vista encontró frente a él el rostro sonriente de un hombre de mediana edad que formaba con sus labios dos simples palabras.

-La paz...

David tuvo que mirar a su alrededor para recordar que se encontraba en el interior de una iglesia y que habían llegado al punto de la eucaristía en el

que los feligreses daban y deseaban la paz a quien tenían al lado. Se disculpó con una sonrisa y le tendió la mano, tomando firmemente la que el hombre llevaba un rato ofreciéndole. Seguramente el peregrino pensó que David era extranjero y no le había entendido. Mejor, decidió. Escuchó unos minutos más lo que el sacerdote salmodiaba, se deleitó nuevamente con la hermosa hechura de la iglesia y salió del templo antes de verse arrollado por los peregrinos. Apenas quedaba luz cuando regresó a su coche, donde Ismael le esperaba impaciente. Se disculpó de nuevo, subieron a los vehículos y abandonaron Roncesvalles perseguidos por la noche.

8

Regresaron a Pamplona con la desagradable desazón de quien deja una tarea inconclusa. Un hombre había sido asesinado y no tenían ni idea de quién era el culpable, ni de por qué le habían quitado la vida. Carecían de pruebas e indicios claros, y eran muchos los hilos que se mostraban ante sus ojos, cada uno de ellos unido a una madeja diferente. No tenían más remedio que tirar de cada una de las hebras y confiar su capacidad para desenmarañar los misterios del ovillo. Sería una tarea ardua, pero necesaria para conseguir el objetivo final de poner ante la justicia al asesino de Walenty Poznan.

Durante el camino de vuelta, David aprovechó para telefonar al sargento de la Guardia Civil, quien le confirmó que sus hombres estaban peinando el Camino e interrogando a todas las personas que habían pernoctado en Itzandegia. No mencionó la presencia en Zubiri de dos de sus agentes, Helen Ruiz y Mario Torres, y pensó que quizá se había sentido molesto por esa nueva intromisión en el trabajo de los hombres de verde. Borró de su mente esa idea y se centró en las informaciones que le ofrecía López. La lista de nombres que les había facilitado Teresa en su camino a

Pamplona les estaba siendo de mucha ayuda y lucía ya un buen número de marcas rojas, una por cada peregrino identificado e interrogado. Hasta el momento habían localizado a más de setenta personas y, según el libro de registros de Itzandegia, les faltaba poco más de treinta por encontrar. Casi todos recordaban al fallecido por la borrachera con la que llegó por la noche, algunos incluso lo vieron beber como un desesperado en el bar de Roncesvalles, aunque reconocieron que el verdadero escándalo lo organizaron los peregrinos holandeses, con sus risas estruendosas y sus constantes tropiezos de camino a las literas. El polaco, decían, estaba casi inconsciente cuando llegó al albergue.

Encontraron a dos hombres que creían haberse cruzado con él en la puerta del baño. Recordaban que les cedió el paso para que ellos salieran. Era tarde, ellos iban ya con prisa, apurados, y apenas le prestaron atención, pero mencionaron que tenía mala cara, con las ojeras propias de quien ha dormido mal, y una incipiente barba gris rodeando su enorme bigote. A pesar de no hablar el mismo idioma, Walenty les sostuvo la puerta con una sonrisa educada en los labios. No había nadie en el baño cuando ellos salieron, lo que significaba que Poznan estaría solo en los servicios. No se cruzaron con nadie por el pasillo, regresaron al dormitorio principal, se calzaron rápidamente, recogieron sus mochilas y emprendieron la marcha. No oyeron nada raro, ni gritos, ni golpes, solo sus propias palabras increpándose mutuamente para darse prisa en salir. Creían que en esos momentos no quedaba nadie en el albergue, aparte de un par de voluntarios que charlaban en la oficina.

Confirmar el hecho de que Poznan estaba solo en el baño no hizo sino corroborar sus sospechas iniciales de que el asesino no lo esperaba en el interior, sino que le siguió desde donde fuera que se escondía. David creía que en este crimen la suerte había jugado un papel crucial. Nadie podía saber cuándo iba Poznan a entrar en el baño, ni si habría alguien con él, o si una persona abriría la puerta durante la agresión. Realmente, el asesino tuvo mucha fortuna y supo aprovechar su oportunidad. Apenas necesitó un par de minutos para descargar los golpes mortales sobre la cabeza de Walenty, pero aun así, cualquiera podía haber cruzado el umbral y descubrirle. ¿Qué habría sucedido entonces? ¿Habría desistido de su agresión y huido inmediatamente? ¿O habría atacado también a esta segunda persona, un testigo incómodo e inoportuno? Quizá gracias a unos minutos de demora,

unos pocos segundos, una persona estaba hoy viva en lugar de muerta. No obstante, ese alguien nunca conocería la suerte que había tenido esa mañana, y seguramente era mejor así.

Le asaltaba también la duda de si Poznan era el objetivo, fuera cual fuese el motivo por el que el asesino deseaba verlo muerto, o si el criminal esperó agazapado la oportunidad de encontrar un peregrino solitario en un lugar aislado, sin importarle su identidad. ¿Era Walenty la víctima deseada o el polaco representaba simplemente la figura odiada? En ese caso estarían hablando de un cazador indiscriminado, que se conformaba con cualquier pieza siempre que se tratara de un peregrino. O un polaco. O un conductor de autobús... Eran demasiadas opciones. Si Poznan era la víctima elegida, ¿se hubiera atrevido a atacarlo en otro lugar? Todo parecía tan fortuito y falto de planificación que Vázquez estaba convencido de que se le escapaba algo, pero por mucho que se esforzaba, no lograba ver la luz que iluminara la clave del caso. Decidió concederse un respiro y esperar a los resultados de las pruebas y los interrogatorios. Por la mañana investigarían si se habían producido con anterioridad ataques en cualquier punto del Camino de Santiago. Cabía la posibilidad de que el asesino hubiera ensayado su agresión con anterioridad.

Ismael estaba aparcando frente a la Comisaría de Pamplona cuando el teléfono de David volvió a sonar. Era de nuevo el sargento López, quien le anunciaba que habían encontrado a los peregrinos holandeses con los que la víctima fue vista por la noche. Vázquez le pidió que les explicara lo ocurrido y les convenciera de la necesidad de trasladarse a Pamplona para ser interrogados por la policía.

-Lo mejor es que vengan voluntariamente, aunque si es necesario, podemos ir a detenerlos.

-Eso no será necesario, confíe en mis dotes de persuasión.

David intuyó la sonrisa que se escondía tras esa afirmación, aunque el tono del sargento era igual de seco que siempre. De lo que el inspector estaba seguro era de que los holandeses estarían en comisaría muy pronto.

En su despacho le esperaba un burofax con el informe de la Interpol

sobre Walenty Poznan. Las apenas tres páginas del documento no aportaron luz nueva sobre el caso. Poznan no se mezcló en nada ilegal en toda su vida. Carecía de antecedentes penales y ni siquiera había estado fichado durante los convulsos años ochenta. Perteneecía al sindicato del transporte de su país, como el noventa y ocho por ciento de los conductores de autobús. Finalizó sus estudios secundarios en un colegio católico de Varsovia y, más adelante, se dedicó en exclusiva al mundo del transporte, primero como taxista, hasta los treinta años, y más tarde como conductor de camión. El informe no decía nada sobre los viajes que había realizado, pero la ausencia de notas al respecto solo podía significar que tampoco había nada llamativo en esta parcela de su vida. Soltero y sin hijos. Una casa en propiedad que había terminado de pagar hacía cinco años. En definitiva, nada de nada; Walenty Poznan era un hombre sencillo y normal que un día decidió hacer el Camino de Santiago junto a una joven rubia y se encontró, sin saberlo, al final de su propio camino.

Los peregrinos holandeses llegaron a la Comisaría de Pamplona acompañados por varios agentes de la Guardia Civil poco antes de las diez de la noche. Eran un grupo de seis treintañeros rubios y sonrosados. Se les veía cansados y, sobre todo, muy preocupados por lo que les podía pasar. El sargento López le informó de que todos hablaban un correcto castellano, incluidas las palabras malsonantes, que brotaron en abundancia de sus bocas cuando fueron interceptados por los guardias civiles e invitados a subir en los vehículos policiales. De todas formas, David pidió a Ismael que contactara con la Embajada de los Países Bajos en Madrid y les pusiera al día de lo sucedido, por si consideraban necesario enviar a alguien que atendiera a los jóvenes. O por si alguno de ellos tenía que ser detenido.

David decidió hablar con ellos por separado. Encomendó a cada agente de su grupo interrogar a uno de los jóvenes, y él mismo se encaminó poco después hacia una de las salas, donde ya le esperaba uno de ellos.

-Buenas tardes. Hans Turpin, es correcto?

-Sí.

El joven se frotaba las manos con nerviosismo y tiraba de las mangas de su jersey una y otra vez. Inquieto y asustado, miraba constantemente hacia la puerta que se había cerrado con un suave chasquido. Llevaba el pelo rubio muy corto, con unas finas patillas que apenas se distinguían sobre una cara enrojecida por el sol y cubierta de pecas.

-¿Tiene alguna dificultad para entenderme? Puedo pedir un intérprete, aunque me temo que no llegaría hasta mañana. Pamplona es una ciudad pequeña...

-No es necesario, le entiendo bien. -Un suave acento cantarín acompañó sus palabras.

David miró fijamente al joven, que seguía retorciéndose los dedos bajo las mangas del jersey.

-Tengo entendido que ayer por la noche, usted y sus amigos estuvieron bebiendo en un bar de Roncesvalles acompañados por un hombre, un polaco llamado Walenty Poznan.

Hans sacudió la cabeza de arriba abajo con energía, aliviado al comprobar que no eran ellos el objeto del interés policial, sino el hombre que habían conocido la noche anterior. Por fin dejó de mirar la puerta y centró su atención en el policía que le observaba desde el otro lado de la mesa y que esperaba pacientemente su respuesta.

-Es cierto. Estaba triste. Cuando llevaba varias copas nos contó que había venido a España siguiendo a una mujer. Estaba muy enamorado, pero se acababa de enterar de que, para ella, él solo era un amigo. Además, le dijo que nunca podría salir con él porque era demasiado mayor. Pobre hombre. - Hans cambió el sentido de los movimientos de su cabeza, que ahora sacudía de izquierda a derecha, compadeciéndose del desengaño sufrido por Walenty.

-¿Bebieron mucho?

-Sí. -En esta ocasión sobre su cara apareció una amplia sonrisa-. Mis

amigos y yo pensamos que no aguantaría mucho, ya sabe, por la edad; pero casi nos tumba. Aunque al final tuvimos que sentarlo en una silla y, después, llevarlo hasta su cama. ¡Estaba como una cuba!

-¿Qué ocurrió cuando volvieron al albergue?

-Le acompañamos hasta su litera. Él nos indicó cuál era, aunque apenas podía hablar. Mi compañero le quitó las botas, le tumbamos y nos fuimos a dormir. Tuvimos que aguantar la bronca del guardián del albergue. ¡Nos llamó de todo!

-¿Habló alguien con Walenty Poznan, aparte de ustedes?

-No, que yo recuerde, pero me quedé dormido en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

-¿Volvió a ver a Walenty?

-Por la mañana me acerqué con Peter para saludarle y despedirnos, pero estaba profundamente dormido. Nos fuimos temprano, sobre las siete y media de la mañana. Hemos caminado despacio, parando muchas veces, porque todos nos encontramos mal. -Se cogió la cabeza con las dos manos, como si la presión de sus palmas pudiera aliviar la jaqueca que todavía a esas horas le taladraba el cerebro.

El joven holandés sostuvo en silencio la mirada del inspector. Había una pregunta que le rondaba desde hacía rato, una sospecha que temía confirmar.

-¿Está Walenty bien? -preguntó finalmente.

David sopesó su respuesta, pero decidió que no tenía sentido ocultar lo ocurrido.

-El señor Poznan ha muerto esta mañana en el albergue Itzandegia.

Pudo ver el asombro y el miedo reflejados en los ojos de Hans. Sin duda, la noticia le había cogido por sorpresa.

-¿Fue por algo que tomó mientras estaba con nosotros?

-No, Hans, nada de eso. Alguien le golpeó con fuerza en la cabeza hasta acabar con su vida.

Vázquez permitió que el joven digiriera la noticia en silencio. Su boca formó un círculo casi perfecto y sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas. Por fin sus manos se habían detenido, paralizadas por la desagradable sorpresa al igual que el resto de su cuerpo, aunque los dedos continuaban ocultos bajo las mangas del jersey.

El relato de Hans Turpin era una copia casi exacta del que ya había escuchado en varias ocasiones ese día, y no difería en nada de la versión que ofrecieron sus compañeros de viaje. Todos permitieron que les tomaran muestras de ADN y que registraran sus pertenencias. No hallaron nada sospechoso, ni ropa manchada de sangre ni ningún documento que les relacionara con Poznan. Al parecer, su encuentro con el polaco había sido completamente fortuito. Vázquez se encontraba ante otro callejón sin salida.

Acompañó a los jóvenes holandeses hasta la puerta y les indicó la dirección de uno de los albergues de peregrinos de Pamplona. Habían decidido continuar el Camino, ahorrándose además una etapa, la que habían cubierto en el coche patrulla. Anotó sus datos, sus números de móvil y se despidieron. Los vio marcharse hacia las luces del casco viejo, con las mochilas al hombro, empujándose los unos a los otros y comentando en voz demasiado alta la nueva y emocionante aventura que acababan de vivir.

Eran más de las once de la noche. El día había sido largo, intenso e infructuoso. El asesino no tenía cara ni nombre, ni contaba con que lo tuviera en breve. Sin móvil ni testigos, la muerte de Walenty Poznan podía convertirse en un asesinato sin resolver. Sería el primero de su carrera y no estaba dispuesto a que esto ocurriera, aunque de momento poco más podía hacer.

Se despidió de sus compañeros, que también estaban recogiendo sus cosas, y los citó a las ocho de la mañana siguiente. Cuando cruzó el umbral de su casa todo el cansancio acumulado a lo largo del día se apoderó de su cuerpo. Le dolían las piernas y la espalda como si le hubieran clavado mil

alfileres en ellas. Notaba un peso extra sobre sus hombros, que se hundían debajo de la camisa.

Se desnudó despacio, sin molestarse en recoger la ropa que, sucia y arrugada, cayó descuidadamente a sus pies. El agua caliente de la ducha le calmó los dolores físicos, pero avivó al mismo tiempo el sentimiento de enorme responsabilidad que siempre se apoderaba de su mente cuando se enfrentaba a un nuevo caso. La exigencia de respuestas rápidas y certeras le abrumaba. Las preguntas sin contestar se agolpaban en su cabeza, una tras otra, como piezas de un complejo rompecabezas. Apoyado en las baldosas del baño, dejando que el agua tibia se llevara por el desagüe sus preocupaciones, llenó los pulmones del aire impregnado de cálido vapor y liberó su mente de las ideas funestas que olían a fracaso.

Pasó por la cocina todavía desnudo, dejando que la templada noche se ocupara de secar su piel. Nada en la nevera despertó su apetito, por lo que decidió acostarse sobre la cama. Las sábanas estaban frescas y su tacto le resultó sumamente agradable. Calmado y relajado, encendió la pequeña televisión de pantalla plana colgada en la pared de su habitación y se entretuvo un rato cambiando de canal. Encontró una serie sobre forenses investigadores, otra sobre un escritor investigador y una tercera acerca de soldados investigadores. David no pudo por menos que sonreír ante la cantidad de datos erróneos que se sucedían en cada una de las escenas, pero tuvo que reconocer que, al menos, las tramas eran entretenidas.

El sueño le sorprendió casi sin darse cuenta. Sus párpados comenzaron a pesar y apenas conservó la consciencia suficiente para apagar el televisor antes de que su mente se fundiera a negro. Su sueño estuvo poblado de pasos, los de miles de peregrinos que le miraban asombrados, con cara de incredulidad. Los pasos resonaban en su cabeza mientras, en su ensoñación, bajaba la vista hasta ver sus pies descalzos. Se levantó y empezó a caminar, siguiendo a los peregrinos que ya no le miraban. Pero sus pasos no sonaban como los de los demás; eran pasos silenciosos, completamente mudos. Además, no conseguía avanzar. Los caminantes le sobrepasaban a cada momento. Comenzaba a cansarse de andar, lanzaba una pierna detrás de la otra, pero estaba siempre en el mismo punto del camino.

Se sentía agotado, sediento... Nadie reparaba en su presencia, y él no

podía pedir ayuda. Solo escuchaba los pasos e intentaba seguirles.

Teresa llegó a casa poco después de las once y media. Raúl, su marido, le había preparado una estupenda ensalada con atún para cenar. Se acercó a la agotada agente, la abrazó con dulzura y la acompañó hasta el salón, donde había dispuesto la mesita con lo necesario para la cena.

-¿Qué tal ha ido el día? He oído lo del peregrino de Roncesvalles y he visto en los informativos a Vázquez por allí, así que he supuesto que tú no andarías lejos. -Mientras hablaba, Raúl le masajeó suavemente las sienes, arrancando un ronroneo de la garganta de Teresa.

-Ha sido un día largo. Hacía mucho calor, hemos pasado muchas horas de pie y, por si fuera poco, no consigo controlar estas malditas náuseas.

-Deberías ir al médico, te lo he dicho mil veces. Seguro que hay algo que puedas tomar para que te sientas mejor. Al menos sabes que se te pasarán en un par de meses. -Cuando Teresa abrió los ojos vio la enorme sonrisa de su marido-. Insisto en que vayas al médico, hace ya una semana que te hiciste la prueba y todavía no has pedido ni una primera cita. ¿Se lo has dicho a alguien en la comisaría?

-No, a nadie todavía. Vamos a dejar que pasen las semanas más críticas y luego ya veré cómo se lo digo.

Teresa volvió a cerrar los ojos y se concentró en los masajes de Raúl. Más que quererle, le adoraba. Nunca hubiera soñado con encontrar un hombre como su marido, un hombre que la quería y la respetaba sin más, tal como era. A pesar de su amor incondicional, no podía evitar sentir miedo ante la nueva situación a la que se enfrentaba. Miedo de los riesgos que su trabajo podría suponer para el embarazo, y miedo de que, una vez que hubiera nacido su hijo, una bala perdida lo convirtiera en huérfano.

Ella fue adoptada por un matrimonio sin hijos cuando tenía cuatro años.

Guardaba vívidos recuerdos tanto del orfanato como de la primera y única casa de acogida en la que estuvo. No funcionó porque la madre quería un niño y no terminaba de gustarle esa niña pequeña, endeble y enfermiza. Estuvo tres meses con ellos, poco más de un verano, y en otoño la enviaron de vuelta al orfanato. La mujer ni siquiera salió a la puerta a despedirse de ella. El padre la llevó al enorme piso en el que vivían otros cinco niños que tampoco habían sido adoptados y la dejó allí después de darle un gran beso en la mejilla, su maleta y una muñeca que le habían comprado unos días antes. Todavía conservaba esa muñeca. Pocos meses después, cuando acababa de cumplir los cuatro años, aparecieron sus padres definitivos, los que la quisieron, aguantaron sus berrinches, su miedo constante al abandono, sus peleas en el instituto y sus sucesivos novios, a cual más repelente. Suspiraron aliviados cuando les comunicó, con diecinueve años, que había decidido presentarse a las pruebas del Cuerpo Nacional de Policía. Siempre le había ido bien, tanto en la academia como en los distintos destinos que había tenido antes de llegar al definitivo, en Pamplona, muy cerca de su familia.

Suspiró una vez más, se incorporó en el sofá y exigió su cena.

-Los mimos están bien, pero mi cuerpo necesita algo más contundente.

Acto seguido, empujó cariñosamente a Raúl y se abalanzó sobre la ensalada y un vaso enorme de Coca-Cola.

9

Los días siguientes al fallecimiento de Marcos transcurrieron como en una nube. Iba y venía de casa de los Bilbao a su oficina, que ahora era también su hogar, sumida en una especie de trance que la aislaba del dolor. Dormía, comía, hablaba e incluso sonreía en ocasiones, pero apenas era consciente de estar realizando cualquiera de esas acciones. Decenas de personas se acercaron a ella o la llamaron por teléfono para presentarle sus condolencias, y encontró notas de pésame en el buzón de su oficina y en el correo electrónico. Al principio se sintió aturdida y confusa ante las muestras de dolor de personas que apenas conocía, pero después de atender quince llamadas aprendió a contestar automáticamente a las frases hechas que le repetían una y otra vez. Dos días después del incendio, dedicó toda una mañana a proveerse de ropa y calzado. Acudió a sus tiendas habituales y eligió la ropa sin probársela. Funcionaba como una autómatas, sin apenas pensar en lo que estaba haciendo, pero no podía decir que sintiera pena o dolor. Iba cada tarde a visitar a la hermana y a la madre de Marcos y era entonces cuando todas las emociones salían a la superficie. La mirada perdida de Ana Martelo, el profundo desconsuelo en los ojos de Marta Bilbao... Su

vida parecía tan acabada como la suya propia, como la de Marcos.

La idea de la muerte planeó en varias ocasiones por su mente, aunque no consiguió fraguar ningún plan concreto para acabar con su vida. Iba, venía, comía lo justo para mantenerse en pie y pasaba las horas hundida en el sofá de su despacho, sin hacer otra cosa que atender por teléfono a las personas que pretendían consolarla.

La semana discurrió como en su sueño, en un lento caminar. Vázquez y su equipo se trasladaron en dos ocasiones a Roncesvalles al objeto de recabar alguna información más, pero todo resultó inútil. Nadie había visto nada. Inspeccionaron de nuevo el baño y el dormitorio, que ya estaban siendo utilizados por cientos de peregrinos. Recorrieron todo el perímetro del pueblo, entraron en los bares y hoteles, examinaron la Colegiata, la capilla, la iglesia de Santiago y el resto de los espacios públicos. Hablaron con los escasos vecinos y se entrevistaron con los trabajadores de los establecimientos de la zona. Buscaron pruebas bajo los bancos del parque, tras los árboles, en los contenedores de basura. Hurgaron en la maleza ayudados por largos palos e incluso rastrearon el río, que por fortuna bajaba poco caudaloso, removiendo el fondo y las orillas a lo largo de casi cien metros a derecha e izquierda. Una vez más, absolutamente nada.

Los técnicos de la Policía Científica habían recogido del baño y del dormitorio de Itzandegia una maraña de pelos y huellas que todavía no habían arrojado ningún resultado concluyente. Entre las huellas no encontraron ninguna que correspondiera a delincuentes fichados, y el resto de lo analizado hasta el momento estaba a la espera de un sospechoso con el que cotejarlo. Tras la segunda visita a Roncesvalles, cuando regresaban cansados y sudorosos a primera hora de la tarde, David convocó una reunión de trabajo para repasar los datos con los que contaban y, sobre todo, para escuchar las impresiones del resto del equipo. Se fueron sentando uno a uno a ambos lados de la gran mesa de una de las salas de reuniones de la comisaría. En las paredes colgaban varios mapas de Navarra y un par de pizarras blancas listas para anotar ideas. En una mesita auxiliar descansaba una cafetera y una pila

de vasos de plástico, aunque todos prefirieron acudir a la máquina de refrescos de la sala de descanso y tomar algo frío.

David avisó al comisario Tous de la reunión y le invitó a participar, pero, como siempre, Tous declinó la invitación y depositó toda la responsabilidad en el inspector Vázquez. David agradecía el voto de confianza, aunque sospechaba que en realidad el comisario tenía pocas ganas de pasarse la tarde encerrado en una sala. Cuando todos estuvieron sentados y hubieron dado buena cuenta de su primer refresco, David se puso en pie y comenzó su exposición:

-Hasta ahora -comenzó- todo lo que tenemos son especulaciones peregrinas. Los resultados del laboratorio no nos han aportado nada con lo que trabajar, así que tenemos que darle a la cabeza para buscar un hueco en el que empezar a hurgar.

El subinspector Torres enderezó la espalda y apoyó ambas manos sobre la mesa. Miró a sus compañeros y, cuando estuvo seguro de tener toda su atención, empezó a hablar:

-Siempre cabe la posibilidad de que tengamos un asesino loco suelto, pero me resulta más factible pensar que, en algún momento del día, quizá durante su borrachera, Walenty Poznan tuvo un encontronazo con un desconocido, seguramente otro peregrino, dado que el crimen tuvo lugar en el albergue. Discutieron, se insultaron, quizá incluso llegaron a las manos, y se separaron sin dejar resuelta la cuestión. La mala suerte quiso que volvieran a encontrarse por la mañana en el baño. Retomaron la discusión, el ambiente se calentó y entonces el desconocido le golpeó salvajemente, lo mató y huyó, mezclándose con el resto de los peregrinos.

Mientras hablaba, los miembros del equipo intercambiaban miradas silenciosas.

-Detesto ser yo quien te lo diga -intervino Helen-, pero tu teoría tiene unas enormes lagunas. Nadie vio al fallecido discutir con otra persona, y estuvo rodeado de gente durante todo el día.

-Es cierto -continuó Teresa con un hilo de voz-. En cuanto al arma

asesina, el informe forense señala que los golpes se produjeron con un objeto contundente de madera, de forma plana, aunque con aristas, a juzgar por las fracturas que causó en el cráneo. -Teresa se llevó la mano a la boca antes de continuar, conteniendo a duras penas una inoportuna arcada-. Eso nos indica que el asesino tuvo que traer el arma consigo y llevársela después, para luego arrojarla en cualquier punto del camino o de la carretera, o esconderla en un lugar seguro, lo que elimina la posibilidad de un crimen casual. Nadie va por ahí con un enorme palo de madera en la mano por si hay que matar a alguien. En cuanto a nuestras posibilidades de encontrar el arma, a ambos lados de Roncesvalles se extienden unos frondosos bosques, por no hablar de la selva de Irati, casi veinte mil hectáreas de hayedos y abetos, uno de los terrenos más abruptos de toda Navarra, con parajes apenas conocidos e inaccesibles para la mayoría de las personas. Si el asesino dispone de un vehículo, aunque solo sea una bicicleta, le tuvo que resultar muy sencillo esconder un trozo de madera y arrojarlo al bosque tras cometer el crimen.

-La Guardia Civil continúa escudriñando los bosques, pero tengo pocas esperanzas de encontrarla -reconoció David.

Helen fue la siguiente en tomar la palabra:

-A mí lo que más me preocupa es la concha blanca que el agresor depositó sobre la víctima. No estaba tirada con descuido, sino colocada sobre la cadera de Poznan de manera que fuera bien visible para quien contemplara el cuerpo. No había huellas en la concha, solo un montón de borrones de las decenas de personas que la habían toqueteado. Es un souvenir de los que se venden a cientos a lo largo de todo el Camino de Santiago, sin ninguna marca característica. Una pista que no lleva a ningún sitio, pero que sin duda esconde un mensaje. He recabado algo de información sobre la simbología de la concha de vieira en relación con el Camino de Santiago. -Helen paseó la mirada entre sus compañeros hasta llegar a su jefe, que asintió levemente con la cabeza, animándola a continuar-. La concha de vieira o de Santiago identifica a los peregrinos desde el siglo XI o XII. Se cree que comenzó a utilizarse porque su forma facilita la recogida de agua en los ríos o arroyos, pero su significado simbólico es muy interesante. En la Edad Media se le atribuían cualidades afrodisíacas, aunque la Iglesia pronto tomó cartas en el asunto y desvió la atención hacia valores más espirituales. Por un lado, viendo en ella la imagen de una mano con los dedos extendidos, representaría

la obligación de las personas de realizar buenas obras. Sin embargo, otros teóricos creen que la concha es la imagen estilizada de la pata palmeada de una oca, un animal unido en muchas tradiciones a los ritos iniciáticos. En este caso simbolizaría el renacer de la persona, su resurrección en una nueva vida. Además, en la época en que no existían las cámaras fotográficas, los peregrinos recibían una concha especial al llegar a Santiago de Compostela, que se colgaban del bastón o del sombrero, para certificar en sus localidades de origen que habían completado el Camino. Pero de lo que no hay duda es de que estos objetos son un negocio sumamente lucrativo. Aunque existe un mercado de caparazones de vieira naturales, centrado sobre todo en los pueblos gallegos que atraviesa el Camino, la mayor parte de las que se venden están fabricadas a partir de materiales sintéticos. Pero los peregrinos ricos y caprichosos pueden conseguir conchas artesanales fabricadas en marfil, oro o plata, y con incrustaciones de piedras preciosas. Un orfebre gallego fabricó una hace años valorada en más de cien mil euros.

Un silbido de admiración escapó de los labios de Ismael, que levantó la vista del cuaderno en el que tomaba notas al escuchar la astronómica cifra. Helen miró severamente a su compañero. Luego consultó su libreta y la cerró con cuidado antes de continuar:

-Estoy convencida de que la concha es una especie de mensaje, el modo que tiene el asesino de decirnos quién es y por qué ha matado a una persona. Ahora solo tenemos que descifrar la clave para leer el mensaje.

-En otras palabras -concluyó David-, que estamos completamente estancados.

Pusieron sobre la mesa un par de posibilidades más, pero eran tan improbables que las dejaron a un lado sin discutir las siquiera. Eran más de las siete de la tarde cuando dieron por concluida la reunión. Al día siguiente, analizarían una vez más las entrevistas con los peregrinos y estudiarían sus fichas, buscando algún detalle que hubieran pasado por alto en una primera lectura y que ahora brillara en medio de la oscuridad en la que se estaba sumiendo la investigación por falta de pruebas concluyentes. Solo podían esperar, y eso era lo que peor llevaban.

Mientras los demás salían, Helen se retrasó a propósito para coincidir

con Teresa. La cogió suavemente del brazo, invitándola a detenerse antes de abandonar la sala, que pronto estuvo vacía, y la miró fijamente a los ojos.

-¿Te encuentras bien? -A pesar de que Helen era un palmo más baja que Teresa, sus ojos oscuros la escudriñaron con atención-. Estás un poco rara. Igual estás incubando algo, ya sabes que en primavera bajan las defensas del organismo y es más fácil contagiarse.

-No te preocupes, no es nada, seguro que se me pasará pronto. -Teresa no quería ser brusca con su compañera y amiga, pero tampoco tenía ganas de contarle la verdad en esos momentos-. Llevo unos días con el estómago revuelto, pero ya me encuentro mucho mejor.

Helen no pudo disimular la sonrisa que apareció en sus labios.

-Revuelto, claro. Bueno, si necesitas algo, no dudes en pedírmelo, ¿de acuerdo?

-Claro, Helen, muchas gracias.

Se despidieron en la puerta, deseándose buen descanso para el resto del día. Mientras Teresa se dirigía a la calle, Helen la miraba sin dejar de sonreír. No la había engañado ni por un momento, pero si prefería disimular durante un tiempo, allá ella. Recogió sus cosas y pensó que tenía que llamar a su madre. Le iba a caer una buena bronca por no aparecer por su casa desde hacía más de una semana, pero había estado muy ocupada. «De hoy no pasa», decidió, «la llamo y voy a verla».

Helen, Elena, nació en Quito, la capital de Ecuador, hacía veintiocho años. Su padre, conserje en una finca, se quedó sin trabajo de la noche a la mañana. Los escasos ahorros de la familia, compuesta por el matrimonio y cuatro hijos (tres chicas y un chico), se esfumaron en pocos meses. Acuciados por la amenaza del hambre y alentados por las historias que contaban otros emigrantes, decidieron trasladarse a España, pero todos juntos, nada de venir primero el padre y, unos meses después, el resto de la familia. La madre de Helen se negó en redondo. O todos o ninguno, decía una y otra vez. Sabía que muchos hombres que habían llegado solos a España habían acabado emborrachándose a diario y perdiendo su trabajo o, lo que era

peor, en las garras de otras mujeres. Y eso la madre de Helen no estaba dispuesta a consentirlo.

Recordaba con claridad la tarde de marzo en que llegaron a Barajas. Seis personas, seis maletas. Nada más. Un primo lejano de su padre les estaba esperando en la terminal del aeropuerto de la capital. Suspiraron aliviados al ver a alguien con la piel tan oscura como la suya. Años más tarde, la gran oleada de la inmigración hizo que la presencia de sudamericanos fuera habitual en los pasillos de los aeropuertos, pero entonces, hacía casi veinticinco años, todavía eran muy pocos. Todo el mundo miraba sus desastrosas maletas, su ropa, poco apropiada para la fría primavera española, y las largas trenzas que recogían el negro, largo y espeso pelo de las tres hermanas.

Tuvieron que adaptarse a toda prisa. En menos de una semana sus padres habían encontrado trabajo y ellos acudían al colegio del barrio. Pero Madrid no les gustaba, les pareció demasiado grande y peligroso, así que decidieron mudarse una vez más. La mujer de su primo les dio el teléfono de un familiar que llevaba varios años viviendo en Pamplona. No les pareció un mal lugar para labrarse un futuro, así que, esta vez en tren, con las mismas seis maletas y un par de bolsas con ropa recién estrenada, volvieron a empezar una nueva vida por segunda vez en pocas semanas.

En Pamplona las cosas fueron rodadas desde el principio. Sus padres encontraron trabajo con bastante rapidez, él como cristalero y su madre atendiendo a una anciana. Alquilaron un piso en el barrio de la Chantrea y los cuatro hermanos comenzaron una vez más a recibir clases en un colegio de la zona. El primer día entraron los cuatro cogidos de la mano y con la severa mirada de su madre taladrándoles la nuca. Les había hecho una advertencia clarísima que no admitía réplica alguna. «En la escuela, ni una tontería. Estamos aquí para mejorar nuestras vidas », les dijo. «Vuestra obligación es estudiar y dar el máximo cada día». Y así lo habían hecho desde entonces, siempre rindiendo al cien por cien, porque era lo que su madre esperaba de ellos. Nunca repitieron curso y todos cursaron estudios superiores. Su hermano mayor era ingeniero industrial, ella estudió Psicología y sus hermanas pequeñas, Periodismo y Magisterio. Solicitó el ingreso en la Policía Nacional durante el último curso de la carrera. Su condición física estuvo a punto de jugarle una mala pasada a la hora de superar las pruebas, pero el

tesón, el esfuerzo y la ayuda de varias compañeras sirvieron para que finalmente consiguiera su placa.

Llamaría a su madre en cuanto llegara a casa, seguro. Era lo mínimo que le debía después de todos sus desvelos; una llamada de vez en cuando para charlar de naderías y mantener firmemente anudados los lazos que las unían.

10

Reuben Laughton era un joven atractivo y lo sabía. Gustaba a las mujeres y las mujeres le gustaban a él; era la combinación perfecta. La mañana del 20 de junio había quedado en encontrarse a las afueras de Roncesvalles con una camarera que conoció la noche anterior en un bar del pueblo. Mientras esperaba en el lugar acordado repasó su atuendo una vez más para asegurarse de que no había nada fuera de su sitio. Llevaba unos pantalones Dockers claros, una camiseta negra que se ceñía en los brazos, marcando unos bíceps bien trabajados, y unas zapatillas Converse también negras. No eran las más adecuadas para caminar, pero esa mañana no tenía previsto ir muy lejos. Después, podría cambiarse de calzado y alcanzar a sus amigos.

El flequillo rubio casi le tapaba los ojos, pero pudo ver llegar a Eburne, la joven camarera del bar Aztakarri. La noche anterior, cuando acudió a cenar a uno de los locales de Roncesvalles, se dio cuenta de que la chica no le quitaba los ojos de encima, iniciando un juego de intercambio de miradas al que ya estaba acostumbrado. Acompañó sus guiños con pícaras sonrisas que ella le devolvía sin rubor. Poco después, con la excusa de pedir otra cerveza,

Reuben se acercó a la barra y la saludó en inglés. Ella le contestó en el mismo idioma y comenzaron una breve charla, interrumpida por los parroquianos que pedían sus consumiciones o la cuenta. Se tomó la cerveza acodado en la pulida superficie del mostrador en lugar de volver a la mesa con sus amigos, que asistían a los avances del joven resignados y divertidos. «Reuben es así», pensaban. «Él ve a las mujeres como triunfos, y adora ganar». La charla se prolongó hasta que los dos amigos avisaron a Reuben de que el albergue cerraba las puertas a las diez y no tenían otro sitio en el que dormir.

-¿No puedo dormir contigo? -Reuben utilizó todo su atractivo al formular la pregunta, que salió de su boca como un susurro ronco y sugerente.

-No, no puedes. Pero podemos vernos mañana temprano, antes de que te marches. -Animada por la amplia sonrisa del joven, Edurne continuó:- Espérame a la salida de Roncesvalles, en la carretera de Burguete. A unos cien metros verás la Cruz del Peregrino. Entra por ahí en el bosque y espérame en un árbol enorme que verás a la derecha, inclinado sobre el barranco y el río. Llegaré sobre las siete, ¿estarás despierto?

-Seguro que sí. Estoy deseando que amanezca.

Para enfatizar sus palabras, Reuben la miró fijamente a los ojos y rozó su mano, subiendo suavemente por su brazo desnudo hasta acariciarle la parte interna del codo. Ella sintió un ligero estremecimiento y pensó que ese inglés parecía especial. Deseó intensamente que la noche pasara muy deprisa.

Mientras Edurne caminaba a paso rápido en el brumoso amanecer, Reuben comenzaba ya a acariciarla en su imaginación. Por eso, cuando la joven estuvo a su altura no se detuvo a saludarla, sino que la asió por la cintura y la atrajo hacia sus labios. Ella sonrió ante la ansiedad del joven y lo recibió con la boca entreabierta. Rodeó con su lengua la de él y le mordisqueó los carnosos y húmedos labios. Las manos de Reuben se perdieron bajo la ropa de Edurne, que se estremecía mientras unos dedos suaves recorrían su espalda, escribiendo con ellos promesas de placeres inminentes. Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo más hacia su cuerpo. Sus manos subieron hasta el cuello del joven y empujó su cabeza con suavidad para poder besarle más profundamente. Un momento después se

separó levemente y le miró a los ojos. Los dos sonreían. Le tomó de la mano y lo arrastró hacia el interior del bosque, a un lugar apartado de la vista. El trató de detenerla en dos ocasiones, tirando de un brazo para rodearla con el otro y besarla en la cara y en el cuello. Ella le pidió calma y siguió adelante unos metros más, hasta llegar a un pequeño claro, de no más de dos metros de diámetro, cerrado en uno de los lados por un enorme tronco inclinado. La corteza del árbol era lisa y suave, desgastada por los años y por las navajas con las que habían grabado los nombres de decenas de enamorados a lo largo de los años. Edurne soltó la mano de Reuben y se recostó sobre el tronco. Él contempló despacio el rostro de su compañera mientras acariciaba sus mejillas con la yema de los dedos. El pelo castaño enmarcaba una bonita cara morena punteada de caprichosas pecas. Los ojos verdes, rodeados de espesas pestañas, brillaban empañados por el deseo. Una vez más, ella le atrajo hacia sí, ofreciéndole su boca abierta y adelantando las caderas hasta encontrar las suyas. Reuben se libró de la camiseta en un solo movimiento, descubriendo un pecho fuerte, con los músculos del abdomen claramente perfilados. Edurne le acarició el estómago, deslizándose despacio hacia la cintura. Soltó el botón de los pantalones y se coló por debajo de sus calzoncillos. Él ya estaba listo. Su pene pugnaba por liberarse del estrecho espacio en el que se encontraba confinado. Con un rápido gesto, casi imperceptible para Edurne, Reuben rasgó el envoltorio del preservativo que guardaba en el bolsillo del pantalón, y se cubrió con destreza de fino látex antes de besar de nuevo a la joven. Sacudiendo las piernas, Reuben consiguió que los pantalones se deslizaran por sus muslos hasta quedar arrugados alrededor de los pies. Puso las manos en la cintura de Edurne y, mientras la acariciaba subiendo por los costados, le quitó la camiseta por la cabeza. Sin separarse más de un par de centímetros, el joven deslizó los labios por su cuello, sus hombros y sus pequeños pechos, que palpitaban al acelerado ritmo de su corazón. Siguió besándola mientras se agachaba, lamiéndole el estómago y el ombligo, para formar después un surco de saliva con la lengua hacia el pubis. La ropa desaparecía al mismo ritmo que aumentaban los jadeos de ambos. Las bragas, el último obstáculo, cayeron con la misma facilidad que el resto de las prendas. Rendida y excitada, Edurne susurró unas palabras incomprensibles para Reuben, que respondió con un largo e intenso beso. Ella aprovechó la proximidad para atraerle de nuevo. Con la espalda firmemente apoyada en el tronco del árbol y el cuerpo de su compañero sosteniéndola con pasión, colocó las piernas alrededor de su cintura. Reuben solo tuvo que efectuar un

ligero gesto hacia delante para penetrar profundamente a la joven, que soltó un pequeño grito de placer. Edurne se agarró a su cuello y acompasó el movimiento de sus caderas a las embestidas de Reuben, que cada poco tiempo se inclinaba sobre ella para besarle los pechos, el cuello, la cara y los labios. Sus lenguas se fundieron en la boca y las caricias se volvieron cada vez más urgentes. Cuando ya no podía más, Edurne apoyó las manos en las caderas de Reuben y lo introdujo aún más en su interior. El orgasmo la alcanzó como una ola furiosa abatiéndose sobre su cuerpo y cubriéndola de espuma salada de los pies a la cabeza. Cerró los ojos, concentrándose en todas y cada una de las sensaciones que recorrían su cuerpo, rindiéndose al éxtasis con la cabeza inclinada hacia atrás y sonriendo al cielo. Reuben sonrió también al ver a su compañera alcanzar el orgasmo y se centró en su propio placer. Empujó con más rapidez, hasta que se sintió al borde de la locura. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Edurne y se dejó llevar, moviéndose deprisa, penetrándola con fuerza hasta que no pudo aguantar más y eyaculó en su interior con un largo suspiro entrecortado. Edurne le acarició el pelo mientras le daba cortos besos en la cabeza. Cuando terminó, Reuben levantó la cara y la besó largamente en la boca. Después, intentando no salir de su cálido interior, la besó en los ojos, la nariz y la barbilla, dándole un pequeño mordisco que Edurne recibió con una sonrisa. Sus piernas comenzaban a aflojarse, víctimas del esfuerzo por mantener el cuerpo de Reuben pegado al suyo, y pidió ayuda para desasirse de su cintura. Él abandonó el refugio en el que tan feliz había sido hacía solo unos segundos y la cogió por los costados para, de un solo movimiento, apoyarla contra el árbol de nuevo, esta vez con los pies en el suelo.

-He traído algo para que podamos limpiarnos. -La voz de Edurne fue poco más que un susurro. Se resistía a renunciar a la intimidad que los rodeaba, como si las palabras tuvieran el poder de acabar con la magia.

-Qué bien, a mí no se me había ocurrido. Dejé la mochila en la recepción del albergue y vine rápidamente. Me moría de ganas de verte, aunque tengo que reconocer que temía que no vinieras. Esta noche solo he pensado en ti.

-Acompañó sus palabras con una nueva caricia, recorriendo la mejilla con la punta de los dedos y apartando de su cara un mechón de cabello rebelde, que colocó con cuidado detrás de la oreja.

-No me lo hubiera perdido por nada. Me gustaste desde que te vi en el bar. No eres el típico inglés, engreído, pálido y debilucho.

-¿Ves muchos de esos por aquí?

-¡Uf!

Los dos estallaron en carcajadas; rieron hasta que ella le tapó la boca y le recordó con un movimiento de cabeza que no estaban lejos del Camino. Edurne abrió su bolso y sacó dos paquetes de pañuelos de papel. Entregó uno a Reuben y extrajo unos cuantos para limpiarse ella misma. Sin embargo, cambió de opinión y, sin dejar de sonreír, se dedicó a limpiar el pubis y los genitales de Reuben, encantado con tan inesperada atención. Le quitó con cuidado el preservativo, que anudó por el extremo y lo envolvió en los arrugados pañuelos. Después, él hizo lo mismo con ella, pasando despacio un pañuelo por sus piernas y pubis. Se vistieron sin decir palabra y consultaron el reloj. Edurne entraba a trabajar a las nueve y media de la mañana, lo que les dejaba algo más de una hora para estar juntos. Él se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el acogedor árbol, e hizo un hueco con las piernas para que ella se sentara en el centro. Edurne recostó la espalda sobre el pecho de Reuben y él la rodeó con los brazos. Así sentada, con las piernas recogidas y los fuertes brazos de su compañero alrededor, Edurne pensó que la felicidad tenía que ser algo parecido a lo que sentía en esos momentos.

Charlaron de cuestiones sin trascendencia, de sus estudios, del trabajo de verano que Edurne había aceptado para poder pagarse un viaje a Estados Unidos en septiembre, de la reciente fiesta de licenciatura de Reuben, que acababa de convertirse en un flamante ingeniero... Los minutos transcurrieron deprisa; tanto que, cuando Edurne se dio cuenta, apenas le quedaba tiempo para despedirse. Perdidos el uno en los ojos del otro, buscando un recuerdo que les durase para siempre, los jóvenes se dijeron adiós sin dramatismo, con una sonrisa, deseándose suerte mutuamente y, para Reuben, un buen Camino.

Cuando Edurne se perdió de vista en el interior del bar, Reuben corrió hasta el albergue Itzandegia. Tuvo que llamar varias veces a la puerta hasta conseguir que alguien le abriera.

-El albergue está cerrado hasta las dos de la tarde. -El hombre que le

abrió la puerta parecía molesto por la intromisión del joven.

-Lo sé, solo tengo que recoger mi mochila, la dejé aquí esta mañana y ahora tengo que seguir.

-¿Ha pasado aquí la noche?

-Eso es.

-¿Y todavía no ha salido? ¿Se encuentra mal?

-No, es que tenía cosas que hacer. Me marchó ya. ¿Puedo recoger mi mochila? La dejé en la entrada.

El hombre se hizo a un lado para permitir el acceso a Reuben, que llegó a la recepción en dos zancadas, recogió su equipaje y volvió a salir rápidamente. Una vez fuera, se detuvo junto a un banco de piedra. Contempló la fachada del restaurante, pero no había ni rastro de Edurne, que sin duda estaría ya sirviendo los desayunos a los parroquianos habituales. Se colocó la gorra, ajustándose la visera sobre los ojos, se puso las botas, colgó la mochila de sus hombros y comenzó a caminar con paso decidido. Recorrió una vez más los primeros metros del Camino y volvió a ver la Cruz del Peregrino. Sonrió al recordar a Edurne y no pudo evitar sentir un estremecimiento de placer al pensar en la joven. Sería tan fácil quedarse un día más... Pero quizá ella no quisiera verlo de nuevo, una aventura es solo eso, un momento de locura que sirve para tomar impulso y retomar con más fuerza la vida cotidiana. Siguió adelante con decisión y rapidez. Sus amigos le esperarían en algún punto del recorrido, no sabía exactamente dónde, pero siempre podía llamarles por teléfono. Decidió no hacerlo de momento y esperar hasta que hiciera un alto en el camino para descansar. Tomó la siguiente curva y vio que en la carretera, a tan solo unos metros de la senda peatonal, había un coche detenido con el capó levantado. Un triángulo naranja sobre el asfalto alertaba de la presencia de un vehículo averiado, pero no pasaba absolutamente nadie en esos momentos. Aunque la mecánica no era su fuerte, decidió acercarse por si podía ser de alguna ayuda. Es posible que necesitara el móvil para llamar a la grúa o a alguien que lo recogiese. Cuando llegó a la altura del coche, sonrió al reconocer al conductor.

-Hola, veo que ha tenido una avería. -Habló en inglés, seguro de que le entendería.

-El motor se niega a arrancar y hace un buen rato que no pasa nadie.

-Le vi salir de Roncesvalles cuando me estaba cambiando el calzado, no lleva tanto rato circulando como para que se trate de un calentón del motor.

-¿Quieres echarle un vistazo? A lo mejor ves algo que a mí se me escapa.

El hombre le franqueó el paso para dejar que Reuben se acercara. Cuando el joven metió la cabeza bajo el capó, se echó a un lado, simulando observar algo. Se agachó despacio, procurando que sus movimientos no llamasen la atención, y alargó la mano para coger una enorme barra que había permanecido escondida detrás de una de las ruedas. Reuben volvió la cabeza para hablar, pero solo tuvo tiempo de vislumbrar un rostro furioso y unos ojos que le miraban casi fuera de sus órbitas. Había comenzado a levantarse cuando un fuerte golpe en la sien izquierda se lo impidió. Las piernas perdieron su fuerza y se doblaron inertes. Reuben intentó levantarse y huir, pero un nuevo golpe en lo alto de la cabeza acabó con todas sus esperanzas de sobrevivir. El cuerpo del joven se deslizó despacio por la parte delantera del coche. El asaltante lo empujó deprisa hasta el suelo, temeroso de ser descubierto por algún conductor o un peregrino rezagado. El cadáver sangraba profusamente. El líquido vital se extendía lentamente por el suelo, dibujando un sinuoso recorrido a través de los guijarros del asfalto, que poco a poco quedaban cubiertos por la sangre espesa. Abrió apresuradamente la puerta del copiloto y cogió una manta del asiento. Se agachó de nuevo junto al cuerpo y lo envolvió con la manta, moviéndolo con brusquedad y rapidez. Estaba comenzando a sudar y las piernas le temblaban por el esfuerzo. De su garganta escapaban unos ahogados gruñidos guturales cada vez que levantaba el cadáver para cubrirlo con la tela.

El sonido de un coche acercándose lo alertó inesperadamente. Empujó el cuerpo de Reuben hasta el arcén, teniendo buen cuidado de que la manta lo cubriera por completo. Después, tuvo el tiempo justo de ocultarse, agachado junto a una de las ruedas en la misma posición que adoptaría alguien ocupado

en arreglar un pinchazo. ¿Qué haría si el conductor decidía detenerse? De un vistazo comprobó que la barra se encontraba a un metro escaso de distancia. Solo tardaría un segundo en cogerla y... cuando el vehículo llegó a su altura no aminoró la marcha. Una vez más, el asesino constató que el tiempo de los buenos samaritanos había terminado, aunque en esta ocasión la indiferencia del conductor actuara en su propio beneficio. El vehículo siguió su marcha y él respiró aliviado, apoyándose en el coche para levantarse. No podía perder ni un segundo más. Sacó del maletero una pequeña carretilla de dos ruedas y cargó en ella a Reuben, sentándolo sobre la plataforma inferior y apoyando su espalda contra las barras verticales. Las largas piernas del joven quedaron extendidas sobre la carretera, igual que sus manos, que escaparon del cobertor para acariciar descuidadamente la fría superficie del asfalto. Escudriñó a un lado y a otro de la estrecha calzada, atento a cualquier sonido, pero el silencio volvía a ser casi completo, solo roto por el pío de los pájaros y las hojas moviéndose con el viento. Cerró el capó del coche, guardó el triángulo de emergencia y cruzó raudo la estrecha carretera sin arcén, tirando trabajosamente de la carretilla. Miró a ambos lados para comprobar que seguía estando solo. La carretera era una recta de más de un kilómetro en aquel punto, lo que le permitiría anticiparse a cualquier eventualidad y le daría cierta ventaja en caso de que se acercara algún coche. El tiempo comenzaba a apremiar. Se detuvo junto a la Cruz del Peregrino, un tótem de piedra de mediano tamaño desde el que los ojos grises de las figuras esculpidas siglos atrás observaban con atención lo que sucedía a su alrededor. Volcó el fardo envuelto sobre el suelo, a los pies del grisáceo pedestal de piedra cubierto de musgo y polvo, y tiró con fuerza de la manta. El cuerpo de Reuben rodó sobre sí mismo hasta quedar boca arriba, con el rostro a solo unos palmos del asesino. El joven tenía los ojos cerrados y, mirándolo de frente, parecía dormido. Sin embargo, el área izquierda y superior de la cabeza estaba completamente destrozada. No había paz en esa muerte. La manta había absorbido buena parte de la sangre, que ya había dejado de manar por las heridas. Agarró a Reuben de las axilas y lo arrastró, avanzando de espaldas, hasta colocado en la base de la Cruz del Peregrino. Le costó un tremendo esfuerzo alzar el peso muerto hasta el tercer escalón, donde lo depositó en posición sedente, apoyado en la dura piedra. Le despojó de las botas y los calcetines rápidamente. Solo quedaba una cosa por hacer. Sacó del bolsillo de sus pantalones una concha blanca de Santiago y la colocó en el regazo de Reuben. Su cabeza inclinada parecía mirar el inesperado regalo,

aunque sus ojos eran ya incapaces de contemplar la belleza que lo rodeaba. Un fino reguero rojo bajaba, osado y caprichoso, a través de su frente, sin encontrar a su paso el obstáculo de los surcos de la edad. Aprovechando la inclinación de la cabeza, el hilo de sangre trazaba delicadamente la curva de la ceja, se deslizaba hasta el puente de la nariz y bajaba por el cañón formado por los pómulos hasta colarse, como un beso robado, en el interior de su boca entreabierta. El asesino se arrodilló ante el cadáver en una rápida genuflexión y se alejó corriendo, con la carretilla de nuevo plegada entre las manos. Poco después, el sonido de un motor rompió la calma de la mañana.

El 20 de junio amaneció como una mañana más, anodina, tranquila y sosegada, como casi todas en la ciudad. Al día siguiente comenzaría oficialmente el verano, aunque en Pamplona la temperatura era alta desde hacía ya tres días. Los peatones, poco acostumbrados al calor, caminaban buscando la frescura de la sombra, inmerso cada uno en sus pensamientos o en las melodías que llenaban su cabeza a través de los auriculares, más o menos discretos, que llevaban insertados en los oídos. La meteorología se había convertido en el tema central de todas las conversaciones. En los mercados, en los bares, en las fábricas, talleres y oficinas, dar cuenta de la temperatura presente y pasada era una costumbre arraigada después del preceptivo saludo. Los coches circulaban despacio por las amplias avenidas, deteniéndose cada pocos metros en los semáforos, las rotondas y los pasos de peatones que ralentizaban su camino. Sin embargo, ese día apenas se escuchaban los impetuosos bocinazos que atronaban a diario. Los conductores, cansados y acalorados, se limitaban a esperar su turno y a suspirar por las cercanas vacaciones. También los colegios estaban a punto de cerrar sus puertas hasta septiembre. En pocos días, las mañanas dejarían de

estar acompañadas por el griterío infantil camino de la escuela.

El inspector Vázquez se levantó temprano y se dirigió dando un paseo hasta la comisaría. La mañana era fresca y agradable, pero David sabía que en pocas horas el calor sería de nuevo insoportable. Los veranos de Pamplona eran breves e impredecibles. Incluso en pleno mes de julio, una semana de calor intenso podía dejar paso a temperaturas de menos de quince grados y a lluvias constantes.

La Jefatura de Policía, quizá contagiada por el sopor de la ciudad, estaba inusualmente silenciosa cuando llegó. El regular y rápido tecleo de las administrativas sobre sus ordenadores acompañaba al tímido siseo del aire acondicionado, que repartía generosamente por todo el edificio sus frescas bocanadas de brisa vivificante. En poco más de dos semanas estallaría la fiesta y entonces no habría ni un solo minuto de calma, pero hasta ese momento, Pamplona seguía siendo una aburrida capital de provincias.

Su equipo no había llegado todavía. La reunión de esa mañana estaba fijada para las nueve, así que tenía casi una hora por delante para disfrutar de un café y de los periódicos locales. Los titulares de portada ya no mencionaban al peregrino asesinado, aunque en páginas interiores encontró breves referencias a la ausencia de indicios y a la cuestionable actuación policial, cuyos responsables se limitaban a asegurar que se estaban investigando varias pistas. Un artículo de opinión preguntaba abiertamente si la policía estaba capacitada para afrontar el caso, o si la terrible crisis económica que azotaba al país había afectado también a los medios con los que contaban los investigadores. David no pudo por menos que sonreír ante la falta de información que demostraba el firmante del artículo. Antes de la crisis, cuando la economía parecía ir sobre ruedas, la policía también sufría la carencia de recursos.

A las nueve menos cuarto todo su equipo estaba ya en el edificio. Apuraron juntos otro café y se dirigieron a la sala de reuniones. David tomó asiento en su lugar habitual, en la cabecera de la mesa, con Ismael y Mario a un lado, y Helen y Teresa al otro.

Mario fue el primero en hablar:

-Las autoridades polacas repatriaron ayer por la tarde el cadáver de Walenty Poznan. En el mismo avión viajaba Karolina Lis. Tenemos su dirección y teléfono en caso de que sea necesario contactar con ella. No hemos establecido ningún tipo de vigilancia, no es sospechosa y dudo que tenga intención de abandonar su país en una buena temporada después de esta experiencia.

Todos asintieron en silencio, conscientes de que no tenían nada más que aportar en este caso. Ni los informes periciales, ni los interrogatorios con decenas de peregrinos, incluidos los holandeses, habían arrojado ninguna luz sobre el asesinato de Poznan.

Resignados, sabían que en breve la investigación quedaría aparcada a la espera de nuevos indicios, mientras que los agentes serían reasignados a otros casos, manteniendo a solo una o dos personas encargadas de continuar con las pesquisas. La Guardia Civil continuaba con su discreta vigilancia de las vías jacobeanas, pero pronto también ellos tendrían que dedicarse a otros asuntos más urgentes. En verano abundaban los trapicheos de droga en los pueblos que celebraban sus fiestas patronales. Los controles de la Benemérita conseguían reducir el tráfico de estupefacientes, aunque pocas veces lograban algo más que incautar las pequeñas cantidades de hachís, cocaína o éxtasis que los grupos de jóvenes compraban a los camellos locales.

Dedicaron el resto de la reunión a analizar el estado de otras investigaciones abiertas: dos robos en unos comercios de la misma calle, cometidos por un solo hombre que actuaba enmascarado, y un caso de violencia de género. En ese punto todos miraron de reojo a Helen Ruiz. Sabían que la agente era especialmente sensible a los casos de mujeres que sufrían agresiones. La sospecha de que ella pudo haber vivido algún episodio de ese tipo en carne propia estaba presente en la mente de todos, pero nunca lo había contado y nadie tenía la suficiente confianza para preguntarle al respecto. Lo que sí conocían de sobra era su actitud ante este tipo de situaciones. Su semblante, habitualmente amable y simpático, se endurecía de inmediato, se le afilaban los altos pómulos indígenas y se le marcaban dos profundas arrugas en una frente que, de normal, lucía completamente tersa. Como todos esperaban, la voz de Helen sonó rasposa, conteniendo la ira.

-Yo me ocupo de eso, si me lo permitís.

-Bien -concedió Vázquez-, que te acompañe algún agente. El detenido está abajo, bastante más calmado que anoche, pero todavía no se le ha tomado declaración. Cuéntame algo cuando hables con él.

-De acuerdo.

Helen se disponía a marcharse cuando la puerta de la sala se abrió para dejar pasar al comisario Tous, que entró en el despacho como una exhalación, empujando la madera hasta hacerla chocar contra la pared, provocando un golpe seco que sobresaltó a los presentes tanto como la inesperada presencia de su superior.

-Sentaos -dijo a modo de saludo. Una vez que todos hubieron ocupado de nuevo sus sitios y el propio Tous estuvo sentado, expuso sin rodeos lo que venía a decir-: Ha aparecido un nuevo cuerpo en los alrededores de la Colegiata de Roncesvalles. Una pareja que hacía turismo lo descubrió hace media hora junto a la Cruz del Peregrino, a unos cien metros del pueblo. El hombre que encontró el cadáver ha sufrido un infarto y lo están trasladando al hospital en una ambulancia. La mujer va con él; llegarán en unos minutos.

David se revolvió inquieto en su asiento. Esto era lo último que esperaba.

-¿Qué datos tenemos?

-Poca cosa hasta el momento. Nos ha llamado el sargento López, de la Guardia Civil; creo que lo conocen. Solo nos ha dicho que se trata de un hombre joven, que lleva menos de dos horas muerto y que le han golpeado salvajemente en la cabeza con un objeto contundente que no se ha encontrado.

-Como en el caso de Poznan...

-Las similitudes son preocupantes. El juez está de camino, el equipo de la Científica ya está avisado y espero que vosotros estéis en marcha en menos de cinco minutos.

Con esta última frase, Tous se levantó y salió de la sala con la misma

celeridad con que había llegado. Sin duda tendría que ofrecer un sinfín de explicaciones a políticos y periodistas, un trabajo con el que el comisario no estaba demasiado familiarizado. Vázquez y el resto del grupo abandonaron sus sillas al unísono, provocando un molesto chirrido de hierro al arrastrarse, y salieron detrás del comisario, en dirección al garaje del edificio. Mario Torres conducía el primero de los coches. Miró brevemente a su jefe y, tras un pequeño gesto de asentimiento por su parte, bajó la ventanilla y colocó la sirena sobre el techo del vehículo, rompiendo la calma de la ciudad con su estridente sonido. El agudo ulular les acompañó hasta que dejaron atrás todos los edificios de Pamplona y se adentraron en la sinuosa carretera que conducía a Roncesvalles. Nadie hablaba en el interior del coche, cada uno viajaba concentrado en sus propios pensamientos, aunque todos sospechaban que, si no se daban prisa en detener al asesino, esta no sería la última vez que realizaran ese camino.

No había duda del lugar en el que se encontraba el cadáver. Varias patrullas de la Guardia Civil cortaban la carretera de acceso al pueblo, mientras agentes uniformados recorrían a pie las inmediaciones en busca de cualquier indicio que sirviera para esclarecer lo ocurrido. El inspector Vázquez bajó del coche y se identificó ante el guardia civil que se plantó frente a él con cara de pocos amigos. Inmediatamente llamó por radio a su superior y en pocos segundos apareció ante ellos la verde silueta del sargento López, mucho más serio y preocupado que la última vez que se vieron.

-Inspector Vázquez, lamento que haya tenido que volver.

-Yo también lo siento, sargento. ¿Qué tienen?

-Mis hombres han encontrado una mochila abandonada junto a la carretera, a menos de veinte metros de aquí. También han hallado una gorra completamente ensangrentada. Suponemos que ambas cosas pertenecen a la víctima. Es un hombre joven, de menos de treinta años. Le han destrozado la cabeza. A pesar de lo que parece a simple vista, no le han matado bajo la escultura, sino que le han dejado allí, muerto o moribundo. Le golpearon

donde está la mochila, en el arcén, entre la senda peatonal y la carretera.

-¿Podemos pasar?

-Por supuesto. La zona está acordonada hasta que lleguen los de la Científica. Mientras hablaban se acercaron a la discreta cruz de piedra que se alzaba junto a la calzada. La Cruz del Peregrino daba la bienvenida a los caminantes desde el siglo XIV y bendecía su espíritu cuando iniciaban una nueva etapa. Las imágenes del rey Sancho VIII y su esposa, la reina Clemencia, parecían contemplar con asombro desde su pedestal la cruenta escena que se desarrollaba a sus pies. Los brazos grises y mohosos se extendían a ambos lados del pilar, y en la rústica y reverdecida escalinata, desgastada por el paso de los años, un cuerpo inerte semejaba descansar tras una fatigosa jornada.

David y su equipo se colocaron calzas de plástico y guantes de látex antes de traspasar la cinta que delimitaba el perímetro de seguridad establecido. El cadáver reposaba con la espalda apoyada sobre la base de la cruz. Lo habían colocado sentado, con las piernas extendidas y los brazos descansando sobre el regazo. La cabeza se inclinaba sobre el pecho en una curvatura forzada, extendiendo al máximo los músculos del cuello, ahora sin fuerza, y permitiéndoles contemplar de frente la enorme herida que horadaba su cráneo. En las manos abiertas y pálidas, situadas con las palmas hacia arriba y los dedos extendidos como un mendigo suplicando una limosna, sostenía una concha blanca con una pequeña cruz jacobea grabada, exactamente igual que la hallada en los baños del albergue Itzandegia sobre el cadáver de Walenty Poznan. No había ni una gota de sangre sobre la vieira, ni rastro de polvo o suciedad. La concha aparecía inmaculada sobre el destrozado cadáver, como una grotesca broma, un decorado de mal gusto o una ofrenda inoportuna. Descubrieron un claro rastro de sangre que conducía directamente a la carretera y observaron que, por el contrario, apenas había unas gotas alrededor del cuerpo. El cadáver tenía las manos sucias de tierra y polvo, igual que la parte de los pantalones que podían ver sin moverlo. David se aproximó al pedestal todo lo que le permitió la prudencia. Observó con detenimiento los pies descalzos de la víctima, completamente limpios, sin rasguños ni heridas, tan pálidos y blandos como las manos. David estaba convencido de que el joven no había dado ni un solo paso descalzo.

Mario y Helen cruzaron la estrecha carretera para inspeccionar el lugar donde todo parecía indicar que se cometió el asesinato, a juzgar por la cantidad de sangre derramada en el angosto arcén. Los guijarros habían absorbido buena parte del flujo sanguíneo, impidiendo que el reguero rojo alcanzara los altos setos y matorrales que bordeaban el Camino de Santiago, que discurría paralelo a la carretera en dirección a Zubiri. Algunas hojas verdes caídas de los grandes árboles que circundaban la vía aparecían moteadas con gotas brillantes como rubíes. Un agente custodiaba con celo dos marcas oscuras grabadas en el asfalto por unos neumáticos, a la espera de que los técnicos del laboratorio las fotografiasen. El recorrido de las señales indicaba que el vehículo estuvo detenido en aquel punto y que aceleró bruscamente para salir de allí. Las huellas apuntaban a Roncesvalles, y en esa dirección se dirigirían también sus pasos. En ese momento les alcanzó Teresa, que asía con las dos manos una bolsa de pruebas en cuyo interior se distinguía perfectamente el contorno oscuro de una billetera.

-Hemos identificado al fallecido. Se trata de Reuben Laughton, de veinticinco años, con domicilio en Londres. La fotografía del pasaporte se corresponde con el cadáver. Al menos ya sabemos quién es.

-Sí, pero no cómo ha llegado hasta aquí, aunque sí por dónde. -Ismael señaló unas pequeñas rodadas de polvo blancuzco que, paralelas al reguero de sangre, llegaban hasta la base de piedra de la cruz procedentes de la carretera-. Los carritos que se utilizan en los aeropuertos dejarían un rastro similar, son ruedas pequeñas, de reducido diámetro, pero la estructura metálica carga fácilmente con un gran peso.

-Es posible que hayan utilizado algo similar para transportarlo desde donde lo mataron hasta la cruz. Sería más rápido y cómodo, incluso aunque parte del cuerpo sobresaliera del almacén.

-El polvo de las manos y de la parte trasera del pantalón apuntan a esa posibilidad. Si lo llevaron sentado en posición erguida, las piernas arrastrarían bastante, pero aun así habrá sido más fácil de transportar que tirando de los brazos o las piernas. Quien sea que haya hecho esto, se ha tomado muchas molestias para preparar el escenario.

David rodeó dos veces la Cruz del Peregrino, a cuyos pies el cuerpo

inerte del joven inglés ofrecía una desoladora y triste imagen. Estaba solo en la muerte, abandonado en un país que no era el suyo, alejado de familiares y amigos que lloraran por él. Su nariz se llenó del olor acre procedente del cercano río, que serpenteaba entre rocas y troncos como la sinuosa y cantarina cinta de una gimnasta. Contempló la figura yacente de Reuben, su pelo enmarañado, mezclado con sangre y astillas de su propio cráneo. Estudió la posición del joven, la languidez de sus extremidades, la falsa paz que transmitía el conjunto. Extendió la mano hasta la concha de Santiago, aunque no llegó a tocarla. No sintió nada con su proximidad. A pesar de tratarse de la ofrenda de un asesino, las blancas estrías de la vieira y la cruz grana no le transmitieron sensación alguna. Era solo eso, un trozo de plástico vacío, sin vida. Toda su carga significativa estaba en la mente de una sola persona, la que había robado la vida de Reuben y, posiblemente, también de Walenty. Su misión era descifrar ese mensaje, unas palabras que de momento no eran más que ruido en el espacio. Estaba convencido de hallarse ante una especie de representación teatral, solo que en esta ocasión no tenía ni idea de la obra que se estaba representando, ni de quién era el autor del guión. Volvió la cabeza hasta localizar a su equipo. Teresa e Ismael esperaban en silencio, respetando la necesidad de su jefe de analizar los hechos en solitario.

-El asesino quiere enviar un mensaje. La concha, la cruz... Se arriesgó mucho al cruzar la carretera arrastrando un cadáver. Cualquiera podría haberlo descubierto. Estamos en una recta despejada, es fácil ver este punto de la calzada desde casi cien metros de distancia en dirección a Roncesvalles. Además, le ha quitado el calzado. Tiene los pies limpios, así que no caminó descalzo, sino que le despojó de las botas y los calcetines después de matarlo. Casi me atrevo a decir que lo descalzó una vez lo colocó bajo la cruz. Eso le tuvo que llevar más de un minuto.

-Puede que no le importe ser descubierto -aventuró Teresa.

-Eso es bueno para nosotros, pero muy malo para el resto del mundo. Significa que es un temerario, que no le importa matar a la luz del día, en medio de uno de los caminos más transitados del país.

-O puede que conozca a la perfección las costumbres y los horarios de la mayoría de los peregrinos, de los bares y las tiendas, los albergues y los lugares turísticos. Ya sabes, la avalancha de caminantes se produce a primera

hora entre las seis y las ocho, y el resto de la mañana el pueblo es casi como un páramo desierto, al menos hasta que llegan los turistas, no antes de las once o las doce.

David señaló a su alrededor. A pesar del despliegue policial y de la natural curiosidad del ser humano, apenas una decena de personas observaban la escena a unos cincuenta metros de distancia, detrás del cordón de seguridad marcado por la Guardia Civil.

-Es una buena observación... ¿Han encontrado las botas?

-No nos han dicho nada al respecto. Creo que solo tienen la mochila. Llamaré a Helen para que pregunte.

Teresa se separó unos metros del grupo para telefonar a su compañera. Justo cuando regresaba junto al inspector, un par de minutos después, llegaba el equipo de la Policía Científica. En un instante, los seis agentes cubrieron su ropa con buzos blancos de polipropileno, incluida la cabeza; se colocaron mascarillas sobre la nariz y la boca, calzas en los pies y unos ceñidos guantes de látex azul en las manos. Se dirigieron en silencio al lugar en el que Reuben Laughton parecía esperarles y, sin mediar palabra, cada uno supo exactamente lo que tenía que hacer. Mientras dos técnicos se concentraban en el cadáver, otro comenzó a rastrear la base de la cruz, uno más realizó el camino inverso hasta el lugar de la muerte y el último se centró en las pertenencias de la víctima. David se disponía a saludar al jefe de la brigada, ocupado en extender una mesa plegable sobre la que colocarían los papeles, cajas y maletines que necesitaban para su trabajo, cuando un desgarrador grito hizo que se detuviera en seco. Al otro lado del cordón policial dos agentes impedían el paso a una joven que se doblaba sobre sí misma, llorando y gritando mientras pugnaba por desasirse. David rectificó su trayectoria y se dirigió hacia la joven. Al llegar a su altura volvió la cabeza y comprobó que desde aquel punto se distinguía perfectamente el cuerpo del joven Laughton.

-Señorita, cálmese, por favor. ¿Conocía a esta persona? -Colocó sus manos en los hombros de la joven, intentando que el contacto firme y cálido sirviera para tranquilizarla.

-Es Reuben...

El llanto apenas la dejaba articular palabra. Su voz, desgarrada por el dolor, acudía entrecortada hasta sus labios, y su cuerpo se sacudía con violentos temblores cada vez que un nuevo sollozo alcanzaba su garganta. David hizo un gesto a los guardias civiles para que la alejaran del lugar. Sin soltarle los brazos, la obligaron con firmeza a dar media vuelta y a caminar de nuevo en dirección al pueblo, impidiendo que volviera la cabeza para mirar el horror que dejaba atrás. A medio camino las piernas de la joven se negaron a sostenerla. Los agentes tuvieron que pararse y permitir que se sentara en uno de los bancos de piedra que bordeaban la carretera. Temblaba de tal manera que temieron que se desmayara en cualquier momento. La joven respiraba con dificultad, pero rechazó la oferta de David de avisar a los sanitarios para que le suministraran un calmante. El esfuerzo que estaba haciendo por controlarse era evidente, y el inspector supo que lo conseguiría pronto, así que permaneció sentado a su lado en silencio, con los dos agentes de pie tras ellos, hasta que su respiración se hizo más lenta y profunda y las lágrimas desaparecieron de sus ojos. Llevaba un paño de cocina asido a la trabilla del pantalón, un trozo de tela de algodón blanco oscurecido por el uso y desgastado por los frecuentes lavados. Desasíó el paño con mano trémula y lo utilizó para limpiarse la cara. Se frotó los ojos y las mejillas, que aparecieron enrojecidas tras la tela blanca. Se sonó ruidosamente la nariz antes de formar una bola con el trapo y esconderlo en el bolsillo de su chaqueta.

-Necesito hablar con usted. Si conocía al joven, es preciso que me cuente cuándo le vio por última vez, con quién viajaba y todos los detalles que me pueda facilitar. -David habló con voz pausada, buscando el contacto visual con la joven y manteniendo una proximidad física que le resultara reconfortante

-Podemos ir al Aztakarri, es el bar a la entrada del pueblo. Yo trabajo allí. Puedo pedirle a mi jefe que nos permita hablar en su despacho. Además, necesito un café; estoy un poco mareada.

La joven se levantó y rechazó la ayuda de los agentes, que les acompañaron hasta el bar y se apostaron a ambos lados de la puerta. David siguió a la joven al interior del establecimiento, sombrío y fresco. Una vez dentro, las lágrimas anegaron de nuevo sus ojos cuando intentó explicarle lo ocurrido al hombre que se encontraba detrás de la barra. Él abandonó

rápidamente su lugar de trabajo y abrazó a la chica, que lloró durante unos minutos más con la cara hundida en su hombro. El llanto les llegaba amortiguado por el amplio pecho del hombre, que procuraba calmar a la joven repitiendo la suave letanía que se dedica a un bebé. Le acarició el pelo y la acunó levemente, mientras el tono grave de su voz iba alcanzando su cerebro y ejerciendo su efecto sedante. Cuando se tranquilizó, se deshizo del abrazo, pasó sus manos por el pelo intentando poner un poco de orden en la revuelta melena y se volvió hacia el inspector, que contemplaba la escena junto a una de las mesas del bar. La joven le sonrió tímidamente y extendió un brazo en dirección al hombre que la miraba con preocupación.

-Este es mi jefe, Xabier Etxeberria. Es el dueño del bar y del hostel que hay encima. -El hombre, alto y de figura contundente, ofreció con presteza al policía su gran mano abierta, asiendo la de Vázquez sin dudarle y sacudiéndola en un breve saludo.

-Señor Etxeberria, soy el inspector Vázquez. Le agradecería que nos permitiera acceder a un lugar tranquilo en el que poder charlar con su empleada. Por cierto, su nombre es... -preguntó, volviéndose hacia la joven.

-Eduarne Azkona. Trabajo de camarera durante el verano, llevo tres años viniendo aquí de junio a septiembre. El resto del año vivo en Pamplona con mis padres y estudio Economía en la universidad.

El propietario del negocio les condujo hasta un pequeño despacho en la primera planta, una estancia de poco más de quince metros cuadrados pero que era, sin duda, uno de los lugares más acogedores que David recordaba haber visto. Las paredes y el suelo estaban forrados de madera oscura y brillante. Su nariz se llenó de un aroma a cera que lo trasladó hasta su propia casa, cuando era solo un niño. Dos veces al año, su madre se hincaba de rodillas y pulía primorosamente todos los suelos de la casa con cera de abeja que ella misma mezclaba con trementina y tintes naturales hasta conseguir el tono rojizo deseado. Después de pasar varias horas frotando la madera, su padre y él se divertían patinando sobre las relucientes superficies, deslizándose con los paños que su madre disponía en la entrada después de prohibirles pisar ni un solo centímetro de la casa con las sucias suelas de sus zapatos. A esa hora de la mañana la luz ya entraba con fuerza por la única ventana de la habitación, un gran ventanal abierto a un metro del suelo y

cubierto por un leve visillo blanco que apenas tamizaba los rayos del sol. Una claridad tan brillante resaltaría los defectos de cualquier lugar, pero en aquel despacho servía para dejar a la vista rincones decorados con un excelente gusto. El único punto discordante en el decorado era el moderno ordenador que descansaba sobre la mesa de madera. Sin embargo, el entorno era tan agradable que ni siquiera aquella pantalla plana estaba fuera de lugar. Xabier Etxeberria les señaló dos sobrios sofás orejeras colocados en un rincón de la estancia, uno a cada lado de una pequeña mesita sobre la que reposaban varias carpetas y cuadernos.

-Pueden sentarse ahí, yo les subiré enseguida unos cafés y un poco de agua. Quizá le gustaría comer algo...

-No, gracias, muy amable. Un café estará bien.

Xabier Etxeberria salió del despacho sin decir una palabra más. El inspector Vázquez fijó su atención en la joven, que se limpiaba los ojos y la nariz con el paño blanco de cocina. Tenía la cara enrojecida y los ojos cubiertos por una fina capa acuosa. Se tocaba nerviosamente el pelo y parecía esperar a que la invitaran a hablar. David rebuscó entre sus propios bolsillos hasta encontrar un pañuelo que puso en la mano de Edurne. La joven le ofreció un amago de sonrisa y escondió el paño en la chaqueta, utilizando el pañuelo de David para secarse los ojos una vez más.

-Si se encuentra mejor, me gustaría saber de qué conocía a Reuben Laughton y cuándo fue la última vez que le vio.

-Conocí a Reuben anoche. Yo estaba trabajando en el bar y él vino con sus amigos.

Se acercó a la barra, me saludó y estuvimos charlando hasta que tuvo que irse. El albergue cierra a las diez...

-¿Se fue solo?

-No, salió con sus amigos, pero quedamos en vernos esta mañana, a las siete. -El silencio de Vázquez y su mirada, clavada en ella, la animaron a seguir hablando-: Cuando llegué al bosque, él ya estaba esperándome.

Hicimos... Bueno..., hicimos el amor entre los árboles. -El azoramiento de la joven era evidente, pero David prefirió no intervenir y dejar que continuara con su historia-. Estuvimos juntos hasta las nueve y media. A esa hora yo vine corriendo al bar y él se fue. Dijo que tenía que recoger su mochila del albergue y alcanzar a sus amigos, que habían salido temprano. No he vuelto a verle... hasta ahora.

Edurne comenzó a llorar de nuevo. Se tapó la cara con las dos manos y sollozó con un sonido parecido al de un niño, con prolongados gemidos que ascendían desde su garganta y salían convertidos en un desgarrador lamento. El regreso del propietario del bar sirvió para relajar en parte el dramatismo del momento. El aroma del café inundó rápidamente la estancia. Xabier repartió las tazas sobre la mesita y sirvió el líquido oscuro y caliente. Dejó a un lado una jarra con leche y varios azucarillos, y preguntó si necesitaban algo más antes de salir con la misma discreción con la que había entrado. Edurne cogió una taza con manos temblorosas, provocando un cantarín entrechocar de la cucharilla contra la porcelana blanca. Dio un pequeño sorbo de café y dejó la taza sobre el platillo, que acompañó con su tintineo el sonido metálico que todavía flotaba en el aire. Suspiró profundamente, vaciando sus pulmones de aire, y se recostó en el cómodo sofá. Miró al inspector con los ojos brillantes, pero secos.

David le dedicó una cálida sonrisa y avanzó su cuerpo hacia ella, acortando la distancia que les separaba para intentar transmitirle confianza y tranquilidad.

-¿Sabes si Reuben viajaba solo?

-Vino al bar con dos amigos, dos jóvenes de su misma edad, pero no sé si el grupo era más numeroso y se habían quedado en el albergue o estaban dando un paseo. Cuando me fijé en él estaba sentado a una mesa con esas dos personas, y no vi que nadie más se uniera al grupo.

-¿En algún momento, ayer o esta mañana, mostró signos de estar preocupado, nervioso o asustado?

-No, no, en absoluto. Estaba tranquilo, de hecho la primera vez que lo vi parecía que se lo estaba pasando muy bien. Ayer, en el bar, mantuvimos

una conversación muy agradable. Era un chico divertido, muy ocurrente... Lo pasamos bien, muy bien, igual que esta mañana, y luego no tenía prisa por irse, estuvo conmigo hasta la hora de entrar a trabajar. No salió corriendo, me acompañó un tramo y luego nos despedimos. Nada más.

-¿Viste a alguien en el bosque mientras estuviste con él?

-No, a nadie. Cuando me dirigía hacia la Cruz del Peregrino vi a varios caminantes con las mochilas al hombro que ya enfilaban la ruta hacia el puerto de Mezkiritz. Pasaron también un grupo de ciclistas y un par de coches, pero dentro del bosque no vimos ni oímos nada extraño. Nos adentramos más de cien metros en el hayedo, no era fácil que nos vieran ni que nosotros pudiéramos ver a nadie. Es una zona llena de arbustos y todavía no han limpiado la maleza acumulada después del invierno. Hay zonas en las que los helechos son tan altos que parecen el telón de un teatro, tupidos a los lados y abiertos en medio lo justo para que pueda pasar una persona. Estoy segura de no haber visto a nadie. -Edurne ratificó sus palabras con un enérgico balanceo afirmativo de la cabeza.

-Que tú no vieras a nadie no significa que una o varias personas os vieran a vosotros...

-Es posible, pero no lo creo, las habríamos oído llegar. Las hojas y las ramas hacen mucho ruido al pisarlas.

-Me gustaría ver el lugar en el que estuvisteis. Quisiera ir ahora, si te encuentras bien. No es necesario que me acompañes todo el camino, solo indícame dónde es y seguiremos nosotros.

-No se preocupe, iré con usted, deme solo unos instantes para recuperarme.

David se percató de que la joven tiritaba como si el frío helador del invierno se le hubiera metido hasta los huesos. Sin embargo, la temperatura superaba ya los veinte grados. Permanecieron en silencio unos minutos, tiempo que David aprovechó para hacer un breve balance de lo que tenía entre manos, y Edurne para rehacerse y tomarse dos tazas más de café humeante y bien cargado. Estaba convencido de que Poznan y Laughton

habían sido asesinados por la misma persona, pero de momento no conseguía establecer ninguna conexión entre ambos, aparte de la circunstancia evidente de que los dos habían muerto en Roncesvalles cuando se disponían a emprender el Camino de Santiago. Se levantó del sillón y se disculpó ante Edurne antes de salir del despacho. Una vez en el pasillo, telefoneó al sargento López, que continuaba junto a la Cruz asistiendo al equipo del forense. El juez también había llegado y estaba a la espera de que los agentes de la Científica terminaran su trabajo sobre el terreno para ordenar el levantamiento del cadáver.

-Tenemos que volver a empezar, sargento. Hay que proteger a los peregrinos, no sabemos si nos enfrentamos a un loco que mata indiscriminadamente. Las dos víctimas estaban solas en el momento de la agresión, por una u otra circunstancia habían abandonado a sus acompañantes y se disponían a reemprender el camino. Me preocupa que el asesino no busque el amparo de la noche para atacar, sino que lo hace a plena luz del día y en lugares públicos, arriesgándose a ser descubierto en cualquier momento. Se cree invisible, o invencible, no sé qué es peor, pero tenemos que impedir que vuelva a actuar, o al menos ponérselo lo más difícil posible. Pediré al comisario Tous que se den avisos de alerta en los albergues instando a los viajeros a que no caminen solos ni abandonen los senderos marcados.

-Es una buena idea. Colocaremos controles en el puerto de Erro para hablar con las personas que han salido esta mañana de Roncesvalles. Quizá esta vez alguien haya visto algo.

-Bien, sargento. Estaremos en contacto.

Una vez más, el teléfono ya estaba mudo antes de que el inspector terminara de despedirse. Regresó al despacho y encontró a la joven contemplando el paisaje que se extendía a sus pies desde la ventana. Ya no temblaba, pero era evidente que había estado llorando de nuevo. David mantuvo la puerta abierta, indicándole que era el momento de salir. Ella le precedió escaleras abajo y, más tarde, le guió hacia la espesura del bosque.

En la Cruz del Peregrino, David pidió a Helen que les acompañara. Los tres, seguidos de cerca por otros dos agentes, avanzaron unos doscientos metros entre los altos y robustos árboles. Troncos retorcidos por la acción de

años de fuerte viento descansaban sobre una cama de verdes helechos. El ambiente era húmedo y fresco, y el sonido cantarín del agua indicaba la cercanía del río. Edurne caminaba en cabeza por una estrecha vereda apenas dibujada en el desigual terreno. La pista, cubierta de tierra y hojas, escondía trozos de madera, piñas caídas de los estilizados pinos, montones de tierra levantada por los topos y un sinfín de pequeños animales que se arrastraban y huían al paso del pequeño grupo. Al llegar al claro, Edurne se detuvo en seco y emitió un grito ahogado. Cuando los agentes la alcanzaron, se sumaron a su asombro y compartieron por un momento el pesar de la joven: a los pies del gran árbol, el mismo en el que Edurne apoyaba extasiada su espalda hacía solo unas horas, alguien había depositado unas botas ensangrentadas. David indicó a Helen que se quedara con Edurne y avanzó hacia el árbol flanqueado por los dos agentes. Las botas mostraban grandes manchas de sangre, ya oscurecida y reseca, igual que los calcetines que encontraron junto a ellas. Si, como sospechaba, se confirmaba que era el calzado de Reuben, el hecho de que estuvieran allí solo podía significar que alguien vigilaba a los jóvenes mientras hacían el amor al amanecer, seguramente oculto entre los altos y densos setos que bordeaban el claro, inmóvil y en silencio, completamente invisible a los ojos de los dos amantes. Después, ese desconocido había seguido a Reuben y había acabado con su vida, preparando un escenario con el que pretendía enviar un mensaje, pero ¿cuál?, ¿y a quién? En ese momento no conseguía ver más allá de la sangre, del llanto desgarrador de la joven y de las dos vidas que se habían extinguido antes de tiempo.

David se reunió con el resto del equipo junto al coche. Habían localizado a los compañeros de viaje de Reuben y los estaban trasladando de nuevo a Roncesvalles para ser interrogados. El jefe de la policía científica, que ya había recogido las botas y los calcetines de la víctima, se mostró moderadamente optimista sobre la posibilidad de encontrar huellas válidas en la superficie de cuero ensangrentado. Mirándoles por encima de sus estrechas gafas, les explicó que la sangre adquiere una textura gelatinosa en la parte central de la mancha, mientras que en la parte exterior se produce una paulatina esqueletización que reseca y mengua levemente el rastro como consecuencia de la evaporación del agua que compone la sangre. Esta nueva

densidad facilita que, en un descuido, la impronta de un dedo quede impresa en su superficie. Pero mientras el laboratorio determinaba la existencia o no de esa presunta huella delatora, la ausencia de pistas era el principal punto en común con el primer asesinato. Hasta el momento, nadie había visto ni oído nada. Los voluntarios del albergue se acordaban vagamente de los tres jóvenes, lo que significaba que no habían dado motivos para ser recordados, al contrario de lo que ocurrió con Poznan. Según el registro de inscripción, llegaron juntos a media tarde del día anterior y se quedaron con tres de las últimas literas que quedaban libres. El número de peregrinos se incrementaba según avanzaba el buen tiempo y la recepción del albergue se convertía cada tarde en una pequeña torre de Babel, un caos a duras penas controlado que siempre parecía estar a punto de desbordarse pero que, finalmente, conseguía concluir con éxito cada jornada.

Uno de los voluntarios declaró haber abierto la puerta del albergue al joven pasadas las nueve y media de la mañana. Explicó que, aunque no le agradó la interrupción porque ya estaban enfrascados en las tareas de limpieza, le permitió pasar a recoger su mochila, que había dejado apoyada bajo el mostrador de recepción. Salió inmediatamente y no volvió a verle.

Vázquez estaba seguro de que si el joven había sufrido el ataque mortal junto a la carretera, a plena luz del día, en un paraje despejado, en algún lugar no muy lejos de allí tenía que esconderse un testigo: un vecino detrás de una ventana, un tendero alzando la persiana metálica de su comercio, un pastor dirigiendo su rebaño hacia los cercanos pastos... En un mundo globalizado, en el que los satélites flotaban ingravidos sobre la Tierra, convertidos en el vigilante ojo del Gran Hermano, era imposible que absolutamente nadie hubiera visto u oído algo esa mañana. Un sonido fuera de lugar, un coche que pasaba a demasiada velocidad, gritos..., cualquier cosa. Tenían que centrarse en la búsqueda de esa persona, seguramente alguien que a esa hora todavía desconocía la importancia de lo que sabía. Ordenó a Helen, Teresa e Ismael que visitasen todas las casas del pueblo, así como los bares, restaurantes y albergues. No les llevaría demasiado tiempo, dado el reducido tamaño de la localidad. Contaban además con la colaboración del alcalde, un hombre entrado en años y en carnes que retorció con sus enormes manos la cinta policial, esperando pacientemente a que le dijeran cuál era su cometido en el circo desplegado en sus dominios. Mario acompañaría al equipo que iba a

recorrer el Camino para hablar con quien hubiera salido esa mañana de Roncesvalles. Él, por su parte, se encargaría de los jóvenes ingleses.

Hacía unos minutos que habían retirado el cadáver, que ya estaba siendo trasladado al Instituto Anatómico Forense de Pamplona. El comisario Tous le había garantizado por teléfono que el caso tenía máxima prioridad, lo que significaba que los facultativos le realizarían la autopsia ese mismo día y tendrían los resultados en muy poco tiempo. Necesitaban respuestas.

David paseaba nervioso por la cuneta, dejando que los últimos acontecimientos dieran vueltas en su cabeza, como las piezas de un cubo de Rubik buscando el acomodo perfecto junto a los fragmentos de su mismo color. Su cerebro movía las casillas de un lado a otro, pero eran tantos los huecos oscuros que encontraba en su recorrido que las fichas del cubo no conseguían aproximarse. Avanzaba arriba y abajo, pateando una y otra vez los mismos veinte metros de carretera, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Un mechón de pelo le rozaba la ceja a cada paso, produciéndole una sensación de cosquilleo que le irritaba sobremanera. Se pasó la palma abierta de la mano por la frente, en sentido ascendente, aplastando a su paso el mechón rebelde, que quedó pegado al resto del pelo con una pátina de sudor. Deslizó la mano por la nuca y la bajó hasta el cuello, apretando los dedos alrededor de sus doloridas cervicales. La tensión de los últimos días atenazaba, voraz e inmisericorde, todos sus músculos, que gemían y lo torturaban con agudas descargas de dolor. Se detuvo bajo la generosa sombra de un roble y se esforzó en realizar los estiramientos que el monitor del gimnasio le obligaba a repetir en tantas ocasiones. Giró la cabeza despacio de un lado a otro, formando una curva perfecta y contando hasta ocho lentamente mientras trazaba el arco completo, forzándose a estirar el cuello a pesar del dolor que el movimiento le producía. Después la hizo rodar en círculo, primero hacia la derecha y después en sentido inverso. Cuando sintió los músculos del cuello más descargados se concentró en los hombros, agarrotados después de tantas horas de trabajo. Rotó las articulaciones arriba y abajo, adelante y detrás, presionando y soltando los músculos y los tendones, que respondían a sus ejercicios con un dolor cada vez más suave, menos agudo, incluso placentero en algunos momentos, premonitorio del cada vez más cercano alivio. A su alrededor, una decena de agentes continuaban rastreando minuciosamente la zona, apartando las ramas y los

arbustos, removiendo los helechos. Cada hallazgo era etiquetado y guardado en una caja que ya contenía un buen número de bolsas. El laboratorio tendría trabajo durante muchos días.

Aparte del paso de los vehículos policiales y de los guardias civiles a pie y en moto, David se dio cuenta de que apenas había tráfico en la carretera. Solo algún turismo transitaba solitario de vez en cuando, acompañando con el motor el sonido de las hojas pisadas por los agentes. Hacía rato que no se oía ningún pájaro. Seguramente estarían observando en silencio desde sus nidos el espectáculo que se desarrollaba unos metros por debajo de sus patas. David buscó a López con la mirada. Lo encontró concentrado, tomando notas a la sombra de su todoterreno. Se dirigió hacia el sargento, que levantó la mirada y se cuadró cuando le vio llegar.

-Sargento, ¿han instalado algún control de tráfico a la salida o a la entrada del pueblo? Hay muy poco tráfico en esta carretera.

-Es lo normal. Se trata de una carretera comarcal que solo lleva a Roncesvalles y, más adelante, a la frontera con Francia a través del puerto de Ibañeta, una vía poco recomendable la mayor parte del año. Quien desea ir a Francia tiene mejores carreteras por las que circular, así que solo nos queda quien tiene como destino Roncesvalles. Hoy es un día laborable y todavía no ha llegado el verano propiamente dicho, así que, lógicamente, si quitamos a los vehículos de reparto de alimentos y suministros, que llegan muy temprano, es una carretera muy poco transitada.

-¿Diría que es normal que no pase un coche en, digamos, cinco minutos?

-Bueno, es algo arriesgado, pero no perdemos nada por controlar el flujo de tráfico. Imagino que sería buena idea estar aquí mañana temprano, ¿me equivoco?

-Eso es. Aunque no podemos dejar de lado la posibilidad de que nos enfrentemos a un loco desequilibrado que aguarda apostado tras un árbol el paso de una persona solitaria, como un lobo acechando a su presa, sospecho que el asesino conoce perfectamente los horarios y las costumbres de esta zona y que sabía que era muy improbable que alguien le sorprendiera durante

su ataque.

-No es una hipótesis descabellada -reconoció el sargento.

-Mañana enviaré a alguien aquí a las ocho de la mañana y comprobaremos el tránsito de personas y vehículos que se produce. Espero que para entonces sepamos ya la hora exacta de la muerte.

La conversación concluyó con la llegada de un coche patrulla del que descendieron dos jóvenes desgreñados y cabizbajos. Arrastraban sus mochilas por el suelo, prácticamente a la misma altura a la que elevaban sus pies, levantando una fina capa de polvo blanquecino a cada paso. El inspector Vázquez y el sargento López se dirigieron hacia el aparcamiento para recibir a los compañeros de viaje de la víctima. Se presentaron como Jack Peterson y Hugh Thomson, ambos de veinticinco años y, como Reuben Laughton, recién licenciados en Ingeniería Industrial. Jack, el más alto de los dos, era un joven rubio y pálido, con la cara cubierta de pecas. Hablaba un fluido castellano gracias, según explicó, a que su abuela materna era de Soria. Estaba realmente consternado por lo sucedido y se mostraba algo reticente a creer que el fallecido fuera en realidad su amigo. Confiaba en que se hubiera producido un error en la identificación y pidió que le mostraran el cadáver para verificar ese punto cuanto antes. Su compañero, por el contrario, contenía a duras penas las lágrimas. Hugh era más bajo y también más moreno, aunque estaba igualmente pálido, a partes iguales por la falta de luz solar y por la impresión que le causaba verse sometido a un interrogatorio policial. Le temblaban las manos, que ocultó en los bolsillos del pantalón después de intentar calentarlas frotándoselas con fuerza. Mantenía los ojos muy abiertos y los movía nervioso de un lado a otro, posándolos alternativamente en su amigo y en el policía. Era evidente que no comprendía ni una palabra de lo que estaban diciendo, pero no manifestó ningún interés en que alguien le tradujera la conversación. A Hugh, esta aventura del Camino de Santiago no le había gustado en ningún momento. Sin embargo, se dejó convencer por sus amigos, mucho más osados, atrevidos y juerguistas que él. Estaba cansado de que se metieran con él en la universidad. Que si no haces nada de deporte, que si no sales por las noches, que así no vas a conocer a ninguna chica... La verdad es que a Hugh no le atraía ni la vida nocturna ni las mujeres que podía conocer en los bares. Él era un chico tranquilo. Creció en un pueblo del norte de Inglaterra, hijo único de unos

padres muy protectores que le habían inculcado un profundo sentido de la responsabilidad. En cambio, reconocía que, con veinticinco años, quizá era el momento de cometer alguna pequeña locura, y caminar casi mil kilómetros con sus amigos por media España le pareció un mal menor, sobre todo si recordaba el resto de las opciones que se habían barajado para celebrar su licenciatura. Jack y Reuben no tardaron mucho en convencerlo. Se tragó todas sus reticencias, escogió cuidadosamente su equipaje y se presentó sonriendo en el aeropuerto de Heathrow, listo para embarcarse en la mayor aventura de su vida. El plan era claro y conciso. La idea era caminar hasta Pamplona y quedarse allí unos días, hasta poder correr en uno de sus famosos encierros. Beber, bailar, conocer mujeres... Pero nada de eso sería ya posible. Llevaban solo dos días en España y uno de ellos estaba muerto. Le parecía imposible, una broma de mal gusto. Nadie puede morir con veinticinco años, cuando tienes toda la vida por delante. Además, como Jack explicó a los agentes, Reuben era un joven brillante, agradable, divertido, muy amable y con gran éxito entre las mujeres. Tenía que haber, por fuerza, un error en la identificación.

Los dos jóvenes tenían poca información que aportar al caso. Ambos confirmaron que habían pasado la noche en el albergue Itzandegia y que no se había producido ninguna circunstancia fuera de lo normal. Explicaron también que Reuben había conocido a una chica en un bar del pueblo, un hecho que tampoco se salía de lo habitual.

-Podías salir de juerga con Reuben, pero era muy frecuente que se perdiera en mitad de la noche con alguna mujer. -Jack sonreía al recordar las hazañas amorosas de su amigo. Miraba sin cesar a su alrededor, como si esperara que Reuben se reuniera con ellos en cualquier momento para confirmar sus palabras y reírse juntos recordando alguna de esas escapadas.

-Tengo entendido que se separaron temprano esta mañana -preguntó Vázquez.

-Así es. Él había quedado con la chica del bar a las siete. Nosotros nos levantamos a la vez que él y emprendimos el camino. Llevamos teléfonos móviles, así que quedamos en que nos llamaría cuando comenzara a caminar para acordar dónde le esperábamos.

-¿Os llamó?

-No, no lo hizo, y eso nos extrañó mucho. Hugh le llamó a eso de las once de la mañana, pero no contestó nadie. Luego vino la policía preguntando por él a todos los peregrinos y enseguida supimos que algo malo había pasado, pero nunca pensé que hubiera muerto. Creí que le habían atropellado, o que la chica le había metido en un lío, incluso que se había caído por un barranco... Pero asesinado...

La fortaleza de Jack estaba ya demasiado dañada y no pudo aguantar una nueva embestida de la realidad. La instantánea de su amigo muerto atravesó su mente como un rayo. Las imágenes que le habían mostrado en la pequeña pantalla de un iPad no dejaban a la vista las heridas que le causaron la muerte, pero la escueta descripción que le ofreció uno de los agentes y su imaginación hicieron el resto. Pidió perdón apresuradamente, se retiró unos metros hasta apoyarse en un árbol y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Continuó vomitando un buen rato. Después, el sabor amargo de la bilis se mezcló con la sal de las lágrimas, que bajaban como un torrente por sus mejillas y se le colaban en la boca abierta, enjuagando el regusto agrio que le inundaba. Hugh se acercó a él y le sujetó por los hombros, dejando que su amigo se desahogase. Cuando todo terminó, los dos jóvenes se abrazaron y lloraron juntos. David no tuvo valor de interrumpirlos. Todavía quedaban dos o tres preguntas por formular, pero podían esperar unos minutos más.

Cuando la calma se impuso, casi un cuarto de hora después, el inspector Vázquez les propuso acompañarlos al albergue, donde podrían continuar hablando sentados y, quizá, tomar algo para recuperar las fuerzas. Se dirigieron hacia Itzandegia mientras David telefoneaba a Ismael, a quien encargó llevar al albergue un termo de café y bocadillos. Tanto él como los chicos agradecerían algo en el estómago. Le pidió también que repitiera la llamada que ya efectuaron a la Interpol en el caso de Walenty Poznan, para recabar en este caso toda la información disponible sobre Reuben Laughton, su familia, lugar de residencia, posibles antecedentes y todos los etcéteras que pudieran pulsarse sobre el teclado del ordenador.

Se sentaron en unas sillas de plástico que encontraron junto a la puerta del edificio. La sombra proyectada por el grueso muro fue una bendición a esa hora del mediodía, cuando el sol calentaba con más fuerza. Ismael llegó

con el encargo de su jefe y ofreció a los jóvenes café en vasos de plástico y unos bocadillos, que ambos aceptaron con una mueca en la cara que quiso ser una sonrisa. David aceptó también un café y devoró su ración de pan con tortilla. No fue consciente del hambre que tenía hasta que el olor de la comida inundó su nariz. Sintió entonces como si un enorme agujero se abriera en su interior y exigiera un tributo inmediato.

Se rindió a su monstruo voraz y le brindó la comida que necesitaba para calmarse. Su madre le recordaba a menudo que, cuando era pequeño, merendaba dos o tres veces cada tarde, como si su estómago fuera un pozo sin fondo. A pesar de su apetito, nunca había estado gordo, ni siquiera rellenito. Quemaba todo lo que comía, y ese metabolismo tan agradecido era sumamente envidiado por más de un compañero.

Comieron en silencio, dejando que la vista vagase por los verdes montes, punteados a lo lejos por los lomos blancos de las ovejas. En otras circunstancias, pasar quince minutos con las piernas estiradas y llenando los pulmones de aire fresco habría sido todo un lujo. No obstante, David no podía dejar que su mente se distanciara ni un milímetro del sendero. Concentración y análisis eran, en su opinión, las claves del éxito, como había comprobado tantas veces a lo largo de su carrera. Paseó la mirada por los dos jóvenes, que masticaban despacio sus bocadillos. Jack comía con los ojos cerrados y la boca abierta, recostado en la silla y suspirando largamente entre bocado y bocado, conteniendo los sollozos que amenazaban con volver a inundar sus ojos. Hugh, en cambio, parecía plenamente consciente de todo lo que le rodeaba. Mantenía los codos apoyados en las rodillas y el bocadillo bien asido con ambas manos. Analizaba el contenido del pan antes de lanzar un nuevo bocado y se limpiaba meticulosamente la boca mientras masticaba. Permanecieron callados hasta que el crujido del papel de aluminio al arrugarse entre sus manos les hizo volver a la realidad. Saciadas las necesidades físicas, David se centró de nuevo en las actividades de Reuben durante las horas previas a su muerte.

-Es importante que recordéis con quién estuvisteis, todas las conversaciones, incluso las que puedan parecer intrascendentes. Todo es importante. No tenemos prisa, pensadlo bien.

-Hablamos con mucha gente, tanto en el viaje como cuando llegamos a

Roncesvalles. Es un sitio fantástico, todo el mundo te saluda y se interesa por cómo te ha ido. Nosotros teníamos poco que contar, porque vinimos desde Bilbao en autobús y hoy iba a ser nuestra primera etapa caminando, pero estábamos muy emocionados, como todo el mundo.

-¿Notasteis que alguien fuera desagradable con vosotros, o con Reuben en particular?

Jack tradujo la pregunta a su amigo y los dos reflexionaron unos segundos antes de negar con la cabeza.

-No recuerdo nada de eso. Cuando llegamos había mucha gente en recepción. Nos atendió un hombre alto, serio pero correcto. Nos explicó el horario del lugar y que la misa era a las ocho. Reuben se rió y Hugh le dio un codazo. Lo recuerdo porque el hombre le dijo que no era obligatorio, pero sí recomendable, que había que estar siempre en paz con Dios y con uno mismo.

-¿Qué ocurrió después?

-Dejamos las mochilas en las literas que encontramos libres, nos cambiamos de ropa y fuimos a dar una vuelta por el pueblo. Es muy pequeño, terminamos pronto, así que entramos primero en un bar y luego en otro. Ahí fue donde Reuben conoció a la camarera y ya no nos movimos de la mesa hasta poco antes de las diez.

-¿Bebisteis mucho?

-Unas tres cervezas cada uno, de las pequeñas. Eso no es demasiado para nosotros, se lo aseguro. -Una sonrisa asomó a sus labios, pero desapareció con tanta rapidez que David no estaba seguro de haberla visto en realidad-. No estábamos borrachos, ni mucho menos, cuando nos fuimos. Al llegar, Reuben nos contó su plan para la mañana siguiente. A Hugh no le hizo ninguna gracia, puede preguntárselo, pero es porque no conocía a Reuben como yo, ¡no tenía remedio! Cuando le gustaba una chica, era como un toro que se lanza contra un trapo rojo. Nos contó con todo detalle cómo era la chica y cuánto le atraía. Otras personas que estaban cerca se sumaron a la conversación y charlamos un rato de mujeres y esas cosas, pero pronto nos

mandaron callar desde la puerta. Luego nos fuimos a dormir. Yo estuve un rato escuchando música con mi mp3, así que no sé si Reuben habló con alguien más ya en la litera. Desde luego, no se levantó.

Cuando tradujo su declaración para Hugh, este asintió con la cabeza y añadió que Reuben durmió en la litera de encima de la suya y que lo habría oído levantarse.

-¿Qué sucedió por la mañana?

-Los tres habíamos programado la alarma de los relojes a las seis y media, pero yo ya llevaba despierto un rato cuando sonó la mía. Es difícil dormir con tanta gente moviéndose a tu alrededor. Nos levantamos casi al mismo tiempo y compartimos unas galletas que Hugh llevaba en la mochila. Después, nos vestimos y fuimos al baño. Tuvimos que esperar un poco hasta conseguir un lavabo libre. Recuerdo que Reuben se puso un poco de perfume y le tomamos el pelo con eso. Sabíamos lo que iba a ocurrir a continuación y se le veía contento.

Jack escondió la cara entre las manos, incapaz de seguir hablando. El dolor y la rabia se apoderaron de nuevo del joven, que sentía cómo la ira subía hasta su cabeza, impidiéndole pensar con claridad. Las sienes le palpitaban dolorosamente y unas gotas de sudor comenzaron a formarse sobre su frente. Veía a su amigo muerto, casi podía escuchar su voz y su risa. Su nariz se llenó del olor de su colonia y recordó las cosas que habían planeado hacer este verano, antes de convertirse en respetables ingenieros a su regreso a Londres. Nada de eso sucedería ya. La muerte no tiene vuelta atrás; una vez te ha alcanzado, simplemente se acabó. La certeza de la desaparición de su amigo le golpeó como una maza, hundiéndolo aún más. Incapaz de seguir conteniéndose, Jack solo pudo dejarse llevar. El lamento que surgió de su garganta acompañó a nuevas lágrimas, que el joven dejó correr sin intentar impedirlo, como si el pequeño río salado fuera capaz de arrastrar a su paso el inmenso dolor que le destrozaba por dentro.

David llamó con una seña a Helen e Ismael, que observaban la escena desde la cuneta, a solo unos metros de distancia.

-Avisad a los sanitarios -dijo el inspector en voz baja-. Están muy

alterados. Que los trasladen a Pamplona y los acomoden en un hotel, así mañana podrán prestar declaración en comisaría. Han identificado a su compañero sin ningún género de dudas, así que ya podemos iniciar los trámites para comunicar la noticia a la familia. -Había dado un paso hacia atrás cuando se volvió de nuevo hacia los jóvenes-. Una última cuestión, Jack, ¿dónde comprasteis las conchas jacobeanas?

-¿Las qué? -respondió el joven, formando con las cejas un signo de interrogación-. Lo siento, no sé de qué me está hablando.

-No importa, era solo curiosidad.

Cuando llegaron los dos enfermeros, David se despidió de los jóvenes y se dirigió con sus agentes al interior del albergue. Tuvo que llamar varias veces y esperar un buen rato hasta que la puerta se abrió sin un solo roce ni chirrido. En el umbral, cobijado de los inmisericordes rayos del sol, el hermano Luis Gómez sujetaba la puerta con un brazo, colocando su cuerpo entre ellos y el resto del edificio.

-Señor Gómez, imagino que ya conoce lo que ha ocurrido esta mañana.

-Es difícil ocultar algo en un pueblo tan pequeño. Además, el despliegue policial no deja lugar a dudas -dijo extendiendo la mano hacia los coches aparcados junto al albergue, algunos todavía con las luces de emergencia girando incansablemente.

-¿Tiene unos minutos? Nos gustaría hacerle unas preguntas. No le entretendremos mucho tiempo.

-Por supuesto, todavía falta un rato para abrir el albergue. -Retiró el brazo de la puerta y les invitó a pasar al interior. El zaguán estaba fresco en comparación con el calor de la calle y todos agradecieron el cambio de temperatura. Gómez observó cómo los agentes suspiraban con alivio y miró a Ismael, que se secaba el sudor de la cara con un pañuelo-. Puedo traerles un poco de agua, si necesitan refrescarse. El verano ha llegado antes de tiempo y con fuerza, pero aquí uno nunca puede fiarse, mañana puede volver a hacer frío e incluso nevar.

David aceptó el ofrecimiento en nombre de todos y se acomodó en el estrecho despacho mientras el clérigo iba a buscar el agua. Mientras tanto, resumió brevemente a sus compañeros la conversación mantenida con los jóvenes ingleses y formuló en voz alta las ideas e impresiones que vagaban por su cabeza sin encontrar acomodo en el complicado cubo de colores.

-Apuesto a que la misma persona ha matado a los dos hombres -la afirmación fue secundada por los dos agentes, que asintieron en silencio- y creo que todo el mundo piensa igual, así que ahora deberíamos centrarnos en las coincidencias entre los dos casos. Nos queda mucho trabajo por delante. En cuanto volvamos a Pamplona celebraremos una reunión urgente con el comisario. Cotejaremos las dos muertes y buscaremos los detalles en común. Esto tiene que estar resuelto en pocos días si no queremos que se nos echen encima la prensa, el delegado del Gobierno y el comisario. No debe cundir el pánico entre los peregrinos, pero tampoco podemos pecar de imprudentes. Tenemos que coordinarnos con el resto de los cuerpos de seguridad para vigilar el Camino. En cuanto a nosotros, imagino que entendéis que se suspenden desde este mismo momento los días libres; además, voy a solicitar que se aprueben todas las horas extras que hagan falta. Y ni que decir tiene que el tema de las conchas sigue siendo tabú fuera de las paredes de la comisaría. Por cierto -añadió Vázquez-, ¿dónde está Teresa?

Ismael y Helen intercambiaron una rápida mirada que David no supo traducir. Finalmente, fue Helen quien contestó:

-No se encontraba demasiado bien. El calor y el estrés del trabajo le están pasando factura. Como nosotros podíamos con todo, le hemos dicho que descansara un poco en el coche con el aire acondicionado puesto. Vendrá enseguida.

-Últimamente la veo un poco extraña... -A David le costaba encontrar las palabras para definir sus impresiones.

-Seguro que no es nada -zanjó Helen.

El hermano Gómez llegó en ese momento con una jarra de agua y una pila de vasos de plástico que distribuyó entre los agentes. Esperó de pie a que bebieran, y cuando apuraron el primer trago, les ofreció un segundo. Dejó la

jarra sobre la mesa y acercó una silla plegable a la ocupada por David.

-Me resulta difícil creer que otro peregrino haya sido asesinado.

-Me temo que es cierto. Se da la circunstancia de que también pasó aquí la noche.

-Me han explicado que se trata de un joven inglés. Los recuerdo vagamente. Después de inscribirse y de recibir el sello en su credencial, les informé sobre los servicios religiosos y los horarios del albergue. Uno de los jóvenes servía de intérprete a los otros dos. Salieron poco después y regresaron al filo de las diez. Armaron un poco de alboroto en el dormitorio, nada fuera de lo habitual, pero mi obligación era invitarles a guardar silencio, por respeto al resto de los peregrinos, y así lo hice cerca de la medianoche. No los volví a ver, no estaba aquí por la mañana cuando salieron.

-¿Lleva usted muchos años vinculado a Roncesvalles? -David pudo ver cómo se iluminaban los ojos de Luis Gómez, que irguió la espalda en la silla antes de contestar.

-Siempre he sido una persona religiosa -respondió -. Desde pequeño, mi madre me inculcó el amor a Dios y al apóstol Santiago, por quien sentía especial devoción. Soy gallego, de un pequeño pueblo en el que cada día pernoctan más peregrinos que vecinos. Antes las cosas no eran como ahora, con tantas comodidades, comunicación constante, atención médica en todos los rincones... Quienes hace unos años afrontaban el Camino corrían muchos riesgos, y cuando llegaban a pueblos como el mío, después de una jornada agotadora, la obligación de sus habitantes era ayudarlos. Pasé muchas noches escuchando las historias que relataban los viajeros y mi cabeza se llenó de imágenes fantásticas que, con el tiempo, he tenido ocasión de situar en su lugar correspondiente, visitando los rincones y monumentos que describían en la cocina de mi casa, al calor de la chimenea. Yo mismo he completado dos veces el Camino de Santiago. La segunda vez que viajé hasta Roncesvalles para iniciar el recorrido, uno de los religiosos que entonces vivía aquí me habló de la necesidad que tenían de gente que quisiera trabajar con ellos. Entonces ni siquiera existía este albergue -sus brazos se abrieron como un abanico, abarcando la inmensidad de los muros que les rodeaban-, el edificio era poco más que un solar ruinoso. Han sido muchos años, mucho

trabajo, muchas puertas a las que llamar, pero ha valido la pena. El Camino ha recuperado su esplendor y cada vez son más los peregrinos que lo transitan, llegados desde todos los países del mundo. Pero el trabajo también se ha multiplicado, así que pocas son las mañanas que puedo sentarme en la puerta a despedir a los caminantes. Hoy, por ejemplo, he madrugado para ir a Burguete. Tenía una lista enorme de artículos que necesitamos con urgencia.

-¿A qué hora se fue?

-Temprano, antes de las ocho.

-Tengo entendido que las tiendas no abren hasta más tarde.

-Y no lo hacen, pero de vez en cuando me gusta pasear por los caminos desiertos, escuchar la naturaleza, meditar y rezar en la iglesia de San Nicolás cuando no hay nadie. Tengo la llave, me la dio el párroco hace bastante tiempo.

-Cuando salió de Roncesvalles, ¿observó algo que le llamara la atención, como vehículos o personas fuera de lugar?

-La verdad es que no me crucé con nadie en todo el camino, excepto un par de furgonetas de reparto que se dirigían a Roncesvalles.

Se despidieron del hermano Gómez con un firme apretón de manos y salieron del albergue. En el exterior, el sol les golpeó como una maza. Se detuvieron un segundo para permitir que los ojos se acostumbraran a la intensa luz y se dirigieron de nuevo hacia la Cruz del Peregrino. La actividad había descendido ostensiblemente en el tiempo que ellos habían permanecido en Itzandegia. Los agentes de la científica habían concluido su labor y cargaban sus maletas negras en las furgonetas, dispuestos ya a regresar a Pamplona para comenzar la segunda parte de su trabajo, la que convertiría en palabras, datos y -esperaba-respuestas las muestras, rastros, huellas y restos de todo tipo que habían recogido en Roncesvalles. Aunque no existía ninguna duda sobre la causa de la muerte, el laboratorio podía arrojar alguna luz sobre el arma utilizada para reventarle la cabeza al joven. Sabrían también si el asesino había dejado alguna pista sobre el cadáver, como piel, pelo o fibras de ropa que podrían haberse desprendido en una pelea. Era una tarea ardua

que llevaría muchas horas de trabajo. David comparaba en ocasiones el trabajo policial con el de las máquinas tuneladoras, que giraban despacio sobre unos enormes engranajes, avanzando apenas unos centímetros en cada vuelta, horadando implacablemente la montaña. Al final, incluso las rocas más sólidas se rendían a su paso y acababan por descubrir sus entrañas al paso de la tuneladora, que lograba, tenaz e incansable, alcanzar la luz al otro lado.

Teresa y Mario les esperaban junto a los coches. Permanecían en silencio, visiblemente cansados y acalorados. Saludaron con un movimiento de cabeza y Teresa, después de disculparse por su ausencia, hizo un resumen de los últimos acontecimientos:

-Hemos hablado con todos los vecinos, con los camareros de todos los bares, con los trabajadores de los hoteles, barrenderos, monjes, voluntarios, comerciantes, vendedores de recuerdos, taquilleros... La lista es larguísima. Lo único destacable es lo que nos ha contado una joven que trabaja en la Oficina de Turismo. Asegura que, cuando venía en su coche, minutos antes de las diez de la mañana, se cruzó en la carretera con un vehículo blanco y, poco después, vio por el retrovisor que se detenía en la cuneta. Pensó que podría haberse averiado, porque le pareció un coche viejo, pero como estaba tan cerca del pueblo dio por sentado que el conductor podría volver andando a pedir ayuda o llamar a alguien para que fuese a buscarlo. Ella venía justa de tiempo y no podía pararse. Bueno, pero lo mejor es que, cuando aparcó, vio a un joven salir del albergue y comenzar a caminar bastante deprisa. Ella siguió su camino y no lo volvió a ver, pero por la hora y la descripción creemos que puede tratarse de Reuben.

Las palabras de Teresa abrían de pronto un nuevo abanico de posibilidades.

-Es muy probable que en ese coche viajara el asesino. -David sintió cómo su cuerpo, cansado y dolorido, recibía una inesperada descarga de adrenalina. El corazón, funcionando de nuevo a pleno rendimiento, bombeó sangre y oxígeno a cada uno de sus músculos, que se tensaron agradecidos-. Tenemos que encontrarlo. ¿Sabemos el modelo, la matrícula..., algo además del color?

-Poca cosa. La chica dice que apenas se fijó, porque no vio nada extraño ni sospechoso. No recuerda pegatinas ni rótulos identificativos. Matrícula española de las antiguas, con la referencia de la provincia. Eso significa que el vehículo debe de ser anterior al año 2000, cuando comenzaron a utilizarse las nuevas matrículas nacionales con cuatro números y tres letras.

-Ismael, llama a Tráfico y que te den una relación de todos los coches con una matrícula de esas características domiciliados en Roncesvalles y en los pueblos de alrededor, hasta Zubiri. Teresa, esto es muy importante, no entiendo tu apatía. -El rostro de la agente se encendió como una antorcha. Bajó la mirada al suelo y asumió el rapapolvo en silencio-. Vuelve a hablar con la chica e intenta conseguir todos los detalles que pueda recordar, sobre todo cualquier cosa sobre el conductor. Si se cruzó con él, tuvo que verle aunque solo fuera una fracción de segundo. Cada detalle sirve para acotar la búsqueda. O para iniciarla, en este caso. Mario y Helen, dad un paseo por los alrededores, mirad en los aparcamientos y anotad las matrículas de todos los coches blancos antiguos que encontréis. Tenemos que pensar en la posibilidad de que lo hayan guardado en un garaje o que ni siquiera esté aquí.

David observó cómo se alejaban los tres agentes. Buscó en el bolsillo del pantalón el teléfono móvil y marcó el número del sargento López. La colaboración de la Guardia Civil era ahora más importante que nunca, ya que sus patrullas y controles de carreteras serían esenciales para encontrar el coche. Las relaciones entre los dos cuerpos policiales no siempre habían sido buenas, y, de hecho, en la actualidad no eran pocos los roces y malos entendidos que surgían entre los altos mandos. Durante años, los consecutivos gobiernos habían delimitado las competencias de uno y otro, marcando unas fronteras infranqueables y creando un ambiente de competencia y desconfianza. Policía y Guardia Civil se miraban sin hablarse. Sin embargo, la lucha antiterrorista les había convertido en colaboradores necesarios. Después, la aparición de las policías autonómicas, que exigían su propio espacio y competían con ellos por controlar cada vez más áreas, les dejó encerrados en el mismo círculo, rodeados de políticos que se cuestionaban su continuidad y obligados a demostrar cada día que su presencia seguía siendo necesaria. Al menos en ese caso, pensaba David, el sargento López no había intentado en ningún momento situarse por encima

de la Policía Nacional. Por su parte, él intentaba tratar al guardia civil como a un igual, aunque en rango no lo fuera, y hasta el momento había comentado con él todas las cuestiones en las que podían colaborar, sin imponer nada y encontrando en todos los casos una sincera disposición a cooperar.

Cuando terminó su breve conversación con el sargento sabía que, en pocos minutos, decenas de agentes de la Benemérita comenzarían a buscar el vehículo sospechoso en todos los pueblos, aldeas y caseríos del valle. Nadie conocía como ellos la intrincada orografía de la zona, incluidos los caminos retirados que durante décadas utilizaron los contrabandistas que pasaban mercancía desde Francia y por los que, durante la cruenta Guerra Civil, escaparon miles de republicanos. Las mugas de Navarra siempre habían sido poco más que una línea dibujada en un mapa. Sobre el terreno, las fronteras impuestas solo servían para saber, cuando venían mal dadas para quien cruzaba los Pirineos, si el contrabandista, el miliciano o el terrorista iba a ser detenido por un gendarme o por un guardia civil. Los navarros estaban acostumbrados a pasear por los caminos de montaña que serpenteaban de un país a otro, y más de un montañero, despistado o desorientado por la frecuente y densa niebla, llegaba de pronto a un pueblo en el que era saludado en francés.

Vázquez se dirigió hacia el punto de la carretera en el que estuvo parado el vehículo sospechoso y donde se había cometido el asesinato. Alguien había echado serrín sobre la mancha de sangre del asfalto. Las marcas dibujadas por los técnicos allí donde habían recogido pruebas eran todavía evidentes, así como las líneas que señalaban el camino seguido por el asesino con Reuben cargado sobre algún artilugio con ruedas, ya muerto o quizá moribundo, hasta la Cruz del Peregrino. David no entendía por qué el asesino había trasladado el cuerpo esos quince metros, arriesgándose a que alguien le descubriera y diera la voz de alarma. Tenía que tratarse de un loco o de alguien sumamente osado como para despreciar el riesgo de ser detenido ante el afán de completar el intrincado y mortal plan trazado en su mente. Calculaba que el asesino habría necesitado al menos tres minutos para trasladar al joven inerte, sentarlo bajo la cruz, quitarle las botas y dejar la concha sobre su cuerpo. Además, después de regresar al coche tuvo que detenerse unos metros más adelante para dejar el calzado bajo el árbol, aunque en esa ocasión bien pudo ocultar el vehículo entre los espesos

matorrales de la zona. Le parecía increíble que en todo ese tiempo no hubiera pasado ni un solo vehículo por la carretera, ni un peregrino por el camino. En el lapso que llevaba allí ya había visto a cuatro personas paradas en el arcén y se había apartado para dejar pasar a un todoterreno que descendía por la carretera. ¿Suerte? ¿Casualidad? David confiaba en que existiera un testigo en algún lugar y que, tarde o temprano, apareciera para contar lo que había visto. No sería la primera vez que una persona había presenciado un delito sin ser consciente de ello hasta mucho más tarde, a veces después de enterarse por la prensa de lo sucedido. Entonces recordaba sorprendido lo que había visto al pasar por allí y, si se trataba de un buen ciudadano, acudía a la policía para contarlo. Si, por el contrario, se trataba de alguien desconfiado o reacio a tratar con las fuerzas de seguridad, el testimonio se perdería para siempre.

David no encontró nada que le llamara la atención ni en la carretera ni en el estrecho arcén. Cruzó hacia la Cruz del Peregrino siguiendo el reguero de sangre seca del asfalto. La gotas se convertían en manchas informes y disminuían según se aproximaban a la cruz, signo inequívoco de que el corazón de Reuben ya no latía entonces. Hacía falta mucha fuerza física para mover el cuerpo sin vida de un joven corpulento, así como una determinación sin fisuras. El sol comenzaba a ocultarse tras los árboles, y las sombras de las hayas y los robles eran cada vez más alargadas. Cuando levantó la vista hacia el pueblo vio a Teresa avanzando hacia él. Caminó a su encuentro y la esperó unos metros más adelante.

-He exprimido la memoria de la chica hasta el máximo -dijo Teresa, todavía azorada, y David supo que no exageraba en absoluto-. Está casi segura de que el conductor era un hombre. No se fijó en la ropa, aunque le pareció que llevaba una gorra oscura en la cabeza, de esas con visera. Tampoco sabe de qué modelo de vehículo se trata. Dice que no le interesan los coches y que es incapaz de distinguir uno de otro. No recuerda ningún distintivo que le llamara la atención, pero insiste en que solo lo vio un instante al cruzarse con él justo después de la curva y, después, una fracción de segundo a través del espejo retrovisor. Conduce muy concentrada en el trazado y en las señales, lleva poco tiempo trabajando aquí y le asustan las curvas cerradas y la posibilidad de cruzarse con animales, así que apenas presta atención a otra cosa que no sea lo que tiene delante de las narices. He insistido hasta llevarla al borde del ataque de nervios. No creo que recuerde

nada más, aunque le he dado mi tarjeta por si acaso.

-Bien, algo es algo. Al menos tenemos un punto de partida. Buscamos a un hombre, aunque por la fuerza con la que se asestaron los golpes ya lo suponíamos, y un coche blanco, un turismo de más de dieciséis años. No puede haber tantos en la zona.

-Yo no sería tan optimista. Me he cruzado con Mario al venir hacia aquí y me ha comentado que ya han encontrado una docena de vehículos con esas características. Están documentándolos todos. Me temo que tienen para un rato.

-Será mejor que vayamos a echarles una mano. Después, podremos volver a casa y seguir mañana. La Guardia Civil nos ayudará en esto, por si hay algún coche con esas particularidades en los caseríos y las bordas de las montañas. -La agente comenzaba ya a caminar cuando la voz de su jefe la detuvo de nuevo-. Teresa...

La joven lo miraba, esperando la pregunta. Tenía un par de segundos para decidir si le decía la verdad o si continuaba ocultándolo.

-¿Te encuentras bien? Te noto rara últimamente.

-No es nada, de verdad, se me pasará en unos pocos días.

-Si necesitas cogerte la baja, este no es el mejor momento, pero prefiero que no estés a que empeores por mi culpa. Ya nos apañaremos...

-No, de verdad, es mejor que me mantenga ocupada, así no estoy todo el día pensando en lo mismo...

-¿Que es...?.

-Estoy embarazada. -Abrió desmesuradamente los ojos al darse cuenta de las palabras que habían escapado de su boca-. ¡Pero no se lo digas a nadie, por favor!

David sintió al mismo tiempo alivio y alegría. Por un momento había temido que Teresa estuviera metida en algún lío.

-¡Eso es fantástico! ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

-Lo único que necesito es que desaparezcan las malditas náuseas, pero, por lo demás, quiero hacer vida normal. De momento nada debe cambiar, ya veremos más adelante.

-¿No se lo has dicho a tus compañeros?

-Todavía no, pero no tardaré en hacerlo. Uno de estos días, pero deja que sea yo quien se lo suelte, aunque me temo que Helen ya se huele algo.

-Por supuesto. Si puedo hacer algo...

-Sí, tratarme exactamente igual que antes de que lo supieras. -El tono de Teresa era firme y tajante.

-Cuenta con ello. -David sonrió y se cuadró militarmente ante la orden de Teresa. Después, recobraron la compostura y volvieron a ser dos policías de servicio.

Con sus propias sombras precediéndoles, David y Teresa volvieron sobre sus pasos sin hablar, cada uno perdido en sus propios pensamientos, con la vida y la muerte dándose la mano a unos centímetros de distancia.

12

La búsqueda del vehículo se prolongó hasta pasadas las diez de la noche. Ficharon todos los coches similares al descrito por la testigo e inmovilizaron unos cuantos, los que más se asemejaban a la descripción facilitada por la joven conductora, que serían analizados por la policía científica al día siguiente. Varias patrullas vigilaban el pueblo, aunque los vecinos mantuvieron encendidas las luces de sus casas hasta bien entrada la madrugada, como si las fulgurantes ventanas pudieran alejar el peligro que se cernía sobre ellos.

Cuando David llegó a su casa hacía tiempo que había comenzado un nuevo día. A pesar del cansancio, la sensación de regresar con las manos vacías le hacía sentirse inquieto y preocupado. En esta primera fase de la búsqueda habían encontrado en Roncesvalles catorce coches que respondían a la descripción. Consiguieron identificar a todos los propietarios y ninguno parecía sospechoso. De los catorce coches, tres pertenecían a mujeres, otros tres formaban parte del pequeño parque móvil de la Colegiata, dos eran conducidos por un par de jóvenes que acababan de obtener el carné y el resto,

seis coches de diferentes marcas y modelos, pero todos blancos y con más de dieciséis años de antigüedad, pertenecían a otros tantos hombres de mediana edad, vecinos del pueblo y que se mostraron muy sorprendidos cuando la policía les interrogó sobre su vehículo. Así pues, estaban como al principio, o peor, con dos muertos sobre la mesa y ningún dato importante al que aferrarse. Necesitaban un hilo de Ariadna que les guiara a través del laberinto, un dato que arrojase luz sobre el caso antes de que el asesino volviera a actuar.

La ducha sirvió para despejarle lamente y calmarle los músculos, que le estaban pasando factura después del intenso día de trabajo. Dejó que el agua templada se deslizara por su espalda como una caricia. Cerró los ojos y se relajó, alejando con cada respiración las imágenes que se había traído de Roncesvalles. Desapareció el olor dulzón del bosque, se acallaron los sollozos de Edurne y se desdibujaron las manchas de sangre que coloreaban el asfalto. Cuando todo lo que tuvo ante sus ojos fueron las relucientes baldosas blancas, abrió el grifo del agua fría y se preparó para recibir el vivificante impacto helado, que dispararía la circulación sanguínea y tonificaría sus castigados músculos. Contó hasta diez con los dientes apretados y cerró el grifo, buscando inmediatamente el placentero cobijo de la toalla.

Tenía más hambre de lo que pensaba y devoró tres sándwiches enteros, acompañados de dos cervezas para pasar el pan. Hacía calor en casa, pero si abría la ventana el ruido de la calle no le dejaría dormir. Se tumbó sobre la cama y apagó la luz. El sueño se resistía a llegar y la falta de estímulos visuales hizo que su cabeza se llenase de nuevo con las imágenes de lo ocurrido a lo largo del día. Después de dos horas dando vueltas en la cama, se rindió a la evidencia y se levantó. En el salón encontró la carpeta que se había llevado a casa el día anterior con una copia del informe definitivo sobre el incendio de Gorraiz. Sacó los papeles del interior y se acomodó en el sofá para leer su contenido. Los técnicos habían determinado que todos los indicios apuntaban a que el fuego se había originado en el dormitorio de la víctima y que, casi con toda seguridad, había sido provocado por un cigarrillo encendido. La alta tasa de alcohol encontrada en los restos analizados del fallecido les llevaba a pensar que este no había llegado a despertarse durante el incendio y que había muerto por inhalación de humo antes de que las

llamas le alcanzasen.

Hacía varios días que los aparejadores municipales habían decretado el derribo de la vivienda. El informe señalaba que se había apuntalado la casa contigua y que la demolición estaba a punto de llevarse a cabo. La lectura estaba dándole sueño y David no se esforzó en espabilarse. Eran las cuatro de la madrugada, el día había sido agotador y necesitaba descansar. Dejó la carpeta sobre el sofá, decidió que al día siguiente llamaría a la viuda y se fue directo a la cama. Lo último que dibujó en su mente antes de dormirse fueron los ojos de Irene Ochoa mirándolo fijamente. Nunca había visto unos ojos como esos, tan hermosos, tan oscuros, como la superficie de un lago en calma en el que era difícil evitar la tentación de sumergirse. Sin fuerzas, se dejó llevar por los ojos de Irene y se hundió en un sueño profundo.

La oficina del palacio de los Navarro Tafalla se parecía cada vez más a un hogar para Irene. A lo largo de las últimas semanas había comprado lo necesario para poder vivir allí de manera temporal, pero estaba tan cómoda que, de momento, no se planteaba buscar una nueva vivienda. Desde el ayuntamiento ya le habían comunicado que su casa de Gorraiz sería derribada en breve. La verdad es que no albergaba ningún sentimiento hacia la que había sido su casa durante los últimos años. De hecho, no pensaba regresar. No había nada que recoger allí y los recuerdos que le generaba el lugar eran trágicos y desagradables.

A lo largo del día apenas pensaba en Marcos, pero por la noche, la imagen de su marido se le presentaba tan vívida que hubiera jurado que podía hablar con él. Además, en varias ocasiones la había invadido un intenso olor a humo, pero después de recorrer inquieta todos los rincones buscando su origen, llegaba a la conclusión de que ese aroma también estaba en su imaginación.

Su médico de cabecera la atendió con cariño y delicadeza cuando acudió a pedirle algo que la ayudara a dormir. El doctor, además de los sedantes, le recetó unos ansiolíticos que compró en la farmacia pero que

todavía no se había decidido a tomar. En alguna ocasión, cuando el olor a quemado se hacía demasiado intenso, pensaba que sería buena idea probar una de esas pastillas, pero rechazaba la idea enseguida. Necesitaba mantenerse lúcida y despierta, no bajar la guardia en ningún momento. Además, en su fuero interno estaba convencida de que el verdadero dolor tenía que sentirse de otra manera. Durante días esperó que llegara el desgarró, el velo negro que le cubriera el corazón y la mente, la sensación de ahogo por la pérdida, la ilusión de ver al ser amado en cada esquina... Pero nada de eso había sucedido, y cada vez estaba más convencida de que nunca sucedería. Lo que ella sentía por dentro no era verdadero dolor. En un esfuerzo por poner nombre a sus sentimientos, decidió que se parecían más a la ansiedad que a la pena. Recordó un instante a la madre de Marcos, cuya razón había naufragado definitivamente. Ese era el auténtico dolor, el que te deja sin habla, el que te parte el alma, el que te lleva a desear la muerte con todas tus fuerzas. Su corazón estaba inquieto, pero no auténticamente dolorido.

En la última semana acudió en dos ocasiones a visitar a su suegra, pero la anciana no dio muestras de reconocerla en ningún momento. Seguía con la mirada perdida, aturdida por la medicación, meciéndose con suavidad en el sofá y menguando visiblemente en tamaño y lucidez. Marta Bilbao, por su parte, desaparecía del salón en cuanto Irene llegaba y no volvía a aparecer ni siquiera cuando anunciaba su marcha. Solo la enfermera que atendía a Ana la acompañaba hasta la salida y la despedía con educación. Irene estaba convencida de que, en poco tiempo, ya no sería bienvenida en la casa de la Vuelta del Castillo, y esa certeza le producía al mismo tiempo tristeza y alivio. Por lo demás, su vida continuaba con inusitada tranquilidad. En esa época del año aumentaba el número de turistas que solicitaban los servicios de su agencia y se pasaba el día concertando visitas, organizando excursiones y reservando habitaciones de hotel. Sus colaboradores habituales, conocedores de la tragedia que acababa de vivir, se ofrecían amablemente a acompañar a los clientes hasta sus destinos, evitando así que Irene tuviera que realizar frecuentes salidas y viajes. Ella, asimismo, había reservado una habitación de hotel en una pequeña localidad costera de Cantabria, para pasar allí los sanfermines. Le vendría bien el descanso y salir de Pamplona supondría, además, la posibilidad de ver las cosas de otra forma, poner distancia, analizar la situación y tomar una serie de decisiones inaplazables sobre cuestiones materiales, como la casa, la herencia o la empresa, y

espirituales, como la constante opresión que sentía en el pecho y que no conseguía aliviar.

La llamada de la policía la pilló completamente desprevenida. Contestó al teléfono convencida de que sería alguno de sus colaboradores y cuando la operadora le pidió que no se retirara, que el inspector Vázquez quería hablar con ella, se quedó sin palabras. Consiguió mantener el tipo durante los saludos formales y recuperó la respiración pausada poco después, aunque el corazón seguía latiéndole aceleradamente.

-Tenemos los informes definitivos del incendio, tanto el de los forenses como el de los bomberos, y me gustaría poder mostrárselos y comentarlos con usted.

-No hay ningún problema, inspector. ¿Cuándo le vendría bien que me pasara por la comisaría?

David repasó mentalmente su calendario de trabajo, testificaciones judiciales y entrevistas previstas antes de contestar. Aunque la mayor parte de su tiempo estaba ocupado por los asesinatos de Roncesvalles, había cuestiones formales que no podía desatender.

-La verdad es que es una mera formalidad, pero en estos momentos me viene bien ir cerrando las carpetas que se acumulan encima de mi mesa.

-Comprendo...

Lo que David entendió en el acto fue el desliz que había cometido al reducir la muerte de su marido a una carpeta que ocupaba demasiado espacio sobre el escritorio de un atareado policía. No podía creer que hubiera sido tan torpe.

-Por favor, no me malinterprete.

-No lo hago, inspector, se lo aseguro. Entiendo sus prioridades.

Con un suspiro inaudible para su interlocutora, David tomó una decisión que no habría tomado si no hubiera metido la pata de semejante forma.

-Verá, mañana tengo algo de tiempo libre, estaré encantado de reunirme con usted en su oficina, o donde prefiera.

-No quiero que haga horas extras por mi culpa. De verdad, no me ha molestado su comentario.

-Insisto. ¿Cuándo le viene bien que la visite?

-Estoy libre a partir de las doce -concedió finalmente-. Antes tengo que atender a varios grupos que quieren recorrer la provincia en tres días. Les he preparado un programa muy apretado, van a correr una auténtica maratón de norte a sur y de este a oeste.

-¿Son japoneses?

-Casi, coreanos, pero están aprendiendo muy rápido las costumbres niponas. -Una sonrisa afloró a sus labios y creyó percibir que el inspector también sonreía al otro lado del teléfono-. ¿Nos vemos a las doce y media, si le parece bien?

-Me parece perfecto, allí estaré, y prometo no entretenerla más de lo necesario.

-Por cierto, inspector...

-¿Sí?

-Recuerde que la última vez que nos vimos prometió tutearme.

-Es verdad. Lo siento. Hasta mañana, entonces.

-Hasta mañana.

Irene seguía sonriendo después de colgar el teléfono. Sentía una extraña mezcla de miedo y excitación. El miedo procedía de la propia llamada, de lo que los técnicos hubieran descubierto y plasmado en sus informes y de un sentimiento de culpabilidad que, ahora lo sabía, la acompañaría el resto de su vida. El miedo le encogía el corazón y hacía que su respiración se acelerase.

El miedo era ya connatural en ella, una parte más de su organismo, como el corazón, las manos o la propia sangre. Lo valiente era vencerlo cada día. La excitación, sin embargo, eran mariposas revoloteando en el estómago. No entendía el origen de esta sensación. Había visto al inspector Vázquez en un par de ocasiones y, ciertamente, lo recordaba como un hombre atractivo, amable y divertido, pero el policía nunca había dejado ni siquiera entrever algo que no fuera una exquisita cortesía profesional. Las mariposas tendrían que irse a revolotear a otra parte. Se centró de nuevo en el viaje de los coreanos, que visitarían cinco localidades en una sola mañana para cumplir con el plan previsto, y dejó que el aleteo se dispersara por sí solo.

A pesar de ser su primer día libre en más de dos semanas, David tuvo que renunciar a buena parte de él. Acudió a la comisaría a primera hora de la mañana y volvería después de comer para trabajar sin descanso en los asesinatos de Roncesvalles. Sabía por experiencia propia que los casos que no se resuelven en las primeras cuarenta y ocho horas, o de los que al menos se reunían pruebas sólidas en ese tiempo, se diluían inexorablemente cada día que pasaba. Las carpetas quedaban cubiertas por los nuevos casos que llegaban a diario. Robos, asaltos, estafas, homicidios, peleas... La lista era larga. Las muertes de Roncesvalles le preocupaban especialmente, y no solo porque tuviera sobre la mesa dos cadáveres y ni una sola pista sólida que condujera al autor de esas muertes, sino porque sentía en su fuero interno que el asesino volvería a actuar. Carecía de móvil, huellas o cualquier pista que indicara por qué Walenty Poznan y Reuben Laughton habían llegado a Navarra como dos peregrinos más y se habían marchado dentro de una bolsa negra. Sabía que tanto la Guardia Civil como la Policía Foral habían establecido un plan de protección del Camino de Santiago, especialmente en sus primeros kilómetros. Confiaba en que el asesino fuera lo suficientemente precavido como para no arriesgarse a matar de nuevo con tanta policía alrededor y que esto les diera a ellos tiempo para recabar más datos que les revelaran su identidad. Sin duda, era mucho confiar.

Llamó al sargento López, quien le confirmó que el operativo de prevención estaba a pleno rendimiento, y después charló brevemente con

Mario Torres, que le aseguró que todo el mundo estaba al pie del cañón, presionando a los técnicos como era habitual, quienes a su vez amenazaban con lanzarse a la huelga si los agentes no abandonaban inmediatamente su laboratorio y les dejaban trabajar sin constantes interrupciones. «Cada cosa en su sitio», pensó el inspector con una sonrisa. Una rueda chirriante que avanzaba despacio. Como una tuneladora. Comunicó a Mario su intención de volver al día siguiente a Roncesvalles para hablar de nuevo con las personas relacionadas con los casos y le pidió que avisara de su visita a los responsables de la Colegiata y a la camarera del Aztakarri, la última persona que había visto a Reuben con vida, aparte de su asesino.

A las once y media se colgó al hombro su bandolera y salió de comisaría después de comprobar que la carpeta sobre el incendio de Gorraiz estaba en su interior. Se había puesto su uniforme de verano: pantalón vaquero y camiseta negra de manga corta, además de unas zapatillas de deporte blancas y negras similares a las que Cristiano Ronaldo lucía en un anuncio de televisión. Esa mañana se había afeitado a conciencia y recortado las patillas, que nunca superaban la longitud de su oreja y el grosor de su dedo índice. No le gustaba esa moda dieciochesca de las patillas gruesas y pobladas, le parecía que quien las llevaba daba la impresión de ser una persona poco aseada. Aunque cada mañana descubría alguna nueva hebra blanca en su cabeza, el color castaño claro de su pelo, casi rubio durante el verano, facilitaba que las insidiosas canas pasaran inadvertidas ante los ojos poco expertos. También ayudaba, por supuesto, el hecho de ser más alto que la media, de modo que sus interlocutores difícilmente podían verle las canas desde su perspectiva inferior.

Tardó menos de lo que esperaba en recorrer la distancia entre la comisaría y la oficina de Irene Ochoa. Le parecía una falta de educación llegar con demasiada antelación a una cita, ya fuera personal o profesional, así que se dirigió hacia la cercana plaza de San Francisco y entró en la Biblioteca General de Navarra. Hacía mucho tiempo que no visitaba el lugar, que tenía los días contados, ya que todo su contenido iba a ser trasladado a un nuevo edificio en una zona más moderna de Pamplona, lo que permitiría digitalizar muchos volúmenes y facilitaría el acceso de los usuarios a libros de todas las épocas. Miró a su alrededor y encontró un sitio libre en el que sentarse a hojear la prensa del día, que reposaba sobre una enorme mesa. Los

periódicos estaban ya bastante manoseados y desordenados. David sabía que muchos jubilados madrugadores empezaban la jornada leyendo las noticias en la biblioteca. Les seguían quienes buscaban anuncios de trabajo o de viviendas y, para terminar, los ociosos como él. Las portadas recogían la noticia de la muerte del joven Reuben, aunque se alegró al comprobar que el tono era meramente informativo, alejado de los tintes alarmistas que tanto gustaban en otros medios. En el interior encontró un amplio artículo sobre las pesquisas policiales. El periodista había entrevistado a varios peregrinos que manifestaron encontrarse tranquilos a pesar de la amenaza del asesino. La visible y constante presencia de la Guardia Civil les hacía sentirse seguros y, además, casi todos habían optado por unirse en grupos numerosos de peregrinos para no dar ninguna oportunidad al homicida. El reportaje mencionaba también el posible impacto que las dos muertes podían tener en la economía de los pueblos de la zona, localidades que tenían en el turismo una importante fuente de ingresos. Los alcaldes de varios pueblos, reunidos la noche anterior en el Ayuntamiento de Burguete, no eran tan confiados como los peregrinos y se mostraban suspicaces sobre la investigación policial, a la vez que cuestionaban la presencia de la Guardia Civil, un cuerpo que tradicionalmente no era muy bien recibido por aquellos lares. Al terminar de leer el artículo, David pensó que el periodista había hecho un buen trabajo reflejando el sentir de la gente a pesar de no contar con ningún dato sobre los asesinatos.

Vio con preocupación que ya eran las doce y veinticinco. Dejó los periódicos de nuevo sobre la mesa y salió rápidamente a la calle. Caminó deprisa hasta llegar al portal del palacio de los Navarro Tafalla, comprobó en su reloj que solo faltaba un minuto para la media y llamó al timbre de la agencia de Irene Ochoa. La puerta se abrió con un chasquido, sin que nadie preguntara quién llamaba. David pensó que seguramente la finca contaría con un sistema de videovigilancia, aunque no había visto ninguna cámara en la fachada. En el zaguán interior sintió bajo sus pies los cantos rodados que formaban el suelo. Recordó entonces que en una ocasión escuchó a alguien decir que entre las redondeadas formas, ocultas entre la argamasa y las rocas, había también restos óseos, supuestamente de animales, aunque la duda quedó flotando en el aire, como siempre que alguien cuenta una anécdota siniestra. No vio, sin embargo, nada que le recordara ni remotamente a un cráneo, un dedo o un fémur. Subió los escalones hasta el tercer piso mientras

admiraba las molduras del pasamanos, los altos techos, los escudos de piedra y la enorme lámpara metálica. Irene le esperaba ya en la puerta, sonriente y vestida de un modo bastante más informal que la última vez que se vieron en comisaría. Le tendió la mano y recibió un apretón firme y cálido.

-Inspector, es usted muy puntual.

-Intento serlo, pero no siempre me es posible.

-Pase, por favor. Irene se hizo a un lado para permitir el paso a David, que esperó en el recibidor a que cerrara la puerta y lo guiara hasta su despacho.

-Si no le parece mal, insisto en que nos tuteemos.

-Estoy completamente de acuerdo.

La sonrisa de David ocupaba ya una amplia franja de su cara. Por un momento le pareció que aquella era más una cita social que de trabajo, y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en el objetivo de su visita. Se sentó en la silla que ella le ofreció, a un lado de una mesa de madera cubierta de papeles, lápices, bolígrafos, mapas y folletos turísticos en varios idiomas. Irene avanzó hasta el otro lado de la mesa y se sentó en una silla similar, aunque con el respaldo más alto. No había lujo en ese despacho. La pared que tenía a su espalda estaba decorada con un mapa tridimensional de Navarra, cubierto de chinchetas de colores, y un panel de corcho en el que podían verse fotos de gente sonriente en diversos parajes y monumentos.

-Algunos de mis clientes me envían fotografías de sus vacaciones. Es su forma de darme las gracias.

-No pretendía curiosear...

-No, no me molesta, están ahí para que otros clientes vean cuánto pueden divertirse con nuestros programas.

En el resto de las paredes solo habían colgados unos sencillos aguafuertes del castillo de Olite, las Bardenas Reales y la Colegiata de Roncesvalles. Esta curiosa coincidencia hizo que a la cara de David asomara

una sonrisa torcida que parecía más una mueca de dolor.

-¿No te gustan?

-Lamentablemente, he tenido que visitar Roncesvalles varias veces en los últimos días, y no precisamente por turismo.

-He leído las noticias. Es terrible, esas personas muertas de una manera tan atroz... -No creo que haya una buena manera de morir, pero, desde luego, la de esos dos peregrinos ha sido especialmente brutal y dolorosa.

La mención de la muerte y el dolor produjo un silencio incómodo al recordar ambos el motivo de la visita. Bruscamente consciente del objetivo de la entrevista, David extrajo de su mochila la carpeta con los informes y la depositó sobre la mesa.

-Te he traído una copia del informe del forense; el doctor ha eliminado las secciones innecesarias y se ha esforzado por adaptar su lenguaje a un nivel inteligible para el común de los mortales. -Titubeó levemente al pronunciar estas palabras, pero la firmeza en la mirada de Irene facilitaba mucho las cosas-. El documento explica que tu marido falleció como consecuencia de la inhalación de humo. Además, señala que el índice de alcohol en su sangre era superior a tres gramos por litro. Con esa tasa, el sistema nervioso central sufre una grave depresión, la respiración se ralentiza peligrosamente y sobreviene la pérdida de conocimiento.

Irene escuchaba con atención, casi sin pestañear. Recostada en la silla, con los brazos cruzados y las manos ocultas en los costados, en lo que a ella se refería lo que el inspector estaba contando podía referirse tranquilamente a cualquier otra persona. David no había mencionado el nombre de Marcos, un detalle que la ayudó a convencerse de que la conversación versaba sobre un pobre hombre, un desconocido que había fallecido en trágicas circunstancias. Era casi como si estuvieran comentando una noticia del periódico. Con el paso de los días había conseguido levantar un muro en su mente, arrojando al lado oscuro a su marido, el incendio y todo lo que lo rodeaba. Había, además, dos mujeres diferentes: la que estaba escuchando al inspector sin perder detalle, y la otra Irene, una a la que últimamente veía en blanco y negro, como en una película antigua. Esta segunda mujer era una imagen cada vez

más lejana, una actriz a la que recordaba actuando en varias escenas, pero que cada día que pasaba se diluía más y más en su memoria.

-Por su parte -continuaba David-, el informe técnico del Cuerpo de Bomberos concluye que no se han encontrado indicios de que se tratara de un incendio provocado. El cromatógrafo de gases no ha detectado la presencia de líquidos inflamables en la vivienda. Al parecer, tu marido se durmió con un cigarrillo en la mano, este prendió en la colcha y, rápidamente, en el resto del dormitorio. El humo tóxico que originaron los materiales textiles fue lo que provocó su muerte. El fuego llegó después, cuando ya no se podía hacer nada para salvar la vida de Marcos Bilbao.

Marcos... ¿por qué tuvo que llamarlo por su nombre? Su sola mención provocó que algo se encendiera en la mente de Irene. La chispa fue también visible para David, que dejó de hablar y se limitó a observar a la mujer. Irene empezó a temblar levemente y, poco después, unas solitarias lágrimas rodaron silenciosas por sus mejillas. En esta ocasión no hubo gritos ni lamentaciones, solo una discreta sacudida y un rápido movimiento de la mano, que en un segundo enjugó la humedad de los ojos, recomponiendo de inmediato la figura y el semblante.

-Lo siento, no suelo mostrar mis debilidades en público.

-Me gustaría que no me consideraras como público en este momento. Sé que mi papel no es fácil ni sencillo, pero tampoco lo es el tuyo.

Escuchar tan crudamente los informes técnicos es muy duro, y mucha gente se derrumba con la sola mención de la palabra «forense».

-Ya, pero a mí no me gusta parecer débil.

-No me pareces débil en absoluto. Te repito que pocas personas consiguen mantener el tipo como lo estás haciendo tú en una situación como esta. Creo que debería felicitarte por ello, pero yo tampoco quiero parecer frívolo. No me parece bien decir algo así como «felicidades por no llorar».

El comentario hizo aflorar una sonrisa en los labios de Irene. David aprovechó el momento para cerrar las carpetas y volver a guardarlas en la

mochila. No había nada más que decir sobre el tema. El caso estaba cerrado y era el momento de que tanto él como ella pasaran página. David suponía que para ella sería difícil aprender a caminar de nuevo en solitario. Para él, sin embargo, significaba tener más tiempo para centrarse en el caso más urgente.

-El informe no dice nada más. Si tienes alguna pregunta, ahora o en el futuro, estoy a tu disposición.

-No, creo que no hay nada más que quiera saber. Tras un breve momento de silencio, Irene volvió a sonreír y a mirar a David a los ojos.

-No sé si lo que voy a decir ahora resulta muy adecuado. Si no lo es, por favor, dímelo sin rodeos. Mencionaste que tienes un poco de tiempo libre, y yo necesito urgentemente tomar el aire y comer algo. ¿Crees que podrías acompañarme? No quiero ponerte en ningún compromiso, entiendo que en tu papel de policía...

Para su sorpresa, David no dudó ni un momento a la hora de responder.

-No es ningún compromiso. Estaré encantado de acompañarte. Lo cierto es que no tengo que volver hasta esta tarde, así que dispongo de tiempo. Pensaba ir a casa y leer un rato, pero la verdad es que hace un día precioso como para desperdiciarlo entre cuatro paredes.

-Eso mismo pienso yo. Si me esperas unos minutos, me preparo y salimos. Si lo prefieres, puedes pasar a la salita, hay televisión, equipo de música y un sofá bastante más cómodo que esa silla. Es incómoda a propósito, para que las visitas de trabajo no se eternicen.

David se levantó, riéndose ante semejante ocurrencia, y siguió a Irene por un amplio pasillo hasta la salita, una estancia cuadrada, decorada con esmero con sencillos muebles de corte moderno. Le mostró una pequeña nevera y le invitó a que se sirviera él mismo un refresco. David cogió una Coca-Cola y se dedicó a hojear los libros que llenaban la librería que cubría dos de las tres paredes de la estancia. El gusto literario de Irene parecía bastante ecléctico. Junto a los libros de viajes, visiblemente ajados y manoseados, con los mapas a duras penas recolocados en sus dobleces, destacaban en número las novelas policíacas. Raymond Chandler, Simenon,

Henning Mankell, P. D. James y Manuel Vázquez Montalbán compartían espacio con títulos más modernos, como los best sellers de Åsa Larsson, Camilla Läckberg y Donna Leon. Pudo ver también alguna novela histórica, como *El puente de Alcántara*, un libro que recordaba haber leído hacía muchos años, y la saga dedicada a Alejandro Magno. Finalmente, en una de las estanterías se acomodaban las obras de García Márquez, Juan Rulfo, Pablo Neruda, Vargas Llosa, Mario Benedetti, Miguel Delibes, José Saramago y Antonio Machado. David reconoció que podría sentarse en ese sillón y devorar casi todos los libros de las estanterías. De hecho, había leído al menos la mitad de ellos, e incluso, como recordó con una sonrisa, en más de una ocasión intentó elaborar algunas de las recetas que Pepe Carvalho y Biscuter degustaban en las novelas de Vázquez Montalbán.

No tuvo que esperar demasiado. De hecho, no llegó ni a acomodarse en el sofá. Irene apareció en la habitación precedida por el leve repiqueteo de unos tacones en la tarima de madera. Llevaba un pantalón vaquero que ceñía perfectamente sus caderas y sus largas piernas y una camisa de pequeños cuadros azules y blancos, de un tejido tan suave que parecía suspendido sobre su cuerpo. Con la melena suelta y sin apenas maquillaje, tenía un aspecto mucho más juvenil que con el pelo recogido en una profesional coleta baja, como cuando recibió a David en su despacho.

-Estoy lista para irnos. -Con un gesto tomó la Coca-Cola a medio terminar de la mano de David y la dejó en la cocina. Descolgó el bolso del perchero de la entrada y sacó las llaves-. Me gusta dejar todo bien cerrado cuando salgo, nunca se sabe.

-Es una estupenda costumbre, te lo digo por experiencia. ¿Has pensado dónde vamos? Tú eres la guía turística.

-Otra costumbre que tengo es que, cuando no hay citas en mi agenda, me gusta dejarme llevar por mis pasos. No suelen errar el camino.

-Me fiaré, entonces.

Bajaron las escaleras charlando sobre la restauración del edificio. Irene le contó algunas anécdotas de la familia que lo mandó construir y de la sociedad de la época, y David se sorprendió de que ya en siglo XVIII las

triquiñuelas y desavenencias familiares desembocaran en mentiras, robos y, en ocasiones, asesinatos. «Hay cosas que nunca cambian», pensó. Volvió a mirar las formas redondeadas del suelo del zaguán y decidió que quizá no fuera tan descabellado pensar que algunos de esos suaves cantos pertenecieran a algún desafortunado rival de la poderosa familia.

Al salir del portal, Irene torció a la derecha y enfiló la calle Zapatería con paso lento. Siguió recto en la calle San Antón, buscando la mitad de la calzada que permanecía en sombra. Mientras caminaban sin prisa la conversación fluía con naturalidad. Parecían dos viejos amigos poniéndose al día de sus respectivas vidas. David le contó aspectos de su trabajo que nunca hasta ese momento había comentado con nadie. Las palabras llegaban hasta su boca como un río que busca su cauce natural. No eran secretos, ni relatos truculentos. Eran simplemente cuestiones personales que nunca había formulado en voz alta, como la desazón que le invadía al charlar con algunos compañeros a los que su trabajo ya no les importaba nada, que solo aspiraban a terminar el día con vida, marcharse a su casa, cobrar un sueldo a fin de mes y esperar tranquilos la jubilación. Tenía miedo de que el tiempo acabara convirtiéndole en uno de ellos, en un policía acomodado, ajeno a los problemas de los demás, amargado al comprobar día tras día que todos sus esfuerzos no eran suficientes para poner un poco de orden en el caos, impotente al ver cómo los delincuentes salían impunes una y otra vez de los juzgados mientras ellos tenían las manos atadas por un sinfín de leyes y normas. Se había jurado a sí mismo que entregaría la placa antes de convertirse en un policía sin vocación. Hablaron también de las falsas sonrisas de algunos compañeros, que solo esperaban verle a uno tropezar para intentar quedarse con su puesto, y de la guerra encubierta que se libraba cada vez que el Ministerio del Interior convocaba los exámenes de ascenso; pero además le contó la seguridad total que tenía en los miembros de su equipo, cuatro personas a quienes cada día confiaba su propia vida. Irene escuchaba sin interrumpirle, dejando que él buscara las palabras adecuadas, sin terminar por él las frases ni cortarle con preguntas. Estaban llegando ya a las inmediaciones del parque de la Taconera cuando David pareció darse cuenta de que llevaba mucho rato monopolizando la conversación.

-Espero no aburrirte. Créeme si te digo que no suelo hablar tanto, pero hoy parece que me han dado cuerda.

-Estoy encantada de escucharte. Hace tiempo que no mantengo una conversación interesante. No sabes cuánto te lo agradezco.

-¿Y ahora? ¿Qué dicen tus pies? -David se detuvo en el cruce de caminos, esperando que Irene decidiera la vía que seguir.

-En estos momentos no son mis pies los que hablan, sino mi garganta, que me está pidiendo a gritos algo fresco. Ahí delante está el Café Vienés y es la hora del aperitivo.

-Perfecto.

Irene miró el semáforo que tenía enfrente y comprobó que apenas quedaban nueve segundos para que cambiara a rojo. Casi sin pensarlo, asió la mano de David y se lanzó a la calzada, cruzando a la carrera y alcanzando la otra acera justo cuando el semáforo cambiaba de color.

-Por los pelos. -Irene sonreía, sosteniendo todavía la mano de David en la suya.

-Esta manera tuya de cruzar la calle casi puede considerarse un deporte de riesgo.

-Creo que está apareciendo el policía que llevas dentro. -El brillo de sus ojos atraía la mirada de David como un imán.

Los dos se dieron cuenta casi al mismo tiempo de la situación y separaron las manos al unísono. Se produjo un silencio incómodo que duró apenas unos segundos, los que tardaron en alcanzar la terraza del Café Vienés. El edificio octogonal de paredes acristaladas, antiguamente una caseta para el alquiler de bicicletas, era el refugio habitual de estudiantes y bohemios que buscaban la inspiración entre los jardines versallescos, a la sombra de un retorcido ejemplar de sófora japonesa. El elegante tronco de corteza arrugada y líneas tortuosas ascendía más de diez metros desde el suelo. El ambiente estaba impregnado por el dulce aroma de las cremosas flores que colgaban, como osadas bailarinas, de las largas y brillantes ramas. Una vez sentados en una mesa al aire libre, protegida del sol de mediodía por un enorme toldo de color claro, compartieron sus preferencias sobre bebidas

y decidieron pedir dos martinis rojos y algo para picar. Cuando el camarero dejó sobre la mesa las copas y una bandeja con fritos variados, la conversación discurría de nuevo con naturalidad. Como si de un pacto tácito se tratara, David se recostó en la silla y dejó que fuera Irene quien hablara. Sin saber por qué, ella le habló de la muerte de sus padres y de la profunda soledad que sintió entonces.

-Creo que me dedico al turismo para estar siempre rodeada de gente. Con este trabajo puedo elegir estar encerrada sola en mi despacho cuando necesito pensar y organizar proyectos, o salir con decenas de personas a visitar lugares encantadores. Hay veces que necesito urgentemente el contacto humano, hablar con alguien aunque solo sea de banalidades. Entonces rebusco entre mis clientes el grupo que me parece más atractivo y me sumo a su viaje. Ellos creen que es una deferencia por mi parte, ya que soy la propietaria de la empresa, pero lo cierto es que son ellos los que me están haciendo un favor a mí. Las personas de vacaciones normalmente están de buen humor y se muestran abiertas y habladoras, justo lo que yo necesito en esos momentos.

-Te entiendo perfectamente. Yo trabajo rodeado de gente, incluso mi despacho tiene las paredes de cristal. Hablo con decenas de personas cada semana. Lo que ocurre es que casi siempre la conversación gira en torno a hechos delictivos de lo más variados. Mi refugio, al contrario que tú, no está en el trabajo, sino en casa o en la montaña. A veces llego a casa tan cansado y vacío que ni enciendo la luz. Me dirijo a oscuras hasta un sofá situado frente al balcón y me siento allí en absoluto silencio, intentando no pensar en nada. Cuando mi cabeza se queda sin imágenes ni palabras, ya puedo levantarme y continuar viviendo.

-¿Siempre has vivido solo?

-Desde que me destinaron a Pamplona, hace más de diez años, sí. Al llegar compartí piso con un compañero durante unos meses, pero aquello no funcionaba, al final terminas hablando de trabajo en casa, en el bar..., en todos los lados. Así que, en cuanto pude, busqué un piso para mí solo. Al principio lo tuve en alquiler, porque no sabía si me iba a quedar mucho tiempo, pero cuando decidí establecerme, hablé con los dueños para comprarlo. Entonces el mercado inmobiliario no estaba tan loco como ahora

y pagué un precio justo por él. Tardé años en amueblado y todavía no está listo del todo, todavía quedan demasiados espacios vacíos.

-No has estado casado, entonces...

-Todavía no he encontrado la compañera ideal.

-¿Compañera? ¿Estás en contra del matrimonio?

-No, no me importaría casarme si me cruzara con esa persona. La verdad es que creo que el matrimonio solo es un contrato, pero entiendo que es una convención social y que, además, tranquiliza a muchas personas, por no hablar de sus ventajas legales y fiscales. -David sonrió para acompañar sus últimas palabras-. Digo «compañera» porque yo entiendo que la pareja es alguien que debe acompañarte en la vida. Eso es una compañera, alguien que camina a tu lado, ni delante ni detrás. Una pareja, matrimonio o no, son dos personas que avanzan al mismo tiempo y transitan la misma calle. Estoy convencido de que, para que todo funcione, la pareja debe tener gustos afines, compartir al menos el ochenta por ciento de sus aficiones, sus pasiones y sus pensamientos. No concibo un matrimonio en el que una de las partes, o las dos, tenga que renunciar a una parcela importante de su vida para satisfacer al otro, o simplemente para no molestarlo. La vida en pareja no debe construirse con renunciaciones, sino con generosidad y compartimientos comunes.

David hablaba a Irene mirándola fijamente a los ojos. Seguro que era una ilusión óptica, pero el caso era que se sentía como si estuviera dentro de ellos, se veía a sí mismo reflejado tras su retina. De pronto, en los ojos de Irene brilló una pequeña lágrima. Sin pensarlo, David acercó la mano y la posó sobre su cara, enjugándola con el pulgar. En su cabeza se fijó de pronto un solo objetivo: sus labios. La atrajo suavemente hacia él y, al no encontrar ninguna resistencia por su parte, avanzó hasta que sus bocas se tocaron. La mano de David se perdió entre el pelo de Irene, acariciándole la nuca pero sin soltar la suave presión que mantenía sus labios unidos. Era ella la que tenía que dar el siguiente paso y lo hizo sin titubear. Entreabrió la boca y abarcó con ella la de David, que no pudo más que cerrar los ojos y perderse en una sensación de placer y escalofrío que lo recorrió de los pies a la cabeza. El beso fue tierno y dulce. Cuando abrió los ojos, David vio que en los de Irene ya no había lágrimas, sino una luz que iluminaba sus iris oscuros haciéndolos

más increíbles todavía. Se separaron despacio, temiendo que la magia terminara de golpe. David prolongó el momento con unos besos cortos en los labios y la mejilla de Irene, que inclinaba la cara hacia él para recibir sus caricias. Se miraron sin hablar durante unos minutos. David le acariciaba la palma de la mano mientras los dedos de Irene se perdían entre su pelo. Se separaron bruscamente cuando apareció el camarero para retirar los vasos vacíos, lo que les dio la oportunidad de retomar la conversación y volver a sonreír.

-¿Te apetece un paseo corto antes de comer? Tenemos la Taconera a nuestra disposición. -Irene alargó la mano para tomar la de David, que entrelazó sus dedos con los de ella mientras se levantaba de la silla.

-Me parece una idea estupenda.

El parque de la Taconera los acogió con sus frondosos árboles y sus cuidados jardines. Los empleados municipales ya habían comenzado a proteger algunos parterres con vallas altas para impedir que los miles de visitantes que llegarían en pocos días a Pamplona los utilizaran como improvisado colchón durante las madrugadas sanfermineras. Caminaron junto al antiguo foso, mirando de reojo a los animales que componían el pequeño zoo. Con las manos unidas de vez en cuando, Irene se aproximaba un poco más, apoyando su mano libre en el brazo de David. Se detuvieron en otras dos ocasiones para regalarse unos apasionados besos. Las manos de David recorrieron la espalda de Irene; notó que temblaba por debajo de la blusa. Él sintió un estremecimiento similar, aunque tuvo que reconocer que, en su caso, el miedo a estar dando un paso hacia lo desconocido formaba parte de la sensación. Nunca había tenido suerte en el amor. Las pocas relaciones serias que mantuvo durante su juventud terminaron en fracaso, casi siempre sintiéndose abandonado y humillado. Esas experiencias le habían convertido en un hombre precavido, aunque reconocía que tenía éxito entre las mujeres y en varias ocasiones acabó durmiendo con jóvenes muy guapas. Esas relaciones, sin embargo, tampoco le llevaron a ningún sitio. A pesar de todo, su cuerpo le empujaba a abrazar a Irene, a besarla y a desearla con locura.

Aspiraba el olor de su pelo como si de un aliento de vida se tratara, mientras las yemas de los dedos recorrían una y otra vez la palma de su

mano.

Sus pasos les llevaron sin darse cuenta de vuelta a la calle Zapatería. Cuando llegaron frente al palacio de los Navarro Tafalla, Irene buscó las llaves en el bolso y sostuvo la puerta frente a David, que cruzó el umbral sin soltarle de la mano. Subieron las escaleras en silencio y, cuando cerraron la puerta de la oficina a su espalda, los besos subieron de intensidad mientras se dirigían despacio hacia la habitación, donde el pequeño sofá cama esperaba desplegado. David no podía apartar los ojos de Irene. El pelo negro, la piel tan blanca, las curiosas pecas, los carnosos labios... Se desprendieron de la ropa con gestos rápidos, urgentes, y dejaron que sus manos descubrieran cada rincón del cuerpo del otro.

Irene sentía los labios dulces, flexibles y un poco húmedos de David. Percibió el sabor de su lengua y le pareció el mejor de los manjares. No recordaba haber experimentado nunca algo parecido. En ese momento se sentía capaz de seguir besándolo durante toda la vida. Concentró todos sus sentidos en no perderse ni una sola de las caricias, en sentir cada centímetro del cuerpo de David, que la devoraba con las manos y con los labios. No pudo evitar reírse al alcanzar el éxtasis. David escuchó su risa y la grabó en su memoria, junto con el inmenso placer que le recorrió inmediatamente después.

Irene recuperó el aliento recostada en el pecho de David, escuchando la cadencia de su respiración y el latido regular de su corazón. Mientras él le acariciaba el pelo y la espalda, ella intentó analizar la maraña de sentimientos que pugnaban por imponerse en su interior.

Felicidad, miedo, traición, deseo, amor... La cabeza y el corazón luchaban entre sí, pero, por una vez, decidió dejarse llevar por las sensaciones y cerrar los ojos de nuevo, mesando con los dedos el vello de su pecho.

Un sonoro gruñido procedente del estómago de David los sacó de su ensimismamiento y acabó con las caricias que se prodigaban el uno al otro, provocando en ella una carcajada y haciendo que él se sonrojara todavía más.

-No me había dado cuenta del hambre que tengo -se disculpó David, incorporándose en la cama para intentar que su estómago no volviera a rugir.

-Es normal, yo también estoy hambrienta. Son más de las cuatro de la tarde y no hemos comido nada desde el aperitivo. Voy a ver qué tengo en la nevera.

Irene abandonó el sofá cama cubriendo su cuerpo con una camiseta que dejaba al descubierto sus largas piernas. Se deslizó sobre la tarima hasta llegar a la pequeña cocina, donde David la oyó abrir y cerrar armarios y trastear en el frigorífico. Regresó pocos minutos después con varios sándwiches de jamón en un plato y dos latas de cerveza. David, con los pantalones puestos y sentado a los pies del sofá, la ayudó a convertir una silla en mesa, cubriendo el tapizado con una de las servilletas de papel que trajo Irene debajo del brazo. La comida les duró apenas unos minutos y les sirvió para recuperar fuerzas y despertar de nuevo la pasión. No podrían decir quién dio el primer paso en esta ocasión, pero antes de darse cuenta estaban de nuevo anudados entre sí, besándose como si en ello les fuera la vida, acariciándose con avaricia y concentrándose completamente en proporcionarse placer el uno al otro.

Era media tarde cuando llegó el momento de la despedida. David se duchó y se vistió rápidamente; Irene, adormecida sobre la cama, le observaba mientras se ponía la ropa y empezaba ya a echarle de menos.

-¿Puedo llamarte mañana, cuando termine de trabajar?

-Sufriré mucho si no lo haces.

-No quiero que sufras. Te llamaré en cuanto salga de comisaría.

-¿Prometido?

-Por mi vida. -Se inclinó sobre ella y depositó un suave beso en su hombro desnudo. Deseó con fervor volver a meterse en la cama, a su lado, y poder dormir plácidamente, pero por primera vez en ese día se impuso la razón y se separó de la cama y de Irene.

Bajó las escaleras mientras su lengua, golosa, recorría el interior de la boca para recoger cada rastro del sabor de aquella mujer. Recordaba nítidamente su piel, sus curvas, sus gemidos.

Salió a la calle sonriendo, dispuesto a enfrentarse al primer día de su nueva vida.

13

Pese a que su cuerpo se lo pedía a gritos, esa noche fue incapaz de conciliar el sueño. Estaba cansada, exhausta, pero su mente no dejaba de divagar de un lado a otro de la realidad, imaginando las diferentes vidas que podría vivir si decidía obedecer a su cerebro o a su corazón. Sería tan fácil dejarse querer... David parecía un hombre bueno y tierno, de esos que se entregan por completo cuando se enamoran. Y ella tenía mucho amor guardado, todo el que Marcos había rechazado durante tanto tiempo. Irene sentía que se estaba muriendo por dentro. Por eso, David podía ser su salvador, la persona que la sacara del pozo y le iluminara de nuevo el camino.

Pero conocía los riesgos. A pesar del cansancio y el aturdimiento, era capaz de ver perfectamente el peligro que suponía volver a verle. Si bajaba la guardia, cualquier indiscreción podría convertirse en su perdición. David era policía y, aunque había cerrado el caso del incendio, sería sencillo reabrirlo si en algún momento albergaba la más mínima sospecha sobre lo que sucedió aquella tarde. Era muy peligroso volver a verle, pero su corazón ya le echaba de menos. «Quizá», pensó, «con un poco de suerte no me llame de nuevo.

Quizá haya sido para él un lío de una sola noche... Pero si me llama...» El recuerdo de su voz hizo aflorar una sonrisa a sus labios y se rindió a lo evidente. «Si me llama, iré, le abrazaré, le besaré y me sentiré viva. Solo un poco más», se juró a sí misma, «unas horas, unos pocos días, y después le dejaré marchar, le echaré de mi vida si es necesario. Pero, ahora, él es el pulmón que necesito para respirar. Solo un par de bocanadas más».

Por primera vez en toda su carrera profesional, David Vázquez no oyó el despertador a las siete de la mañana y llegó a la comisaría pasadas las nueve, cuando todo el mundo estaba ya en su puesto. Torres fue el primero en salir a su encuentro.

-Iba a llamarte ahora mismo, pensaba que te habías puesto enfermo.

-No he oído el despertador y me he quedado dormido. Me ha despertado la radio de la vecina a todo volumen. ¿Tenemos novedades?

-No demasiadas. No hay noticias del laboratorio, pero confío en que hoy nos digan algo. Ayer me jugué la vida presionando a los técnicos. Casi me tiran los trastos a la cabeza, pero espero que haya valido la pena.

-Seguro que sí. Saben que tienen a todo el mundo esperando tras la puerta, los análisis de Roncesvalles tienen máxima prioridad. ¿Qué más?

-La unidad canina rastreó ayer la zona y volverán hoy, a ver si encuentran algo.

-Nos vendría bien un arma homicida...

-Eso sería genial. Helen, Ismael, Teresa y yo hemos hablado con los dueños de todos los coches blancos con matrícula antigua de la zona. Localizamos veinte vehículos en total. En principio ninguno de los propietarios parece sospechoso de asesinato, ya sabes: vecinos normales, gente normal, jubilados normales, curas normales... Aunque no podemos descartar que alguien tomara prestado el coche, cometiera el asesinato y lo

devolviera después. Hay gente que no conduce más de una vez por semana, para ir al médico o hacer la compra, y no lo echaría de menos si le faltara del garaje durante unas horas.

-Vamos demasiado lentos. ¿Estás preparado para ir a Roncesvalles?

-Solo faltabas tú...

Si Vázquez captó la ironía de sus palabras prefirió ignorarlo. En su cabeza todavía bailaba la risa de Irene y no quería que nada ocultara ese sonido.

-¿Qué tal os fue ayer? -preguntó el inspector.

-Como ordenaste, estuve en la carretera a Burguete para comprobar in situ el tráfico que circula por esa vía a diferentes horas de la mañana. Dos de nuestros agentes me acompañaron, pero no hubiera hecho falta, el sargento López estaba al pie del cañón con sus hombres.

-No esperaba otra cosa... ¿y bien?

-Establecimos el puesto de control en el mismo lugar en el que se cometió el asesinato. Entre las siete y las ocho y media de la mañana hubo un flujo constante de peregrinos a pie y en bicicleta, pero muy pocos coches. - Torres consultó sus notas antes de continuar-. En ese tiempo vimos ocho turismos, todos en dirección al pueblo, y tres furgonetas de reparto que también se dirigían a Roncesvalles. Dos de ellas regresaron al poco tiempo. A partir de las nueve y media todo se ralentizó sobremanera. En una hora solo vimos dos vehículos hacia Roncesvalles y tres en dirección a Burguete.

-El asesino no tuvo ningún problema para matar al joven y cruzar la carretera con él. No le llevaría más de cinco o seis minutos en total.

-Es perfectamente posible, sí, aunque tuvo que acompañarle la suerte. - La que le faltó a Reuben. Un coche podría haberle salvado la vida.

-No creo que nadie hubiera detenido a ese loco, David. Al contrario, si alguien le hubiera auxiliado, quizá estaríamos investigando dos muertes.

-Quién sabe... -David permaneció durante unos instantes sumido en sus propios pensamientos. De pronto, pareció como si alguien le hubiera pulsado un resorte interno. Se levantó de un salto, asustando a Mario, y se plantó en la puerta en dos zancadas-. Nos vamos a Roncesvalles. ¿Están avisados los curas de la Colegiata? -El agente movió afirmativamente la cabeza, analizando la inesperada energía que desprendía su jefe-. Helen, Teresa e Ismael esperarán los resultados del laboratorio y, mientras tanto, pueden avanzar en algunos de los casos que tenemos pendientes. ¿Qué hay del maltratador detenido anteayer?

-Libre a la espera de juicio. Le han impuesto una orden de alejamiento.

-Que hablen con la mujer para que no se eche atrás en la denuncia. Que Helen intente conseguirle un avisador de alerta. Hay que interrogar también a los vecinos, a las personas que la llevaron a Urgencias y dejarlo todo bien atado. Voy a tomar un café mientras tanto, nos vemos en veinte minutos.

En cuanto estuvo solo sacó su teléfono móvil y marcó el número de Irene. Contestó al tercer timbrado y su voz volvió a colarse en el cerebro de David.

-Soy yo, solo quería darte los buenos días.

-Buenos días. ¿Has dormido bien?

-Pensando en ti. Luego se me han pegado las sábanas y he llegado tarde a trabajar.

-A mí también me ha costado mucho levantarme, pero yo tengo la ventaja de ser mi propia jefa.

-Te envidio. Tengo que irme, te llamaré en cuanto vuelva.

-¿Te vas de viaje?

-Solo a Roncesvalles, volveré por la tarde.

-Ten cuidado, por favor. -Su voz se coló a través del tímpano como un suave ronroneo, un agradable cosquilleo cargado de promesas.

Contaba con el tiempo justo de sacar un café de la máquina y tomárselo casi ardiendo. La lamentable combinación química que se hacía pasar por café acabaría un día por producirle una úlcera en el estómago, pero era lo único que tenía a mano y necesitaba con urgencia una dosis de cafeína. Apuraba el vaso cuando vio llegar a Mario Torres, tan puntual como siempre.

-Supuse que estarías aquí. ¿Nos vamos?

En el aparcamiento, David se dirigió a la puerta del copiloto, dejando a Mario al volante.

-Has debido de dormir muy mal esta noche para permitirme conducir.

-Necesito pensar un poco por el camino. Estoy convencido de que hay algo que se nos escapa, pero no consigo ver más allá de mis narices.

Permanecieron en silencio el resto del camino. Se cruzaron con varias patrullas de la Guardia Civil y de la Policía Foral, que custodiaban las veredas jacobeanas. Apostados a ambos lados de la calzada, los agentes uniformados, unos de verde y otros de rojo, vigilaban el tránsito de los cientos de peregrinos que avanzaban a buen paso, afrontando los primeros kilómetros de su aventura con el espíritu animado y el cuerpo todavía fresco. El río de caminantes, abundante en Zubiri y Erro, se convirtió en un reguero según ascendían hacia Espinal y Burguete, para descender por completo en las proximidades de Roncesvalles, donde el sendero aparecía completamente desierto, al igual que el amplio aparcamiento en el que detuvieron el vehículo.

Desde la explanada de tierra pudieron ver a tres personas sentadas a la sombra de los enormes muros del albergue Itzandegia, en el mismo lugar en el que un par de días antes Vázquez interrogó a los amigos de Reuben Laughton. Los tres hombres, el padre Ramírez, el padre Cano y el hermano Gómez, ocupaban otras tantas sillas de plástico dispuestas alrededor de una mesa del mismo material sobre la que descansaban varios vasos con restos de café. Los policías se acercaron al pequeño grupo, que se puso en pie para recibirlos.

-Buenos días, agentes. -El padre Andrés Ramírez tomó una vez más la

iniciativa como máximo responsable de la Colegiata y jefe inmediato de los otros dos sacerdotes, parecía lo más natural. Observó a los policías con una mirada franca y luminosa que unas incipientes cataratas todavía no habían conseguido apagar, aunque a buen seguro le costaría enfocar la vista en las distancias cortas.

-Padre, señores. -David les estrechó la mano a los tres, mientras que Torres se limitó a saludar con una inclinación de cabeza-. Lamento importunarlos de nuevo, pero tengo algunas cuestiones pendientes que necesito que me ayuden a aclarar.

-Estamos a su disposición. Nosotros somos los primeros interesados en que encuentren al culpable, tanto por un sentido de la justicia como para recuperar la paz y la calma que nos caracteriza y de la que hacemos gala. No puedo negarles que la comunidad religiosa está un tanto inquieta ante los últimos acontecimientos. El miedo se respira en el pueblo, los vecinos no hablan de otra cosa, apenas salen de casa y, cuando lo hacen, buscan la compañía de otras personas para hacer sus recados o acudir al trabajo. Incluso los pastores, almas solitarias por definición, se reúnen en los pastos para hacerse mutua compañía.

Mientras hablaban, Mario Torres acercó a la mesa otras dos sillas de plástico en las que se acomodaron para continuar con la conversación.

-Creo que tienen en su garaje dos coches blancos con matrícula regional.

-Efectivamente, sus agentes ya tuvieron oportunidad de verlos. Tenemos un Seat Toledo de unos doce años y un Renault Orion todavía más antiguo. Como ve, nuestra flota de vehículos está lejos de ser moderna, aunque ahora contamos también con un Nissan Frontera que nos saca de apuros en los días de nieve y hielo.

-¿Quién conduce esos coches?

-Cualquiera de los hermanos que los necesite, además de los voluntarios, tanto los hospitaleros holandeses como los jóvenes españoles. Cuando hay que hacer algún recado, como ir a Pamplona, llevar a alguien al

médico o cualquier otra cosa que se le ocurra, el encargado de esa tarea solo tiene que pedirme la llave a mí o al padre Cano para disponer del coche.

-¿Solo ustedes tienen llaves de los coches?

-Bueno, no exactamente. Las llaves están colgadas en mi despacho, en un armarito detrás de la puerta en el que están las llaves de diversas estancias de la Colegiata. Además, hay personas que, por su posición y responsabilidad, tienen acceso directo a los coches, a uno o a los dos, depende.

-¿Por ejemplo?

-Yo tengo llaves de los dos coches -anunció Luis Gómez-. Soy el encargado del mantenimiento del albergue, así que tengo que ir varias veces por semana a comprar todo lo que necesitamos, desde utensilios de limpieza e higiene para los peregrinos hasta colchones, bombillas o paneles antimosquitos para las ventanas. Lo que haga falta, cuando haga falta.

-¿Ustedes saben en todo momento dónde están esos coches o quién los ha conducido en los últimos días?

-Lo normal es que quien lo necesita, me lo diga. Si estoy en la Colegiata, le entrego yo mismo las llaves. Si no, le indico dónde están y las coge él mismo. Mi despacho no suele estar cerrado.

-Imagino que sabe que mis agentes están buscando un coche blanco en relación con el asesinato del joven Reuben Laughton. Nos gustaría mucho ver los suyos. Si nos acompaña al garaje...

-Por supuesto, por supuesto. Síganme, por favor.

Antes de que el padre Ramírez acabara de incorporarse, los otros dos religiosos ya estaban en pie, dispuestos a seguirle. Caminaron en silencio, el padre Ramírez y el inspector Vázquez en cabeza y Luis Gómez cerrando la escueta comitiva que se dirigía al garaje. Efectivamente, allí encontraron los tres vehículos que el padre Ramírez declaró tener, además de una motocicleta de pequeña cilindrada con telarañas en las llantas, una carretilla cargada de

fardos y un par de bicicletas en mejor estado, aunque tampoco podía decirse de ellas que fueran nuevas o estuvieran bien cuidadas.

Torres se adelantó unos pasos para coger las llaves del lugar en el que el padre Ramírez le dijo que estaban. Les alcanzó rápidamente y se las entregó a David, que abrió la puerta del primero de los coches. El Toledo familiar parecía en perfecto estado. Limpio por dentro y por fuera y perfectamente ordenado. No había nada fuera de lugar en la guantera ni en el maletero, donde descansaban la rueda de recambio, los reglamentarios triángulos de emergencia, una barra antirrobo y una potente linterna. Incluso las ruedas y las llantas estaban limpias y brillantes. Lo mismo podía decirse del Orion. El estado general de los dos vehículos, al menos en su exterior, era excelente.

-¿Han lavado los coches recientemente?

-Por supuesto. Para conseguir que duren tantos años hay que mantenerlos en perfecto estado. Un mecánico los revisa al menos una vez al año y Domingo los lava con bastante frecuencia. Si quiere, puedo preguntar cuándo los ha limpiado por última vez, aunque a juzgar por el charco que he visto en el patio, no me sorprendería que hubiera sido esta misma mañana.

El padre Ramírez telefoneó al responsable de mantenimiento de la Colegiata, que se personó en el garaje a los pocos minutos. Se presentó como Domingo Ayestarán, un vecino de Roncesvalles de cincuenta y cinco años que llevaba más de veinte como encargado del cuidado general del complejo religioso. A sus órdenes trabajaban tres personas de manera permanente y otras dos que acudían cuando había mucha faena. Como esperaban, Ayestarán confirmó que él mismo había lavado los coches a primera hora de la mañana.

-El Orion tenía los bajos salpicados de barro y las alfombrillas interiores también estaban manchadas, así que decidí lavarlo. El Toledo no estaba demasiado sucio, pero como tenía tiempo libre y ya había preparado todo lo necesario, lo lavé también, aunque este me llevó menos tiempo. Además, el Orion tiene un arañazo -dijo mirando ahora al padre Ramírez. No es mucho, pero se ve perfectamente.

Ramírez y Vázquez se acercaron para ver la abolladura, poco más que una línea vertical en el alerón derecho, junto a los enormes faros traseros.

-Me temo que yo soy el culpable de ese golpe. -La voz de Luis Gómez reverberó en las paredes de la cochera-. La verdad es que casi no fue un golpe: rocé una señal de tráfico cuando realizaba una maniobra para dar la vuelta en la carretera y volver desde Burguete. Paré en la plaza Hermilio Olóriz para hacer unas compras en la farmacia y quise evitar tener que ir hasta la rotonda. Como casi nunca hay tráfico, realicé una maniobra marcha atrás para cambiar de sentido. -Gómez hablaba mirando alternativamente a su superior y al inspector, como si intentara adivinar quién iba a ser el primero en sancionarle-. Bueno, pues esta vez vino un coche por el otro carril y tuve que retirarme hacia el arcén, todavía marcha atrás. Calculé mal y golpeé una señal de stop, aunque fue tan leve que ni pensé que hubiera abollado el coche. Pagaré la reparación -dijo mirando ahora solamente a Ramírez.

-No creo que sea necesario, Luis. Lo cierto es que apenas se nota. Domingo pintará un poco allí donde se ha levantado la pintura y ya está. Es un coche viejo, al fin y al cabo.

Mario Torres levantó el portón del maletero e inspeccionó el interior con una pequeña linterna. Como en el Toledo, estaba perfectamente limpio y ordenado.

-Me gustaría saber quién ha conducido estos coches en los últimos días.

-Bien, preguntaremos a todo el mundo y le llamaré en cuanto tenga una lista, aunque no creo que sea muy larga. Seguramente, en esta semana solo tres o cuatro personas habrán utilizado los vehículos. Le daré los nombres, por supuesto. ¿Hemos terminado aquí? Hace bastante frío en esta zona del edificio.

Salieron de nuevo al sol de junio y caminaron hacia el pueblo. El padre Manuel Cano, que había permanecido prácticamente mudo durante toda la mañana, interrogaba ahora a los agentes sobre el despliegue policial, interesándose por el número de efectivos que participaban en el mismo y por el tiempo que duraría activado el dispositivo.

-Estoy seriamente preocupado por la seguridad de los peregrinos, inspector. Me parece muy grave que alguien haya matado a dos personas aquí y que todavía no se haya detenido a nadie.

-Créame, a nosotros también nos preocupa. Hacemos todo lo posible, se lo aseguro.

-¿Y no tienen ninguna hipótesis sólida?

-No hasta el momento, aunque es pronto para afirmarlo de manera categórica. Trabajamos con varios supuestos, todas las vías de investigación están abiertas y en cualquier momento podemos dar con la pieza que nos falta para detener al asesino.

-Lo que no me cabe en la cabeza -añadió en esta ocasión el padre Ramírez- es por qué alguien puede querer asesinar a peregrinos. Son personas normales, sin especial relevancia en la sociedad. Es cierto que de vez en cuando aparecen por aquí personajes más o menos famosos con intención de participar en lo que ellos llaman «una aventura», pero lo habitual es que los caminantes dejen en casa su estatus, el dinero, sus ambiciones y el trabajo, y afronten el Camino con humildad, sin apenas diferenciarse los unos de los otros. Además, tengo entendido que ninguno de los dos fallecidos tenía cuentas pendientes con la ley ni estaba relacionado con mafias o asociaciones similares. Lo ilógico de estas muertes es lo que me está quitando el sueño.

-¿Qué es lo que los dos fallecidos tenían en común? -El padre Cano formuló en voz alta la pregunta que el inspector llevaba días haciéndose. Los cinco hombres permanecieron en silencio unos minutos, mirando alternativamente al suelo y al cielo-. Los dos eran extranjeros, pero no del mismo país; ambos viajaban acompañados, el primero por una mujer y el otro por dos hombres. Estuvieron en un bar, como la mayoría de los peregrinos. Uno conoció a una joven y el otro se emborrachó para paliar el mal de amores. En ambos casos el viaje era una excusa. Para el peregrino polaco, porque quería acercarse a la joven Karolina; en cuanto al inglés, eran unas vacaciones, un premio de fin de carrera y la primera etapa hacia los sanfermines. Ninguno de los dos mostraba inclinaciones religiosas. -Cuando el sacerdote terminó de hablar se fijó en las cuatro caras que le miraban asombradas. El anciano había resumido en unas pocas frases la síntesis de

toda la investigación policial. No dejaba muy bien la actuación policial.

-¿Insinúa que el asesino busca peregrinos sin fe? Me parece una teoría demasiado cogida por los pelos.

El hermano Gómez dio un paso adelante, y se colocó junto al padre Cano antes de hablar:

-Es cierto que cada vez son más los peregrinos que llegan como turistas, con exigencias de turistas y expectativas de turistas. No rezan, no buscan la paz en su interior, no realizan penitencia ni donativos. Llegan al albergue y se quejan de que hay demasiada gente en el dormitorio, de que el agua no está lo suficientemente caliente, de que las camas son estrechas... Hace años, los peregrinos se conformaban con un techo bajo el que dormir y paja seca en el suelo. Cualquier otra cosa era un lujo añadido. Ahora, comen en restaurantes, tienen una furgoneta que les lleva el equipaje, se cargan de souvenirs en cada etapa, beben, fuman... Queda poco del espíritu jacobeo. Al menos, estas dos almas se han despedido como peregrinos.

-Hermano, sinceramente, creo que los dos están exagerando. -El padre Ramírez miró alternativamente a Gómez y a Cano, que sonreían beatíficamente mientras esperaban la reprimenda que estaba a punto de llegar-. Es cierto que acuden personas poco preparadas física y mentalmente para hacer el Camino, pero también son muchos los que lo hacen con una enorme motivación espiritual. Los peregrinos sufren mucho y no todos lo consiguen. Además, estamos en un país libre, cada uno puede invertir su tiempo en lo que desee, y si quiere caminar novecientos kilómetros, es libre de hacerlo. Y no olvide los beneficios económicos que reporta a todos los pueblos y ciudades por los que pasa la ruta jacobea.

-Tiene razón, disculpe mi arrebato. A veces no sé lo que me digo. Lamento comportarme como un viejo loco, señores. Si les parece bien, me acercaré a preguntar quién ha conducido los coches esta semana. Volveré enseguida.

El hermano Gómez se alejó tras despedirse con un tímido apretón de manos, muy alejado del sólido saludo que ofreció al inspector el día que se conocieron. Al parecer, las palabras del sacerdote habían herido al hombre,

más sensible de lo que su enorme humanidad daba a entender. Regresaron a la acogedora sombra del albergue, donde el padre Cano pidió a los voluntarios que les trajeran unos refrescos. Sentados en las sillas de plástico, charlaron brevemente y degustaron sus bebidas mientras esperaban que el hermano Gómez volviera. Tardó menos de veinte minutos en hacerlo. Se le veía acalorado y sofocado, como si hubiera hecho todo el camino de ida y vuelta a la carrera. Entregó un papel cuidadosamente doblado al padre Ramírez, quien, tras echarle un rápido vistazo, lo pasó al inspector. Gómez pidió de nuevo permiso para retirarse, alegando que tenía mucho que hacer en el albergue. Los policías aprovecharon la circunstancia para despedirse de los tres hombres y poner rumbo a Pamplona, de nuevo con Torres al volante y Vázquez acomodado en el asiento del copiloto. David desdobló el papel que le había entregado Ramírez y leyó en voz alta una corta lista de nombres.

-Tenemos a dos hospitaleros holandeses, al coordinador de los voluntarios, Unax Goizueta, un par de monjes, Domingo Ayestarán, y al propio Luis Gómez. La lista no es extensa -dijo-, pero suficiente para entretenernos un par de días. Cuando llegemos a Pamplona comprobaremos los antecedentes de todos. Habrá que llamar a la Interpol para saber algo de los holandeses, y es posible que mañana tengamos que volver a Roncesvalles.

Torres asentía con un movimiento de cabeza, concentrado en tomar con suavidad las cerradas curvas primero del alto de Mezkititz y después del puerto de Erro. Sin tiempo para detener la mirada en los hermosos parajes que los rodeaban, David seguía dándole vueltas a las palabras del padre Cano, subrayadas después por el hermano Gómez.

-¿Qué piensas de esos hombres? Me refiero a los tres curas.

-Son personas de lo más peculiares, viven en una sociedad cerrada, jerárquica y, en muchos aspectos, casi medieval, así que no es de extrañar que tengan ideas bastante curiosas que no encajan demasiado en la época actual. Son como talibanes, pero católicos, si es que eso puede suceder.

-Los extremistas son peligrosos en cualquier lugar del mundo, aunque no creo que esos tres ancianos supongan realmente una amenaza para nadie.

-¿Ah, no? -Torres sonreía mostrando una hilera de dientes blancos,

rematados por un colmillo torcido que el policía se negaba a corregir mediante incómodos alambres protésicos-. Si me encuentro en un callejón oscuro con cualquiera de esos tres individuos, armados con un hacha o algo por el estilo, te aseguro que saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

Hicieron el resto del camino en silencio, meditando sobre los miles de hombres y mujeres que han muerto a lo largo de la historia en nombre de un dios, un país o un líder iluminado. Las religiones eran por sí solas responsables de millones de muertes. El porqué del empeño de unos en convertir a los otros a su fe, y eliminarlos en caso de no acceder a sus exigencias, era algo que ninguno de los dos policías alcanzaba a comprender. Judíos expulsados de España, musulmanes exterminados en Palestina, católicos lapidados en África, mujeres e incluso niños torturados y condenados a la hoguera acusados de brujería durante la oscura Edad Media solo porque su mente iba un poco más allá de la estrecha moral de la Inquisición... Cada día, decenas de personas perdían la vida en nombre de un bien superior, cuando el único bien que debería respetar el ser humano es la propia vida de sus semejantes.

-¿Salimos a correr después? -preguntó Torres, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. La mente de ambos estaba cubriéndose de demasiada sangre inocente.

-Hoy no puedo, tengo cosas que hacer.

-¿Cosas? ¿Qué cosas?

-¿Y a ti qué te importa? De vez en cuando hago cosas diferentes a trabajar y correr. Para tu información, tengo vida privada.

-Ya, seguro. ¿Cómo se llama ella?

-Déjame en paz.

A pesar del tono duro de sus palabras, Mario Torres no se enfadó con su jefe. Siguió conduciendo en silencio, sonriendo de vez en cuando para sus adentros, intentando adivinar cuál de sus compañeras habría conseguido engatusar a Vázquez. Tenía varias candidatas en mente, pero no estaba

seguro de quién habría sido la elegida. Debería comentarlo con Helen y Teresa, sin duda ellas habrían oído algo en el vestuario femenino.

David aprovechó el mutismo del agente para enviar un whatsapp al móvil de Irene. «¿Cómo estás?» La respuesta no tardó en llegar.

«Bien, ¿y tú?»

«Deseando verte.»

«No voy a moverme del despacho hoy. Te espero cuando llegues.»

«No tardaré.»

-¿Mensajitos también, como los adolescentes? Esto parece serio.

-Cierra el pico y conduce, Torres.

Domingo Ayestarán regresó a su trabajo en cuanto la policía abandonó el garaje. Eran muchos los asuntos que requerían su atención y le molestaban sobremanera las interrupciones. Domingo siempre había vivido en Roncesvalles. Heredó de su padre el puesto de trabajo que hoy ocupaba, como responsable de mantenimiento de la Colegiata. Desde niño aprendió junto a su progenitor todo lo que era importante para el buen funcionamiento del lugar y, por extensión, del pueblo entero, cuya buena marcha y crecimiento se producía al impulso del templo, de los curas que allí vivían, de los peregrinos, los hospitaleros y, por supuesto, del Camino de Santiago, arteria vital de la localidad.

Cuando terminó de limpiar y guardar las herramientas con las que había arreglado los setos de los jardines, que crecían desmandados, ocupando en ocasiones parte de los caminos y arañando las piernas de los paseantes, cerró cuidadosamente todas las puertas tras de sí y se encaminó hacia su casa, en la parte más alta de Roncesvalles. A pesar del cansancio que le azotaba la espalda, recorrió a buen paso el centenar de metros que le separaban de la

verde ladera que ascendía perezosa hasta la cercana montaña. El ocaso había oscurecido los colores del campo, dotándoles de una gravedad y una profundidad desconocidas durante las horas centrales del día. La hierba alta ondulaba al compás del viento, diciéndole adiós al sol y dándole la bienvenida a la refrescante noche. Al otro lado de la cerca, un grupo de ovejas se arremolinaban unas contra otras, miedosas del crepúsculo. Los lejanos ladridos de un perro le indicaron que el pastor no andaba lejos, y que pronto las temblorosas ovejas balarían alborozadas al abrigo de su redil. No cruzó el cercado. Avanzó unos metros en paralelo al cortante alambre, hasta llegar a un pequeño montículo de piedras sobre el que descansaba una tosca cruz de madera. A sus pies, unas cuantas flores silvestres ya marchitas entregaban sus pétalos caídos al viento. Domingo se arrodilló junto a la cruz y se santiguó con los ojos cerrados. Retiró cuidadosamente las flores mustias, sacudiendo con su enorme manaza las hojas arrugadas, y colocó a los pies de la cruz un colorido ramo fresco. Cuando todo estuvo dispuesto a su gusto, unió las manos bajo la barbilla, cerró fuertemente los ojos e inclinó la cabeza hacia el suelo. Sus labios entonaron una oración en voz baja, mientras su mente se llenaba con la imagen de una mujer sonriente, que le decía adiós desde la puerta de su casa, despidiéndose hasta la hora de comer, cuando los dos, un matrimonio feliz desde hacía más de veinte años, volvería a reunirse con la misma ilusión de todos los días y compartirían los platos cocinados con cariño, los chascarrillos del día y el placer que les proporcionaba el simple hecho de estar el uno junto al otro. María, la única mujer a la que había amado, que aceptó ser su novia a pesar de que él no poseía tierras, ni ganado, ni una profesión provechosa, que le quiso con todos sus defectos, sus rudas maneras y, como supieron demasiado tarde, su imposibilidad para tener hijos, le había abandonado hacía ya tres largos años, toda una eternidad. María regresaba de hacer la compra en el ultramarinos del pueblo, pensando seguramente en el menú que iba a preparar ese día, cuando un grupo de ciclistas la arrolló brutalmente. La caída provocó que se golpeará la cabeza contra un talud de tierra, lo que le produjo una fractura de cráneo que resultó fatal. Murió casi en el acto. La ambulancia que acudió a socorrerla no pudo hacer nada por ella, y tampoco por su marido, que contemplaba atónito cómo una sábana blanca cubría el cuerpo inerte de su mujer. Cuando la subieron en la camilla se le cayó de la mano un monedero negro, el mismo que Domingo le había regalado en su último cumpleaños y que a ella tanto le gustaba, porque tenía los compartimentos necesarios para separar las monedas y no

hacerse un lío con los céntimos. Al golpear el suelo, el monedero se abrió, esparciendo su tintineante contenido sobre el asfalto. Los ciclistas que la habían atropellado reconocieron su delito y se disculparon un millón de veces ante Domingo, que permaneció mudo, inmóvil a un lado de la carretera, escuchando cómo aquellos hombres le explicaban que circulaban despistados, haciéndose fotos los unos a los otros, dándole las últimas indicaciones al conductor del coche de apoyo y buscando el punto de acceso al Camino. Reconocieron que no vieron a la mujer, que en ese momento ninguno de ellos miraba al frente, confiados en encontrar la vía despejada, alegres y anhelantes ante el inicio de su aventura. No hubo juicio. El juez decretó que los ciclistas habían sido imprudentes, ellos aceptaron su culpa y pagaron religiosamente una cuantiosa indemnización, que seguramente salió de las arcas de sus compañías de seguros y de la que Domingo no había gastado ni un solo euro. Ellos siguieron con su vida, quizá incluso concluyeron la ruta jacobea; pero para él, el Camino terminó allí mismo, en la cuneta en la que María perdió la vida.

Pocos días después de su muerte, decidió construir un pequeño monolito en su memoria. Enterró las cenizas en un lugar despejado desde el que contemplar cada noche el espectáculo irrepetible del atardecer. Escogió las piedras más lisas y brillantes y fabricó una cruz con madera recogida en el cercano hayedo. Trabajó en ella durante varios días, hasta que la basta madera adquirió un tacto suave que le hacía cosquillas en la yema de los dedos cuando la acariciaba. La adornó con unas sencillas cintas verdes, el color favorito de su mujer, y la colocó sobre el cúmulo de piedras. Desde entonces, cada tarde, sin faltar una, subía despacio la cuesta hasta el prado y se sentaba junto a su mujer. En verano permanecía allí hasta que el último rayo de sol desaparecía tras los montes. En las noches despejadas de invierno contaba las estrellas despacio, inventándoles nombres que olvidaba al momento, porque las cosas poco importantes tendían a permanecer poco tiempo en su cabeza. Bajo la lluvia o la nieve, contemplaba cómo los elementos hacían brillar las piedras del monolito, que parecían guiñarle un ojo con el brillo juguetón de la luna. Aquella noche, cálida y silenciosa, rezó fervorosamente por el alma de su mujer y por la suya propia, que tantas veces había deseado la muerte para aquellos que le arrebataron lo que más quería.

De pie frente a la puerta cerrada del portal, Helen intentaba buscar en su interior la fuerza y los argumentos necesarios para enfrentarse a la mirada de una mujer asustada sin perderse en sus propios miedos. Se acarició distraídamente el brazo izquierdo. A la altura del hombro, la piel arrugada y reseca de una vieja cicatriz le recordaba cada día lo cerca que estuvo de perderse para siempre, de dejar de ser ella misma para convertirse en una muñeca manejada, sin voluntad ni voz propias. Cerca incluso de la muerte. Sin embargo, consiguió encontrar el camino de salida, aunque no lo hizo sola. Sus padres, sus hermanos y un buen puñado de amigas estuvieron a su lado durante la larga travesía de regreso a la luz.

Antonio era un inmigrante como ella, un joven moreno de ojos achinados y pelo negro que, con dieciocho años, se negaba a seguir estudiando. A pesar de los esfuerzos de su padre, ninguno de los trabajos que le ofrecieron mereció ni la más mínima consideración por su parte. Los rechazaba alegando que era demasiado duro, demasiadas horas, demasiado esfuerzo... Su madre, condescendiente y protectora hasta lo enfermizo,

amparaba a su hijo enfrentándose al padre, que veía cómo día a día el joven se le escapaba entre los dedos, convirtiéndose ante sus ojos en un vago indolente, un exigente dictador y, en definitiva, un delincuente en potencia.

Helen lo conoció en el instituto. Él ya no estudiaba allí, pero acudía cada mediodía con su flamante moto recién comprada para charlar con sus amigos y, de paso, echar un vistazo a las jóvenes que entraban y salían del centro. Helen no era especialmente llamativa, sobre todo comparándola con sus amigas, que desde los catorce años se vestían con ropa atrevida y se maquillaban como las modelos de la televisión. A Helen, su madre le tenía prohibido pintarse los ojos para ir a clase. Ni siquiera podía usar brillo de labios. Nunca supo qué vio Antonio en ella. Seguramente pensó que, por su aspecto, estaría tan agradecida de que un chico guapo se fijara en ella que caería rendida a sus pies... y tuvo razón. Sus amigas le repetían una y otra vez la suerte que tenía de que Antonio quisiera salir con ella y comenzaron a instruirla en el arte del amor. Helen nunca había besado a un chico, aparte de su padre y su hermano, claro, pero ellos no contaban. Ningún joven se había interesado hasta ese momento por ella, y tampoco ella había sentido la necesidad de insinuarse a ninguno. Mireia, Sara y Raquel le enseñaron las distintas formas de besar a un chico. Recordaba cómo su estómago se retorció mientras se imaginaba a sí misma haciendo «eso» con Antonio..., porque como sus amigas decían una y otra vez, «este no es de los que se conforma con un beso y una caricia por debajo de la camiseta; el querrá más, y serás tonta si no se lo das».

«Se lo daré», decidió Helen.

La primera cita le provocó una ansiedad como no había vuelto a sentir jamás. Se maquilló en casa de una amiga, que además le prestó ropa un poco más adecuada para la ocasión que sus tejanos rectos y la camiseta blanca de cuello redondo con la publicidad de un restaurante del barrio impresa en la espalda con barrocas letras negras. Cuando el espejo le devolvió la imagen de una joven morena embutida en una falda roja de apenas un palmo de largo y un escueto top brillante, no se reconoció a sí misma. Antonio la esperaba en una plaza algo alejada de su casa. No quería que sus padres les vieran juntos. Ya les hablaría de él si la cosa salía bien. Al verla, él sonrió y afirmó con la cabeza, dando su aprobación al atuendo y, seguramente, también a la joven. La ayudó a subir a la moto sin mostrar al mundo lo poco que la falda ocultaba

y condujo en silencio por las calles de Pamplona. Helen tenía tanto miedo de caerse que se agarró con firmeza al torso de Antonio. La moto se inclinaba peligrosamente en las curvas y a punto estuvo de gritar en un par de ocasiones, pero supo contenerse. ¿Qué pensaría él de una chica que se asustaba con un poco de velocidad? Para su sorpresa, se dirigían hacia el instituto. Avanzaron despacio mientras sobrepasaban el patio, abierto también el fin de semana, en el que varios grupos de jóvenes, alertados por el rugido del motor, interrumpieron sus juegos para observar a Antonio y a... ¿quién? Helen estaba segura de que nadie la reconocería así vestida. Unos metros más adelante abandonaron la vía principal para adentrarse por el camino del cementerio. Justo antes de llegar al camposanto, Antonio giró de nuevo hacia el parque de Biurdana. Sin duda, ese era su destino. Todo el mundo en el instituto hablaba de los rincones discretos que ofrecía el parque a las parejas de enamorados. Quien más y quien menos narraba sus aventuras sobre la hierba, tras los altos setos. A Helen le sudaban las manos, pero no quería frotárselas contra la camiseta de Antonio. Seguramente él interpretaría mal el gesto y podría verse en problemas.

-¿Has estado alguna vez aquí? -preguntó él.

-Claro -mintió. Él no buscaba una joven de reputación impecable, sino al contrario, y no quería parecer una mojigata.

-Mientes -le contestó, sonriendo con picardía-. Tus amigas me han dicho que no has tenido ningún novio.

-¿Importa eso? Además, ellas no lo saben todo de mí.

-A mí no me importa, tranquila. Lo que cuenta es que ahora estamos tú y yo.

La conversación dio poco más de sí, por lo que rápidamente pasaron a lo que de verdad les había llevado allí. Antonio sonrió de nuevo y la atrajo hacia él. Helen no se resistió. Sentía su corazón palpar con tanta fuerza que estuvo segura de que él lo notaría al abrazarla. Se concentró en lo que sus amigas le habían explicado sobre los besos e intentó ponerlo en práctica. Ladeó la cabeza, cerró los ojos, abrió los labios y avanzó un poco la lengua, hasta colocarla encima de los dientes pero sin sacarla completamente de la

boca. Sintió que sus labios temblaban. Tenía miedo de parecer una fresca o, lo que era peor, una niñaata inexperta. Lo intentó una y otra vez, mojando de saliva la boca de Antonio, que la besaba con los labios fruncidos, pero pronto la situación la desbordó y quedó patente que era una novata. Él, divertido, tomó el control de la situación y la besó apasionadamente sin previo aviso. Su corazón se desbocó hasta dejarla sin aliento y apenas se dio cuenta de que Antonio había metido la mano debajo de su falda hasta que sintió sus bragas mojadas y calientes. Se asustó e intentó parar, pero Antonio avanzaba como un tren descontrolado. Resollaba en su cuello y pugnaba por bajarse los pantalones con la mano que le quedaba libre. Cuando Helen fue consciente de la situación, puso las dos manos sobre los hombros de Antonio y le empujó con firmeza. A dos palmos de su cara, el chico la miró primero confuso y, después, visiblemente enfadado. -No serás una de esas que calienta a los tíos y luego los despacha... Odio a esas tías.

-No, pero creo que vas demasiado deprisa. Prefiero tomarme las cosas con calma. -Helen intentaba controlar su voz y su cuerpo, pero su debilidad era palpable. Estaba en sus manos, aunque en esta ocasión tuvo suerte. Antonio se separó de ella, levantándose del suelo sin dejar de observarla.

-Como quieras -contestó él, alisándose el pelo y recomponiéndose la camisa-. Iremos despacio. ¿Quieres una cerveza? Podemos ir a la plaza de Yamaguchi, seguro que los colegas están por ahí tomando unas birras.

-Me parece genial.

Helen salió bien parada de esa primera aventura y se convirtió en la novia oficial de Antonio, lo que despertó la envidia de alguna de sus amigas, aunque las más leales le recomendaron que tuviera cuidado.

Antonio apenas la miraba cuando estaba con sus amigos. Ella se quedaba a un lado, fuera del grupo, con una cerveza en la mano y una sonrisa estúpida en la cara. Cuando consideraba que era el momento, la agarraba del brazo y la llevaba en la moto hasta Biurdana, donde una y otra vez intentaba conseguir algún avance. A Helen se le estaban acabando los argumentos y cada día le apetecía menos ver a Antonio. Una noche, cuando él estaba especialmente lanzado, ella reunió el valor suficiente para decirle lo que pensaba.

-No creo que sea buena idea que seamos novios -le dijo a la cabeza que pugnaba por alcanzar sus pechos.

Él se detuvo y levantó la cara despacio, hasta ponerse a la altura de su cara. Mientras ella le miraba, no vio venir su puño, que la alcanzó directamente en el pómulo. El dolor fue terrible. Ante sus ojos se formó una nube negra que le impedía ver con claridad. No se había recuperado del golpe cuando llegó otro, en el estómago. Se dobló sobre sí misma y se tapó la cabeza con los brazos, intentando protegerse. Esa vez, él no le pegó más.

-Sales conmigo, tía, no yo contigo, que te quede claro, y serás mi novia hasta que te lo diga. Te vendrá bien volver andando a casa, a ver si se te aclaran las ideas.

Antonio se levantó, dejándola en el suelo, acurrucada, asustada y dolorida, y se dirigió a su moto. Helen escuchó cómo Antonio arrancaba el motor y se alejaba, cumpliendo su promesa de abandonarla a su suerte. Se incorporó despacio y se recolocó la ropa. Buscó el zapato que había perdido al caer al suelo y se palpó la cara. El dolor fue tan intenso como cuando recibió el primer puñetazo. Mientras se dirigía a la parada del autobús para volver a casa, comenzó a pensar en lo que les diría a sus padres. No iba a ser fácil engañarles, así que decidió explicarles una verdad a medias. La versión que les ofreció incluía un asalto, un robo y unos cuantos golpes cuando se negó a darles el dinero, aunque finalmente se lo arrebataron. Tiró el monedero a una papelería y se escondió el dinero en el sujetador, confiando en que el relleno de la prenda disimulara la redondez de las monedas. Lo peor fue que sus padres la vieron vestida con la ropa que le había prestado Mireia. No se había atrevido a pasar por casa de su amiga para recuperar su ropa. Ella habría sabido al instante qué había pasado y no estaba preparada para soportar la compasión de nadie. Afortunadamente, su madre se interpuso entre ella y su padre cuando este comenzó a interrogarla sobre la procedencia de la ropa, se la llevó a la habitación y cerró la puerta a su espalda.

-Comprendo lo importante que es gustar a los chicos, Elena, pero créeme cuando te digo que lo más importante en esta vida es conservar siempre la dignidad. Eso no puede arrebátártelo nadie. El hombre que te quiera lo hará por ti misma, no por tus piernas o tus pechos.

-Pero nadie me mirará vestida como una monja, mamá, por eso me cambio algunos días. Todas mis amigas llevan esta ropa y no quieren que yo las acompañe con mis modelitos de *girl scout*.

Su madre la abrazó y le acarició despacio le pelo. Le había dejado el pijama sobre la cama, pero Helen tenía que esperar a que saliera para poder cambiarse.

-Mañana iremos de compras, no quiero que le pidas prestada la ropa a nadie.

Helen miró a su madre sonriendo y la abrazó con cuidado, separando el pecho de su cuerpo para no hacer evidente lo que escondía bajo el sujetador.

Antonio tardó cuatro días en aparecer por el instituto. Cuando lo hizo, esperó a Helen donde siempre lo hacía y la invitó a subirse a la moto. Dudó apenas un segundo. Su ropa nueva le otorgaba una mayor seguridad en sí misma, se sentía atractiva y poderosa, capaz de controlar la furia de Antonio con solo chasquear los dedos.

-Siento lo del otro día, tía. No quería ponerme tan bestia, pero solo de pensar que te ibas, me puse como loco. No vuelvas a ponerme así, ¿vale?

-De acuerdo, yo también lo siento.

-¿Te duele? -Le preguntó, rozándole con la punta de los dedos el moratón que todavía le coloreaba la mejilla.

-Apenas nada, es más aparatoso que otra cosa. Se quitará en unos pocos días.

Como si nada hubiera pasado entre ellos, Antonio la besó en la punta de la nariz y le dedicó la más pícaro de sus sonrisas.

-Para que veas que voy en serio, que soy legal, tengo una sorpresa para ti. ¿Preparada?

-Claro -respondió con una enorme sonrisa en la cara. Se agarró con fuerza a su cintura y dio por cerrado el desagradable episodio de la semana

anterior, convencida de que, a partir de ese instante, la vida solo le depararía buenos momentos.

Antonio condujo por las calles de Pamplona, sorteando los coches y lanzando imprecaciones a conductores y peatones. Atravesaron el centro de la ciudad hasta llegar al inicio de la cuesta de Labrit. Aparcó la moto junto a la acera y volvió su morena cara hacia Helen.

-¿Preparada? -repitió-. Seguro que no te imaginas lo que voy a regalarte. Helen miró a derecha e izquierda, intentando adivinar las intenciones de Antonio. Además de los garajes y los bares, todavía cerrados, solo vio, frente a ellos, la puerta de un local sobre la que pendía un enorme cartel rojo con letras góticas en el que podía leerse «Tattoos».

-¿Un tatuaje? -Helen estaba perpleja y asustada. Nunca hubiera imaginado un regalo semejante.

-Eso es: yo llevaré tu nombre en el brazo, y tú, el mío. Así todo el mundo sabrá que somos el uno del otro. Para siempre.

-Mis padres me matarán... -Las lágrimas estaban a punto de inundar sus ojos, a pesar de los enormes esfuerzos que hacía por contenerlas. Una sensación de ahogo le impedía respirar con normalidad y sentía que el pulso se le aceleraba, martilleando con fuerza en sus sienes.

-No te preocupes, será pequeño. Si eres cuidadosa, no lo verán nunca. ¡Vamos! Antonio casi la empujó hacia la puerta. La llevó de la mano hasta el interior del local, donde un joven vestido con un pantalón vaquero y una camisa a cuadros lo saludó como si de un viejo amigo se tratara.

-¡Antonio, tío! Cuánto tiempo. ¿Qué te trae por aquí esta vez?

-Esta preciosidad, colega. -Tiró del brazo de Helen hasta situarla casi en las narices del tatuador-. Quiere llevar mi nombre en el brazo, con letras elegantes, ya sabes.

-En realidad yo... -Helen intentó hablar, pero ninguno de los dos chicos le hizo el menor caso. El tatuador abrió un álbum de fotos sobre el mostrador

y Antonio pasó las hojas hasta que encontró el modelo que buscaba.

-¡Estas! Ponle estas letras, son preciosas, como ella -dijo, y la miró con una sonrisa radiante, subrayando que sus intenciones eran absolutamente inocentes.

El tatuador la llevó al interior de la tienda y le indicó que se sentara en un sillón similar al utilizado por los dentistas. La habitación comenzó a darle vueltas mientras observaba cómo el joven preparaba el material necesario y continuaba charlando con Antonio. Le dolía el estómago y no estaba segura de si podría evitar devolver lo que había desayunado esa mañana.

-Estoy un poco mareada... -acertó a decir. Antonio la miró muy serio y el otro joven detuvo un instante su frenética actividad.

-¿Te dan miedo las agujas? -preguntó-. Puedo darte algo para que te adormezcas y no sientas dolor. Es una pastilla legal, no tengas miedo, solo te hará efecto un par de horas.

Una vez más, Antonio respondió por ella.

-Será mejor que le des algo, no vaya a ser que nos ponga perdidos a los dos. No sabía que eras tan miedosa, nena, pero no pasa nada. -El chico le acarició el pelo mientras el tatuador le ofrecía un vaso de agua y, en la otra mano, una pequeña pastilla blanca. Helen se la tomó sin pensárselo demasiado. Ya que no tenía escapatoria, al menos pasaría el mal rato sin sentir dolor. Ya pensaría después la forma de ocultárselo a su familia.

-Que no sea demasiado grande -acertó a decir cuando la aguja ya estaba a punto de perforarle la piel-, son más elegantes las letras pequeñas.

Después de eso, el tiempo se convirtió en una sucesión de pequeños pinchazos. El tatuador trabajaba con rapidez y precisión, dibujando lo que parecían líneas sin sentido sobre la adormecida piel de Helen. Cerró los ojos para concentrarse en sus pensamientos, que se tornaron inconexos en pocos minutos. No le quedó más remedio entonces que rendirse y dejar que su mente vagara sin rumbo, saltando de una imagen a otra, del rostro severo de su padre al abrazo de su madre, de la falda roja que tanto anhelaba a sus

propias piernas cabalgando sobre la moto de Antonio. No supo a ciencia cierta cuánto tiempo transcurrió antes de que las manos de su novio le palmearan la cara.

-Helen, niña, ¿estás bien?

-Sí, sí. Estoy bien. Casi me había dormido. ¿Ya ha terminado? ¿Puedo verlo?

-Todavía no puede verse -contestó el joven-, lo he recubierto con una crema para evitar infecciones y ayudar a la piel a cicatrizar. También te he puesto una gasa. Tendrás que cambiarte el apósito cada día durante una semana y ponerte crema tres veces al día, ¿de acuerdo?

-Sí. -No contaba con tener que curarse la herida, pensaba que saldría de allí con el tatuaje en negro sobre marrón, el nombre de su novio flotando sobre su piel, sin más complicaciones. Le esperaban problemas en casa, seguro.

-Ahora tienes que levantarte de esa silla, me toca a mí -le dijo Antonio. De nuevo lucía esa enorme sonrisa que le hacía irresistible. Se inclinó sobre ella y depositó un suave beso sobre sus labios.

Helen sonrió mientras abandonaba el sillón, cediéndole el turno. La aguja se paseó entonces por el musculoso brazo del chico. El tatuador, serio y concentrado, cambiaba en ocasiones de instrumental y miraba de reojo el modelo, una hoja del álbum en la que brillaba una enorme rosa roja y negra.

-¿No te vas a tatuar mi nombre? -le preguntó Helen, asombrada.

-Para mí tú eres una rosa, te lo he dicho muchas veces.

-No lo recuerdo...

-Pues te lo digo ahora. Esta rosa eres tú, ni más ni menos. Y para siempre.

-Si tú lo dices...

-Lo digo, y punto.

-Tranquilo, amigo -intervino el joven-. Si te mueves demasiado se me va a ir la tinta.

Antonio zanjó la discusión con un sonoro bufido. Helen se arrellanó en el sofá de la sala de espera, lejos de la ofendida mirada de su novio. El sedante hacía rato que había dejado paso a un dolor punzante. Sentía el brazo caliente y palpitante, y le daba miedo llevarse la mano al vendaje por si el roce de sus dedos incrementaba el tormento. Esperó allí sentada durante casi dos horas, hasta que Antonio se levantó del sillón y salió de la sala contigua. Estaba serio y algo pálido. Sin duda, a él también le dolía, aunque en su caso este no era el primer tatuaje que adornaba su cuerpo. Helen había visto unas extrañas letras árabes sobre su pecho, que él aseguró que significaban «Solo yo soy mi dios». En el cuello, bajo la oreja, los signos eran japoneses y representaban su nombre. Una cadena de espinas rodeaba el bíceps derecho, mientras que su espalda, a la altura de la clavícula, lucía una constelación de estrellas. Ahora, a todo este surtido de dibujos se unía una pequeña rosa roja y negra, la prueba de su amor por ella.

La abrazó con ternura y la guió asida por la cintura hasta la moto. Al llegar al aparcamiento, se detuvo y posó su mano sobre el vendaje que cubría el tatuaje con su nombre.

-Ahora sí te siento mía, Helen.

Ella no supo qué contestar. Le miró fijamente a los ojos, tan oscuros y tan profundos que era incapaz de vislumbrar la luz de su interior, y volvió a sobrecogerse al pensar en cómo lograría engañar a su familia.

Los días pasaron lentamente, con la cadencia de una suave melodía. Las cicatrices desaparecieron y el nombre de Antonio podía leerse claramente en lo más alto de su brazo.

Las camisetas de manga larga la ayudaron a ocultar el tatuaje, pero cuando el calor del verano comenzó a apretar, el temor a ser descubierta le angustiaba de tal manera que incluso le costaba conciliar el sueño.

Antonio, por su parte, apenas se percataba de su presencia cuando estaban con el resto del grupo. La ignoraba abiertamente y la hacía correr hacia la moto con un solo gesto displicente de la cabeza. Entonces, cuando se quedaban a solas, el terror le recorría la espalda. Antonio ya no se conformaba con excusas e insistía en que ella debía demostrarle su amor entregándose a él. Le juraba que no le haría daño, que tendría cuidado, que pondría los medios y que a ella también le gustaría al final. Al final... Helen tenía tanto miedo a quedarse embarazada que las piernas se le agarrotaban en cuanto él deslizaba sus manos por debajo de la blusa para alcanzar sus temblorosos pechos.

Todo terminó un caluroso sábado de agosto, y lo hizo de la peor manera posible. Antonio se reunió a primera hora de la tarde con sus amigos. Cuando Helen acudió al lugar de reunión, una hora después, el suelo estaba repleto de latas de cerveza vacías y de botellas de sangría barata. Todos estaban bastante borrachos, riendo y soltando obscenidades a voz en grito. Poco después, Antonio se encaminó hacia su moto, tras hacerle un gesto a Helen con la cabeza indicándole que se dirigiera al aparcamiento.

-Creo que has bebido demasiado, Antonio; quizá sea buena idea que dejemos la moto aquí y demos un paseo.

La respuesta llegó en forma de una sonora bofetada que retumbó en su cerebro y le llenó los ojos de lágrimas.

-He dicho que subas. -Antonio comprobó por el rabillo del ojo que todos sus amigos observaban la escena. No estaba dispuesto a permitir que Helen lo dejara en ridículo-. Sube -repitió en un susurro.

-No -respondió ella en voz baja, cubriéndose con la mano la dolorida mejilla-, me voy a casa andando. Llámame mañana, si quieres.

Giró sobre sus talones para regresar a casa, cuando de pronto sintió una fuerte patada en los riñones. Cayó al suelo de rodillas y apoyó las manos en la hierba, intentando respirar. Vio la sombra de Antonio yendo y viniendo a su alrededor, pero estaba tan aturdida que era incapaz de levantarse. La siguiente patada le alcanzó directamente en el estómago, y una más en la cara. Helen sangraba por la nariz y la boca cuando los amigos de Antonio se

acercaron.

-Déjala, tío, no merece la pena.

-Esta puta hace lo que yo le digo -escupió-, ahora y siempre.

La cogió del pelo para obligarla a levantarse, pero el dolor era tan intenso que Helen intentaba mantenerse doblada sobre sí misma para atenuarlo. Él interpretó el gesto como un nuevo desafío y la volvió a lanzar contra el suelo, donde se repitieron las patadas y los puñetazos hasta que dos de los jóvenes decidieron intervenir. Lo separaron del cuerpo inerte de Helen y se lo llevaron de allí, mientras uno de los chicos, solo uno, se acercó a la joven para comprobar si todavía respiraba.

-Si esperas un momento, en cuanto se lo lleven aviso a una ambulancia. Paso de que me vea llamar, me puedo buscar un lío.

Helen intentó fijar la vista para comprobar de quién se trataba, pero lo único que pudo vislumbrar fue una enorme nube roja y blanca que subía y bajaba. Después se desmayó.

Recobró el conocimiento en el interior de una ambulancia, rodeada de desconocidos vestidos de amarillo y azul, cubierta por una manta plateada y azuzada por el estruendo de las sirenas.

-Mi madre... -logró susurrar.

-Tranquila, ya la hemos avisado. Va de camino, no te preocupes.

La noticia de que sus padres la verían en semejante estado no hizo sino aumentar su inquietud, lo que se tradujo en un incremento de sus pulsaciones y una subida de la presión arterial que obligó a la doctora que la atendía a suministrarle más fármacos para estabilizarla.

Permaneció ingresada en el hospital durante una semana. En ese tiempo, sus padres no le hicieron ni una sola pregunta. Se limitaron a cuidar de ella y a asegurarse de que se pondría bien. Nada de escenas histéricas, ni gritos, ni voces clamando venganza. Las lágrimas, si es que las hubo, se derramaron fuera de la habitación del hospital. Cuando el médico les

comunicó que le iba a dar el alta, se sentaron junto a ella, su madre en la cama y su padre en una silla, y esperaron a que hablara. Una mezcla de sentimientos encontrados se adueñó de ella mientras un torrente de palabras salía de su boca. Les contó todo, su relación con Antonio, su miedo, su resistencia, el orgullo que le producía que se hubiera fijado en ella... Y también les habló de los insultos, los primeros golpes, los empujones, las bofetadas y la paliza final. Les mostró el tatuaje, aunque ellos ya lo habían descubierto cuando llegó en la ambulancia.

-Vamos a denunciar a ese malnacido -dijo su padre, con el semblante serio y la mandíbula tan apretada que Helen podía oír rechinar sus dientes.

-No lo vamos a hacer -contestó ella en voz baja-, ninguno de sus amigos confirmará mi versión, no se atreven. Negarán mis palabras y me pondrán en evidencia. No quiero volver a verle jamás.

-Eso va a ser difícil, pero nos aseguraremos de que nunca vuelva a acercarse a ti.

Su madre se inclinó sobre su hija y la abrazó con cuidado de no dañarla. Helen necesitaba tanto ese abrazo que se olvidó de sus heridas y se lanzó sobre el pecho de la mujer, que no pudo contener más las lágrimas. Lloraron juntas un buen rato, mientras el padre las miraba en silencio desde la silla, calibrando las distintas formas en las que podía matar al cabrón que le había hecho eso a su niña.

-Ni lo sueñes -dijo la madre, mirando fijamente a los ojos a su marido. A modo de respuesta, el hombre se limitó a levantar ambas manos en señal de rendición.

En septiembre, Helen volvió al instituto acompañada por su hermano. Sus padres mantuvieron una breve reunión con el director del centro, al que explicaron lo sucedido y le pidieron que avisara a la policía si Antonio se atrevía a aparecer por los alrededores. Todos los alumnos sabían lo que había ocurrido durante el verano y no disimulaban su curiosidad cuando estaban cerca de Helen. Sus amigas la acogieron con cariño y sin reproches. De hecho, se aliaron con su familia para no dejarla sola en ningún momento. El hermano mayor, acompañado por varios de sus amigos, se dejaba caer por el

parque de Yamaguchi, mirando amenazadoramente a Antonio, enviándole un mensaje sin palabras que esperaba hubiera recibido alto y claro.

El capítulo se cerró definitivamente cuando la madre de Helen le ofreció dos mil euros para que un médico le borrara con láser el tatuaje del brazo. Aceptó sin pensárselo dos veces y en pocos minutos vio cómo la marca de su esclavitud desaparecía hasta convertirse en un feo amasijo de piel y carne quemada, una visión que, sin embargo, le parecía mucho más agradable que las letras impresas en tinta y sangre.

Con Antonio definitivamente fuera de su vida, Helen todavía tuvo que recuperar su dignidad y aprender a vivir sin miedo, una ardua tarea en la que, por fortuna, nunca estuvo sola.

Ahora, mirando el portal cerrado, recordó el terror que sentía cuando Antonio la golpeaba, cada vez que salía de clase o llegaba sola a casa, pensando que él podía estar esperándola para recuperar lo que consideraba suyo, y sabía que el paso que tenía que dar una mujer para huir de su agresor no era fácil en absoluto. Ellos nunca se daban por vencidos, reclamaban su «mercancía» y se volvían cada vez más violentos, acusándolas de sus estallidos de cólera por no ceder a sus pretensiones.

En varios momentos descubrió a Antonio mirándola fijamente, como el cazador que observa a una pieza que se le ha escabullido. Él continuó saliendo con otras chicas, jóvenes incautas cegadas por el resplandor de una moto y unos bíceps marcados. En ocasiones descubrió en algunas de ellas las marcas de la furia de su ex novio, moratones mal disimulados, miedo en la mirada y un proceso de desaparición casi imparable. Las chicas dejaban de sonreír, de estudiar, de ser jóvenes, y se convertían en sombras de Antonio, en su felpudo. Unas lograron escapar, como Helen. Otras, en cambio, comenzaron con él un peligroso descenso a los infiernos que las llevaría, como en un macabro juego de la oca, de un maltratador a otro.

Respiró profundamente y llamó al timbre.

Tuvo que volver a pulsar el botón en dos ocasiones más. Cuando estaba a punto de darse por vencida, una tímida voz contestó al otro lado.

-¿Marina? Soy la agente Ruiz, de la Comisaría de Pamplona. Me gustaría hablar con usted unos instantes. -Un tenue crepitar eléctrico fue la única respuesta que obtuvo-. No la entretendré mucho rato, se lo aseguro, pero creo que es importante que charlemos sobre algunas cosas.

-Ya estuve en comisaría. No tengo nada más que añadir.

-Marina, por favor, creo que debe conocer la importancia de su decisión y lo que nosotros podemos hacer por usted.

-Él está en la calle. Me lo ha dicho mi abogada.

-¿Puedo subir, Marina? Hablaremos más tranquilas cara a cara.

Tras un nuevo crepitar, un chasquido indicó a Helen que Marina había cedido a sus súplicas. Empujó la puerta con decisión y subió los escalones de dos en dos hasta la tercera planta. Se detuvo ante la puerta de Marina y, en un gesto mecánico, se recompuso la coleta, sujetó unos pocos cabellos sueltos detrás de la oreja y llamó al timbre. Esta vez la respuesta fue muy rápida. Cuando la hoja se abrió por completo, Helen tuvo ante sí el rostro de la tristeza. En los ojos, dos pequeños destellos en medio de unos enormes e hinchados moratones, apenas quedaba una chispa de vida. El pelo desordenado, la ropa sucia y las vendas y gasas estériles cubiertas de sangre seca indicaban un abandono que iba más allá de lo físico. Los golpes habían acabado con su alma, que seguramente se había refugiado en un tiempo más feliz, quizá incluso en otro cuerpo, sin heridas suturadas, sin huesos rotos, sin lágrimas. Ante sí tenía lo que quedaba de una mujer que un día fue guapa, fuerte, independiente, una trabajadora incansable, una buena madre... Hoy, lo que su marido había dejado de ella sostenía la puerta con una mano mientras la otra yacía flácida al final de un vendaje que se extendía hasta el hombro y que llevaba pegado al pecho. Se retiró a un lado para permitirle el paso y bajó la mirada al suelo, en un gesto de sumisión que había pasado a formar parte de su personalidad. Helen se encontró en un estrecho pasillo que conducía al salón, una estancia luminosa, con escasos muebles y las paredes completamente desnudas. Sobre una mesita de plástico, una televisión emitía las pegadizas sintonías de los anuncios publicitarios. La alegría de las voces y la música estaba totalmente fuera de lugar en aquel salón. En uno de los dos sofás tapizados en verde y cubiertos por una tela desgastada, un niño de unos

ocho años fruncía el ceño frente a una consola de videojuegos, tan concentrado en las evoluciones de los protagonistas de la acción que apenas se dio cuenta de que había dos personas más en la habitación.

-Este es Lucas, mi hijo. Se pasa el día jugando con la maquinita. No quiere salir a la calle ni que sus amigos vengan a jugar a casa. -Marina le acarició distraídamente el pelo al niño, que rechazó el mimo con una sacudida del cuello-. Será mejor que pasemos a la cocina. Sígueme, por favor.

Helen recorrió otros dos metros y atravesó una puerta que comunicaba el salón con una pequeña cocina. Todos los muebles y electrodomésticos se alineaban en una de las paredes, todo impecablemente limpio y ordenado. Enfrente, una pequeña mesa, dos taburetes y un carrito metálico en el que dos solitarias manzanas esperaban la hora de la merienda.

-¿Le apetece un café? -ofreció Marina. A pesar de todo, seguía comportándose como una buena anfitriona.

Helen aceptó el ofrecimiento; le pareció un buen modo de romper el hielo y acercarse un poco más a la mujer, alejándose de los roles de policía y víctima que las habían unido a la fuerza. Guardaron silencio mientras la cafetera se calentaba y, poco después, su borboteo inundaba la cocina del cálido aroma del café. Marina dispuso dos tazas sobre la encimera, sacó de un armario el azucarero y buscó dos cucharillas del mismo juego.

-Las he ido perdiendo con el tiempo -se excusó la mujer- y tengo un montón de cubiertos desaparecidos.

Helen sonrió y reconoció que en más de una ocasión ella también había tirado a la basura el envase del yogur con la cucharilla dentro, un descuido repetido que le había costado más de una bronca por parte de su madre. Ahora que vivía sola, el descuido se repetía todavía con demasiada frecuencia.

Sentadas una frente a otra, con dos tazas de café humeante entre ellas, Helen supo que había llegado el momento de hablar.

-Sabes que han tenido que soltar a tu marido.

-Mi abogada me llamó esta mañana para decírmelo -confirmó Marina mientras asentía despacio con la cabeza.

-Pero no se ha ido de rositas. Tiene una orden de alejamiento de quinientos metros y está pendiente de juicio.

Un espeso silencio se interpuso entre ellas, tan denso que casi se podía cortar. Marina daba vueltas despacio a su café, que no había probado, manteniendo la mirada fija en la mesa de la cocina.

-No voy a esperar al juicio -dijo al fin-. Me marchó.

-¿Irte? ¿Adónde?

-No se lo voy a decir, ni a ti ni a nadie. Mi hijo y yo nos vamos hoy mismo. Nos perderemos en algún lugar donde ese cabrón no pueda encontrarnos. No visitaremos a familiares ni a amigos, será el primer lugar en el que nos buscará cuando se dé cuenta de que no estamos. Vendrá a buscarme pronto, lo sé.

-No puede acercarse a ti...

-¡Vamos! Sabe tan bien como yo que un trozo de papel firmado por un juez no va a detenerle. ¡Ni aunque lo hubiera rubricado el mismísimo Jesucristo!

-Si no declaras, solo le caerá una condena menor...

-Pero estaré viva. Estaremos vivos.

Helen guardó silencio. La confesión de Marina la sorprendió con la taza de café a medio camino hacia su boca. La dejó de nuevo sobre la mesa y, en un gesto instintivo, alargó la mano hasta tocar su único brazo sano.

-Huir no es la solución.

-Lo he meditado mucho. Mi marido es un borracho y un pendenciero, siempre está metido en broncas. Con un poco de suerte, el alcohol lo matará en pocos años, si antes no lo hace otro borracho como él. Cuando esté muerto

podré volver. Mientras tanto, empezaré una nueva vida con mi hijo.

-¿Has pensado de qué vas a vivir?

-Mi madre ha hipotecado su casa y me ha dado cincuenta mil euros. Es mucho dinero, podré vivir tranquila mientras busco trabajo, un colegio para mi hijo, un piso pequeño para los dos... Después se lo devolveré, cuando todo termine.

-¿Y si él te encuentra?

-No lo hará. Me buscará durante algunas semanas en los lugares más evidentes: en casa de mi madre, en el pueblo de mi padre, donde tenemos una casa... He avisado a mis hermanos para que estén al tanto por si la cosa se pone fea. Ese hijo de puta es capaz de pegarle a mi madre, pero no dará un paso si están mis hermanos; es un cobarde. Cuando pasen un par de meses, se cansará de dar vueltas y dejará de buscarnos. Le conozco, para él es más importante seguir bebiendo y hacer su vida que saber dónde están su mujer y su hijo.

-Marina...

-Estaremos bien. Cualquier cosa es mejor que esto, se lo garantizo.

-Nosotros podríamos protegerte. -La vacilación de su voz demostraba que ni ella misma confiaba en sus palabras, pero estaba obligada a decirlas.

Marina negó con la cabeza y dejó de remover su café, ya frío. Apartó la taza con la mano y levantó la vista por primera vez.

-Estaremos bien -repitió -. Si me disculpa, tengo algunas cosas que arreglar. Quiero salir cuanto antes. Mi hermano nos va a llevar a la estación de tren dentro de dos horas.

Helen no tuvo más remedio que rendirse.

-Si necesitas algo, solo tienes que llamarme. En la comisaría saben cómo localizarme a cualquier hora del día.

-Muchas gracias, agente. Nos va a ir bien.

Se dirigieron en silencio hasta la salida. El niño seguía enfrascado en su mundo virtual, donde seguro que no había padres que pegaban a sus madres, y no se despidió de la visita. En la puerta, la agente repitió su ofrecimiento a Marina, que le dijo adiós con una triste sonrisa en los labios, una mueca que desapareció cuando la tensa y morada piel de las mejillas se contrajo demasiado, provocando una punzada de dolor.

Helen regresó a la comisaría resistiéndose a aceptar que la decisión de Marina podía ser la mejor. Seguramente, marcharse era la única manera de seguir con vida, pero huir le parecía una cobardía que, además, permitiría a ese indeseable continuar en libertad. Aparcó en el espacio reservado y entró en el bullicioso edificio. Saludó con un gesto al recepcionista e ignoró a los agentes que entraban o salían en ese momento. No tenía ganas de hablar con nadie, pero no le quedó más remedio que levantar la cabeza de la pila de papeles que fingía leer en su mesa y saludar a Teresa, que se acercó hasta ella con una sonrisa radiante en la cara.

-Vengo del médico -dijo a modo de saludo.

-¿Y por eso estás tan contenta? ¿Te ha dicho que no te vas a morir?

-Mejor -contestó, ignorando el mal humor de su compañera-. Tengo que contarte algo.

-Tú dirás...

-No sé si te habrás dado cuenta de que últimamente no me encontraba demasiado bien...

-Era evidente que tenías el estómago revuelto y te sentías mareada.

-Sigo así, pero el médico me ha garantizado que se me pasará pronto... Helen miró fijamente a su compañera, que seguía sonriendo frente a su cara.

-No querrás decir...

-Hoy he escuchado los latidos de su corazón... Va muy rápido, para ser

tan pequeño...

-¡Estás embarazada!

-Completamente embarazada, ¿no es fantástico? -Helen salió de detrás de su mesa para abrazar a Teresa, que estaba a punto de echarse a llorar-. Pero esto no cambia nada, ¿de acuerdo? Trabajaré como siempre, no debes tratarme de una manera especial.

-¿Se lo has dicho a los demás?

-Solo al jefe. Del resto ya me encargaré más adelante, pero quería que lo supieras, no podía callarme por más tiempo, sobre todo después de escuchar sus latidos. Raúl ha estado a punto de llorar por la emoción.

-No me extraña. Me alegro tanto por vosotros...

La conversación derivó hacia los posibles nombres del niño o niña, el color de sus ojos y cómo sería de mayor. El zumbido de un móvil las obligó a aplazar la charla hasta otro momento. Se separaron tras un nuevo abrazo y una ligera palmadita a una barriga que seguía plana y firme como siempre, pero que prometía hincharse gracias a la nueva vida que crecía en su interior.

-Con tal de que no sea policía... -añadió Teresa mientras volvía al trabajo.

15

David despachó los asuntos pendientes en la comisaría lo más rápido que pudo y poco después de las siete de la tarde abandonó el edificio. Pasó primero por su casa para ducharse y cambiarse de ropa. Cogió también una botella de vino y una lasaña precocinada que guardaba en la nevera. Media hora después llamaba al timbre del despacho de Irene, que abrió la puerta con una amplia sonrisa en los labios. Cuando la cerró ya estaba entre sus brazos, besándole con avidez y recibiendo la misma dosis de pasión. Irene había colocado una pequeña mesa y dos cómodas sillas en la terraza que daba a la calle Nueva. Llevaron hasta allí el vino y dos copas, y dieron buena cuenta de él mientras charlaban y veían avanzar la tarde sobre los tejados de Pamplona. El sol en retirada lanzaba los últimos destellos sobre los oscuros tejados, mientras una algarabía de risas infantiles les llegaba desde la cercana plaza de San Francisco. La noche los sorprendió abrazados y hambrientos.

-¿Cuánto tiempo hay que hornear esa lasaña?

-Veinticinco minutos. Si te parece mucho tiempo podemos salir a comer algo por ahí...

-No, me parece un tiempo perfecto.

Irene metió la lasaña en el horno y se dirigió al dormitorio, donde ya la esperaba David. Se besaron con dulzura, mirándose a los ojos y regalándose suaves caricias.

-Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. -La voz de David sonó ronca por el deseo-. Mi vida era un páramo hasta que tú has llegado, has conseguido que crezcan flores en un desierto.

-Algunas flores están cubiertas de espinas...

-Créeme, merece la pena correr el riesgo. Es como si mi vida hubiera comenzado cuando te conocí, y el resto solo hubiera sido una especie de preámbulo.

Se perdió en el paraíso de su boca, dejándose llevar, ajeno a todo lo demás. Ella se acopló perfectamente a él, sin dudar, entregándose por completo a sus sentidos, sin pensar en nada más que en lo que estaba sucediendo entre las cuatro paredes de su dormitorio. Lo que ocurriera en el resto del planeta carecía por completo de importancia.

El timbre del horno les devolvió a la realidad. Sacaron la lasaña y dispusieron la mesa de nuevo en la terraza. La noche era cálida y mucha gente paseaba por las estrechas calles del casco viejo pamplonés. El ambiente olía a fiesta y el alcohol ya corría en abundancia por los bares de la zona. La suave luz de las farolas teñía de naranja las centenarias fachadas que se alzaban orgullosas como niñas con la cara recién lavada. Sobre los adoquines, los pasos resonaban como los latidos que dan vida al corazón de la ciudad. Como arterias vitales, todas las calles conducían hacia la plaza del Ayuntamiento, el corazón de una villa que se preparaba para un nuevo asalto festivo.

Devoraron en dos bocados la cena, que Irene completó con ensalada para empezar y dos cuajadas de postre. Bebieron poco. Ninguno quería perder el control de sus sentidos. Al contrario, deseaban ser bien conscientes de todo lo que les estaba ocurriendo.

Irene sorprendió a David con la mirada perdida más allá del cercano horizonte de farolas y tejados.

-¿Estás bien?

-Mejor que nunca. Es solo que estoy un poco sorprendido y confuso por mis sentimientos. Nunca había sentido nada tan intenso. Me reía de quienes juraban haberse enamorado a primera vista, ya sabes, un flechazo. Yo siempre he pensado que para amar a alguien tienes que conocerle a fondo, saber cuáles son sus deseos, sus miedos, sus virtudes y defectos. Pero aquí estoy, colado como un colegial por una mujer a la que apenas conozco pero por la que daría mi vida. De hecho, te quiero más que a mi vida.

-Tú eres mi vida. Siento que solo a tu lado puedo caminar, pensar... vivir. Me he pasado la tarde con el corazón en un puño, imaginando que quizá no me llamarías. Tenía miedo. No sé cómo ha pasado, pero de pronto eres todo para mí, me lo das todo solo con respirar.

David alargó la mano para acariciarle la cara. Ella cerró los ojos y se perdió en la caricia, que llegó a su cerebro mezclada con dulces palabras y promesas de amor. «La vida siempre será así a partir de ahora», pensó. «Siempre.»

Tres días en España, dos de ellos caminando bajo un sol abrasador, eran más que suficientes para él. El padre Rogelio Romero llevaba un par de horas pensando en la excusa más convincente que ofrecer a sus seis compañeros de viaje y de congregación para abandonar esta locura jacobea y regresar a la paz de su iglesia mexicana. Seguro que sus feligreses le echaban de menos. «Unos más que otros», pensó con una sonrisa. Jamás en su vida se había aburrido tanto como entonces. Los seis curas que le acompañaban pasaban las horas chismorreando sobre otros sacerdotes, criticando duramente a su obispo y divagando sobre cómo sería su futuro con tal o cual persona al frente de la congregación. Rogelio estaba convencido de que en las juntas directivas de las grandes empresas no había tantas luchas internas por hacerse con el poder como en el interior de una pequeña parroquia. Aunque ellos, por supuesto, negasen con total vehemencia cualquier interés por ascender en el escalafón.

A las siete de la tarde, cansado de escuchar lo que en su opinión no eran más que sandeces, decidió salir del hostel en el que se alojaban para encender

un cigarrillo a la sombra de unos árboles cercanos. Fumaba mirando al horizonte cuando el hilo de sus pensamientos se vio interrumpido por las risas y canciones de un grupo de jóvenes madrileños que se dirigían al bar del hostel. Como un peregrino más, les saludó efusivamente y entró con ellos en el bar, uniéndose al grupo con total naturalidad. Era su oportunidad de acabar con ese tedio mortal.

Los jóvenes no se atrevieron a rechazar a un sacerdote, pero después de tres cervezas, desaparecido su apuro inicial, le ignoraron por completo, volviendo a sus conversaciones y canciones y excluyendo al padre Romero, que les observaba con una sonrisa forzada y una cerveza en la mano, resistiéndose, a pesar de todo, a retirarse del grupo. A las nueve y media, cuando la barra estaba llena de botellas y vasos vacíos, los jóvenes le dieron definitivamente la espalda y se marcharon sin invitarle a ir con ellos. Su desilusión se transformó entonces en irritación cuando el camarero le informó de que la cuenta ascendía a casi cuarenta euros. ¡La desfachatez de esos niños no conocía límites! Sin embargo, tuvo que reconocer que no era la primera vez que le ocurría. No le gustaba asaltar a los chicos, prefería que le siguieran por propia voluntad. A sus cuarenta y cinco años, el padre Romero era alto, moreno y tenía una tupida mata de pelo negro. Bien parecido, de nariz aguileña y labios carnosos, se mantenía delgado y conservaba la costumbre de caminar a buen paso todas las mañanas. Aunque algunos de sus correligionarios se lo habían reprochado en más de una ocasión, a Rogelio Romero le gustaba arreglarse las manos, hacerse la manicura y ponerse una buena crema todas las noches. También mimaba su pelo, que se mantenía pulcramente negro a pesar de su edad. Después de peinarse, Romero repartía sobre su cabeza una generosa capa de gel fijador que le proporcionaba una pátina brillante e impedía que, por muy fuerte que soplara el viento, su cabello se desbocara. Le gustaba rociarse el cuerpo con generosas cantidades de un perfume de aroma intenso, que saturaba los sentidos de quienes se acercaban demasiado a él.

Desde que era poco más que un adolescente se sentía atraído por los hombres, sobre todo por los más jóvenes, aunque siempre se había asegurado de que fueran mayores de edad. Ingresó en el seminario con catorce años, cuando sus padres pensaron que esa sería la mejor manera de que su único hijo se hiciera un hombre de provecho. O al menos un hombre. Sus

progenitores estaban ya por entonces seriamente preocupados por los ademanes demasiado femeninos que mostraba su hijo sin ningún pudor, lo que le había ocasionado más de un problema en la escuela. No obstante, la naturaleza siguió su curso, sus inclinaciones no desaparecieron y una cosa llevó a la otra. Su mentor en el seminario pronto se convirtió en su amante, y su vida en la residencia mejoró sustancialmente. Casi podía decirse que era un hombre feliz. Así, lo lógico para él fue ordenarse sacerdote para de esta forma conservar el estilo de vida recién descubierto y que tanto le agradaba. Cuando su amante fue trasladado a otra congregación, Rogelio se sintió vacío y perdido durante un tiempo, hasta que descubrió que, a sus veinticinco años, él también podía convertirse en el mentor de los jóvenes estudiantes que llegaban buscando al Señor. Caminó por ese sendero de manera natural, y en él seguía, aunque en los últimos meses el nuevo obispo se había propuesto que todos los sacerdotes cumplieran a rajatabla con sus votos. Incluido el de castidad, por supuesto. Y allí estaba él, como un alma en pena, alejado de todo lo que le hacía feliz, rodeado de compañeros que lo ignoraban y condenado a una penitencia de ochocientos kilómetros. Le dolía cada paso y estaba decidido a no dar ni uno más.

Salió del bar después de abonar la cuenta. Cabizbajo y con las manos en los bolsillos, no vio al hombre que se apoyaba displicente en el quicio de la puerta. El desconocido le saludó cordialmente. Regresaba Rogelio al hostel cuando el hombre comenzó a charlar sobre la bonanza de la noche y las maravillas arquitectónicas que guardaba Roncesvalles, muchas de ellas ocultas a los ojos de los turistas. Un poco por educación y otro poco para paliar el aburrimiento y el fastidio que le abatían en esos momentos, el sacerdote se detuvo e hizo un par de comentarios sobre el pueblo, algo que había leído esa mañana en un folleto turístico.

-Quizá le gustaría visitar el lugar en el que reposan los restos de los nobles que acompañaban a Carlomagno.

No podía negar que la sonrisa del español tenía un cierto encanto.

-¿No es un poco tarde? -preguntó, poniendo en sus palabras toda la intención y picardía de que fue capaz.

-No, si se tiene la llave. Me gusta visitar esos lugares cuando no hay

nadie, rodeado de silencio y de sombras, sin curiosos ni turistas inoportunos. A estas horas los peregrinos ya están en el albergue y los vecinos en el salón de sus casas. Casi me atrevería a decir que estamos solos en la calle.

Rogelio volvió levemente la cabeza y comprobó que, aparte de la luz que salía del interior del bar, en el que solo quedaban un par de parroquianos, efectivamente no había nadie en la calle. El desconocido le miraba con fijeza, mostrando una sonrisa tímida y frotándose las manos con nerviosismo. Rogelio recorrió su figura despacio, analizando su imponente altura y su fuerte cuello. No era su tipo, pero la soledad era la peor de las compañías. Al final, la curiosidad y el deseo vencieron a la prudencia y aceptó la oferta. Recorrieron en silencio los pocos pasos que les separaban de su destino. Se detuvieron ante la verja de lo que parecía ser una pequeña y extraña capilla.

-Es el Silo de Carlomagno, también conocido como el Sancti Spiritus - explicó mientras unas llaves tintineaban en sus manos. Hablaba con la cabeza baja, buscando la llave correcta en la oscuridad-. Es la construcción más antigua de Roncesvalles, una auténtica joya histórica. Creo que te va a gustar. Antes enterraban aquí a los peregrinos, y bajo el suelo también reposan unos cuantos curas y abades de la Colegiata. -Ya estaban dentro. La luz de la luna apenas iluminaba las siniestras formas de las pequeñas lápidas.

-Este lugar rezuma misterio. Es un poco tenebroso. -Romero entrecerró los ojos, adaptando sus pupilas para que captaran hasta el mínimo átomo de luz. Apenas podía ver lo que había un metro por delante y comenzó a embargarle un sentimiento de inseguridad y temor.

-Todo en Roncesvalles es misterioso -contestó su guía-. ¿Has visto el cercano bosque de Ibañeta? Dice la leyenda que, cuando se conoció la muerte de Roldán, doncellas de todos los pueblos del valle, y de los valles vecinos, acudieron con lanzas para ayudar a Carlomagno. Rotas de dolor ante la muerte del héroe, clavaron las lanzas en el suelo y, como un milagro, las lanzas florecieron, convirtiéndose en árboles y creando así el frondoso bosque de Ibañeta.

-Es una historia muy bonita, pero este sitio me produce más temor que inspiración.

-No tengas miedo. En realidad es un lugar sagrado que invita a la reflexión. ¿Ves esa columna de ahí?

Rogelio Romero buscó el lugar que le indicaba su anfitrión y no pudo evitar un sobresalto cuando descubrió, a la altura de sus ojos, una figura de piedra que parecía llorar. La boca abierta, el cabello alborotado y los ojos semicerrados, la cara realmente asustó al sacerdote, que soltó un grito apagado y dio un apresurado paso atrás.

-Es un Memento Mori. Significa: «Recuerda que vas a morir». Todos debemos saber que estamos en este mundo solo de paso, y que nuestro cuerpo es un préstamo de Dios. Aún hay más, si me sigues por aquí...

-Creo que ya he visto suficiente. Esperaba otra cosa de la visita, la verdad -dijo Rogelio; estaba asustado y quería marcharse de allí. Sentía latir acelerado su corazón y sudaba copiosamente. Se dio la vuelta, buscando desesperado la salida. Escuchó los pasos del hombre retumbar sobre las losas del suelo, un sonido hueco que no hizo más que aumentar su inquietud.

-¡No te vayas! Falta lo mejor. Solo un minuto más.

No le dio tiempo a pensárselo. Una mano se posó sobre su brazo y prácticamente le empujó hacia la parte trasera del altar elevado. El silencio era casi absoluto en aquella parte de la capilla. El claqueteo de sus pisadas era lo único que rompía esa quietud. En la pared del fondo se abría un ventanuco por el que apenas cabía una persona.

-Aquí descansan cientos de peregrinos que no consiguieron superar el paso de los Pirineos. El Camino es muy duro y no todo el mundo está preparado para enfrentarse a él. Se dice que aquí reposan los doce nobles que acompañaban a Carlomagno en la batalla de Roncesvalles y que entre los restos yacen también los del propio Roldán. Fueron traicionados por uno de los suyos y cayeron abatidos por el enemigo sin que este pudiera hacer nada para ayudarlos. Aunque también cuenta la leyenda que Carlomagno, en lugar de preocuparse por los suyos, estaba jugando al ajedrez en Valcarlos...

-Muy interesante. ¿Nos vamos ya? -La inquietud se había transformado en un sudor frío que le recorría la espalda.

-¿No quieres verlo? Todo nos recuerda la fugacidad de nuestra presencia en la tierra. Siempre tenemos que estar preparados y en paz con nosotros mismos. ¿Estás tú en paz?

Rogelio Romero no quería ver nada más. Solo deseaba salir de aquel lugar siniestro y alejarse de ese hombre extraño que comenzaba a asustarle de verdad. Giró sobre sus talones, dispuesto a buscar la salida por sí mismo. Confiaba en que no hubiera cerrado la verja al entrar. No llegó a completar el paso que le hubiera salvado la vida. Un fuerte impacto, descargado con una furia desmedida, le destrozó el cráneo, salpicando las paredes de sangre y masa encefálica. Cuando llegó al suelo, Rogelio era ya un cadáver. Su asesino, sin embargo, no dejó de golpear su cuerpo. Lanzó un golpe tras otro hasta que su cabeza no fue más que una masa sanguinolenta e irreconocible. Cuando recuperó el control, arrastró el cuerpo hasta la pared y, no sin esfuerzo, consiguió empujarlo por el ventanuco del carnario. El cadáver provocó un estruendo de huesos rotos al precipitarse, y quedó sobre los esqueletos y calaveras como un trozo de carne desmadejada. El asesino se asomó por el ventanuco y arrojó sobre el infortunado sacerdote una concha blanca. El souvenir acertó a caer entre sus piernas dobladas. Lo único que lamentaba era que el padre Romero no hubiera tenido tiempo de pedir perdón por sus pecados. Durante un segundo, su mirada se concentró en la sangre de sus manos. Tenía la ropa empapada en el líquido rojo y todavía caliente que manó a borbotones del cuerpo sin vida.

-Tengo que cambiarme -dijo en voz alta.

Volvió la cabeza para asomarse una vez más al carnario. Su rostro no mostró arrepentimiento, ni siquiera un ápice de piedad por el hombre al que le había robado la vida. Alcanzó la salida, se detuvo brevemente para constatar que la calle continuaba desierta y se dirigió hacia su siguiente objetivo.

Para el padre Ramírez la oración matinal se convertía a menudo en el único momento de sosiego y meditación del que disfrutaba a lo largo del día, especialmente durante los meses de verano, cuando las visitas y las responsabilidades se multiplicaban por veinte. Por eso le molestó sobremanera el zumbido y la vibración del teléfono móvil que sintió en el bolsillo del pantalón. Apenas eran las siete de la mañana y el maldito aparato ya reclamaba su atención. Pensó en ignorar la llamada, pero decidió que todas las personas que tenían su número particular conocían de sobra cuánto valoraba esos momentos de silencio y oración, por lo que tenía que tratarse de algo importante.

-¿Sí? -Ni siquiera intentó disimular el enfado que sentía.

-¿Padre Ramírez? Lamento molestarle, soy Xabier Etxeberria, del bar Aztakarri.

-Le reconozco, Xabier. ¿Ha ocurrido algo?

-Acabo de llegar al bar y al pasar he visto que la verja de la capilla del Sancti Spiritus está abierta. No he querido entrar, por si hay alguna losa levantada, ya sabe, para enterrar a alguien, pero he decidido llamarle porque me parece demasiado temprano para trabajos funerarios.

-Hace mucho que no enterramos a nadie ahí, a Dios gracias. Bajo ahora mismo. Seguramente será una gamberrada, un acto de vandalismo. Gracias por llamar, Xabier. Luego pasaré a verle y le contaré de qué se trata. Adiós.

-Adiós, padre, buenos días.

Aunque estuvo tentado de volver a arrodillarse sobre el reclinatorio, finalmente recogió su pequeña Biblia y abandonó la capilla. Los peregrinos estarían saliendo de los albergues y hostales a esa temprana hora y no quería darles la oportunidad de incluir el silo en su ruta turística.

Le costó pocos minutos llegar a la capilla y comprobar que, en efecto, la verja estaba abierta. La cerradura no estaba rota y a primera vista no parecía haber nadie dentro. Entró con paso raudo, persignándose ante el altar, y comenzó a dar la vuelta a la capilla buscando algún desperfecto o los restos de una fiesta. Al no encontrar botellas ni vasos, dio media vuelta para dirigirse al ventanuco del osario, pensando que los visitantes nocturnos podrían haber confundido el carnario con una papelera. Pero lo que atrajo su atención fue un enorme charco de sangre oscura. Un rastro informe llegaba hasta la pared lateral, manchando también las grandes piedras y extendiéndose hasta la apertura del osario. Conteniendo la respiración, el padre Ramírez se obligó a sí mismo a mirar en el interior. «Puede que alguien esté herido y necesite ayuda», se dijo a sí mismo. El anciano sacerdote no estaba preparado en absoluto para lo que vio. Un hombre parecía descansar sobre el montón de huesos. Sin embargo, la forzada pose del cuerpo y el hecho de que su cabeza pareciese una masa deforme y sanguinolenta le convencieron de que aquella persona no estaba allí voluntariamente. El traje negro y el alzacuellos le delataban como sacerdote; la enorme mancha de sangre que lo rodeaba, como cadáver.

El padre Ramírez retrocedió a trompicones y a punto estuvo de caer al suelo. Consiguió salir con mucho esfuerzo y corrió hasta el Aztakarri, el edificio más cercano, donde un atónito Xabier lo vio llegar y lo sostuvo

cuando sus piernas finalmente se negaron a continuar. Entre jadeos, Ramírez le pidió que llamara a la policía y le explicó que había una persona muerta en el silo de Carlomagno. Xabier Etxeberria demostró por segunda vez en pocos días que era un hombre bien templado. Ordenó al camarero que atendiera al clérigo y utilizó su móvil para telefonar a la policía.

-Padre, tranquilícese, por favor. Todo está controlado. Necesita respirar espacio.

-Había un hombre muerto. Ha sido horrible. Otra vez no. ¿Qué está ocurriendo, Dios mío? Pensaba que eran gamberros... Oh, Dios... Creo que era un cura... El muerto era un cura.

-¿Un cura? Hace un rato han venido unos sacerdotes mexicanos preguntando por un compañero que no había dormido en su habitación y no se ha presentado esta mañana a la hora del desayuno. Temían que le hubiera pasado algo.

-Puede ser él.

-Es más que probable, padre. Su mochila y su móvil siguen en la habitación, por eso están seguros de que no se ha ido. Pensaban que podría haberse perdido por el bosque... Vaya, las cosas están complicándose bastante por aquí.

En menos de una hora se produjo en Roncesvalles un despliegue sin precedentes. Los primeros en llegar fueron los sanitarios de Cruz Roja, que tuvieron que esperar unos minutos a los bomberos de Burguete. Estos ayudaron a uno de los médicos a descolgarse por el ventanuco del osario, para luego izarlo tras comprobar lo que era evidente desde arriba, que el sacerdote estaba muerto y que el fallecimiento le había sobrevenido de manera violenta. Hecho esto, se desplazaron al ala privada de la Colegiata para atender al padre Ramírez, quien, lejos de encontrarse mejor, había sufrido una crisis cardíaca causada por la enorme impresión.

La Guardia Civil acordonó el pueblo entero y dispuso, una vez más, férreos controles en carreteras y caminos, algo que para los vecinos de la zona se estaba volviendo habitual. Los agentes corrían de un lado para otro con la radio en la mano. Tampoco tardaron en aparecer los seis sacerdotes mexicanos que viajaban con el padre Romero. Pidieron ver el cadáver para comprobar que se trataba de su compañero, pero la Guardia Civil les impidió el paso de forma educada pero tajante. Tendrían que esperar a los investigadores y a los técnicos de laboratorio, les explicaron. Podrían ver el cuerpo cuando el juez ordenase su levantamiento.

El equipo del inspector Vázquez llegó unos cuarenta y cinco minutos después de producirse la llamada de emergencia. David no podía disimular su nerviosismo y preocupación por la impunidad con la que el asesino continuaba actuando. Además, las tajantes palabras que el comisario les había dedicado antes de partir dejaban bien claro que ya no esperaba resultados inmediatos, sino que los exigía, o de lo contrario... La amenaza, igual que otras tantas veces, quedó en el aire, como una intimidante espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas.

Tampoco el sargento López tenía el mismo aspecto que en anteriores encuentros. Se le veía confundido y desconcertado. En realidad, su rostro era el de siempre, pero el pequeño arco inclinado formado por sus cejas indicaba que algo no andaba bien. Unas profundas arrugas dividían su frente en valles y montañas; sus espaldas parecían soportar algunos años más de los que tenía.

-Inspector. -El saludo vino acompañado por un rápido gesto marcial de la mano sobre la visera de la gorra-. No entiendo cómo ha podido suceder. Mantenemos una vigilancia constante.

-No es culpa de nadie, sargento. Nosotros tenemos las manos vacías, ni una pista sólida, nada que nos conduzca, de momento, a identificar a ese loco. Seguimos ideas insólitas porque no podemos quedarnos con los brazos cruzados, pero en realidad no tenemos nada. He hablado con las patrullas que han pasado la noche en el pueblo y ninguna percibió nada extraño. Es como si nos enfrentáramos a un fantasma. Creo que ha sido el padre Ramírez quien ha hecho el descubrimiento.

-Así es. Ahora mismo está siendo atendido por los médicos. Se ha llevado un susto de muerte. Es un hombre mayor y la impresión ha estado a punto de acabar con él. El propietario del Aztakarri le avisó de que la verja del silo estaba abierta y fue a comprobar si se había colado alguien. Encontró el cuerpo en el osario. Parece que se trata de un cura mexicano, un peregrino que llegó ayer caminando desde Valcarlos junto a un grupo de compañeros de congregación. Falta la identificación formal, naturalmente, pero el cura lleva desaparecido desde ayer por la tarde y sus cosas continúan en la habitación del hostel.

-He enviado a mi equipo a hablar con los vecinos, con todos, y con los peregrinos, turistas y trabajadores de Roncesvalles. He pedido refuerzos para hacer lo mismo con quienes hayan salido temprano. Hay que encontrarles en cualquier punto de la ruta e interrogarles.

-Cuenta con nosotros.

-Lo hago, sargento. Necesitamos a todo el personal disponible. Esto ya es demasiado.

David tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por el desánimo que se estaba apoderando de su mente. No era el momento de hundirse, por muchas ganas que tuviera de echar a correr y no parar hasta dejar atrás aquella locura. Sentía la presión de cientos de ojos posados sobre él, expectantes, al acecho, esperando respuestas rápidas y concluyentes, algo que estaba muy lejos de poder proporcionar.

Se separó del sargento para dirigirse hacia la capilla del Sancti Spiritus. Atravesó el cordón policial y se encaminó al lugar en el que los bomberos seguían esperando una indicación para izar el cadáver. David se asomó por el ventanuco y, a pesar de la distancia, pudo ver que la violencia con la que habían matado a aquel hombre era superior a la infligida a las otras dos víctimas. Al retirarse, sus ojos repararon en algo que le llamó la atención, una forma pequeña y blanca que no parecía un fragmento de hueso. Era una concha de peregrino. Se separó despacio del ventanuco y telefoneó a Ismael Machado.

-Hay una concha -dijo sin ni siquiera saludar a su colega-. Es el mismo

asesino.

-Teresa y yo estamos hablando con Xabier Etxeberria en el bar Aztakarri. El cura estuvo aquí anoche con un grupo de jóvenes y, aunque no puede jurarlo, cree que se marchó con alguien.

-¿Cómo que no está seguro?

-Estaba detrás de la barra, pero le pareció ver que el cura saludaba a alguien en la puerta, aunque no pudo verle la cara.

-Voy para allá.

Mientras guardaba el teléfono vio que el juez de guardia y dos de sus ayudantes se dirigían hacia el lugar. Los bomberos, intuyendo que requerirían en breve sus servicios, comenzaron a preparar los arneses y las cuerdas que utilizarían para subir el cuerpo.

David encontró a sus agentes sentados alrededor de una mesa del bar con Xabier Etxeberria. Ismael se levantó y acercó una silla para que el inspector se acomodase.

-Señor Etxeberria, ha de comprender la importancia que tiene saber con quién salió de aquí el padre Romero -decía Torres en ese momento.

-No salió con nadie, con quien se marchó le esperaba fuera. Un hombre peculiar, ese cura, con traje negro y alzacuellos, y alargando la mano hacia los pantalones de los chicos.

-¿Chicos? -preguntó Vázquez.

-El padre vino a tomar unas cañas con un grupo de jóvenes. Charlaron, se rieron, y al final se fueron, dejándolo solo y con la cuenta pendiente. No le hizo gracia, se lo aseguro, pero pagó sin decir ni una palabra. Luego se marchó. Como puede ver, desde la barra solo tengo una visión parcial de la puerta de la calle. No quedaban más de dos o tres personas en el bar, por eso pude fijarme en que el cura se detuvo en el umbral y habló con alguien un par de minutos. Parecía indeciso, pero quien fuera se ganó su confianza, porque se marcharon juntos.

-¿Está seguro?

-Cuando salí a limpiar las mesas de la terraza oí las voces de dos personas alejándose, pero no me volví a mirar. Una de ellas era el cura mexicano, estoy seguro, el acento es inconfundible.

-¿Y la otra persona?

-Era un hombre y no recuerdo que tuviera ningún acento en especial.

-¿Pudo oír de qué hablaban?

-Creo que del tiempo. Recuerdo que la otra persona mencionó algo sobre las nubes, pero lo cierto es que no les presté atención. Tenía ganas de irme a casa.

-Cualquier detalle que recuerde puede ser de utilidad...

-Ya le he dicho que, con seguridad, solo puedo afirmar que se trataba de un hombre, adulto por el tono de la voz, y sin ningún acento especial. Me habría llamado la atención un tono andaluz, o catalán...

-Claro, pero hay acentos que apenas se distinguen, como el extremeño o el gallego.

-Si usted lo dice... Podría ser perfectamente de Badajoz, no lo sé. - Xabier se mesó el pelo con las dos manos, como si quisiera darle a su cerebro un masaje estimulante-. Llevo toda la mañana devanándome los sesos para recordar los detalles que le estoy contando. No vi nada más, terminé con las mesas de la terraza y volví al interior. Cargué las cámaras frigoríficas, despedí a los dos últimos clientes y me marché a casa. Aparco el coche detrás del bar y no miré hacia la calle. Lo siento, no esperaba que sucediera nada especial. Tampoco vi a nadie en la calle, ni luces en otro sitio que los lugares habituales, en las ventanas y en las farolas.

-Muchas gracias, Xabier, nos ha sido gran ayuda. Me gustaría hablar con esos dos últimos clientes. ¿Recuerda sus nombres?

-Por supuesto, son dos habituales.

Anotó los nombres en un papel y se despidió de los agentes, prometiendo que les llamaría si recordaba cualquier otro detalle o si alguien le contaba que había visto algo peculiar o sospechoso la noche anterior. Ya se sabe que, en ocasiones, la barra de un bar es el mejor confesionario posible. En lugar de entrar en la cocina, Etxeberria salió tras ellos del local y cerró la puerta. No pensaba abrir ese día, no tenía ánimos. Además, estaba demasiado cansado para soportar otra sesión intensiva de cotilleos, rumores y maledicencias pueblerinas.

David envió a Teresa a interrogar a los dos parroquianos del Aztakarri y avanzó hasta situarse junto a Ismael. Helen le telefoneó mientras se dirigían a la Colegiata para hablar con el padre Ramírez.

-Hasta ahora no hemos encontrado a ningún testigo de lo sucedido, aunque seguimos buscando -les dijo la agente.

-Hasta debajo de las piedras, Helen, no se nos puede escapar nada.

-Descuida. Hemos interrogado a los compañeros de viaje del fallecido. El juez ha ordenado el levantamiento del cadáver y los bomberos ya lo han sacado. Les ha costado muchísimo pasarlo por el ventanuco atado a la camilla. Los otros curas lo han identificado sin lugar a dudas como Rogelio Romero, sacerdote de cuarenta y cinco años. Ya te contaré los detalles, pero parece que era un hombre un tanto casquivano.

-No eres la primera que lo insinúa. Explícate mejor.

-Hemos escuchado una conversación que mantenían entre ellos. Se creían a salvo de oídos ajenos, pero olvidaron que no estaban solos y fueron subiendo poco a poco el tono de voz. Parece que al fallecido le gustaban los hombres, sobre todo los jóvenes, y se le conocen varias relaciones y aventuras esporádicas. Cuando les preguntamos si eso era cierto se mostraron sorprendidos e indignados, incluso lo negaron al principio acogiéndose a su condición religiosa, pero terminaron por reconocer que Romero desaparecía de vez en cuando, por eso no se asustaron cuando no regresó a cenar, aunque aseguran que nunca había pasado la noche fuera, y menos en un lugar

desconocido. Dieron la voz de alarma por la mañana.

-En este caso lo de «con la Iglesia hemos topado» adquiere una nueva dimensión. Te llamo luego. -Se guardó el teléfono en el bolsillo y respondió a la mirada inquisidora de Ismael-. Parece que la víctima frecuentaba la compañía de otros hombres y no mantenía sus inclinaciones en secreto, ya que era la comidilla de la congregación a la que pertenecía.

El sol calentaba inmisericorde, aunque no eran ni las diez de la mañana. De pie sobre la explanada de asfalto, David meditaba en silencio, mientras con la punta de uno de sus zapatos escarbaba en el polvo blancuzco, levantando una sinuosa polvareda. Dibujó un pequeño círculo que fue ampliando poco a poco con giros concéntricos. Entonces, en su cerebro resonó el agradable chasquido producido por un par de casillas que se colocaban en el mismo lado del cubo. Masticó la idea durante un par de minutos antes de formularla en voz alta. No quería que una opinión poco meditada sonara como una estupidez al comentarla.

-La primera víctima, Walenty Poznan, bebió como un cosaco en el Aztakarri; tanto, que tuvieron que llevarlo a rastras hasta la cama. Después, Reuben Laughton, un mujeriego empedernido, tiene una aventura con la camarera del bar. Y ahora, el sacerdote Rogelio Romero seduce o es seducido por un hombre desconocido en la puerta del mismo establecimiento. Además, el cura mexicano se alojaba en el hostel del primer piso. Veo una clara coincidencia en este patrón.

-Todos pasaron mucho tiempo en ese bar. -A Ismael le brillaban los ojos, como siempre que su cerebro funcionaba a toda velocidad en busca de la respuesta adecuada-. ¿De quién sospechas?

-Afortunadamente, las posibilidades no son demasiadas. Buscamos a alguien que estuviera en Roncesvalles los días de los tres asesinatos. Descartamos a los peregrinos y nos centramos en vecinos, residentes y trabajadores del pueblo, cualquiera que tenga una excusa para estar aquí a diario, o al menos con mucha frecuencia. Incluimos a repartidores, barrenderos, alguaciles... Pero vamos a centrarnos en lo más evidente, en alguien que ha conocido a las tres víctimas, que ha hablado con ellas, que les ha tratado personalmente.

-El dueño del local...

-Xabier Etxeberria. -Su pie se detuvo en mitad de un nuevo círculo, cuando la punta del zapato ya había encontrado la tierra oscura del aparcamiento. El polvo le había ensuciado las perneras del pantalón, cubiertas ahora por una volátil película blanquecina. Se agachó para sacudirse el polvo con las manos y, cuando se levantó, la certeza de encontrarse en el camino correcto le hizo erguir la espalda hasta parecer unos centímetros más alto-. ¡Vamos!

Los dos hombres corrieron a través del aparcamiento de vuelta al Aztakarri. Empujaron con fuerza la puerta, herméticamente cerrada, y dieron la vuelta al edificio, hasta la pequeña zona en sombras donde Xabier Etxeberria les dijo que solía estacionar su coche. Lo único que encontraron fueron tres contenedores de basura, como solitarios custodios del lugar. Ni rastro de Etxeberria. Giraron sobre sí mismos, oteando la cercana carretera en ambas direcciones, y las estrechas calles que se perdían en el interior del pueblo. Aparte de la figura encorvada de una mujer que empujaba un carrito de la compra, no vieron a nadie en las inmediaciones.

David empuñó el móvil con fuerza y pulsó los números brillantes con rápidos movimientos. Un instante después, el tono de llamada sonaba en el bolsillo del subinspector Torres, que en esos momentos cruzaba el umbral de una de las viviendas más alejadas del pueblo, en las primeras cuestas del puerto de Ibañeta. Sus habitantes, como el resto de las personas con las que había hablado hasta el momento, no vieron ni oyeron nada extraño la noche anterior. Se detuvo bajo la estrecha sombra proyectada por uno de los balcones de la fachada principal y puso fin a la pegadiza canción de Lady Gaga.

-Jefe -saludó-, sigo con las manos vacías.

-Nosotros no. ¿Tienes los nombres de los propietarios de coches similares al sospechoso?

-Claro, guardé el listado en el iPad. Si me das un momento... -Torres, consciente de la urgencia que teñía la voz del inspector, tiró al suelo el cuaderno que sostenía en las manos y extrajo de su funda el ligero dispositivo

electrónico-. ¿Quieres que te lo lea?

-No, solo quiero que me digas si aparece el nombre de Xabier Etxeberria.

El silencio se apoderó de la línea durante unos segundos, mientras el dedo de Torres recorría los datos que aparecían en la luminosa pantalla. El documento era breve, tres columnas con la marca, modelo y matrícula del vehículo, la identidad del propietario y los comentarios del agente que lo había interrogado.

-Aquí está, jefe. Tiene a su nombre un Volkswagen Golf de ciento quince caballos, catorce años de antigüedad, de color blanco, con matrícula NA 3699 BC.

-¡Necesito su dirección! -gritó Vázquez al otro lado de la línea.

-Tengo unas señas de Zubiri. Calle Murelu número dos. La siguiente llamada cortó el hilo de los pensamientos de Helen Ruiz.

-Necesito que hables ya mismo con la testigo que vio el coche parado en el arcén en el caso de Laughton. Pregúntale si es posible que fuera un Golf blanco con matrícula de Navarra, letras BC. Es urgente, llámala inmediatamente y comunícame su respuesta.

La cabeza le daba vueltas. Ningún juez firmaría una orden de arresto sin unos argumentos bien fundamentados. Rogó para que estuviera de guardia un magistrado comprensivo con las dificultades de la labor policial y miró una vez más su teléfono, que permanecía mudo desde hacía dos minutos. Encendió y apagó la pantalla tres veces más para comprobar que estaba operativo antes de recibir la llamada que esperaba.

-Jefe, la testigo dice que es posible que fuera un Golf, pero que en cuanto a coches se refiere, no distingue un burro de un carromato. Le he pedido que buscara una foto en internet para cotejarla y dice no estar segura al cien por cien.

-Pero ¿entra dentro de lo posible que fuera ese coche?

-Sí, pero también que no lo fuera. Insiste en que lo vio un instante, sin prestarle atención, y que bastante hizo con mirar la matrícula. Respecto a las letras, solo recuerda el indicativo provincial, nada más. No sé si te servirá esto...

-Tendrá que servir.

Colgó con un movimiento rápido de la mano y, un instante después, el zumbido del teléfono interrumpió la lectura que el comisario Jacobo Tous tenía entre manos, un concienzudo memorándum con las estadísticas de índices de delincuencia y porcentaje de delitos resueltos en su jurisdicción durante el primer semestre del año. Le iba a encantar comparecer ante la prensa y pronunciar en voz alta semejantes datos. Tous respondió al segundo tono. Vázquez imaginó a su jefe muy erguido en la silla, con el auricular firmemente asido en la mano y el rictus apretado de quien pone toda su atención en cada uno de sus actos.

-Comisario, necesito una orden de detención contra Xabier Etxeberria. Necesitaremos también acceso al bar de su propiedad, a su casa y al coche.

-Imagino que cuando me llama es porque sus sospechas están basadas en hechos.

-No tengo pruebas físicas de momento, comisario, pero los indicios nos llevan inequívocamente en esa dirección. Tuvo trato directo con los tres fallecidos, conoce los horarios y las costumbres de todo el mundo en el pueblo y es lo suficientemente fuerte como para golpear a una persona hasta la muerte. Posee un coche blanco con distintivo provincial y una testigo afirma que podría ser el que vio parado en el arcén el día de la muerte del joven británico. -Vázquez decidió ocultar las serias dudas de la joven respecto al vehículo, dotando a sus palabras de un tinte claramente positivo.

-Deme diez minutos, inspector.

El tinte había funcionado. David e Ismael apresuraron el paso de regreso a su automóvil. Los dos sudaban copiosamente cuando cerraron las puertas y arrancaron el motor. Sin preguntar siquiera, el subinspector colocó la luz giratoria sobre el techo, que comenzó a lanzar sus irritantes destellos

azules.

-Para en el primer control -le indicó a Ismael.

Dos de los guardias que controlaban la carretera confirmaron a Vázquez que Etxeberria había pasado por allí hacía un rato al volante de su Golf blanco. Las ruedas del vehículo policial chirriaron en el asfalto, acompañando el sincopado ulular de la sirena. Los refuerzos, que estaban ya en camino desde Pamplona, llegarían a Zubiri casi al mismo tiempo que ellos, si es que conseguían descender de una sola pieza el puerto de Erro. Ismael conducía con osada rapidez; atacaba cada curva con agresividad, apuraba las frenadas, se abría peligrosamente en los peraltes y ocupaba el carril contrario para no tener que reducir la velocidad. David guardó silencio a lo largo de los veinte kilómetros que separaban Roncesvalles de Zubiri, temeroso de que sus palabras desconcentraran al conductor y provocaran un accidente. Las últimas curvas del puerto de montaña se compensaban con una larga recta que Ismael recorrió como si estuviera al volante de un Fórmula Uno. Redujo la velocidad al llegar a los primeros edificios de Zubiri, una serie de construcciones de los años sesenta y setenta que albergaron a los trabajadores de las cercanas minas de magnesita, hoy hombres en su mayoría jubilados que dedicaban buena parte de su tiempo a charlar en los bancos apostados al pie de la carretera. Por eso, casi aplaudieron la espectacular aparición de Vázquez y Machado, cuya llegada anunció el viento varios minutos antes al trasladar hasta sus castigados oídos el clamor de las sirenas.

Dos furgones azules y varios coches sin distintivos les esperaban en la entrada de la calle Murelu. Etxeberria era el propietario del primero de una hilera de seis adosados de dos alturas con menos de cinco años de antigüedad. Las blancas fachadas brillaban bajo el sol de mediodía, aunque la puerta y las alargadas ventanas estaban protegidas de las inclemencias del tiempo por el ancho alero del tejado a dos aguas. El hostelero tenía vecinos a la derecha y al final de la calle, pero en el resto de las viviendas podía verse un enorme cartel naranja y blanco anunciando su disponibilidad. Los policías esperaban instrucciones junto a los vehículos. En ese momento sonó de nuevo su móvil. El comisario Tous le informó rápidamente de que el juez de guardia había dado su visto bueno a la intervención. Como siempre, le recomendó actuar con cautela y le exigió información constante e inmediata del desarrollo del operativo.

-Coja el teléfono en cuanto suene, Vázquez, y cuénteme todos los detalles. Tengo al delegado pegado a mi silla y las presiones no tardarán en llegar desde más arriba. Ya sabe cómo va esto...

-Descuide, comisario, le mantendré informado en todo momento.

Una sola vez en toda su carrera había decidido ignorar la insistente llamada de su superior para centrarse en el interrogatorio que tenía entre manos. El hombre que entonces se sentaba frente a él en una abarrotada sala de la jefatura central, un pederasta confeso con varios arrestos anteriores a sus espaldas, era el principal sospechoso de la desaparición de un niño de ocho años. Lo tenía acorralado, el detenido sudaba, lloraba y suplicaba cuando comenzó a sonar su móvil. No podía aflojar la presión, estaba a punto de conseguir la respuesta que buscaba, así que acalló el teléfono y dejó que siguiera sonando en silencio, perdido en el bolsillo de su chaqueta. Finalmente, el detenido confesó haberse llevado al niño del patio del colegio y tenerlo retenido en la caseta de una huerta de su propiedad. Lo encontraron sucio y maniatado, pero vivo e indemne. El comisario le felicitó por el éxito de la operación, aunque le recriminó duramente que hubiera ignorado sus llamadas.

David estableció un perímetro de seguridad para evitar una posible fuga del sospechoso y se encaminó, con Ismael a su lado, hacia la puerta de entrada del chalet. Hasta sus oídos llegó el zumbido del timbre en el interior de la casa.

Esperó a que el eco se apagara y volvió a pulsar el interruptor, dejando que el sonido rebotara en las paredes. Escuchó en silencio, atento a cualquier ruido procedente del otro lado, pero solo percibió el anhelo nervioso de su propia respiración. Estaba a punto de pedir que forzaran la puerta cuando le llegó el rumor de unos pasos dentro de la vivienda, unos pies que arrastraban lentamente las zapatillas por un suelo de madera. Un hilo de luz se coló por debajo de la puerta y, un segundo después, apareció ante ellos el rostro somnoliento de Xabier Etxeberria. Cubría su cuerpo con un batín azul y blanco mal anudado a la cintura, lo que les permitió comprobar que debajo solo iba vestido con la ropa interior. Unas zapatillas abiertas en el talón completaban el atuendo de un hombre que parecía acabar de levantarse de la cama. Miró sorprendido a los hombres que le apuntaban con un arma desde la

calle. Diez pares de ojos vigilaban cada uno de sus movimientos.

-¿Inspector?

A modo de respuesta, Vázquez avanzó hasta ponerse a su altura. Le obligó a levantar los brazos y comprobó que no iba armado. Hizo una seña a sus agentes para que guardaran las armas e indicó al atónito Etxeberria que ya podía bajar las manos.

-Xabier Etxeberria, tiene derecho a guardar silencio, a no contestar algunas de las preguntas que le formulen, o a declarar ante el juez.

-¿Qué ocurre aquí? -Xabier no salía de su asombro. El miedo inicial estaba dejando paso rápidamente a una indignación que comenzaba a teñir de rojo el rostro del hostelero. Un agente se colocó a sus espaldas y, con un movimiento rápido, le inmovilizó ambos brazos a la espalda. Un instante después, sintió en la piel el pellizco metálico de las esposas al cerrarse con un chasquido que se le grabó en el alma. David ignoró al detenido y continuó con la letanía tantas veces repetida:

-Tiene derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Tiene derecho a designar un abogado y a que este esté presente durante las diligencias policiales y judiciales. Si no nombra un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Lo entendiera o no, de la boca de Xabier Etxeberria no salió ni una sola palabra. Se limitaba a observar boquiabierto a su alrededor a los policías que le seguían apuntando con un arma a pesar de los grilletos que le impedían moverse. Miró hacia abajo y vio sus peludas pantorrillas asomando impúdicas por debajo del batín, que dejaba también al descubierto unos boxers gastados y la raída camiseta que utilizaba para dormir. Cuando llegó a casa esa mañana, después de cerrar el bar en Roncesvalles, decidió combatir la fuerte jaqueca que le atenazaba con un analgésico y uno de los somníferos que guardaba en el cajón de la mesilla para cuando la cafeína o los nervios le impedían dormir. Había planeado quedarse en la cama el resto del día, quizá incluso hasta el día siguiente, cuando volvería a abrir el bar. La acción del somnífero quedó neutralizada por la fuerte inyección de adrenalina que invadió su cuerpo cuando la policía irrumpió en su casa, pero todavía sentía

los músculos entumecidos y la cabeza un poco ofuscada. Frente a él, el inspector continuaba recitando una retahíla de frases que se le antojaban incoherentes.

-Señor Etxeberria -repitió David a un palmo de su cara-, es usted persona de interés en la investigación sobre las muertes ocurridas en Roncesvalles en las últimas semanas.

-¿Persona de interés? ¿Están locos? ¡Yo no he hecho más que ayudarles en todo lo que he podido!

David ignoró los gritos del hombre y le empujó suavemente hacia el interior de la vivienda. Echó un ligero vistazo a su alrededor antes de continuar. La puerta de la calle daba acceso directamente a un amplio salón que ocupaba más de la mitad de la superficie de la planta baja. La luminosa estancia estaba decorada con un mobiliario espartano lacado en blanco mate que apenas destacaba sobre la pared, pintada de un sobrio tono gris claro. A su alrededor, un sofá de aspecto rígido, una mesa de comedor y cuatro sillas milimétricamente colocadas a su alrededor. Ni alfombras, ni adornos superfluos, ni nada digno de grabarse en la retina. Estaba claro que Etxeberria pasaba poco tiempo en su casa.

-Señor Etxeberria -comenzó una vez más-, nos va a acompañar a jefatura central para ser interrogado. Si lo prefiere, puede negarse y declarar ante el juez; usted decide. Uno de los agentes le escoltará a su habitación para que pueda vestirse. Tiene cinco minutos.

Xabier apretó los dientes con furia contenida, pero no dijo ni una palabra. Subió las escaleras en dos zancadas, seguido de cerca por un policía uniformado, y volvió a bajar pocos minutos después vestido con unos vaqueros holgados, una camiseta azul y unas deportivas del mismo color. Se había mojado el pelo para peinarlo hacia atrás. El agua lanzada hacia su cabeza le había mojado la ropa, que mostraba salpicaduras oscuras en el pecho y los hombros. Le habían vuelto a colocar las esposas a la espalda, forzando la musculatura de los brazos y los hombros, que se tensaban bajo la camiseta.

-¿Se ha duchado? -preguntó Vázquez.

-No -respondió secamente-, solo me he aseado un poco, ¿algún problema también con eso?

-Le tomarán muestras biológicas cuando llegemos a Pamplona, tenemos una orden que nos autoriza a hacerlo, y no quisiera tener que vaciar los desagües de su baño.

-No hará falta, inspector; le garantizo que no tengo nada que ocultar. Está patinando conmigo, Vázquez; esto no va a quedar así.

La amenaza salió de su boca en voz baja, pero llegó alto y claro a los oídos del inspector, que le agarró de un brazo para conducirlo hasta uno de los coches patrulla. El vehículo partió en dirección a Pamplona, seguido por dos coches que le escoltarían todo el trayecto. De pie sobre la acera, Vázquez se secó el sudor que le empañaba la cara. Ismael, que salía del garaje en esos momentos, parecía tan acalorado como él.

-Daría todo lo que tengo por una cerveza helada, jefe.

-Que sean dos.

Se sentía exhausto, agotado, y el día no había hecho más que comenzar. Quedaban un sinfín de asuntos de los que ocuparse antes de dar por concluida la jornada. Sería difícil que hoy pudiera ver a Irene. Apoyó la espalda contra la fachada de la casa y resistió la tentación de deslizarse por la cálida pared hasta sentarse en el suelo. Sacó el móvil y seleccionó el Whatsapp. Una diminuta fotografía de Irene guió sus dedos.

«Hola, ¿te molesto?», tecleó rápidamente. Unos instantes después el estado del teléfono de Irene cambió a «en línea» y su corazón dio un brinco de alegría.

«Al contrario, te echaba de menos. ¿Mucho trabajo?»

«Sí, no sé cuándo podré volver a Pamplona, seguramente será muy tarde.»

«No me importa, si no estás demasiado cansado.»

«Llamaré despacio a tu puerta.»

«Te esperaré.»

Sonrió mientras cerraba la aplicación. Sentía la camisa pegada al cuerpo cuando se irguió de nuevo, pero la sensación de cansancio había disminuido ostensiblemente. Buscó a Ismael con la mirada y lo encontró centrado en su propio móvil. Tenía el ceño fruncido y los labios torcidos en una desagradable mueca. Tecleó furiosamente sobre la pantalla táctil y guardó el aparato sin esperar respuesta, soltando un sonoro bufido mientras lo enterraba en el bolsillo trasero del pantalón.

-¿Problemas en el paraíso?

-Mi mujer nunca está contenta. Si voy a comer a casa, no le causo más que problemas, y si no voy, se enfada porque nunca puede contar conmigo. Creo que los gemelos la están sacando un poco de quicio, no hay forma de coordinarles los horarios, se turnan para llorar por la noche y la pobre se pasa el día preparando biberones y cambiando pañales. Yo también estaría de mal humor en su lugar.

Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro varias veces mientras hablaba, buscando el efecto sedante del rítmico balanceo. Respiró profundamente y miró a su jefe, indicándole que estaba listo para continuar con el trabajo. La puerta principal de la casa ya lucía el preceptivo precinto policial que impediría el paso de cualquier persona hasta que se efectuara el registro, seguramente al día siguiente. Ordenó a una de las patrullas que se apostara en la puerta y que no se moviera de ahí bajo ninguna circunstancia. Desconocían si otras personas tenían acceso a la vivienda, en cuyo caso podrían modificar su contenido al enterarse de la detención del propietario.

-Lo primero es comer algo. Se piensa mejor con el estómago lleno. Etxeberria tardará al menos tres horas en estar listo para ser interrogado, tenemos tiempo de volver a Roncesvalles y mantener la conversación pendiente con el padre Ramírez, a ver qué puede contarnos sobre el fallecido.

La actividad en Roncesvalles apenas había decaído desde que abandonaron el pueblo a toda velocidad. Torres y Helen continuaban con los interrogatorios a vecinos, trabajadores y turistas, aunque sus libretas estaban tan vacías de pistas válidas como al principio. Charló brevemente con su equipo antes de dirigirse hacia la cercana casa prioral. La blanca fachada del edificio de dos alturas servía como telón de fondo a la amplia explanada cubierta por una suave manta de césped. Varios grupos de personas descansaban tumbadas al sol, mientras otros hacían cola para inscribirse en la oficina de atención al peregrino, abierta en la planta baja, justo al lado del museo-biblioteca. Era evidente que la afluencia de turistas y peregrinos había descendido mucho en las últimas semanas. El miedo o la simple precaución habían hecho que muchas personas optaran por eludir su paso por la simbólica localidad, aplazando su visita o iniciando su camino unos kilómetros más adelante.

David había visitado una sola vez la Colegiata, cuando siendo un niño la escuela organizó una excursión a Roncesvalles. Recordaba de entonces la emoción que sintió al encontrarse tan cerca de las cadenas que, según explicaba su profesora con voz monótona, el rey navarro Sancho VII el Fuerte rompió con sus propias manos, deshaciendo una cadena humana formada por esclavos árabes tras la que se parapetaba el invasor. En su mente se dibujaron con claridad los rostros aterrados de los prisioneros, unidos unos a otros con férreos eslabones, obligados a luchar o morir. La espada del rey navarro les liberó de su cautiverio, y como no se sentían en deuda con el caudillo árabe, corrieron en desbandada, franqueando el paso de los cristianos hasta el campamento musulmán. En recuerdo de esta gesta, el rey ordenó sustituir el antiguo escudo de Navarra, en el que por aquel entonces aparecía un águila, por los eslabones arrancados ante el campamento de Muhammad An-Nassir. Aquel día, David pudo ver con sus propios ojos las oscuras cadenas que descansaban sobre un enorme cojín de terciopelo rojo, mientras imaginaba el semblante agradecido de los esclavos, inesperadamente absueltos de su perpetua condena.

Sin que tuviera ninguna lógica, su segundo y último recuerdo de aquel viaje era la larga cola que tuvo que guardar después de comer para poder comprar un helado en la única tienda abierta en el pueblo. Apretaba en el puño la moneda de cincuenta pesetas que su madre le autorizó a llevar y

gastar en la excursión. El cucurucho de chocolate no le costó ni veinte, y conservaba desde entonces en la memoria la sensación de sentirse un adulto, con su propio dinero en el bolsillo, gestionando los gastos y guardando cuidadosamente los cambios, que después enseñó triunfal a su madre al llegar a casa y, más tarde, lanzó con gran estrépito al fondo de una hucha metálica prácticamente vacía.

Alcanzó el zaguán y permitió que la frescura que desprendían las paredes le enfriara el sudor. Dejó a un lado la entrada al museo y se dirigió a las dependencias privadas de los miembros del cabildo, donde un silencioso clérigo le acompañó hasta la habitación ocupada por el responsable de la comunidad.

Encontró al padre Ramírez en la cama, recostado sobre unos almohadones y tapado por el edredón hasta la barbilla. Se le veía pálido y tembloroso, como si estuviese desnudo en medio de una ventisca de nieve en lugar de en la caldeada habitación. La medicación suministrada por el médico para controlar el corazón del anciano y los niveles de ansiedad había comenzado a surtir efecto y su respiración sonaba fuerte y regular, aunque el ritmo cardíaco continuaba acelerado. Unax Goizueta permanecía sentado en una silla junto a la cama, atento a cualquier necesidad del padre. Torció el gesto al ver entrar al policía y se levantó de un salto, interponiendo su enorme envergadura entre el inspector y el sacerdote tendido en la cama. Su aspecto era tan salvaje como la primera vez que le vio, con la barba tupida y negra cubriéndole buena parte de la cara y el cuello, el pelo oscuro, fuerte y revuelto, y un cuerpo ancho y musculoso, más propio de un oso que de un ser humano. A pesar de su apariencia, de nuevo volvió a sorprenderle la suave voz que surgió de su garganta:

-El padre no puede recibir más sobresaltos hoy. El médico ha ordenado que guarde reposo absoluto. A punto han estado de trasladarlo en ambulancia al hospital, tal era su estado cuando lo han traído, pero al final han permitido que se quede, a condición de que no se mueva ni se altere.

-Necesito hablar con él solo unos minutos. Hace pocas horas que se han llevado de aquí el tercer cadáver en poco tiempo y tenemos que encontrar a quien lo ha hecho antes de que vuelva a actuar.

Unax Goizueta no se movió ni un centímetro. Cruzó los brazos sobre el pecho y abrió las piernas, anclándose al suelo, dispuesto a interceptar a cualquier persona que intentara sobrepasar la línea imaginaria que había trazado entre el padre Ramírez y el resto del mundo.

-Unax... -La voz del sacerdote parecía llegar desde muy lejos-. Tengo que hablar con él, hay que parar esta locura. Tráenos una silla y un poco de agua, por favor.

-Padre, recuerde lo que le ha dicho el médico, ha sido tajante en cuanto a lo de las visitas.

-Estaré bien. No será mucho rato, ¿verdad, inspector?

-No, padre; me iré lo antes posible para dejarle descansar, se lo garantizo. David habló manteniendo los ojos fijos en las oscuras pupilas de Unax, que parecía debatirse entre cumplir las órdenes del doctor o las recibidas por el sacerdote. Finalmente, cedió con un sonoro bufido y salió de la habitación; poco después, regresó con una silla plegable en una mano y un vaso de agua en la otra, que parecía de juguete entre sus enormes dedos. Se lo acercó cuidadosamente al padre y le ayudó a beber. A continuación, le ahuecó los almohadones bajo la cabeza y lo incorporó levemente, de forma que quedó más sentado que tumbado. Movi6 al sacerdote con cuidado, levantándolo sin aparente esfuerzo. Por último, volvió a sentarse en la misma silla. No tenía intención de dejar al sacerdote a solas con el policía.

-Gracias por recibirme, padre; intentaré no cansarle, pero debe entender que es urgente reunir cuanto antes toda la información posible. Los recuerdos están ahora frescos y nítidos en su memoria, pero pronto comenzarán a mezclarse con comentarios ajenos e ideas fruto de su imaginación.

-Le garantizo que lo que he visto esta mañana permanecerá inalterable en mi memoria durante el resto de mi vida. Es terrible todo lo que está pasando, inspector. Cuente con mi colaboración. Haré todo lo que esté en mi mano, no lo dude.

-Necesito que recuerde lo ocurrido esta mañana. Céntrese en cualquier detalle que le llamara la atención por anómalo o sorprendente que fuera.

Incluso si ahora le parece poca cosa, todo puede ser un hilo del que tirar.

-De acuerdo. -El padre Ramírez cerró un momento los ojos y respiró profundamente, buscando fuerzas en su interior para recordar los terribles acontecimientos de ese día-. Xabier Etxeberria me llamó sobre las siete de la mañana. Yo estaba en la capilla, como todos los días. Me dijo que la verja del Sancto Spiritus estaba abierta de par en par y temía que algún gamberro hubiera roto algo dentro. Fui lo más rápido que pude. Efectivamente, la puerta estaba abierta, pero la cerradura no parecía rota, eso me llamó la atención. No es la primera vez que alguien salta la verja para acceder al interior. Hemos encontrado de todo en la capilla, inspector; no hay respeto por los lugares sagrados. Pero esta vez habían entrado por la puerta, de eso estoy seguro.

-¿Quién tiene llaves?

-No demasiada gente. En la Colegiata, las llaves están en mi despacho, como todas las demás...

-Y su despacho siempre está abierto. -David recordó que el padre Ramírez había hecho ese comentario al hablar sobre las llaves de los coches de la comunidad.

-Solía estarlo, sí, pero desde los últimos acontecimientos cierro la puerta con doble vuelta cuando me voy. Yo tengo una llave en mi llavero, y sigue ahí, la llevaba en la mano cuando iba al Silo. También tienen una copia el padre Cano, el hermano Gómez y el hermano Sanchís, que ahora está de viaje. Hay otra copia en una pequeña caja fuerte en el albergue y una más en la oficina de Turismo. Desconozco dónde la guardan. Por supuesto, el ayuntamiento tiene llaves de todos los monumentos del pueblo y me consta que los trabajadores municipales de mantenimiento cuentan con una en el grueso llavero que llevan en su furgoneta, porque les he visto entrar en otoño para recoger las hojas secas que empuja el viento al interior y en invierno para despejar la nieve que cae como un alud por las ventanas sin cristales.

-Eso son muchas llaves.

-No se crea, no más de una docena.

-Lo que no sabemos es cuánta gente tiene acceso a esas copias. Puede que el ayuntamiento las guarde en un lugar de fácil acceso.

-Sí, es posible -reconoció el anciano-. Eso tendrá que preguntárselo al alcalde.

-Siga, por favor. ¿Qué hizo cuando entró en la capilla?

-Me detuve en la puerta para escuchar, por si había alguien dentro. No quería enfrentarme a una cuadrilla de borrachos ni a unos vándalos descubiertos en plena faena; pero no oí nada, el silencio era absoluto, como siempre. Avancé hacia el altar y comprobé que no estaba roto ni pintarrajeado. Después, fui al Memento Mori y vi que también estaba intacto, al menos a primera vista. Seguí hacia la parte trasera del altar, donde no me cabía duda de que hallaría los desperfectos, pero realmente me sorprendió no encontrar nada. Y entonces vi toda esa sangre. Me quedé paralizado por el miedo, pero cuando me di cuenta de que el reguero llevaba al ventanuco del osario, decidí asomarme por si alguien había caído al interior y estaba herido. Cuando mis ojos se toparon con el pobre hombre, supe en el acto que estaba muerto. Creo que grité. Incluso me resbalé en el charco de sangre cuando quise retirarme. Tropecé de nuevo al comenzar a correr, creo que le di una patada a algo blando, y salí al exterior lo más rápido que pude.

-Tropezó con un pequeño bolso. Estaba en el suelo, cubierto de sangre. Hemos encontrado dentro algunas pertenencias del padre Romero, como su cartera, algo de dinero y unos pañuelos. Creemos que lo llevaba puesto cuando lo mataron, por eso hay restos de sangre en él. Pudo caérsele mientras le golpeaban, o cuando trasladaban su cuerpo al osario.

El anciano se estremeció visiblemente y pareció encogerse entre los almohadones. Unax Goizueta se revolvió en su silla, incómodo ante la situación, pero no dijo nada.

-¿Han detenido a alguien? Llevamos toda la mañana viendo mucho revuelo en el pueblo. Alguien ha comentado que tienen ustedes un sospechoso.

-Es cierto que hay un detenido, pero no podemos cerrar ninguna vía de

investigación por el momento. Por eso estoy aquí. Creemos que el asesino tiene unas características muy definidas. Ha de ser alguien de Roncesvalles o de los pueblos cercanos, que vive o trabaja aquí desde hace varios años. Un hombre adulto y fuerte, seguramente también alto. Conoce el pueblo, los edificios, el bosque, los caminos y, lo que es más importante, las costumbres de la gente, tanto de los vecinos como de los peregrinos, turistas y trabajadores.

-Casi puede ser cualquiera...

-Los expertos en perfiles psicológicos creen que ha de ser alguien con una fuerte personalidad, que se haga notar tanto por su presencia física como por sus opiniones, alguien que no evita una discusión, incluso con un superior o un jefe... El hecho de que los fallecidos sean peregrinos puede ser una casualidad, que se trate de las víctimas que tenía más a mano, pero también podría ser una persona que cree actuar en defensa propia o de un bien mayor. Las características de las víctimas nos llevan a buscar a un sospechoso con profundas creencias religiosas y una educación conservadora. Buscamos a un asesino que no tiene miedo, padre, y eso le hace mucho más peligroso. ¿Conoce a alguien que encaje con esta descripción?

-Le repito que así, de buenas a primeras, puede ser cualquiera...

-No, esa no es una opción válida. Padre, piense que puede evitar un nuevo crimen.

-¿Y si pronuncio el nombre de un inocente?

-¿Y si se calla el de un asesino?

El padre Ramírez cerró los ojos durante unos instantes. Vázquez pensó que se había dormido, hasta que los abrió de nuevo y le miró con una renovada intensidad.

-Inspector, por mucho que busco en mi cabeza, estoy convencido de que no conozco a nadie capaz de cometer el asesinato a sangre fría de un inocente. Le garantizo, sin embargo, que seguiré pensando en ello y le llamaré si se me ocurre algo. -Cuando terminó de hablar lanzó una breve

mirada a Unax, que inmediatamente se puso en pie y abrió la puerta de la habitación-. Si me disculpa, estoy realmente cansado y conmocionado.

Vázquez permaneció sentado solo un segundo más. Estaba convencido de que el sacerdote callaba más de lo que le había dicho, pero no veía la manera de convencerle para que compartiera sus pensamientos con él, así que finalmente se levantó, le deseó al padre un pronto restablecimiento y salió al pasillo bajo la atenta mirada del joven voluntario, que cerró la puerta a sus espaldas.

-¿Se encuentra bien, padre? La entrevista ha sido demasiado... intensa.

-Cierto, pero estoy bien. Un poco cansado, aunque ya no siento tanta presión en el pecho como hace un rato. Unax, te agradecería que avisaras al padre Cano de que deseo hablar con él de inmediato.

-¿Seguro que se encuentra bien? Yo podría hacer cualquier recado que necesite.

-No, Unax; lo que necesito es hablar con el padre Cano.

El joven no dijo ni una palabra más y salió de la habitación con el móvil en la mano. Volvió al cabo de unos minutos.

-El padre Cano viene de camino. Estaba en su despacho, así que no tardará demasiado.

-Gracias, Unax. Si puedes traerme un poco de agua...

El voluntario le acercó solícito un vaso al anciano, que bebió despacio tras incorporarse en la cama. Alargó la mano y cogió de la mesita de noche un rosario de cuentas negras, con una pequeña cruz de plata en uno de sus extremos. Cerró los ojos, dibujó con una mano la señal de la cruz sobre su cuerpo y comenzó a rezar en voz baja, moviendo apenas los labios mientras desgranaba los primeros misterios y el acto de contrición.

El padre Cano entró en la habitación después de llamar suavemente a la puerta. Saludó a Unax y se aproximó a la cabecera de la cama en la que descansaba su superior. Su rostro reflejaba una sombra de preocupación por

la salud del padre Ramírez.

-Unax, te agradecería que nos dejaras solos unos momentos. -Las palabras del padre Ramírez sonaron suaves, pero taxativas.

El joven voluntario se sorprendió al escuchar la petición del sacerdote, pero una vez más se mantuvo en silencio. Se levantó y abandonó presto la estancia. El padre Cano también se mostraba sorprendido por la actitud de su superior y esperó a que el anciano hablara.

-Acabo de tener una inquietante conversación con la policía -dijo por fin.

-Inquietante ¿en qué sentido?

-Ellos creen que el asesino ha de ser alguien vinculado al pueblo, alguien unido al Camino y a nosotros. Si lo piensas bien, tiene cierta lógica. Las características de los fallecidos son similares, los tres destacaron lamentablemente por hechos poco ortodoxos y, de algún modo, llamaron la atención del criminal. Los expertos de la policía han sugerido una serie de pistas que me han dado qué pensar, y estoy profundamente preocupado. -El padre Cano miraba expectante al padre Ramírez. No estaba seguro de cuáles serían sus siguientes palabras, pero comenzaba a asustarse-. Aunque lo he negado, un nombre me ha asaltado mientras el inspector enumeraba las características más probables del asesino.

-Mientras hablaba, miró directamente hacia la puerta por la que unos minutos antes había salido el joven voluntario.

El padre Cano captó de inmediato el significado de esa mirada.

-¿Cree que Unax...?

-Es fuerte, tiene unas profundas convicciones religiosas y en más de una ocasión ha recriminado a algún peregrino su comportamiento inadecuado.

-No creo que nunca haya hecho nada que no hubiéramos realizado cualquiera de nosotros. Además, no olvide que tiene un profundo sentido de

la lealtad, ¿daría la vida por cualquier miembro de la comunidad!

-¿Y sería capaz de quitársela a alguien si creyera, equivocadamente, por supuesto, que la comunidad estaba en peligro por amenazas externas?

-¡No! Padre, no puede pensar eso de un hombre que dedica todos sus esfuerzos al buen funcionamiento del albergue y, por extensión, de la Colegiata. Es eficaz, educado, culto...

-Pero no sabemos lo que pasa por su cabeza. No puedo evitarlo, padre; me cuesta demasiado poco imaginarlo cometiendo un acto tan atroz.

-No pensará ir con esa historia a la policía. Le detendrían de inmediato, ¡y es inocente!

-No voy a decir nada, tranquilo; al menos de momento. -La voz del padre Ramírez parecía surgir del fondo de su alma. El cansancio, los acontecimientos del día y la medicación que le habían suministrado estaban acabando con sus escasas fuerzas-. Pero tenemos que vigilarle, no podemos perderle de vista, por si acaso...

-Está bien. -Cano claudicó ante la testarudez de su superior-. Yo mismo estaré atento a sus actividades.

-Debemos estar seguros de que no tiene nada que ver con los asesinatos. En caso de duda, padre, acudiremos a la policía. ¿Por qué no le ofrece una habitación en el albergue? Dígale que es una especie de gratificación por su dedicación, y así el hermano Gómez podrá vigilarle por la noche.

-No sé si accederá.

-En una ocasión comentó que no le gustaba demasiado el hostel y que preferiría dormir en una de las literas del albergue, pero que no lo hacía por no hurtarle el lugar de descanso a un peregrino. Ofrézcale el pequeño dormitorio que hay al final de la estancia principal, a pocos metros de la habitación de Gómez.

-Está bien, se lo diré y hablaré con Gómez al respecto, pero ¿qué

haremos si se niega?

-Ya lo pensaremos entonces. Ahora, si me disculpa...

El padre Ramírez recostó la cabeza en los almohadones y cerró los ojos. Un dolor que nacía en las sienes le taladraba el cerebro, mientras las piernas se sacudían en involuntarios y dolorosos calambres.

-Si es tan amable de avisar al doctor, dígame que no me encuentro muy bien. Y busque a Unax para que se quede conmigo esta noche, así...

-Así sabremos dónde está, de acuerdo.

El padre Cano salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado. Sabía por experiencia lo que una migraña podía provocar en el cuerpo de una persona y no quería empeorar esa situación con un portazo. Buscó el móvil en el bolsillo de su pantalón y llamó primero al médico, quien le aseguró que estaría con el padre Ramírez en diez minutos, y después a Unax, que tardó menos de sesenta segundos en personarse junto al sacerdote. Cano dedujo que había estado esperando en el rellano de la escalera. Cuando miró al joven a los ojos percibió ciertamente un aspecto salvaje y amenazante, pero bajo esa capa de músculos y pelo hirsuto se escondía un joven compasivo y trabajador. Estaba seguro de que el padre Ramírez se equivocaba con Unax, pero también estaba decidido a cumplir su promesa.

-Unax, un momento, por favor.

El joven, que ya tenía la mano en el picaporte, se detuvo en seco y se volvió hacia el clérigo.

-El padre Ramírez me ha comentado que quizá fuera conveniente que, dadas las circunstancias actuales, por un lado, y en agradecimiento a tu esfuerzo diario, por otro, te traslades a la pequeña habitación que hay al fondo de Itzandegia. Si te parece bien, claro. Como una vez comentaste que el hostel no te agradaba demasiado... Hoy, sin embargo, yo mismo te estaría muy agradecido si permanecieras junto a nuestro superior, dado su delicado estado de salud.

-Muchas gracias, padre; estaré encantado de mudarme mañana mismo, cuando el padre Ramírez no me necesite a su lado. Le agradezco la confianza, de verdad. -En el rostro de Goizueta se dibujó una enorme sonrisa. Parecía honesto en sus emociones, pero no podía negar que Ramírez era mucho más perspicaz y observador que él.

Dicho esto, abrió la puerta y entró despacio en la habitación, cerrándola suavemente tras de sí. El padre Cano permaneció inmóvil unos minutos, pensando en las palabras que su superior había pronunciado minutos antes. Sacudió la cabeza para alejar el recuerdo y se dirigió a las escaleras, dispuesto a retomar sus obligaciones diarias en las que, por cierto, iba muy retrasado.

Ismael repasaba sus notas apoyado en un árbol a la sombra mientras esperaba que los agentes de la científica se dignaran a proporcionarle algún dato. Hasta el momento se habían limitado a mirarle de soslayo sin responderle siquiera, conscientes de la importancia de su trabajo y dándose unos aires de superioridad que le irritaban sobremanera. Prefirió alejarse unos metros del lugar y evitar de ese modo que alguna palabra malsonante se escapara de su boca. Su madre todavía le soltaba alguna colleja que otra cuando, durante las comidas familiares, su boca se llenaba de palabrotas. Pero los esfuerzos de la mujer no habían conseguido que su hijo eligiera los sinónimos menos ofensivos del castellano para expresar sus sentimientos y opiniones. A pesar de la riqueza del idioma, las palabrotas eran sus mejores aliadas, al igual que las expresiones malsonantes, mejor cuanto más ofensivas. Solo en comisaría ponía cierto cuidado en su lenguaje. En más de una ocasión sus compañeros le habían recriminado su vocabulario barriobajero, pero la gota que colmó el vaso fue la bronca que le echó su jefe cuando se le escapó un exabrupto en mitad de una reunión con agentes de otras jefaturas provinciales. Desde entonces, intentaba controlar sus palabras y buscar expresiones más

adecuadas, pero no era fácil acabar con una costumbre adquirida cuando todavía estudiaba en el instituto. A los quince años era el más bajito de su clase, lo que provocaba constantes burlas por parte de sus compañeros. Al principio aguantaba en silencio las ofensas, agachando la cabeza e ideando tormentosas venganzas que acababan diluyéndose en su imaginación. En el fondo era incapaz de hacer daño a nadie voluntariamente. Su vida comenzó a cambiar cuando escuchó a un alumno de cursos superiores utilizar una variedad tal de insultos e improperios para dirigirse a sus oponentes que estos optaron por retirarse, incapaces de mostrar argumentos similares con los que defenderse. Le pareció una táctica estupenda, fácil y libre de violencia física, así que alquiló varias películas en las que la mitad del diálogo se componía de palabrotas y dedicó todo su tiempo libre a estudiar el lenguaje y la pose de los actores. Al cabo de un par de semanas conocía casi al dedillo los diálogos de *Scarface*, *El sargento de hierro*, *Uno de los nuestros* y *La chaqueta metálica*. Sintióse el perfecto perdonavidas, como Clint Eastwood en *Harry el Sucio*, dejó de evitar a los matones del instituto para enfrentarse a ellos con su afilada lengua y su actitud provocativa. El efecto fue casi inmediato. Primero cesaron las bromas sobre su estatura y, poco después, comenzaron a acercarse a él estudiantes que hasta entonces ni siquiera le miraban. Los «guays» del instituto le incluyeron en su círculo privado de amistades. El problema fue que, aunque con diecisiete años dio el estirón y creció hasta ser tan alto como el resto de sus amigos, su vocabulario no cambió. Llegó un momento en el que su forma de hablar ahuyentó a las chicas buenas y atrajo a muchos indeseables, pero Ismael, a pesar de todo, fue capaz de salir de esa órbita y alejarse de las drogas, los delitos menores y los coches trucados. Conoció a Ana, su mujer, hacía ya catorce años. Ella parecía ignorar sus improperios, y esa indiferencia había conseguido que, con el tiempo, fuera capaz de mantener una conversación sin apenas decir palabrotas. Habían formado una sólida familia que aumentó hacía casi un año con el nacimiento de sus gemelos, dos pequeños terremotos que no descansaban ni un minuto en todo el día pero que eran capaces de sacar lo mejor que había en él. Sonrió al recordar a sus hijos, Pablo y Miguel, suspiró cuando la última bronca de su mujer se hizo presente en su memoria, y volvió a concentrarse en sus notas. El inspector estaba tardando bastante en volver de su visita al padre Ramírez, confiaba en que eso fuera buena señal. Una sombra que se movía rauda a su izquierda llamó su atención. Levantó la vista y vio a Vázquez avanzar con paso rápido y el teléfono pegado a la oreja.

Cortó la comunicación poco antes de alcanzar a Ismael y le saludó con una sonrisa.

-Era Teresa. Tenemos el arma homicida. Es una estaca enorme, pesa por lo menos cinco kilos, y está empapada en sangre. La han encontrado en una zanja, a medio camino entre el Silo y la Colegiata. El asesino no se ha molestado en ocultarla, simplemente la arrojó en el primer sitio que le pilló de paso. Los de la científica no confían en obtener huellas de la madera, es una estaca sin pulir, pero la rastrearán de arriba abajo buscando restos de ADN.

-Esos gilipollas sabían que yo estaba aquí esperando algún resultado y han preferido llamar a Teresa. Lo hacen a propósito, los muy hijos de puta, soplapollas babosos.

La retahíla hubiera seguido de no intervenir el inspector.

-Seguro que lo han hecho a posta. Ya sabes, se aburren en el laboratorio y cuando los sacamos de paseo se entretienen haciéndonos un poco la puñeta, pero son buenos en lo suyo. Además, lo importante es que tenemos el arma.

Vamos hacia allá.

-Que les den por el culo.

La tensión acumulada a lo largo de todo el día le tensaba dolorosamente la mandíbula, haciéndole rechinar los dientes y provocándole un agudo dolor a ambos lados de la cara. Se obligó a relajar la barbilla, abriendo exageradamente la boca para intentar distender los rígidos músculos. Repitió el movimiento un par de veces y se masajeó con fuerza los carrillos, hinchándolos como si estuviera inflando un globo. Más calmado, aceleró el paso hasta alcanzar a su jefe.

Teresa, Helen y Mario les esperaban junto al Silo de Carlomagno. La brigada científica continuaba trabajando sin descanso, soportando el calor bajo sus monos blancos. Llevaban todo el día aguantando el sol, arrastrándose por el suelo y revolviendo entre los centenares de restos óseos que llenaban el carnario de la pequeña capilla. David estaba convencido de

que no dejarían ni una piedra sin remover y recogerían cualquier muestra y resto, por pequeño que fuera, que pudiera ayudarles a identificar al asesino. Eso, siempre que no llegaran a sus oídos las definiciones que de ellos estaba haciendo Ismael unos pasos más atrás.

Sorprendió a Helen sonriendo tímidamente a una de esas sombras blancas, un hombre alto, moreno como ella, que se había detenido junto al arco de entrada y la saludaba con la mano en alto. Con la mascarilla puesta era casi imposible reconocerlo, pero era evidente que ambos se conocían.

-¿Helen? -Teresa sonrió al llamar a su compañera, que se sonrojó ante su indiscreción y se ocultó tras la melena oscura que hoy, por primera vez desde que la conocían, llevaba suelta en lugar de recogida en una coleta-. La primavera está haciendo estragos en este equipo. Estás muy guapa con el pelo así.

-No encontraba una goma esta mañana.

-Claro...

Ismael les alcanzó a tiempo de escuchar el final de la conversación. Miró alternativamente a su compañera y al joven agente moreno, y se golpeó la frente en un gesto de desesperación.

-Dime que no es cierto, que no te gusta ese tío, por favor, Helen, dime que no.

-¿Y a ti qué más te da?

-Ya sabemos que los de la científica no son santo de tu devoción, pero... -Mario intentaba ser conciliador, pero no lo consiguió en absoluto.

-No es solo que sea una rata de laboratorio, ¿es que no lo ves, Helen? ¡Estás ciega! Ese tío es medio moro, o medio gitano, lo mismo da. ¡Pero si acaba de bajarse de la patera! Seguro que se ha colado en inmigración y lo han contratado para una de esas plazas de integración que ahora se llevan tanto y que no hacen más que jodernos el curro a los demás.

-Para tu información, es de origen peruano. -La voz enojada de Helen le

llegó cortante y afilada como una navaja.

-Lo que yo decía, medio gitano, pero del otro lado del charco. -Su gesto de desdén no pasó desapercibido a nadie.

-¿Y de dónde te crees que soy yo? -le increpó Helen-. También he cruzado el charco, como tú dices, y ocupo un puesto de trabajo que no ocupa un nacional.

-Lo tuyo es diferente, tú ya estás integrada, eres una más de nosotros, aunque seas bajita y morena.

-No puedo creer lo que estás diciendo...

-Solo digo que hay muchos tíos estupendos aquí como para que te fijas en uno de fuera, que vete tú a saber qué costumbres tendrá, o si no se habrá traído alguna enfermedad rara de esas que te salen cuando te pica un mosquito.

-¿Nunca te ha dicho nadie que eres un mierda, Ismael? Espero que tus hijos no hayan heredado esas ideas racistas y retrógradas.

-No te enfades, te juro que solo me preocupo por ti. -Pues deja de hacerlo y guárdate tus asquerosas opiniones para ti.

-Yo no soy racista, que conste, solo digo que, si vienen aquí, tendrán que adaptarse, respetarnos y no quitarnos el curro, eso sobre todo.

-Lo que yo te digo, un auténtico mierda.

-No le hagas ni caso -atajó Teresa-, el chaval está muy bien, y se ve que le interesas.

Las dos mujeres volvieron a centrar su atención en el grupo de investigadores de la científica durante unos segundos antes de que Vázquez, con un explícito carraspeo de garganta, zanjara la discusión. Mario sacó su cuaderno y pasó varias hojas rápidamente, hasta que encontró lo que buscaba.

-Esta vez parece que el asesino no ha sido tan cuidadoso, o ha tenido

menos suerte. Como ha dicho Teresa, el arma homicida va camino de Pamplona, junto con la mochila, el cadáver y sus efectos personales. Además, han encontrado la huella ensangrentada de un pie que no se corresponde con las dejadas por el padre Ramírez cuando descubrió el cuerpo. A primera vista, son de una persona que calza un cuarenta y seis. Proceden de un calzado deportivo, lo que no aporta demasiado, ya que por aquí todo el mundo lleva ese tipo de botas y zapatillas.

-Seguramente se deberá a que los otros dos crímenes los cometió de día, en lugares iluminados. Esta vez estaba oscuro, así que no pudo ver bien lo que hacía o dónde pisaba.

-Afortunadamente para nosotros.

-Sí, afortunadamente. ¿Algo más?

-De momento no.

-¿Qué hay de las entrevistas con los vecinos y empleados?

-No hemos encontrado ningún testigo -comenzó Teresa-. Los dos últimos clientes del bar se fueron derechos a casa al salir del Aztakarri. No vieron luces en la capilla ni se cruzaron con nadie por el camino. Tampoco escucharon gritos, susurros ni golpes. Nada les llamó la atención.

-También hemos hablado con algunas personas que llegaron a sus casas pasadas las diez de la noche -dijo Mario, consultando de nuevo sus notas-. Se trata de trabajadores y algunos jóvenes que regresaban de otros pueblos. En este caso tampoco ha habido suerte. No recuerdan haber visto a nadie. Respecto a los vehículos con los que se cruzaron en la carretera, la oscuridad les impidió fijarse en modelos y colores. No vieron nada fuera de lo habitual; de otro modo, lo recordarían.

-No creo que el asesino huyese por carretera. Creo que se limitó a irse tranquilamente a dormir a su casa, aquí o muy cerca. En Zubiri, por ejemplo. El padre Ramírez no nos ha sido de demasiada ayuda, aunque estoy convencido de que no ha compartido conmigo todo lo que sabe. Mario, llama al comisario y ponle al día del hallazgo del arma homicida. Después, volved a

jefatura, tomamos un tiempo para comer y comenzamos a revolver en el historial de Etxeberria. Yo tengo que informar al sargento López, es una cuestión de cortesía profesional. Volveré a tiempo para interrogar a Etxeberria esta misma tarde. Si no ha designado un representante legal, ocupamos de avisar al Colegio de Abogados. Quiero un letrado en posición de firmes junto al detenido cuando yo entre por la puerta.

Se despidió del equipo a pie de carretera y se encaminó hacia la primera zona boscosa a la salida del pueblo, donde se distinguían perfectamente los Patrol verdes de la Guardia Civil. Encontró al sargento López estudiando unos mapas, inclinado sobre el capó de uno de los vehículos.

-Lamento haberle hecho esperar, sargento.

-Estaba usted trabajando, inspector, no se preocupe. Creo que tiene novedades importantes, a juzgar por el trasiego de coches y personas que hemos visto a lo largo del día.

-Hemos detenido a Xabier Etxeberria, el propietario del bar Aztakarri. Creemos que en su persona se dan demasiadas coincidencias para pasarlas por alto. Hemos pedido una orden para registrar su casa, el coche, el bar y el hostel, espero poder proceder mañana mismo.

-Confío en que tengan suerte.

-Gracias, sargento. Además, acabamos de dar con el arma homicida, una estaca de madera completamente ensangrentada. Buscaremos restos biológicos para analizar el ADN; si coincide con el de Etxeberria, habremos resuelto el caso.

-¿Y si no coincide?

-Entonces tendremos que volver a empezar. Hasta que la duda esté resuelta, mantendremos el dispositivo de vigilancia y control.

-Hemos ampliado el número de controles, tanto en las carreteras como en los caminos.

El sargento se inclinó de nuevo sobre el mapa para indicarle a David los lugares exactos en los que habían instalado los puestos de observación. Habían cubierto buena parte de los caminos forestales con las unidades motorizadas, de modo que las bordas y caseríos recibirían la visita periódica de los agentes de la Benemérita.

Los dos hombres continuaron charlando unos minutos más; acordaron el número de efectivos que utilizarían en la vigilancia y el lugar en el que se apostarían los agentes. Establecieron la presencia policial en los bares, albergues y hostales con agentes de paisano que se harían pasar por peregrinos y turistas. Se custodiarían también los principales edificios de Roncesvalles, además de las carreteras y el propio Camino, donde los policías serían visibles con sus uniformes.

Regresaba hacia la zona de aparcamiento cuando una enorme figura ocultó parcialmente el sol, que comenzaba a descender en el horizonte. El hermano Luis Gómez se acercó a él desde la carretera. Venía en bicicleta, con una pernera del pantalón gris recogida con una pinza para evitar las manchas de grasa de la reluciente cadena. La bici parecía pequeña debajo de la mole de su cuerpo y sus manos casi taparon por completo los frenos cuando se extendieron para detenerla. Tenía la cara de un color rojo intenso, como si hubiera realizado un enorme esfuerzo, y jadeaba ligeramente cuando se detuvo junto al inspector.

-Hermano Gómez, buenas tardes. ¿Viene de dar un paseo?

-Inspector. -Inclinó levemente la cabeza a modo de saludo y le ofreció una mano sudorosa, que Vázquez aceptó sin reparos -. He salido a dar una vuelta hasta la frontera para despejarme un poco la cabeza. Llevo todo el día metido en el albergue y en la Colegiata, atendiendo a la policía, a la Guardia Civil y a los sanitarios. Necesitaba respirar y ahora necesito una ducha; no he elegido la mejor hora para pedalear, hace un calor infernal.

Para sorpresa de Vázquez, la puerta del albergue Itzandegia estaba desierta a esas horas del día, cuando lo normal sería que decenas de peregrinos formaran una larga cola esperando su turno para inscribirse y hacerse con una litera.

-¿Ha disminuido el número de visitantes después de lo ocurrido anoche? Sería una lástima... -David volvió a mirar la puerta abierta de par en par, una invitación que nadie parecía dispuesto a aceptar.

-La gente tiene miedo, es normal sentir temor en un lugar en el que tres personas han perdido la vida de forma violenta. Aunque espero que todo pase pronto y Roncesvalles vuelva a ser lo que siempre ha sido, un lugar de peregrinaje y oración, la primera y más importante etapa del Camino de Santiago.

David avanzó junto a Gómez hacia la entrada. El enrojecimiento de la piel dejó paso poco a poco a un tono más rosado, en el que destacaban de nuevo los lunares oscuros que decoraban sus mejillas. El religioso le cedió el paso en el umbral y entró detrás de él, levantando la bicicleta con una sola mano.

-Está en una forma física excelente, hermano.

-El Señor me ha dotado de un envoltorio sano y fuerte para mi alma, así que mi obligación es cuidar este regalo. Monto en bicicleta siempre que puedo e intento ser frugal en mis comidas, aunque no son pocas las veces en las que la gula me vence y caigo ante la tentación de un buen marmitako, unas migas de pastor o unos huevos fritos con pimientos del piquillo. -Se dirigieron hacia la parte trasera del edificio, dejando a un lado las interminables hileras de literas, las estanterías y las zonas comunes, hasta llegar a las dependencias personales de Gómez. De camino, saludó a un grupo de personas que descansaban sentadas sobre un colchón y les indicó a dos jóvenes asiáticos el mejor lugar del edificio para conectarse a internet-. Mi trabajo aquí es estar con los peregrinos, ayudar en lo que pueda a todas estas personas que van y vienen. Son caras que cambian cada día. Algunos, muy pocos, regresan pasados unos años y me saludan como a un viejo conocido, pero lo cierto es que me he acostumbrado a prestar poca atención a los rasgos físicos, con contadas excepciones, claro. Lamentablemente, mi cabeza retiene con más facilidad a aquellos que tienen un mal comportamiento que a las personas piadosas que no llaman la atención.

-¿Qué tipo de comportamiento le llama la atención?

Gómez medio sonrió antes de contestar, mostrando una hilera de pequeños y apretados dientes.

-Reconozco que me molestan las personas que gritan al hablar y que no saben callar cuando deben, como en el interior de una iglesia, durante un oficio religioso. Ellos solo hablan y hablan. Bla, bla, bla. -Sus manos acompañaron con un gesto la burla de sus palabras-. Lo mismo les da hablar de fútbol que de botánica. Es como si les aterrara el silencio. Parlotean sin cesar, lo que les impide escuchar la voz de su alma y la de Dios.

-Por desgracia, tenemos muchos de esos en la sociedad actual, me temo. Estamos en la era de la comunicación.

-Sí, pero de vez en cuando hay que comunicarse con uno mismo, y eso no se consigue si no guardas silencio y dialogas con tu espíritu.

-¿Dedica mucho tiempo a la meditación?

-Menos del que me gustaría. Intento abstraerme del mundo antes de acostarme. Cierro la puerta de mi habitación y dejo solo una pequeña luz sobre la mesita de noche. A lo largo de los años he perfeccionado algunas técnicas de relajación. Me ayuda a alejarme del mundo y a dejar atrás el quehacer diario.

Durante la charla habían llegado a la habitación de Gómez, una pequeña estancia de unos diez metros cuadrados austeramente decorada. Una cama cubierta con una colcha de cuadros azules y blancos, un armario de dos puertas, una mesita de noche con un despertador y dos libros sobre ella, y un pequeño escritorio con tres cajones y algunos papeles pulcramente ordenados, junto con una silla colocada bajo la mesa para que no entorpeciera el paso, completaba el escueto mobiliario de la estancia. Vázquez, que intentaba observar sin parecer indiscreto, fijó de nuevo su atención en la persona que le acompañaba. Gómez aparcó cuidadosamente la bicicleta detrás de la puerta y abrió el armario, del que sacó ropa limpia y una toalla de ducha de un blanco inmaculado.

-Debe de ser duro y estresante aguantar a toda esa gente que llama a su puerta -continuó Vázquez. El hermano Gómez, mientras tanto, salió de la

habitación, seguido del policía, y cerró de nuevo la puerta tras él, dándole dos vueltas a la llave.

-No siempre es fácil. Cada vez llegan más turistas y menos peregrinos, esa es la verdad, pero no podemos hacer nada por impedirlo. Aunque el principal sentido del Camino es el espiritual, son tantas las joyas que guarda en su recorrido que es normal que muchas personas tengan otros motivos para afrontar el reto. Pero estoy convencido de que, por muy duro que sea su corazón, el desafío de superarse cada día les cambia para siempre. Y ahora, inspector -dijo sonriendo-, el trabajo me espera, igual que a usted. Todavía tengo que darme una ducha y preparar algunas cosas. Voy justo de tiempo.

-Acompañó sus palabras con la acción, irguiéndose completamente y extendiendo una mano a modo de despedida.

-Lamento haberle entretenido tanto rato -se disculpó David.- No se preocupe. Siento no haberle sido de ayuda.

-Si recuerda o descubre algo que pueda sernos útil en la investigación, le agradecería que me llamara, a cualquier hora del día o de la noche.

-Descuide, lo haré.

Los dos hombres se separaron en la entrada del albergue. Mientras el hermano Gómez se adentraba de nuevo en el edificio, en cuya puerta se arremolinaban media docena de personas, David regresó al aparcamiento en busca de su coche, que llevaba todo el día estacionado al sol. El interior del vehículo era como un horno y la idea de meterse dentro no le atraía en absoluto. Percibió movimiento en el Silo de Carlomagno, donde los efectivos policiales estaban a punto de concluir su labor. Varios de los agentes se habían desprendido ya de los engorrosos trajes blancos, que esperaban su triste destino amontonados dentro de una bolsa de plástico. Dejó abiertas las ventanillas del coche y caminó hasta la entrada del bar Aztakarri, celosamente custodiada por dos policías. En aquel lugar, Rogelio Romero puso en marcha la cuenta atrás de su existencia.

El arco que conducía a la gran sala del bar daba a un amplio zaguán en el que se abrían tres puertas. La primera, a la izquierda, llevaba a las escaleras

y a las habitaciones del hostel. A la derecha había una cabina telefónica y, al frente, el bar, cuya puerta no estaba alineada con la de la calle, de modo que, desde dentro, era imposible ver la parte izquierda del zaguán. Del Aztakarri al Silo de Carlomagno no había más de cincuenta metros. Era necesario recorrer toda la fachada lateral del edificio por la estrecha acera delimitada por enormes maceteros blancos, un paseo muy corto, perfecto para no ser descubierto. Imaginó a los dos hombres caminando en la oscuridad. Miró hacia arriba y vio que en la zona solo había dos pequeñas farolas, separadas entre sí unos quince metros, que cuando estuvieran encendidas apenas iluminarían los dos bancos de piedra que descansaban a sus pies. La zona a oscuras entre los puntos de luz era muy amplia. ¿De qué hablarían el padre Romero y su asesino? ¿Qué le ofreció o qué le dijo para convencerlo de que le acompañara? David estaba seguro de que el sacerdote había acudido voluntariamente y por su propio pie hasta el lugar de su muerte. Siguió avanzando hasta llegar a la verja de la capilla. Volvía a estar cerrada, aunque en su interior todavía podían verse las huellas que delataban el paso de decenas de personas. Una cinta azul y blanca marcaba el perímetro a partir del cual estaba prohibido el acceso. David no intentó abrir, sabía que era imposible sin las llaves. Observó de nuevo la cerradura y comprobó una vez más que no había huellas de fuerza en ella. Ni raspaduras, ni agujeros, nada. Alguien con una llave había abierto la verja e invitado a entrar al padre Romero. En la fachada principal, solo dos de los ocho arcos de medio punto estaban abiertos hasta el suelo. El resto, dos a un lado y cuatro al otro, habían sido tapiados hasta la mitad de su altura, formando un murete que impedía a la lluvia y la nieve colarse hasta el último rincón de la capilla durante el duro y largo invierno. Todos los vanos estaban protegidos por férreos barrotes oscuros en forma de lanza. A pesar de la escasa luz que iluminaba el interior, el inspector pudo ver que buena parte de las superficies de la capilla estaban cubiertas de polvo negro, marcas de tiza y más cinta azul y blanca. El lugar permanecería sin modificación alguna hasta que concluyese la investigación, cerrado al público y dotado de un nuevo halo de misterio que, a buen seguro, atraería a más de un turista morboso cuando volviera a abrirse. Paseó la mirada por las pequeñas lápidas apoyadas sobre el muro, antiguas estelas y losas funerarias cuyas inscripciones a duras penas habían soportado el inclemente paso del tiempo. Debajo descansaban los restos de muchos vecinos de Roncesvalles, además de abades y sacerdotes de la Colegiata. Avanzó despacio y levantó la vista para abarcar en toda su magnitud la sólida

bóveda central, levantada con piedra apenas desbastada sobre la enorme cripta en la que, según la leyenda, reposan los restos del ejército de Carlomagno. Un primitivo arco custodiaba la sencilla entrada al carnario, una oscura cueva en la que los blanquecinos huesos, algunos con cientos de años de antigüedad, buscaban sin éxito el descanso eterno.

Desde donde estaba podía ver también el cruel rostro del Memento Mori que surgía de las entrañas de una de las columnas de la capilla, el recordatorio constante de nuestra propia mortalidad. «Recuerda que vas a morir.» «Todos moriremos», pensó David, «pero no necesitamos a nadie que acelere el proceso y lo haga más duro, doloroso y horrible de lo que ya es». «Que vas a morir es lo único de lo que puedes estar seguro», le decía su abuela, «el resto depende de tantas cosas...» Se estremeció al sentir un soplo frío en la espalda y se alejó de allí. Morir es seguro, es parte de la vida, pero nada podía evitar que sintiera temor ante esa certeza. Había mirado a la muerte de frente en más de una docena de ocasiones. Balas que silbaron demasiado cerca, drogadictos desesperados blandiendo un cuchillo ante su cara, locas carreras persiguiendo a un automóvil... La muerte lo rodeaba, pero se negaba a permitirle entrar en su vida. Mientras pudiera evitarlo la dejaría fuera, como una sombra acechante, un temor constante, una pesadilla que no se puede compartir con nadie por miedo a que se haga realidad.

Sin darse cuenta, la tarde se le había echado encima. Preguntó por los sacerdotes mexicanos, al jefe de la brigada apostada junto al Silo y este le confirmó que se habían trasladado a Pamplona, pero que dejaron anotados el nombre del hotel en el que se alojaban y los números de móvil de cada uno de ellos. Vázquez le dio las gracias, apuntó los datos que le facilitó el agente y apresuró el paso de regreso al aparcamiento. El asiento del coche casi le abrasó la espalda, pero no quería permanecer allí ni un minuto más. Subió las ventanillas, encendió al máximo el aire acondicionado y se alejó de Roncesvalles.

Cuando entró en la comisaría estaba empapado en sudor, aunque el aspecto de su equipo, que había llegado una hora antes, no era mucho mejor. Acalorados y cansados, afrontaban con estoicismo el tramo final de una dura jornada. Teresa estaba concentrada en su ordenador portátil, mientras Helen repasaba las notas de su cuaderno. Por su parte, Mario e Ismael charlaban sobre los últimos fichajes del Real Madrid y las posibilidades del nuevo

entrenador de superar la próxima temporada a un intratable Barcelona.

-Lo siento, chicos, pero el año que viene vais a tener que conformaros de nuevo con vernos ganarlo todo. -David, culé convencido, siempre entraba al trapo en las conversaciones futbolísticas.

-Eso mismo les he dicho yo -apuntó Teresa sin levantar la vista de la pantalla.

-¡Eso habrá que verlo! El nuevo místico tiene una filosofía muy innovadora, y con las viejas glorias fuera del vestuario, ha llegado la hora de las nuevas estrellas.

-¿Qué nos apostamos esta vez?

-El que pierda va a rellenar todos los impresos durante un mes.

-Hecho. Y ahora, vamos a por Etxeberria.

19

El segundo café de la tarde iba ya camino de su castigado estómago cuando sintió vibrar el móvil en el bolsillo. Era Irene. Salió del despacho para hablar en el pasillo, a salvo de los oídos indiscretos.

-Hola, ¿es mal momento para llamarte?

-No, al revés, me alegro mucho de oírte. ¿Cómo estás?

-Estaré mejor cuando llegues.

-Todavía tardaré un rato. Si prefieres que no vaya a verte tan tarde, lo entenderé.

-¡No! No importa la hora que sea, te esperaré despierta.

-Bueno, espero llegar antes de que estés demasiado cansada, aunque quizá no me dé tiempo a llevar la cena.

-Prepararé algo. Nunca he cocinado para ti.

-Hablas como si lleváramos cien años juntos.

-A veces me lo parece.

-¿Tan insoportable soy que se te hacen eternas las horas que pasas conmigo?

-Lo que ocurre es que me siento tan cómoda contigo como si nos conociéramos de toda la vida. Nunca me había sentido así.

-Yo tampoco. Y espero que esto dure cien años como mínimo.

David escuchó la risa de Irene a través del teléfono y sonrió él también. Casi podía verla, con media cara escondida detrás de la melena oscura, intentando ocultar parte de su hermosura pero sin conseguirlo jamás. Irene era bella desde cualquier ángulo.

-Iré en cuanto termine y confiaré en tus dotes culinarias. Si no, siempre podemos pedir una pizza...

Se despidieron dedicándose palabras tiernas entre susurros. Cuando colgaron, David sintió que las mariposas que últimamente habitaban en su estómago se habían trasladado a su garganta, e incluso alguna pugnaba por llegar a la cabeza. Se sentía borracho de felicidad y de amor, a pesar del poco tiempo que llevaban juntos y de que las circunstancias que habían propiciado su acercamiento no eran las más habituales. A veces olvidaba que Irene acababa de perder a su marido en un trágico accidente. En varias ocasiones la había sorprendido despierta en mitad de la noche, acurrucada en un sillón, sumida en sus pensamientos, con la tristeza y el dolor reflejado en sus ojos. Parecía a punto de llorar, pero nunca se permitía la liberación que suponía dejar correr las lágrimas. Entonces, David se acercaba en silencio y la rodeaba con sus brazos. Hubiera entendido que le pidiera espacio y tiempo para superar el duelo. De haberlo hecho, sin duda se habría marchado, esperando en un segundo plano a que ella estuviese lista para continuar con su relación, si es que todavía seguía amándolo. Pero eso no ocurrió. En esas horas de dolor y desasosiego, Irene se refugiaba en los brazos de David y se

dejaba mecer lentamente. David le besaba la cabeza y le acariciaba los hombros hasta que recuperaba la tranquilidad. Entonces, volvían a la cama y se dormían abrazados, sosteniéndose el uno al otro como temiendo que si soltaban el nudo de sus brazos, se perderían en las tinieblas de la noche.

Cuando levantó la vista encontró la mirada socarrona de Mario Torres.

-¿Novedades? -Intentó imprimir a su voz un tono de seriedad y firmeza, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

-Pues sí, nos acabamos de enterar de que nuestro jefe está enamorado.

La broma de Mario fue secundada por las carcajadas de los demás. David se esforzó por mantenerse serio. No quería dar pie a una conversación sobre su vida privada, y mucho menos a chismorreos a sus espaldas.

-¿Novedades? -Repitió la pregunta con el mismo tono cortante que la primera vez, pero con un semblante aún más serio-. Solo quiero que me digas si el detenido ha sido convenientemente fichado, si su abogado está presente y si está listo para ser interrogado.

-Todo listo. -Torres pasaba rápidamente las hojas de su cuaderno, sin levantar la vista ni mirar a su jefe, dolido ante su falta de confianza-. Etxeberria no ha renunciado a ser interrogado en jefatura y su abogado ya espera en la sala.

-Perfecto.

Lamentaba haber sido brusco con su equipo, que solo buscaba un momento de complicidad con un compañero después de un día duro, pero sus principios y su educación le impedían hablar de su vida privada en horas de trabajo. Nunca había compartido intimidades con nadie y no iba a empezar ahora. Si su relación con Irene seguía adelante, ya encontraría la forma de comentarlo con ellos, pero ahora no era el momento. Además, no estaba seguro de poder explicar que se estaba viendo con una persona a quien hacía pocas semanas tuvo que interrogar en relación con un incendio y una muerte violenta. La situación podía volverse sumamente incómoda y no estaba dispuesto a airearla para que los demás dieran libremente su opinión. El único

juicio que importaba era el de Irene y el suyo propio.

Bajó despacio las estrechas escaleras que conducían hasta los calabozos. Según descendía se hacía más evidente hasta dónde alcanzó el presupuesto para la rehabilitación del edificio. Hacía unos tres años que el Ministerio del Interior aprobó la reforma del inmueble que desde 1982 acogía a la jefatura provincial de la Policía Nacional en Navarra. El moderno edificio de cinco plantas, custodiado permanentemente por varios coches patrulla y agentes a pie, contrastaba de manera extraordinaria con sus vecinos de enfrente. En la esquina, abriéndose al casco viejo, se alzaba el señorial palacete de ladrillo rojo ocupado por la Cámara de Comercio, antiguo domicilio de un acaudalado burgués que después fue colegio de señoritas y, finalmente, sede de comerciantes y empresarios. En la misma acera, compitiendo en altura a la sobria comisaría, uno de los últimos edificios modernistas de la ciudad, repleto de adornos, filigranas y cúpulas retorcidas. A través de sus ventanas escapaban los acordes, en ocasiones desafinados, del casi millar de jóvenes estudiantes que cada día llenaban las aulas de la Escuela de Música Joaquín Maya. La reforma de la comisaría, sin embargo, apenas alcanzó para acicalar las partes más visibles de la jefatura, como la recepción y las salas en las que los ciudadanos presentaban sus denuncias. Algunos despachos y dependencias se beneficiaron también del lavado de cara, que incluyó nuevos equipos informáticos y un sistema GPS para localizar en tiempo real la ubicación de todos los coches patrulla, convertidos en parpadeantes luces en el gran monitor de la sala de recepción de llamadas. No obstante, el resto del edificio tuvo que conformarse con una mano de pintura y poco más, y eso incluía los calabozos, encastrados entre el garaje y los vestuarios y que ofrecían pocas comodidades a los detenidos y menos aún a los agentes que tenían que pasar las horas allí abajo.

Saludó a Matías con un movimiento de cabeza. El policía estaba sentado detrás de su escritorio, en el interior de la jaula que lo aislaba de las celdas. Tenía, sin embargo, la puerta abierta, y las llaves descansaban sobre la mesa, junto a una bolsa en la que aguardaban, perfectamente etiquetadas, las pertenencias de Xabier Etxeberria, único ocupante de los calabozos esa tarde. Cogió la bolsa y comprobó su contenido sin abrirla. La luz del teléfono móvil parpadeaba rítmicamente, tiñendo de rojo la superficie de la cartera de piel. Un manojo de llaves sujeto por un llavero con forma de concha de peregrino,

varias monedas sueltas y los cordones de las zapatillas deportivas era todo el contenido del paquete. Comprobó también las firmas del documento que lo acompañaba, buscando el nombre del abogado que estaba a punto de conocer.

-Francisco Echarte, ¿te suena?

-Ha estado por aquí varias veces. Es del turno de oficio, buen chaval, voluntarioso y muy puntilloso con los detalles. Se sabe el código al dedillo, no se las vas a colar, ni tú, ni el juez.

-No tengo intención de colarle nada a nadie. ¿Está ahí dentro? -Sin soltar la bolsa, señaló con la cabeza la pequeña sala en la que se realizaban los interrogatorios, un reducido espacio en el que tenían que caber el detenido, su abogado, el inspector, una mesa, tres sillas, un ordenador, una cámara de vídeo, un pequeño archivador y una cafetera.

-Lleva un buen rato esperando. Cuando me digas, te paso al detenido.

-Dame un par de minutos.

David se dirigió al único espacio diáfano del sótano, la amplia estancia en la que los arrestados se sometían al largo proceso de ser fichados, una reseña que brillaría en su expediente para el resto de su vida. A partir de entonces, sus huellas, su fotografía de frente y de perfil, su peso y altura, sus antecedentes, historial, domicilio y filiaciones, todo absolutamente, constaría para siempre en el SAID, el Sistema Automático de Identificación Dactilar, donde se amontonaban millones de huellas de delincuentes de todos los pelajes: ladrones, maltratadores, conductores borrachos, pederastas, inmigrantes ilegales, estafadores, asesinos, terroristas, vendedores callejeros o vándalos nocturnos. Junto a estas huellas con nombres y apellidos, otras muchas eran borrones obtenidos en los escenarios de múltiples delitos que permanecían en un plácido limbo judicial, a la espera de que su dueño cometiera un desliz lo suficientemente importante como para que la policía le detuviera y atara cabos.

La agente que había fichado a Etxeberria permanecía inclinada sobre la pantalla del ordenador, en el que centelleaban miles de archivos en busca de una coincidencia.

-¿Algo interesante?

La joven se giró en la silla y saludó al inspector con una sonrisa en los labios. Recogía su larga melena pelirroja en una coleta, y la bata blanca le otorgaba un aire profesional que le negaba la ropa desenfadada que se adivinaba debajo. Solo unos botines, de un audaz azul eléctrico y arriesgados tacones, contradecían el competente aspecto que ofrecía la subinspectora Marcos.

-Nada de nada, inspector; me estoy dejando los ojos con las huellas del detenido, pero hasta ahora no he podido confirmar ninguna de las posibles coincidencias que ofrece el SAID. Etxeberria no tiene ficha policial y sus huellas no aparecen en relación con ningún otro delito, ni aquí ni en ninguna de las bases de datos que he consultado.

-¿Problemas durante la ficha y la toma de muestras?

-Ninguno, no ha opuesto resistencia y apenas ha cruzado dos palabras con su abogado, que le ha fotografiado de arriba abajo para que quede constancia de que el detenido no muestra heridas ni hematomas en el momento de la detención. Asegura que repetirá el proceso las veces que haga falta para garantizar que no se nos va la mano con él.

-Este abogado ha visto demasiadas películas americanas.

-Eso mismo le he dicho yo, pero no me ha hecho ni caso y ha seguido a lo suyo.

-¿Dónde está?

-En la sala de interrogatorios. -La subinspectora señaló con la cabeza una discreta puerta anclada entre las rejas tras las que Matías resolvía sudokus y el armario que contenía las mantas que se les facilitaban a los detenidos que pasaban allí la noche, un trozo de tela azul que, tras muchos lavados a altas temperaturas para desincrustar la mugre de cientos de reclusos, estaban tan ásperas y ajadas que algunos presos preferían prescindir de ellas y arroparse con sus propios abrigos.

Vázquez giró el pomo sin llamar antes. Encontró al abogado sentado en una de las sillas, pasando distraído las páginas de un delgado dossier, visiblemente aburrido.

-Señor Echarte, soy el inspector Vázquez.

-Inspector, mi representado y yo mismo llevamos varias horas esperándole. Teniendo en cuenta que el señor Etxeberria es completamente inocente de las atrocidades que se le imputan, comprenderá que cada minuto que pasa en estas dependencias es un clavo más en su ataúd. Le va a ser muy difícil levantar cabeza cuando salga de aquí, que será pronto. Es un reputado hostelero, un hombre conocido y respetado en Roncesvalles que se ha visto mezclado en este desagradable asunto por la incompetente actuación policial. ¿Tienen ustedes prisa por resolver el caso? ¿La prensa les azuza? ¡Pues lo siento! -el abogado levantó las manos al cielo, mostrando su indignación e impotencia-, pero no lo van a pagar con mi representado.

Vázquez aguantó en pie junto a la puerta la diatriba del abogado, que volvió a sentarse cuando terminó de hablar. Recompuso con ambas manos las solapas de su traje gris y se sacudió una invisible mota de polvo de la immaculada camisa blanca. Cruzó las piernas y alzó la vista para mirar al inspector directamente a los ojos.

-La orden de detención está convenientemente firmada por el juez de guardia -contraatacó Vázquez-, y mañana procederemos al registro de la casa, el coche y el bar del detenido. Ya le avisaré de la hora en la que estaremos en Zubiri. Sea puntual, abogado; usted tiene obligación de esperar, yo no.

Salió de la habitación y cerró la puerta sin ninguna delicadeza. Le hizo una seña a Matías, que seguramente había escuchado buena parte de la discusión, y le pidió que abriera la celda. El agente cruzó en dos zancadas los escasos metros que separaban su mesa de la pesada puerta gris del calabozo. A través del estrecho ventanuco comprobó la posición del detenido antes de girar la llave en la cerradura. La puerta se abrió con un fuerte golpe metálico que sobresaltó a Etxeberria, que hasta ese momento permanecía sentado sobre las frías losas del suelo. El calabozo era un espacio diáfano de unos quince metros cuadrados. Tanto el suelo como las cuatro paredes estaban embaldosados con azulejos blancos a los que el tiempo y los sucesivos

fregados habían robado su brillo primigenio. Hacia la mitad de la superficie, un escalón de un metro de altura dividía la celda en dos espacios. Sobre el alicatado estrado superior, la colchoneta continuaba apoyada contra la pared, sin signos de haber sido utilizada. Xabier enderezó la espalda al sentir la mirada de los policías sobre él. Se deslizó hacia delante, bajando del peldaño en el que estaba sentado, y recompuso la figura a la espera de los siguientes acontecimientos. Tenía las manos manchadas de negro. La toallita húmeda que le entregaron después de tomarle las huellas de los diez dedos y de la palma apenas había servido para difuminar la tinta que emborronaría su nombre para siempre. Mantenía las manos alejadas del cuerpo, como si temiera mancharse la ropa. Le habían quitado los pañuelos y no le permitieron lavarse las manos con jabón cuando lo solicitó. Cerró los puños con fuerza y esperó. Estaba cansado, sudoroso y asustado. En aquel agujero olía mal, a goma de ruedas, a comida recalentada, a café pasado, a meados, al miedo de cientos de personas, a los escupitajos lanzados contra las paredes, a sangre y a dolor. Avanzó un paso cuando Matías se hizo a un lado, permitiéndole ver al inspector Vázquez al otro lado de la puerta. Su abogado le había insistido en que se mantuviera tranquilo, así que respiró profundamente y caminó despacio hacia la salida.

-Inspector -saludó.

David no contestó. Asió al detenido por el codo y lo condujo hacia la sala de interrogatorios. Al abrir la puerta encontró al letrado curioseando alrededor de la enorme cámara de vídeo instalada a un lado de la estancia, firmemente dispuesta sobre un trípode y lista para comenzar a grabar. El piloto rojo parpadeó cuando Matías pulsó el botón correcto. Corrigió levemente la inclinación del objetivo hacia el lugar en el que se había sentado Xabier Etxeberria y salió discretamente por la puerta. Controlaría todo lo que sucediera en el interior a través de un circuito cerrado de televisión, que a la vez grabaría todas las imágenes captadas por la cámara.

Vázquez había renunciado a esposar a Xabier Etxeberria, y esperaba no tener que arrepentirse de su decisión. Le leyó una vez más sus derechos, que el detenido escuchó impasible mientras su abogado asentía en silencio, y desplegó sobre la mesa las fotografías de tres cadáveres ensangrentados. Levantó la vista para observar la reacción de Etxeberria, que se echó rápidamente hacia atrás al comprobar el contenido de las imágenes. No

volvió a mirar en dirección a la mesa, manteniendo la vista empecinadamente perdida en la pared del fondo hasta que Vázquez guardó las fotos en la carpeta.

-¿Qué cree usted que he hecho, inspector?

El abogado, que no podía pronunciar ni una sola palabra durante el interrogatorio, no pudo evitar sin embargo soltar un bufido mientras elevaba sus ojos al techo, suplicando que la cordura alcanzara a su representado, que acababa de saltarse el primer consejo que le dio: «Contesta solo a lo que te pregunten, no des ninguna información que no te pidan. Los monosílabos son los mejores aliados de un detenido y el silencio, un amigo al que hay que visitar con frecuencia».

-Creo que ha matado usted a tres personas. Creo que ha golpeado con saña a estos tres hombres hasta acabar con su vida y creo que, si no llegamos a impedirlo, habría seguido matando. Creo que es usted un asesino, Xabier, uno de los peores.

Etxeberria enrojeció hasta la raíz de su oscuro pelo. Las aletas de la nariz se le dilataron hasta el extremo y su respiración se convirtió casi en un bramido.

-Yo no he matado a nadie, inspector; se lo dije en mi casa y se lo repito ahora. Se ha equivocado de persona, yo no he hecho más que colaborar en lo que he podido y usted me ha detenido sin tener ni una sola prueba en mi contra.

David ignoró el estallido de furia y revolvió entre los papeles que tenía sobre la mesa hasta encontrar el que buscaba.

-Tenemos una testigo que sitúa su coche junto a la Cruz del Peregrino a la hora en la que se cometió el segundo asesinato. -David soltó el farol con naturalidad y convicción.

-¿Mi coche? Eso es imposible, inspector. Yo llego a Roncesvalles cada día antes de las seis de la mañana. La cocinera, Adela, llega a esa misma hora y podrá decirle que no he faltado ni un solo día al trabajo. Atiendo a los

repartidores, caliento la cafetera, preparo los bocadillos cuando Adela me trae las tortillas y, a las seis y media, abro las puertas del bar.

-¿No abandona la barra en toda la mañana?

-No.

-Sin embargo, tengo entendido que cuando el ritmo de trabajo disminuye, sobre las nueve de la mañana, aprovecha para salir a hacer los recados.

-Eso no ocurre todos los días.

-Ya, ¿ocurrió el miércoles pasado?

-No me acuerdo...

-¿Y el 15 de junio, cuando murió Walenty Poznan?

-Tampoco lo recuerdo. Un día siempre es igual al siguiente, o al anterior. Me da igual que sea lunes o viernes, así que no sé qué hice ese en concreto.

-Creo que si indagamos un poco en sus papeles encontraremos facturas que demuestren que, justo esos días, tuvo que salir a comprar algo imprescindible. Aunque hizo un alto en el camino para ocuparse de un par de personas...

-¡Eso no es cierto! ¡jamás en mi vida he matado a nadie! No puedo creer que me imagine capaz de hacer algo así.

Todo el aplomo que Xabier Etxeberria había demostrado hasta ese momento se vino abajo como un castillo de naipes. Inclinado sobre la mesa, con los codos apoyados sobre la brillante superficie, se tapó la cara con las dos manos, mesándose el pelo y gimiendo roncamente mientras las lágrimas se escurrían indiscretas entre sus dedos. El abogado se removía inquieto en su silla, mirando alternativamente a su representado y al inspector.

-No creo que el señor Etxeberria pueda continuar declarando -dijo

finalmente-. Voy a solicitar la presencia de un médico; me temo que semejantes niveles de estrés y ansiedad pueden provocar un daño irreparable en mi representado.

David miró al detenido, que a duras penas sofocaba los violentos sollozos que le sacudían el pecho. Tras varios minutos en los que el único sonido de la sala fueron los jadeos de Etxeberria, Xabier levantó la cara y buscó los ojos de Vázquez.

-Puede irse a la mierda, inspector -dijo con voz ronca-, no pienso volver a hablar con usted.

-Ya lo ha oído, caballero -apostilló Echarte-; la próxima vez que quieran algo de mi representado tendrá que ser a través del juzgado.

David abandonó el horno en el que se había convertido la pequeña sala de interrogatorios y buscó a Matías con la mirada. Encontró al agente apostado junto a la puerta del garaje, el único lugar por el que llegaba un poco de aire fresco hasta el caluroso sótano.

-Haz el papeleo para que lo trasladen al juzgado. Yo me voy a casa.

Subió despacio las escaleras, echó un último vistazo a los despachos desiertos y salió a la calle.

El aroma del pelo de Irene le hizo olvidar todos los malos ratos del día. Con sus caricias se despojó de su piel de policía y se envolvió en una nube de serenidad, placer y tranquilidad. Descansó en sus brazos y no necesitó hablar para que ella comprendiera que estaba dejando atrás una jornada muy dura.

Eran más de las once de la noche cuando llamó a su puerta. Golpeó despacio con los nudillos, por si Irene se había dormido mientras le esperaba. Pensaba marcharse si ella no le abría y regresar por la mañana, pero apareció en el umbral pocos segundos después. Vestida con un pantalón de deporte gris y una camiseta blanca, a David le pareció la viva imagen del paraíso. Sintió cómo sus músculos se relajaban mientras entraba y, cuando alcanzó el salón, le pareció que había llegado por fin a su destino. Ese era su sitio, cualquier rincón del mundo en el que ella estuviera esperándolo.

Se duchó mientras Irene calentaba la cena y se vistió con la ropa que ella le había comprado.

-Cuando me dijiste que vendrías tarde pensé que necesitarías algo para

estar cómodo. He comprado un par de camisetas, un pantalón, calcetines y útiles de aseo. Espero que no te moleste, no quiero que lo interpretes mal, ni te sientas presionado...

-Era justo lo que necesitaba, gracias.

Acompañó sus palabras con un suave beso y un cálido abrazo. La mojó con su pelo húmedo, pero a ella no pareció importarle. Le llevó de la mano hasta el salón, donde había dispuesto una pequeña mesa abatible con una estupenda cena.

Sonrió al ver la cara de sorpresa de David.

-No entiendo por qué dabas por sentado que no sé cocinar.

-Lo siento, ideas preconcebidas, ya sabes. Una mujer joven, emprendedora, sin problemas económicos. Pensé, sin ser consciente de ello en realidad, que alguien cocinaba para ti.

-Eso ha sucedido en algunas etapas de mi vida, pero últimamente era yo la que se ocupaba de las comidas. Mi madre me enseñó a cocinar siendo yo muy joven. Era un placer estar con ella en los fogones, dar vueltas a los ingredientes que hervían en las ollas, gritar cuando te alcanzaba una gota de aceite caliente de la sartén y correr hasta el grifo para dejar que el agua fría se llevara el escozor de la quemadura. Eso y un beso ayudaba mucho. Siempre pienso en mi madre cuando cocino, por eso me gusta hacerlo. Me dejó sola demasiado pronto, me faltaba mucho por aprender...

-Lo siento...

-Tú no tienes la culpa. Solo tienes que comerte lo que he preparado y decir que está exquisito.

-Está exquisito.

-¡Todavía no lo has probado!

-Seguro que está exquisito. En todo el día solo he podido comer un par de bocadillos y tres cafés. Mi estómago pide clemencia a gritos, así que

cualquier cosa que le dé será bienvenida. Pero esto, además, huele de maravilla.

Devoró en dos bocados todo lo que había sobre la mesa: revuelto de hongos, lenguado a la plancha con verduras y un delicioso y aromático café. La ducha y el estómago lleno hicieron mella en David, que sintió flaquear sus fuerzas y se dejó caer en el sofá junto a Irene. Ella le acarició el pelo, repasó con sus dedos la línea de la barba y le masajeó suavemente los hombros. Su cuerpo se llenó de sensaciones olvidadas hacía años y respondió solícito a las atenciones de su nueva pareja. Se acostaron pronto, aunque tardaron un buen rato en dormirse.

Cuando David se marchó, poco antes de las ocho de la mañana, Irene saltó inmediatamente de la cama. Ese iba a ser su último día de trabajo antes de tomarse unas vacaciones fuera de Pamplona. Tenía reservada una habitación en un pequeño hotel en la costa a partir del próximo lunes. Pensaba dedicarle a David todo el fin de semana y, después, se tomaría un merecido descanso. Le habían asegurado que desde su ventana podría ver el mar Cantábrico y esa promesa la llenaba de fuerza. Recogió rápidamente su oficina-hogar, se duchó y se arregló en menos de una hora. Poco después de las nueve de la mañana, estaba lista para comenzar a trabajar. Tenía que ir al aeropuerto a recibir a un grupo de turistas canadienses que llegaban dispuestos a disfrutar de las fiestas de San Fermín. Eran tres parejas de mediana edad y sustanciosas cuentas bancarias que llevaban años planeando un viaje así. Reservó un hotel para ellos en el mes de febrero y les había preparado un completo programa de actividades que incluía entradas para los toros y el alquiler de un balcón en la calle Estafeta para que pudieran ver el encierro en directo todas las mañanas. Una exhaustiva guía en inglés, redactada por ella misma, con lo que no podían perderse durante las fiestas, completaba la abultada carpeta que llevaba en el maletín. Bajó las escaleras con rapidez y salió a la cálida mañana. A punto estuvo de arrollar a una joven que se disponía a entrar en el edificio. Solo tardó un segundo en reconocerla. El corazón se le paró en seco.

-¡Marta! Hola, no te esperaba.

-Hola.

Lo escueto del saludo y la rigidez de las facciones de Marta Bilbao dejaban claro que no se trataba de una visita de cortesía. Irene sujetaba con fuerza el maletín que colgaba de su hombro y dudaba entre saludarla con dos besos o permanecer donde estaba. La joven disipó todas sus dudas alejándose unos centímetros, considerando que medio metro era estar demasiado cerca de su cuñada.

-¿Qué tal estás? Hace unos días estuve en tu casa, visitando a tu madre, pero no te vi.

-Lo sé.

El silencio se instaló entre ellas con la consistencia de un muro de hormigón. Marta la miraba fijamente a los ojos, casi sin pestañear. Irene estaba cada vez más incómoda, pero no se decidía a marcharse.

-Tengo que ir al aeropuerto...

-La policía me envió hace unos días el resumen del informe de la autopsia de Marcos y del dictamen del juez clasificando el caso como accidente. Le han dado carpetazo al asunto. Dicen que el incendio lo provocó un cigarrillo encendido sobre la cama. Afirman que Marcos estaba borracho, se durmió con el cigarro en la mano y provocó el fuego que acabó con su vida.

-Sí, eso me han dicho a mí también.

-Marcos no fumaba, lo sabes tan bien como yo.

Irene puso todo su empeño en evitar que su cara trasluciera las emociones que la asaltaban, pero notaba cómo el pulso le repiqueteaba en las sienes como una taladradora. Hizo un esfuerzo por calmarse antes de volver a hablar y que su voz sonara calmada y tranquilizadora.

-Hay muchas cosas de Marcos que no sabes, Marta, y que no es preciso

que sepas ahora que ha muerto.

-Era mi hermano, tengo derecho a saberlo todo. Sé que no fumaba, que no pudo dormirse con un cigarrillo encendido. Aborrecía el tabaco, su olor y la dependencia que crea en quien fuma.

-La gente cambia, y sus opiniones también.

-No, Marcos siempre fue muy tajante en sus opiniones. Irene, Marcos no fumaba -insistió-. Alguien estaba con él esa tarde, una persona que dejó el cigarrillo sobre la cama y se marchó. Pudo ser un accidente, o no. Es posible que seas tú la que no lo sepas todo sobre mi hermano.

Irene no contestó. Se limitó a observar a su cuñada. Intentó sostenerle la mirada mientras sentía que las piernas comenzaban a flaquearle.

-Voy a ir a la policía a pedirles que reabran el caso. Voy a explicarles mis sospechas y no van a tener más remedio que escucharme. -La determinación en la voz de Marta se clavó como un puñal en su corazón.

-¿Y por qué me lo cuentas?

-Porque no sé quién provocó el incendio. Puede que recibiera una visita, pero tenía que ser alguien muy cercano e íntimo como para llevarle al dormitorio. Quizá hubiera otra mujer en su vida..., o tal vez se te ocurra alguien que odiara tanto a Marcos como para asesinarle.

-Fue un accidente, Marta. Marcos fumaba de vez en cuando, bebía mucho, casi todos los días, hasta emborracharse... Y me pegaba. Me golpeaba con saña, sin motivo, para descargar su frustración.

-Mientes... -La joven apretó con fuerza las mandíbulas, haciendo rechinar los dientes. Las palabras escaparon de sus labios empapadas en saliva y odio-. Mi hermano era incapaz de pegarle a nadie, y menos a ti. Te adoraba... Siempre te puso por delante de todo el mundo, incluso de mi madre y de mí. Irene esto, Irene lo otro... Lo eras todo para él.

-Marcos cambió mucho tras el incidente en el bufete, hace unos meses. Comenzó a beber, y la bebida trajo la violencia.

-¿Qué incidente?

Le sorprendió que su cuñada no supiera nada de la situación que provocó todas sus desgracias y que, al final, les había conducido hasta la encrucijada en la que se encontraban en ese momento.

-¿Lo ves, Marta?, hay muchas cosas que no sabes de tu hermano. - Esperó un segundo, dudando sobre la conveniencia de compartir con la joven la vergüenza de su hermano. Finalmente, decidió que hacerlo sería lo más oportuno para las dos-. Hace casi un año, Marcos cometió un error en su trabajo, un descuido que costó mucho dinero a varios clientes y al propio bufete. Durante los meses siguientes, todos los abogados del despacho, sus propios compañeros, se dedicaron a denigrarlo, a castigarlo. Le encomendaban el trabajo de los pasantes, lo ninguneaban abiertamente y lo insultaban delante de los clientes. Estaban acabando con su reputación antes de mandarlo a la calle, asegurándose de que nunca más pudiera trabajar en esta ciudad. Lo estaban consiguiendo, sin duda, y Marcos estaba hundido, con las manos atadas, sin ninguna posibilidad de defenderse.

-No lo sabía. Nunca nos dijo nada cuando venía a vernos...

-Seguramente no quería preocuparos. Le gustaba visitaros, charlar con tu madre y comentar contigo los últimos libros que había leído. Contaros sus problemas solo habría servido para estropear esos momentos de felicidad. Hay más, pero Marta, de verdad, creo que es mejor que no lo sepas. Recuerda a tu hermano como lo ves en tu corazón. Olvida el resto.

-No puede ser... Tienen que investigar... Marcos no...

Marta movió la cabeza de un lado a otro mientras las lágrimas se deslizaban una vez más a través de sus mejillas, diluyendo a su paso el maquillaje que con tanto esmero extendía cada mañana sobre sus ojeras violáceas, sus pálidos pómulos y la lacerante angustia que se le clavaba en el costado cada vez que intentaba respirar. Se sentía confundida, dolida en lo más profundo, pero se negaba a creer que Irene estuviera diciendo la verdad. Su hermano no confió en ella, no le contó sus problemas, como hacía cuando era joven. Si algo le preocupaba, Marcos llamaba despacio a la puerta de su

habitación cuando todo el mundo se había acostado. Sabía que su hermana permanecería despierta varias horas, leyendo a la luz de una pequeña lamparita. Entraba de puntillas y se sentaba en el suelo, sobre la alfombra, apoyando la espalda contra la cama, y le contaba lo que pasaba por su cabeza. Incluso le consultó su parecer cuando empezó a salir con Irene, y ella le dio su beneplácito. No podía hacer otra cosa. Descubrió un brillo especial en los ojos de su hermano, una gravedad hasta entonces desconocida en su tono de voz y un anhelo casi infantil en sus miedos y fantasías. Aunque en el fondo de su corazón sabía que esa mujer no era digna de su hermano, sonrió y le dio su bendición. De hecho, incluso procuró durante un tiempo hacerse amiga de aquella tímida joven que enseguida se ganó el favor de su madre, pero todos sus intentos fueron en vano.

Marta se volvió despacio y dirigió sus pasos hacia la plaza del Ayuntamiento.

-Puedo llevarte a algún sitio si quieres -se ofreció Irene.

Ni siquiera contestó. Continuó avanzando entre la gente hasta que la perdió de vista. Irene permaneció de pie, sin moverse, durante unos minutos más. Se sentía mareada y las náuseas se apoderaron de su garganta. Apretó una vez más el maletín contra el costado y se dirigió hacia el aparcamiento subterráneo. Cuando llegó a su coche, se sentó ante el volante y se derrumbó. Como aquel día que parecía tan lejano, se miró en el espejo y entre el torrente de lágrimas vio claramente el rostro de una asesina.

El verano no había hecho más que comenzar y el aire acondicionado de la comisaría ya se había estropeado dos veces en menos de quince días. Esa mañana el calor era insoportable. David encendió el viejo ventilador que guardaba en uno de los armarios de su despacho, un vestigio de tiempos pasados que quedó relegado a un rincón tras una remodelación del edificio que incluyó esconder los cables bajo el suelo, dotar a todas las mesas de un moderno ordenador y la instalación del ansiado aire acondicionado. Sin embargo, los misterios de la técnica o la Ley de Murphy, según quien opinara, provocaba que el aire dejara de funcionar cuando más se necesitaba.

A las diez de la mañana, la temperatura en el interior de la comisaría alcanzaba ya los veintiséis grados. Muchos agentes pergeñaban planes a esas horas para llevar a cabo cualquier actividad fuera del edificio. Se presentaron más voluntarios de lo habitual para acudir al Parlamento y se propusieron patrullas en zonas insólitas, alegando que había que vigilar la afluencia de turistas, los aparcamientos improvisados y los asentamientos de tiendas de campaña que surgían cada año en los parques y jardines de la ciudad. Ese iba

a ser un mal día para los vendedores ilegales, con buena parte de la plantilla policial paseando por Pamplona, intentando hacer válida la excusa dada a sus superiores para patrullar en coche o a pie.

A David le costaba concentrarse en la lectura de los informes que tenía sobre la mesa. Si dejaba fijo el ventilador corría el riesgo de que todos los papeles salieran volando. En cambio, si dejaba que girara de izquierda a derecha, se descubría esperando ansioso cada ráfaga de aire fresco. Por supuesto, la opción de apagarlo quedaba descartada.

Un par de suaves golpes en la puerta le indicaron que su visita acababa de llegar. Lamentaba tener que recibirle en semejantes circunstancias, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, salvo cruzar los dedos para que los técnicos fueran rápidos en reparar la avería.

Abrió la puerta para dejar paso a un elegante sacerdote, de edad madura a juzgar por el número de canas que brillaban sobre su cabellera, por lo demás completamente negra. De marcados rasgos indígenas, tenía la nariz aguileña, los labios finos, de un desvaído tono rosáceo, y los ojos algo rasgados y tan negros como su pelo. La piel morena brillaba por efecto del sudor. David acercó una silla al ventilador y le indicó con una sonrisa que tomara asiento. El sacerdote, agradecido, se pasó un dedo por la garganta, intentando que la brisa fresca cruzase la férrea frontera marcada por el alzacuellos. El religioso, al igual que el fallecido, vestía con pantalón, camisa y chaqueta negra. El único toque de color estaba en el pequeño trozo de tela blanca que, en el cuello, confirmaba su estado civil.

-Padre, lamento muchísimo recibirle en esta sauna. Me consta que ya están trabajando en la reparación de la avería.

-No se preocupe, en México el calor es una constante y el grado de humedad mucho más elevado, así que esto es casi una primavera para nosotros.

-También, por supuesto, quiero transmitirle a usted y a sus compañeros de viaje mi más sentido pésame por la muerte del padre Romero. Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para atrapar al asesino.

El sacerdote inclinó ligeramente la cabeza y mostró una media sonrisa llena de pequeños dientes amarillentos, propios de un fumador empedernido. Parecía que el clérigo no era del todo inmune a los pequeños vicios terrenales.

David cogió de encima de su mesa una delgada carpeta en la que había anotado los datos personales del grupo de peregrinos.

-Padre... Ernesto Toledo, ¿es así?

-Correcto.

-Vicario de la congregación de Ciudad Victoria, en México.

-Por designación papal, de nuevo correcto.

-Viajó usted, acompañado por otros seis sacerdotes, hasta Madrid, procedentes de México DF, hace cuatro días. De Madrid a Pamplona, un nuevo vuelo al día siguiente, y después un autobús hasta Valcarlos para comenzar la ruta jacobea desde el kilómetro cero.

-Tiene usted todos los datos perfectamente anotados, inspector, le felicito. -El padre Toledo le miraba sonriente mientras el ventilador le alborotaba el tupido cabello.

-Es a partir de aquí cuando necesito su ayuda, padre.

-Usted dirá...

-Verá, nos han llamado la atención algunas... peculiaridades del padre Romero.

-No le entiendo...

-Padre, imagino que conocía de sobra las inclinaciones sexuales de su acólito. Hemos oído hablar de su interés por los hombres jóvenes y creemos que la discreción no era precisamente uno de sus puntos fuertes.

La respuesta del vicario sorprendió a Vázquez por su agresividad.

Suponía que, al menos en un primer momento, el padre Toledo negaría lo evidente, pero no esperaba una defensa tan férrea.

-Los sacerdotes no tenemos inclinaciones sexuales, inspector; nuestro cuerpo y nuestra alma están al servicio de Dios. Y lo que le hayan podido decir no son más que habladurías, cuentos de viejas que se van refiriendo por ahí sin ningún fundamento. Nadie podrá aportar ni una sola prueba de lo que está diciendo. -Las mejillas del sacerdote se habían encendido hasta alcanzar el rojo grana. El ánimo de David, por su parte, fluctuaba entre la sorpresa y la indignación. Le estaba costando mucho controlarse ante la hipocresía de que estaba haciendo gala el sacerdote. La ira se impuso a su buen criterio y explotó sin pensar en las consecuencias.

-¿Ni una sola persona? Solo tengo que levantar el teléfono y llamar al Departamento de Policía de Ciudad Victoria. En menos de veinticuatro horas tendré sobre mi mesa un buen número de declaraciones que refrendarán mis datos y le dejarán a usted como un completo mentiroso, porque no me creo ni por un momento que sea usted un ignorante, padre. ¿O vive en la inopia? No lo creo, no habría llegado a ser vicario sin controlar todo lo que sucede a su alrededor. ¿O acaso participaba usted de las actividades del padre Romero?

-¡Me ofende usted! Jamás he faltado al voto de castidad. Nunca, en toda mi vida, he puesto la mano encima a un hombre, una mujer o un niño, ¡ni siquiera a mí mismo! Soy un buen sacerdote, pregunte si quiere. -En este caso fueron las delgadas manos morenas las que acompañaron con un vaivén vertical sus rotundas afirmaciones.

-Con su silencio no se está comportando como un buen cristiano. Al contrario, está ayudando a escapar a la persona que ha asesinado salvajemente a su compañero.

El sacerdote pareció reflexionar unos momentos. Escondió la cara entre las manos y susurró una oración en voz baja. Cuando levantó la cara tenía los ojos brillantes y los labios estaban adquiriendo un tono azulado, pero su voz sonó tan calmada como al principio.

-Inspector, le garantizo que todos nosotros somos buenos cristianos. Trabajamos duro en Ciudad Victoria, predicamos la palabra de Dios e

intentamos ayudar a nuestros semejantes. Es posible, como dice, que el padre Romero no fuera todo lo... escrupuloso que debería ser en cuanto a su vida personal. Le garantizo, sin embargo, que todo lo que sé al respecto son comentarios, no tengo ninguna prueba de que fuera cierto.

-Cuando esos comentarios llegaron hasta sus oídos, ¿no habló con el padre Romero?

-Por supuesto, y él me aseguró que no estaba cometiendo pecado alguno. Yo le creí y di por zanjado el tema. No obstante...

La duda alcanzó la voz del sacerdote. Una leve vibración en sus cuerdas vocales elevó el tono de su voz hasta alcanzar las notas más agudas de la escala musical. El padre Toledo se aclaró la garganta y ocultó de nuevo su rostro entre las manos. Por un momento, a David le recordó la actitud de los niños pequeños, que cierran los ojos pensando que si no ven, ellos tampoco pueden ser vis tos. Un par de minutos después, Vázquez se vio obligado a intervenir.

-Padre..., ¿se encuentra bien?

-No demasiado, la verdad. He dormido muy pocas horas en los últimos días, primero a causa del jet-lag, y luego por todo lo ocurrido. Y todavía nos queda tanto por hacer...

-Me había parecido que quería añadir algo en lo referente al comportamiento del padre Romero. -David necesitaba reconducir la conversación. El calor en su despacho había subido al menos otros tres grados desde que llegara el vicario y, en breve, alcanzaría el punto de ebullición.

-Verá, como le digo, yo nunca tuve pruebas de que estuviera manteniendo relaciones con otras personas, fueran del sexo que fueran...

-Hombres, padre, eran hombres. -A David le pareció importante que ese punto quedara claro en la conversación.

-Como usted diga. Repito, yo nunca tuve más pruebas que los

comentarios de algunos sacerdotes de mi congregación. Sin embargo..., alguna vez capté ciertas miradas entre Rogelio y otro sacerdote, un joven que acababa de ordenarse y que había estado bajo la tutela del padre Romero en el seminario. Eran miradas que no deberían producirse entre dos hombres, y mucho menos entre dos sacerdotes. Los sorprendí en varias ocasiones, hasta que un día, el joven sacerdote vino a mi despacho y me solicitó el traslado a otra diócesis, lejos de Ciudad Victoria. Se negó a darme ninguna explicación convincente, solo que necesitaba cambiar de aires, que sentía que allí no era útil y que seguramente le necesitarían más en otro lugar. Finalmente, accedí a sus deseos. Tengo que reconocer que entonces me pudo la curiosidad y me dediqué a observar al padre Romero con detenimiento. No tuve que esperar mucho un par de días después de marcharse el joven sacerdote sorprendí a Rogelio intercambiando confianzas y sonrisas con un nuevo seminarista, un muchacho realmente bien parecido y agradable que se veía encantado de tener toda la atención de su tutor. -El vicario calló durante unos instantes. Volvió la cara hacia el ventilador y cerró los ojos para recibir agradecido el aire fresco que lanzaba el aparato-. Imagino que usted pensará que esos son indicios claros de un comportamiento indebido, pero en esos momentos yo preferí mirar hacia otro lado, siempre que no se produjera ningún escándalo, claro, pero como todo el mundo parecía sereno, yo... en fin, ya me entiende, inspector..., decidí que las aguas siguieran su cauce.

-Entiendo, padre. ¿Sabe si esa situación se repitió con otros sacerdotes?

-No me consta, pero tampoco me extrañaría. Le confieso que empecé a prestar atención a la situación tras escuchar las acusaciones de varios hermanos. Hasta ese momento, el padre Romero era para mí un miembro más de mi congregación, un buen cristiano, cumplidor de sus obligaciones, agradable en el trato con los parroquianos y con los seminaristas. Que Dios le tenga en su gloria.

-¿Alguna de las personas con las que el padre Romero tuvo... relaciones especiales ha viajado con ustedes?

-No, que yo sepa. De hecho, varios de los hermanos que me acompañan fueron precisamente quienes me pusieron sobre aviso en cuanto al comportamiento de Rogelio. Él no vino voluntariamente a esta peregrinación, se lo impuse como una penitencia. Esperaba que encontrara a Dios en el

Camino; en cambio, ha hallado la muerte. Quizá debí hacerle caso cuando me ponía mil excusas para no venir.

El calor dentro del despacho comenzaba a ser insoportable y el ventilador apenas era capaz de aliviar la situación, limitándose a remover con las aspas un aire tan caliente que casi se podía palpar. Los rostros de los dos hombres brillaban por el sudor y ambos sentían la ropa completamente pegada a la piel.

-Padre, tengo que disculparme una vez más por las circunstancias. El calor es terrible y creo que ya me ha dicho usted todo lo que necesitaba saber. Espero que sus compañeros hayan tenido mejor suerte con los despachos en los que se encuentran, aunque creo que estamos todos totalmente empapados. ¿Van a permanecer unos días en Pamplona?

-Sí, inspector; al menos hasta que podamos formalizar la repatriación del cuerpo del padre Romero. Nos hospedamos en el hotel Yoldi, puede localizarme allí siempre que lo necesite.

-Le agradezco su colaboración, padre.

Se ofrecieron un par de manos pegajosas por el sudor, por lo que el apretón fue más breve de lo protocolariamente aceptable. Sin embargo, ambos se dieron por satisfechos y abandonaron presurosos el horno en el que llevaban media hora cociéndose. David acompañó al padre Toledo hasta la salida. En recepción le comunicaron que el resto de los sacerdotes ya habían regresado al hotel. Se despidieron una vez más y, lamentándolo profundamente, volvió a dirigirse a su despacho.

Llevaba solo unos minutos sentado de nuevo ante su escritorio, con el ventilador dirigido directamente a su cara y la puerta abierta de par en par, cuando Torres entró con una delgada carpeta marrón en la mano. Se sentó en una silla junto al ventilador sin saludarle siquiera. Tenía la cara perlada de sudor y en su camisa azul se veían enormes manchas oscuras bajo las axilas y en la espalda.

-¿Sabes cuánto van a tardar los técnicos en arreglar el aire? -preguntó mientras ponía la cara demasiado cerca de las aspas.

-Dependerá de si se ha estropeado también en la planta de arriba, en los despachos de los jefes, o si somos solo nosotros los que estamos padeciendo la ola de calor.

-El comisario ha bajado hace un rato hecho un basilisco, gritando algo sobre los inútiles que nos rodean y cuánto puede tardar una persona en llegar hasta aquí desde cualquier punto de la ciudad.

-Entonces no tardarán mucho, seguro. ¿Qué tienes? -Alargó la mano para coger la carpeta de Mario, pero este hizo caso omiso del gesto y la abrió él mismo, dispuesto a permanecer en el despacho el mayor tiempo posible.

-Los de la científica, que sí tienen aire acondicionado, han enviado el informe preliminar sobre lo encontrado ayer en Roncesvalles. Como nos temíamos, ninguna huella en la estaca, pero siguen buscando indicios de ADN. Si el asesino la agarró con la suficiente fuerza, es muy posible que encuentren restos de piel y de sudor, pero en el mejor de los casos tardaremos al menos tres semanas en tener los resultados.

-No me estás diciendo nada que no esperara.

-Lo sé, lo sé. Bueno, al menos han clasificado la huella de pisada que encontraron en el interior de la cripta y una segunda junto a la verja, donde habían esparcido una fina capa de arena en la que ha quedado impresa otra marca. El tamaño de la huella coincide con las encontradas tras el asesinato de Reuben Laughton, tanto en tamaño como en modelo. Pertenecen a una zapatilla deportiva del número cuarenta y seis. El problema es que ese tipo de calzado se vende por miles en las tiendas especializadas. Es barato y cómodo. Si sales a la calle verás un montón de esa clase de botas en gente de todas las edades.

-Eso es un problema, sí, pero al menos es una referencia. Buscaremos zapatillas similares en el domicilio de Xabier Etxeberria y lo traeremos para que lo analicen en el laboratorio. ¿Tenemos más datos sobre la víctima?

-Confirmada su identidad, por si quedaba alguna duda. Rogelio Romero, mexicano, cuarenta y cinco años, sacerdote de toda la vida. Llegó a Roncesvalles con otros seis miembros de su congregación. Comenzaron el

Camino en Valcarlos y pretendían llegar a Santiago en un mes. Penitencia y recogimiento, ya sabes. Al parecer nuestra víctima necesitaba mucha penitencia. Sus compañeros nos han contado durante las entrevistas que frecuentaba la compañía de hombres jóvenes, dentro y fuera de la residencia en la que vivía, y enseñaba a futuros sacerdotes.

-El vicario, sin embargo, asegura que no tenía pruebas de que llevara una vida casquivana, que lo sospechó en un par de ocasiones pero que, como nadie se quejaba y todo quedaba en casa, prefirió no decir nada, no fuera que con su grito los pájaros levantaran el vuelo y la algarabía formara el escándalo que hasta ese momento no se había producido. Lo de siempre, ojos que no ven...

-Muy cómodo por su parte.

-¿Pudo ligar con la persona equivocada?

-En la autopsia no han encontrado signos de actividad sexual ni restos de fluidos. Aparte de la sangre, por supuesto. Prácticamente se desangró en el osario, van a tardar un montón de días en limpiar todos los huesos, pero ya estaba muerto cuando lo lanzaron por el agujero. Le golpearon al menos tres veces con una fuerza descomunal. La estaca de madera se presenta como la más firme candidata como arma homicida, ya que han encontrado pequeñas astillas incrustadas en el cráneo del fallecido y restos diminutos de la misma madera alrededor del enorme reguero de sangre del suelo. Las heridas son muy similares a las halladas en los dos casos anteriores, aunque en la cabeza del joven inglés no se encontraron restos de astillas sino minúsculos fragmentos de pintura roja. El asesino debió de elegir otra arma en ese caso, aunque igual de contundente.

-Eso demuestra mucha saña y un odio desmedido, poco frecuente entre dos personas que acaban de conocerse. ¿Y si ya se conocían? El vicario niega que Romero mantuviera o hubiera mantenido relaciones con alguno de los curas que los acompañaban, pero me confesó que algunos de ellos fueron precisamente los que le denunciaron.

-No creo que ninguno tuviera la fortaleza física necesaria para cometer un crimen como este. Son bajitos y bastante enclenques, hace años que

ninguno practica deporte. No; definitivamente, no pudieron ser ellos. Además, ni siquiera estaban en España cuando se cometieron los otros dos asesinatos. ¿Qué hay de Etxeberria?

-Ayer no reconoció nada que nos acercara a la resolución del caso. Sufrió un ataque de ansiedad y su abogado pidió la presencia de un médico. El juez estará disponible a partir de las once y media para proceder al registro de la vivienda, el coche y el bar. Os quiero listos en cinco minutos.

El lápiz giraba entre las manos de David a la misma velocidad que las ideas se movían en su cabeza, cuando se percató de que ya no hacía calor en la habitación. El aire acondicionado volvía a funcionar. Respiró una bocanada de la brisa vivificante que brotaba de la rejilla del techo y sintió que la mente se le aclaraba un poco.

Mario abandonó el despacho y reunió a sus compañeros de camino a la salida. Mientras, David aprovechó el par de minutos que tenía de ventaja para refrescarse a conciencia bajo el chorro de aire frío.

Llegaron a Zubiri en poco más de quince minutos. Varios coches patrulla mantenían desde el día anterior una vigilancia constante de la vivienda de Etxeberria, aunque nadie se había acercado al lugar. El juez llegó acompañado por el secretario judicial, que sería el encargado de levantar acta de todo lo que allí sucediese. Etxeberria esperaba de pie, esposado, ante la puerta de su propia casa. Junto a él, su abogado se había despojado del pulcro traje gris del día anterior para vestirse con un atuendo más apropiado al clima y las circunstancias, con unos pantalones azules de algodón, una camisa de rayas blancas y azules, y un pañuelo con dibujos marineros cuidadosamente anudado al cuello. Unos mocasines que parecían sacados de una fotografía de los años ochenta completaban la vestimenta del letrado, que permanecía en silencio junto a su representado. Xabier no había podido cambiarse de ropa y era evidente que había dormido con ella puesta.

Cuando el juez dio su conformidad, el secretario utilizó las llaves requisadas al detenido para abrir la puerta de la vivienda. Vázquez y su equipo dieron entonces un paso adelante, avanzando con cautela por la casa en penumbra. Cuando confirmaron que no había nadie en el interior, el resto de la comitiva cruzó también el umbral. Vázquez indicó a Etxeberria que

tomara asiento en la silla que permanecía en el centro del salón, como un mudo recuerdo de lo vivido apenas veinticuatro horas antes. Los agentes se desplegaron con rapidez por todas las estancias de la casa y pronto el ambiente se llenó del inconfundible ruido de cajones y puertas que se abrían y cerraban, del rasgueo y el crujido de objetos revueltos en sus compartimentos, de cajas que desnudaban su contenido ante los ojos de los extraños, de libros y revistas sacudidos sin piedad para que confesaran un contenido indebido, de interruptores pulsados arriba y abajo, y de decenas de pies subiendo y bajando las escaleras, escarbando hasta en el último centímetro de intimidad del hombre que les contemplaba ir y venir, a punto de echarse a llorar.

El registro de la casa, el pequeño garaje, el jardín trasero y el coche les llevó menos de dos horas. Durante todo ese tiempo, Xabier Etxeberria apenas se movió unos centímetros en la silla que ocupaba, cambiando solo de posición cuando el hormigueo de las nalgas se volvía insoportable. Guardó silencio y se negó a contestar a las preguntas que le formuló David, a quien sostuvo la mirada desafiante en varios momentos a lo largo de la mañana. Eran casi las dos de la tarde cuando Ismael le hizo una seña a Vázquez, que se aproximó al agente en un rincón de la sala.

-Casi hemos terminado y no tenemos nada. Todo lo que hemos encontrado podría estar en tu casa o en la mía. Tampoco pruebas incriminatorias en el coche y de nada nos servirá recoger muestras de tierra o barro. Él va a diario a Roncesvalles, por lo que los bajos del vehículo han podido mancharse en cualquier momento. Pero ni rastro de sangre o pelo, y está claro que no lo ha lavado últimamente. Tiene dos pares de botas de la talla cuarenta y cinco, un número menos que la huella encontrada, pero los técnicos dicen que existe un margen de error en estas mediciones. A primera vista no se aprecia sangre en las suelas, pero en este caso sí que las han limpiado recientemente, de hecho las hemos encontrado en el jardín, al lado de una manguera y un cepillo de púas duras. Los técnicos se las llevan a Pamplona para analizarlas a fondo.

Mientras el secretario tomaba buena nota de todo lo que salía por la puerta, del código con el que era etiquetado y de su destino final, Vázquez sintió la mirada de Etxeberria taladrándole la nuca. Se volvió despacio hacia el detenido, que les observaba con gesto concentrado, como si intentara leer

en sus labios una información que intuía vital para su futuro.

La siguiente parada era, de nuevo, Roncesvalles. Por el camino se cruzaron con seis patrullas de la Guardia Civil que vigilaban el paso de los peregrinos. También se dejaron ver en un par de ocasiones los uniformes rojos y grises de la Policía Foral, conduciendo motos de trial para recorrer cada palmo de los montes cercanos.

En el pueblo, Mario y Helen supervisaron con mano férrea el registro del Aztakarri, que incluyó el bar, la cocina, dos estancias dedicadas a despensa y almacén, y las diez habitaciones de la planta superior, además del pequeño desván abuhardillado que hacía las veces de tendedero cubierto durante los meses de invierno, a juzgar por las cuerdas llenas de pinzas que lo recorrían de un lado a otro. El bar estaba patas arriba, con todas las botellas colocadas sobre la barra para conseguir un acceso despejado a estanterías y cajones. Revisaron los vasos y las copas una a una, buscaron accesos disimulados tras los tablones de madera pulida de la pared y el suelo, descolgaron los cuadros, inspeccionaron las lámparas y abrieron las cisternas de todos los cuartos de baño. El proceso fue similar en la planta superior, donde cada habitación se convirtió en un escenario individual en el que se repetía la técnica habitual de registro, mil veces estudiada y repasada para no olvidar ningún rincón ni pasar dos veces por el mismo sitio.

Para desesperación de Vázquez, que inspeccionaba las pruebas amontonadas sobre la barra del bar, el resultado de la intervención estaba siendo tan desalentador como el del domicilio de Etxeberria. Requisaron el ordenador personal del detenido, varios lápices de memoria, dos cámaras de fotos y los libros de cuentas que Xabier guardaba en su despacho pulcramente ordenados por orden cronológico y debidamente sellados por la Hacienda Foral. De allí salieron también varios cuadernos manuscritos, decenas de resguardos de pagos efectuados con tarjeta de crédito y un buen montón de papeles sueltos que encontraron dispersos en varios cajones del escritorio. David confiaba en hallar algo de utilidad entre todo aquel material; de lo contrario, serían muchas las explicaciones que tendría que dar a sus superiores. El comisario Tous ya le había comunicado al delegado del Gobierno que habían detenido a un sospechoso de los tres asesinatos de Roncesvalles, y este, a su vez, había filtrado la información a los medios de comunicación, que a esas horas se desgañitaban ante el despacho del político,

que esperaba ansioso la oportunidad de posar ante las cámaras con la cabeza del detenido en una bandeja de plata.

-Esto está siendo un poco decepcionante, jefe. -El rostro de Torres estaba encendido como una antorcha, rojo y brillante, perlado por grandes gotas de sudor. El policía soportaba mal las altas temperaturas, y el interior del bar, con todas las ventanas cerradas y la fachada achicharrada por el sol abrasador, superaba los treinta grados.

-No esperarías que guardara detrás de la puerta la estaca con la que golpeó al polaco o al inglés. Eso no sería propio de una persona que ha conseguido salir impune de tres asesinatos.

-Cierto, pero confiaba en encontrar un diario, alguna foto, incluso que se hubiera quedado con algún trofeo de sus víctimas.

Tampoco nos vendría mal una caja llena de conchas blancas con cruces rojas.

-Nos vendría muy bien, es verdad, pero tendremos que conformarnos con lo que hay. Cuando terminen arriba, permite a los clientes que suban a recoger sus cosas y cierra el local a cal y canto. Queda precintado hasta nueva orden.

Varios agentes desfilaron ante sus ojos cargados con cajas llenas de documentos y objetos que habría que clasificar y analizar. Los vio guardarlos todo en uno de los furgones y salir con dirección a Pamplona bajo la atenta mirada del juez, que suspiraba por meter sus huesos en el coche oficial, poner al máximo el aire acondicionado y salir pitando de allí para refugiarse de nuevo en su fresco y cómodo despacho.

Una vez se hubo marchado todo el mundo, se acercó hasta ellos un hombre de aspecto serio y taciturno. Se presentó como Aitor Gurbindo, camarero en el Aztakarri desde hacía más de quince años. Miraba a los policías con desconfianza desde sus claros ojos verdes. Acababa de traspasar la barrera de los cuarenta y desde hacía más de una década se había conformado con su suerte, dejando a un lado los sueños de volar a lugares exóticos y lejanos que alimentó durante su juventud. Xabier Etxeberria le

contrató cuando la serrería en la que trabajaba cerró sus puertas. Se planteó el de camarero como un trabajo temporal, un alto en el camino que le serviría para rellenar la hucha y escapar de aquel pueblo en cuanto tuviera dinero suficiente para pasarse un año entero recorriendo el mundo. Con lo que no contaba era con los ojos de Emma. La joven solo tuvo que mirarle una vez para traspasarle de lado a lado. Le desnudó su alma y se entregó a ella sin condiciones. Antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que estaba sucediendo, se casó por la Iglesia, con la novia vestida de blanco inmaculado y un pequeño ser creciendo en su interior. Hoy ya eran dos las criaturas que correteaban por el pasillo de su casa y que le habían hecho aparcar definitivamente sus sueños de juventud, madurar y dar gracias a Xabier Etxeberria por un trabajo que le permitía mantener a su familia en tiempos de crisis. Por eso no podía creer que la policía le hubiera detenido y estaba dispuesto a convencerles de su equivocación.

Les tendió la mano uno a uno, acompañando el firme apretón con un breve movimiento de cabeza.

-¿Hasta cuándo estará cerrado el bar? -preguntó-. Es el medio de vida de varias personas, entre las que me incluyo.

-Eso depende solo del juez. Si considera que no hay pruebas que incriminen al señor Etxeberria, decretará inmediatamente su puesta en libertad y podrá volver a abrir. -Entonces no tardará demasiado -razonó-, él no ha matado a nadie.

-Lo dice usted muy convencido. -Vázquez siempre había huido de corazonadas, palpitos y primeras impresiones. Lo suyo eran las pruebas razonadas y nada más.

-Xabier no tiene ningún motivo para matar a nadie, y menos a tres peregrinos desconocidos. ¿Creen que una persona puede volverse loca en un momento, matar a alguien y volver al trabajo como si nada hubiera pasado? Si Xabier fuera un asesino nosotros habríamos notado algo raro, y no ha sido así. Al contrario, estaba muy preocupado por lo que ocurría, por la amenaza que un asesino suelto supone para todo el mundo y, lógicamente, por las consecuencias que eso tendría para su negocio. Nos obligaba a acompañar a las camareras hasta sus coches cuando se hacía de noche, no quería que

anduviéramos solos por ahí y él mismo se encargaba de los recados para no exponer a nadie al peligro. Ahora mismo, si mira a su alrededor, verá que el pueblo está casi desierto. Los peregrinos están asustados, salen corriendo de Roncesvalles e incluso los hay que cogen un taxi hasta Zubiri o Pamplona, e inician allí su andadura.

-Bien, Aitor; ya que está usted aquí, quizá pueda ayudarnos con la investigación.

-Si eso sirve para que Xabier vuelva, lo que haga falta. -La franqueza con la que les miraba directamente a los ojos no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones.

-¿Sería capaz de recordar las personas que estuvieron en el bar a lo largo del día del último asesinato?

-Claro, pero necesitaría unos momentos para concentrarme y recordar. Estoy algo nervioso y noto el estómago un poco revuelto. Será porque no he comido y ya es tarde...

-Nosotros tampoco hemos comido. Le propongo que nos acompañe al bar Irati, pedimos algo de comer y, mientras, usted recapacita.

Aitor aceptó sin dudarle y juntos se dirigieron al local, donde encargaron bocadillos y refrescos. Eligieron una mesa en la terraza exterior, bajo un enorme toldo que ofrecía una acogedora sombra. Los geranios que crecían en las macetas suspendidas daban un toque de color a la blanca fachada, cuya uniformidad se veía interrumpida por los radiantes listones verdes de las ventanas. Solo tuvieron que esperar unos minutos hasta que un camarero cruzó la puerta con un plato en el que humeaban seis enormes bocadillos. Si Aitor Gurbindo se sentía cohibido por comer entre cinco policías, lo disimuló a la perfección, ya que se abalanzó sobre su ración con la voracidad y la rapidez de un felino. David sintió cómo su boca se llenaba de saliva, al tiempo que sus jugos gástricos mostraron sonoramente su alegría con un estruendoso gruñido. Cuando se incorporó en la silla para alcanzar su comida, comprobó que sus compañeros ya habían dado cuenta casi de la mitad del bocadillo.

-Pirañas voraces... Buen provecho. -Como respuesta solo obtuvo un gruñido gutural y el sonido de las mandíbulas de cuatro policías al borde de la inanición.

Aitor Gurbindo demostró ser un hombre serio y concienzudo en su cometido. Esperó pacientemente a que los policías terminaran de comer, se encargó de pedir los cafés y, cuando la mesa estuvo libre de todo resto de comida, enderezó la espalda y les mostró el cuaderno en el que había anotado sus recuerdos del día anterior.

-He sido lo más meticoloso que he podido y creo que no he olvidado a nadie. Además, he llamado a Ángel, el otro camarero, y a él tampoco se le ocurre ningún nombre más de los que aparecen en esta lista.

Los agentes asintieron satisfechos. Sabían que Aitor solo pretendía exculpar a su jefe, pero la información quizá pudiera servirles para confirmar sus sospechas si conseguían demostrar que Etxeberria se ausentó del local a la hora de cerrar.

-Como pueden comprender, anteayer, igual que todos los días, vino al bar gente que me era completamente desconocida, peregrinos y turistas con los que apenas crucé dos palabras. En esos casos he hecho una pequeña descripción física, por si les es de alguna utilidad. -Alargó la mano hacia David y le entregó el cuaderno donde había escrito un listado con letra grande y pulcra-. Xabier llega todos los días a la misma hora, sobre las seis de la mañana, más o menos a la vez que la cocinera. Enciende la cafetera, abre las persianas y empieza a preparar platos con cucharillas y azucarillos, que coloca en tres filas sobre la barra. Ángel y yo llegamos a las siete, y a esa hora abrimos al público. Edurne entraba un poco más tarde y se encargaba de preparar los bocadillos para los almuerzos. -El discurso de Aitor se detuvo un instante-. No sé si volverá el año que viene.

-Es algo difícil de superar, pero no imposible -reconoció David-. Además, Edurne es joven y pronto podrá pasar página, aunque seguro que

nunca olvidará lo ocurrido.

Aitor pareció reflexionar unos instantes sobre la capacidad de regeneración del corazón humano y, tras lanzar un audible suspiro, continuó con su tarea:

-El primero en llegar justo después de abrir, puntual como un reloj, fue Miguel, el repartidor de pan y bollería. Deja la mercancía y se toma un café con leche. Nos cuenta sus penas y sus alegrías mientras preparamos las bandejas con los dulces y se va quince minutos después a su siguiente destino.

David tomaba notas sobre lo que el camarero relataba y daba gracias para sus adentros por la memoria que demostraba tener, ya que sus descripciones incluían un buen número de detalles que, quién sabe, quizá llegaran a ser útiles en algún momento.

-Creo que a partir de entonces, sobre las siete y cuarto, comenzaron a llegar los primeros clientes. Andrés y Maite, una pareja de maestros que viven en Roncesvalles pero trabajan en Pamplona, llegaron sobre las siete y media. Son clientes habituales, no les gusta cocinar y prefieren que les sirvan el desayuno a diario. Dos cafés con leche y dos bollos suizos. Se marcharon antes de las ocho. Casi a la vez que los maestros llegó un grupo de peregrinos. Creo que vinieron unas quince personas en un período de media hora, más o menos. En un momento me quedé sin platillos sobre la barra. La bollería tampoco tardó en volar, igual que los bocadillos que sacaron de la cocina. Recuerdo especialmente a un grupo de cinco hombres maduros, españoles, que se metieron entre pecho y espalda un completo cada uno.

-¿Un completo?

-Dos huevos fritos, un talo de chorizo, un trozo de panceta, dos filetes de lomo, patatas fritas, vino y café. Lo que no entiendo es cómo pueden moverse después.

-Sorprendente, sí. Hasta ese momento, ¿le pareció que alguien se comportara de forma no natural?

-La verdad es que no. Los peregrinos se parecen mucho unos a otros. Diferentes caras, diversos idiomas, pero no se diferencian demasiado unos de otros. Como siempre dice Xabier, hay dos tipos de peregrinos: los que miran hacia fuera y los que miran hacia dentro. Los primeros llegan con una sonrisa en los labios y un mapa en la mano y, mientras desayunan, estudian la ruta, comparten chascarrillos con otros caminantes y esperan ilusionados el comienzo de la etapa. Son gente extrovertida, que se toma la vida como una aventura. Los que miran hacia dentro vienen en silencio, aunque viajen en grupo. Se aíslan de los demás y se dedican a analizarlo todo. Seguro que más de uno se arrepiente de haber venido y busca una manera de echarse atrás, pero otros simplemente son gente espiritual que gusta de meditar.

-Es una reflexión interesante. ¿Es su jefe un hombre religioso?

-¿Religioso? -repitió Aitor como un eco-, no le he visto en misa en mi vida, creo que ni siquiera sabe hacer el signo de la cruz. No, inspector; Xabier no es religioso, ni mucho ni poco.

Aitor sonrió y centró su atención de nuevo en el listado de clientes. Siguió relatando una sucesión de personas y circunstancias, salpicando sus recuerdos con anécdotas y comentarios que no hacían sino confirmar la idea general de que los camareros son como los psicólogos, solo que detrás de una barra. Sus dotes de observador no dejaban de sorprender al inspector, que hubiera cambiado su placa por tener a alguien como Aitor Gurbindo en el equipo de investigadores que dirigía: meticoloso, tenaz, serio y perspicaz. David continuaba tomando notas, aunque su atención disminuía según avanzaban los minutos y se sucedían los peregrinos, los turistas, los repartidores y los clientes habituales. Los recuerdos del barman hablaban de un día tranquilo, de una retahíla de idas y venidas de seres anónimos y, por lo que parecía, completamente inofensivos. Recuperó el interés, sin embargo, cuando Aitor pasó la cuarta página de su cuaderno.

-Sobre las nueve de la noche, como todos los días, vinieron a cenar los voluntarios del albergue Itzandegia. Tenemos un acuerdo económico bastante beneficioso para ambas partes: nosotros les damos de cenar por un precio módico, previamente acordado, y ellos reparten tarjetas del restaurante en la recepción. Casi todos los peregrinos que pasan la noche allí se dejan caer por el bar al menos una vez, si no más. A esa hora ya no se admiten más entradas

y solo se queda un hospitalero en el edificio. Cada semana le toca a uno cenar solo.

-¿Recuerda quién vino anoche?

-Claro. Vinieron las dos chicas, Clara e Isabel, Unax, el chicarrón fuerte y callado, el hermano Gómez y dos de los tres voluntarios holandeses... Peter y Martin, creo recordar que se llaman. Hans se quedó en el albergue y uno de sus compañeros le acercó la cena envuelta en papel de aluminio. Se sentaron a una mesa cerca de la barra, la única que estaba libre en ese momento. ¿Quiere saber lo que pidieron?

-No, realmente no creo que sea necesario... a no ser que se saliera de lo habitual o que alguien se emborrachara...

-No, nada de eso. Menú del día, ensalada y verdura de primero, pescado para ellas y solomillo para ellos. Helado para todos. Nadie quiso café. Bastante difícil tiene que ser dormir en un lugar lleno de gente como para, además, agravar el problema con cafeína.

-¿Qué hicieron?

-Charlar en voz baja. Las chicas y los holandeses son más parlanchines, pero los hombres son bastante serios, tanto el monje como el chaval. Es un chico extraño, ese Unax... Cuando estaban a punto de terminar la cena, llegaron los chavales madrileños con el cura que mataron. Bebían las cervezas a tal velocidad que casi no me daba tiempo a sacar otra ronda y servir los vasos. Se tomaron al menos cuatro cervezas por cabeza, pero no me dio la sensación de que estuvieran borrachos.

-¿El cura tampoco?

-No, el cura tampoco.

-¿Hablaron en algún momento con algún otro cliente del bar?

-El cura saludó a los voluntarios que estaban cenando y más tarde se acercó a ellos para invitarles a una ronda, pero todos rechazaron el ofrecimiento. Creo que el pobre hombre solo buscaba alguien con quien

charlar, pero ya le digo que son gente un tanto arisca. Poco a poco se fueron retirando casi todos los clientes. Los del albergue salieron sobre las nueve y media. Tienen que asegurarse de que todo está en orden antes de cerrar las puertas.

-¿Y los jóvenes con los que vino el sacerdote?

-Se marcharon sin despedirse y le dejaron con la cuenta. Más de cuarenta euros en cerveza y algún plato para picar... No le hizo ninguna gracia, se le veía en la cara, pero pagó en silencio y se marchó.

-¿A qué hora fue eso?

-Poco después de las diez. Lo recuerdo porque a esa hora solo quedaban dos vecinos jugando unas partidas a las cartas.

-¿Dónde estaba Xabier Etxeberria en ese momento?

-Detrás de la barra, rellenando las cámaras.

No se movió de mi lado hasta que cerramos. Entonces él se fue hacia la parte de atrás, a por su coche, y yo enfilé la cuesta hacia mi casa.

-¿Vio pasar el coche de su jefe en dirección a Zubiri?

Aitor meditó unos instantes. Parecía confuso, pero pronto recuperó la compostura y miró de nuevo al frente.

-Por el camino que yo cojo es imposible que vea el coche, inspector; literalmente, le doy la espalda a la calzada. Sí que oí el motor, si eso sirve de algo. El motor de un Volkswagen viejo con un agujero en el tubo de escape es inconfundible, créame. No podía ser ningún otro coche el que petardeaba carretera abajo.

La declaración de Aitor Gurbindo desmontaba buena parte de la teoría que habían construido alrededor de Xabier Etxeberria. Por supuesto, el hostelero podía haber vuelto para encontrarse con su víctima, con quien habría quedado previamente, e incluso el camarero podía estar mintiendo, pero David sentía que las cosas se le estaban complicando bastante.

-Xabier no es un criminal -insistió una vez más-. Es posible que el verdadero asesino estuviera en el bar, quizá yo mismo le serví una copa, le cobré la consumición, y puede que incluso charlara con él, pero es imposible que mi jefe haya matado a una persona.

-Veremos adónde nos conduce todo esto, Aitor. De momento, la investigación debe continuar su curso.

Los dos hombres se despidieron con un firme apretón de manos tras el que David y sus agentes, que habían permanecido en silencio y tomando sus propias notas durante la conversación, volvieron a salir a la soleada tarde de verano. Quería regresar inmediatamente a Pamplona y pasar por la comisaría para poner en orden sus anotaciones y sus ideas. Esperaba tener también información sobre lo que Etxeberria había declarado ante el juez. Estaba convencido de que los técnicos llevaban horas trabajando sin descanso con todo el material que les habían proporcionado esa mañana y estarían a punto de ofrecerles algún resultado, por eso estaba impaciente por llegar. Cuando giró hacia el aparcamiento sus ojos encontraron las esbeltas ventanas de la Casa Prioral. Decidió entonces visitar al padre Ramírez y comprobar si su memoria había mejorado desde la última vez que se vieron. Confiaba, además, en que a esas horas Unax Goizueta estuviera entretenido con sus ocupaciones habituales en el albergue en lugar de ejercer como perro guardián del sacerdote. Envió a su equipo de vuelta a Pamplona una vez más y siguió el camino empedrado que conducía directamente hasta el padre Ramírez.

En contra de lo que esperaba, no encontró al anciano descansando en su habitación, sino con la cabeza hundida entre un montón de libros y papeles en su despacho. El mismo joven sacerdote que le acompañó en su primera visita abrió la puerta de las dependencias y le cedió el paso sin cruzar el umbral ni anunciar al visitante. El inspector avanzó unos pasos y cerró la puerta a su espalda. Olía a cera y a aroma de pino. El suelo de madera lanzaba unos sutiles destellos bajo la luz del sol, que a duras penas conseguía atravesar los tupidos cortinajes color grana que cubrían las ventanas. El sacerdote los había descornado ligeramente, permitiéndole disfrutar de abundante luz natural y unas vistas fantásticas de la Colegiata. El padre Ramírez trabajaba tras un enorme escritorio de madera oscura que brillaba con idéntico tono que el suelo. Estaba claro que los responsables de la limpieza utilizaban la misma

cera para toda la madera. El sillón, de cuero negro bastante ajado, crujió cuando el sacerdote se levantó para saludar a Vázquez.

-Padre, me alegro enormemente de verle tan recuperado.

-Gracias, hijo. Esta mañana todavía estaba un poco mareado, pero un buen desayuno y unos minutos de oración en la capilla han obrado un milagro en mi salud. No le esperaba tan pronto.

-Es mi obligación, no podemos dejar ningún cabo suelto.

-¿Se quedó algún cabo sin atar?

-Sí y no. El problema no es lo que sabemos, sino lo que desconocemos. Por eso hemos vuelto, para rebuscar e intentar rellenar las lagunas de la investigación.

-Me tranquiliza que sean tan exhaustivos. La Guardia Civil también se deja ver cada pocas horas en el pueblo, y creo que recorren el Camino de arriba abajo constantemente. No quisiera que otra vez...

-Nadie lo quiere. Todos trabajamos para que no vuelva a suceder. Ayudaría mucho saber si alguien le ha contado algo sobre lo ocurrido en las últimas semanas.

-¿En confesión?

-Como sea.

-Nada en absoluto. Pero comprenderá que, aunque supiera algo, si se tratara de una confesión de ningún modo podría decirle ni siquiera una palabra al respecto.

-Lo sé. Pensaba más bien en alguna indicación.

-Le repito lo que le dije ayer: no imagino a ningún miembro de mi congregación, ni a nadie relacionado con ella, cometiendo unos crímenes tan horribles. No somos perfectos, inspector; lo que tiene ante sí no es más que un hombre normal y corriente, un pobre pecador con unas pocas virtudes y un

carro lleno de defectos, pero no somos asesinos. Intentamos superarnos día a día para hacernos merecedores del Reino de los Cielos, pero solo Dios sabe si lo conseguimos.

-Padre, voy a ser franco con usted.

-Adelante.

-Creo que me oculta algo, y ese pensamiento me lleva a deducir que sospecha algo... o de alguien. Imagine que nos hemos equivocado, que el hombre que esta noche ha dormido en los calabozos no es el asesino. ¿Qué ocurrirá si actúa de nuevo y cuando lo detengamos, que lo haremos, ve confirmadas sus sospechas? Será directamente responsable de esa muerte.

-¡No cargue sobre mí esa cruz, inspector! ¡Mis pensamientos son solo míos, no tengo ninguna obligación de compartírselos con usted, y menos si por mi causa puedo provocar el sufrimiento a un inocente!

-Entonces, sospecha de alguien...

El padre Ramírez se dio cuenta inmediatamente de su indiscreción. Se irguió en su silla, con la espalda completamente rígida y la cabeza levantada, mirando fijamente a los ojos a David para subrayar sus palabras.

-No tengo nada que decirle, inspector. Si en algún momento tengo la certeza de que mi colaboración puede ayudarle a detener al culpable, no dude que le llamaré de inmediato, pero ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo atrasado.

David abandonó la rectoría con la sensación de haber sido tocado y hundido por una carga de profundidad. Estaba seguro de que el padre Ramírez se mantendría mudo cualesquiera que fuesen las consecuencias de su silencio. Había cerrado filas en torno a los suyos y su posición parecía inamovible.

Las nubes que cubrían su ánimo se disiparon levemente cuando escuchó la voz del padre Cano que le llamaba por su nombre. El sacerdote caminaba presuroso en su misma dirección. Le alcanzó en pocas zancadas y

frenó su paso para acompañarlo al del policía.

-Inspector, qué sorpresa. Ayer no tuve ocasión de saludarlo, aunque creo que no era el mejor momento para las visitas de cortesía, claro.

-Padre, un placer encontrarle. ¿Me buscaba?

-No exactamente, pero cuando le he visto he querido acercarme a decirle hola. Bueno, y a interesarme por la marcha de la investigación.

-Seguimos adelante, más despacio de lo que nos gustaría, pero vamos avanzando.

-Es un trabajo arduo. No debe de ser fácil bucear en la psicología humana para intentar descifrar quién está mintiendo.

-Nunca es sencillo.

-Y usted, ¿parte de la base de que todo el mundo es culpable y debe demostrar su inocencia, o prefiere pensar que todos llevamos un inocente dentro?

David sonrió ante la pregunta del sacerdote. Nunca se había planteado esa cuestión desde que, en bachillerato, su profesor de Filosofía les hablara de Hobbes y su famosa frase, «el hombre es un lobo para el hombre». Frente a él, Rousseau, tildado de ingenuo en su época, defendía que el ser humano es bueno e inocente por naturaleza y que es la sociedad la que lo corrompe. El «buen salvaje», llamaba Rousseau a sus congéneres, un hombre que vive feliz hasta que aparece el egoísmo, el ansia de riqueza y el afán de poseer más y más, siempre deseando lo que tiene el vecino. La experiencia había enseñado a David que el hombre a menudo es como una alimaña, peligroso para el resto de la sociedad e incluso para sí mismo. Sin embargo, en contadas ocasiones, seres anónimos protagonizaban actuaciones heroicas, salvando vidas de personas que ni siquiera conocían, poniendo en riesgo su propia integridad, simplemente porque consideraban que ese era su deber. Un lobo o un ingenuo. Para David, el ser humano era, sobre todo, una enorme incógnita.

-¿Podemos hablar sin rodeos, padre?

-Por supuesto.

-Padre Cano, es usted un hombre observador e inteligente...

-Me halaga y exagera.

-Entenderé que no quiera hablar conmigo, no puedo obligarle. Solo quiero saber si alguien ha despertado sus sospechas, si hay un nombre que haya acudido a su mente cuando se han cometido los asesinatos o después de hablar con la policía. Piénselo bien, por favor.

-Me está pidiendo que me convierta en su confidente.

-No, solo que me ayude a detener a un asesino.

El padre Cano reflexionó durante largo rato antes de levantar de nuevo la vista y hacer un pequeño gesto de asentimiento. Caminaron juntos hasta un banco a la sombra, en la parte trasera del albergue Itzandegia, lejos de las miradas de turistas, peregrinos y viandantes.

-Verá -comenzó el sacerdote-, me cuesta mucho desconfiar de las personas que trabajan con nosotros. Unax Goizueta, por ejemplo, lleva muchos años viniendo cada primavera a Roncesvalles para trabajar. Nunca pide nada, no exige nada, ni siquiera un dormitorio individual o que le nombremos responsable del albergue. Viene, trabaja hasta la extenuación, y se va con la misma humildad todos los años. Es parco en palabras y brusco en sus maneras, pero respeta hasta lo increíble la vida humana y la naturaleza en general.

-Creo que en alguna ocasión ha discutido con peregrinos por su mal comportamiento.

-¡Yo también he discutido con mucha gente de la que viene a Roncesvalles llamándose a sí mismos peregrinos! Petulantes, maleducados, engreídos... Aquí nos llega de todo, inspector, pero todos tienen los mismos derechos y las mismas obligaciones. Unax los recibe, atiende, acomoda, escucha sus problemas, resuelve sus dudas. Cierto que no suele tener una sonrisa en los labios, pero es eficaz, educado y respetuoso.

-Imagino que ese es el nombre que el padre Ramírez se niega a pronunciar.

-No estoy diciendo que Unax tenga nada que ver en los asesinatos, pero creo que sería un sospechoso fácil para ustedes y eso le preocupa al padre Ramírez. Por eso no quiere hablar con la policía. Además, podría citarle a dos o tres personas más de características similares a las de Unax.

-¿Por ejemplo?

-He dicho que podría, no que vaya a hacerlo.

-Le digo lo mismo que al padre Ramírez: puede estar encubriendo a un asesino.

-No lo creo, inspector, en absoluto. Yo de usted buscaría fuera de Roncesvalles.

-Estamos convencidos de que es alguien del pueblo, o al menos alguien que pasa mucho tiempo aquí.

Una sombra recorrió los ojos de iris blanquecino del padre Cano. «De nuevo la duda», pensó Vázquez. El inspector estaba cada vez más convencido de que el obstinado silencio de los sacerdotes sería la desgracia de alguien, pero se sentía incapaz de hacerles comprender esa responsabilidad.

-Si alguien más muere, padre, no podrá vivir con la carga de no haber hecho nada por evitarlo.

-Yo solo soy un pobre viejo, inspector; no creo que pueda serle útil en absoluto.

-Se sorprendería de lo que es capaz una persona que usted catalogaría como normal. El ser humano es un misterio, padre, y todavía no hemos descubierto el resorte que convierte a una persona en un asesino.

-Inspector, crecí durante la posguerra. Créame si le digo que estos ojos han visto todas las formas posibles de miseria humana.

David sabía que no conseguiría más información del padre Cano. De hecho, como él mismo había confesado, su verdadera intención era conocer la marcha de la investigación, no aportar nada a la misma. Lo que Vázquez no alcanzaba a comprender era el porqué de ese interés. Las nubes volvieron a cernirse sobre su frente. Tenía la sensación de estar dando palos de ciego, jugando en una partida en la que el asesino guardaba todos los comodines y él tenía que conformarse con sostener las cartas que le lanzaban. Lo que le había quedado claro después de esa conversación era que también el padre Cano sabía más de lo que decía, o al menos albergaba fundadas sospechas sobre la identidad del asesino. Esto comenzaba a parecerse demasiado a un pacto de silencio.

-Padre, usted no ocultaría información de vital importancia a la policía, ¿verdad? No podemos permitir que se produzcan más asaltos, ya son demasiadas muertes.

-No se confunda, inspector. Yo no sé nada. Lo que no puedo evitar es que mi vieja cabeza elucubre sobre decenas de posibilidades. Siempre he tenido una imaginación muy fértil, puedo reproducir en mi mente situaciones que le harían reír a carcajadas con solo conocer dos datos. No puedo evitarlo. Es como si mi mente fuera independiente del resto de mi cuerpo. Usted dice un nombre cualquiera en el contexto de una conversación sobre los recientes asesinatos e inmediatamente lo veo cubierto de sangre y asestando mil puñaladas a un pobre peregrino.

-En este caso no hay cuchillos implicados...

-Bueno, pero eso mi imaginación no lo sabía... todavía. ¿Ve? La película de mi cabeza acaba de cambiar el puñal por un bate de béisbol.

Los dos hombres sonrieron y se estrecharon la mano a modo de despedida. El sacerdote se alejó, ligeramente encorvado pero con una agilidad sorprendente para su avanzada edad. La sombra gris se perdió de vista tras los gruesos muros de la Colegiata. David se dirigía hacia el vehículo policial cuando el móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de su pantalón. Vio el número del sargento López y descolgó de inmediato.

-Sargento, espero que no me dé más malas noticias.

-Al contrario, inspector; parece que hemos encontrado unos testigos del asesinato del sacerdote mexicano.

-¡Eso es estupendo!

-Bueno, no tanto. Verá, mis hombres han interrogado a decenas de peregrinos entre Roncesvalles y Zubiri, personas que pernoctaron en Roncesvalles la noche del asesinato. Bien, pues hemos encontrado a una pareja que dicen haber visto a dos hombres entrar en el Silo de Carlomagno a la hora aproximada de la muerte.

-¿Pueden identificar al asesino?

-Los datos que dan son un poco vagos, pero al menos nos servirán para acotar el tipo de sospechoso que estamos buscando.

-Sí, eso nos vendría muy bien, dadas las circunstancias.

-Nuestros testigos afirman que vieron a dos hombres entrar en el Silo. Uno era bajo y moreno, creen recordar que con bigote. Esa es la víctima. El segundo era muy alto y vestía pantalones azules o negros y camisa gris o blanca, sin chaqueta. No le pudieron ver la cara con claridad, era de noche y estaban a varias decenas de metros de distancia. Les sorprendió que, unos quince minutos después, el hombre alto saliera solo del Silo. Ellos permanecieron donde estaban un rato más y no vieron salir a nadie, ni regresar al primero. Dedujeron que habría una salida posterior, o que el segundo hombre se había quedado rezando. El caso es que no le dieron más importancia en ese momento.

-¿Vieron hacia dónde se dirigía el tipo alto?

-Tampoco están seguros en este punto, aunque la mujer cree que tomó el camino del albergue Itzandegia. Claro que en lo alto de la carretera hay un punto desde el que lo mismo puedes ir al albergue, que a la Colegiata o a las primeras casas del pueblo.

-Sí, es justo donde estoy yo en estos momentos y tiene razón. Si los testigos estaban frente al Silo, en la parte baja, quizá no pudieran ver hacia

dónde se dirigía con exactitud.

-De lo que están seguros es de no haber oído ningún grito. Era una noche silenciosa, como casi todas en Roncesvalles, y hubieran escuchado cualquier sonido fuera de lo normal.

-Eso ratificaría que la víctima no se dio cuenta de la encerrona hasta que fue demasiado tarde. No tuvo tiempo de gritar antes de morir. Y también significa que el golpe tuvo que ser fuerte y certero para no darle la oportunidad de defenderse.

-Estoy de acuerdo.

-¿Por qué han esperado tanto a contar lo que vieron?

-Lo cierto es que cuando se enteraron de lo sucedido, desandaron un tramo del Camino hasta que encontraron a dos de nuestros agentes. Salieron muy temprano por la mañana y, aunque vieron los coches policiales en la carretera, pensaron que había ocurrido un accidente, pero al saber que se trataba de un nuevo asesinato, y del lugar en el que habían encontrado el cadáver, decidieron que quizá lo que vieron era importante.

-Y lo es, ya lo creo. ¿Tiene posibilidad de trasladarles una pregunta en estos momentos?

-Claro, todavía están aquí.

-Necesito que me digan si, mientras los dos hombres permanecían en el interior del Silo, vieron pasar un coche blanco en dirección a Burguete. El coche tiene el tubo de escape agujereado y hace un sonido muy peculiar.

-Deme unos minutos, inspector, le llamaré en cuanto hable con ellos. Una pregunta sencilla, una sola respuesta satisfactoria. La otra posibilidad desencadenaría un sinfín de situaciones comprometidas para mucha gente, empezando por el propio inspector. Si el Golf de Etxeberria salió de Roncesvalles mientras el asesino y su víctima estaban en la capilla, David tendría que reconocer que se había equivocado de hombre. Las consecuencias de su error serían mayores cuantas más declaraciones hubieran realizado sus

superiores ante la prensa. Sin embargo, si el tubo de escape de Xabier no rasgó el silencio nocturno con sus explosiones, podría lanzar la llave de su celda al mar. La llamada del sargento no se hizo esperar. Apenas había terminado de sonar el primer tono cuando ya tenía el auricular pegado a la oreja.

-Los testigos recuerdan que un vehículo blanco cruzó despacio el pueblo en dirección a Burguete. Al acelerar, hizo un ruido parecido al del motor de un coche de competición, un petardeo vibrante, fuerte e incesante.

-Mierda.

-Lo sé, inspector. No pudieron ver al conductor, si eso le sirve de algo.

-De muy poco, en realidad. Si confirman que se trata del coche de Etxeberria no habrá forma de relacionar al detenido con los hechos y estaremos como al principio.

El sargento guardó silencio. En realidad, había muy poco que decir.

David telefoneó al comisario para comunicarle las novedades. Tous le escuchó en silencio, calibrando las repercusiones que el testimonio de los testigos tendría para la credibilidad de la policía en general y de su culo en particular. El juez escucharía esa misma tarde a los peregrinos y era más que probable que decretara la inmediata puesta en libertad de Etxeberria.

-Le espero en mi despacho en cuanto llegue, inspector.

El comisario colgó sin esperar una respuesta. David sabía que equivocarse de persona a la hora de señalar un sospechoso no era tan grave como el hecho de que todavía no habían sido capaces de encontrar al culpable. Se sentó en su coche, asió el volante con fuerza y puso rumbo a Pamplona. En su mente, las piezas de colores del cubo volvieron a girar sin orden ni concierto.

Xabier Etxeberria abandonó los calabozos del juzgado de Pamplona pasadas las ocho de la tarde. Llevaba dos días sin cambiarse de ropa, ducharse o afeitarse, por lo que su aspecto era bastante peor que el de algunos de los delincuentes que esperaban su turno para declarar custodiados por la policía. Un funcionario le devolvió sus pertenencias bajo la atenta mirada de su abogado, que se ofreció a llevarle hasta Zubiri. No fue una grata compañía para el letrado, que intentó durante todo el viaje animar al hombre taciturno y maloliente que ocupaba el asiento del copiloto. Xabier agradeció a Echarte su trabajo antes de bajar del coche y arrancar de un tirón la cinta azul y blanca que custodiaba la entrada de su casa. Echó un vistazo alrededor, pero no descubrió a curiosos ni mirones merodeando por la zona. Imaginó que la ausencia de acción durante las últimas horas y el calor de la tarde les habría obligado a refugiarse en sus casas, pero estaba convencido de que cuando cayera la noche, los jubilados más osados se acercaría hasta la calle Murelu para indagar sobre lo que le había ocurrido a su vecino. Su abogado intentó tranquilizarle diciéndole que su nombre no había aparecido en ningún medio de comunicación, pero sabía que la gente tardaría poco en señalarle con el dedo, afirmando que cuando el río suena...

Encontró la casa completamente revuelta. Cajones abiertos, armarios vacíos y estanterías desnudas, con su contenido esparcido por todas partes. Tardarían unos días en devolverle los objetos y documentos que se llevaron durante el registro. Subió despacio las escaleras intentando no fijarse en el desorden que le rodeaba. En su habitación el panorama era aún peor. Apartó de una patada el calzado acumulado a los pies de la cama y tiró al suelo sin miramientos toda la ropa depositada sobre las mantas. Se desnudó completamente, dejando que las prendas sucias se mezclaran con el contenido de varios cajones en el suelo. Tragó sin ayuda de agua dos pequeñas pastillas amarillas. Bajó la persiana, cerró la puerta, apagó la luz y se metió en la cama, sintiendo en la piel la cálida acogida de las sábanas. Cerró los ojos y esperó a que los tranquilizantes hicieran su efecto. Poco a poco le rodeó una plácida nube brillante. Extendió las manos para dejarse envolver hasta la punta de los dedos, relajó los músculos de las piernas, doloridos después de tantas horas de tensa espera, y dejó que el lorazepam ejerciera su efecto sedante en su castigada espalda. Su último pensamiento consciente antes de rendirse al sueño fue un ruego. Deseó fervientemente que los dos últimos días desaparecieran de su memoria para siempre, anhelaba despertarse y

comprobar que todo había sido un mal sueño, una horrenda pesadilla en lugar de una cruel realidad que le dejaría marcado de por vida.

A lo largo de la tarde el aire acondicionado de la comisaría amenazó en un par de ocasiones con dejar de funcionar. En los momentos en los que el flujo de aire disminuía, decenas de rostros se giraban hacia las rejillas grises, confiando en que la ventilación solo se estuviera tomando un descanso.

David encontró al comisario en la misma posición de siempre, sentado en su butaca de respaldo alto, con la espalda completamente erguida y un buen fajo de papeles sobre la mesa. Miró al inspector por encima de sus gafas de lectura. Cerró la carpeta que estaba leyendo, se quitó las lentes y entrelazó los dedos de las manos sobre la mesa. Vázquez permaneció de pie ante su superior hasta que este le indicó con un movimiento de cabeza que tomara asiento.

-El juez ya ha tomado declaración a los dos testigos y no ha tenido que pensárselo mucho antes de poner al detenido en libertad.

-Ya lo imagino, comisario.

-El delegado no está contento, pero comprende que este tipo de situaciones son comunes en una investigación tan complicada como la que tenemos entre manos. -Tous evitó deliberadamente pronunciar la palabra «error». Intentará minimizar los efectos negativos de este patinazo ante la prensa diciendo que es habitual que varias personas sean requeridas para prestar declaración en el curso de una investigación. Diremos que tenemos varias vías abiertas, que el Camino de Santiago está perfectamente custodiado y que confiamos en conocer pronto la identidad del autor de los crímenes.

-Hacemos todo lo que podemos, comisario.

-Lo sé, Vázquez; no le culpo de nada, pero necesitamos avanzar. He citado a su equipo en una de las salas de reuniones. Quiero una exposición

detallada de la situación y un análisis de nuestros próximos pasos.

Se dirigieron juntos hasta la planta inferior del edificio. Desde la puerta abierta de la amplia estancia le llegaron las voces de los miembros de su brigada, que acababan de cruzar el umbral cargados de cuadernos, notas y fotografías, además de mapas y carpetas de varios colores y grosores. Dedicaron un saludo marcial al comisario y se repartieron alrededor de la larga mesa de madera, sobre la que alguien había distribuido folios blancos, bolígrafos y varias cajas con chinchetas de colores. El subinspector Torres fue el primero en tomar la palabra. Sostenía en sus manos el informe preliminar de los técnicos del laboratorio.

-Tenemos una extensa colección de huellas recogidas en los escenarios de los tres crímenes, especialmente del baño del albergue, pero el sistema no ha encontrado coincidencias con nadie fichado. Ayer se compararon también con las que le tomaron a Etxeberria en el momento de ficharlo y tampoco coinciden. En cuanto a los análisis de ADN, en Madrid les han dado máxima prioridad, lo que significa que tendremos algún resultado en una semana más o menos, aunque nos encontraremos con el mismo problema si el asesino no está fichado.

-Yo tengo el estudio de las suelas -continuó Teresa-. Los técnicos recogieron varios moldes de huellas de calzado del interior y los alrededores de la capilla. Al menos una coincide plenamente con la hallada en el escenario del asesinato de Reuben Laughton. Estamos hablando de un zapato de tipo deportivo, muy utilizado en zonas de montaña. No es demasiado caro, por lo que no es inusual entre los vecinos de estos pueblos. Lo venden en zapaterías con sección de deportes o en tiendas especializadas.

-¿Cuántas de esas tiendas hay en Navarra? -Ismael tenía listo el bolígrafo para anotar la respuesta.

-Más de treinta. Eso sin olvidar que las han podido comprar en Francia, que está más cerca que Pamplona, o en cualquier otra provincia. Es imposible seguirle la pista por ese lado. En cuanto al calzado incautado en el domicilio de Etxeberria, no coincide con las huellas del lugar del crimen. Tampoco han encontrado restos de sangre en las suelas o en las costuras.

David dejó una carpeta sobre la mesa y cogió otra, un poco más gruesa.

-El informe del forense sobre la muerte de Rogelio Romero no nos dice nada que no supiéramos. -Extendió una serie de fotografías del cadáver y escogió dos, que colocó con chinchetas en el panel de corcho-. Recibió varios golpes en la cabeza, pero bastaron dos para matarlo. No cabe duda de que le golpearon con la estaca de madera que encontramos, que coinciden con las astillas que le extrajeron del cráneo. Por el ángulo de las heridas, el forense ha establecido que le golpearon por la espalda, seguramente un poco ladeado hacia la derecha. -¿Eso nos indica si el asesino es diestro o zurdo? -preguntó Mario.

-No, en absoluto; solo nos dice la posición aproximada de las dos personas en el momento del ataque: estaban uno de espaldas al otro, Romero delante y el asesino detrás y, o bien la víctima volvió la cabeza en el último momento, o bien el agresor estaba ligeramente a la derecha del cuerpo del sacerdote. Lo interesante es que ese ángulo establece que la agresión llegó desde atrás y desde arriba, lo que confirma que buscamos a una persona bastante más alta que la víctima. Los dos peregrinos que hablaron con la Guardia Civil aseguran haber visto al sacerdote acompañado por un hombre muy alto, dirigiéndose al Silo de Carlomagno.

-Pero la estatura no nos da un nombre -razonó Teresa.

-O quizá sí. -Las palabras de Vázquez sorprendieron a todos-. Esta tarde he tenido un breve encuentro con el padre Cano y, mientras hablábamos de las características del asesino, dejó caer como de pasada el nombre de Unax Goizueta.

-¿En serio? -La pregunta de Mario reflejó el asombro de todos.

-Por supuesto, enseguida negó que lo estuviera acusando de algo y se dedicó a alabar sus virtudes, pero ¿por qué lo mencionó? Está claro que existe algún motivo para que Goizueta estuviera presente en sus pensamientos en esos momentos. Es alto, fuerte y con mucho temperamento. Creo que debemos tenerlo en cuenta.

La grave voz del comisario se coló en sus oídos como un trueno.

Levemente adelantado en su silla, con la espalda permanentemente rígida, les miró uno a uno mientras hablaba.

-Como ustedes comprenderán, ningún juez nos va a autorizar una nueva detención sin pruebas irrefutables. No quiero más suposiciones.

-Comisario, el padre Ramírez sospecha de Goizueta. Ese hombre le conoce desde hace varios años, trabaja codo con codo con él durante todo el verano. Sus recelos deben de tener algún fundamento.

-Lo único que estoy dispuesto a autorizar es un discreto seguimiento. Que las patrullas que ya están desplegadas en la zona presten especial atención a los movimientos de Goizueta, pero no podemos hacer nada más de momento. Ese joven vive en Vitoria; pediré a los compañeros de la jefatura de Álava que indaguen con prudencia sobre sus actividades, a ver si sale algo por ahí.

-Quiero que se mantenga también la vigilancia de Xabier Etxeberria, me gustaría despejar todas las dudas que todavía quedan sobre la mesa antes de descartarlo por completo.

-Está bien, inspector, pero sean discretos, no queremos que nos denuncie por acoso. ¿Algo más?

-Poco más, señor. La brigada de inteligencia está buscando posibles conexiones entre los tres fallecidos. Indagan en todos los campos imaginables, pero hasta ahora el resultado es negativo. No tenemos pruebas de que se conocieran entre sí y no han hallado nada que pueda vincularlos. Ni siquiera hablaban el mismo idioma. Para Poznan se trataba de su primer viaje al extranjero, y en los pasaportes de los otros dos no consta que hayan estado en Polonia. Laughton tampoco había viajado a México y el cura, que es quien más mundo había visto, no había puesto un pie en suelo inglés. No hemos encontrado ningún nexo de unión entre ellos.

-Bueno, sí que tienen algo en común... Todos miraron a Helen, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

-Los tres eran peregrinos jacobeos, pero ninguno parecía serlo por

voluntad propia. Me explico: Poznan vino acompañando a Karolina Lis, le declaró su amor y fue rechazado. Para Laughton esto solo era una aventura juvenil y la excusa para llegar a tiempo a los sanfermines. Sus amigos han confesado que no pensaban completar el Camino, sino llegar a Pamplona y disfrutar de la fiesta hasta que se les acabara el dinero. Después, planeaban ir a algún sitio de playa a pasar la resaca y, cuando no les quedara ni un céntimo, de vuelta a casa. Finalmente, Rogelio Romero formaba parte de un grupo de religiosos que peregrinaban por fe, pero todos han coincidido en señalar que para el padre Romero era una especie de penitencia, un castigo impuesto por su congregación, que quería alejarle durante un tiempo del seminario y de los jóvenes seminaristas.

-Es una buena reflexión, Helen. -La joven sonrió ante el halago de su jefe-. ¿Y quién más conocía esos detalles?

-Solo hay un par de lugares en los que todas las víctimas coincidieron y hablaron con otras personas, además de sus compañeros de viaje: el albergue Itzandegia y el bar Aztakarri.

-Y solo hay un puñado de personas cuya presencia coincide en los tres casos... -Los trabajadores y voluntarios del albergue, y Xabier Etxeberria -concluyó Helen. -Ahora necesitamos a un hombre alto y fuerte.

-Todos los voluntarios del albergue y varios monjes de la Colegiata tienen esas características. Seguramente algún vecino del pueblo también encajaría en el perfil. Uno de los camareros del Aztakarri también es corpulento, aunque no puede decirse lo mismo del otro, que es poco más alto que yo y bastante delgado.

-Descartemos a los más ancianos. -Teresa repasaba una lista de nombres e intentaba recordar el aspecto de cada uno de ellos-. Todavía nos quedan al menos ocho hombres -dijo finalmente.

-El círculo se cierra... Pero no tenemos pruebas físicas ni testigos que los identifiquen.

-Tenemos que estar muy atentos. -David se levantó e inició un lento paseo alrededor de la mesa. Pensaba mejor de pie, con las piernas en

movimiento. Escondió las manos en los bolsillos del pantalón y se detuvo ante el panel desde donde les miraban los rostros ensangrentados de las tres víctimas. Contempló sus ojos sin vida, la sangre coagulada alrededor de las profundas heridas, la tez macilenta de una piel muerta-. Lo que se me escapa -reflexionó en voz alta- es el objetivo de todo esto. El asesino ha sido muy cuidadoso en cuanto a la puesta en escena se refiere. El lugar escogido para matar, la disposición del cuerpo en el caso de Reuben y la colocación en las tres ocasiones de una concha de peregrino sobre el cadáver. No actúa por impulso, lo hace guiado por un objetivo, una meta. Si conseguimos desentrañar cuál es esa meta, estaremos un poco más cerca de detenerle. El asesino tiene que sentir nuestra presencia en el cogote, saber que estamos tan cerca que no se atreva a dar ni un solo paso. Hasta que tengamos un nombre, no podemos permitirnos levantar el pie del acelerador.

-Aprobaré los efectivos que necesiten, aunque ya saben que el seis de julio las cosas se van a complicar bastante.

-Intentaremos tener algo antes, señor.

-Tramitaré las órdenes antes de irme. Pasaré los próximos dos días en un congreso en Santander. Espero que me mantenga permanentemente informado, Vázquez.

-Cuente con ello, comisario.

Abandonaron la sala con paso presuroso. David se despidió de sus compañeros al pie de las escaleras tras rechazar la proposición de tomar una cerveza fría para terminar bien la jornada. En su cabeza bullían un millar de ideas, disparatadas posibilidades que le arrastraban hasta un callejón sin salida. Atravesó el paseo de Sarasate en dos zancadas y cruzó las primeras calles del casco viejo pamplonés como una exhalación. En menos de diez minutos, acalorado y sudoroso, estaba ante la puerta del palacio de los Navarro Tafalla. Pulsó el timbre del despacho de Irene, pero nadie contestó. Pensó que podría estar ocupada o al teléfono, así que esperó un instante y volvió a llamar, esta vez con más insistencia. De nuevo, nada. Apoyó la espalda contra la dura y fría piedra de la fachada y marcó en el móvil el número de Irene, que contestó al segundo tono.

-Hola, ¿va todo bien? Pensé que estarías en casa y me he preocupado un poco al no encontrarte.

-¡David! Siento no haberte avisado. Estoy de camino a casa de mi suegra. Esta mañana he estado con Marta, mi cuñada, y la he encontrado bastante mal, muy afectada, deprimida... Un poco ida, la verdad. Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza y, al final, me he decidido a visitarlas.

-¿Quieres que te espere en algún sitio y luego te acompaño a casa?

-No sé cuánto tiempo estaré, depende de lo que me encuentre cuando llegue. Puede que ni siquiera me abra la puerta, o que me quede hasta la madrugada. Te llamaré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

-Si no queda más remedio... Se me va a hacer muy duro no verte hoy. Te echo de menos.

-Yo también a ti, pero Marta y Ana son la única familia que me queda y creo que ahora me necesitan.

-Lo entiendo, no te preocupes. Solo llámame cuando puedas para escuchar tu voz unos minutos. Te quiero.

-Y yo a ti.

Se guardó el teléfono en el bolsillo, suspiró profundamente y puso rumbo a su casa. Por primera vez en muchos días dormiría solo, y estaba convencido de que no le iba a gustar. Irene formaba ya parte de su vida. Desde que la conoció, su corazón latía al ritmo de sus palabras y respiraba en función del aire que ella le daba. Pero hoy tendría que buscarse su propia botella de oxígeno.

Ni siquiera arrodillado podía disimular su gran tamaño. Dios lo había hecho fuerte y grande, y nunca dudó de que esas cualidades debían estar siempre al servicio del Altísimo. Con los dedos de ambas manos cruzados y unidos frente a su cara, rezaba en voz baja, recitando con los ojos cerrados una tras otra todas las oraciones que conocía desde niño. Cuando su madre se dio cuenta de que era un chico especial, tanto por su físico como por su carácter, se esforzó por inculcarle la necesidad de controlar su fuerza. Desde pequeño aprendió a caminar despacio, a dar suaves zancadas, a hablar pausadamente, a saludar sin apretar la mano... «El control nunca debe abandonarte», le decía su madre una y otra vez. Rezaban juntos cada mañana y cada noche, ayunaban en Cuaresma, acudían a la Misa del Gallo y desfilaban descalzos, con la cara oculta, en todas las procesiones de Semana Santa.

Nunca toleró las injusticias. Cuando era pequeño, en la escuela religiosa a la que acudía cada mañana, siempre destacó por su tamaño y por su mal carácter. Huraño y agresivo, no utilizaba, sin embargo, su fuerza contra los débiles. Por el contrario, eran los matones del patio quienes temían

sus puños. A lo largo de los años fueron varios los chicos que quedaron malheridos en el suelo, pero él siempre pensó que con sus actos, quizá un tanto excesivos, evitaba un mal mayor.

La disciplina, la rectitud y el temor de Dios eran las guías de su vida. Detestaba, por tanto, las actitudes lasas y despreocupadas de la sociedad actual, donde todo valía. Le enfurecía el descaro de los jóvenes, las libertades que reclamaban y que tantas veces rayaban el libertinaje.

Arrodillado sobre el reclinatorio de la pequeña capilla, no pudo evitar que un estremecimiento recorriera su gran espalda. Detrás de él, varias personas entraron y salieron sin hacer siquiera una leve genuflexión ante la imagen de Cristo crucificado. Los peregrinos no eran más que turistas, gente con una mochila cargada de proyectos, lugares que visitar y platos que degustar, pero sin una pizca de amor a Dios, de humildad o de ese sentimiento de arrepentimiento que movía las primeras peregrinaciones. Ya nadie pensaba en conseguir el perdón de los pecados. Ahora lo importante era llegar para después colgar en internet las fotos y los comentarios de su aventura.

Las cosas, sin embargo, estaban cambiando últimamente. Cansado de observar en silencio y de que el odio le comiera por dentro hasta producirle un dolor insoportable, decidió que había llegado la hora de poner a cada uno en su sitio. Los recientes acontecimientos le habían perturbado, pero tenía que reconocer que los efectos causados estaban siendo los esperados. El número de peregrinos había disminuido drásticamente después de la segunda muerte, y mucho más cuando se ocupó del detestable cura mexicano. A pesar de todo, quedaban muchos pecadores a su alrededor, personas que no respetaban nada, ni lo más sagrado. Estaba dispuesto a ocuparse de eso, y cuanto antes, mejor.

Le costó levantarse del reclinatorio. Sintió un dolor punzante en las piernas, que habían sufrido una disminución del riego sanguíneo durante la larga oración. Golpeó el suelo con los pies varias veces para estimular la circulación y se dispuso a abandonar la capilla. Nadie reparó en él. Era una figura habitual de la iglesia de Santa María de Orreaga, un pintoresco personaje a quien poca gente miraba dos veces, bien por desinterés, bien por temor a su aspecto. Se dirigió hacia la puerta y salió sin hacer ruido. En dos

pasos ya era solo una sombra más en Roncesvalles.

Cuando Irene colgó el teléfono sintió unas intensas ganas de vomitar. Su vida se había convertido en un auténtico desastre, una asquerosa y pútrida fosa séptica en la que nada podía sobrevivir. Ni siquiera David.

Llevaba más de media hora sentada en un banco de la Vuelta del Castillo, a pocos metros de la casa de Ana Martelo, pensando en lo que iba a hacer. Había tomado una decisión, pero le costaba encontrar el valor para actuar. Las sombras de la tarde comenzaban a alargarse, convirtiendo los frondosos árboles en amenazadoras figuras. Si esperaba mucho más no le abrirían la puerta y perdería esta oportunidad. Las manos le sudaban copiosamente y notaba que también tenía húmedas las axilas.

A esa hora, la Vuelta del Castillo estaba llena de gente. Familias que paseaban aprovechando que el calor les daba un respiro, hombres y mujeres solitarios que avanzaban despacio, zigzagueando detrás de sus perros, que husmeaban en busca del árbol perfecto en el que hacer sus necesidades. Personas que se cruzaban y se miraban anhelando ver a un conocido con el que detenerse a charlar. Mientras tanto, ella solo pensaba en cómo acabar con

una vida. Con otra vida.

Se levantó despacio. Cada paso le costaba más que el anterior, como si arrastrara una enorme losa y sus piernas se negaran a seguir avanzando. Le fallaban las fuerzas, pero sabía que lo que estaba en juego era su propia existencia, su futuro. De ella dependía que mañana fuera un día más o que, por el contrario, fuera el último de su vida. Si no estuviera David, pensó, nada importaría. Pero una parte de su ser la empujaba a defender por todos los medios esta nueva felicidad que acababa de descubrir.

Llamó al timbre y se colocó en el ángulo de visión de la cámara de vigilancia. Tardaron más de lo habitual en abrirle, pero no sabía si la demora se debía a que su cuñada no pudo acudir antes o a que estaba observándola a través de la pequeña pantalla, dudando entre franquearle la entrada o dejarla fuera una vez más. Finalmente, un sonido chirriante precedió al clic que le permitió el acceso al edificio. Subió en el ascensor con la mente en blanco, incapaz de concentrarse en nada. Pensó por un momento que todo se vendría abajo cuando viera a Marta, pero no fue así. La joven que sostenía la puerta con una mano, interponiendo su cuerpo una vez más entre Irene y el resto de la casa, la contemplaba con un manifiesto desprecio.

-No te esperaba a estas horas. -La miró de arriba abajo sin separarse ni un centímetro del dintel de la puerta. Irene sentía el frío de sus ojos clavado en el pecho.

-Ya te dije que me gustaría ver a tu madre. ¿Puedo pasar?

Marta Bilbao no respondió. Se limitó a hacerse a un lado y permitir el paso a su cuñada, que tuvo que pegarse al marco de la puerta para poder entrar.

-¿Está despierta?

-La enfermera está terminando de darle la cena. Está en la salita.

¡La enfermera! Irene no había pensado en la posibilidad de que hubiera más personas en la casa.

-¿La enfermera duerme en casa, con tu madre? -Formuló la pregunta con la mayor naturalidad posible, como si se tratara de un familiar preocupándose por la salud de su pariente.

-No, se irá enseguida. Yo puedo atender a mi madre si necesita algo durante la noche, aunque la verdad es que no suele moverse demasiado, ni de noche ni de día. Sigue ausente, perdida en su propio mundo.

-¿Es mal momento para verla?

-No, no especialmente. Ningún momento es mejor que otro. Pasa, ya sabes dónde está.

-Me gustaría charlar un poco contigo también, si te parece.

-No voy a irme a ningún sitio.

Marta dio media vuelta y dejó sola a Irene en el amplio pasillo de la casa. Se dirigió despacio hacia la salita, donde una mujer de mediana edad intentaba atraer la atención de Ana Martelo hacia los alimentos que había encima de la mesa. La mujer, de complexión delgada y con el pelo oscuro recogido en una profesional coleta baja, vestía una bata blanca, medias y zapatos del mismo color. Delante de ella, dos platos contenían la cena de la anciana. Un caldo claro en uno de los cuencos, seguramente sopa, y pescado con verduras en el otro. Irene no sabía cuánto tiempo llevaban allí sentadas, pero los platos parecían casi llenos. Tampoco el pan estaba empezado y lo mismo podía decirse del vaso de agua, junto al que esperaban tres pastillas de diferentes colores y tamaños.

Irene entró despacio para no asustarlas y dio un ligero golpe con la mano en la puerta para llamar su atención. Solo la enfermera se volvió. Ana Martelo no dio muestras de haber oído nada.

-Disculpe la interrupción, soy Irene, la nuera de Ana...

-Hola, la reconozco por las fotos. Lamento mucho su pérdida, tiene que ser muy duro perder a un ser querido de una forma tan atroz.

-Gracias. -Irene deseaba desviar la atención de sí misma y centrarla en

la anciana, que seguía manteniendo la vista fija en algún punto del horizonte-.
¿Cómo está la señora?

-Físicamente está bien, con las complicaciones propias de su edad, que no son demasiadas, afortunadamente. Un poco de artritis, la tensión un poco alta... Lo normal. Pero no conseguimos conectar con su mente. El doctor la visita todos los días y tres veces por semana la trasladamos al hospital, a la sala de Psiquiatría, para recibir tratamiento especializado, pero todavía no hemos logrado atravesar el muro que ha construido en su cabeza.

Irene se sentó junto a su suegra y le acarició la mano. Sintió la piel suave y levemente arrugada de la anciana, pero no obtuvo ninguna respuesta. Estaban frías e inmóviles. Repitió la caricia varias veces más y la besó en la mejilla. Nada.

-Hola, Ana, soy Irene. Lamento haber tardado tanto en venir a verte. Te veo bien, la enfermera dice que estás fenomenal de salud, pero a todos nos gustaría volver a charlar contigo igual que antes. Echo de menos nuestros chascarrillos, Ana, comentar las cosas de la ciudad y consultarte sobre tantas cosas...

Silencio. Las palabras de Irene no tenían ningún efecto sobre Ana. La besó de nuevo y le indicó a la enfermera que siguiera dándole de cenar. La mujer demostraba su valía profesional con cada cucharada. Llenaba la cuchara en el plato y la acercaba a la boca de Ana. Con los dedos corazón y anular empujaba hacia abajo la mandíbula, que bajaba blandamente, sin oposición. Entonces, sin perder un segundo, deslizaba la cuchara en el interior de la boca de Ana y volcaba en ella su contenido. La anciana, por un acto reflejo de su garganta, tragaba lentamente, con ligeros movimientos que se sucedían al ritmo de las palabras de ánimo de la enfermera. Repitió la operación más de treinta veces, primero con la sopa y después con el pescado, que desmigó hasta convertirlo en una papilla informe.

-Lo complicado es hacerle tragar las pastillas. A veces las tiene en la boca durante varios minutos, hasta que están casi deshechas y las puede empujar con un poco de agua. Últimamente he optado por partirlas en trozos muy pequeños con el cuchillo y acercárselas también con la cuchara. El sabor no es agradable, pero no parece importarle.

Mientras hablaba, la mujer prácticamente redujo a polvo las tres pastillas y se las metió en la boca a Ana junto con un poco de agua, todo ello valiéndose también de la cuchara. Aunque un hilo de líquido se escurrió por la comisura de sus labios, parecía que la mayor parte del medicamento había alcanzado su objetivo y fluía ahora por el organismo de la anciana.

-Una de las pastillas la relaja y la adormece. No tardará en cerrar los ojos, así que ahora debo darme prisa en llevarla a su habitación, cambiarla de ropa y acostarla. Si me quiere acompañar...

-Por supuesto. -Irene imitó a la enfermera y cogió a Ana de uno de sus antebrazos para obligarla a levantarse-. ¿Puede andar?

-Sí, pero no siempre quiere. -Mientras hablaba, empujaba levemente a Ana hacia delante.

Después de un impás que duró varios segundos, comenzó a mover un pie detrás del otro y se dejó guiar dócilmente hacia el dormitorio. La cama de matrimonio de Ana y su esposo, con su gran cabezal de madera oscura, había desaparecido. En su lugar habían instalado una funcional cama de hospital con protecciones a ambos lados para evitar que se cayera durante la noche. El mando a distancia reposaba sobre una mesita igual de aséptica que la cama, junto con un vaso, una botella de agua y un libro, seguramente el que leía la enfermera durante las siestas de su paciente.

Ana se quedó quieta junto a la cama y esperó a que la enfermera le quitara la ropa y le pusiera un camisón limpio. Levantaba y bajaba los brazos dócilmente, como una gran muñeca articulada. La sentó después sobre la cama, la despojó de las medias y le puso unas zapatillas en los pies.

-Si me permite un segundo, la llevo al baño para asearla y lavarle los dientes. Vuelvo enseguida.

Efectivamente, la ausencia de las dos mujeres apenas duró cinco minutos. Después, la enfermera demostró una vez más su profesionalidad acostando a la anciana con suaves pero firmes movimientos. Cuando le cubrió los brazos con las sábanas y la delgada manta de verano, Ana ya tenía los ojos cerrados y parecía dormir plácidamente.

-¿Cree que algún día volverá a ser la que era?

-Eso es muy difícil de predecir. Su suegra está teniendo los mejores cuidados médicos, de eso puede estar segura, pero la mente humana es un enorme misterio. Nadie sabe a ciencia cierta qué está pasando por su cabeza ni de qué depende que un día algo se ilumine en su cerebro y se recupere por completo.

-También me preocupa Marta, mi cuñada. No parece estar superando la pérdida de su hermano.

-Tiene razón, y creo que ella también está recibiendo toda la ayuda que necesita, aunque quizá debería poner un poco más de su parte. En fin, cada uno precisa de un tiempo diferente para pasar página.

-Es cierto. Si no supone ponerla en un compromiso, quisiera dejarle mi número de teléfono y que me avisara si cualquiera de las dos necesitara mi ayuda o mi presencia. Sin mi marido, son la única familia que me queda.

-No es ninguna molestia. La avisaré si se produce algún cambio en el estado de la señora o si la señorita la necesita.

Mientras hablaba comenzó a ponerse una chaqueta azul, preparándose para marcharse. Recogió con eficacia los restos de la cena, que llevó a la cocina, y metió los medicamentos en el cajón de la mesita junto a la cama de Ana Martelo. Guardó el libro en el bolso, comprobó que la anciana dormía profundamente y se despidió hasta el día siguiente.

-¡Espere, por favor! -Un repentino impulso llevó a Irene a cambiar súbitamente sus planes-. Bajaré con usted, aquí ya no me necesitan.

Recogió su bolso del salón bajo la complaciente mirada de la enfermera, que la esperaba junto a la puerta del piso. Bajaron en el ascensor charlando de cuestiones intrascendentes y, una vez en la calle, Irene se detuvo un momento, como si dudara de la dirección que debía tomar. Cuando la enfermera giró a la derecha, hacia el barrio de Iturrama, Irene miró las luces que brillaban a su izquierda.

-Volveré a casa dando un paseo, hace una noche estupenda. -Es cierto. Que descanse, espero verla pronto.

-Seguro que sí. No olvide que tiene mi teléfono para cualquier cosa que necesite. Se sonrieron mutuamente y se despidieron con una inclinación de cabeza. La Vuelta del Castillo describe una suave curva en el borde del extenso parque que le da nombre. Irene caminó despacio hasta que, tres portales más allá, se detuvo y miró hacia atrás. No vio ni rastro de la enfermera, que seguramente habría doblado la esquina en la primera calle. Dio media vuelta y regresó sobre sus pasos, atenta a cualquier rastro de la mujer. Alcanzó el portal sin contratiempos y sin cruzarse con nadie. Abrió con sus propias llaves y entró con rapidez. La luz del portal se había apagado, pero prefirió no pulsar el interruptor. Llegó al ascensor y subió de nuevo hasta el piso de los Bilbao. Estuvo a punto de llamar a la puerta, la fuerza de la costumbre, pero utilizó la llave y entró sin hacer ruido.

Sentía el pulso martilleándole en la garganta. Respiraba agitadamente y se notaba húmeda de sudor. Se dirigió de nuevo a la sala, en esos momentos desierta. Buscó a su cuñada en el amplio salón y en la cocina, pero no la encontró. Caminaba ya hacia su habitación cuando escuchó el sonido de la ducha. Irene apenas dudó un segundo antes de entrar como una exhalación en la habitación de Marta y abrir el cajón de su mesita de noche. Como sospechaba, encontró varias cajas de medicamentos. Cogió el lorazepam, el valium y los potentes somníferos que el psiquiatra le había recetado y luego fue a la cocina. Machacó en el mortero unas veinte pastillas hasta reducirlas a polvo. Abrió la nevera y observó su contenido: yogures, un poco de queso, huevos, fruta, un tarro de miel, manzanas, tomates y un buen número de recipientes con comida ya preparada. Eligió dos huevos y buscó una lata de atún en el armario. Sacó una sartén, encendió la vitrocerámica, añadió un poco de aceite y batió rápidamente los huevos. Todavía podía oír el sonido de la ducha, amortiguado por la distancia. Añadió el atún al huevo y vertió la mezcla en la sartén humeante. Removió con suavidad y cuando el huevo comenzó a cuajar, añadió el contenido del mortero. El polvo blanco se mezcló con el huevo y el atún. Irene desconocía si el sabor de la conserva sería suficiente para camuflar el de las pastillas, así que añadió un puñado de perejil y orégano que encontró entre las especias. Con la tortilla ya en un plato, envolvió el mortero en una bolsa de plástico y lo escondió en su bolso.

Sudaba copiosamente cuando terminó de cocinar. Abrió de nuevo la nevera y sacó dos latas de Coca-Cola. Sirvió la cena en una pequeña bandeja y se dirigió a la habitación de Marta. Hacía un par de minutos que el ruido de la ducha había cesado e Irene calculó que la joven no tardaría en salir del baño. Dejó la bandeja sobre la mesa que su cuñada utilizaba cuando se llevaba trabajo a casa, y esperó. La habitación estaba sumamente ordenada y recogida. No había nada fuera de su sitio y parecía que los adornos se habían escogido con sumo cuidado para que todo combinara con el conjunto. El resultado, sin embargo, era frío e impersonal. La habitación más parecía el decorado de un catálogo de decoración que el dormitorio de una persona con gustos propios. Los tonos grises predominaban en el conjunto, desde el más oscuro del cabezal de la gran cama hasta los más claros de los muebles, pasando por el gris perla de la colcha y la suave alfombra, y el gris tiburón de los cojines que descansaban sobre la cama. Solo los libros de la estantería rompían con la monotonía cromática. Los lomos rojos, azules, marrones, negros y blancos iluminaban la estancia bajo la suave luz de los focos encastrados del techo. Sobre la cama, un enorme cuadro con un paisaje neoyorquino apenas esbozado con tinta negra y roja daba el contrapunto a la sobriedad general.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no oyó la puerta del baño al abrirse. Las dos mujeres se sobresaltaron al encontrarse en la habitación. Irene, sentada al borde de la cama, se levantó de un salto y se acercó a la mesa sin que su cuñada le quitara la vista de encima.

-¿Querías algo? Pensaba que te irías con la enfermera. -La frialdad de Marta le provocó un estremecimiento y no pudo evitar dar un paso hacia atrás, como si estuviera poniéndose a cubierto.

-Bueno, tenía tiempo libre, así que me quedé unos minutos para saludarte y preguntarte qué tal estás.

Irene se dio cuenta de que su cuñada miraba la bandeja que descansaba sobre la mesa con una mezcla de sorpresa y asco.

-He hecho una tortilla de atún, así no tienes que cocinar esta noche. Si no te gusta, la puedes tirar, no pasa nada. También he traído un par de Coca-Colas, pero si lo prefieres, te dejo sola. -Irene bajó de nuevo la mirada,

esperando la reacción de su cuñada, que seguía guardando silencio-. Aunque yo no sea de tu agrado, ahora sois lo único que tengo. Ana es como mi madre, y estoy muy preocupada por ella.

Ahora fue Marta quien bajó la vista y pareció recorrer con la mirada cada fibra de la alfombra. Un silencio agónico se extendió entre ellas.

-Sigo pensando que hubo algo más en la muerte de Marcos. No fue un accidente, y voy a intentar que la policía investigue un poco. Quizá encuentren algo entre los escombros. Si preguntan, tal vez hallen un testigo, alguien que viera algo, una persona entrando o saliendo de tu casa... -Marta habló en voz baja y contundente, como una niña empeñada en tener la razón. Le preguntaran lo que le preguntasen, siempre daría la misma respuesta.

-Si quieres, te acompañaré a comisaría.

Por primera vez en mucho tiempo, Marta sonrió a su cuñada. Enderezó la espalda y se le iluminaron los ojos. De nuevo tenía algo por lo que levantarse cada mañana.

-Gracias. Había pensado ir mañana mismo, no hay motivo para retrasarlo. -Se giró hacia la mesa y estudió el contenido de la bandeja. El olor del orégano impregnaba el aire del dormitorio-. ¡Realmente tengo hambre! ¿Quieres un poco de tortilla?

-He picado algo mientras cocinaba y no tengo hambre. Cómela tú, espero que te guste.

Irene abrió su lata de Coca-Cola y bebió un largo trago mientras observaba en silencio cómo su cuñada engullía grandes trozos de tortilla. Si notó algún sabor extraño, no dijo nada. No quería ofender a Irene ahora que había encontrado en ella una inesperada aliada. Acompañaba la cena con breves sorbos de su propio refresco y con pequeños trozos de pan que se metía en la boca distraídamente, como si su mente estuviera muy lejos de esa habitación. Apenas quedaban dos pedazos de tortilla en el plato cuando alargó la mano y sacó de la mesita de noche las píldoras que tomaba antes de acostarse. Las miró durante unos segundos y volvió a dejarlas al fondo del

cajón. El corazón de Irene perdió un latido. Sin embargo, Marta no pareció darse cuenta de que las sombras de su cajón contenían tres cajas menos de medicamentos.

-Creo que tomo demasiadas pastillas, me hacen sentir amodorrada e insegura -dijo mientras cerraba con fuerza el cajón-. El psiquiatra dice que no debo dejarlas de momento, pero creo que esta noche voy a intentar dormir sin ayuda química.

Miró a su cuñada con los ojos vidriosos y somnolientos. Los fármacos que había ingerido junto a la cena comenzaban a hacer efecto. Marta no pudo evitar que sus pestañas se interpusieran entre su mente y la luz. La habitación le daba vueltas y una nauseabunda arcada subió hasta su garganta, para nuevamente descender antes de que fuera consciente de lo que le estaba pasando. Consiguió enfocar la mirada. Tenía los labios secos y la lengua parecía haber engordado de manera extraña.

-Necesito saber qué pasó, y no entendía que tú no quisieras lo mismo..., que te conformaras con la pobre explicación de los bomberos y la policía. Mi hermano... te adoraba, hubiera dado su vida por ti.

Su voz sonó entrecortada y pastosa. Le costaba articular las palabras y movía la cabeza a un lado y a otro, mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos.

-Me duele mucho el estómago, creo que... la tortilla no me ha sentado bien.

-Será mejor que te acuestes. Yo te ayudaré.

Marta se retorció doblándose sobre sí misma con los brazos alrededor del vientre. Tenía calambres en las piernas y un fuerte dolor abdominal que le subía hasta el pecho, dificultándole la respiración. Además, sentía la cabeza turbia, le costaba centrar la atención y todo le daba vueltas. Irene la acostó con cuidado e intentó tajarla con una manta, pero Marta la apartó de un manotazo.

-Se te pasará pronto, intenta relajarte.

Luego acercó la silla a la cama y se sentó junto a la joven. Pensó en marcharse, pero sus pies se negaron a obedecer. No podía dejarla sola en medio de ese sufrimiento. Realmente esperaba que el dolor pasara pronto. Había leído que esa fase duraba unos minutos y que, después, se sumiría en una somnolencia cada vez mayor, hasta llegar a la inconsciencia y, finalmente, a la muerte.

Marta continuó retorciéndose y gimiendo durante casi un cuarto de hora, un tiempo que a Irene le pareció eterno. Poco a poco, la joven se fue calmando. Los calambres dejaron paso a una lasitud extrema. Mover los brazos o las piernas le suponía un tremendo esfuerzo, así que pronto desistió de taparse y se dejó mecer por el profundo sueño que la embargaba. Sintió que Irene la cubría con la manta y agradeció el gesto de su cuñada. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para poder hablar.

-Mañana buscaremos la verdad. Quiero saber qué pasó... Irene sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y no pudo callar más.

-Yo puedo contártelo...

-Sí... por... fav...

Marta cerró los ojos sin terminar la frase, pero su pecho todavía se movía, arriba y abajo, con una lenta cadencia. Acostada de lado, con las rodillas juntas y los pies perfectamente alineados, la joven semejaba una niña pequeña. Pálida, con los labios entreabiertos para intentar capturar un poco de aire y el pelo pulcramente ordenado sobre la almohada, se esforzó por concentrarse en la voz de Irene, que le llegaba cada vez más lejana, difuminada por otros sonidos nuevos, pequeños crujidos y largos estertores que nunca llegó a saber que procedían de su propio cuerpo.

-Un día antes del incendio -comenzó a decir con un hilo de voz- regresé a casa como siempre, poco antes de las nueve de la noche. Marcos estaba borracho. Tampoco eso era inusual. Me esperaba en el salón, sentado en el sofá. Miraba la televisión, a pesar de que estaba apagada. Lo saludé, pero no dijo nada. Decidí ignorarle, pensé que sería lo mejor, y me dirigí al baño. Me estaba desnudando para darme una ducha cuando él entró. -Irene levantó la vista y miró a Marta. Su cuñada no se movía, pero seguía respirando.

Esperaba que todavía pudiera oírlo-. Llevaba algo en las manos, pero no pude verlo porque las ocultaba detrás de la espalda. Le pedí que saliera. En lugar de eso, se quedó de pie junto a la puerta, disfrutando de mi desnudez. Me sentí pequeña, sucia, indefensa... Intenté coger una toalla para taparme, pero me la arrebató de un tirón. Comenzó a reírse y me dijo que lo sabía todo, que sabía que yo tenía un lío por ahí, que me habían visto salir de un hotel con un hombre. ¡Era mentira, yo nunca he estado con nadie! Intenté decírselo, pero no me escuchó. Gritaba y gritaba, me insultaba sin cesar... Me dijo cosas horribles. Y yo seguía allí, desnuda en mitad del baño, muerta de miedo, sin poder salir porque él estaba en la puerta. -En ese momento, Irene sintió de nuevo en sus huesos el mismo pánico que la inundó entonces. Irguió los hombros con fuerza para controlar el temblor y cruzó los brazos sobre el pecho, impidiendo que el miedo se adueñara de su cuerpo-. Cuando descubrió sus manos pude ver lo que escondía: una bolsa de plástico. Al principio no supe qué se proponía y aprovechó mi desconcierto para saltar sobre mí y cubrirme la cabeza con la bolsa. ¡Iba a matarme! Luché con todas mis fuerzas, pero la rabia le daba la ventaja de la fuerza a pesar de estar borracho. El aire se me acababa, no podía moverme, ni pensar. Solo podía ver el plástico blancuzco robándome el aire, y la sombra grotesca de su cara al otro lado. Casi podría jurar que sonreía mientras me asfixiaba. Lloré, grité, supliqué..., pero él seguía sosteniendo la bolsa alrededor de mi cabeza. El plástico se pegaba a mi cara. Cada vez que intentaba respirar, la trampa se ceñía más y más a mi piel. Lo oía gruñir al otro lado, sabía que no podría mantener el esfuerzo durante mucho tiempo más. Cuando apenas me quedaba aire en los pulmones, decidí que mi única posibilidad era intentar engañarle. Aspiré todo el aire que quedaba en el interior de la bolsa, que ya se había convertido en parte de mi rostro, y me dejé caer. Aflojé los brazos, doblé las piernas y aguanté la respiración. Unos segundos después, Marcos me soltó. Pensó que estaba muerta. Por suerte, estaba lo suficientemente borracho como para olvidarse de comprobar si mi corazón seguía latiendo. Me golpeé la cabeza al caer, pero no grité ni me moví un solo centímetro. Me desplomé contra la pared y la mano quedó sobre mi cuello, lo que me permitió, muy despacio, abrir un pequeño hueco en la bolsa. Esperé su reacción. No sabía qué iba a hacer. ¿Y si se quedaba allí? ¿Y si volvía con un cuchillo para acabar el trabajo? -Las lágrimas y la angustia apagaron su voz unos instantes-. Un minuto después, Marcos salió del cuarto de baño. Le oí alejarse por el pasillo y me pareció que entraba en la cocina. Pensé en el cuchillo, así

que me levanté de un salto, me arranqué la bolsa de la cabeza y corrí a la habitación sin hacer el menor ruido. Me dolía horriblemente el cuello y la cabeza, y las piernas apenas me respondían, pero supe en todo momento que, si no corría, moriría ese mismo día. Marcos se entretuvo en la cocina. Creo que se sirvió una copa más. Me encerré en mi habitación, me vestí en un suspiro y salí al jardín por la ventana de mi dormitorio. Cuando corría hacia la puerta de la calle oí a Marcos gritar mi nombre. Me estaba buscando como un loco. Corrí hasta mi coche y salí de allí lo más rápido que pude. Pasé la noche en un hotel. Ni siquiera encendí el móvil ni fui a mi despacho, por si venía a buscarme, aunque ahora dudo que pudiera moverse del sofá. Me pasé la noche llorando, consciente de que, aunque había conseguido salir con vida, ese solo había sido el primer asalto, y estaba segura de que Marcos ganaría el siguiente. Estaba muerta.

Durante todo el tiempo que estuvo hablando, Irene no dejó de mirar a Marta. Su pecho apenas se movía. Alargó la mano y le retiró con cuidado un mechón de pelo de la cara. Parecía estar dormida. Una vez más, la imagen de su cuñada le recordó a una niña. Una niña que nunca despertaría. Cerró los ojos y siguió recordando y hablando. Se sentía serena, tranquila, agradecida por tener la oportunidad de confesarse en voz alta.

-En la habitación del hotel alguien había dejado un periódico atrasado. Lo hojeé para intentar pensar en otra cosa. Me llamó la atención una noticia sobre la muerte de un anciano en un incendio que había provocado él mismo al quedarse dormido en la cama mientras fumaba un cigarrillo. Comprendí que tenía la solución ante mis ojos. Dedicué el resto de la noche a planear mis siguientes movimientos.

Se levantó de la silla y comenzó a pasear por el dormitorio. La inmóvil presencia de Marta había dejado de incomodarle.

-Por la mañana, pagué en efectivo y abandoné el hotel. Ni siquiera desayuné. Entré en un estanco y compré una cajetilla de tabaco y un mechero. Recordé que en casa tenía un juego de ceniceros de metal que alguien nos regaló una vez. El día pasó muy despacio. Me sobresaltaba a cada momento, todos los ruidos eran los pasos de Marcos corriendo detrás de mí, alcanzándome; incluso me pareció verlo varias veces a lo largo de la jornada, acechándome desde las sombras, avisándome una vez más de que mi suerte

estaba echada. Decidí regresar pronto a casa y esperar a Marcos. Me senté en la cocina, cerca de los cuchillos, por si su primera reacción al verme era atacarme de nuevo, pero no sucedió así. Entró, me miró con el odio grabado en sus ojos, cogió su botella de ron y se fue al dormitorio. Esperé hasta que se durmió, otra vez completamente borracho, y entré en la habitación para prepararlo todo. Encendí un cigarrillo y lo dejé directamente sobre la cama. La colcha prendió enseguida. Coloqué el cenicero, dejé el tabaco y el mechero en la mesita de noche, salí y cerré la puerta. No había marcha atrás, como no la hay ahora. Lo siento, Marta, lo siento muchísimo. -Las lágrimas corrían sin control por sus mejillas-. Hay preguntas que no se deben formular nunca, y tú ibas a hacer demasiadas. Perdóname..., perdóname...

Hacía varios minutos que Marta ya no respiraba. Le hubiera gustado arrodillarse junto a la cama y abrazarla, mecerla entre sus brazos, pero no lo hizo. En lugar de eso, irguió la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Colocó la silla en su sitio, junto a la mesa de estudio, y se arrodilló para acariciar la alfombra, que poco a poco recuperó su aspecto suave y uniforme. Recogió meticulosamente las migas de pan que habían caído sobre la mesa y el suelo, se llevó a la cocina la bandeja con los restos de la cena y los fregó a conciencia. Dejó que el agua caliente corriera entre sus dedos, llevándose a su paso la suciedad que los cubría. No podía apartar la mirada del remolino que la espuma formaba alrededor del desagüe. Se concentró en expulsar de su mente cualquier pensamiento, esforzándose por ahuyentar las imágenes y los sentimientos que solo la conducirían a la ruina. Pronto sintió el corazón vacío, ninguna emoción la embargaba en esos momentos. Mientras esperaba, sentada en la habitación de Marta, temió no ser capaz de mantenerse inmóvil mientras conducía a su cuñada hacia su propia muerte, pero no había sido tan difícil como suponía. Parpadeó cuando el borboteo del agua deslizándose por el sumidero la sacó de su ensimismamiento. Se concentró en pasar el estropajo por todos los recovecos del tenedor. Secó concienzudamente el plato y los cubiertos y los guardó, asegurándose de que el que había utilizado quedara en medio de la pila de platos del armario. Hizo lo mismo con el tenedor y el cuchillo, que se perdieron entre el resto de los cubiertos del cajón. Vació las latas de Coca-Cola en el fregadero y guardó la suya en su bolso. Limpió también la sartén y la vitrocerámica, recogió las pequeñas salpicaduras de huevo batido de la reluciente superficie oscura, dobló con esmero el trapo de cocina y lo colgó detrás de la puerta, junto a un

inmaculado delantal blanco y verde con aspecto de ser poco más que un accesorio inútil. Cuando hubo terminado, revisó minuciosamente toda la cocina para comprobar que no quedara ningún rastro de su paso por allí. Observó sus manos ir de aquí para allá, sobrevolando la brillante superficie de la cocina, y se sorprendió de que fueran capaces de moverse a pesar de que su cerebro no les estaba enviando ninguna orden. Sin embargo, su propio reflejo en la puerta gris metalizada del frigorífico la convenció de que era ella quien en ese momento abría la puerta de la cocina y salía al pasillo.

Regresó a la habitación de Marta. Abrió de nuevo el cajón de la mesita de noche y revisó las cajas de medicamentos que todavía quedaban en su interior. Colocó los envases vacíos sobre la mesita y dejó a su lado la lata de refresco vacía. Todo parecía en orden. No pudo evitar el impulso de agacharse sobre la cama y recomponer la delicada sábana alrededor del cuerpo sin vida de Marta. La arropó con cuidado, como si temiera despertarla, y se despidió de ella en silencio, encendiendo la pequeña bombilla de la lamparita, que iluminó con un cálido tono dorado la tez pálida de la joven. Salía de la habitación, lista para marcharse, cuando percibió una tenue luz procedente de la habitación de Ana Martelo. Fue hacia allí despacio, esperando encontrarse con la mirada acusadora de su suegra, pero solo distinguió a una anciana durmiendo, sumida en sus propios sueños y ajena para siempre a lo que sucedía a su alrededor. Su corazón permaneció mudo mientras contemplaba a la mujer que durante los últimos años había sido como una madre para ella. Su respiración era tan somera que apenas conseguía alzar el pecho con cada breve inspiración, y sus brazos descansaban lánguidos a ambos lados del cuerpo, perfectamente arropado. En la silla que durante el día ocupaba la enfermera, descansaban ahora dos gruesos almohadones blancos. Las manos de Irene cogieron uno de ellos y lo acercaron a su nariz. Aspiró el aroma que desprendía la tela de algodón. Le llegó un leve olor a suavizante, mezclado con el del champú con el que la enfermera le lavaba el pelo a Ana Martelo. Esperaba que esas fragancias despertaran en ella algún tipo de sentimiento, pero no fue así. Su mente se mantenía tan fría como su corazón. Sin apenas pensar en lo que estaba haciendo, acercó el almohadón a la cara de su suegra. Lo aproximó despacio, avanzando centímetro a centímetro, hasta que sintió el rostro de la anciana presionado contra el blanco algodón. Empujó levemente, un poco, y luego otro poco más. ¿Qué pasaría si Ana moría la misma noche que su hija? Para

ella sería el final perfecto a un capítulo de su vida que ya estaba durando demasiado, pero no sería sencillo explicar semejante coincidencia. Dejó de ejercer presión sobre la cara de la mujer, que no se había movido ni un centímetro en todo ese tiempo. Retiró despacio el almohadón hasta encontrarse con los azules ojos de Ana, dos lagos inmensamente abiertos, fijos en algún punto del techo. Se retiró de un salto, ahora sí, con el corazón latiéndole al doble de su velocidad habitual, y esperó en silencio, junto a la cama, que su suegra mostrara algún signo de vida. La anciana, sin embargo, continuó inmóvil. Irene acercó sus dedos temblorosos a la cara de Ana Martelo y le cerró despacio los párpados. No encontró ninguna resistencia, y la anciana recuperó el plácido aspecto con el que la había encontrado. La besó suavemente en la frente y le arregló el embozo. Le lanzó una sonrisa muda y un último beso antes de cerrar la puerta, que quedó flotando en el aire viciado de la habitación.

El ascensor no tardó demasiado en llegar y en pocos minutos estaba en la calle. La noche era fresca, pero no lo suficiente para parecer fría. Por el contrario, los pamploneses agradecían la suave brisa nocturna después del calor sofocante del día, y a pesar de lo avanzado de la hora, eran muchas las personas que paseaban o charlaban en pequeños grupos en el cercano césped de la Vuelta del Castillo. Nadie se fijó en ella en su camino de regreso al despacho. Andaba despacio, con la mente en blanco, apenas atenta a las personas con las que se cruzaba para no chocar con ellas. Se sentó en uno de los bancos y sacó el teléfono móvil del bolso. Mientras lo buscaba, su mano se topó con el mortero y la lata de Coca-Cola. Se levantó de nuevo y los arrojó en el cercano contenedor de basura, asegurándose antes de que el nudo que sellaba la pequeña bolsa de plástico que los contenía estuviera perfectamente cerrado. De nuevo en el banco, buscó en la agenda del móvil el número de David y pulsó el icono de llamada. Él respondió al segundo todo. Su voz sonaba alegre, parecía contento de escuchar su voz.

-¡Hola, mi vida! ¿Cómo estás?

-Bien, un poco cansada. Acabo de salir de casa de mi suegra.

-¿Qué tal están? -No muy bien. Ana es como una muñeca, se mueve, come y duerme, pero no habla ni reacciona a ningún estímulo. Es como si no estuviera aquí. Una enfermera la atiende durante todo el día, pero me ha dado

una pena enorme verla así.

-Lo siento mucho... Cuánto me gustaría poder abrazarte.

-Y a mí también, créeme. Te necesito más que nunca.

-Puedo estar contigo en menos de media hora.

-Prefiero estar sola un rato, si no te importa. No me siento muy bien y necesito reflexionar y descansar. Podemos vernos mañana.

-Tengo el día libre, ¿recuerdas? Podemos hacer algo juntos.

-Eso suena fantástico.

-¿Qué tal está tu cuñada? ¿Te ha tratado bien esta vez?

La imagen de Marta tumbada en la cama retorciéndose de dolor la asaltó de pronto. Tuvo que respirar profundamente antes de poder responder.

-Bueno, la verdad es que ha sido más amable que en otras ocasiones, pero me preocupa mucho su estado.

-¿Por qué?

-Está muy deprimida, hundida... Tan pronto habla como se queda en silencio, con la mirada perdida y sumida en sus propios pensamientos. No sé... Está visitando a un psiquiatra y toma la medicación que le ha recetado, así que imagino que pronto estará mejor.

-Seguro que sí, no te preocupes.

-Volveré a visitarlas dentro de unos días. Y a ti, te veo mañana. Prepararemos un plan estupendo, ¿de acuerdo?

-Mi único plan es pegarme a ti y no separarme de tu lado en todo el día. Te echo muchísimo de menos.

-Yo también. Te quiero. Mañana hablamos.

-Te quiero. Buenas noches, mi amor.

-Buenas noches.

Guardó el teléfono y se dirigió a su casa con paso decidido. Pero no era ella la que caminaba, no era Irene Ochoa la que dejaba tras de sí a una joven muerta en su cama. Esa Irene murió varias semanas atrás en un incendio. La que ahora avanzaba a través de la noche era otra mujer, una completa desconocida que se había apoderado de su cuerpo y de su mente, y que la había convertido en una asesina. ¿Cuándo había cruzado la línea invisible que separaba su vida anterior de la actual? ¿De dónde había salido la determinación de matar, la certeza de que no existía otro camino por el que transitar? Buceó en su interior, analizando sus sentimientos más profundos, pero no encontró remordimientos ni culpa. Miedo sí. El miedo seguía instalado en sus entrañas, como un tumor maligno e incurable que avanzaría día a día hasta acabar con su vida. Una sensación de urgencia se apoderó de ella, aunque se debía más bien a su recién activado instinto de supervivencia, que la urgía a caminar más rápido para alejarse de allí antes de que alguien la viera. Se repetía una y otra vez que no había podido evitarlo. Sin saber cómo, una cosa llevó a la otra, una muerte a la siguiente.

Durmió mal esa noche, pero no por las pesadillas que tanto temía y que finalmente no se presentaron, sino porque se había acostumbrado a compartir el reducido espacio de su sofá cama con David y añoraba su presencia. Cuando se levantó, tardó unos minutos en acordarse de lo ocurrido la tarde anterior. Sentada en el borde de la cama, los recuerdos la asaltaron con fuerza. Rememoró el dolor de Marta, la palidez de sus mejillas cuando se marchó, incluso el olor de la tortilla en la cocina. Ante sus ojos se presentó también la mirada perdida de Ana Martelo, emergiendo bajo un blanco almohadón. Ya no era la mujer impassible que abandonó sin mirar atrás el hogar de los Bilbao, sino un ser sorprendido por sus propios actos. Jamás, ni en el peor de sus sueños, imaginó que un día sería capaz de quitarle la vida a otra persona. Y sin embargo, la propia vida la había colocado en una situación tan insostenible que en pocas semanas había matado a dos seres

humanos. Buscó el remordimiento en su interior, pero una vez más solo encontró tristeza, una pena inmensa por los muertos y por ella misma, que viviría con ellos el resto de sus días.

El timbre de la puerta la sacó de su ensimismamiento y la obligó a levantarse apresuradamente. Todavía sobresaltada, se dirigió a la entrada. Sonrió al escuchar a David silbar una canción al otro lado de la puerta. La música era un arma poderosa contra la tristeza. Abrió y se echó en sus brazos casi al mismo tiempo. David, sorprendido, estuvo a punto de caer hacia atrás, pero recuperó el equilibrio en un segundo y la abrazó con fuerza. La bolsa que colgaba de su mano se balanceaba de un lado a otro.

-He parado en el Churrero de Lerín. Olía tan bien que no he podido resistir la tentación.

-¡Estupendo! Todavía no he desayunado.

-Voy a preparar un café antes de que se enfríen los churros. Luego, podemos hacer lo que quieras.

Lo abrazó y besó con toda su alma. De un plumazo desaparecieron la tristeza, la pena, el miedo y el remordimiento. Todo merecería la pena si la recompensa era disfrutar un minuto más de esta felicidad.

Toda la casa olía a café cuando salió de la ducha. David la esperaba en la pequeña cocina con las tazas preparadas y los churros todavía en su envoltorio de papel, brillante de grasa y salpicado por centenares de granos de azúcar.

Se sentaron ante la mesa y dieron buena cuenta del desayuno casi sin hablar. La docena de churros desapareció como por ensalmo y, después, tomaron el café recostados en las sillas, con una sensación de plenitud y saciedad que les hacía sonreír a cada trago.

Recogieron juntos la cocina y decidieron dar un paseo por el Robledal de Orgi, un fantástico bosque a poco más de veinte kilómetros de Pamplona que les brindaría la posibilidad de escapar del calor de la ciudad y disfrutar el uno del otro en medio de la naturaleza. Irene preparó un par de bocadillos con

el fiambre que quedaba en el frigorífico, y David metió agua y refrescos en una pequeña mochila refrigerada. Antes de salir, Irene dejó disimuladamente su teléfono móvil sobre la cama, casi tapado por una chaqueta. Prefería no llevarlo y disfrutar al máximo de la mañana. Quién sabe cuándo podría volver a hacerlo. La mano le tembló ligeramente al deshacerse del aparato, pero consiguió controlarse y se dirigió resuelta hacia la puerta, donde David la esperaba con una amplia sonrisa. El paso que la hubiera sacado de casa se vio interrumpido por un sonido vibrante. La conocida canción que utilizaba como tono de llamada casi paralizó su corazón.

-¿Es tu móvil? ¿No lo llevas encima?

-Parece que no, ¿dónde me lo he dejado?

Irene disimuló su sobresalto y se dirigió rápidamente al origen de la melodía. Llegó hasta la cama justo cuando el teléfono dejó de sonar.

-Vaya, quien sea me ha colgado. -No había terminado de hablar cuando el móvil comenzó a vibrar en la palma de su mano y a lanzar de nuevo la pegadiza tonadilla que un día le pareció estupenda pero que hoy odiaba profundamente-. ¿Sí?... Sí, soy yo. ¿Quién es usted? -Irene palideció mientras las palabras que surgían del teléfono viajaban hasta su cerebro. Sintió la mano de David sobre su brazo, pero no pudo volverse para mirarlo-. Voy enseguida.

Mantuvo el auricular pegado a la oreja a pesar de que la comunicación ya se había cortado. Era incapaz de explicar lo que estaba ocurriéndole. A pesar de que esperaba la llamada, su cerebro se había alejado de la situación hasta convertirla en una espectadora, convenciéndola de que ella no tenía nada que ver con lo que acababan de contarle. Pensó que, seguramente, se estaba volviendo loca y que su mente comenzaba a navegar a la deriva. Las manos de David sobre sus hombros la hicieron volver a la realidad. Cerró el móvil y lo guardó en el bolso. Su cuerpo reaccionaba muy lentamente, no conseguía imprimir velocidad a sus acciones.

-Era la policía. La enfermera ha encontrado esta mañana a Marta en su cama, muerta.

Tengo que ir...

-Te acompaño.

-Puede ser una situación embarazosa para ti, ha llamado a la policía, habrá compañeros tuyos. -Irene, voy contigo, no te dejaré sola en un momento como este.

Subieron a un taxi en la cercana calle Duque de Ahumada y se dirigieron hacia la Vuelta del Castillo. A pesar de que el calor comenzaba a ser sofocante, Irene temblaba como una hoja sacudida por el viento. David la atrajo hacia sí con un brazo y ella se pegó a su cuerpo, absorbiendo su calor y compartiendo de alguna manera con él parte de su dolor.

Irene se identificó ante el agente apostado en la puerta del domicilio de los Bilbao. No hizo falta que David dijera quién era. Todo el mundo lo reconoció en el acto y no le pasaron desapercibidas varias expresiones de sorpresa, bocas abiertas, ojos como platos y alguna sonrisa maliciosa, aunque nadie dijo ni una palabra. Los comentarios, no siempre bienintencionados, llegarían más tarde, cuando la patrulla estuviera de vuelta en comisaría. A partir del día siguiente tendría que aguantar los cotilleos de sus compañeros y más de una broma, pero ahora no estaba de humor para pensar en eso.

El oficial al mando era el inspector Redondo, un policía vocacional que no había perdido ni un ápice de entusiasmo por su profesión desde que salió de la academia. El inspector no hacía en absoluto honor a su apellido. Era un hombre alto y muy delgado, hasta el punto de que su fino esqueleto se marcaba claramente en la mayor parte de su cuerpo. Su afilado rostro reflejó la profunda sorpresa que sintió al ver aparecer a David acompañando al familiar al que habían telefoneado hacía un rato.

-Vázquez, ¿te han avisado a ti también?

-No, vengo en calidad de acompañante. La señora Ochoa y yo somos amigos desde hace algún tiempo. Estaba con ella cuando la han llamado y he pensado que sería mejor no dejarla sola en estas circunstancias. ¿Qué ha ocurrido?

-La enfermera ha venido a las nueve de la mañana, como todos los días. Llamó al timbre porque sabía que la señorita Bilbao estaría en casa, pero al no responder ha utilizado sus propias llaves. Entró en la habitación de la señora Martelo, la atendió como todas las mañanas y, después, se ha dirigido a la habitación de la joven, convencida de que habría salido temprano. Llamó a la puerta, que estaba cerrada, y al no obtener respuesta ha entrado. La ha encontrado acostada en la cama, muerta.

-¿Conocemos las causas?

-A falta del informe del forense, los técnicos apuntan la posibilidad de un suicidio. Hemos encontrado varios envases de pastillas sobre la mesita de noche. -En este punto, el inspector Redondo miró por primera vez a Irene. Una expresión de sincera admiración recorrió su rostro y no pudo evitar echar un vistazo de reojo a Vázquez, que seguía junto a la mujer, acariciándole distraídamente la espalda-. Señora, ¿cuándo fue la última vez que vio a Marta Bilbao?

-Ayer mismo. Vengo a visitarlas de vez en cuando y ayer me acerqué después de trabajar. Marta vino a verme por la mañana y la noté un poco extraña.

-¿En qué sentido?

-Hablabla entrecortadamente y decía frases inconexas. Me contó que estaba viendo a un psiquiatra y tomando una medicación un poco fuerte. Dormía mal y estaba muy preocupada por su madre.

-¿Por qué motivo fue a verla a usted?

-Por algo relacionado con el seguro de mi marido, nada importante, pero son cosas que hay que solucionar y firmar en un plazo de tiempo muy concreto. Por la tarde vine a su casa. Charlé unos minutos con Marta. Su estado era similar al de la mañana, le costaba fijar la mirada y dejaba las frases inconclusas. Cuando me dijo que quería ducharse y acostarse temprano, me despedí de ella y me dirigí a la salita para ver a mi suegra. Una enfermera intentaba darle la cena. Hablamos unos minutos, la ayudé a acostarla y me marché al mismo tiempo que ella. Si hubiera sospechado que

Marta pensaba...

-Tú misma me dijiste ayer que te preocupaba su estado -intervino David-. Esta es la salida que toman algunas personas que no saben o no pueden asumir una pérdida así.

-Marta no tenía a nadie en el mundo más que a su familia. Su padre falleció hace poco tiempo de manera inesperada. Luego, su hermano, mi marido, muere en un incendio y su madre ha perdido completamente la razón. Es imposible asumir algo así. Debí haber estado más cerca de ella.

-Irene, bastante tienes con ocuparte de ti misma, tú también estás sola en el mundo.

-No del todo, no tanto como ella.

El inspector Redondo sintió la incomodidad que embarga a las personas que se saben de más en una escena. Tuvo la tentación de dar unos pasos hacia atrás y alejarse de una conversación que se estaba volviendo demasiado personal, pero estaba trabajando y toda información podía ser útil. Además, pensó, estaban hablando de la víctima y de su estado de ánimo horas antes de su muerte, así que se quedó de pie donde estaba, atento a sus palabras. Decidió intervenir cuando los ojos de la mujer comenzaron a brillar por efecto de las lágrimas. No quería que se derrumbase y tener que posponer su charla con ella.

-Señora Ochoa, ¿conocía el nombre del psiquiatra al que iba su cuñada?

-No... pero recuerdo que me comentó que tenía la consulta en la avenida de Carlos III, quizá lo puedan localizar por su dirección.

-Lo haremos así, no se preocupe.

Percibieron movimiento al otro lado del pasillo y una serie de sonidos metálicos procedentes del dormitorio de Marta. Las ruedas chirriantes de la camilla que transportaba el cuerpo de la joven rodaron despacio por la casa, resbalando sobre la pulida madera del suelo y obligando al encargado de la funeraria a inclinarse sobre uno de los costados para enderezar el rumbo. El

estridente sonido se fue alejando poco a poco, hasta desaparecer por completo tras las puertas del ascensor. Algo se rompió en el interior de Irene, que comenzó a llorar desconsoladamente. Las lágrimas y el dolor eran tan sinceros que le sorprendieron a ella misma, pero en esos momentos solo pudo pensar en Marta, envuelta en un saco de plástico negro, camino del tanatorio. Qué triste final para una vida. Un sentimiento de desolación la embargó de la cabeza a los pies, haciéndole difícil respirar e incluso permanecer erguida. Sintió los fuertes brazos de David rodeándola, aunque su voz le llegaba lejana. ¿Qué diferencia habría si fuera ella la que estuviera sobre esa camilla? Ninguna, nadie la echaría de menos y Marta habría podido forjar su propia vida. Quizá lo correcto hubiera sido tomar ella esas pastillas en lugar de dárselas a Marta. ¿Dárselas? ¿Realmente había sido ella? La noche anterior aparecía ante sus ojos como una película, ella sentada en el patio de butacas y las imágenes reflejándose sobre la pantalla.

David la llevó hasta uno de los sofás y la obligó a sentarse. Acto seguido, pidió a uno de los policías que le acercara un vaso de agua de la cocina, a lo que el agente respondió con rapidez. Mientras tanto, el inspector Redondo continuaba en su sitio, de pie en medio del salón, esperando a que el cuerpo de Marta Bilbao abandonara la casa definitivamente y que Irene Ochoa fuera de nuevo capaz de articular palabra. La calma llegó poco a poco, a ella, aunque sentía que todavía quedaban muchas lágrimas en su interior. Miró a David, inmensamente agradecida por su presencia a pesar de lo embarazosa que podía llegar a ser la situación para él. En cuanto a ella, no creía que nadie se interesara lo suficiente por su vida como para comentar sus actuales circunstancias, una viuda joven que no había perdido el tiempo en buscarse un nuevo amante.

Al final consiguió recobrar el sosiego y respirar con normalidad. El inspector Redondo la miraba fijamente, con un ligero atisbo de lástima en sus ojos. David, por su parte, sostenía el vaso de agua para que bebiera un poco más antes de continuar hablando, mientras con la otra mano le acariciaba el brazo, intentando sosegarla. El cálido contacto de sus dedos le transmitió el valor necesario para seguir adelante. Levantó la mirada y se apartó el pelo de la cara, lista para afrontar el siguiente asalto.

-Me gustaría ver a mi suegra, si es posible. Si no me necesita más, por supuesto.

-Estaría bien saber si la joven tenía otros familiares directos, además de su madre. La enfermera la ha identificado sin lugar a dudas, pero sería conveniente que un familiar lo ratificara.

-Claro. En mi agenda tengo los nombres y las direcciones de sus tíos y primos. No son demasiados. Ana Martelo tiene dos hermanas, ambas casadas y con hijos. Mi suegro solo tenía un hermano que se ordenó sacerdote hace muchos años. Tengo todos sus nombres. Si me da un momento, se los anotaré en un papel.

-Se lo agradezco.

Redondo le tendió su propia libreta de notas para que escribiera la información. Sus dedos huesudos eran poco más anchos que el bolígrafo, pero su fragilidad era a todas luces engañosa, a juzgar por la energía que emanaba de aquel hombre, una fuerza que procedía de su carácter y, sobre todo, de su firme resolución. Redondo estaba convencido de que todo en la vida era posible si uno se lo proponía de verdad. De hecho, en su interior pensaba que fue su determinación la que le hizo crecer más de un palmo en un verano, cuando ya todo el mundo pensaba que nunca superaría el metro y medio de estatura. Hoy lo rebasaba en casi treinta centímetros y sabía que fue su decisión de crecer la que impulsó a su cuerpo a «pegar el estirón».

Cuando Irene le devolvió el cuaderno lo revisó brevemente y comprobó que había sido muy meticulosa en sus anotaciones. Cada nombre iba seguido de una dirección, un teléfono y un apunte sobre el parentesco que le unía a la fallecida y a la madre. Era más de lo que esperaba y se lo agradeció con sinceridad. Irene le sonrió levemente y se levantó para dirigirse a la habitación de su suegra. Allí no encontró a la enfermera habitual, sino a otra mujer, de aspecto similar a la anterior, que leía un libro sentada en una silla junto a la cama.

-Buenos días, soy Irene Ochoa, la nuera de Ana Martelo. Creo que no nos conocemos.

-No, no, es la primera vez que atiendo a esta paciente. La señora Olaizola, la enfermera que la cuida a diario, ha sufrido una impresión muy fuerte y en cuanto ha terminado de hablar con la policía ha llamado a la

clínica para que enviaran a alguien que la sustituyera. Yo he llegado hace un rato y ella se ha ido a descansar. ¿Puedo ayudarla en algo?

-Solo quería saber qué tal está la señora Martelo.

-No ha habido cambios en su estado.

-¿Sabe lo que ha ocurrido?

-Nadie se lo ha dicho, ni ha visto el revuelo que hay en el resto de la casa. De todos modos, no creo que se hubiera enterado... Usted me comprende.

-Claro.

Irene se acercó a la cama donde su suegra permanecía recostada. Habían levantado la parte superior de la cama y colocado los blancos almohadones a ambos lados a fin de que Ana se mantuviera mínimamente erguida. Cuando abría los ojos, su mirada no se detenía en ningún punto concreto, sino que sus pupilas vagaban por un horizonte inexistente, cubiertos por la misma niebla que envolvía su mente. De vez en cuando asomaba a sus labios una ligera sonrisa, tan tenue que solo se apreciaba si la miraba fijamente. Al menos, pensó Irene, era feliz en su mundo, y deseó de corazón que Ana Martelo no recobrar nunca la conciencia.

En el salón, David soportaba en silencio las miradas de sus compañeros. Seguramente él hubiera hecho lo mismo en su lugar, pero no por eso se sentía menos incómodo. Paseó despacio delante de la librería, observando los títulos de los volúmenes que llenaban las estanterías; luego se detuvo ante los cuadros que vestían las paredes, bellas reproducciones de famosas obras impresionistas y varias acuarelas originales, firmadas por Armando Bilbao, que provocaban en el espectador la ensoñación de encontrarse a los pies de una playa de arena fina, con la espuma de las olas acariciando los acantilados y las gaviotas revoloteando inquietas alrededor de un diminuto velero que se alejaba en dirección al ocaso. De pronto, la realidad le propinó una bofetada inesperada. Al llegar a un aparador se detuvo a contemplar una serie de fotografías que mostraban gente alegre en momentos especiales de sus vidas. En una de esas imágenes aparecía Irene,

luciendo un precioso vestido blanco, sonriendo radiante mientras un atractivo hombre de pelo oscuro y ojos claros la miraba embelesado. Había otras instantáneas en las que aparecía Irene, varias con su marido, pero ninguna le impresionó tanto como esa. La sostenía entre las manos cuando ella apareció a su lado.

-Fue un bonito día -le dijo-, lástima que todo se torciera después...

-Parece un hombre realmente enamorado, a juzgar por cómo te mira.

-Creo que me quería. Yo también le amaba a él, pero Marcos cambió tanto en tan poco tiempo que a veces, cuando le miraba, me parecía estar viendo a un desconocido. Cuando éramos novios le sorprendía muchas veces mirándome así. Yo le reñía y él me contestaba que me estaba grabando en su memoria, para verme cuando no estuviera a mi lado. De verdad que le quería -tomó la mano de David entre las suyas sin dejar de observar la fotografía, pero no había amor en sus ojos ni siquiera nostalgia-; todo se evaporó muy pronto. Demasiado trabajo, demasiada presión, demasiada bebida... Llegó un momento en que éramos dos perfectos desconocidos. Y entonces llegaron los insultos y, más tarde, los empujones, las patadas... -Las lágrimas le escocían de nuevo en los ojos, enrojecidos e hinchados por tanto dolor a duras penas contenido-. Pero ahora te tengo a ti. No hay adoración, no la necesito. Somos personas reales, no muñecos. No tenemos un pasado común, pero cuando estoy a tu lado tengo la sensación de conocerte desde hace mucho tiempo.

David la abrazó con fuerza, atrayéndola junto a su cuerpo. Cuando Irene desplazó la cabeza hacia su hombro descubrió la afilada figura del inspector Redondo en el umbral. Seguramente habría oído buena parte de la conversación, pero no le importó en absoluto. No le gustaba que se hubiera enterado de los malos tratos sufridos por Irene sin que ella fuera consciente de que la escuchaban, pero ya nada podía hacerse. Al verse descubierto, Redondo dio un paso adelante y cruzó la puerta, colocando su largo cuerpo frente a la pareja.

-Si no la necesitáis más aquí, me gustaría llevarme a la señora Ochoa.

-Por supuesto. Nos ha sido de gran utilidad al facilitarnos las direcciones del resto de la familia.

-Cuando sepan qué ha ocurrido -intervino Irene-, me gustaría mucho saberlo.

-Descuide, señora, la mantendremos informada.

De todos modos, pensó Redondo, iba a ser muy difícil ocultarle nada con Vázquez a su lado. Los miró marcharse, uno al lado del otro, sin tocarse ni hablarse, pero claramente unidos. Giró sobre sus talones y regresó a la habitación de la fallecida. Todo estaba en orden, no había nada fuera de su sitio. La joven debió de seguir su rutina habitual antes de morir. Se quitó la ropa y la dejó pulcramente doblada sobre la silla del rincón. Se puso el pijama, se metió en la cama y puso fin a su vida. Al menos eso era lo que parecía a juzgar por lo que se veía a simple vista. Las personas con las que había hablado hasta el momento, la enfermera de la anciana y la señora Ochoa, confirmaron que Marta estaba atravesando una grave depresión. Visitaba periódicamente a un psiquiatra y tomaba una medicación muy fuerte, que al parecer no habían sido capaces de ayudarla. Los sagaces ojos del inspector Redondo recorrieron una vez más cada rincón de la habitación. Podía imaginar a la joven retorciéndose de dolor antes de quedarse inconsciente. Debió de arrojarse con cuidado cuando cesaron los calambres y llegó, por fin, el duermevela final. ¿Por qué todo el mundo piensa que morir por sobredosis es algo así como viajar hasta el limbo, rodeado de luz y color, hasta alcanzar el sueño eterno? Salió del dormitorio y se dirigió a la cocina, donde los agentes de la científica registraban los cajones, los armarios y la basura. En el cubo abierto vio las cáscaras de varios huevos y una lata de Coca-Cola, además de una servilleta de papel arrugada y varios trozos de pan. Parecían los restos de una cena. Miró en el fregadero y no encontró vajilla sucia. Revisó el lavavajillas, que estaba también vacío. Le sorprendió que la joven hubiera tenido la templanza de hacerse la cena y fregar los platos y la sartén antes de quitarse la vida. Salió de la cocina y continuó su lento recorrido por la casa. Nada le llamaba la atención, absolutamente nada, y eso era algo que no solía ocurrirle. Pero lo que más le preocupaba era la ausencia de una nota de despedida. La práctica totalidad de los suicidas dedican unos minutos a despedirse de sus seres queridos, a justificar su terrible acto, a intentar explicar las circunstancias que les han empujado hasta ese punto sin retorno o, simplemente, a dejar instrucciones sobre su entierro, su testamento o sus mascotas. Pero no había ninguna nota en este caso, y semejante detalle

le inquietaba.

Una hora después ya había revisado tres veces cada una de las habitaciones de la casa, incluido el dormitorio en el que descansaba la señora Martelo, y decidió marcharse a comisaría para telefonar a la familia de la joven. No era agradable, pero nunca había delegado en terceras personas la tarea de comunicar las malas noticias. Además, pensaba que siempre se aprende mucho de las primeras reacciones de quien tienes enfrente. Nunca se sabe...

Una vez en la calle, David e Irene se perdieron entre la agradable sombra del parque. Encontraron un banco desde el que no se veía el portal de los Bilbao, donde continuaban aparcados varios coches policiales, y se sentaron en silencio. David la cogió de nuevo de la mano y esperó en silencio a que ella dijera algo.

-Tengo que llamar al hotel y anular la reserva. Me quedaré en Pamplona, no puedo irme ahora. Tengo que ocuparme de Marta.

-Quizá su familia prefiera hacerlo. Quiero decir, su familia directa, sus tíos...

-Hablaré con ellos más tarde, cuando les haya telefoneado la policía. Yo no puedo dar más malas noticias, no lo soportaría.

En ese momento su teléfono móvil comenzó a sonar en el fondo del bolso. Cuando contestó, la mano que le quedaba libre subió hasta su pecho, para comprobar que el corazón seguía latiendo.

-Hola, Rafael; imagino que te ha llamado la policía. -Escuchó en silencio a su interlocutor, pasándose la mano por la frente y los ojos en un gesto nervioso-. Acabo de salir de su casa, se la han llevado al hospital... No, no, al depósito, Rafael. No, no podéis hacer nada por ahora. La policía nos dirá cuándo podemos enterrarla... Bueno, la misa la puedes celebrar cuando

quieras, pero el entierro tendrá que esperar unos días... Sí, como con Marcos, claro. -La conversación se convirtió en un monólogo durante unos minutos. Irene esperó en silencio a que el tío de Marta terminara de hablar-. Gracias por llamar, Rafael. Por favor, avísame en cuanto sepas cuándo y dónde será el funeral. Si os puedo ayudar, no dejes de decírmelo. Adiós, Rafael; da un beso a Esther de mi parte, por favor.

Cuando guardó el móvil estaba aún más pálida si cabe. A pesar de que David había acompañado en incontables ocasiones a personas que acababan de perder a un ser querido, en ese momento no sabía qué hacer.

Las manos de Irene estaban ocupadas con el móvil y el bolso, y dudaba entre abrazarla por los hombros, asirle la cintura o, simplemente, esperar a que ella decidiera qué necesitaba. Optó por esto último y se mantuvo a su lado, en silencio, observándola con atención y profunda tristeza.

Llegó a comisaría más tarde de lo habitual, aunque con tiempo suficiente para tomar un café y comprobar que, como cabía esperar tras los acontecimientos del día anterior, su relación con Irene era la comidilla de todos sus compañeros. Miradas de reojo, medias sonrisas y comentarios en voz baja le persiguieron durante un buen rato, hasta que decidió dejar de frecuentar las zonas comunes y permanecer en su despacho tanto tiempo como le fuera posible. Se alegraba de que el comisario Tous permaneciera todavía de viaje en Santander, eso le ahorraría tener que explicarle el motivo de las habladurías. No creía que Tous viera con buenos ojos su relación con Irene, pero la verdad era que no le importaba demasiado lo que opinara su superior ni el resto de sus compañeros.

Lo primero que hizo tras cerrar la puerta fue precisamente telefonar al comisario. Necesitaba una orden judicial para inspeccionar a fondo los coches blancos con matrícula provincial domiciliados en Roncesvalles. El subinspector Torres había establecido el día anterior el dispositivo de seguimiento de Unax Goizueta y Xabier Etxeberria, aunque este último

continuaba enclaustrado en su casa, con la puerta atrancada y las persianas completamente bajadas. Saludó con entusiasmo a su jefe, interesándose por su estancia en Cantabria y el foro en el que estaba participando. Sabía por experiencia que la mejor manera de acercarse a Tous era con amabilidad y sonrisas, halagándole tanto el ego que no pudiera negarse a nada que le pidiera. Charlaron de cuestiones intrascendentes y, después de quince minutos, comenzó a guiar la conversación hacia el terreno que le interesaba. Le contó los últimos avances efectuados y le comunicó sus sospechas como si estuvieran a punto de efectuar una detención.

-Necesitamos cubrir todos los flancos para no dar un nuevo paso en falso, comisario. No queremos tener a la prensa encima..., no más de lo que ya está.

-No, claro que no.

Vázquez sonrió. Nada horrorizaba más al comisario que una mala publicidad.

-Llamaré de inmediato al juzgado, a ver si tenemos suerte con el juez de guardia. Le pediré autorización para revisar los vehículos, aunque me gustaría que, siempre que fuera posible, contaran con el permiso del propietario. Si se niega, puede hacer ondear la orden judicial, pero intente mantener las buenas formas, inspector. La colaboración ciudadana es uno de los puntales de nuestro trabajo...

-Descuide, comisario, no perderemos de vista sus indicaciones.

-De acuerdo, inspector; le llamaré en cuanto tenga resuelto lo de la orden. Ahora le dejo, me están esperando para la siguiente ponencia. Un comisario colombiano va a hablar sobre cómo trabajan para controlar a los cárteles de la droga. A veces pienso que lo mejor sería dejar que se mataran entre ellos, pero, desgraciadamente, las bajas colaterales serían demasiadas, algo inaceptable, y deben intervenir. Lo peor, creo, es el grado de corrupción interna que padecen, algo que aquí no conocemos, afortunadamente.

-Claro, comisario. Esperaré su llamada.

-Buenos días, Vázquez.

-Asus órdenes, señor.

David colgó el teléfono. El siguiente paso le obligaría a salir de su despacho y enfrentarse a las miradas de todos sus compañeros, y la verdad era que no le apetecía demasiado. Él, que siempre había huido de los corrillos en los que se hablaba de la vida personal de otras personas, generalmente ausentes de la conversación, era ahora el protagonista de las mismas. Desde su punto de vista, tenía dos opciones: podía cabrearse, ofenderse y montar en cólera, castigar severamente a quien descubriera cuchicheando a sus espaldas, o podía ignorar la situación, continuar como si nada ocurriera y esperar a que encontrarán un tema de conversación más interesante que su relación con Irene. Sospechaba que los líos entre los agentes, dentro y fuera de la comisaría, eran más frecuentes de lo que se imaginaba, por lo que confiaba en que las maledicencias giraran como el viento, en otra dirección, lo antes posible. Decidió, pues, actuar con la mayor naturalidad posible. Si fuera necesario, daría las oportunas explicaciones a los miembros de su equipo directo, sin entrar en detalles, y al comisario si llegara a pedírselas, pero no tenía intención de ir más allá en ningún momento.

Tomada esta determinación, respiró hondo, inspiró y espiró varias veces con la mano ya en el pomo de la puerta, y cruzó el umbral de su despacho, dispuesto a trabajar rehuendo cualquier interferencia. Confiaba en que no le obligaran a recordar a nadie la cantidad de delitos sin resolver que tenían sobre sus mesas, esperando que la policía les prestara toda su atención. Desde luego, nadie debería tener tiempo libre para los cotilleos.

El funeral por el alma de Marta Bilbao se celebró dos días después de su muerte. El entierro tendría que esperar unos días más, según había informado la policía a la familia. A las siete y media de la tarde, el apabullante calor todavía no había cedido ni un solo grado. Los asistentes a la misa se apiñaban en las escasas zonas de sombra y charlaban en voz baja sobre la desgracia que parecía haberse cebado con la familia. No estaba previsto que Ana

Martelo asistiera al funeral de su hija, dado su estado mental. La anciana ni siquiera era consciente de los últimos sucesos. Si echaba de menos la presencia de Marta a su lado, todavía no había dado muestras de ello. Las estrechas aceras se quedaron pequeñas para acoger a las personas que querían dar su último adiós a la joven, y los coches que continuaban llegando se veían obligados a dejar a sus pasajeros y seguir su camino en busca de una zona menos congestionada en la que aparcar.

A un lado de la pequeña puerta de la iglesia de San Vicente de Paúl, un grupo de mujeres de avanzada edad, todas parientes en un grado más o menos cercano a la fallecida, aproximaban sus cabezas para intercambiar las últimas noticias sobre el resto de los miembros de la familia. De vez en cuando miraban de reojo a los otros asistentes para cerciorarse de que nadie más podía oírlas, e inmediatamente continuaban con sus murmuraciones.

A pesar de que todos los presentes mostraban en sus rostros serios la tristeza que sentían, dando al acto la profunda solemnidad que le correspondía, la estridente música festiva que llegaba desde el cercano parque de Antoniutti, en el que ya se habían instalado los bares y restaurantes ambulantes que abrirían las veinticuatro horas durante los sanfermines, hacía que la espera junto a la iglesia tuviera un aire menos lúgubre de lo que sería adecuado.

No había féretro que esperar, por lo que a las ocho en punto todos los asistentes cruzaron la puerta de la iglesia y ocuparon los bancos. La mayoría suspiraron aliviados al entrar en el fresco y amplio espacio de la moderna parroquia, un templo con escasos adornos construido en los años setenta, al mismo tiempo que el resto del barrio, en un local que hasta entonces albergaba un garaje de coches. En la hornacina de la izquierda, una imagen de san Vicente rodeado de niños abandonados presidía la zona de culto, donde los asistentes al funeral recuperaban el aliento tras permanecer largo rato al sol. Unos pocos, los más rezagados, permanecieron de pie al fondo de la nave central. Irene llegó sola, caminando a través de una nube de olores y colores variopintos, pero sin apenas ver ni oír nada de lo que la rodeaba. Había rechazado el ofrecimiento de David de acompañarla. No le pareció adecuado presentarse ante la familia de su marido con un nuevo acompañante, por lo que David tuvo que conformarse con esperarla en su casa, donde Irene se había instalado la noche anterior de manera temporal,

mientras el bullicio festivo fuera dueño de las calles del casco viejo. Él aprovecharía esas horas para hacer un hueco en su armario para la ropa de ella e intentar que la casa apareciera lo más acogedora y presentable posible. A pesar de sus esfuerzos para que estuviera cómoda, Irene no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor y permanecía ausente, con la mirada perdida y contestando con monosílabos a las preguntas de David, quien, convencido de que solo necesitaba tiempo para asimilar esta nueva desgracia, se limitaba a acompañarla en silencio, acariciarla de vez en cuando y ponerle delante el desayuno, la comida y la cena.

La misa transcurrió como era de esperar, con frases grandilocuentes por parte de un sacerdote que, a pesar de no haber conocido jamás a Marta, alabó a la joven fallecida como si se tratara de su propia hermana. De vez en cuando se escuchaba el eco de un sollozo apagado o el estrépito de alguien sonándose la nariz. El responso se alargó durante algo más de media hora. Tras el «podéis ir en paz», cientos de pies comenzaron a caminar al mismo tiempo sobre la madera, que crujió quejosa ante el inesperado maltrato. Irene permaneció sentada mientras familiares, amigos y conocidos abandonaban la iglesia. Un par de personas, a las que apenas recordaba vagamente del día de su boda, se acercaron para interesarse por su estado y darle el pésame. Irene se limitó a sonreír agradecida, pero fue incapaz de iniciar una conversación con ninguna de ellas. Cuando la entrada se despejó un poco, se puso en pie y salió también a la calle. El calor era un poco menos agobiante, pero la temperatura se resistía a bajar de los veinticinco grados. Rafael, el tío de Marta, la vio salir y se acercó a ella. Le seguía de cerca su esposa Esther, hermana de Ana Martelo, una mujer amable y cariñosa, con una sonrisa tan amplia como su busto. Irene sonrió al recordar la ocasión en la que Esther, con el pelo teñido de un rubio demasiado amarillo tras pasar por las manos de una peluquera novata, se reía de sí misma afirmando que, con ese pelo y ese pecho, parecía la viva imagen de una gallina clueca. No veía al matrimonio desde el funeral de Marcos. En esta ocasión su actitud fue la misma que entonces. Rafael y Esther la abrazaron sin mediar palabra y caminaron despacio agarrándola cada uno de un brazo, para alejarse de los corrillos de gente que se habían formado en la acera. Muchas de esas personas solo se veían en los acontecimientos familiares señalados, como bodas, bautizos o funerales, de ahí que tuvieran tantas cosas que contarse.

Esther acarició con las dos manos las mejillas de Irene y la miró a los ojos con infinita ternura. Rafael se quedó en un segundo plano, permitiendo a las mujeres intercambiar algunas confidencias y consejos sobre cómo afrontar esta nueva pérdida. Los tíos de Marcos y Marta estaban desolados.

-Si tan solo nos hubiera llamado una vez... quizá hubiéramos podido ayudarla.

-Yo estuve ese día con ella, Esther, y no me dio la impresión de que estuviera dispuesta a aceptar ninguna ayuda. Había comenzado a visitar a un psiquiatra, pero parece que no se agarró a la cuerda que podía sacarla del pozo.

-¡Pero tú estás saliendo adelante! -Las lágrimas comenzaron a rodar por las rechonchas mejillas de Esther. Pronto se formaron sinuosos surcos sobre el maquillaje y las lágrimas adquirieron el color negro del rímel que se desprendía de sus pestañas-. Sabía que no debía haberme maquillado... - Habló en un susurro mientras rebuscaba en su bolso un pañuelo de papel. Antes de que pudiera encontrarlo, la mano solícita de Rafael le tendió su pañuelo de hilo. Se va a estropear...

-No importa, de verdad.

Esther continuó llorando durante unos minutos más. Su marido la abrazaba para consolarla, mientras Irene le acariciaba el pelo, susurrando palabras reconfortantes. Pero nada podía paliar su pena. Irene recordaba haber leído en algún lugar que el primer paso para superar el dolor por la pérdida de un ser querido era llorarlo. Después llegarían las siguientes fases, una tras otra: negación de la muerte, dolor físico, ansiedad, apatía ante la vida, insomnio... Hasta que, finalmente, el cuerpo y la mente se adaptan y continúan viviendo. Pero primero hay que llorar, e Irene no sentía necesidad de hacerlo, tenía los ojos secos desde hacía dos días. Lo que ocurrió la noche en que murió Marta le parecía tan lejano e irreal que tenía la sensación de que todo fue un sueño. O una pesadilla. Como si nunca hubiera sucedido. Ese pensamiento la hizo sentirse mejor. Siguió acariciando a Esther hasta que los sollozos fueron apagándose poco a poco. Se despidió de ellos con cariño y emprendió el camino de vuelta a casa de David, contemplando la vida desde un prisma nuevo. Su mente había cerrado el paso al dolor por la pérdida y

había borrado por completo los recuerdos del suicidio. «Porque Marta se suicidó», se repitió a sí misma una vez más, sonriendo levemente por primera vez en varios días.

La fiesta explotó en cada rincón de la ciudad. Desde que a las doce del mediodía del 6 de julio un cohete unificara las voces de miles de personas, no había ni un lugar de la ciudad en el que alguien pudiera abstraerse de la fiesta. Minutos antes, un escalofrío recorrió miles de cuerpos, erizando el vello de unos brazos alzados al cielo con el pañuelo rojo entre las manos, esperando, anhelando que el nítido estruendo del chupinazo les despojara de su fachada de personas serias y respetables, padres y madres de familia, aplicados estudiantes, afanados obreros o entusiastas artistas, para convertirles en su alter ego festivo, en una especie de metamorfosis colectiva que nadie era capaz de explicar. Pamploneses y forasteros vestían por igual: ropa blanca, faja roja a la cintura y pañuelo del mismo color alrededor del cuello. El grado de suciedad de cada uno iba casi siempre en consonancia con su edad y las horas que llevaran de juerga. También de su procedencia, pues mientras que los pamploneses acudían de vez en cuando a sus casas a descansar, reponer fuerzas y vestirse con un nuevo uniforme blanco y rojo, los miles de turistas llegados de todos los rincones del mundo tenían que conformarse con secar al sol la ropa mojada de vino y descansar sobre el césped de la plaza del

Castillo, la Taconera, la Ciudadela o cualquier otro rincón con un poco de hierba que encontraran. Los cajeros automáticos y los aparcamientos subterráneos estaban también muy solicitados para pasar la noche por los conocidos como «pies negros», turistas jóvenes, sobre todo procedentes de Inglaterra, Francia y Australia, pero también de todas las provincias de España, que llegaban hasta Pamplona cargados con una mochila, unos pocos cientos de euros, varios litros de sangría y muchas ganas de pasarlo bien. No en vano les habían asegurado en sus agencias de viajes que aquella era la mejor fiesta del mundo.

La música, igual que la gente, llenaba cada rincón de la ciudad. Los sones más estridentes y modernos compartían las ondas sonoras con jotas y pasodobles; los mariachis, con la banda municipal, y las roncas voces masculinas, procedentes de gargantas afónicas por el alcohol, conseguían hacerse oír por encima incluso de las alegres charangas que recorrían, de día y de noche, las calles abarrotadas.

Pamplona era, durante nueve días, la capital mundial de la fiesta. No se tomaban decisiones importantes durante este reinado. En ocasiones, de los roces causales en la calle o en los bares surgían romances apasionados, aunque pocas veces lograran sobrevivir al «Pobre de mí» y a la resaca del 15 de julio. Las personas parecían más felices después de pisar durante unas horas las calles de una ciudad que dividía el calendario en dos partes: antes y después de San Fermín. Pero a pesar de la música, la juerga, el alcohol y la felicidad, el auténtico centro de la fiesta era el encierro, la cita diaria de miles de personas con seis astados de seiscientos kilos cada uno que recorrían como una estampida las estrechas calles del casco viejo. Toros y cabestros anunciaban su llegada con el resonar de sus pezuñas sobre los adoquines, mientras quienes observaban el espectáculo desde los balcones, alquilados a precios desorbitados por el placer de contemplar el peligro de cerca, pero sin jugarse la vida, gritaban y se sofocaban cada vez que un mozo sufría un traspies. Poco más de ochocientos metros de emoción, peligro, miedo, gritos y tensión que terminaban indefectiblemente con el aullido de las sirenas de las ambulancias trasladando a los heridos y el reencuentro de los indemnes con los otros corredores. Llegaba entonces el momento de los abrazos, las batallitas narradas a voz en grito y el almuerzo reparador.

Por la noche, Pamplona brillaba como una constelación de estrellas.

Las calles se iluminaban con miles de bombillas blancas y rojas que en la plaza del Castillo se expandían desde la glorieta central hacia los laterales, formando una carpa luminosa. De esta forma, quienes disfrutaban de la fiesta tenían la sensación de que siempre era de día, que el tiempo no pasaba y que podían seguir bailando y bebiendo mientras las fuerzas y el dinero aguantasen.

En la trastienda de la fiesta, miles de personas trabajaban día y noche para que la ciudad no dejase de respirar. Se reforzaban los servicios de limpieza, se contrataba a cientos de personas para controlar el paso de vehículos en el centro urbano y ayudar a los visitantes, y todos los cuerpos policiales estaban en alerta durante los nueve días que duraba la vorágine festiva. Las competencias de cada uno estaban perfectamente delimitadas gracias a la experiencia y a las extenuantes reuniones celebradas por los altos mandos y las autoridades civiles semanas antes del 6 de julio. El problema principal era que, junto con los miles de turistas, también llegaban a Pamplona decenas de delincuentes, carteristas en su mayor parte, que intentaban hacer su agosto en los bares abarrotados, en la plaza de toros y en los bolsillos de los borrachos que apenas eran capaces de dar un paso, mucho menos de proteger sus billeteras.

En comisaría la actividad era frenética. En recepción, varias personas esperaban su turno para presentar una denuncia, casi todas por hurto o agresión. Los denunciantes parecían soldados al final de una cruenta batalla. Pantalones sucios y rotos, mirada perdida y la derrota reflejada en la cara. Los recepcionistas, tras varias horas en su puesto, les escuchaban con cierto grado de desinterés y les derivaban al departamento correspondiente, aunque casi siempre acababan durante horas en la sala de espera, donde más de uno desperezaba un sueñecito reparador. A su lado, los policías entraban y salían en tropel. En todas las dependencias había personas trabajando, escribiendo, hablando por teléfono o anotando los datos que les estaba facilitando otra persona.

Vázquez había realizado varias salidas urgentes durante la mañana sanferminera. En una de ellas tuvo que mediar en una pelea de borrachos. Cinco hombres se habían enzarzado en una discusión estúpida sobre una cuestión sin trascendencia y el alcohol había hecho el resto. Al final, todo quedó en varios ojos morados, un par de labios rotos, algún esguince y una

buena factura por los destrozos causados en el bar, que según el propietario no bajaría de los tres mil euros. De vuelta en jefatura, con los detenidos todavía discutiendo en el furgón policial, recordó sus primeros sanfermines. Habían pasado ya diez años desde entonces. Él mismo escogió el destino. Pagaban bien, mejor que en otras comisarías por el riesgo añadido de la kale borroka y los atentados de ETA a la ya de por sí dura labor policial. Pensaba que, si le iba mal, siempre podía solicitar un cambio de destino en un par de años, pero ya había transcurrido una década y no tenía intención de marcharse a ningún otro sitio. Llegó un frío mes de enero, cuando el viento helado dejaba desiertas las calles e incluso los delincuentes se retiraban temprano para resguardarse del cierzo en sus casas. Durante las largas guardias leyó varios libros sobre la ciudad y su provincia y, aunque casi todos versaban sobre los monumentos y las tradiciones, ninguno le preparó para lo que le esperaba en julio. Repasaba todos los días la prensa local y pudo comprobar cómo el ambiente festivo se respiraba incluso en las líneas negras de los reportajes y en las fotografías a todo color que plasmaban los preparativos para las fiestas. Un mes antes ya estaba instalado el tablado que delimitaba el recorrido del encierro y la tómbola de Cáritas comenzaba a vender los primeros boletos, atrayendo a los compradores con succulentos premios donados por empresas que, de esta forma, realizaban su buena acción anual. Con dos semanas de antelación llegaron los feriantes, que llenaron de color y sonido las tardes del incipiente verano. Los pamploneses sonreían cuando se cruzaban en la calle y se lanzaban sobre las ofertas de pantalones blancos que anunciaban los hipermercados. Los escaparates de la ciudad recogieron su decoración habitual y se engalanaron también de blanco y rojo. David paseaba atónito por unas calles que, hasta hacía solo unos días, pertenecían a una tranquila capital de provincia, ordenada, limpia y bastante tradicional. La explosión del 6 de julio lo pilló completamente desprevenido. Vestido con su uniforme azul, no se podía creer lo que estaba pasando en Pamplona. Cientos de miles de personas de todas las edades cantando, bailando y bebiendo en la calle, una multitud blanca y roja que arrojaba al anonimato a todo el mundo, los unificaba y convertía a niños, mujeres, jóvenes, hombres y ancianos en, simplemente, sanfermineros. Por supuesto que había quien huía de la fiesta, pero su hueco era ocupado de inmediato por decenas de personas. No, David no esperaba en absoluto ese grado de exaltación colectiva ni, por supuesto, la oleada de delitos que comenzaron a producirse sin demora. Además de detener a carteristas, ladrones, borrachos y

pendencieros, tuvo que escoltar a los cámaras de televisión de todo el mundo que pretendían grabar la esencia de la fiesta colándose en lugares donde indefectiblemente alguien les lanzaba el contenido de un enorme vaso de cerveza. Autoridades de los lugares más recónditos, invitados por el ayuntamiento y el gobierno regional, requerían también una escolta, igual que los toreros que cada tarde lidiaban en una plaza abarrotada los seis toros que a las ocho de la mañana, con puntualidad germánica, habían corrido desde los corrales de Santo Domingo hasta la plaza de toros, atravesando la mundialmente famosa calle Estafeta.

Diez sanfermines después, el trabajo seguía siendo el mismo, pero ya nada le pillaba por sorpresa. Cuando los cinco alborotadores hubieron prestado declaración y fueron puestos en libertad, David se dirigió al pequeño comedor en el que habían instalado una máquina de refrescos y café. Sacó una Coca-Cola y se la bebió en dos tragos. En la calle hacía un calor sofocante, aumentado aún más si cabe por la masa humana que parecía moverse siempre en un mismo sentido, como la ola enorme de un tsunami o una bandada de patos que volaban siguiendo al líder. Porque a pesar de que la fiesta daba la impresión de ser un caos absoluto, lo cierto es que todo transcurría según un programa que todos cumplían a rajatabla: a las seis, las dianas; a las siete, un caldo para entonar el cuerpo; a las ocho, el encierro; después, el desayuno, los gigantes y cabezudos, el almuerzo, unos bailes y la succulenta y abundante comida; a las cinco, los toros, hasta las nueve de la noche; la salida de las peñas de la plaza de toros, cada una con su charanga, su pancarta y su batallón de seguidores marcaba el inicio de la noche; un momento para cenar y reponer fuerzas para acudir al toro de fuego; a las once a los fuegos artificiales, y después a bailar en alguno de los múltiples conciertos que se celebraban cada noche, o simplemente a beber y a divertirse en las calles del casco viejo. Las ferias en el parque de la Runa, la tómbola de Cáritas en el paseo de Sarasate, los puestos ambulantes en Antoniutti, donde también tenía lugar una temprana verbena para los más jóvenes, la plaza del Castillo y las calles San Nicolás, San Gregario, Estafeta, Jarauta y sus alrededores eran el corazón y las arterias de la fiesta. A David le hubiera gustado vestirse de blanco y rojo, y perderse por las calles de Pamplona, pero de momento era una ilusión que tendría que posponer. Al menos le quedaba el consuelo de que, al volver a casa, Irene estaría esperándolo con la sonrisa ya recuperada. Se encontraba mejor cada día. Trabajaba a diario

acompañando a sus clientes hasta los hoteles, los balcones para ver el encierro o los mejores restaurantes de la ciudad, donde siempre había un par de mesas reservadas para sus acompañantes. David llegaba a casa de noche, a veces casi de madrugada, y se marchaba temprano, pero siempre encontraban un momento para estar juntos, en silencio, abrazándose, acariciándose y dejándose llevar por la pasión. Estaban tan hambrientos el uno del otro que en más de una ocasión les había sorprendido la luz del amanecer en la ventana sin haber dormido en absoluto. El placer de estar juntos superaba al sueño y al cansancio. Un café cargado siempre ayudaba, o una lata de Coca-Cola fría, como la que David acababa de lanzar, ya vacía y estrujada, a la papelera. No podía evitar sentir un leve cosquilleo en la entrepierna cada vez que pensaba en Irene. No importaba cómo la imaginara, su cuerpo siempre respondía de la misma manera.

Antes de que tuviera tiempo de descansar unos minutos, su busca comenzó a zumbar de nuevo. Se dirigió a la sala de reuniones, donde encontró a Helen y a Teresa. Las dos iban vestidas de manera informal, igual que el propio David. Pantalón vaquero y una camiseta de manga corta era el atuendo del inspector y de Helen, que había recogido su tupida mata de pelo oscuro en una favorecedora coleta alta, mientras que Teresa había escogido un pantalón más fresco, de tela de algodón teñida de gris y cortado justo por encima de la rodilla, una longitud cómoda pero nada insinuante, en su opinión. El pelo de Teresa parecía más corto que nunca, aunque su flequillo rubio continuaba cubriendo buena parte de su cara. Parecía bastante recuperada de sus náuseas matutinas y sonreía con más asiduidad, aunque no habían vuelto a tocar el tema del embarazo. Teresa era de por sí una persona bastante hermética y seguro que había hecho un enorme esfuerzo para sincerarse con David, que no quería forzar una conversación que la incomodara. Ya hablarían cuando estuviera dispuesta, o cuando su barriga amenazara con delatarla definitivamente. David las saludó con una amplia sonrisa después de varios días sin verlas.

-¿Cómo van las fiestas? -preguntó el inspector.

-Podían ir peor, pero no sabes las ganas que tengo de que llegue el día quince. -Helen asintió al escuchar las palabras de su compañera y se sumó a la sonrisa de los dos -. ¿Sabéis adónde vamos?

La puerta se abrió en el momento en que David iba a contestar a la pregunta. Los tres se volvieron al unísono, justo a tiempo de ver entrar en la sala al inspector jefe, Pardo, un hombre de maneras toscas y pocas palabras. Contaba con escasos amigos en la comisaría y no parecía interesarle en absoluto que ese hecho variase ni un ápice, por lo que nunca asistía a ningún tipo de celebración gremial, ni salía de copas con los compañeros después del trabajo.

-Tenemos un incidente con heridos en el portal de Zumalacárregi, cerca del Redín. Un grupo de bestias ha intentado tirar a un joven por la muralla abajo. Unas cuantas personas que estaban por la zona del Caballo Blanco han intervenido rápidamente para evitarlo y los han retenido hasta que ha llegado una patrulla.

-Entonces, si ya está el tema controlado... -David no entendía para qué les habían requerido.

-Al registrarles han encontrado una gran cantidad de drogas en sus bolsillos. Al parecer son pequeños traficantes que acababan de cargar el material para venderlo en la calle a pequeña escala. Además, todos ellos tienen un historial delictivo tan largo como mi brazo, cosas pequeñas hasta ahora, robo de coches, hurtos, algunas acciones violentas, menudeo de drogas... Todos conocen la cárcel por dentro y saben que son carne de trena. El comisario quiere que averigüéis quién les suministra. Por la cantidad de droga que llevaban encima no estamos hablando de un pequeño camello, sino de algo más grande.

-¿Estamos solos los tres? Nos vendría bien más gente para los interrogatorios, el papeleo, los registros...

-Gente, qué más quisiera yo. Tengo que hacer encaje de bolillos con los turnos y aun así estamos desbordados. Es lo que hay. En marcha.

Sin decir ni una palabra más, Pardo abandonó la sala con la misma brusquedad con que había entrado, lanzando con fuerza la puerta hacia la pared y atravesando el umbral mientras la madera chocaba con estrépito contra el pequeño pivote de contención clavado en el suelo.

-Un día nos destroza el garito -comentó Teresa de mal humor.

-Como dice Pardo, es lo que hay, así que en marcha. Preguntaré si ya han trasladado a los detenidos. Quiero saber quién se está encargando de los interrogatorios para ver qué han averiguado hasta el momento y revelarlo nosotros a partir de ahora. Vosotras comprobaréis qué les han incautado, a ver si nos dice algo sobre su procedencia. Cuando nos confirmen la fórmula exacta de la droga podremos buscar coincidencias en la base de datos. También estaría bien saber quién era el pobre desgraciado que ha estado a punto de salir volando por encima de la muralla.

Las dos mujeres imitaron el saludo militar llevándose la mano a la frente, aunque su gesto de burla le restó solemnidad. Salieron de la sala de reuniones y se dirigieron a diferentes dependencias de la comisaría, que seguía bullendo de actividad.

Vázquez encontró pronto al agente que se había hecho cargo de los traficantes y homicidas en grado de tentativa. Se trataba de Antonio Palomero, un policía recién ascendido, serio y eficaz en su trabajo, pero hablador y de trato agradable en cuanto colgaba el uniforme. Como casi todo el mundo esos días, vestía de paisano, un pantalón blanco y una camisa azul, con un pañuelo rojo al cuello que le ayudaba a pasar aún más desapercibido entre la masa humana que había tomado Pamplona. Tenía la cara brillante de sudor y el pelo enredado y pegado al cráneo. Las mejillas sonrosadas le daban un aspecto juvenil, aunque ya había sobrepasado la treintena.

-Esos cabrones nos han hecho correr un rato -comentó a modo de saludo.

-¿Han dicho algo sobre la procedencia de la droga?

-Poca cosa, que la acababan de comprar para consumo propio, para todas las fiestas.

-¿De cuánto estamos hablando?

-Llevaban un cuarto de kilo de coca cada uno, repartido en un montón de papelinas. Las hemos dejado en el registro; dentro de un rato sabremos la

cantidad exacta de la que estamos hablando y su composición.

La sala de interrogatorios contaba con un sistema de videovigilancia y grabación que se reflejaba en un pequeño monitor situado en la habitación contigua, en la que entraron Vázquez y Palomero. En la pantalla pudieron ver a un joven de aspecto anodino, de mediana estatura y complexión normal, con el pelo oscuro y la piel clara, vestido con el consabido pantalón y camisa blanca. Le habían quitado el pañuelo rojo y el cinturón. Permanecía sentado frente a la mesa gris, estudiándose las manos con gran interés. De vez en cuando tiraba con cuidado de una piel levantada o se sacaba algo de las uñas. Era la viva imagen del aburrimento. A su lado, su abogada, una mujer de mediana edad, morena y vestida con un pulcro traje entallado, pasaba con desgana las hojas de una delgada carpeta.

-¿Crees que la han conseguido en Pamplona o que la han traído de otro lugar? -preguntó Vázquez.

-Ni idea -contestó Palomero-, aunque no me extrañaría que la hubieran comprado en Madrid o en Bilbao. Es lo habitual. Pamplona no es lugar para grandes traficantes, solo de paso, y en sanfermines, de consumo.

-Te entiendo. ¿Le has interrogado sobre eso?

-Por supuesto, y dice que no se acuerda en dónde la ha comprado, que se la ha dado un tipo en una casa muy vieja a la que ha llegado siguiendo a otro tipo que no conocía y que no recuerda el camino.

-Lo de siempre. Qué mala memoria tienen los camellos.

-Ya te digo. -Palomero sonrió levemente-. Voy a entrar de nuevo. Puedes venir conmigo o quedarte aquí y esperar. Dale al audio para enterarte de lo que hablamos.

-De acuerdo, te veo cuando salgas.

El interrogatorio se prolongó durante una hora más con el mismo tono de siempre: el policía acusa y afirma, y el detenido niega y echa balones fuera. El resto de los camellos contaron el mismo cuento que el primero,

prácticamente sin matices diferenciados. Un relato muy bien ensayado. Cuando los trasladaron a los calabozos del juzgado para pasar a disposición judicial tenían tan pocas pistas como al principio. Parecía que el comisario se iba a quedar sin su gran redada. Tenía, eso sí, casi tres kilos de cocaína en total, además de un buen surtido de armas blancas y cinco camellos menos en la calle que iban a pasarse al menos una década entre rejas. No había que olvidar, por supuesto, lo bien que iba a quedar ante los medios de comunicación hablar sobre la colaboración ciudadana que había permitido evitar un terrible asesinato. El acercamiento entre la población y la policía era un tema recurrente en todas las reuniones de personal. Para David, sin embargo, habían sido casi tres horas perdidas, igual que para Helen y Teresa, que estaban claramente molestas por las disposiciones del comisario. La falta de novedades en Roncesvalles, donde las patrullas mantenían una vigilancia constante de los albergues, calles y caminos, provocaba que sus jefes contaran con ellos a la hora de repartir los turnos y las actuaciones durante los días de mayor ajetreo. El Aztakarri había vuelto a abrir sus puertas, aunque su propietario pasaba menos horas que antes detrás de la barra. Al parecer, Xabier Etxeberria había decidido delegar parte del trabajo y la responsabilidad en Aitor Gurbindo y dedicarse a otros menesteres de los que, hasta el momento, no tenían noticias. Se limitaba a conducir hasta Zubiri a media tarde y meterse en su casa, donde se encerraba hasta el día siguiente. Un coche policial se apostaba a la entrada de la calle Murelu, sin molestarse en disimular su presencia, y lo escoltaba de vuelta por la mañana hasta Roncesvalles, donde las patrullas les tomaban el relevo.

-Podíamos estar en casa desde hace dos horas -refunfuñó Teresa.

-Vámonos -dijo simplemente David.

Al cruzar el umbral se sumergieron en el estruendo de las fiestas. Con los sentidos embotados por la música, se despidieron pocos metros más adelante y cada uno tomó su propio rumbo. A Teresa le esperaba su marido para cenar con unos amigos. No le apetecía especialmente, pero Raúl insistía en que le convenía mejorar su vida social. Helen, por su parte, contaba con pasar unas horas tranquilas con el joven agente que había conocido unas semanas antes, un morenazo tierno y cariñoso al que le gustaba acurrucarse en su regazo y acompasar su respiración a la de ella. David se encaminó hacia su casa. Ni siquiera se molestó en llamar a Irene para preguntarle dónde

estaba. A esa hora a buen seguro la encontraría en el sofá, abrazada a sus piernas, leyendo un libro o viendo algún programa de televisión.

Mientras tanto en la puerta de comisaría, el inspector Redondo miraba fijamente a David, aunque no intentó llamar su atención. Tenía en la mano unos papeles que le preocupaban bastante, pero de momento no sabía cómo actuar con la información que contenían. Unos días antes, el médico forense le comunicó que se había topado con algo muy poco habitual en los resultados de la autopsia de Marta Bilbao, una cuestión que quizá no significara nada, o todo lo contrario. Al parecer, la joven había convertido en polvo un buen montón de pastillas y las había mezclado con huevos y atún, es decir, que su última cena había sido una tortilla mortal. Era el primer caso que se encontraba en el que un suicida se molestaba en disimular su muerte. Las pastillas son insípidas y fáciles de digerir, lo lógico hubiera sido meterse un puñado en la boca y tragarlas con un poco de líquido. Muchos suicidas recurrían al alcohol para conseguir un efecto más rápido de las drogas. Había algo que no cuadraba, pero todavía no estaba seguro de qué paso debía dar a continuación. No parecía haber nada raro en la familia, ni en la herencia, y la joven estaba claramente deprimida. Sin embargo... ¿por qué se entretuvo en deshacer las pastillas, mezclarlas con la cena, cocinar, limpiar y, después, tumbarse cómodamente en su cama para suicidarse? A Redondo le parecía demasiado morboso para una joven deprimida. No era habitual en ese tipo de patologías recrearse en los preparativos de la muerte. El inspector decidió repasar los datos. «Un vistazo detenido para comprobarlo todo, nada más», se dijo.

David se sentía eufórico, y no era para menos. Tener en casa a una mujer como Irene esperándole no era algo que pasara todos los días. La densidad de gente disminuía paulatinamente según se alejaba del centro de la ciudad. Dejó atrás el Bosquecillo y la algarabía organizada por las casetas de las Casas Regionales. Sonaba música de dulzainas, así que supuso que ese día la protagonista sería Castilla y León. Le llegó un ligero aroma a buen embutido que arrancó un gruñido de su estómago, pero continuó avanzando, concentrándose en esquivar a las personas que caminaban en sentido

contrario. Alcanzar la avenida de Bayona supuso un auténtico alivio. La calle era más ancha y el gentío, mucho menor. Desde la esquina casi podía ver su casa, una alta torre de catorce pisos que destacaba en la línea del horizonte del barrio, donde el edificio más alto solo alcanzaba las ocho plantas. Construir una torre tan elevada fue, en su día, la primera parte de un proyecto que acabó por desestimarse. Quienes quisieron convertir la ciudad en un simulacro de gran urbe fracasaron estrepitosamente, pero dejaron su huella en un edificio blanco y marrón que, después de tantos años, formaba ya parte del paisaje de la zona. A ambos lados de la avenida se levantaban bloques de viviendas de cinco o seis alturas, habitados por gente ya mayor que en su día abandonaron el centro de Pamplona para trasladarse a una zona de nueva construcción, el barrio de San Juan. Llegaron allí jóvenes, cargados de ilusiones y de hijos.

Vivían entonces en la periferia de Pamplona, pero nuevos edificios, incluso barrios enteros, los fueron rodeando hasta unirlos prácticamente con el centro urbano. Casi todos los bajos estaban ocupados por variopintos comercios, tiendas de toda la vida en unos casos y modernos bazares que ofrecían una inacabable miscelánea de artículos, en otros. La única nota discordante en la paz que reinaba a diario era la decena de bares y discotecas que abrían sus puertas al anochecer en una pequeña travesía de la avenida. Los vecinos veían entonces perturbado su sueño a favor de la diversión adolescente, situación que no siempre soportaban con calma ni paciencia. David era el orgulloso propietario de un piso de noventa metros cuadrados en la novena planta de la torre desde hacía casi ocho años, cuando decidió que la ciudad le gustaba lo suficiente para quedarse a vivir en ella. No buscó demasiado, visitó dos o tres pisos y se decantó por el suyo actual nada más verlo. El hecho de no tener edificios más altos alrededor le garantizaba luz todo el día y unas vistas bastante decentes desde todas las ventanas. Instaló unas buenas contraventanas para aislarse del ruido del tráfico y de los bares, y compró unos pocos muebles en una tienda cercana. Los adornos habían ido llegando con los años, fruto en ocasiones de compras impulsivas o de sugerencias no demasiado acertadas por parte de comerciantes ávidos por cerrar una nueva venta. Tenía que reconocer que sus adquisiciones no siempre eran afortunadas, por lo que la decoración tenía un punto ecléctico difícil de aceptar por los expertos, pero era su casa y a él le gustaba. Esperaba que también le agradara a Irene.

Cuando llegó al piso, hacía poco más de una semana, lo hizo en un estado de ánimo lamentable. Apenas hablaba, se pasaba las noches en vela y comía lo justo para sobrevivir. David la cuidó con mimo y paciencia, colmándola de amor y ternura. Dejó que el dolor siguiera su curso hasta que este se hizo más llevadero. Entonces, poco a poco, volvieron las sonrisas, las largas conversaciones nocturnas y el sexo.

Desde la cocina le llegó la voz de Irene:

-Llegas justo a tiempo. No tenía nada que hacer y he cocinado un poco.

-Espero que hayas encontrado todo lo que necesitabas.

-Bueno, he abierto y cerrado los armarios y cajones unas cien veces, pero al final me las he apañado bastante bien. Espero que te guste.

Sobre la vitrocerámica ya apagada continuaba bullendo despacio en una tartera de barro una merluza en salsa verde con almejas. A su lado, en un plato enorme que David utilizaba para calentar las pizzas precocinadas que solía comprar, Irene había elaborado una magnífica ensalada con tomate, yemas de espárragos, varios tipos de lechuga, queso en dados, langostinos, nueces y crema de yogur. David pasó los ojos sobre el menú y sintió cómo su estómago comenzaba a gruñir, exigiendo de inmediato una buena ración de aquellos manjares.

-De postre solo he podido preparar unos melocotones en almíbar con flan y nata.

-¡Es fantástico! Me muero de hambre.

David dispuso rápidamente la mesa en el salón y sacó una botella de vino de la pequeña despensa. Decidió que un blanco de Navarra acompañaría bien a todos los platos, y puso a refrescar una botella de moscatel de una afamada bodega de Olite que su amigo Iñaki Lezaun le había regalado hacía ya tiempo. No imaginaba una ocasión mejor que esta para descorchada.

La cena estaba tan deliciosa como parecía a primera vista. Disfrutaron de la comida y de su mutua compañía hasta que el estruendo de un cohete les

sacó de su ensimismamiento.

-Falta poco para los fuegos artificiales -confirmó David mirando su reloj; eran las once menos cuarto de la noche-. ¿Te apetece que subamos a la azotea para verlos?

-¿Podemos? Sería fantástico.

David metió en una bolsa de tela dos copas, la botella de moscatel y una fina chaqueta, por si catorce pisos sobre el suelo el aire era demasiado fresco para Irene. Cogió el llavero que tenía colgado junto a la puerta de la calle y salieron al ascensor. Efectivamente, en la azotea el aire no era tan cálido, pero ambos recibieron con agrado el soplo vivificante sobre sus acalorados cuerpos. Algunos vecinos más habían tenido la misma idea. Se saludaron cordialmente y buscaron un buen lugar desde el que contemplar el espectáculo. Cerca de la cornisa encontraron un poyete de cemento con una reja metálica en uno de los lados. Se trataba de una de las chimeneas de ventilación del edificio, que en ese momento se convirtió en el asiento perfecto para los dos. David sirvió la bebida y contemplaron juntos las luces de la ciudad. Desde lo alto, Pamplona parecía tranquila. De vez en cuando, el rugido de un motor rompía el silencio de la noche. Los sonidos lejanos de la fiesta llegaban amortiguados por los edificios que se interponían entre ellos y la vorágine sanferminera. Los grupos de jóvenes que se dirigían al centro para comenzar una nueva noche de juerga cantaban a voz en grito canciones de lo más variopintas y en todos los idiomas, desde las tradicionales jotas hasta lo último de Lady Gaga, pasando por el desaparecido carro de Manolo Escobar. Tras el último estampido de aviso, los fuegos artificiales llenaron el cielo de brillantes colores y formas imposibles, acompañadas de un estruendo atronador que retumbaba una y otra vez contra las paredes del edificio. David sabía que los fuegos artificiales constan de dos partes fundamentales, una cabeza propulsora que, dependiendo de la cantidad de pólvora, hace subir más o menos el cohete, y una esfera en cuyo interior se han dispuesto diferentes bolas que, según su composición, producen un color u otro al estallar. Esas bolas explotan gracias a que en el corazón de la esfera que las contiene hay una bolsita con pólvora conectada a la mecha. Las figuras que se forman dependen de la colocación milimétrica de las bolas de color dentro de dicha esfera. La precisión es una parte fundamental del trabajo de los pirotécnicos que elaboran los cohetes. A pesar de conocer la técnica y todos

sus secretos, a David le seguía fascinando cómo un simple puñadito de pólvora era capaz de llenar el cielo de colores, figuras, formas, sueños y canciones.

Irene pareció darse cuenta de sus pensamientos y comenzó a acariciarle la espalda. Como un soplo de brisa, su mano se coló por debajo de la camiseta y, como si ella también fuera un fuego de artificio, le dibujó sinuosas figuras rozándole suavemente la piel con las uñas. David sintió un cosquilleo y no tardó en llegar la conocida tirantez en los pantalones. No conseguía controlar sus erecciones cuando estaba cerca de Irene. A veces se enfadaba consigo mismo al pensar que se estaba comportando como un adolescente, pero la testosterona realizaba su implacable trabajo y la mitad inferior de su cuerpo se hacía una y otra vez con el control de su cerebro, que siempre acababa rindiéndose y exigiendo una satisfacción. Mientras las yemas de los dedos de Irene continuaban recorriendo el perfil de su columna vertebral, David comenzó a acariciarle el interior de la pierna, ascendiendo despacio desde la rodilla hasta los muslos, en pequeños círculos que ampliaba poco a poco para abarcarle la parte baja de los glúteos. Irene se inclinó hacia él, dejándole paso libre hacia su trasero, y David no desaprovechó la ocasión. Otra pareja se acercó a ellos con intención de disfrutar de la velada de fuegos artificiales, pero al verlos tan acaramelados optaron por buscar otro rincón. David sonrió divertido y se acercó a Irene para darle un apasionado beso. Recorrió sus labios con la lengua y, cuando ella los entreabrió para recibirle, se introdujo en su boca como un truhán en busca de placeres prohibidos. El estruendo de los fuegos les llegaba apagado, como un ruido sordo que retumbaba alrededor pero no llegaba a sobresaltarles, tan absortos estaban el uno en el otro. Cuando la traca final dejó paso a los aplausos de las miles de personas que habían disfrutado del espectáculo y, después, de nuevo a la música y a los cánticos de las cuadrillas, decidieron que había llegado el momento de volver a su apartamento. David se acercó de nuevo a su cara y, tras besarla suavemente en el lóbulo de la oreja, le habló en un susurro:

-Había pensado que podíamos salir a tomar algo y a bailar, pero se me está ocurriendo una manera mejor de pasar la noche.

Una intensa felicidad recorrió a Irene de los pies a la cabeza. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz y segura. Miró a David con infinita ternura e intentó transmitirle todo el amor que la inundaba en esos

momentos. «Ojalá pudiera entenderme», pensó. Sabía, sin embargo, que el silencio era la única manera de que nunca, bajo ninguna circunstancia, escapara de su boca una palabra que pudiera comprometerla. Así que calló, sonrió con picardía y bajaron en silencio hasta la novena planta.

Hicieron el amor con pasión e intensidad, besándose y lamiéndose todo el cuerpo, entregándose el uno al otro sin restricciones, ocupados en dar y recibir placer, descubriendo a cada paso rincones inexplorados y mirándose intensamente a los ojos. Irene quería nadar en el azul infinito de los de David, mientras que para él, la noche de los ojos de Irene se poblaba de estrellas cada vez que los miraba.

Descansaron sudorosos y desnudos sobre la cama. David se levantó para abrir la ventana y permitir que entrara un poco de aire fresco. Cuando volvió a tumbarse, no pudo sino maravillarse al contemplar el cuerpo de Irene. Echada sobre su costado, permanecía con los ojos cerrados, aunque estaba despierta y acariciaba distraída el pecho y el vientre de David. Él levantó una mano y la posó sobre su frente. Recorrió despacio su perfil, la recta nariz, los protuberantes labios, la deliciosa mandíbula y el largo cuello. Bajó despacio hasta sus senos, que subían y bajaban al ritmo de su respiración. La cadencia se interrumpió brevemente cuando los dedos de David alcanzaron uno de los pezones. Sonrió y continuó su camino descendente. La piel, suave, lisa y pálida, relucía bajo la luz de la luna que inundaba la habitación. Le acarició el vientre y se perdió dando vueltas alrededor de su ombligo. La mano se entretuvo de nuevo en las finas caderas, dudando entre seguir el camino hacia los glúteos o continuar adelante. Optó finalmente por los muslos, arrancando un nuevo suspiro a Irene, que permanecía inmóvil y con los ojos cerrados, temerosa de que el placer que la embargaba se esfumase si se movía. El monte de Venus se alzó apenas un centímetro para acortar la distancia con los dedos de David, que se enredaron traviosos en el vello púbico, negándose de momento a continuar esa senda. Un gemido de desilusión se escapó de la garganta de ella, dibujando al mismo tiempo una sonrisa en los hambrientos labios de él. Las piernas, largas y firmes, eran ahora el objeto de su atención. Las acarició de arriba abajo, delicadamente primero, con más pasión después, despertando a su paso cada una de las terminaciones nerviosas que, ociosas y satisfechas tras el placer recibido, permanecían adormecidas sobre las sábanas. Estiró el brazo para

cubrir su rodilla con la mano y rozó la pantorrilla con la punta de los dedos. Irene respiraba de forma entrecortada, aunque continuaba sin moverse y con los ojos cerrados, aguardando expectante el siguiente punto en el que David posaría sus dedos. Él la miró, respirando también agitadamente, y la deseó con tanta pasión que casi le dolió. Subió la mano hasta su cara, perdió los dedos entre su largo cabello y la atrajo hacia sus labios.

-No abras los ojos -le susurró dentro de su boca-. No te muevas.

Durante unos minutos Irene permitió que David la recorriera de nuevo, le hablara con una voz ronca cargada de deseo, le separara las piernas y la besara con intensidad. Sin embargo, pronto llegó un momento en el que no pudo permanecer inactiva por más tiempo.

-¿Puedo...?

Más que una pregunta, era casi un ruego.

-Por favor... puedes, sí, puedes.

Y, por segunda vez esa noche, volvieron a amarse hasta la extenuación. Completamente satisfechos, se miraron a los ojos, escrutando el uno el interior del otro. David rompió el encanto con un breve beso en los labios y una rápida caricia en el costado de Irene que le provocó una oleada de cosquillas. La mujer se retorció en sus brazos, riendo abiertamente, y se levantó en busca de dos cervezas frescas. Cuando regresó, David la esperaba sentado en la cama, mirando distraído hacia la ventana.

-¿En qué piensas? -preguntó Irene.

-En ti, como siempre.

-¡Mentiroso! Eres un embaucador. Seguro que tienes un millón de cosas en la cabeza y yo solo ocupo un par de milímetros cuadrados en tu cerebro.

-Te aseguro que no. -David tomó la cerveza que le tendía Irene y esperó a que ella se sentara a su lado, sobre la cama deshecha-. Siempre estás presente en mis pensamientos, de un modo u otro.

-¿Y qué estabas pensando ahora? David sonrió pensativo, como si dudara sobre la conveniencia de contestar. Un codazo de Irene le sacó de su ensimismamiento y le devolvió al presente.

-Pensaba en lo poco que sé de ti.

Irene sintió que se le encogía el estómago. Todo el miedo que llevaba días arrinconado en su corazón rebasó las barreras de contención y se apoderó de su cuerpo. Así con tanta fuerza el vaso que temió romperlo.

-Exactamente, ¿qué te gustaría saber de mí? Soy lo que ves, no hay nada debajo. Mi vida es bastante aburrida... O lo era hasta hace unas cuantas semanas.

-Ni siquiera sé cuándo es tu cumpleaños, dónde naciste, cómo se llamaba tu mascota, en qué colegios estudiaste, cómo se llamaban tus padres, si fuiste una adolescente rebelde o una buena chica...

-¡Para, para! -El miedo regresaba poco a poco a su rincón. Aquella conversación no iba a ser tan peligrosa como temía-. Vamos por partes, ¿por dónde quieres empezar?

-Por el principio. Háblame de tu infancia.

David se acomodó en la cama, apoyando el brazo en la almohada, y miró fijamente a Irene, que había arrebujado la sábana en torno a sus caderas. Meditó unos instantes antes de comenzar a hablar:

-Nací un seis de septiembre. Fui la primera hija de Pablo Ochoa, un hombre tan grande de cuerpo como de corazón, y de Victoria Legarreta, una mujer menuda, pecosa y con unos preciosos ojos color violeta. También fui su única hija. Unas complicaciones después del parto derivaron en una infertilidad posterior que, aunque les apenó profundamente, ya que los dos soñaban con una familia numerosa, al menos pudieron mitigar mimándome con total descaro. Estudié en un colegio de monjas y no recuerdo haber causado nunca ningún problema digno de mención...

-No me lo puedo creer -apostilló David-, todos los jóvenes dan algún

disgusto a sus padres en un momento u otro de su adolescencia.

-La única vez que mis padres se sentaron a hablar muy seriamente conmigo fue cuando se enteraron, por boca de la chivata de mi amiga Mila, de que estaba saliendo con un chico de mi edad pero que vestía como un heavy; ya sabes, ropa negra, pantalón ajustado, pelo largo, pitillo en la boca... Se llevaron un susto de muerte pensando que su hijita podría perderse por los tenebrosos antros del rock and roll, pero, afortunadamente para todos, mi fascinación por el lado oscuro de la vida se esfumó pronto. Te prometo que el resto de mi adolescencia pasó sin pena ni gloria, con alguna regañina por llegar tarde el sábado por la noche, varios tirones de oreja cuando mis notas bajaban un poco y algún que otro castigo por contestarles con la chulería propia de la edad.

David rió de buena gana imaginándola mandando a sus padres a hacer puñetas, como ella misma dijo.

-¡Lo siento! Era una niña bien incluso a la hora de insultar. Seguro que tú te sabes una buena retahíla de palabrotas que podrías enseñarme, en cambio yo iba al colegio con gente muy recatada.

-Para esa tarea tendremos que hablar con Ismael, podría escribir un libro con todas las palabrotas que conoce. Creo que incluso es capaz de insultar en varios idiomas.

-Perfecto, un día quedamos con él.

David la besó con cariño y volvió a sentarse, invitándola a continuar desgranando su historia.

-Entré en la universidad sin problemas, mis notas eran buenas y superé sin dificultad el examen de ingreso.

-Espera, espera...

-¿Qué? -Irene lo miró, sorprendida.

-Te has dejado la parte de los novios de juventud.

-¡Ni lo sueñes! Mi madre me dijo que nunca le hablara a un novio de mis parejas anteriores, y no pienso romper esa norma contigo. Ya sabes, todo lo que digas puede ser utilizado en tu contra.

-Bien, dejaremos ese capítulo para otro momento, pero no pienso olvidarlo. Continúa.

-Entré en la universidad y comenzó la peor etapa de mi vida. Cuando estaba terminando el segundo curso de Turismo, mis padres sufrieron un accidente de tráfico. Mi padre murió en el acto. Mi madre sobrevivió una semana más, rodeada de tubos y de máquinas, y sin recobrar el conocimiento en ningún momento. Fue terrible, lo más duro que he vivido jamás. En siete días me quedé sola en el mundo. Sola y desorientada. Como ya era mayor de edad no hubo necesidad de buscar un tutor legal que velara por mis intereses. Un notario, amigo de mi padre, se ocupó de todos los papeles. En pocos días puso todos los bienes de mis padres a mi nombre y, de pronto, me encontré al frente de mi propia vida. Pasé de ser la hija de papá a una adulta responsable... de diecinueve años. -La emoción se reflejó en sus ojos y en su voz. A pesar de los años transcurridos, algunas noches todavía podía ver los ojos violeta de su madre mirándola con infinita ternura, y en sus sueños seguía apareciendo su padre, con su corpachón y su voz profunda, jugando al fútbol con ella en el jardín de casa. Recordaba con claridad las excursiones al campo, las salidas a la cercana playa de Hondarribia, las navidades, con su escueta familia reunida en torno a una mesa en la que no faltaba ni un solo detalle a pesar de que solo eran tres los comensales...-. Perdona, me pongo muy sensible cuando hablo de mis padres.

-No te preocupes, mi vida. Si quieres, lo dejamos para otro día.

-No pasa nada, tampoco hay mucho más que contar. Ese año suspendí todas las asignaturas y pensé en dejar de estudiar, pero una tarde de verano, encerrada en mi casa, tumbada en el sofá completamente a oscuras, ignorando las llamadas telefónicas de mis amigas, que cada vez iban espaciándose más en el tiempo, te juro que creí ver a mis padres de pie en medio del salón, mirándome fijamente, muy serios, recriminándome mi actitud. Me asusté muchísimo y la visión desapareció. Nunca más los he vuelto a ver con tanta claridad como aquel día. Hoy estoy convencida de que fue una alucinación, fruto seguramente del calor, del estrés emocional y del

desorden vital en el que estaba sumida, pero en aquel momento me espoleó el cuerpo, la mente y el alma. Al día siguiente, abrí todas las ventanas, limpié la casa, me vestí y me matriculé de nuevo en la universidad. Repetí curso, lógicamente, pero acabé la carrera en dos años. Luego viajé un poco para adquirir algo de experiencia, trabajé en varias agencias de lugares turísticos, fui guía en Lanzarote y en Menorca y, por fin, regresé a Pamplona.

-¿Y tampoco en esta etapa hay novios?

-Lamento decepcionarte, pero no.

-Esta película es un poco aburrida...

Irene le golpeó en el hombro y él se dejó caer hacia atrás en la cama, como si hubiera recibido un tremendo puñetazo. Cuando recobró la compostura, Irene continuó con su relato.

-Llevaba un año en Pamplona cuando conocí a Marcos. Nos presentó una amiga común en la fiesta de inauguración del bufete en el que él iba a trabajar. Era un chico encantador, muy guapo, atento y cariñoso. Me robó el corazón en minutos. -La mirada de Irene se perdió en el infinito de la pared de enfrente. Vio la maravillosa sonrisa de Marcos y pudo oler su perfume, una penetrante esencia de Armani. Después, su mente se llenó de golpes, insultos y un fuerte olor a quemado. Sacudió la cabeza con fuerza y se refugió en el regazo de David, que la contemplaba en silencio-. Y el resto es historia. Fin. ¿Qué te ha parecido?

David se dio cuenta de que temblaba ligeramente. Le acarició los hombros y trató de calmarla. La besó en el pelo y habló con voz suave.

-La historia solo son cuentos pasados. Lo que a nosotros nos interesa es el hoy, el ahora. Y el mañana, siempre que estemos juntos.

-No podría estar más de acuerdo. Te quiero con toda mi alma.

-Yo también te quiero, Irene; más de lo que pensé que sería capaz de amar.

Era ya de madrugada cuando recompusieron la ropa de la cama y se

tumbaron entre las sábanas. Se durmieron desnudos, abrazados y sonrientes, sintiendo que no había nada en el mundo más importante que ellos, y que nada, nunca, podría malograr lo que existía entre los dos.

Sentado frente a la mesa de su despacho, el inspector Redondo acababa de leer por tercera vez el informe de la autopsia realizada a Marta Bilbao. Se trataba de un informe extenso y minucioso que dejaba poco resquicio a las dudas. O bien la joven había elegido una forma curiosa de suicidarse, o bien había contado con la ayuda de alguien. En este punto habría que dilucidar también si la colaboración había sido consentida y conocida por Marta Bilbao o si, por el contrario, se trataba de un homicidio. Tenía que reconocer que, con los datos que poseía en esos momentos, le costaría un triunfo convencer a su superior de que había algo extraño en esa muerte. Además, había tanto trabajo acumulado que no le iban a consentir detenerse en elucubraciones peregrinas.

Redondo se reclinó en la silla y levantó los brazos, cruzando las manos detrás de la nuca. El pelo, cortado a cepillo, le rascaba la palma de la mano. En la pared de enfrente colgaba desde hacía muchos años un cuadro que, en opinión de su mujer, le ayudaría a concentrarse, a relajarse y a encontrar la paz en su interior. Nada más lejos de la realidad. El óleo, de un artista desconocido, representaba una serie de espirales concéntricas de diferentes colores. En la parte exterior de la espiral primaban los tonos fuertes, rojos, granates y negros, colores que se iban suavizando en los círculos interiores, tocando el azul, el verde, el naranja, el amarillo y, finalmente, el blanco. El problema era que los círculos no eran perfectos, sino que el pintor los había realizado a mano alzada, deformándolos de manera que, en alguno de los giros, las curvas se tocaban. Además, podían verse salpicaduras de pintura aquí y allá, motas de color que distraían la atención de la espiral. Las curvas concéntricas imperfectas le ponían nervioso, mientras que la combinación cromática era de un gusto más que dudoso. Redondo no se tenía por un entendido en arte, pero sabía apreciar el buen hacer de Velázquez, Rubens, Goya, Miguel Ángel y el resto de los clásicos. En su opinión, del siglo XIX en adelante había pocas obras que realmente merecieran llamarse arte. Por

descontado, lo que hacían los pintores modernos le parecía una auténtica tomadura de pelo y no llegaba a comprender cómo había gente dispuesta a pagar cantidades indecentes de dinero por un cuadro lleno de rayas y colores sin forma.

Desvió la vista sin cambiar de postura y recorrió con la mirada sus títulos académicos: licenciado en Psicología por la Universidad de Navarra, máster en Criminología y en Psicología Legal y Forense, todos dispuestos sobre un paspartú color crema y enmarcados con un austero marco negro completamente liso. En este caso su mujer, tan amiga de las curvas y los colores, decidió que la sobriedad era lo más adecuado para las acreditaciones académicas de su marido. Bajo los títulos nacía el caos. Desde el suelo y hasta un palmo de los marcos negros se elevaban dos enormes pilas de papeles y carpetas. La policía llevaba varios años digitalizando sus archivos. De hecho, todos los papeles que Redondo amontonaba en su despacho podía encontrarlos en su ordenador o en los pulcros archivos del sótano, pero no confiaba demasiado en la profesionalidad de las tres jóvenes que se pasaban horas y horas pegadas a un equipo informático, tecleando sin cesar las palabras que leían en los dossiers que tenían sobre la mesa. Una tras otra, las cajas de documentos llegaban desde el archivo hasta el cubículo en el que trabajaban las documentalistas. Se suponía que, una vez introducidos en el sistema informático, los papeles debían destruirse, pero Redondo se había negado a deshacerse de sus informes y, como en el archivo se negaban, a su vez, a guardarlos, los escondía en su despacho, ocupando un espacio ya de por sí escaso. Sus compañeros le habían recriminado en más de una ocasión su manía de no tirar los documentos de papel, pero le daba la sensación de que las teclistas podían olvidar transcribir algo importante y, de momento, prefería tener a mano los casos abiertos, los pendientes de juicio y los que podían ser objeto de revisión en un futuro cercano. Es decir, dos columnas de papel de más de metro y medio de alto cada una.

El desorden que reinaba en el despacho no se reflejaba, sin embargo, en la mesa de trabajo del inspector Redondo, tan limpia, vacía y reluciente que parecía como si alguien la acabara de dejar allí a la espera de que su dueño la estrenase. Sobre la pulida superficie gris el inspector había colocado una pequeña pantalla plana de ordenador, dos bolígrafos, uno rojo y otro azul, y una carpeta marrón que apenas contenía una decena de folios. El teclado

inalámbrico descansaba en el primer cajón del escritorio, y el resto del material de oficina, en los demás cajones, también pulcramente ordenados: cuadernos nuevos, lápices perfectamente afilados, una pequeña grabadora de voz, una cámara de fotos digital y, en el último recoveco, ordenados cronológicamente, los cuadernos de notas que el inspector había utilizado en los últimos diez años. No faltaba ni una sola hoja, toda la memoria de Redondo descansaba en el cajón más cercano al suelo de su sobrio escritorio.

Recuperó la posición erguida y abrió la carpeta que tenía ante sí. Era la cuarta vez que leía los folios que contenía, un detallado informe sobre la causa de la muerte de Marta Bilbao. Las palabras del forense le intrigaban muchísimo. Por un lado, seguía sin entender por qué la joven, por muchas intenciones suicidas que tuviese, se había molestado en triturar las medicinas y mezclarlas con alimentos. Su instinto le decía que algo no cuadraba, pero no encontraba ningún motivo por el cual alguien deseara la muerte de Marta Bilbao. No se le conocían novios recientes, sus amigas aseguraron que apenas salía de casa desde que murió su hermano y que, antes de la tragedia, tampoco era muy aficionada a las fiestas. Su dinero, heredado de su padre, pasaría a manos de su madre, enferma pero todavía viva. En caso de que la madre falleciera había un pequeño número de familiares que tendrían acceso a las posesiones de los Bilbao, pero ninguno de ellos parecía necesitar una inyección urgente de dinero. Además, Ana Martelo estaba mentalmente desequilibrada, pero tenía una salud de hierro, según aseguraba su médico. Y en cuanto a su salud mental, aunque remota, todavía existía una posibilidad de que recuperase la cordura a medio plazo.

Descartado el sexo y el dinero, Redondo se quedaba sin las dos razones más poderosas y frecuentes para matar. No creía que Marta Bilbao fuera guardiana de secretos inconfesables de terceras personas, sus cuentas bancarias no revelaban movimientos extraños y su vida social era prácticamente nula. Nada. Eso era lo que tenía Redondo, pero algo le decía que no debía archivar el caso tan pronto. Le dedicaría uno o dos días más y, si seguía sin descubrir nada, lo añadiría a la pila de papeles que tenía en frente después de ponerle el sello de «suicidio».

Buscó el nombre del psiquiatra en la carpeta y anotó su nombre, dirección y teléfono en el cuaderno. Le llamó personalmente y lo encontró en su despacho, a pesar de estar en plenas fiestas. Reconoció que no tenía

pacientes, pero que aprovechaba las mañanas tranquilas como esa para poner al día sus papeles y repasar algunos casos. Acordó reunirse con el doctor una hora después, tiempo más que suficiente para comer algo rápido en la salita de la comisaría y evitar así tener que ir a casa y escuchar a su mujer reprocharle el poco tiempo que dedicaba a su salud, a su familia y a ella misma.

En la calle le golpeó el sofocante calor. Buscó instintivamente la sombra, abundante gracias a los frondosos árboles plantados en los escuetos recuadros de tierra abiertos en las aceras, como pequeñas heridas verdes en el asfalto, y ocultó sus ojos tras los cristales espejados de sus gafas de sol. La consulta del psiquiatra no estaba demasiado lejos, por lo que prefirió dar un pequeño paseo hasta su despacho. Definitivamente, la ciudad padecía una resaca espantosa. Las máquinas limpiadoras se afanaban por eliminar del asfalto los restos de alcohol y otros residuos inimaginables que se pegaban a la suela de los zapatos de Redondo. Quedaban dos días de fiestas, pero haría falta mucho trabajo para que Pamplona recuperara su tradicional aspecto de señora mayor con ínfulas de jovencita. Mientras caminaba, Redondo recordó la primera vez que escuchó esa comparación, y desde el principio no pudo estar más de acuerdo. La ciudad se daba aires de señora de bien, con sus calles limpias, sus millones de metros cuadrados de parques y jardines, sus calles empedradas y sus avenidas amplias y descongestionadas, construidas para traer y llevar a los pamploneses que vivían en los extrarradios. La señora, llena de iglesias, curas, tradiciones ancestrales, mercados medievales, banderas forales y monumentos recordando su pasado como reino, sufría de vez en cuando los ataques propios de una cuarentona que se niega a aceptar su edad y se aferra con uñas y dientes a la juventud. Entonces, de repente, surgía una exposición inesperada y sorprendente, un concierto o una manifestación antisistema. En una ciudad en la que era más importante aparentar que tener, de vez en cuando se abrían grietas por las que se veía la verdadera cara de sus ciudadanos. Y no tenían mala pinta, en opinión de Redondo.

Llegó a la consulta del doctor Ricardo Escala sorteando dos o tres grupos de jóvenes que llevaban el consabido pañuelo rojo al cuello y caminaban por el centro de la calzada. A pesar de las molestias, los conductores, hombres y mujeres que posiblemente el día anterior habían

estado también de fiesta, se mostraban comprensivos y avanzaban despacio, esperando a que los jóvenes se dignaran a dejarles pasar.

El inspector Redondo se sorprendió cuando fue recibido por una joven secretaria, ya que pensaba que el doctor estaría solo en la consulta. La joven, que se identificó como Begoña, le guió hasta una cómoda sala de espera en la que se sentó, después de que la joven le asegurase con una sonrisa que el doctor le recibiría en pocos minutos. Ojeó las portadas de las revistas que descansaban sobre la mesa. *National Geographic*, *Muy Interesante*, *Geo* y *Psique Actual*. Ninguna le atrajo lo suficiente como para echarle un vistazo más allá de la portada, así que centró su atención en las paredes. Colores claros, acuarelas de apacibles paisajes primaverales y algunas fotografías en blanco y negro de personas felices y sonrientes. Redondo pensó que seguramente una persona deprimida se sentiría bien en ese ambiente, pero a él tanta felicidad petrificada le producía escalofríos.

Tal y como prometió, el doctor Escala apareció en la sala de espera apenas cinco minutos después. Tras un profesional apretón de manos, Redondo siguió al psiquiatra hasta su despacho. Una nueva sorpresa le esperaba al cruzar la puerta de la consulta, que desmontaba muchos de los mitos que le habían acompañado desde niño. Nada de diván, nada de incómodas sillas ni abarrotadas librerías. Ni siquiera encontró una estancia en penumbra. Al contrario, entró en una soleada habitación en la que tres cómodas y modernas sillas blancas rodeaban una mesa baja que parecía flotar sobre una mullida alfombra gris perla. En un rincón, una mesa de madera sostenía un moderno ordenador portátil y varias carpetas llenas de papeles. Nada de títulos académicos en las cálidas paredes de color crema, exentas casi por completo de adornos, a excepción de una pequeña colección de acuarelas que mostraban, sobre lo que parecían delicados pergaminos, varios símbolos de escritura japonesa.

-Son algunos de los pensamientos de Confucio, un gran filósofo. Compré los cuadros en un reciente viaje por Asia. Intento comprender todas las formas de pensamiento -explicó el doctor- para tener una visión más amplia del mundo y del ser humano, pero al final parece que a todos nos preocupa lo mismo, en cualquier rincón del planeta y a lo largo de todos los siglos.

-¿Qué es...?

-Ser felices, ni más ni menos. Estamos tan seguros de que nuestro objetivo en la vida, casi diría que nuestro derecho, es conseguir la felicidad, que cualquier contratiempo nos descoloca, nos lleva a la frustración y al desánimo. Deberíamos enseñar a los niños que la vida es dura, una carretera llena de curvas y baches que siempre termina en un profundo barranco. Eso sí, por el camino, si tenemos suerte, podemos hacer unas cuantas paradas en lugares más o menos interesantes donde pueden suceder cosas que nos hagan moderadamente felices.

-Bueno, creo que es lícito buscar la felicidad.

-Por supuesto, pero siempre que tengamos claro que no es lo único que nos podemos encontrar. La vida también conlleva malos momentos, cierta dosis de sufrimiento, más de una desilusión y, desgraciadamente, bastante dolor, tanto físico como psicológico. La felicidad consiste en saber exprimir al máximo los buenos momentos y que su recuerdo nos ayude a superar los malos. No podemos dedicar la vida a esperar más, tenemos que aprender a ser felices con lo que somos y con lo que tenemos. Obviamente, es lícito y recomendable intentar mejorar, pero si no lo conseguimos, no debemos hundirnos en la tristeza. El problema de la sociedad actual es que no tolera la frustración.

-Es una gran lección, doctor, la recordaré.

-Perdone la perorata, imagino que no ha venido hasta aquí para escuchar mis divagaciones. Usted quería hablarme de una de mis pacientes...

-Marta Bilbao Martelo. Como sabe, falleció hace unos días tras haber ingerido una sobredosis de fármacos.

-Una pérdida lamentable, una joven tan prometedora... -El doctor meneaba la cabeza de un lado a otro mientras hablaba, enfatizando con el gesto su pesar por la muerte de su paciente-. La verdad es que no me lo esperaba, pero, por otro lado, tampoco debería haberme sorprendido. Los suicidas suelen enviar una serie de claros mensajes sobre sus intenciones, y en el caso de Marta capté más de uno, pero debo confesar que estaba

convencido de que los lazos que la unían a su madre serían más fuertes que su deseo de reunirse con su hermano en la muerte.

-¿Manifestó en alguna ocasión su intención de quitarse la vida?

-En una de nuestras sesiones dijo que, en su opinión, la muerte era la única forma de acabar con el dolor que la invadía. Poco después aseguró que, por mucho que lo intentaba, no lograba encontrar un motivo para vivir, una cuerda a la que agarrarse para seguir adelante.

-Eso parecen claros indicadores de que una persona piensa seriamente en quitarse la vida.

-No, eso son claros indicadores de que una persona está pidiendo ayuda. Es una llamada de atención, en este caso hacia mí, intentando hacerme ver que su dolor era tan profundo que no le importaba morir, pero me lo contaba para buscar mi ayuda.

-Entonces, no esperaba que se quitara la vida.

-La psiquiatría no es una ciencia exacta. Trabajamos con la mente de las personas, un lugar poco explorado, lleno de oscuros recovecos en los que no sabemos qué vamos a encontrarnos. Hemos avanzado mucho en los últimos años, contamos con técnicas y fármacos que nos ayudan a estabilizar a las personas, pero nos queda mucho camino por recorrer.

-¿Cree que Marta Bilbao estaba haciendo progresos?

-Sin duda. Comenzaba a abrirse, a hablar de sus sentimientos, del dolor que le producía la pérdida de su hermano, de su confusión ante la situación de su madre, de la incertidumbre y el miedo que le producía el futuro. Se negaba a creer que su hermano hubiera muerto en un accidente.

-Una situación complicada.

-No más que la de miles de personas. El truco está en saber enfrentarse a las dificultades. La joven Marta carecía de recursos con los que afrontar tan dura situación. Desde pequeña había vivido rodeada de un padre sobreprotector y machista que tomaba todas las decisiones por su mujer y su

hija, tarea que recayó en el hermano tras la muerte del progenitor. En estos momentos se encontraba sin guía emocional, completamente a la deriva. Ni siquiera podía contar con el apoyo de su madre. Mi tarea consistía en enseñarle las claves que la ayudarían a salir adelante por sí misma.

-¿Y los fármacos, entonces?

-Marta sufría insomnio y frecuentes episodios de angustia y ansiedad. Necesitaba terapia, pero de momento también era urgente estabilizar su sistema nervioso y mental. Tenía que estar calmada para pensar en positivo y eso solo sería posible a través de la medicación. Las dosis estaban bastante ajustadas a su situación particular. Necesitaba dormir y controlar sus sentimientos, y creo que lo estábamos consiguiendo. Es una verdadera lástima que los acontecimientos hayan dado este giro tan dramático...

Las manos del doctor Escala reposaban blandamente sobre su regazo. No vestía bata blanca, ni siquiera el clásico traje de tweed que llevan los psiquiatras en todas las películas. Ricardo Escala vestía un sobrio y cómodo pantalón de algodón azul y una camisa blanca con las mangas recogidas hasta el codo y las arrugas justas para parecer elegante e informal. Nada parecía dejado al azar en su aspecto. El pelo, todavía oscuro pero luciendo ya las primeras hebras blancas, se ondulaba suavemente hacia la nuca, provocando el efecto de que el cabello rodeaba y modelaba la cabeza. Las patillas, siguiendo la moda, bajaban en una suave y delgada línea hasta la altura exacta del lóbulo de la oreja. Un suave bronceado resaltaba sus ojos marrones, y los labios, finos y levemente inclinados hacia abajo, mantenían un rictus de tristeza mientras hablaba de Marta.

El inspector Redondo tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el hilo de sus pensamientos, tan absorto estaba en la figura del doctor. Escala, por su parte, parecía estar recordando escenas especialmente dolorosas, a juzgar por la seriedad de su cara.

-Hay una cosa que me tiene especialmente inquieto -continuó Redondo.

-Usted dirá.

-Antes de nada, debo recordarle que todo lo que hablemos en esta

habitación es estrictamente confidencial y pertenece al ámbito de la investigación de una muerte no natural.

-Inspector, todo lo que se habla en esta habitación, sea quien sea mi interlocutor, es siempre confidencial. Puede estar tranquilo.

-Marta Bilbao -continuó el inspector mostró una frialdad impresionante en la preparación de la cena que le provocó la muerte.

-¿La cena?

-Exacto. Marta trituró un buen número de fármacos, un cóctel de todo lo que tenía en su mesita de noche, y lo mezcló con huevos y atún para hacerse una tortilla. Se la comió, acompañada por un refresco de cola, y se preparó para acostarse después de recoger la cocina. No me parece la actitud de alguien desesperado, sino la de una persona fría y calculadora que no deja nada al azar.

-Le repito que es imposible meterse en la mente de una persona y saber con exactitud qué piensa en un determinado momento, o ante una situación concreta. Solo podemos elucubrar. En ocasiones el dolor es tan intenso que nuestro cerebro se desconecta, incapaz de soportar tanto sufrimiento. Si se apaga por completo, como le ha sucedido a la señora Martelo, sucede lo que usted mismo ha podido ver, que la mente se queda en un estado de standby del que es muy difícil volver. Sin embargo, ese es el caso extremo, que se da solo en las mentes más castigadas o débiles. En otras ocasiones solo se desconecta una parte de nuestro cerebro. Ocurre entonces que dejamos de ser conscientes de todos nuestros actos y nos vemos a nosotros mismos como en un reflejo. Hacemos cosas que no estamos seguros de estar haciendo, como si las realizara otra persona. El cerebro se separa de la parte dolorosa, pero para hacerlo apaga también otras conexiones, creando una situación que podríamos definir, con un término muy actual, como de «realidad virtual».

-Y eso significa...

-Significa que Marta pudo no ser consciente del todo de lo que estaba haciendo. Deseaba morir, el dolor era insoportable, y se preparó una tortilla mortal. Sabía cuál sería su efecto, lo deseaba. Es posible que, en su cabeza,

fuera otra persona la que estaba «cocinando» la cena, así que ella actuó con normalidad: limpió lo que había ensuciado, cenó y se metió en la cama. Es posible que el momento de lucidez llegara demasiado tarde.

-¿Podría haber sucedido así?

-Podría, pero no estoy seguro en absoluto. Es una posibilidad, no una certeza.

-Pero de lo que no cabe duda es de que no fue un accidente.

-En absoluto, por supuesto que, si ella preparó la cena, era consciente de lo que iba a pasar.

-Si fue ella la que preparó la cena... -Eso es algo que debe dilucidar usted, ¿no cree?

Redondo se despidió del doctor Escala con la misma desazón que le acompañaba desde hacía varios días. Sentía el estómago revuelto y una inquietud que le provocaba pesadillas por las noches, pero no encontraba ningún dato, ninguna pista, que le indicara con claridad que hubiera algo fuera de lo normal en la muerte de Marta Bilbao. Seguramente su cabeza se desconectó, igual que la de su madre, y decidió poner fin a su sufrimiento por la vía rápida, sin esperar a comprobar si la terapia surtía efecto. Lamentablemente, no hubo nadie que viera a Marta preparar aquella tortilla. Caminó despacio por las calles de Pamplona de regreso a la comisaría. El suelo ya no estaba tan pegajoso como hacía un par de horas aunque, aquí y allí, desperdigados por los castigados parterres, podía verse gente durmiendo la borrachera en la cálida tarde de verano.

No podía evitar que la misma idea le diera mil vueltas en la cabeza. Si no fue ella la que se preparó la cena, ¿quién fue? La enfermera de la señora Martelo se marchó en cuanto acostó a su paciente y no se cruzó con nadie por la casa, aunque un rato antes estuvo charlando con la nuera de Ana Martelo, cuñada de Marta Bilbao, Irene Ochoa. Le preguntaría si la vio entrar en la cocina, aunque se le escapaba el motivo que podría tener la joven viuda para querer ver muerta a su cuñada. Varias ideas tomaron forma en su mente, aunque solo una de ellas le inquietó hasta el punto de producirle un

escalofrío. ¿Y si no fue ella la que preparó la cena?

Aquella mañana, como tantas otras en los últimos días, Irene se despertó inundada por un profundo sentimiento de felicidad. David se había despedido de ella un par de horas antes con una ráfaga de sonoros besos. Cuando escuchó la puerta de la calle al cerrarse, se dio la vuelta en la cama hasta situarse en el lugar que unos minutos antes ocupaba David. La almohada todavía conservaba su aroma y las sábanas permanecían aún tibias y acogedoras. Aspiró profundamente, llenando su corazón y su alma de dicha, y sonrió con los ojos cerrados.

La ciudad recuperaba poco a poco la normalidad después de que, en la medianoche del 14 de julio, miles de gargantas entonaran, roncadas de tanta fiesta, el triste «Pobre de mí». Apagadas las velas, la música y las verbenas, guardados pañuelos y fajines, y lavados con lejía los pantalones y las camisas blancas, los protagonistas eran ahora los equipos de limpieza, que se afanaban por devolver a Pamplona su pulcro aspecto habitual.

Terminadas las fiestas, Irene no tenía ninguna excusa sólida para no volver a su despacho-apartamento, o al menos para comenzar a buscar una

nueva vivienda, salvo que era feliz allí. Odiaba la idea de vivir sola de nuevo, de despertarse cada mañana envuelta en un abrumador silencio, de desayunar, comer y cenar sin poder comentar con nadie los acontecimientos del día. Sin embargo, tenía que reconocer que, desde cualquier punto de vista, era demasiado pronto para establecerse definitivamente en casa de David, por mucho que eso fuera lo que le pedía cada una de sus neuronas. Tampoco él parecía demasiado ansioso por que se marchara. De hecho, Irene veía brillar sus ojos cuando la abrazaba cada tarde al llegar a casa.

Se demoró unos minutos más en la cama, hasta que su cerebro exigió su primera dosis de cafeína. Se levantó perezosa, guiñó los ojos ante el ofensivo sol que entraba por las ventanas y se dirigió a la cocina. Ya no dudaba al abrir cajones y armarios. Sabía dónde estaba cada cosa, como en su propia casa. Puso la radio para escuchar las últimas noticias y conectó el teléfono móvil. Hacía años que tenía por costumbre apagarlo por la noche para evitar llamadas de clientes inoportunos. En su opinión, por mucho que la empresa fuera suya, llegaba un momento en el que también tenía derecho a descansar. El timbre del móvil comenzó a sonar incluso antes de que tuviera tiempo de dejarlo sobre la mesa.

En la pantalla vio que tenía tres llamadas perdidas de Rafael, el tío de Marcos y Marta, y un mensaje de texto. Abrió el Whatsapp y lo leyó despacio. En pocas palabras, Rafael le anunciaba que esa misma tarde se iba a celebrar una misa en memoria de Marcos y Marta. Irene regresó bruscamente a la realidad, que la zarandeó con fuerza. Se obligó a sí misma a respirar despacio y profundamente antes de telefonar a Rafael. El tío de su marido contestó al tercer tono.

-¡Irene! ¿Qué tal estás, hija mía? Me tenías un poco preocupado, te he llamado varias veces desde ayer.

-Lo sé, Rafael, y lo siento. Suelo apagar el móvil por la noche, pero no me había dado cuenta de que es el único medio que tenéis para localizarme.

-No importa, cariño. Dime, ¿qué tal estás?

-Bien, dentro de lo que cabe. Sigo adelante, como suele decirse.

-Me alegro, de verdad. Tenemos ganas de verte.

-Bueno, dime a qué hora es la ceremonia y allí estaré.

-Me refería a verte en otras circunstancias, Irene. Últimamente nuestros encuentros no han sido demasiado felices.

-Tienes razón. Cuando todo esto pase prometo que iré a veros un día. Podemos comer juntos, o pasar la tarde en el jardín, sabes que me encanta. ¿Cómo está Esther, por cierto?

-No todo lo bien que cabría esperar. -La voz de Rafael sonó sumamente preocupada-. Apenas duerme, tiene constantes pesadillas, padece fuertes dolores de cabeza y está muy desanimada. Tenemos muchas ganas de que pase todo esto, la verdad.

-Lo entiendo, Rafael. A mí también me gustaría pasar página, pero es complicado de momento. También está Ana...

-Ana... pobrecita. Sigue en su mundo.

-Lo sé, estuve en su casa hace dos días y no ha habido ningún cambio en su estado.

-La familia está pensando en trasladarla a una residencia, allí la atenderán de forma continuada. Desde que murió Marta, una enfermera pasa la noche en la casa, pero esta situación no puede prolongarse indefinidamente.

-Te agradecería que me informaras de cualquier decisión que toméis en ese sentido, Rafael, me gustaría seguir visitando a Ana, esté donde esté.

-Tenlo por seguro, cariño.

-¿A qué hora es la misa?

-A las cinco y media. No durará mucho. Guardo en casa las cenizas de Marta y he pensado que, después de la ceremonia, nos acercaremos al santuario de San Miguel de Aralar a esparcirlas, desde el mismo punto en el

que aventamos las de Marcos. Creo que le hubiera gustado.

-Estoy segura.

-Por cierto, Irene, te he llamado repetidas veces al despacho y no te he encontrado, ¿dónde te alojas?

Aunque no captó ningún matiz de ironía ni maldad en la voz de Rafael, se puso en guardia de inmediato.

-Estoy temporalmente en casa de un amigo. No podía dormir en el despacho durante los sanfermines y no encontré ningún hotel con habitaciones libres, así que este amigo me hizo un hueco en su casa durante unos días. Él no pasa demasiado tiempo aquí, así que apenas nos vemos -mintió-. De hecho -añadió, movida por unos repentinos remordimientos-, estoy a punto de mudarme de nuevo. Creo que, de momento, volveré a la calle Zapatería y comenzaré a buscar un piso pequeño en el que instalarme cuanto antes.

-Si crees que puedo ayudarte, querida, no dudes en decírmelo, ya sabes que conozco a mucha gente en esta ciudad, y más de uno me debe algún favor.

-Te prometo que lo pensaré, Rafael. Nos vemos esta tarde. Dale un beso a Esther de mi parte, por favor.

-Lo haré, no te preocupes. Hasta esta tarde.

Colgó tras despedirse y permaneció inmóvil con el teléfono en la mano, de pie en mitad de la cocina. Una vez más, la vida le recordaba quién era y qué había hecho. «Quizá este sea el último capítulo», pensó en un atisbo de esperanza, pero en su fuero interno sabía que sus actos la perseguirían para siempre. No merecía la felicidad que le rodeaba. No tenía derecho a la risa, al amor, al aire que respiraba. No podía vivir en una mentira. Un día cualquiera, en el momento más inesperado, una chispa prendería el incendio y David lo descubriría todo. ¿Qué haría él, entonces? ¿Se limitaría a abandonarla, a salir de su vida sin mirar atrás, o la detendría como la asesina que era y la arrastraría ante la justicia? David era un hombre recto, de sólidos principios,

y un buen policía. Estaba segura de que la arrestaría, aunque después cayera sobre él todo el sufrimiento del mundo. Solo le quedaba una salida: huir, escapar ahora que todavía podía, salir de su vida, abandonar la ciudad, el país incluso, y comenzar de nuevo en un lugar donde nadie la llamara por su nombre. Buscaría un rincón en el que morir despacio, donde pagar minuto a minuto por sus pecados. Pero no podía irse sin más. Si lo hacía, David la buscaría hasta la extenuación. No, él tenía derecho a saber quién era y qué había hecho, solo así la dejaría marchar. Tras el dolor, la rabia y el odio que sentiría hacia ella, podría curar sus heridas y continuar con su existencia. Decidió salir de su vida lo antes posible. Esperaría unos días, solo unos pocos más, para llenarse el corazón de felicidad, y después lo dejaría todo atrás. Escribiría una carta a David en la que le explicaría absolutamente todo. Quizá, si él lograba asomarse a su alma, fuera capaz de perdonarla... Sintió que le temblaban las piernas y la invadieron unas enormes ganas de vomitar. Corrió al baño y llegó justo a tiempo de arrojar por el váter toda la tristeza que llevaba dentro.

Mientras la normalidad se instalaba de nuevo en la ciudad, las dudas crecían en la mente del inspector Redondo. Pensamientos que no tenían donde agarrarse, eso sí, pero que le reconcomían cada vez que se detenía a pensar en el caso. Los restos de Marta Bilbao habían sido entregados a la familia, que optó por la incineración. Había leído en la prensa que esa tarde se celebraría una misa en su memoria y que después los allegados esparcirían sus cenizas en la más estricta intimidad. Había algo poético en el hecho de lanzar al viento los restos calcinados de un ser humano, como si se le diera una postrera posibilidad de volar como las aves, de huir de la tierra y mezclarse con las nubes, recuperando la movilidad que la muerte le robó. Pensar en la incineración, una opción que no contemplaba en absoluto para cuando él se convirtiera en un cadáver, le llenó la cabeza con la imagen de un cuerpo ardiendo en un enorme horno, y esa idea dio paso a otra. Marta Bilbao estaba directamente emparentada con otra reciente víctima, Marcos Bilbao, fallecido en el incendio fortuito de su casa. «Demasiado fuego para una misma familia», pensó. No perdía nada por echarle un vistazo a su expediente, así que salió de su despacho y se dirigió al archivo, donde un diligente policía se

lo entregó en menos de dos minutos, después de consultar en su ordenador el lugar exacto en el que estaba guardado. «La magia de la informática», pensó Redondo, recordando con una sonrisa torcida las pilas de papeles que un día acabarían por enterrarlo en su propio despacho. Regresó con el expediente y se sentó a leerlo bajo la luz de la lámpara. El informe forense y el de los bomberos no dejaban lugar a dudas. Era un caso cerrado que estaba más claro que el agua. Un borracho negligente que se duerme con el cigarrillo en la mano. No era el primero ni sería el último, eso seguro. Consultó en los papeles el nombre del jefe de bomberos encargado del caso y decidió llamarle, solo para quedarse tranquilo.

Localizó a Eric Gil en el parque de Trinitarios.

Cuando consiguió hablar con él, su voz mostró cierto deje de irritación, como si le hubieran interrumpido en medio de una tarea importante.

-¿Cabo Gil? Lamento molestarle, soy el inspector Redondo, de la policía.

-¿Ha ocurrido algo? -La irritación dio paso a una clara preocupación que Redondo se apresuró en disipar.

-No, no hay nada de qué preocuparse. Verá, estoy repasando un par de expedientes recientes y me he encontrado con dos hermanos que han muerto con poco más de un mes de diferencia, ninguno por causas naturales.

-¿Y qué tengo yo que ver con una investigación policial?

-Verá, su nombre aparece en el informe sobre el incendio que provocó la muerte de uno de los hermanos, Marcos Bilbao. Hace unos días encontramos muerta a la hermana, Marta, por una sobredosis de fármacos.

-Sin ser un experto, eso me suena a dolor insuperable.

-Es posible, sí. ¿No hubo nada en el incendio que le llamara la atención, algo fuera de lo normal?

-Si lo hubiera habido, estaría reflejado en el informe. -Eric estaba comenzando a molestarse con ese policía entrometido que ponía en tela de

juicio su trabajo-. Todo el proceso de investigación se llevó a cabo según el protocolo establecido para estos casos: recorrimos la casa de arriba abajo, analizamos y estudiamos los restos y tanto su laboratorio como el nuestro analizaron las muestras que recogimos. Resultado: un desgraciado accidente. ¿Alguna pregunta más?

-No pretendía molestarle, tan solo quería estar seguro de que lo que he leído es todo lo que hay.

-Es todo lo que hay. Buenas tardes.

Eric colgó antes de que el inspector Redondo pudiera despedirse. Con el auricular todavía en la mano intentó convencerse una vez más de que no había nada que rascar, pero una insistente vocecilla en su cabeza le decía que no perdería nada por dedicarle un par de horas más. O el resto del día, ya puestos. Colgó el teléfono y se masajeó suavemente las sienes intentando aliviar la tensión. Estaba terminando con los ejercicios de respiración que le había enseñado su mujer cuando dos golpes en la puerta terminaron con su proceso de relajación.

-Adelante. -Se incorporó en la silla e intentó concentrarse de nuevo en lo que le rodeaba.

-Redondo, ¿tienes un momento?

La aparición de David Vázquez en el umbral de la puerta le sorprendió tanto que se quedó sin palabras. Vázquez esperaba una señal para pasar al interior, pero al ver que Redondo no reaccionaba decidió entrar y sentarse al otro lado de la mesa. Apenas ocupaba un extremo de la silla, señal de que la visita iba a ser breve, aunque Redondo pensó que su cara denotaba cierta preocupación.

-Me han dicho que has pedido en el archivo el expediente sobre el incendio de Gorraiz. Yo llevé ese caso, ¿puedo ayudarte en algo? -A pesar de sus palabras, el tono de su voz dejaba claro que no era ayuda lo que le ofrecía, sino que le estaba dando la oportunidad de explicar por qué tenía sobre la mesa el caso de otro agente que, además, estaba cerrado. Alguien mal pensado podría deducir que estaba poniendo en entredicho su trabajo.

Por segunda vez en menos de media hora, Redondo se vio obligado a ofrecer la misma explicación:

-Tengo entre manos el caso de Marta Bilbao y me sorprendió que su hermano falleciera hace tan poco tiempo de una forma violenta.

-Y precisamente esa muerte era la causa de su profunda depresión, según tengo entendido. Insisto en que si hay algo en el caso de Marcos Bilbao que pueda serte útil, puedes venir directamente a mí en lugar de hurgar por el archivo.

El ambiente se estaba volviendo cada vez más tenso. Redondo y Vázquez nunca habían sido otra cosa más que colegas de profesión. No compartían confidencias, ni chascarrillos, ni siquiera una copa al salir de trabajar. Se saludaban cuando se cruzaban y en las reuniones a las que eran convocados, poco más. En las escasas ocasiones en las que se habían visto obligados a trabajar juntos, lo habían hecho con eficacia y rapidez, pero la incomodidad que sentían al estar el uno en compañía del otro era más que evidente. Simplemente no congeniaban.

-Verás -continuó Redondo después de una profunda respiración-, hay algunos aspectos en el informe forense de la hermana que no cuadran demasiado bien, aunque su psiquiatra me ha ofrecido una explicación bastante plausible y seguramente cerraré el caso en breve, pero aun así, como profesional debo investigar hasta que pueda disipar todas las dudas antes de dar carpetazo al asunto.

-¿Qué es lo que no te cuadra?

Al ver que Redondo dudaba sobre si compartir la información con su colega o guardar silencio, Vázquez insistió con un tono brusco en su voz:

-Yo también puedo ir al archivo del forense, si es eso lo que quieres.

-No es necesario -dijo Redondo tras una segunda inspiración profunda; si seguía así iba a comenzar a hiperventilar-. Simplemente, me sorprende la frialdad con la que preparó su propia muerte. Por lo que he podido averiguar, es algo que no cuadra demasiado con el perfil de un suicida.

-Supongo que si se medicaba y acudía a un psiquiatra, su personalidad estaría un poco trastocada...

Parecía que Redondo estaba ablandándose, por lo que Vázquez comenzó a levantarse de la silla. No había terminado de erguirse cuando se detuvo en seco.

-¿Crees que sería posible hablar con la viuda de Bilbao?

-¿Y eso por qué?

-Por contrastar datos, simplemente. La vi en el piso de Marta Bilbao.

-Era su cuñada, ¿recuerdas? Nada tiene que ver en el caso.

-Estuvo en el piso la noche de la muerte, la declaración de la enfermera lo confirma.

-Pero se fue a la vez que ella y no regresó.

-Eso es solo su palabra...

-Que no tiene por qué ser falsa, solo porque a ti te convenga pensar lo contrario.

-Pero pudo volver.

-Y pudo no hacerlo, y eso es precisamente lo que pasó.

-Te veo muy seguro.

-Hablé con ella esa misma noche, cuando salió de casa de su suegra.

Redondo no le quitaba los ojos de encima, analizando cada palabra, cada movimiento, cada gesto de Vázquez. Casi se diría que se estaba divirtiendo, pero no, su preocupación iba en aumento. No le gustaba en absoluto tener a un policía enredado en una investigación.

-Ya ha sufrido bastante, no veo motivo para interrogarla sin causa

aparente.

-Bueno, yo no la he visto muy triste, para ser una viuda reciente...

David traspasó con la mirada a su colega, que pareció empequeñecerse en su silla, aunque consiguió a duras penas aguantar la mirada iracunda de Vázquez.

-Es posible que el difunto no mereciera las lágrimas.

Redondo sonrió. No esperaba esa reacción.

-¿Y eso? ¿Era un mal marido? ¿La engañaba con otras mujeres? -Ante el silencio de Vázquez, se aventuró una vez más:- ¿Le pegaba?

La intensidad con que David cerró los puños indicó a Redondo que había acertado de pleno. Lo sospechaba desde que cazó al vuelo las últimas palabras de una conversación demasiado íntima entre el inspector Vázquez y la poco afligida viuda. Marcos Bilbao maltrataba a su mujer. Quizá ella no pudo aguantar más y, en lugar de divorciarse, decidió tomar un atajo para librarse de su marido. Y si su cuñada había llegado a la misma conclusión, acallar una voz molesta y peligrosa era un motivo más que suficiente para matar. Sonrió ante esa idea, aunque la sonrisa se le congeló en los labios cuando volvió a mirar a Vázquez. Estaba pálido, casi lívido, y apretaba los dientes con tanta fuerza que podía oírlos rechinar.

-Si reabres el caso de Marcos Bilbao sin nuevas pruebas, acudiré al comisario Tous y encontraré la manera de acabar contigo, Redondo. El caso está resuelto. No había indicios de que el fuego hubiera sido provocado, la víctima tenía una tasa de alcohol en sangre que podría tumbar a un elefante y su mujer no estaba en casa. Los testigos del incendio no vieron salir a nadie de la vivienda. Punto y final.

Redondo levantó las manos en señal de sumisión, no porque Vázquez le estuviera convenciendo, sino porque no quería contribuir a que aumentara el nivel de violencia.

-Y en cuanto a Marta Bilbao -continuó-, yo estaba con Irene Ochoa

cuando la llamaron para comunicarle la noticia y te garantizo que la sorpresa y el dolor que sintió eran auténticos. Nadie es tan buena actriz como para estar conmigo, que además da la casualidad de que soy inspector de policía, y no dar ninguna señal de que acaba de matar a una persona. Te equivocas, Redondo; asúmelo. Tienes casos mucho más urgentes sobre los que trabajar.

Salió del despacho dando un sonoro portazo. En el pasillo encontró a varios agentes que, sorprendidos por las voces que salían del interior, esperaban a ver qué sucedía a continuación. Cuando se serenó, Redondo tuvo que reconocer que a Vázquez no le faltaba razón. Cogió una vez más el expediente y se levantó con él en la mano. Estaba dispuesto a dejarlo en la pila de papeles e introducir el código de caso cerrado en el ordenador, pero finalmente, ya fuera por el cabreo que sentía o porque la vocecilla interior no había enmudecido del todo, decidió guardarlo en el primer cajón de su escritorio, asomado por debajo del teclado inalámbrico de su ordenador, bien a la vista.

David sabía, o más bien intuía, que algo atormentaba a Irene. Parecía asustada, rehuía sus abrazos y en varias ocasiones la descubrió ahogando con sus manos los sollozos que le nacían en la garganta. Por la noche, sin embargo, prácticamente se arrojaba a sus brazos, hacían el amor con una pasión desmedida que nunca parecía apaciguarse y dejaban que el sueño les alcanzase abrazados entre las sábanas. Irene necesitaba el constante contacto con la piel de David, solo así parecía calmarse y conseguía dormir un poco. Pero el sueño de Irene no era plácido ni tranquilo, sino que se presentaba salpicado de pesadillas y sobresaltos. Cuando preguntaba, David solo encontraba evasivas y negaciones. Culpaba de su estado al estrés y a todo lo vivido en las últimas semanas y le suplicaba a David que tuviera paciencia con ella. Por supuesto, él estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario, pero no podía evitar una honda preocupación, que incluso comenzaba a afectarle en el trabajo. Sus compañeros le achacaron en un par de ocasiones que estaba distraído, con la cabeza en otro sitio. De su gestión dependían demasiadas cosas, asuntos pendientes y otros todavía sin resolver, especialmente los asesinatos de Roncesvalles, y no podía permitirse ni un

descuido, pero estaba sincera y profundamente angustiado. Pensó en hablar con algún familiar cercano de Irene, o sondear a sus empleados en la agencia, pero desechó la idea tan pronto como terminó de darle forma. La suya era una relación semiclandestina. Aunque salían a pasear y a cenar a lugares públicos, sabía, porque Irene así lo había reconocido, que no le había hablado a nadie sobre él. David, sin embargo, no pudo evitar sincerarse con su madre en una de sus últimas conversaciones telefónicas. La anciana, conocedora del carácter de su hijo, supo de inmediato que estaba enamorado hasta los huesos y se alegró sinceramente por él. Para no preocuparla, evitó contarle los detalles de su relación. Pensó que no venía al caso explicarle que Irene era viuda desde hacía poco tiempo y que se habían conocido mientras él investigaba la muerte de su marido. Estaba convencido de que la anciana, que llevó luto riguroso por su marido durante un año entero, no lo vería con buenos ojos. A David solo le quedaba la opción de esperar a que todo volviera a su cauce. Irene sabía que él estaba allí para cuando lo necesitara, la sostendría si se sentía débil, le prestaría toda su fuerza, y saldrían adelante juntos.

Los malos sueños y la tristeza regresaron el mismo día que volvió a ver a su familia política. Por la tarde acudió a la sencilla ceremonia con la que los Bilbao-Martelo despidieron a Marta y recordaron a Marcos. Unos discretos ramos de flores, las palabras del sacerdote y las lágrimas de los presentes sirvieron para que Marta Bilbao desapareciera para siempre, convertida en polvo y cenizas, acunada por las nubes desde los afilados picos de la sierra de Aralar. El viento, siempre caprichoso, realizó un giro inesperado y provocó que unas diminutas partículas de ceniza gris giraran en el aire, para luego caer lentamente ante los ojos de los asistentes, como en un baile macabro, hasta posarse a sus pies. Tampoco entonces permitió que David la acompañara, prefería no tener que dar explicaciones en esas circunstancias. Él, una vez más, respetó sus deseos sin oponer ninguna resistencia. Apenas le contó nada de lo ocurrido en la ceremonia de despedida. Se encerró en sí misma y permitió que la tristeza la invadiera.

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era que Irene llevaba varios días buscando un piso en el que instalarse. Cuando ella llegó con sus maletas y sus escasas pertenencias y se acomodó en su casa, en su cama y en su vida, él dio por sentado que era para siempre. «Mal hecho», se dijo. Tres días antes

Irene comentó, casi sin darle importancia, que tenía que empezar a buscar un apartamento. Enumeró las ventajas y los inconvenientes de los distintos barrios, especuló sobre si era mejor comprar un piso nuevo o uno de segunda mano, en una zona que ya tuviera todos los servicios, y al día siguiente volvió con un montón de periódicos en los que se dedicó a rodear con un rotulador rojo los anuncios que encajaban en sus intereses. David asistía triste y atónito a la búsqueda de Irene, negándose en silencio a ayudarla pero sin atreverse a decirlo en voz alta. Le dolía el corazón, no quería dejarla marchar, aunque sabía que eso no significaba que terminara con su relación, sino solo con una convivencia que se había iniciado fruto de las circunstancias. Le dijo que se iría después de las fiestas. Pasados los sanfermines, ella retomaría su vida y él se quedaría solo de nuevo.

A pesar de su sufrimiento, no pudo negarse cuando le pidió que la acompañara a visitar una vivienda. Para entonces, el carácter de Irene ya había comenzado a cambiar. No dormía bien, estaba triste y silenciosa, y sufría constantes pesadillas. Se sobresaltaba si David llegaba hasta ella sin anunciar su presencia, o si la tocaba sin previo aviso. Ya no había abrazos furtivos, ni besos por sorpresa.

Se desplazaron en coche hasta Zizur, donde una agencia le ofrecía un pequeño dúplex de dos habitaciones con un cuidado jardín delantero. El comercial, convencido de que se trataba de una pareja de enamorados en busca de su nidito de amor, les guió por la casa mientras describía sus virtudes para unos recién casados. Ninguno de los dos le sacó de su error y se limitaron a seguirle en silencio por estancias y pasillos. El pobre hombre, pensando que quizá acabaran de tener una discusión, salió a la calle durante unos minutos, invitándoles a que la recorrieran a sus anchas. Una vez solos, se encontraron de pie y en silencio en medio del gran salón. En un esfuerzo por aparentar normalidad, David giró sobre sí mismo para observar los detalles. Al fin y al cabo, para eso estaban allí. El anterior propietario había decorado el piso con mucho gusto y cuidado, se notaba el mimo que había puesto en cada detalle. El cómodo sofá blanco contrastaba con el marrón chocolate de la pared. Sobre una mesa también lacada en blanco destacaba un estilizado jarrón en el que seis rosas rojas comenzaban a marchitarse. Los toques de color los daban los cojines del sofá, de terciopelo negro, y una tupida alfombra de color cobrizo que brillaba bajo los rayos de sol que

entraban a raudales por los enormes ventanales. Enfrente, un discreto aparador sostenía un enorme televisor y un moderno sistema de sonido, con sus cinco altavoces repartidos estratégicamente por toda la estancia pero sin que se viera ni un solo cable. El resto de la pared estaba prácticamente desnuda, a excepción de unos óleos en los que unas exóticas orquídeas en tonos rojo y rosa fuerte ofrecían el contrapunto cromático a la sala. En la otra esquina encontró un rincón de lectura, una zona un tanto discordante con el resto pero que parecía el más utilizado del salón. El sillón de grandes orejeras, tapizado en verde claro y con un reposapiés del mismo color al lado, estaba rodeado por un ángulo de altas estanterías blancas cubiertas casi por completo de libros de todos los tamaños y colores. David se acercó curioso a ojear los títulos, pero Irene, ávida lectora, no mostró ningún interés. Casi todos los títulos que pudo ver pertenecían a libros de viajes y a novelas de ciencia ficción, a las que era poco aficionado. Los relatos viajeros de Javier Marías aparecían agrupados en un lugar preferente de la librería, al igual de algunos tomos antiguos de las obras de Julio Verne. Echó un rápido vistazo a las fotografías que reposaban junto a los libros. Mostraban al mismo hombre, bastante joven y apuesto, en diferentes puntos del planeta y con gente de lo más diversa. Las mujeres de las imágenes variaban de una instantánea a otra. Había una rubia en un velero, una morena de aspecto recatado en la ladera del Teide, una joven sonriente en una playa abarrotada de gente, y una elegante mujer madura, todavía más que presentable, brindando a la cámara con una copa en la mano. Volvió a la realidad cuando Irene tocó su mano con un leve roce. Instintivamente extendió los dedos y los cruzó con los de ella. Se sentía mejor cuando notaba el calor de su cuerpo en la palma de la mano. Hizo acopio de pensamientos positivos y se obligó a sonreír. Miró a Irene a los ojos, pero no encontró en ellos la alegría que esperaba ver. Al contrario, la sombra de la tristeza los había nublado de nuevo. Apretó suavemente su mano y, con la otra, le acarició la espalda, atrayéndola hacia él para besarla en los labios. Cuando separaron sus rostros, ella también sonreía.

-¿Te gusta la casa? -preguntó en un susurro, como si el agente inmobiliario, que todavía no había regresado, pudiera oírlos.

-No está nada mal, aunque todavía no te ha dicho el precio. Irene, de nuevo animada, paseó la mirada por el salón.

-A mí me gusta bastante, y el barrio también, parece muy tranquilo.

Bueno, en eso tú podrías darme tu opinión de experto. ¿Cuál es el índice de delincuencia en Zizur?

Irene ahora sonreía abiertamente y sus ojos volvían a brillar. Le acarició la cara y tiró de él para recorrer de nuevo las habitaciones. Primero la espaciosa cocina de la planta baja, acondicionada con lo último en tecnología y decorada en suaves tonos marrones. Abrieron y cerraron cajones y armarios, curiosearon en la despensa y acariciaron distraídamente la mesa y la encimera. Todo estaba limpio y brillante. Un pequeño aseo completaba la planta baja.

Subieron las escaleras en silencio, todavía cogidos de la mano. La habitación principal les sorprendió por su amplitud y luminosidad. Una enorme cama presidía la estancia, vestida por telas de color ocre. El terciopelo de la colcha combinaba a la perfección con la tupida lana de las alfombras y con el papel pintado de las paredes. En un rincón, una mesa de trabajo cobijaba un moderno ordenador y una ordenada pila de cajas de cartón. La silla, de cuero negro, estaba colocada junto a una estrecha estantería cubierta de libros, fotografías y pequeños objetos que parecían recuerdos de viajes: un mariachi mexicano, un autobús londinense, una hoja de arce canadiense...

-¡Esto es fantástico! Podría pasarme días enteros en esta habitación, ¿tú no?

Miró a David con una enorme sonrisa en los labios. Él, sin embargo, apenas era capaz de esbozar una mueca.

-¿Qué te ocurre, David?

-¿De verdad quieres irte? Pensé que estábamos bien juntos.

No, no, no... Estaba ocurriendo lo que Irene más temía. David le estaba pidiendo dar un paso más, y ella no podía, de ninguna manera, quedarse con él. Tenerlo cerca día y noche sería su perdición, sabía que, en un momento de debilidad, acabaría contándole todo, y eso sería el fin.

-David... Que busque piso no significa que no quiera estar contigo. -Le

cogió la cara con las dos manos y le besó suavemente en los labios-. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, te lo diré una y mil veces... Pero tenemos que ir paso a paso, despacio. No olvides quién soy y todo lo que ha pasado en las últimas semanas... Seamos una pareja convencional, quedemos para cenar, salgamos a pasear y al cine, amémonos cada día... Nada va a cambiar.

Eres mi vida, David, sin ti no puedo respirar.

-Perdóname, por favor. Perdona mi falta de sensibilidad y mi egoísmo. -Se obligó a sonreír y a devolverle los besos-. A mí también me gusta mucho esta habitación, creo que pasaré bastante tiempo aquí... si a ti no te importa.

-Nada me gustaría más que tenerte aquí siempre.

-Quizá un día...

-Sí, seguro, un día.

Cuando el agente inmobiliario regresó los encontró charlando animadamente en el jardín, disfrutando del tupido césped y de los cuidados arriates de flores. Antes de despedirse, Irene acordó visitarle en su oficina para acordar los detalles y pactar el precio definitivo, algo que hizo visiblemente feliz al hombre. Al salir, mientras David pensaba en algunos detalles que podrían mejorar la vivienda, como una alarma en la puerta y otra en la entrada del garaje, Irene sentía que toda su fortaleza se desvanecía y la embargaba de nuevo un profundo sentimiento de tristeza y de miedo.

Cuando entró en su despacho le pareció adentrarse en un terreno completamente desconocido. Nada de lo que veía le resultaba grato ni familiar. Todo su ser le pedía a gritos dar media vuelta, correr hasta los brazos de David y quedarse allí para siempre. Pero no podía ser, ni ahora, ni nunca. Mientras caminaba despacio por las calles de Pamplona, dando vueltas y más vueltas por las aceras desiertas, escribía en su mente las palabras de su despedida. Pensó en mentir una vez más y decirle que había

cambiado de opinión, que prefería seguir sola y rehacer su vida en otro lugar. Le pareció, sin embargo, la salida más cobarde, y la desechó enseguida. David tenía derecho a saber la verdad. Elucubraba sobre cuál sería su reacción. Supuso que a la negación inicial le seguiría una exhaustiva investigación que confirmaría sus sospechas. Seguramente la llamaría por teléfono durante unos días, quizá incluso saliera a buscarla, pero con el tiempo no tendría más opción que pasar página. Aunque cursara una orden de busca y captura contra ella, ya se encontraría lejos. Crearía una nueva Irene, una persona con otro nombre, otra ascendencia, incluso una profesión diferente. Podía enseñar idiomas o dar clases de literatura... Decidió perderse en una gran ciudad, como Madrid o Barcelona. Aunque al principio pensó en marcharse a otro país, decidió que sería más fácil localizar a una extranjera en Londres que a una española más en Madrid. Ahora, solo tenía que encontrar las palabras.

Una enorme inquietud le atenazaba el estómago. Sobre la mesa de su despacho esperaban un folio en blanco y un bolígrafo de tinta azul. En el cajón abierto, un sobre vacío aguardaba su contenido. Pero ¿cómo empezar una despedida? Querido David... o quizá simplemente su nombre. Se sentó varias veces frente al papel, y otras tantas volvió a levantarse para continuar su paseo sin destino alrededor de su despacho. Poco a poco, las palabras fueron ocupando su lugar.

Mi madre siempre decía que las cosas nunca son lo que parecen. Hoy he recordado muchas veces sus palabras. Cada vez que pensaba en cómo comenzar esta carta, mi única preocupación era encontrar el modo de hacerte entender que no soy lo que parezco. No hay nada cierto en mí, al menos, nada de lo que tú crees ver cuando me miras. Lo que hay debajo de mi piel solo es maldad, veneno, hiel. Y me observas con tanta intensidad que temo que en cualquier momento seas capaz de alcanzar la verdad. No podré soportar tu odio, porque me odiarás, ni la repulsión que sentirás cada vez que me toques. No merezco la felicidad que me brindas, porque mis manos han robado dos vidas y mi corazón no se arrepiente. Maté a Marcos. Asesiné a Marta. No importan los motivos, ni siquiera voy a intentar justificarme. No hay defensa posible para los horribles actos que he cometido. No soy lo que parezco, David, no merezco nada de lo que me das, pero soy demasiado cobarde como para confesar la verdad mirándote a los ojos. Eres mi vida, David, moriré sin ti, pero al menos me

quedará el recuerdo de tus besos, de tus manos, de tu corazón latiendo junto al mío. Espero que un día puedas perdonarme. Te amo.

No releyó la carta. La metió en el sobre, lo cerró y lo guardó en su bolso. Las arcadas que retenía desde hacía un rato se hicieron más fuertes y, una vez más, tuvo que correr hasta el baño. La opresión en el pecho y el nudo del estómago no desaparecieron cuando dejó de vomitar, sino que la acompañaron hasta el sofá en el que se acurrucó, sintiéndose sola y derrotada. Le dolía terriblemente la cabeza.

Apagó la luz auxiliar y se quedó a oscuras, sin otra iluminación que el tenue brillo blanquecino de la luna. Se concentró en los latidos de su corazón hasta que dejó de percibir los ruidos de la calle. Respiró despacio, cerró los ojos y suplicó a Dios, una vez más, que se la llevara.

La presión de sus superiores comenzaba a ser insoportable. Habían transcurrido casi dos meses desde que Walenty Poznan apareció muerto en los baños del albergue Itzandegia. Le siguieron dos cadáveres más y ninguna respuesta hasta el momento. La investigación se encontraba en un punto muerto, con multitud de huellas y perfiles de ADN a la espera de un sospechoso con el que cotejarlos. Las patrullas policiales continuaban sus constantes rondas a lo largo del Camino de Santiago y los peregrinos recuperaban poco a poco la tranquilidad. La vida transcurría como siempre, lenta y sosegada, a la sombra de los altos montes navarros.

El verano les estaba dando una pequeña tregua esa mañana, ocultando el sol tras unas mullidas nubes grises que trajeron con ellas una brisa demasiado fresca para el gusto de la mayoría de los ciudadanos, que miraban enfurruñados al cielo, exigiendo que el mes de julio les devolviera lo que les correspondía según el calendario. David, sin embargo, estaba encantado con este descenso de las temperaturas. Su cabeza funcionaba mejor por debajo de los veinte grados. Comprobó las tareas pendientes de la brigada, organizó el

trabajo para el resto del día, rellenó unos cuantos formularios pendientes, tuvo una charla breve con el comisario y bajó rápidamente al garaje en busca de su coche. Llevaba en la mano un resumen de los informes enviados por los responsables de la vigilancia de Unax Goizueta y Xabier Etxeberria, nada nuevo ni relevante, solo un compendio de movimientos rutinarios, idas y venidas sin demasiado interés policial. Sin embargo, decidió viajar una vez más hasta Roncesvalles para hablar con los dos hombres, mirarles a los ojos e intentar descubrir alguna grieta en su coraza. La experiencia le había enseñado que la presión constante es una buena baza cuando la investigación se alarga demasiado. Si el culpable se siente acosado y vigilado es más probable que cometa un error que facilite su detención.

Las nubes oscuras le acompañaron durante buena parte del trayecto. En las primeras rampas del puerto de Erro comenzaron a caer unas gruesas gotas de lluvia, dispersas y tímidas al principio, pero contundentes cuando alcanzó el centro de la tormenta. El aguacero golpeaba con fuerza la carrocería del coche, que retumbaba con un cimbreado repiqueteo metálico. Los limpiaparabrisas navegaban de un lado a otro a toda velocidad, afanándose por apartar del cristal la tromba veraniega.

El diluvio remitió con la misma rapidez con que había comenzado. Aunque el cielo continuaba encapotado, algunos tímidos rayos de sol calentaban la calzada, que humeaba agradecida, devolviendo al cielo en forma de vapor parte del agua caída. La estrecha carretera sin arcén le dio un respiro pocos kilómetros antes de llegar a Burguete, estirando las curvas hasta convertirse en una agradable recta que le permitió incluso disfrutar del paisaje. A ambos lados del cuarteado asfalto, separados del tráfico por una irregular hilera de chopos, los extensos pastos le recordaron a David que en esa zona de Navarra la ganadería era todavía la actividad económica predominante, el principal medio de vida de los habitantes de los pequeños pueblos de la comarca. Los terrenos estaban delimitados por rústicas estacas de madera, irregulares postes tallados a mano y unidos entre sí por medio de un afilado alambre de espino. Disfrutó del camino, alejando de su mente el deseo de parar a un lado, quitarse los zapatos y caminar descalzo por la fresca hierba mojada, observando cómo las rapaces sobrevolaban en círculos los verdes pastos, acechando a un ratón, un topo o un pequeño zorro que salió de la madriguera demasiado pronto, abandonando el abrigo y el cuidado de su

madre.

Dejó a su izquierda el Parque de Bomberos de Burguete. Estaba siendo un verano tranquilo, sin grandes incendios que asolasen los Pirineos. Ese día, dos enormes camiones rojos descansaban en el amplio aparcamiento de cemento, como mudos soldados, listos para iniciar el combate en cualquier momento. A ambos lados de la carretera aparecían ya las primeras edificaciones del pueblo, hermosas casas de fachadas blanqueadas, balcones rojos y empinados tejados a dos aguas. Las tejas rojas, empapadas después del chaparrón, brillaban bajo los rayos de un sol que estaba ganándole la batalla a las nubes. Las aceras empedradas impedían que los coches se acercaran demasiado a las impolutas viviendas, cuyos ojos de madera, abiertos de par en par para recibir la luz del día, contemplaban impertérritos el paso del tiempo. Avanzó despacio por las estrechas calles de Burguete. La presencia a un lado del río Urrobi y, al otro, del arroyo Xorinaga, propició la construcción de un pueblo alargado y disperso, con una enorme distancia entre la primera y la última de las viviendas. En el centro del pueblo, sin embargo, las casas se apiñaban unas contra otras, dejando apenas paso libre entre sus muros laterales. Casi todos los balcones lucían engalanados con macetas de geranios rojos y rosas, que competían en aroma y color con los rosales plantados en los estrechos parterres verdes junto a las puertas de madera. La iglesia de San Nicolás de Bari marcaba el centro urbano. En las proximidades se encontraban el ayuntamiento y el centro de salud. La visión del elegante santuario le trajo a la mente la figura del hermano Luis Gómez. Se esforzó por recordar sus palabras, pero no conseguía fijarlas en la memoria. Unos centenares de metros más adelante, después de una sucesión de puertas de madera, arcos de piedra y ropa tendida en los patios traseros, un discreto cartel indicando la presencia de una farmacia organizó una pequeña revolución de casillas de colores en su cabeza. Un impulso le llevó a girar bruscamente a la derecha. No se molestó en indicar la maniobra con los intermitentes; el tráfico era tan escaso a esa hora que apenas se había cruzado con una docena de coches desde que salió de la tormenta en el puerto de Erro. Aparcó en la primera plaza libre que vio y bajó del coche, recibiendo con agrado la caricia del sol en la cara. La de Hermilio de Olóriz se parecía poco a una plaza convencional. Ni zona peatonal, ni porches sombreados, ni vecinos ociosos charlando de lo humano y lo divino. Se trataba más bien de una calle amplia en la que se habían habilitado una decena de aparcamientos

a ambos lados. Recorrió el lugar con la mirada. Las blancas fachadas de dos grandes casonas a un lado, una moderna farmacia enclavada en lo que podría haber sido una nave ganadera en otro tiempo y, a la derecha, erguida y perfectamente anclada al suelo, una señal de stop, la misma con la que Luis Gómez arañó el coche la mañana en la que murió Reuben Laughton. Sacó del maletero el maletín negro que siempre le acompañaba y que contenía los accesorios necesarios para recoger pruebas, o protegerlas hasta que llegaran los agentes de la policía científica. Se puso con cuidado los guantes de látex y extrajo del maletín una pequeña navaja y una bolsa de plástico. Se acercó a la señal de tráfico y la observó detenidamente. Giró a su alrededor, buscando la marca que el coche de Gómez tuvo que hacerle al chocar con ella, pero la superficie metálica del poste no mostraba restos de pintura blanca. Encontró erosiones oxidadas producidas por la lluvia y el hielo y varias pegatinas prácticamente ilegibles, pero ninguna evidencia de que un vehículo se hubiera acercado siquiera a ella. Con la mirada fija en el gris metal, tanteó su bolsillo hasta encontrar el teléfono móvil. Dos movimientos de sus dedos sirvieron para ponerle en comunicación con el subinspector Torres.

-Trae tu culo hasta Burguete -dijo cuando escuchó la voz del policía al otro lado de la línea-, y pide a los de la científica que se personen en Roncesvalles. Hay que volver a revisar el Ford Orión de la Colegiata y nosotros tenemos que hablar con el hermano Gómez.

Las fichas de colores del cubo de Rubik giraban como locas en su cabeza, colocándose poco a poco en su lugar con un agradable chasquido que a David le pareció música celestial.

Los agentes de la policía científica necesitaron menos de treinta segundos para confirmar que ningún coche había colisionado con esa señal de stop, de modo que, a no ser que Gómez se refiriera a otra indicación de tráfico, el hermano les había mentido.

Como prometió, Domingo Ayestarán había pintado meticulosamente el arañazo del Ford Orión, lo que obligó a los técnicos a raspar hasta alcanzar la

zona en la que el objeto golpeó la pintura original. Las muestras revelaron la presencia de pequeños fragmentos de barniz rojo, invisibles a simple vista pero brillantes como luces de Navidad bajo el indiscreto ojo de la lámpara de xenon y luz negra del Handscope, con sus dos filtros de diferentes colores, que resaltó en el acto la presencia de los diminutos vestigios. El padre Ramírez asistía atónito al inesperado despliegue policial. Erguido en el umbral de la puerta, no puso ninguna objeción al nuevo registro de los vehículos, conocedor, por otra parte, de la existencia de una orden judicial que autorizaba a la policía a acceder a sus dependencias. Resistirse hubiera sido un acto vano, incluso sospechoso, por lo que se limitó a observar desde el zaguán los avances de los agentes, que elevaron el vehículo sobre dos enormes gatos hidráulicos para tener libre acceso a todos sus rincones.

En el albergue Itzandegia, uno de los hospitaleros holandeses, un simpático sesentón de tez sonrosada y ojos bailarines, afinaba su castellano para explicar a Vázquez y a Torres que el hermano Gómez había atendido a sus obligaciones esa mañana como el resto de los días y que, en su opinión, no había nada sospechoso en su actitud.

-No es un hombre mucho hablador, ¿comprende? Si no habla, es normal. Sin embargo, desconocía dónde se encontraba en esos momentos.

-Cuando todo el mundo sale, él sale también, ¿comprende? Va de compras, o a la Colegiata, o quién sabe dónde, yo no sé.

El hombre miraba alternativamente a David y a Mario, mientras hablaba animando sus palabras con peligrosos movimientos de las manos, que en un par de ocasiones sobrevolaron demasiado cerca de sus caras.

-¿Podemos echar un vistazo a su dormitorio? Quizá se haya retirado a descansar un rato...

-¡El hermano no descansa nunca! Pero pasen, no importa, pasen.

Recorrieron una vez más el estrecho pasillo rodeado de literas, aunque en esta ocasión los gruesos muros, los destellos de luz sobre el artesanado de madera y las lámparas de aspecto medieval apenas tuvieron efecto sobre el ánimo de David. Su objetivo se encontraba al fondo de la larga sala, junto a la

última de las literas, tras la discreta puerta de madera que apenas destacaba entre las sombras. Llamaron con fuerza y aguzaron el oído, intentando captar cualquier sonido procedente del interior. Esperaron unos segundos antes de repetir la operación, ahora con más ímpetu e insistencia. Los golpes resonaron a su espalda, un eco profundo y lúgubre que empañó también el ánimo del risueño holandés, que se frotaba nerviosamente las manos mientras miraba la puerta sin pestañear.

-Señor... -dijo David dirigiéndose al hombrecillo vestido de azul.

-Henrick, me llamo Henrick Vossen.

-Señor Vossen, vamos a entrar en la habitación, tenemos que cerciorarnos de que el hermano Gómez no está dentro.

-Claro, claro...

Henrick se apartó a un lado, alejándose unos pasos de la puerta. David lo miró unos instantes, con el tirador ya en la mano. -Señor Vossen, es mejor que nos espere fuera del dormitorio.

El holandés, ahora serio y tembloroso, se retiró a la máxima velocidad que le permitieron sus cortas piernas.

El interior de la habitación continuaba silencioso. Sin soltar la manilla, David liberó con un clic el arma que llevaba en el costado. Torres, a su lado, también había desenfundado su pistola reglamentaria, que asía con ambas manos mientras esperaba que Vázquez abriera la puerta. Giró despacio el pomo y empujó, pero no consiguió que la hoja se moviera ni un milímetro. Miró a Torres, que cambió su posición, retirándose unos centímetros más a la derecha, y descargó una fuerte patada sobre la madera, que lanzó un crujido lastimero antes de abrirse de par en par.

-¡Policía! -anunciaron, como si todavía hiciera falta.

De nuevo, el silencio fue la única respuesta que encontraron. Dieron dos pasos cautelosos, hasta que Torres encontró el interruptor de la luz. No había ni rastro de Gómez. La cama estaba hecha, con los cuadros de la colcha

perfectamente milimetrados en el ancho y largo del colchón, y la única silla de la estancia descansaba junto a la mesa, ambas vacías. Avanzaron hacia el centro de la habitación, todavía con las armas en la mano.

-La bicicleta no está -dijo Vázquez-, la dejaba detrás de la puerta.

Torres asintió en silencio y señaló el armario cerrado. David guardó su pistola y se acercó al mueble, que carecía de llave o pestillo con el que proteger lo que había dentro de ojos indiscretos.

-Si abrimos y volvemos a cerrar, nadie va a enterarse.

Antes de terminar la frase, David ya había dejado al descubierto el contenido del ropero. Un riel metálico recorría de lado a lado el escaso metro y medio del armario. De las esqueléticas perchas colgaban dos camisas grises, otros tantos pantalones del mismo color, un anorak oscuro y una chaqueta de punto, también gris, cuyos puños deshilachados daban fe de los muchos años de uso que le había dado su dueño. Las tres estanterías estaban también ocupadas. En la más cercana al suelo encontraron dos pares de botas y unas zapatillas de andar por casa. Torres cogió con cuidado una de las botas y les dio la vuelta, mostrándole a Vázquez el número cuarenta y seis que aparecía impreso en la suela. El segundo de los estantes lo ocupaban dos ordenadas pilas de jerséis y camisetas, todos ellos grises o blancos. La monocorde opción cromática de Gómez no les sorprendió en absoluto. De hecho, les habría extrañado sobremanera encontrar ropa de llamativos colores, bermudas floreadas o camisas de rayas. El gris y el blanco eran los tonos del carácter de Gómez, sobrio, monótono, escudos contra las influencias externas. La tercera de las estanterías contenía dos juegos de sábanas blancas, otras tantas toallas níveas y una copia exacta de la colcha a cuadros que descansaba sobre la cama. El contenido del armario era tan banal como cabía esperar. Desilusionado, David se disponía a cerrar la puerta cuando un reflejo rojo le alcanzó desde el fondo del armario. Entre tanta ausencia de color, un matiz tan llamativo no podía pasar desapercibido. Apartó con cuidado las pilas de sábanas y toallas hasta dejar a la vista una sólida barra antirrobo, una palanca que inmoviliza el pedal del freno y el volante del coche e imposibilita su conducción.

-Un lugar muy extraño para guardar un objeto como este.

-Cuando registramos los coches de la congregación -comentó Torres-, recuerdo haber visto uno como ese en el Seat Toledo, pero no en el maletero del Orión. No le di mayor importancia en ese momento, la verdad.

David extrajo su pañuelo del bolsillo del pantalón y asió con cuidado la barra, cogiéndola por uno de los extremos. La sostuvo en alto ante sus ojos, girándola despacio para estudiarla desde todos los ángulos. Cerca del anillo que encierra el pedal en el interior del coche descubrieron unas ligeras muescas en la pintura roja. Alrededor de los arañazos eran perfectamente visibles pequeñas partículas de pintura blanca. En silencio, sobrecogido por las implicaciones de su descubrimiento, Vázquez señaló el lugar en el que se unen las dos partes de la palanca entrelazados con el metal, varios cabellos rubios bailaban suspendidos en el aire, impulsados por la agitada respiración de los dos policías.

-Pide una orden de registro. -La voz de David sonó como un gruñido animal. Contuvo sus músculos, que querían correr a la caza de Gómez, y se obligó a pensar con claridad-. Quiero dos agentes en la puerta de esta habitación, que no entre absolutamente nadie hasta que el juez autorice a nuestros técnicos. Lanza también una orden de detención contra Luis Gómez. Dile al comisario que alerte a la policía francesa. Han pasado varias horas desde la última vez que lo vieron y podría haber llegado tranquilamente hasta Saint Jean Pied de Port, hay menos de treinta kilómetros de distancia. Desde allí, las posibilidades de huida son casi infinitas.

Dejó a Torres al teléfono. Severas arrugas verticales en la frente acompañaron la urgencia de sus palabras, que volaban a gritos a través del móvil. Vázquez permitió que la adrenalina le invadiera definitivamente y abandonó corriendo el albergue, ignorando las preguntas y las súplicas del hospitalero holandés, que parecía a punto de sufrir un ataque de corazón. El sol de la tarde le recibió en la calle. Un grupo de peregrinos esperaba para entrar, aunque los voluntarios permanecían mudos e inmóviles en el interior de la recepción, incapaces de reaccionar ante el alud de acontecimientos.

-El albergue está cerrado -les ordenó-. Nadie puede entrar, absolutamente nadie, ni peregrinos, ni voluntarios, ni siquiera los sacerdotes, ¿comprendido?

A modo de respuesta obtuvo el mudo subir y bajar de tres cabezas al unísono. Otros tantos pares de ojos le observaron abiertos como platos. Los voluntarios, incapaces de hacer otra cosa, se limitaron a formar un círculo casi perfecto con sus bocas mientras Vázquez se alejaba corriendo. En pocos minutos los efectivos policiales llegaron a Roncesvalles con el ya habitual ulular de sus sirenas. El pueblo quedó acordonado en un abrir y cerrar de ojos, mientras los vecinos cerraban las persianas y atrancaban una vez más las puertas de sus casas, rogando para que su hogar siguiera siendo lo que los lares prometieron.

Las horas transcurrían muy despacio a ese lado del cristal. Sentada en el pequeño cubículo habilitado como taquilla junto a la tienda de recuerdos de la Colegiata, Ane contaba los minutos que faltaban para echar el cierre y reunirse con Abel, su novio desde la pasada primavera, el hombre que había conseguido derribar todas las barreras que ella había levantado cuidadosamente a lo largo de sus veintidós años, siguiendo los cautelosos consejos de su madre, dos veces separada y mil veces desengañada. Mientras indicaba a un pequeño grupo de turistas los lugares a los que podían acceder desde allí (el claustro de la Colegiata y el sepulcro de Sancho el Fuerte) y les cobraba tres euros a cada uno por la entrada, imaginó que Abel ya habría salido de su casa en Zubiri para llegar con tiempo a Roncesvalles y esperarla junto a la puerta. A veces se presentaba tan temprano que permanecía casi una hora apoyado en el marco de madera del enorme portón, sin levantar los ojos de ella, mirándola con amor y avidez al mismo tiempo, seguramente pensando en los besos y las caricias que vendrían a continuación. Mercedes, la dependienta de la tienda de recuerdos, ya se había acostumbrado a la presencia del joven y, en más de una ocasión, le había regalado un dulce para

que sobrelleva mejor la espera. Abel, atento y educado, le devolvió un día el favor obsequiando a la madura mujer un pequeño ramo de flores silvestres que él mismo había recogido en los bosques cercanos. Ella, poco habituada a regalos y halagos, se sintió tan agradecida que, desde entonces, siempre le esperaba con una jugosa torta de Txantxigorri envuelta en papel marrón, preparada para ofrecérsela.

Como esperaba, Abel llegó a las siete y media, con media hora de anticipación. Le sonrió desde el umbral mostrando sus blanquísimos dientes y formando un travieso hoyuelo en cada mejilla. El pelo castaño oscuro caía mansamente en una melena lista hasta casi rozarle los hombros, mientras que el flequillo le cubría toda la frente y prácticamente le ocultaba las cejas. Alto, delgado, de largas piernas y fuertes hombros, él sabía que resultaba atractivo para las mujeres, pero desde que conoció a Ane no sentía la necesidad de buscar compañía en otra parte. Le sonrió cuando ella le miró desde el otro lado del cristal, le lanzó un breve beso y disfrutó del suave rubor que cubrió sus mejillas. Recordaba con placer sus primeros escauceos amorosos, cómo ella se tensaba cuando sus manos le recorrían la espalda o cubrían sus pequeños pechos. Poco a poco consiguió saltar todos los muros y ganarse su confianza, hasta que unas pocas semanas atrás, aprovechando que sus padres estaban pasando un fin de semana fuera, hicieron por fin el amor. Con mimo, con mucho cuidado, con amor infinito. Él, que se creía un conquistador, había caído en las redes de Ane y no tenía ninguna intención de resistirse.

Los últimos minutos antes de las ocho los pasó jugueteando con el móvil y mirando de reojo a Ane. Más de una vez la sorprendió observándole, aunque ambos tuvieron que aguantarse las ganas de hablar a través de la ventanilla. Ane no quería que sus jefes la sorprendieran charlando de asuntos personales en el lugar de trabajo. Los curas solían ser bastante estrictos con sus trabajadores y no quería perder este empleo, que le garantizaba los ingresos suficientes para ir tirando durante el resto del año, mientras estudiaba Bellas Artes en Bilbao, donde Abel la visitaba cuando ella no podía volver a casa por los exámenes. Entonces, en las eternas tardes de invierno, él esperaba pacientemente en el salón del piso alquilado a que ella terminara de estudiar, aguantando la cháchara sin fin de sus compañeras de apartamento, preparaba la cena y la escuchaba mientras ella se quejaba de tal o cual asignatura. Mientras hablaba, Abel le pasaba la mano por el pelo, enredando

los dedos en la melena, hasta que ella, poco a poco, iba apaciguándose y recuperando la calma. Todavía quedaba mucho para el inicio del nuevo curso, tenían tiempo de sobra para divertirse y estar juntos.

A las ocho en punto, Ane bajó la persiana de la taquilla con un firme tirón para evitar que el hierro oxidado se atascase a mitad de camino. Abel llegó hasta la puerta en dos zancadas de sus largas piernas, llamó suavemente y atravesó el umbral en cuanto Ane abrió. La abrazó casi al instante, aspirando el aroma de su pelo y saludándola en un susurro.

-Te he echado de menos.

-¿Desde ayer? Eres un exagerado...

-Quizá, pero lo cierto es que te extraño en cuanto dejo de verte. Me has hechizado, brujilla. -La besó en la boca con pasión, cerrando los ojos y entregándose a las sensaciones.

-¡Para! Puede entrar cualquiera. -Ane dio un paso atrás y comenzó a recoger sus cosas, el bolso y el fular con el que se cubría los hombros cuando la humedad de las piedras de la Colegiata era demasiado intensa. Sentía la mirada de Abel en su espalda y tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse a sus brazos.

-¿Qué te apetece hacer hoy?

-Tengo un hambre de mil demonios -contestó Abel mientras se frotaba la tripa con la mano abierta, enfatizando sus palabras-. Mi madre ha preparado verdura para comer y pretende que sobreviva con eso.

-Eres un glotón, no tienes remedio.

-¿Podemos ir a comer algo? Me vale cualquier cosa y cualquier sitio.

-Vamos al Aztakarri, preparan unos bocadillos estupendos, o si lo prefieres, puedes pedir algo caliente.

-Un bocadillo estará bien. ¿Vamos?

Salieron cogidos de la mano y se dirigieron a buen paso hacia el bar. Observaron en silencio el despliegue policial, que se había multiplicado en las últimas horas con la presencia de numerosas patrullas de la Policía Nacional y la Guardia Civil.

-¿Te has enterado de lo que está pasando? -le preguntó Abel.

-Están buscando al asesino de los peregrinos, parece que tienen alguna pista, pero no he conseguido saber nada más, no he podido salir de la taquilla en toda la tarde. La policía ha registrado el claustro, la iglesia y las habitaciones de los curas, que echaban chispas por la intromisión, pero han tenido que esperar calladitos en la calle hasta que les han dejado entrar otra vez.

-Espero que lo pillen cuanto antes...

Las luces del Aztakarri les distrajeron de sus pensamientos. Una vez sentados ante una mesa, la conversación se convirtió en monólogo cuando el camarero dejó ante Abel un enorme bocadillo de carne con pimientos. Ane siguió hablando a pesar de que desde la boca de su novio solo salían gruñidos de satisfacción y un fino hilo de aceite que se limpió rápidamente con una servilleta. Una vez saciado su apetito, Abel dedicó de nuevo toda su atención a Ane, que daba pequeños sorbos de su jarra de cerveza.

Cuando salieron del bar, el cielo se había teñido de un profundo tono violeta, apenas salpicado por unas estrechas hebras naranjas, destellos de un sol que se ocultaba tímidamente tras los montes. Contemplaron abrazados en silencio el atardecer, sentados en uno de los bancos de la fachada del bar. Cuando la noche se hizo más intensa, Abel se volvió y tomó la cara de Ane entre sus manos.

-¿Quieres que nos perdamos un rato por el bosque? Hace muy buena noche.

-He pensado en otra posibilidad, si te parece bien. -Abel la miró intrigado, tanto por sus palabras como por la pícaro sonrisa que asomaba a sus labios-. Tengo las llaves del claustro. Mercedes me ha pedido que se las guarde porque mañana no va a venir a trabajar y yo tendré que abrir a primera

hora. No hay nadie allí y las puertas de alrededor están cerradas, solo los monjes tienen llave y a estas horas ya se han retirado. Además -añadió-, me da un poco de miedo ir al bosque, con todo lo que está pasando últimamente...

-Es una idea estupenda. Vamos.

La tomó por la cintura y caminaron hacia la Colegiata. Giraron a la derecha y atravesaron el arco apuntado que daba acceso al amplio patio del nuevo albergue, que estaba a punto de inaugurarse y cuyas dependencias aguardaban, todavía desiertas, la llegada de cientos de peregrinos. A la derecha, socavada en la piedra, una puerta daba acceso a la tienda de recuerdos, la taquilla en la que Ane pasaba el día y, al fondo, tras bajar unas oscuras escaleras, el claustro. Ane abrió una tras otra todas las puertas con las llaves que Mercedes, su jefa, le había entregado. En el claustro reinaba el más absoluto silencio. Avanzaron despacio, caminando con cautela sobre el suelo de piedra. Sus pasos resonaban sobre la fría piedra, que se negaba a ser sigilosa y rechinaba delatora con el contacto de sus suelas de goma. Todavía no era noche cerrada, lo que les permitió distinguir la fuente central, con forma de pila bautismal, y los pequeños parterres de césped que la rodeaban. Los arcos apuntados sostenían enormes piedras de sillería, colosos inertes cuya principal misión era sustentar los tejados a dos aguas e impedir que volvieran a hundirse sobre los tesoros que albergaba la iglesia, como ocurrió en el año 1600.

Abel tomó a Ane entre sus manos y la apoyó contra uno de los poderosos contrafuertes. La luz de la luna les otorgaba una tenue iluminación, suave e íntima, perfecta para mirarse a los ojos y dibujar sus siluetas con las manos. Ane había ido perdiendo poco a poco todo el pudor acumulado a lo largo de años de estricta educación religiosa. Aunque los viejos tabús todavía la asaltaban de vez en cuando, las ardientes caricias de su novio conseguían hacerle olvidar el temor al castigo divino. Últimamente, incluso se atrevía a iniciar ella el juego, perdiendo la mano en el interior de su pantalón o acariciándole la pierna suavemente mientras conducía, ascendiendo despacio hasta rozarle el muslo, al tiempo que notaba cómo su entrepierna se inflamaba de deseo.

La levantó por la cintura y la sentó sobre el murete de piedra del

claustro. De pie frente a ella, la besó una y otra vez en la boca, en el cuello y en los hombros, agachándose después para besarle los pechos por encima de la camisa. Su mano experta ya corría por debajo de la blusa hacia el cierre del sujetador, que soltó de un solo movimiento, liberando sus pequeños senos, que subían y bajaban anhelantes de caricias. Ane cerró los ojos para no ver los nichos sepulcrales de la pared de enfrente. Se concentró en el dibujo de las redondeadas piedras del suelo, lisas y brillantes por el efecto del roce de millones de pies, y pronto superó el temor que le producía encontrarse en un lugar prohibido.

-Te quiero -susurró Abel -, te quiero tanto...

Su voz sonó ronca por el deseo. Ane se recreó unos segundos en el amor de su chico y se dispuso a demostrarle el suyo. Los besos y las caricias se hicieron cada vez más ardientes. Los jadeos de los jóvenes resonaban en los muros góticos y se colaban en la capilla que albergaba el sepulcro del rey Sancho el Fuerte.

-Vamos al otro lado.

La petición de Abel fue solo un aviso de lo que pensaba hacer. Cogió a Ane en sus brazos y, sin dejar de besarla, atravesó con ella el murete, depositándola delicadamente en la hierba del patio central del claustro. Se tumbó sin dejar de mirarla, mientras extendía su cuerpo junto al de ella, girado hacia un lado para poder acariciarla con la mano libre. Le abrió la camisa y le acarició el vientre, rodeándole el ombligo y rozando sus pezones con la punta de los dedos. La joven se estremecía una y otra vez, ansiosa por llegar al paso siguiente, aunque Abel parecía recrearse en su tortura. Decidida a no esperar más, despojó al joven de su camiseta y le soltó el botón y la cremallera de los pantalones, permitiendo que la presión de su entrepierna fluyera hacia fuera.

-Te quiero, te quiero, te quiero... -Su voz, casi un susurro, llegaba como un regalo a los oídos de Ane.

-Te quiero... -repetía ella, como un eco. Tan ensimismados estaban el uno en el otro que no percibieron el breve chirrido de unos goznes al girar lentamente. La enorme puerta se abrió solo unos centímetros, lo suficiente

para permitir que una sombra se deslizara hasta el interior del patio. Sin hacer un solo ruido, el intruso volvió a cerrar la puerta, aunque no giró la llave para no alertar a los amantes. Sujetaba entre las manos una enorme barra de hierro forjado coronada por una tulipa redondeada, una de las lámparas instaladas en el claustro para iluminar la estancia que reproducían la forma de una antorcha y que habían sido desmontadas recientemente para su restauración. Apoyó la espalda en uno de los enormes contrafuertes y cerró los ojos, rezando una ferviente oración mientras la humedad de la piedra le calaba hasta los huesos. Justo al otro lado del murete, Abel, semiincorporado sobre el cuerpo de Ane, intentaba despojarse de sus pantalones. De un salto, el hombre se encaramó en lo alto de la tapia, justo encima de la pareja.

-¡Profanáis una estancia sagrada! ¡No respetáis nada, malditos seáis!

Ni Ane ni Abel tuvieron tiempo de reaccionar. Un segundo después, el hombre cayó de pie sobre el césped y se situó junto a Abel. En un instante, mientras el joven intentaba recolocarse la ropa, convencido de que les iban a denunciar por el allanamiento del claustro, el desconocido descargó un fortísimo golpe sobre su cabeza. Abel cayó desplomado hacia atrás, con la ropa arrugada y la cara completamente ensangrentada. Un instintivo movimiento de defensa realizado en el último momento evitó que la barra le golpeará en el centro de la cabeza, acertándole en la oreja y el cuello. Aturdido y con un intenso dolor recorriéndole todo el cuerpo, sintió que las fuerzas y la vida le abandonaban por completo. Inconsciente e indefenso, Abel quedó sobre el césped, inerte y a merced de su asaltante. La visión de su novio ensangrentado tirado en el suelo aterrorizó a Ane, que comenzó a gritar con fuerza. Su aguda voz retumbó en el claustro y ascendió hacia la noche de Roncesvalles. Continuó gritando mientras se levantaba. El hombre la miraba fijamente. Parecía aturdido, como si dudara de su siguiente movimiento, pero el desconcierto le duró apenas unos segundos. La urgencia por hacerla callar le hizo arrojar la barra a un lado y abalanzarse con sus enormes manos al cuello de Ane. Las lágrimas le corrían por la cara sin control. No quería morir, no de aquella manera. Intentó patearle, golpearle con los puños, pero el hombre simplemente estiró los brazos, sin aflojar ni un ápice la presión sobre su cuello, alejándola de su cuerpo. Sus patadas y manotazos se limitaban ahora a palmeaar el aire vacío. Entonces le miró a los ojos. Vio en ellos un odio inmenso y un punto de locura que la asustó todavía más. En ese

momento supo que lo conocía, sabía quién era ese hombre. Y supo también que iba a morir. Comenzaba a faltarle el aire y se sentía mareada. Ya no gritaba, de su garganta apenas surgía un apagado susurro, un lamento suplicando por su vida. El pecho le dolía horriblemente. Sus pulmones no recibían ni un soplo de oxígeno y estaban a punto de colapsar. Unas pequeñas luces blancas se formaron frente a sus ojos, como diminutas bombillas que brillaban y explotaban, dejando paso a nuevas y más brillantes luces, que detonaban una tras otra, cada vez más distantes, menos luminosas, más cerca de la muerte. Sintió que las fuerzas la abandonaban y supo que tenía que dejar de luchar. Aflojó las piernas y los brazos, esperando que la misericordiosa muerte llegara pronto. Dejó de pensar y se abandonó al destino. Entonces, inesperadamente, el hombre soltó su presa y el aire llenó de nuevo sus pulmones, que le quemaron como si hubiera respirado fuego. El asaltante cayó de rodillas sobre la hierba. Junto a él, con la barra de hierro fuertemente asida, Abel se tambaleaba hacia los lados mientras se preparaba para asestarle un nuevo golpe.

-¡Corre! -le gritó-. ¡Busca ayuda!

Cuando la barra comenzaba a bajar de nuevo, el hombre se levantó del suelo, empujó al joven y corrió hacia la puerta. Tenía la chaqueta manchada de sangre y salpicó las piedras a su paso, pero consiguió alcanzar la salida y huir. Ane, que comenzaba a recuperarse, tuvo que sostener a Abel, que parecía a punto de desmayarse de nuevo.

-Tenemos que salir de aquí -le dijo a su novio-, puede volver en cualquier momento.

-El móvil -susurró Abel-, lo tengo en el bolsillo. Llama a la policía. Y a una ambulancia. ¿Estás bien? Ane, por Dios, ¿qué ha pasado? ¿Quién era ese loco?

-No estoy segura -contestó mientras buscaba el teléfono con mano temblorosa-, me pareció que era el hermano Gómez, pero es imposible...

La respuesta de la operadora de Emergencias interrumpió sus pensamientos. Se concentró en dar los datos necesarios y en sostener a Abel, que estaba dejando de sangrar pero se encontraba cada vez más débil. Cuando

colgó, solo pudo dar gracias a Dios por estar vivos. De rodillas sobre el suelo, acunó a Abel entre sus brazos hasta que las luces de las ambulancias rompieron la oscuridad de la noche.

La llamada de socorro se recibió en el 112 a las 22.31 horas. Los servicios de emergencia se pusieron en marcha inmediatamente. A las 22.35 ya había dos ambulancias de camino hacia Roncesvalles desde el cercano destacamento de Burguete y las patrullas policiales que permanecían en el pueblo acordonaron la zona e iniciaron una minuciosa búsqueda del asaltante. En menos de diez minutos un ingente número de sanitarios y policías de todos los colores estaban atendiendo a los heridos en el claustro de la Colegiata, mientras iniciaban la caza del fugitivo. A las 22.34 se recibió el aviso en la comisaría de policía. El agente de guardia avisó rápidamente al comisario Tous, que estaba ya en su casa pero mantenía, como siempre, el móvil alerta. Tous dio orden de enviar cuatro unidades más a Roncesvalles y se ocupó personalmente de telefonar al inspector Vázquez, que se levantó de un salto del sillón en el que descansaba junto a Irene. Había pasado el día buscando infructuosamente a Luis Gómez y hacía menos de una hora que había llegado a casa.

A las 23.05 de la noche los miembros del equipo de Vázquez se reunieron en la Comisaría de Pamplona con el comisario Tous, que acababa de llegar, dejando su coche particular aparatosamente aparcado frente a la puerta principal. Lanzó las llaves al agente de la recepción y voló hasta su despacho, seguido de cerca por Vázquez.

-Esta vez tenemos buenas noticias. El asesino no ha conseguido su objetivo, los dos jóvenes están vivos, aunque malheridos. No hay tiempo que perder, os quiero en Roncesvalles cuanto antes. Tenedme informado al minuto, esto tiene que terminar hoy.

A las 23.20, Vázquez y sus cuatro compañeros se apelotonaron en un único vehículo sin distintivos. Con Torres al volante, Vázquez instaló la sirena sobre el techo del coche y un segundo después su aullido atravesó como un cuchillo la paz de la noche. La tensión era palpable en sus rostros. Nadie hablaba. Sumidos cada uno en sus propios pensamientos, sopesaban la posibilidad de que realmente este fuera el último capítulo de la cadena de acontecimientos sangrientos de las últimas semanas.

Roncesvalles brillaba como un árbol de Navidad. Las luces de las ambulancias, los coches de la Guardia Civil, la Policía Foral y la Policía Nacional habían cerrado el paso a la noche y llevado al pequeño pueblo a una falsa madrugada en la que sus vecinos, somnolientos, atónitos y asustados, asistían perplejos al despliegue policial.

La primera ambulancia ya había salido hacia Pamplona con Abel en su interior. El impacto con la barra de hierro le había fracturado la mandíbula, además de producirle una fisura en la base del cráneo. Los médicos temían también que perdiera la audición de un oído. Sin embargo, ni su vida ni la de Ane corrían peligro. La joven estaba siendo atendida en el interior de otra ambulancia, lista para ser trasladada en cuanto el médico lo ordenara. David esperaba pacientemente junto al vehículo medicalizado para interrogar de nuevo a la joven, que confirmó sus sospechas al afirmar que el hombre que había intentado estrangularla era, en efecto, el hermano Gómez. A pesar de la oscuridad del lugar en el que se produjo el ataque, del miedo y lo extremo de la situación, Ane tuvo tiempo suficiente para identificar a su agresor.

-Me miraba a los ojos mientras apretaba mi cuello -declaró, acariciándose los enormes moratones que oscurecían su garganta. Su voz era poco más que un susurro debido al enorme dolor que le producía hablar-. Era Gómez. Le conozco bien, lo veo todos los días. Al principio no podía creerlo, pero cada vez que lo pienso estoy más convencida de que era él.

Las patrullas encargadas de su búsqueda no podían explicar cómo, después de varias horas de constante batida, el sospechoso había sido capaz de traspasar todos los controles y colarse en el corazón de Roncesvalles. Los ojos del sargento López giraban de un lado a otro, intentando buscar un culpable sobre el que descargar su ira. Mordiéndose la lengua, dispuso todos sus efectivos en las carreteras de entrada y salida del pueblo y envió varias patrullas a recorrer los caminos de los bosques cercanos, tanto a pie como en moto. Desde donde se encontraba, Vázquez podía escuchar el rugir de las motos, que avanzaban despacio, intentando no cruzar los límites de los senderos y despeñarse por un barranco en plena noche.

López se acercó a Vázquez, que estudiaba un mapa a la luz de una pequeña linterna a unos pasos de la ambulancia.

-Usted lo sabía... -dijo López simplemente.

-Lo supe esta misma mañana, cuando comprendí que las marcas en el coche de Gómez no las había hecho al chocar contra una señal de tráfico. Me pareció una mentira tan estúpida que pensé que solo podía servir para ocultar una verdad mayor. Al joven inglés le golpearon con una barra metálica. Estoy seguro de que los restos que recogimos de su cabeza se corresponderán con la barra antirrobo que hemos encontrado en su armario, donde además todavía pueden verse varios cabellos rubios enganchados en el candado. Seguramente, los arañazos del Orión se produjeron al golpearle en la cabeza. Si el joven se movió o Gómez calculó mal el ángulo de ataque, pudo impactar contra la chapa del coche, resbalando por la pintura y produciendo una muesca como la que hemos visto. Ha estado cerca de engañarnos. De hecho, lo ha conseguido durante demasiado tiempo.

-A mí se me escapó por completo...

-No se torture, sargento; se nos escapó a todos. Lo principal ahora es encontrarlo y detenerlo. Gómez conoce los alrededores a la perfección, ha tenido tiempo de sobra para huir y esconderse, incluso para llegar a Francia.

-Es cierto, sin embargo algo me dice que no ha ido demasiado lejos.

-¿Qué le hace pensar eso?

-Es solo una intuición, nada seguro. Según el perfil de sus psicólogos, el asesino se ve a sí mismo como un enviado de Dios, encargado de limpiar de pecadores el Camino de Santiago. Si no he entendido mal, los jóvenes atacados estaban echando un polvo en el claustro, junto a la capilla, bajo la mirada de la Virgen de Orreaga. Es posible que esté desorientado y herido, pero no creo que haya ido demasiado lejos. ¿Dónde va a ir? Este es su hogar y aquí está su misión. No olvide que se ha pasado la tarde esquivando los controles y las patrullas. O estaba perfectamente escondido, o no ha parado de moverse ni un momento. Además, también le creíamos lejos esta mañana y ha aparecido en el lugar más inesperado, de nuevo en el corazón de

Roncesvalles. Ha estado a punto de matar a esos chicos delante de nuestras narices.

-Esté donde esté, cerca o lejos, lo encontraremos. Cuente con ello.

En el interior de la ambulancia, Ane seguía rodeada de médicos. Le habían suministrado un relajante muscular que comenzaba a surtir su efecto, reduciendo los dolorosos espasmos que sacudían sus extremidades como consecuencia de la brutal descarga de adrenalina. Algo menos dolorida, Ane sonrió brevemente a los dos policías, uno de verde y otro de paisano, que la observaban desde el exterior del vehículo.

-Este es el sargento López, de la Guardia Civil -dijo David-. ¿Crees que podrás contestar unas preguntas?

-Claro -respondió Ane con un hilo de voz-, pero no me pidan que hable demasiado, me duele horrores.

-No te preocupes. Puedes contestar con movimientos de cabeza. Intentaremos ponértelo fácil, ¿de acuerdo?

Ane movió la cabeza afirmativamente y David sonrió.

-Tengo que preguntarte una vez más si no tienes ninguna duda de que el hombre que os ha atacado en el claustro era Luis Gómez.

Un nuevo movimiento afirmativo. Ane estaba muy seria, concentrada en su papel de testigo.

-¿Os había amenazado alguna vez con anterioridad, a ti o a tu novio?

En esta ocasión, la cabeza se movió de izquierda a derecha, con vehemencia.

-Pero le veías a diario, ¿no es así?

Afirmación.

-¿Nunca fue hostil, te insultó o simplemente te miró mal?

-No era simpático con nadie -susurró la joven-, tenía un carácter difícil. No hablaba mucho, al menos conmigo. -Ane se sujetaba la garganta con la mano, como si ese gesto pudiera amortiguar el dolor que le producían las vibraciones de sus cuerdas vocales.

-¿Frecuentabas el claustro para tus... encuentros con tu novio?

-¡No...! -Ane negó con la voz, la cabeza y los ojos, que miraban horrorizados a los policías-, era la primera vez que íbamos allí. Fue idea mía... Tengo las llaves porque mi jefa no puede venir mañana y yo debo abrir temprano. Pero yo nunca tengo las llaves, nunca, solo hoy.

La joven estaba al borde de las lágrimas. Su idea de entrar con Abel al claustro había estado a punto de costarles la vida.

-¿Comentasteis con alguien vuestra intención de entrar en el claustro?

Ane negó con la cabeza.

-¿Has visto hoy a Luis Gómez?

-No estoy segura.

-Piensa un poco, es importante.

-No recuerdo haberlo visto directamente, pero al llegar a la puerta del claustro, nos detuvimos un momento para besarnos. Sentí que alguien nos miraba. Me giré deprisa pero solo conseguí ver una sombra que se alejaba. Me pareció la figura de un hombre grande y, no sé por qué, me vino a la cabeza el hermano Gómez, pero solo fue una impresión pasajera.

La joven palidecía a cada momento. Sus recuerdos y las palabras del inspector la hacían dolorosamente consciente de la desgracia que había estado a punto de cernirse sobre ellos.

Uno de los enfermeros se acercó y le tomó el pulso.

-Vamos a tener que irnos, señores.

-Solo una pregunta más, por favor. -Como única respuesta, el enfermero se alejó de la joven, dando su permiso a los agentes para continuar-. Durante el ataque, ¿dijo algo, se dirigió a vosotros por vuestro nombre o de alguna otra manera?

-No, no dijo nuestros nombres. Al principio se subió al murete y comenzó a insultarnos. Ya sabe, que estábamos en un lugar sagrado y que éramos unos sacrílegos, o algo por el estilo, pero no estoy segura de que supiera quiénes éramos. Por un momento pensé que se iba a limitar a echarnos y a denunciarnos, pero luego saltó sobre Abel con ese hierro en la mano y todo se descontroló. Podíamos haber muerto, como los otros... Porque ha sido él todo el tiempo, ¿no?

-No lo sabremos con seguridad hasta que lo encontremos y podamos interrogarle.

-¿No saben dónde está? ¿Y si nos ataca de nuevo?

-No lo hará, tranquila. Estaréis vigilados en todo momento.

David hizo un gesto con la cabeza al enfermero, autorizándole a preparar a la joven para el traslado a Pamplona. Se despidieron de Ane, que se recostó en la camilla y cerró los ojos, dejando que las lágrimas fluyeran libremente, liberando así la presión que sentía en su interior. El enfermero cerró las puertas y la ambulancia comenzó a alejarse entre un nuevo ulular de sirenas.

Vázquez y el sargento se miraron en silencio. Ambos sentían sobre sus hombros la responsabilidad de impedir que el asesino repitiera su acción. David observó a su alrededor, escudriñando los alrededores en busca de la sombra de Gómez.

-¿Alguien ha hablado con el padre Ramírez?

-Mis hombres lo han hecho hace un rato. Comentó que estaría en su despacho, disponible en todo momento.

-Iré enseguida -dijo Vázquez-. Imagino que la noticia habrá supuesto

una conmoción en la comunidad religiosa.

-Así es -confirmó el sargento López-, nadie quiere creer que Gómez sea el responsable de dos intentos de asesinato, y mucho menos de las tres muertes anteriores, pero las pruebas son abrumadoras.

-Es cierto, lo son, pero aun así necesitamos encontrarlo e interrogarlo.

Vázquez se despidió del sargento con una palmada en la espalda a la que López respondió con una sonrisa, la primera que mostraba desde que se conocieron. El inspector pensó que seguramente al sargento le tranquilizaba el hecho de conocer la identidad del asesino, pero parecía haber olvidado que no tenían ni idea de dónde se encontraba. Acorralado, podía ser incluso más peligroso que antes.

Pidió a Torres y a Machado que lo acompañaran al despacho del padre Ramírez y envió a las dos agentes de vuelta a la habitación de Gómez en el albergue.

-Quiero que volváis a registrar cada centímetro de la estancia, encima y debajo de cada mueble, arrancando las baldosas si fuera necesario. Necesito pruebas y pistas, tenemos que averiguar si ha estado siguiendo un plan preconcebido o ha actuado por impulso. Y sobre todo, hay que descubrir dónde se esconde y adelantarnos a su siguiente movimiento.

-Estaría bien saber si tenía algún amigo -reflexionó Mario.

-Lo dudo mucho, todo el mundo coincide en señalar que es un hombre huraño y solitario.

De todas formas, se lo preguntaré al padre Ramírez.

Eran casi las dos de la madrugada, pero todas las luces de la residencia de los sacerdotes estaban encendidas. Los religiosos mostraban un estado de agitación extrema. Unos subían y bajaban las escaleras, olvidando por el camino lo que habían ido a buscar, mientras otros charlaban en pequeños grupos, intentando encontrar una explicación a lo sucedido. Sentado en una silla al fondo de la gran sala de la planta baja, Domingo Ayestarán

permanecía solo y en silencio, ignorando el trajín que se desarrollaba a su alrededor. Vázquez se dirigió hacia el cabizbajo hombre y llamó su atención con un breve saludo.

-Señor Ayestarán, ¿cómo se encuentra?

-Como cabría esperar, inspector. Asombrado. Muy asombrado. No creía que el hermano Gómez fuera capaz de actuar con tanta violencia. Le conozco desde hace muchos años y jamás le he visto cometer un acto violento.

-No tenía fama de ser una persona precisamente cordial.

-Era claro y tajante ante las situaciones que no le gustaban, decía a las claras lo que pensaba, sin importarle quién tuviera delante, pero de ahí a matar a una persona...

-Si se confirman nuestras sospechas, serán tres las personas asesinadas y otras dos que están vivas de milagro. Esta noche ha utilizado como arma una antorcha de metal que encontró en el suelo del claustro.

-Yo mismo las desmonté hace varios días. Estaban estropeadas y las bajé para arreglarlas. Tengo que ir a Pamplona a por las piezas que necesito, pero todavía no he tenido tiempo. Como en verano hay suficiente luz natural por la tarde hasta la hora de cerrar, no pensé que fuera urgente, así que he demorado el viaje hasta la semana que viene.

-¿Cuántas antorchas desmontó?

-Seis. Tienen que estar todas juntas sobre un banco de piedra, junto a la entrada principal del claustro.

-Allí siguen, pero no todas.

-Si no las hubiera dejado tan a mano...

-Habría encontrado otra arma, no se torture con esa idea ni un segundo. Utilizó lo que tenía cerca, pero podía haberlo hecho con sus propias manos, le sobra fuerza para reducir a dos jóvenes aterrorizados.

-Ya...

A pesar de las palabras tranquilizadoras del inspector, Ayestarán continuaba apesadumbrado y cabizbajo, lo que hizo sospechar a Vázquez que tras esas pobladas cejas la maquinaria de su cerebro guardaba más datos.

-¿Hay algo que quiera contarme, Domingo?

-¿Algo como qué?

-No lo sé, creo que hay un asunto que le inquieta y tal vez yo pueda ayudarle.

Después de un ligero titubeo, el hombre levantó la cabeza y miró fijamente al inspector de policía. Parecía a punto de echarse a llorar.

-Hace unas semanas -comenzó-, justo después del asesinato del joven inglés, el hermano Gómez dejó aparcado uno de los coches de la Colegiata frente a la puerta del garaje. Pensé que quería que lo revisara, así que lo metí dentro y lo puse a punto. No le pasaba nada, funcionaba perfectamente, no entendía por qué Gómez lo había dejado allí en lugar de aparcarlo junto al otro. Ahora creo que lo estaba ocultando de su vista, inspector, porque en la parte de atrás, en el guardabarros y una de las ruedas, había manchas de sangre seca. Quizá confiaba en limpiarlo a escondidas antes de que alguien lo viera..., pero entonces no se me ocurrió pensar en eso.

-¿Qué hizo usted?

-Creí que el hermano habría atropellado un animal, pasa constantemente, así que lo limpié. Ni por un segundo supuse que pudiera tratarse de algo malo, pero ahora ya no pienso lo mismo. ¿Usted cree que...?

-¿Que pudiera ser la sangre de Reuben Laughton? Es muy posible. ¿Qué coche era?

-El Orión. -El cuerpo del hombre temblaba como si le hubiera afectado una descarga eléctrica. Un pequeño tic nervioso le obligaba a cerrar constantemente los ojos, frunciendo el ceño hasta casi unir las dos cejas en una sola vereda vellosa y marcando los profundos surcos que cruzaban su

frente-. Lo siento mucho, inspector. Cuando vino a interrogarme estaba a la defensiva, pensé que le gustaría que el asesino fuera uno de los curas, incluso yo mismo, eso le daría mucha publicidad, ya sabe, y al final...

David estuvo tentado de recordarle las consecuencias de su silencio, pero, consciente de la inmutabilidad del pasado, decidió ofrecerle un apretón en el hombro y unas escuetas palabras de consuelo. Tiempo tendría de calibrar el alcance de sus actos y aprender a vivir con sus dramáticos efectos.

-No se torture, Domingo. Uno de mis hombres le acompañará a Pamplona. Tendrá que prestar declaración sobre lo que me ha contado, incluyendo todos los detalles que recuerde.

-Lo haré, descuide.

Vázquez y Torres continuaron su camino en dirección al despacho del padre Ramírez. Por el camino saludaron a varios sacerdotes y voluntarios, muchos de los cuales tenían aspecto de haber saltado de la cama precipitadamente. El pelo revuelto y la indumentaria desordenada eran frecuentes, además de la ausencia de calzado de calle en casi todos.

La puerta del despacho estaba entreabierta. Escucharon voces procedentes del interior y llamaron con decisión para hacerse oír. El propio padre Ramírez apareció en el umbral para comprobar quiénes eran sus visitantes. Tenía el semblante serio y estaba más pálido que la última vez que lo vieron. Como todos, no había tenido tiempo de peinarse, pero en su caso se había vestido tan impecablemente como siempre, incluido el rígido alzacuellos blanco cerrando el conjunto gris. Vázquez tuvo la impresión de que el sacerdote no se sorprendió en absoluto al verlo. Al contrario, casi parecía como si le estuviera esperando.

-Me habían dicho que estaba en Roncesvalles -dijo el padre, confirmando la impresión del inspector-. Estaba a punto de enviar a buscarle, me gustaría saber cómo se está desarrollando la investigación. ¿Saben ya quién es el responsable del ataque?

En ese momento, el sorprendido fue el propio policía.

-Creía que a estas alturas sabría que la joven agredida ha identificado a su atacante como Luis Gómez. Nuestras sospechas se han visto lamentablemente confirmadas, padre. Toda la policía le está buscando. Esperamos detenerle en breve para que explique todo lo sucedido.

-Le veo muy seguro en sus acusaciones. ¿Alguien más ha visto a Gómez en el claustro, entrando o saliendo del lugar?

-No, eso también lo sabe usted.

-Claro... Y tampoco hay nadie que lo relacione con los otros asaltos.

-Asesinatos, padre.

-De acuerdo, asesinatos. ¿Por qué está tan seguro de que ha sido Gómez?

-Para empezar, el testimonio de la joven es del todo coherente. Lo reconoció sin lugar a dudas. No olvide que ella lo conoce personalmente, lo ve a diario y le ha visto la cara muy de cerca. Ha intentado estrangularla con sus propias manos. -Vázquez creyó observar un ligero temblor en la rígida espalda del sacerdote, que por lo demás continuaba manteniendo un semblante impassible-. En segundo lugar, recientes pruebas y declaraciones lo relacionan directamente con la muerte de Reuben Laughton. -Ahora el temblor fue más visible, tan fuerte que el padre Ramírez tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

-Han pasado tantas cosas en las últimas semanas... Me resulta difícil creer que un miembro de nuestra congregación sea capaz de hacer daño a otro ser humano. Gómez siempre ha sido un hombre extraño, muy callado y reservado. En cuanto a sus convicciones personales, podríamos decir que en ocasiones le costaba asumir el paso del tiempo, como si la modernidad no fuera con él. No le gustaba el aperturismo de la Iglesia, la música durante las ceremonias religiosas le parecía una aberración, y pensaba que el Camino de Santiago se estaba convirtiendo en un negocio para el gobierno foral y para los oportunistas, que constantemente inauguraban una tras otra pequeñas tiendas y hostales a lo largo de todo el recorrido. Podríamos decir que era un purista, un hombre de los viejos tiempos, pero un asesino...

-Nadie sabe lo que pasa por la cabeza de un hombre así, padre.

-Me cuesta tanto creerlo... -El clérigo movía despacio la cabeza de un lado a otro, negándose a aceptar la evidencia. En los ojos del anciano sacerdote temblaban unas lágrimas que pugnaban por brotar, pero la dignidad clerical, tantos años practicada, se impuso también en esta ocasión. Con un visible esfuerzo, irguió la cabeza, se sorbió los mocos y adoptó de nuevo la pose de quien se sabe al mando-. Me gustaría poder ayudarle, inspector, pero no sé...

-Gracias -le cortó Vázquez, aunque sabía que la intención del religioso no era precisamente ponerse del lado de la policía, al menos no en ese momento-, necesito saber si hay algún lugar que el hermano Gómez frecuentara especialmente. Casas de vecinos, estancias de la Colegiata, parajes..., lo que sea.

El padre Ramírez, molesto ante la falta de delicadeza del inspector, parecía a punto de marcharse. Echaba fuego por los ojos, pero mantuvo el tipo y contestó con toda la frialdad de que fue capaz:

-Roncesvalles no es muy grande, inspector, no les llevará mucho tiempo registrar todas las casas y la Colegiata.

-No creo que sea necesario. Si se escondiera en casa de algún vecino, mis hombres ya le habrían encontrado. Han llamado a todas las puertas, padre, incluidas las de la Colegiata.

-Lo único que puedo decirle es que al hermano Gómez le gusta mucho pasear por los montes que nos rodean. Conoce todos los caminos y senderos. Sale a pasear casi a diario, siempre solo, unas veces caminando y otras en bicicleta. Cuando se extravía un peregrino, siempre es él el encargado de guiar a la expedición de búsqueda, y suele encontrarlo, la verdad.

-Muchas gracias, padre. Entiendo que esto es muy difícil para usted.

-Inspector, son muchas las personas que esperan ansiosas cualquier tropiezo de un miembro de la Iglesia para lanzarse como hienas sobre toda la institución. Esto nos va a hacer mucho daño.

David sospechaba que, una vez más, la Iglesia arrojaría a sus miembros, ciega a los hechos, y avanzaría a pasos cortos, confiando en que la opinión pública olvidara pronto los acontecimientos, como ya había sucedido en muchas otras ocasiones. Y si venían mal dadas, siempre podían echar al culpable a los lobos, negándole cualquier auxilio y alejándose así de una de sus máximas más pregonadas, la caridad cristiana.

Se despidió del padre Ramírez y salió de nuevo al frío de la noche, seguido de cerca por Torres, que había permanecido en silencio detrás de él, tomando nota de todo lo que el anciano sacerdote decía. El aire fresco le ayudó a despejarse la cabeza. Se frotó los ojos, ahuyentando el cansancio con un gesto, y sacó el móvil para llamar al sargento López. El guardia civil contestó al segundo tono. Su voz sonaba lejana y entrecortada, lo que obligó a Vázquez a taparse el otro oído para alejar el resto de los sonidos y concentrarse en las palabras de López.

-¿Cómo van, sargento?

-Hemos terminado de rastrear el pueblo y no hemos encontrado ninguna pista. Mis hombres han visitado todas las casas de Roncesvalles, y los suyos han estado en la Colegiata y en los edificios religiosos. Nada, ni rastro. -La voz del sargento denotaba cansancio y frustración, aunque nada en sus palabras dejaba entrever ni la más mínima intención de abandonar la búsqueda. Como un sabueso bien entrenado, no se detendría hasta alcanzar a su presa, sobre todo ahora, que la tenían tan cerca.

-Ha tenido tiempo de sobra para huir.

-Cierto, pero le repito que no creo que ande demasiado lejos.

-Confío en su instinto, sargento.

-Hemos comenzado a rastrear el bosque cercano, aunque la visibilidad es prácticamente nula; en cambio, si esperamos a que amanezca, le habremos dado tiempo para perderse definitivamente en los Pirineos.

-¿Y los refuerzos?

-De camino. Su comisario ha llamado a mi teniente coronel y han dispuesto un despliegue suficiente para encontrar una aguja en un pajar.

-Avanzaré con ustedes, sargento. Voy a localizar a mi equipo y nos sumaremos a la batida. Estaremos en contacto.

Vázquez cortó la comunicación y llamó a Teresa, que se encontraba con Helen recorriendo los primeros metros del Camino de Santiago y las inmediaciones de la Cruz del Peregrino. David y Mario se dirigieron hacia allí. Los localizaron gracias a los potentes haces de luz de sus linternas, que se balanceaban a izquierda y derecha, al compás de los lentos pasos de los agentes. Ambas se habían abrigado con las chaquetas que llevaban en el maletero del coche policial. David sintió en la espalda la fresca brisa nocturna y se arrepintió de no haber hecho lo mismo.

-Gómez nos lleva mucha ventaja -reflexionó Mario-. Si ha apretado el paso, ya puede estar en Francia.

-El sargento López cree que permanece por los alrededores, escondido y atento a lo que ocurre. Yo opino lo mismo. No le interesa huir, no tiene nada que perder. Esperará agazapado en algún rincón seguro y saldrá cuando crea que ha pasado el peligro. Es posible que intente volver a actuar. Según los psicólogos, no se ve a sí mismo como un asesino, sino como un justiciero incomprendido.

-Sería bastante tonto por su parte. Han transcurrido muchas horas desde que se dio la voz de alarma y ha tenido tiempo para poner kilómetros de por medio. Le atraparemos de todas formas -aseguró Helen-, pero no creo que sea aquí.

-La Gendarmería francesa también está alerta, igual que la Policía Foral, que ha establecido controles en las entradas de todos los pueblos desde aquí hasta Pamplona.

Machado llegó agitando la luz de su linterna frente a sus ojos, obligándoles a cubrirse con la mano para poder verle.

-Tengo algo interesante -dijo mientras un manotazo de Torres le

obligaba a bajar la linterna-. Lo siento.

-¿Y bien? -preguntó Vázquez, ignorando sus disculpas.

-Uno de los guardas forestales de la selva de Irati vive en Roncesvalles y se ha acercado al puesto policial para ofrecer su ayuda. Nos ha traído un plano detallado de los bosques de la zona, con todos los caminos, las sendas, las pistas forestales, refugios, bordas y caseríos desde aquí hasta los valles, tanto hacia el norte como hacia el sur. Hemos hecho copias para todo el mundo.

-¿Qué hay de Ayestarán?

-Dos agentes le han trasladado a jefatura en un coche policial. Se ve que le remuerde la conciencia...

-Conciencia... -repitió Teresa-, extraña palabra en los tiempos que corren.

Con el mapa en la mano, David volvió a llamar al sargento López, que ya tenía una copia en su poder. Hablaron sobre la mejor manera de distribuir a sus efectivos para cubrir la mayor extensión de terreno posible y realizar una búsqueda más efectiva.

-Las unidades motorizadas ya han salido hacia las zonas más altas -comentó López-, y sus unidades caninas no tardarán ni diez minutos en llegar. Comenzarán la batida desde la Colegiata, a ver si encuentran el rastro de Gómez y nos pueden decir hacia dónde ha huido. Mis hombres están peinando los montes cercanos, con Erro como límite. No creemos que haya podido llegar más lejos a pie. Si le parece bien... -El sargento parecía titubear, inseguro sobre si era conveniente hacer indicaciones de ese tipo a un mando de otro cuerpo.

-Dígame, sargento. -David quería animarle, no perder ni un segundo más.

-Ustedes podrían dirigirse hacia el alto de Ibañeta, hay varios caminos en el mapa que podría haber seguido el sospechoso si ha decidido

encaminarse hacia Francia. También hay numerosos refugios de montaña, pequeñas bordas que siempre tienen la puerta abierta. Son un buen escondite.

-Es un buen plan, sargento. Organizaré la búsqueda hacia Ibañeta de inmediato. Estaremos en contacto.

-Buena caza, inspector, y cuídese.

-Lo mismo le digo, sargento.

Vázquez sonrió al guardarse el teléfono en el bolsillo, pensando que, al final, el sargento López y él iban a terminar convirtiéndose en buenos amigos. Le gustaba la gente honesta que actúa sin tapujos, por eso le agradaba el sargento y aborrecía a los políticos, solo preocupados por quedar bien con todo el mundo, especialmente si se trataba de personas que podían ayudarles en su carrera profesional.

Organizó a su gente, dio las órdenes oportunas a los responsables de los otros grupos, colocó a cada equipo en un cuadrante del mapa y se dispuso a unirse al rastreo. Aprovechó que tenían que pasar junto al aparcamiento para coger su chaqueta y una batería de repuesto para el móvil. La iba a necesitar si tenía que estar en constante contacto con sus hombres y con el sargento López. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta arriba y levantó las solapas para protegerse el cuello del frío nocturno. Cuando estuvo listo se dispuso a seguir a su equipo, que le llevaba unos quince metros de ventaja. Habían acordado avanzar a buen paso por los caminos cercanos a la Colegiata hasta unos quince kilómetros más adelante, deteniéndose en las casetas que encontrarán. Daban por sentado que Gómez habría recorrido al menos ese espacio, si no era más, ralentizado solo por la oscuridad de la noche y la herida que le había infligido Abel al socorrer a su novia. Recorridos esos quince primeros kilómetros, se reunirían y caminarían más atentos, registrando con mayor detenimiento cualquier posible escondite. Consultó su reloj y vio que eran casi las tres de la madrugada. Esperaba pasar buena parte del día siguiente con Irene, aunque dados los últimos acontecimientos ya no estaba tan seguro. Pensó en enviarle un mensaje para que pudiera leerlo al levantarse, pero temió que el sonido del móvil la despertara. Aun así, sacó el teléfono del bolsillo y comprobó la cobertura, la hora y las últimas llamadas. Aparte de las realizadas y recibidas esa noche, todas las demás eran sus

breves conversaciones con Irene. No pasaban más de dos o tres horas sin que uno de los dos llamase al otro, simplemente para decir hola y escuchar su voz. David se preguntaba cuánto duraría ese estado de felicidad completa. Vivía y respiraba por Irene, y lo mismo le ocurría a ella, o al menos eso era lo que le aseguraba cada noche acurrucada entre sus brazos.

Cuando volvió a guardar el teléfono en el bolsillo se dio cuenta de que estaba solo en el bosque. No conseguía ver las luces de las demás linternas, pero decidió que, si todo el mundo había seguido el plan acordado, les alcanzaría pronto siguiendo el camino a buen paso. Levantó la cabeza, enderezó la espalda, dándose ánimos a sí mismo para avanzar en medio de un bosque en completa oscuridad, y comenzó a caminar. No había dado ni un solo paso cuando un enorme cuerpo se interpuso en su camino. Ante sus ojos, como salido de la nada, se materializó el enorme contorno de Luis Gómez. La sorpresa le hizo perder la concentración unos segundos preciosos. Con una velocidad y una precisión asombrosas, Gómez lanzó su gran puño contra su boca, acertando de pleno. David se tambaleó, escupió sangre y gruñó, despertando de su ensimismamiento. De pronto, estaba furioso. Dio unos pasos hacia atrás, alejándose un par de metros de su atacante.

-Luis Gómez, quedas detenido por...

Antes de que pudiera terminar de hablar, un segundo golpe le alcanzó de nuevo en la cara. Olvidándose de la sensatez y de las normas policiales que debía cumplir en esos casos, David avanzó un paso, apoyó la mano en el hombro de Gómez, que lo miraba con furia mal contenida, con el cuerpo y la cabeza inclinados hacia delante, observándole con los ojos inyectados en sangre, y le propinó un fuerte empujón. Gómez se tambaleó hacia un lado y cayó sobre una rodilla, aunque volvió a levantarse con una rapidez admirable para un hombre de su edad y envergadura. Un puño de hierro impactó en la cara una vez más. Un terrible chasquido le indicó que, probablemente, le había roto la nariz. El dolor era insoportable y cayó de rodillas, pero consiguió no desmayarse. Gómez dio media vuelta con intención de huir, pero David, todavía en el suelo, le agarró de un pie y le hizo caer de bruces sobre la fría tierra. Una vez más, Gómez se incorporó con agilidad. David se giró sin levantarse y vio que un palo de madera se cernía amenazante sobre su cabeza. Esquivó el golpe y logró ponerse de pie. Gómez trató de agredirle de nuevo y volvió a fallar. David lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas al

pómulo de su atacante. Gómez cayó al suelo, desde donde le lanzó una patada que no llegó a alcanzarle, pero la contorsión que tuvo que realizar David para esquivar la enorme bota del sacerdote le produjo una nueva oleada de dolor. No sabía cómo, pero su atacante había conseguido levantarse. Comenzaron a lloverle patadas y puntapiés que Gómez soltaba con sus pesadas botas. Una sola le alcanzó en el costado, pero fue suficiente para hacerle caer de nuevo y dejarle a merced de su agresor. A lo lejos se escuchó el motor de un coche. Daba la impresión de que se aproximaba, y David se alegró al pensar que quizá no llegara a morir en aquel bosque, solo y apaleado por un loco. Reunió las escasas fuerzas que le quedaban y gritó con todo el ímpetu del que fue capaz, intentando atraer la atención de los policías que se acercaban. En ese momento, Gómez lo agarró por detrás con ambos brazos, rodeándole el tórax y levantándolo dos palmos del suelo. David pateó furiosamente al aire, sin mucho éxito. El vehículo frenó muy cerca, seguramente en el camino oculto por los árboles, a muy pocos metros de ellos. Exhausto y mareado, David estaba a punto de rendirse cuando escuchó un grito procedente de la espesura. Comenzaba a faltarle el aire. Gómez le apretaba el pecho con fuerza, aunque el hermano también parecía cansado. Respiraba agitado por la boca y su abrazo mortal se había aflojado ligeramente, lo suficiente como para permitir el paso de aire a sus pulmones. Las voces se acercaban deprisa. David gritó de nuevo pidiendo socorro y su voz fue respondida con un disparo al aire. Gómez soltó a David inmediatamente y este cayó al suelo boca abajo, como un guiñapo. Se le nublaba la vista y apenas podía respirar. Estaba seguro de que, además de la nariz, tenía varias costillas fracturadas. Cada bocanada de aire era como una puñalada en el costado. Respirar o morir, morir para respirar. Por su derecha vio llegar a cuatro agentes de la Guardia Civil, casi fundidos con el paisaje con su uniforme verde. Más coches, más frenazos y nuevos gritos hicieron que Gómez, que había permanecido durante un instante inmóvil junto a él, decidiera echar a correr hacia el interior del bosque. Los guardias pasaron a su lado como una exhalación. Les siguieron más agentes unos segundos después y, de pronto, sintió sobre él unas manos que intentaban darle la vuelta. Era Mario Torres, que acababa de sumarse a la persecución cuando lo vio en el suelo.

-¡David! ¿Me oyes, puedes oírme?

Torres consiguió girarlo con mucho esfuerzo, provocándole un intenso

dolor. El subinspector no pudo evitar una mueca de aprensión cuando iluminó con su linterna las aparatosas heridas de su jefe.

-Estoy bien -consiguió susurrar-, creo que me ha roto la nariz.

-La nariz y un par de huesos más, a juzgar por los morados que tienes. ¿Se te nubla la vista?

-No...

-¿Qué día es hoy? ¿Dónde estamos?

-Torres, por favor, déjame en paz y coge a ese hijo de puta. Llama a una ambulancia antes de irte. -La voz apenas le salía de la garganta, pero estaba recobrando el control sobre sus actos y sus pensamientos-. Tengo que encontrar mi pistola -dijo mientras se palpaba el costado-, la he perdido durante la pelea.

Nuevos agentes se sumaron a la persecución, mientras otros se situaban de pie cerca de Torres y Vázquez, a la espera de instrucciones.

-Tiene que haber una pistola reglamentaria por aquí, hay que encontrarla -les dijo Torres, señalando el pequeño claro en el que se había desarrollado la pelea. Después, se inclinó sobre David, lo agarró por las axilas y tiró de él hasta que consiguió levantarlo-. ¿Puedes andar?

-Lo intentaré.

Las piernas le flaquearon y estuvo a punto de caer, pero Mario lo tenía bien agarrado. Sin embargo, el dolor se hizo insoportable cuando apenas habían dado cinco pasos.

-Será mejor que te sientes aquí a esperar que lleguen los sanitarios. Apoyó a David contra un enorme árbol y lo sostuvo mientras se deslizaba poco a poco, hasta quedar sentado en el suelo. Sintió un alivio inmediato. Tenía la mente más o menos clara, pero le dolía terriblemente la cabeza, la cara, el tórax y la espalda. También le dolía el muslo izquierdo, donde le había alcanzado una de las muchas patadas que había encajado sin apenas poder defenderse. Le hervía la sangre por la facilidad con que Gómez lo

había reducido. Unos pocos minutos más y le habría matado, no le cabía ninguna duda; se odiaba a sí mismo por su estupidez y prepotencia. Al quedarse solo en el bosque se había puesto en peligro innecesariamente y ahora estaba pagando las consecuencias. De un plumazo había tirado por el retrete todo lo que había aprendido en sus años como policía.

Si no se movía demasiado, el dolor era más llevadero. Torres seguía hablándole, pero él apenas le escuchaba, sumido en sus propios pensamientos. Una joven policía lanzó un breve grito de alegría y se acercó corriendo con el arma de Vázquez en la mano. David la cogió, le dio las gracias y la guardó en su pistolera. Recordaba haber abierto el precinto de cuero para sacar el arma, pero Gómez no le dio ni la más mínima opción. Las voces de los agentes persiguiendo a su atacante le llegaban amortiguadas por la espesura. Torres miraba inquieto hacia el lugar de donde procedían los gritos. De vez en cuando se escuchaba algún disparo aislado, seguramente intimidatorios pero todo indicaba que Gómez no tenía intención de detenerse. Torres parecía un perro de caza que había olisqueado a la presa pero al que su amo no soltaba la correa.

-Ve, coge a ese cabrón y tráemelo para que pueda devolverle algún golpe.

Mario parecía reticente a abandonar a su jefe, así que David insistió.

-Los sanitarios no pueden tardar más de cinco minutos y tengo a esos agentes para protegerme. -Miró a los policías, que recogían pruebas del lugar de la pelea: un trozo de tela, uno de los zapatos de David...-Vete.

Torres no se lo pensó dos veces; se levantó, se despidió rápidamente de su jefe y salió corriendo en dirección a las voces, cada vez más lejanas. David cerró los ojos, recostó la cabeza contra la rugosa corteza del roble y se dejó llevar por los aromas y los sonidos del bosque. Pronto comenzaría a amanecer y las siluetas de los árboles ya se perfilaban a su alrededor, todavía oscuras y amenazadoras. El dolor continuaba siendo intenso, pero se esforzaba por respirar despacio y detener la inspiración cuando las costillas comenzaban a lastimarlo. Abrió los ojos para deleitarse un segundo en el paisaje, en los primeros sonidos de una naturaleza madrugadora. Los agentes continuaban trabajando a unos veinte metros de David, avanzando palmo a

palmo sin hacer apenas ruido, concentrados en su tarea. De pronto, una enorme mano surgió desde detrás del árbol, tapándole la boca mientras un brazo le rodeaba el pecho y lo levantaba del suelo como un muñeco. Cuando intentó gritar y patear descubrió que sus pies ya no tocaban el suelo, y de su garganta apenas salió un gruñido apagado.

-No he acabado contigo -le susurró Gómez mientras tiraba de él hacia la espesura que se extendía tras ellos-. El infierno te reclama, como a todos los demás.

Durante los minutos que siguieron al ataque, David se debatió entre la inconsciencia, el dolor y el pánico. Estaba literalmente en manos de un loco asesino que acababa de explicarle claramente su intención de acabar con su vida. Indefenso y dolorido, aprovechó los instantes en los que Gómez pensó que permanecía inconsciente para intentar pergeñar un plan. Tenía que hacer algo, no podía rendirse y morir. Gómez avanzaba con sigilo a través de los árboles, pero lo hacía con la seguridad de quien conoce perfectamente el camino. Cargaba a David en uno de sus hombros sin aparente dificultad, aunque su respiración era cada vez más ronca y atropellada. Imaginó a Gómez agazapado entre los grandes helechos, amparado todavía por las sombras, esperando su oportunidad para atacar. Tuvo que reconocer su astucia al hacer creer a todo el mundo que había huido mientras permanecía en el mismo sitio sin ser visto.

No tardaron más de veinte minutos en llegar a una destartalada borda que durante el invierno todavía servía como refugio para pastores y cazadores. Gómez dejó caer a su presa al suelo sin ningún cuidado,

provocándole un intenso dolor. Abrió la puerta de un empujón y volvió a cogerle en volandas para lanzarle al interior. Las personas que utilizaban esa borda no habían sido muy cuidadosas. Todas las ventanas tenían los cristales rotos. Varios huecos habían sido cubiertos con sucios plásticos que apenas dejarían pasar el sol en los mejores días de verano. Otros vanos, sin embargo, permanecían abiertos de par en par, franqueando el paso al frío, la lluvia y a cientos de insectos. A esa temprana hora del amanecer, la luz llegaba sucia y apagada, emborronando los perfiles de los dos cuerpos que, uno de pie y el otro acurrucado en el suelo, prácticamente llenaban la estancia. Dos bancos de madera y una tosca mesa del mismo material componían todo el mobiliario del refugio. Un par de estanterías guardaban un precario equilibrio en una de las paredes de madera sin pulir, aunque la superficie mate se veía animada por numerosas pintadas de vivos colores que hablaban de amores pasados, amistades eternas, mensajes independentistas y proclamas antibelicistas. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo y del techo colgaban largas telas de araña, que se balancearon suavemente cuando los dos hombres removieron el aire del interior, inerte hasta ese momento. La tenue luz que conseguía penetrar en la cabaña daba vida a las miles de motas de polvo que quedaron en suspensión, como si de una fantasmagórica niebla se tratara. Gómez tosió y maldijo la suciedad que le rodeaba.

-Ya no respetan nada, nadie respeta nada. Esto era un refugio de pastores, ¿sabes? -Se dirigió a David con voz profunda y pausada-. Venían en invierno, cuando les sorprendía una tormenta. Siempre había víveres y agua para los que llegaban apurados. Cuando conseguían volver a sus casas, regresaban después para reponer lo que habían consumido y garantizar así que el siguiente pastor en problemas pudiera sobrevivir varios días aquí dentro. Y mira ahora... -Gómez giró en redondo sobre sus talones, observando el desastre que le rodeaba-. Nada sirve, solo hay basura y muebles rotos.

David consiguió llegar hasta uno de los bancos de madera y sentarse, intentando olvidar el profundo dolor que le atenazaba. Gómez, mientras tanto, parecía ignorar su presencia, absorto en la contemplación de los apenas quince metros cuadrados en los que se encontraban. Revisó el techo, tocando las vigas de madera sin tener siquiera que estirar completamente el brazo. Después, salió al exterior y dio una rápida vuelta a la cabaña. Volvió a entrar

antes de que David tuviera tiempo de pensar en escapar. Llevaba en la mano una enorme estaca de madera, seguramente arrancada de las vallas para el ganado que abundaban por todo el valle. La apoyó en el suelo como si fuera un gran bastón y por primera vez miró fijamente a su presa. David no habría sabido decir si lo que vio en sus ojos era odio, tristeza o indiferencia. En realidad, poco importaba. Su final, si nada o nadie lo remediaba, iba a ser el mismo. Ya ni siquiera tenía su arma. La única parada que Gómez realizó en el camino fue para registrarle y arrebatarse la pistola. En ese instante pensó que le iba a matar con su propia arma, pero en lugar de eso la arrojó lejos, entre los matorrales, antes de volver a cargar a David en su hombro y seguir caminando en silencio.

Durante su formación policial le explicaron que en una situación tan delicada y peligrosa como en la que se encontraba ahora su principal posibilidad de supervivencia consistía en convencer al delincuente de que no le matara. Sin armas y herido, solo le quedaba la palabra, pero en realidad no sabía por dónde empezar. ¿Qué se le dice al hombre que va a matarte? ¿Se suplica?, ¿o es mejor contarle tu vida para que se apiade de tu familia y decida dejarte con vida? Gómez acariciaba distraído la estaca de madera, con la mirada perdida en algún punto del borroso infinito que se dibujaba detrás del plástico de la ventana. Pensó por un instante en atacarle por sorpresa, pero el primer crujido de la madera bajo sus pies despertó al gigante, y este volvió a concentrar toda su atención en el inspector.

-He dejado en mi habitación un cuaderno en el que explico mis motivaciones para hacer lo que he hecho. Está escondido detrás de una madera del zócalo.

-Mis hombres lo encontrarán.

-Cuento con ello, quiero que se sepa por qué me he visto obligado a actuar.

-¿Obligado? Ha matado a tres personas y casi lo consigue con otras dos.

-Sí, fui un temerario al pensar que podría con los dos al mismo tiempo. Son jóvenes y ágiles. Un error de cálculo, supongo. -Ni una sombra de

remordimiento, ni un atisbo de duda. David no pudo ver nada en su rostro impenetrable-. Llevo muchos años trabajando en el Camino de Santiago - continuó-, por aquí han pasado miles de personas, gente piadosa que buscaba a Dios en cada paso que daba. Para ellos, las piedras del Camino no eran sino pruebas que Dios les ponía y que ellos debían soportar y superar para ser dignos de Él. Al principio eran unos pocos. Luego, cuando a alguien se le ocurrió empezar a poner símbolos en el suelo y paneles en la carretera y se corrió la voz de que los albergues tenían un precio irrisorio, comenzaron a llegar los turistas, gentuza que solo quiere aprovecharse de la caridad de la Iglesia para pasar sus vacaciones sin gastar un céntimo.

Gómez estaba elevando el tono de voz. Cada vez más nervioso, el color de su rostro estaba alcanzando el rojo infierno, mientras las venas del cuello se le hinchaban peligrosamente, palpitando con cada latido, con cada palabra que escupía por su boca.

-Turistas y más turistas -prosiguió con un bramido-, tantos que los peregrinos, los auténticos creyentes, tenían dificultades para dormir bajo techo por las noches. La gente de los pueblos dejó de alimentar gratis a los peregrinos, porque no había forma de distinguir al auténtico penitente del que solo quería comer de gorra. Cada vez viene menos gente a misa, no respetan la hora de silencio ni la oración, se emborrachan, tienen relaciones sexuales entre los muros de la Colegiata... Alguien tenía que darles una lección, poner a cada uno en su sitio, a los justos junto a Dios y al resto entre las llamas del infierno, y devolver al Camino el cariz penitente que le corresponde.

-No creo que nadie merezca morir por pensar de diferente manera. - David habló en voz baja. No quería alimentar la ira de Gómez, no antes de estar preparado para defenderse, pero necesitaba que continuara hablando, dándole así tiempo para recuperarse y pensar.

-¡Por supuesto que merecían morir! ¡Morir y pudrirse en el infierno! Yo solo les he allanado el camino. ¡Borrachos, fornicadores, desviados! ¡La mierda de la Tierra, auténtica basura! No necesitamos a nadie así por aquí, y su muerte servirá de aviso a los demás. Solo los puros de corazón, los que buscan a Dios en el Camino, tienen abiertas las puertas del paraíso. Los demás, están condenados. Los encontraré y los castigaré. Los castigaré..., y tú eres uno de ellos, les ayudas a huir de la justicia, pero no lo harás más.

Había furia en su voz y un odio sin límites en sus ojos. Era la mirada de un loco, un demente peligroso dispuesto a acabar con su vida. David estaba seguro de que Gómez estaba a punto de repetir con él el mismo modus operandi que tan buenos resultados le había dado en las anteriores ocasiones. Se levantó despacio del banco de madera, afianzando sus piernas en el suelo, dispuesto a luchar por su vida, al mismo tiempo que la enorme estaca se alzaba por encima de la cabeza del sacerdote y caía como un obús contra él. David reaccionó con demasiada lentitud y no pudo evitar un duro golpe en la mejilla que lo dejó sentado en el suelo. Bramó de dolor e intentó ponerse de pie. Estaba a punto de conseguirlo cuando vio que la estaca volaba de nuevo directa a su cabeza. Se desplazó rápidamente a la izquierda, pero Gómez se percató de la maniobra y rectificó el golpe con inusitada velocidad. La madera crujió contra su hombro y un nuevo dolor le alcanzó el cerebro. Se levantó de un salto y consiguió alcanzar la puerta de la cabaña. Mientras intentaba abrirla, Gómez se plantó tras él, amenazante. Tenía el brazo izquierdo casi inutilizado, pero todavía podía usar el derecho. No tenía nada que perder, estaba muerto si no se movía ¡ya! Se volvió hasta quedar frente al rostro enfurecido del asesino. Echó el puño hacia atrás y calculó la trayectoria hasta su cara. Como un luchador experimentado, Gómez saltó al ver venir el golpe y David solo pudo acertarle en el pecho, pero lo suficientemente fuerte como para dejarle sin respiración durante unos segundos. Aprovechó esa ligera ventaja y le golpeó de nuevo con su único puño sano. Esta vez le alcanzó en el vientre y de nuevo en el pecho con un gancho en el que imprimió las últimas fuerzas que le quedaban. Dudó entre continuar peleando o huir en busca de ayuda. Gómez escupió y miró a David con fiereza. Supo entonces que intentar escapar sería inútil. Estaba herido y ese demente lo alcanzaría a los pocos metros. Su cuerpo era una maraña de dolor, pero se esforzaba en pensar con claridad. Vio que la estaca colgaba de la mano de Gómez mientras este intentaba recuperar el aliento.

«Ahora o nunca», pensó. Su alocada carrera directa hacia el cuerpo de Gómez pilló a este por sorpresa. Con el hombro sano le golpeó en el estómago con todas sus fuerzas. ¡Bingo! Gómez soltó instintivamente la estaca para llevarse las manos al abdomen. David cogió el enorme palo antes incluso de que llegara al suelo. El impulso que había tomado para golpear a Gómez hizo que se desequilibrara, por lo que el primer impacto que propinó con su nueva arma apenas le rozó la pantorrilla. Incluso desarmado, Gómez

resultaba aterrador. Intentó no pensar en la sangre caliente y viscosa que se deslizaba por su brazo y su pecho y que le empapaba la camisa. Si seguía sangrando tan profusamente comenzaría a marearse en unos cinco minutos y perdería el conocimiento en menos de diez. El tiempo corría en su contra, pero confiaba en que Gómez no se hubiera dado cuenta de la gravedad de sus heridas. Se levantó apoyándose en la estaca y, con toda la velocidad que le permitieron sus entumecidos brazos, la lanzó contra Gómez. Esta vez le dio de lleno en la espalda. El sacerdote se tambaleó levemente hacia delante, pero no llegó a caer. David oyó un rugido sordo procedente de la garganta del hombre, pero estaba demasiado ocupado como para preocuparse de otra cosa que no fuera su propia vida. Gómez se había rehecho y ahora le atacaba con los puños. Los dos primeros puñetazos se perdieron en el aire, pero el tercero alcanzó a David en plena cara. Un crujido acompañó la fractura del pómulo, y su boca se llenó de saliva sanguinolenta. Escupió y se concentró en aprovechar su última oportunidad. Se acercó a Gómez todo lo que el miedo y la prudencia le permitieron. La difusa luz de las ventanas iluminaba un rostro furibundo y ensangrentado, brillante por el sudor y con el pelo alborotado. La puerta seguía cerrada y el calor empezaba a ser insoportable en el interior de la cabaña. Amagó un movimiento alto con la estaca, pero en el último momento corrigió la trayectoria y le asestó un porrazo en el estómago que le hizo doblarse por la mitad. Gómez resollaba al borde del agotamiento. David utilizó su exigua ventaja para golpearle de nuevo. La estaca aterrizó de pleno sobre sus hombros, en la cabeza y de nuevo en la espalda. Un bufido precedió a la caída del gigante. Gómez se arrodilló, respirando con gran dificultad. Ambos estaban casi sin resuello, pero al menos ahora era Gómez quien yacía en el suelo. Sabía que no podía permitir que se recuperara, así que le golpeó una vez más, y otra, hasta que se desplomó, estampando su cabeza contra el polvoriento suelo, produciendo un ruido sorprendente, como el de un enorme tronco que al final ha sido vencido por el hacha del leñador y cae, separado para siempre de sus raíces. Millones de diminutas motas de polvo revolotearon alrededor del hombre inconsciente, escenificando una especie de baile que a David le pareció de lo más gratificante.

Buscó algo con lo que inmovilizar a su presa, pero no encontró nada útil. Se quitó a duras penas la camisa, soportando un intenso dolor. Observó por un instante las heridas de su hombro, cubiertas de polvo y sudor, y supo que iba a tener problemas, pero ahora lo urgente era que el hombre inmóvil

que resollaba en el suelo siguiera estándolo mientras él pedía ayuda. Con la camisa en la mano se agachó sobre Gómez, le pasó los brazos por la espalda y se los unió con la tela, dando varias vueltas alrededor de las muñecas y atando firmemente las mangas. A continuación, se concentró en los pies. Le desató los cordones de las botas y los anudó cruzados todo lo fuerte que pudo. Lo que para David siempre había sido una travesura infantil, ahora era su único medio para evitar que Gómez escapara.

El sacerdote comenzaba a recuperar el sentido. David decidió esperar unos minutos para comprobar la seguridad de las ataduras. Poco después, Gómez empezó a moverse y a sacudirse, cada vez con más violencia, pero la camisa no daba muestras de aflojarse. Sabía que no era correcto, pero antes de marcharse David descargó un fuerte golpe sobre la espalda de Gómez. Se dijo a sí mismo que solo trataba de evitar que huyera y, de paso, le alcanzase antes de que consiguiera llegar a un lugar seguro, pero no pudo evitar sentir cierta satisfacción cuando el asesino volvió a caer al suelo, quejándose en voz baja. Después, abrió la puerta y salió al exterior, donde le recibió un amanecer luminoso, sin nubes, perfecto para pasear por los senderos del cercano valle. El aroma de los árboles inundó sus pulmones, que agradecieron la bocanada de aire fresco. Decenas de pájaros alborotaban ya sobre su cabeza, saludando al sol y lanzándose al aire en busca del primer bocado del día. Observó despacio a su alrededor, intentando recordar el camino que habían seguido para llegar hasta allí. Todos los años se perdían por esas sierras montañosas inexpertos y osados que en ocasiones pasaban varios días desorientados en la selva de Irati. Encontró las huellas que habían dejado sus propios pies cuando Gómez le arrastró. ¿Cuánto tiempo había caminado el asesino con él como presa? «Quince o veinte minutos, como máximo», pensó. No podía estar demasiado lejos del camino principal. Echó un último vistazo a la cabaña. Sus oídos no captaron ningún sonido procedente del interior, lo que significaba que, o bien Gómez continuaba inconsciente, o simplemente permanecía en silencio, intentando desasirse de sus ataduras. Comenzó a caminar como un bebé indeciso, tambaleándose sobre el abrupto sendero, procurando controlar el mareo que le obligaba a cerrar los ojos cada pocos pasos. Con gran esfuerzo consiguió recuperar el equilibrio y enfocar la mirada. Los árboles dejaron de moverse y pudo avanzar con algo más de seguridad.

Se acordó del cuento en el que un niño dejaba un rastro de migas de pan para no perderse en el bosque, y se sintió como él cuando descubrió que los pájaros se habían comido su salvoconducto de regreso. Intentó concentrarse en los detalles, buscando pistas de su paso, arbustos rotos, hojas removidas..., y se arrepintió en el acto de haber rechazado la invitación de su amigo José, cuando tenían doce años, de unirse a los boy scouts.

Cuando la agente vio acercarse las luces de la ambulancia, se dirigió hacia el árbol en el que el inspector Vázquez descansaba. Al encontrarlo vacío pensó que se había equivocado de lugar y giró sobre sus talones despacio, mirando el resto de los árboles que la rodeaban. Ni rastro del inspector. Comenzó a preocuparse de verdad al descubrir un reguero de pequeñas gotas de sangre que se adentraban en el bosque y desaparecían de pronto, a menos de dos metros de donde Vázquez debería estar esperando a los sanitarios. Llamó a sus compañeros y, mientras se acercaban, dio la voz de alarma a través de su transmisor. En menos de cinco minutos, más de diez agentes de los dos cuerpos policiales se disponían a seguir el exiguo rastro de sangre hacia el interior del bosque.

Mario Torres escuchó el aviso lanzado a través de las ondas de su radio. Se detuvo en seco y pidió que le confirmaran la información. Cuando la duda se convirtió en certeza, dio media vuelta y corrió como un poseso de regreso al lugar en el que había dejado a su jefe, maldiciéndose a sí mismo por su negligencia y telefoneando mientras corría hacia el resto de los compañeros, que ya conocían la noticia y se dirigían a su encuentro.

El dispositivo de búsqueda se puso en marcha inmediatamente. La progresiva claridad del día recién nacido les ayudó a seguir los rastros que iban encontrando en su lento avance. Algunas ramas rotas, gotas de sangre sobre las hojas, señales de pies que se arrastran en el polvo... Aunque apenas hablaban, en el ambiente flotaba una sola pregunta: cómo era posible que Gómez, al que todos creían huyendo hacia el norte, hubiera sido capaz de secuestrar a un inspector de policía en las mismas narices de media docena de agentes. La espesura del bosque les dificultaba el avance y cada vez era más

complicado seguir el rastro. Llevaban casi media hora caminando, el sol acortaba las sombras de los enormes árboles y les agobiaba la sensación de que el tiempo se les estaba acabando.

Un ruido seco, cercano, les hizo ponerse alerta. El sonido indefinido se convirtió pronto en pasos, unas pisadas irregulares que se acercaban a través del bosque.

-¡Alto! ¡Policía!

Mario y Teresa gritaron casi al mismo tiempo. Más de quince armas apuntaban hacia el lugar del que procedían los pasos, que se detuvieron durante un instante para reanudar su avance inmediatamente, igual de irregulares pero más rápidos que antes.

-¡No disparen! Soy Vázquez.

La voz que acababan de oír les llenó al mismo tiempo de alivio y preocupación. Sabían que Vázquez estaba herido y temían que Gómez le hubiera infligido aún más daño durante el secuestro. Enfundaron las pistolas y corrieron al encuentro de su jefe, que les esperaba sentado en el suelo, pálido y sangrando profusamente de sus heridas. A pesar de estar al borde de la inconsciencia, les indicó con todo detalle el lugar en el que había dejado maniatado a Gómez. Mientras el equipo de Vázquez rodeaba a su jefe y se encargaba de pedir ayuda, el resto de los efectivos se dirigieron a toda velocidad hacia el lugar indicado por el inspector. Encontraron la cabaña un centenar de metros más adelante, pero en su interior no había ni rastro de Gómez. Hallaron la camisa con la que Vázquez le había maniatado hecha un guiñapo en un rincón de la cabaña. Avisaron una vez más por radio de la situación, solicitando refuerzo aéreo y la presencia de perros rastreadores, y se desplegaron en abanico, cubriendo la mayor cantidad de terreno posible pero sin dispersarse demasiado y con el arma lista para disparar. Una veintena de hombres y mujeres avanzaron despacio, atentos a cualquier sonido o movimiento. A la derecha del grupo se abría un gran claro, una extensión de verde pasto en el que un grupo de vacas rumiaban su desayuno. La mitad de los agentes se dirigieron hacia el prado, mientras el resto continuaba en el interior del bosque, rastreando debajo de cada helecho, detrás de cada árbol, retirando la maleza y las ramas, y rodeando con

precaución los troncos caídos. Detrás de cualquier recodo podía esconderse un hombre que ya no tenía nada que perder.

Al alcanzar el claro, los agentes tardaron unos segundos en acostumbrar sus ojos a la potente luz del sol. Contemplaron un prado de unos dos kilómetros cuadrados de extensión. Los tímidos rayos del sol arrancaban brillantes destellos a la hierba verde, empapada todavía de gotas de rocío. Las vacas, algunas acompañadas de pequeños terneros, saboreaban los tiernos brotes que la naturaleza les servía. El prado estaba cercado con una tosca verja de alambre y postes de madera. A pesar de su endeble apariencia, los agentes comprobaron que era mejor no engancharse en las púas de la alambrada. Desde luego, el cercado era suficiente para mantener dentro al ganado y lejos a los paseantes. Sin bajar la guardia, se separaron unos metros uno de otro para abarcar más terreno. La ausencia de árboles les facilitaba la visión y caminaron más deprisa, intentando llegar lo antes posible al otro lado del prado, donde comenzaba un nuevo tramo de bosque. El agente Soto fue el primero en verlo.

En un extremo del prado, con la espalda contra una de las estacas de madera del cercado, había un hombre sentado en el suelo, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos extendidos encima de las piernas. Parecía estar descansando, aunque su postura resultaba poco natural. Se acercaron deprisa, con las pistolas apuntando directamente al cuerpo caído. A cada paso se hacía más evidente la enorme mancha de sangre que rodeaba al hombre.

-¡No se mueva!

Más que obedecer la orden, el hombre parecía incapaz de hacer lo contrario. Al acercarse comprobaron que todavía respiraba. El enorme pecho, cubierto de sangre, subía y bajaba con dificultad. Identificaron a Luis Gómez sin lugar a dudas. El primer agente sacó su transmisor para anunciar el hallazgo y pedir refuerzos y una ambulancia, mientras sus compañeros continuaban avanzando. De la garganta de Gómez surgió un gorjeo de sangre mezclado con unas palabras inconexas.

-Pronto llegará un médico. No se mueva.

-No me rendiré... -La voz de Gómez, poco más que un susurro, resultaba apenas comprensible para los agentes, que se esforzaron por captar cada una de sus palabras-. Solo Dios podrá juzgarme, solo Dios. Nadie se burlará de mí. Imbéciles, estáis condenados...

El gorjeo de su garganta era cada vez mayor y resultaba más difícil entenderle. La sangre manaba sin cesar de una herida abierta en el cuello. En su mano encontraron una enorme púa de alambre con la que, como confirmaría después el forense, él mismo se infligió un corte mortal que había seccionado la arteria carótida, lo que provocó que se desangrara rápidamente. Sabiéndose vencido, prefirió morir, permitiendo que la vida se le escapara por la herida abierta. Cuando llegaron los sanitarios hacía ya varios minutos que Gómez había dejado de respirar.

Vázquez conoció la noticia mientras le trasladaban a la ambulancia sobre una inestable camilla. La inesperada conclusión del caso dejó en su interior un enorme vacío que, como ya le había ocurrido otras veces, se cerraría poco a poco, cuando su mente se fuera ocupando con nuevos asuntos. Esta vez, además, sería diferente. Irene estaría junto a él para llenar el hueco con su presencia. En ese momento, cuando le dolía todo el cuerpo y apenas le quedaban fuerzas para mantenerse despierto, solo deseaba escuchar su voz y sentir sus manos acariciándole el rostro. Miró a su alrededor buscando a Torres. El subinspector caminaba cabizbajo pegado a la camilla que transportaba a su jefe.

-Mario... -El policía dio un pequeño respingo al escuchar al inspector.

-¿Sí? Estoy aquí.

-Necesito un móvil, tengo que llamar a alguien.

-Estás muy débil, dime el número y yo le aviso. ¿Quieres que llame a tu madre?

-Mario..., es privado.

Torres, todavía un poco reticente, rebuscó en el bolsillo de la chaqueta hasta encontrar el pequeño teléfono. Comprobó que estaba encendido y tenía

suficiente batería y se lo pasó a su jefe. David se concentró en teclear el número de Irene, pero le costaba demasiado enfocar la vista en la brillante pantalla. Muy a su pesar, no tuvo más remedio que volver a pedir ayuda. Le dictó el número y le pidió que se lo devolviera antes de que contestaran. A pesar de la situación, Torres sonrió y se dispuso a cumplir la petición de Vázquez.

-No quiero ni una palabra. Solo dame el móvil. Y aléjate unos pasos, por favor.

Por el rabillo del ojo pudo ver que Torres, después de acercarle el teléfono, se situaba sonriente y satisfecho detrás del camillero. Irene descolgó el teléfono al tercer tono. El sonido de su voz fue como un bálsamo para sus heridas.

-¡David! Me alegro mucho de que me hayas llamado. Estaba pensando en ti. Bueno, como casi siempre.

-Yo también. Necesitaba oírte.

-¿Qué te ocurre? Te noto... débil.

-Bueno, he tenido una noche y una mañana un tanto accidentadas, pero ahora todo ha terminado, aunque creo que tendré que pasar un par de días en el hospital.

-¿En el hospital? ¿Estás herido?

-Nada grave, de verdad, algún hueso roto y un par de cortes que se arreglan con unos pocos puntos de sutura. No te asustes. Con solo oír tu voz ya me duele la mitad. -A pesar de sus palabras, lo cierto era que las fuerzas le estaban abandonando por momentos.

-¿Dónde estás? Voy ahora mismo...

-No... no hace falta... -No pudo evitar que el teléfono se le cayera de la mano. Torres saltó desde el otro lado de la camilla y lo cogió al vuelo.

-Señora, soy el subinspector Mario Torres, del equipo del inspector

Vázquez.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Está David bien? -La urgencia y el miedo eran palpables en su voz.

-Está bien, pero ha perdido mucha sangre y se encuentra un poco débil. Estamos a punto de llegar a la ambulancia que lo va a trasladar al hospital. Si le parece bien, puede esperarle allí, llegaremos en una media hora.

-Dígame, ¿son graves sus heridas?

-Créame, podría haber sido peor. Saldrá de esta, seguro, aunque ahora está bastante magullado. -Acababan de llegar al camino en el que les esperaban el resto de los sanitarios y la ambulancia-. Tengo que dejarla, señora; nos vemos en el hospital.

-Muchas gracias, subinspector Torres. Por cierto, me llamo Irene Ochoa.

-Encantado, señora Ochoa, a pesar de las circunstancias.

¡Irene Ochoa! Había oído los rumores que corrían por la comisaría, cada vez más insistentes, pero se negaba a darles crédito. Prefería pensar que su jefe se estaba comportando como un buen samaritano con una mujer que atravesaba un momento difícil en su vida. Vázquez debía de haber perdido la cabeza. «Debe de ser excepcional para haber cazado así al jefe», pensó Torres. Un segundo después se acomodó como pudo en la parte trasera de la ambulancia. Ya le había dejado solo una vez y no pensaba volver a hacerlo hasta que este pudiera valerse de nuevo por sí mismo.

Vázquez recuperó el conocimiento durante el trayecto a Pamplona y no volvió a desmayarse. Torres le informó de su breve conversación con Irene y pudo ver claramente el reproche en su mirada, pero decidió ignorarlo. No podía hacer otra cosa, estaba perdidamente enamorado. Cerró los ojos e intentó alejar de su mente el estruendoso ulular de la sirena, concentrándose en las promesas que Irene y él se habían hecho. Caminar uno al lado del otro, como compañeros, como iguales. Para siempre.

Terminó de vestirse a toda prisa, cogió el bolso y se dispuso a salir hacia el hospital. Un miedo atroz le recorría el cuerpo como una onda eléctrica. Miedo a que la vida comenzara a cobrarse el precio por sus actos, miedo a que la felicidad se le escapara de nuevo de las manos. Mientras buscaba las llaves, sus ojos se toparon con el sobre destinado a David. ¿Cómo pudo pensar ni por un instante en abandonarle? Con un gesto rápido cogió el sobre, comprobó que la carta seguía en su interior y lo rompió en mil pedazos. Arrojó los trozos de papel al cubo de la basura y se lanzó hacia la puerta. Un loco había decidido por ella. Al herir a David le había hecho comprender que su vida no tenía sentido sin él. Continuaría hacia delante sin miedo. Caminaría al borde del precipicio, pero al menos no lo haría sola.